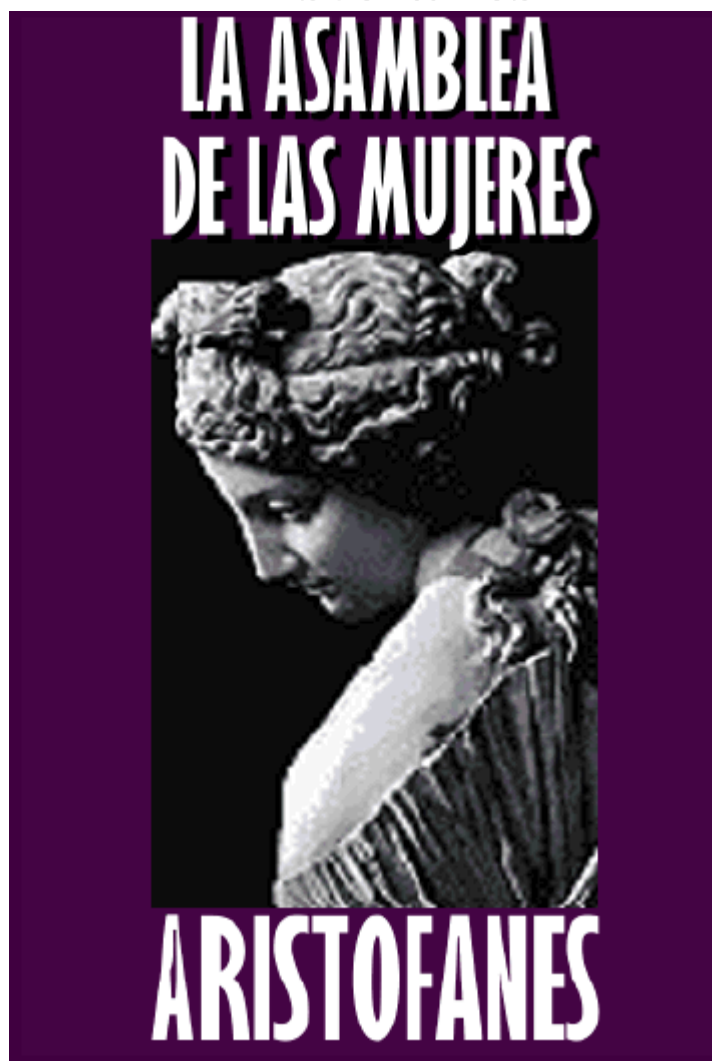


# **LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES**

---

**Aristófanes**



Digitalizado por **LIBRO** dot.com  
<http://www.librodot.com>

# PERSONAJES:

PRAXÁGORA.

UN HERALDO.

VARIAS MUJERES.

TRES VIEJAS.

CORO DE MUJERES.

UNA JOVEN.

BLEPIRO, marido de Praxágora.

UN JOVEN.

UN HOMBRE.

LA CRIADA DE PRAXÁGORA.

CREMES.

*La escena representa una plaza, en Atenas, donde están la casa de Praxágoras y otras dos casas. Praxágoras sale de la suya disfrazada de hombre con una lámpara en la mano.*

PRAXÁGORA.-(Parodiando ciertos prólogos trágicos.) ¡Oh lámpara preciosa de reluciente ojo que tan bien iluminas los objetos visibles! Vamos a decir tu nacimiento y tu oficio; labrada sobre el ágil torno del alfarero tus brillantes narices rebrillan como soles. Lanza con tus llamas las señales convenidas...

Tú eres la única confidente de nuestros secretos, y lo eres con motivo, pues cuando en nuestros dormitorios ensayamos las diferentes posturas del amor, tú sola nos asistes y nadie te rechaza como testigo de sus voluptuosos movimientos. Tú sola, al abrazar su vegetación feraz, iluminas nuestros recónditos encantos. Tú sola nos acompañas cuando furtivamente penetramos en las despensas llenas de báquicos néctares y sazonadas frutas; y, aunque cómplice de nuestros deleites, jamás se los revelas a la vecindad. Justo es, por tanto, que conozcas también los actuales proyectos aprobados por las mujeres, mis amigas, en las fiestas de los esciros. Pero ninguna de las que deben acudir se presenta; ya empieza a clarear el día y de un momento a 'otro dará principio la Asamblea. Es necesario apoderarnos de nuestros puestos, que, como ya recordaréis, dijo el otro día Firómaco, deben ser los otros, y una vez sentadas, mantenernos ocultas. ¿Qué les ocurrirá? ¿Quizá no habrán podido ponerse los barbas postizas, como quedó acordado? ¿Les será difícil apoderarse de los trajes de sus maridos?—¡Ah! Allí veo una luz que se aproxima. Voy a retirarme un poco, no sea un hombre.

MUJER PRIMERA.—Ye es hora da ponerse an marcha; cuando salíamos de cese, al heraldo he cantado por segunda vez.

PRAXÁGORA.—Y yo me he pasado toda le noche en vale esperándoos. Paro ... un momento; voy e llamar e esta vecina arañando suavemente su puerta, porque as preciso que su marido no nota nada.

MUJER SEGUNDA.—Ye ha oído, el ponerme los zapatos, el ruido da tus dedos, pues no estaba dormida; mí marido, querida, as un marinero da Salamina; me he estado atacando toda le noche bajo les sábanas; hasta ahora no he podido cogerle esta manto que vas.

MUJER PRIMERA.-¡Ah! Ahí veo e Clináreta y Sóstrata, que vienen con su vecina Filéneta.

PRAXÁGORA.-¡Dáos prisa! Glice he jurado que le que llegue le última pagará an castigo tras congios da vino y un. quénice da garbanzos.

MUJER PRIMERA.-¿No vas e Melística, le mujer da Esmicitión, como viene corriendo con los zapatos da su marido? Creo que ese es le única que habrá podido separarse sin dificultad da su marido.

MUJER SEGUNDA.-Mirad e Gensístrata, le mujer del tabernero, con su lámpara an le mano, acompañada de les mujeres da Filodoreto y Querétades.

PRAXÁGORA.-También veo a otras muchas flor y nata de le ciudad, que se dirigen hacía nosotras.

MUJER TERCERA.-A mí, querida mía, me he costado un trebejo ímprobo podar escaparme sin que me vieren. Mí marido he estado tosiendo toda le noche por haber cenado demasiadas sardinas.

PRAXÁGORA.-Bien sentaos; y puesto que ye estemos reunidas, decidme sí habéis cumplido todo lo que acordamos an le fiaste de los Esciros.

MUJER CUARTA.-Yo sí, Lo primero que hice, como convenido, fue ponerme los sobacos más hirsutos que un matorral. Después, cuando mí marido se iba el Agora, me untaba con aceite de pies e cabeza y me tostaba el sol durante todo al día.

MUJER QUINTA.-Yo también ha suprimido al uso de la navaja, para estar completamente velluda y no parecer an nada une mujer.

PRAXÁGORA.-¿Traeis les barbas con que dijimos que nos presentaríamos en le Asamblea?

MUJER CUARTA.-¡Sí por Hécate! Yo traigo este, que es muy hermosa.

MUJER QUINTA.-Y yo, otra más bella que la da Epícretas<sup>1</sup>.

PRAXÁGORA.-Y vosotras, ¿qué decís?

MUJER CUARTA.-Dicen que sí, con le cabeza.

PRAXÁGORA.-También veo que os habéis provisto da lo demás, pues traéis calzado lecadamonio, bastones y ropas da hombre, como dijimos.

---

<sup>1</sup> Orador demagogo. Su barba era tan espesa y crecida que le bajaba hasta la cintura, cubriéndole todo el pecho a manera de escudo.

MUJER SEXTA.-Yo traigo al bastón da Zemía, e quien se lo ha quitado mientras dormía.

PRAXÁGORA.-Es uno da aquellos bastones sobra los que se apoya para expulsar sus flatos.

MUJER SEXTA.-Sí, ¡por Zaus salvador! Sí ase hombre se pusiera le piel da Argos, sería al único para administrar le cose pública.

PRAXÁGORA.-Ee, mientras todavía quedan estrellas en al cielo, dispongamos lo que debemos hacer, pues le Asamblea, para le que venimos dispuestas, empezará con le aurora.

MUJER PRIMERA.-¡Por Zaus! Tú debes tomar asiento el píe da le tribuna, frente e los Pritánaos.

MUJER SÉPTIMA.-Yo me ha traído esta lana para cardarla durante le Asamblea.

PRAXÁGORA.-¿Durente la Asamblea? ¿Pero qué dices desgraciada?

MUJER SÉPTIMA.-Sí, por Artamis, sí. ¿Dejaré de oír porque esté cardando? Tengo e mis hijitos desnudos.

PRAXÁGORA.-¿Pero estáis oyendo esto? ¿Ponerse e cardar cuando as preciso no dejar ver e los asistentes ninguna parte da nuestro cuerpo! ¡Estaría bonito que an medio da le multitud une da nosotras se lanzase a le tribuna, se alzase los vestidos y dejase ver su... Formísio<sup>2</sup>. Por el contrario, sí envueltas an nuestros mantos ocupemos los primeros puestos, nadie nos reconocerá; y si además sacamos fuera del embozo nuestras soberbias barbas y les dejamos extenderse sobre el pecho, ¿quién sería capaz de no tomarnos por hombres? Agirrio<sup>3</sup>, gracias a la barba de Prónimo<sup>4</sup>, engañó a todo el mundo: antes era mujer, y ahora, como sabéis, ocupa el primer puesto en la ciudad. Por tanto, yo os conjuro por el día que va nacer, a que acometamos esta audaz y grande empresa para ver si logramos tomar en nuestras manos el gobierno de la ciudad; porque lo que es ahora ni a remo ni a vela se mueve la nave del Estado.

MUJER SÉPTIMA.-¿Y cómo una Asamblea de mujeres con sentimientos femeninos podrá arengar a la masa?

PRAXÁGORA.-Nada más fácil. Es cosa corriente que los jóvenes más disolutos sean en

---

<sup>2</sup> General muy velludo.

<sup>3</sup> General ateniense, de costumbres depravadas, que sin duda para aparecer más respetable se dejaba crecer la barba.

<sup>4</sup> Flautista notable por su hermosa barba.

general los de más fácil palabra, y, por fortuna, esta condición no nos falta a nosotras.

MUJER SÉPTIMA.-No sé, no sé; mala cosa es la inexperiencia.

PRAXÁGORA.-Por eso mismo nos hemos reunido aquí, para preparar nuestros discursos. Vamos, ponte pronto las barbas, tú y todas las que se han ejercitado en el arte de hablar.

MUJER OCTAVA: Pero, querida, ¿qué mujer necesita ejercitarse para eso?

PRAXÁGORA.-Ea, ponte la barba y conviértete cuanto antes en hombre. Aquí dejo las coronas<sup>5</sup>; ahora me voy yo también a plantar la barba, por si acaso tengo necesidad de decir algo.

MUJER SEGUNDA.-Querida Praxágora, ¡mira qué ridiculez!

PRAXÁGORA.-¿Cómo ridiculez?

MUJER SEGUNDA.-Es como ponerle las barbas a unos calamares asados.

PRAXÁGORA.-Purificador, da la vuelta con la comadreja; adelante; silencio. Arifrades, pasa y ocupa tu puesto. ¿Quién quiere usar de la palabra?

MUJER OCTAVA.-Yo.

PRAXÁGORA.-Pues ponte la corona, y buena suerte.

MUJER OCTAVA.-Ya está.

PRAXÁGORA.-Puedes hablar.

MUJER OCTAVA.-¿Y he de hablar antes de beber?

PRAXÁGORA.-¿Qué es eso de beber?

MUJER OCTAVA. Pues si no, querida, ¿para qué necesito la corona?

PRAXÁGORA.-Vete de aquí; allí nos hubieras hecho lo mismo.

MUJER OCTAVA.-¿Y qué? ¿No beben también ellos, aunque sea en la Asamblea?

PRAXÁGORA.-¡Y dale con la bebida!

MUJER OCTAVA.-Sí, por Artemis, y vino del más puro. Por eso, a los que los examinan y estudian detenidamente les parecen sus insensatos decretos resoluciones de borrachos. Además, si no hubiese vino, ¿cómo harían las libaciones a Zeus y demás ceremonias? Por otra parte, suelen maltratarse como personas que han bebido demasiado, y los arqueros se ven obligados a llevarse de la Asamblea a más de un borracho revoltoso.

PRAXÁGORA. Vete y siéntate; no sirves para nada.

---

<sup>5</sup> Esto es, las que se ponían los que hablaban en público.

MUJER OCTAVA.-SÍ, por Zeus; mejor me hubiera valido no ponerme la barba pues, por lo que veo, me voy a morir de sed.

PRAXÁGORA.-¿Hay alguna otra que quiera hablar?

MUJER PRIMERA.-Yo.

PRAXÁGORA.-Pues bien, corónate, que la cosa urge. Procura hablar virilmente, como es debido y bien apoyada sobre el bastón.

MUJER PRIMERA.-Hubiera deseado ciertamente que cualquiera de los que están avezados a las lides oratorias me hubiera permitido con lo excelente de sus proposiciones permanecer tranquilo en mi lugar; mas no puedo consentir, por lo que a mí respecta, que en las tabernas se construyan aljibes. ¡No!, por las dos diosas...

PRAXÁGORA.-¡Por las dos diosas! ¿En qué estás pensando desdichada?

MUJER PRIMERA.-¿Qué ocurre? Aún no te he pedido de beber.

PRAXÁGORA.-Cierto, por Zeus; pero, siendo hombre, como lo eres ahora, has jurado por las dos diosas. En lo demás has estado bien.

MUJER PRIMERA.-Tienes razón, por Apolo.

PRAXÁGORA.-¡Basta, pues! No daré un paso para ir a la Asamblea hasta que todo quede perfectamente ensayado.

MUJER PRIMERA.-Dame la corona; voy a arengar de nuevo. Ahora ya creo que lo he pensado bien: En cuanto a mí, ¡oh mujeres aquí reunidas...!

PRAXÁGORA.-¡Desdichada! ¿Otra vez te equivocas diciendo «mujeres» en vez de hombres?

MUJER PRIMERA.-Epígono tiene la culpa. Le estaba mirando, y he creído que hablaba delante de mujeres<sup>6</sup>.

PRAXÁGORA.-Vete tú también y siéntate allá lejos. Yo misma hablaré por vosotras y me ceñiré la corona, pidiendo antes a los dioses que concedan un éxito feliz a nuestra empresa. (Iniciando su discurso.) La felicidad de este país me interesa tanto como a vosotros, y me conduelen y lastiman los desórdenes de nuestra ciudad. La veo, en efecto, siempre gobernada por detestables jefes, y considero que si uno llega a ser bueno un solo día, luego es malo otros diez. ¿Quiéres encomendar a otro el gobierno? De seguro que será peor. Difícil es, ciudadanos, corregir ese vuestro descontentadizo humor, que os hace

---

<sup>6</sup> Epígono era un conocido afeminado.

temer a los que os aman y suplicar incesantemente a los que os detestan. Hubo un tiempo en que no teníamos asambleas y pensábamos que Agirrio era un bribón; hoy que las tenemos, el que recibe dinero no tiene boca para ponderarlas; mas el que nada recibe, juzga dignos de pena capital a los que trafican con las públicas deliberaciones.

MUJER PRIMERA.-¡Muy bien dicho, por Afrodita!

PRAXÁGORA.-¡ Infeliz, has nombrado a Afrodita! Nos dejarás lucidas si te sales con esa pata de gallo en la Asamblea.

MUJER PRIMERA.-Allí no lo hubiera dicho.

PRAXÁGORA.-Bueno será que no te acostumbres. (Siguiendo su discurso): «Cuando deliberábamos sobre la alianza<sup>7</sup> todo el mundo decía que era inminente la perdición de la ciudad si no se llegaba a hacer; hízose por fin, y todo el mundo lo llevó tan a mal, que el orador que la había aconsejado huyó y no ha vuelto a parecer. Es necesario armar naves - sostienen los pobres-. No es necesario -opinan los labradores y los ricos-. ¿Os indisponéis con los corintios? Ellos os pagan en la misma moneda. Ahora, pues, que los tenéis amigos, sedlo vosotros también. El argivo es ignorante; pero Hierónimo es un sabio<sup>8</sup>. ¿Asoma una ligera esperanza de salvación? Pero Trasíbulo<sup>9</sup> está enojado; nadie ha acudido a pedirle que vuelva.

MUJER PRIMERA.-¿Qué hombre tan inteligente!

PRAXÁGORA.- (Esta vez me has elogiado como conviene.) «¡Tú oh pueblo, eres la causa de todos estos males! Pues te haces pagar un sueldo de los fondos del Estado, con lo cual cada uno mira sólo a su particular provecho, y la cosa pública anda cojeando como Esimo. Pero si me atendéis, aún podéis salvaros. Mi opinión es que se entregue a las mujeres el gobierno de la ciudad, ya que son intendentas y administradoras de nuestras casas.

MUJER SEGUNDA.-Bien, muy bien, por Zeus. Sigue, sigue hablando...

PRAXÁGORA.-Yo os demostraré que las mujeres son infinitamente más sensatas que nosotros. En primer lugar, todas, según la antigua costumbre, lavan la lana en agua caliente, y jamás se las ve intentar temerarias novedades. Si la ciudad de Atenas imitase esta conducta y se dejase de innovaciones peligrosas, ¿no tendría asegurada su salvación?

---

<sup>7</sup> Alude a la alianza de los atenienses con los corintios, beocios y argivos, contra Lacedemonia.

<sup>8</sup> Cierta general que tuvo el mando de la flota al partir a Persia.

<sup>9</sup> Este, que libertó a Atenas en 401, estaba alejado con un pretexto honroso.



Se sientan para freír las viandas, como antes; llevan la carga en la cabeza, como antes; celebran las Tesmoforias, como antes; amasan las tortas, como antes; hacen rabiarse a sus maridos, como antes; ocultan en casa a los galanes, como antes; sisan, como antes; les gusta el vino puro, como antes, y se complacen en el amor, como antes. Y al entregarles, ioh, ciudadanos! las riendas del gobierno, no nos cansemos en inútiles disputas ni les preguntemos lo que vayan a hacer; dejémoslas en plena libertad de acción, considerando solamente que, como madres que son, pondrán todo su empeño en economizar soldados. Además, ¿quién suministrará con más celo las provisiones a los soldados que la que les parió? La mujer es ingeniosísima, como nadie, para reunir riquezas; y si llegan a mandar, no se las engañará fácilmente, por cuanto ya están acostumbradas a hacerlo. No enumeraré las demás ventajas; seguid mis consejos y seréis felices toda la vida.

MUJER PRIMERA.-¡Divina, admirable, dulcísima Praxágora! ¿Dónde has aprendido a hablar tan bien, amiga mía?

PRAXÁGORA.-Durante las proscripciones<sup>10</sup>, viví con mi esposo en el Pnix y, a fuerza de oír a los oradores, acabé por instruirme.

MUJER PRIMERA.-Ya no me extraña que seas tan hábil y elocuente. Tú serás nuestro jefe; procura poner en práctica tus proyectos. Pero sí Céfalo<sup>11</sup> se lanza sobre tí para injuriarte, ¿cómo le replicarás en la Asamblea?

PRAXÁGORA.-Le diré que delira.

MUJER PRIMERA.-Eso lo sabe el mundo. PRAXÁGORA.-Que es un atrabiliario.

MUJER PRIMERA.-También eso se sabe. PRAXÁGORA.-Que es tan buen político como mal alfarero.

MUJER PRIMERA.-¿Y sí te insulta el legañoso de Neoclídes?

PRAXÁGORA.-A ése le diré que vaya a mirar por el trasero de un perro<sup>12</sup>.

MUJER PRIMERA.-¿Y sí te tumban de espaldas?

PRAXÁGORA.-También les tumbaré yo; en ese ejercicio pocos me ganarán.

MUJER PRIMERA.-Esa es una cosa que no hemos pensado: sí te llevan los arqueros,

---

<sup>10</sup> Es decir al principio de la guerra del Peloponeso, cuando los habitantes del campo se refugiaron en Atenas.

<sup>11</sup> Un demagogo.

<sup>12</sup> Frase proverbial que se decía a los que tenían los ojos malos.

¿qué harás?

PRAXÁGORA.-Me defenderé poniéndome así, en jarras, y no dejaré que me cojan por el talle.

MUJER PRIMERA.-Sí te sujetan, nosotras les obligaremos a que te suelten.

MUJER SEGUNDA.-Todo está perfectamente dispuesto; pero en lo que no hemos reflexionado es en cómo podremos acordarnos de levantar las manos<sup>13</sup> en la junta, puesto que sólo estamos acostumbradas a levantar las piernas.

PRAXÁGORA.-Eso es lo difícil, y, sin embargo, no hay más remedio que alzar las manos, descubriendo el brazo hasta el hombro. Vamos levantáos las túnicas y poneos pronto los zapatos lacedemonios, como habéis visto que lo hacen nuestros maridos cuando salen para dirigirse a la Asamblea. En cuanto os hayáis calzado perfectamente, sujetaos las barbas; después de atadas éstas con todo esmero, envolveos en los mantos sustraídos a vuestros esposos, y marchad, apoyándoos en los bastones y entonando alguna vieja canción, a imitación de los campesinos.

MUJER SEGUNDA.-Bien dicho; pero cojámosles la delantera, pues creo que otras mujeres vendrán al Pnix, directamente desde el campo.

PRAXÁGORA.-Apresuraos; ya sabéis que los que no están en el Pnix desde el amanecer, se van sin recibir nada.

EL CORIFEO.-Llegó el momento de partir, ¡oh hombres! palabra ésta que no debe caerse nunca de la boca por temor a un descuido, porque, en verdad, no lo pasaríamos muy bien, sí se nos sorprendiera fraguando este golpe de audacia en las tinieblas.

EL CORO.-¡A la Asamblea, oh hombres! El Tesmoteta<sup>14</sup> ha dicho que todo el que a primera hora, y antes de disiparse las tinieblas de la noche, no se haya presentado cubierto de polvo, contento con su provisióncilla de ajos, y mirando severamente, se quedará sin el trióbolo. Cartímides, Escímíto, Draces, apresuraos y procurad no olvidar nada de lo que es preciso hacer. Cuando hayamos recibido nuestro salario sentémonos juntos para votar decretos favorables a nuestras amigas. ¿Pero qué digo? Quería decir nuestros amigos.

Procuremos expulsar a los que vengan de la ciudad; antes, cuando sólo recibían un óbolo

---

<sup>13</sup> Se votaba levantando las manos.

<sup>14</sup> Nombre de los seis últimos arcontes, entre cuyas funciones estaba la de escoger los votos en la asamblea.

por asistir a la Asamblea, se estaban de sobremesa charlando con sus convidados, pero ahora la concurrencia es extraordinaria. En el arcontado del valiente Mírónides nadie se hubiera atrevido a cobrar sueldo por su intervención en los negocios públicos, sino que todo el mundo acudía trayéndose su botita de vino con un pedazo de pan, dos cebollas y tres o cuatro aceitunas. Hoy, en cuanto se hace algo por el Estado, en seguida se reclama el trióbolo, como cualquier obrero albañil. (Se va el Coro.)

BLÉPIRO.- (En la puerta de su casa, calzado con pérsicas y vestido con las ropas de su mujer.) ¿Qué es ésto? ¿Adónde se ha marchado mi mujer? Está amaneciendo y no aparece por ninguna parte. Largo rato hace que, atormentado por una perentoria necesidad, ando a oscuras buscando mi manto y mis zapatos sin lograr encontrarlos; y como lo que aquí me aprieta (señalando el vientre) . llama impaciente a la puerta, me he visto obligado a coger este chal de mi mujer y a calzarme los borceguís pérsicos. ¿Dónde encontraré un lugar libre donde poder aliviar el cuerpo? ¡Eh!, de noche todos los sitios son buenos, y nadie me verá. ¡Pobre de mí! ¡Qué desgracia, haberme casado viejo! ¡Merezco que me muelan a golpes! De seguro que mi mujer no habrá salido para nada bueno. Pero sea lo que sea, desahoguémonos.

Un HOMBRE.-¿Quién va? ¿No eres mi vecino Blépiro?

Sí, por Zeus, es el mismo. Dime, ¿qué es eso de color marrón? ¿Cinesías te ha llenado quizá de inmundicia?

BLÉPIRO.-No; he salido de casa con el vestido azafranado que suele ponerse mi mujer.

EL HOMBRE.-¿Pues dónde está tu manto?

BLÉPIRO.-No lo sé; lo he estado buscando mucho tiempo sobre la cama y no he podido encontrarlo.

EL HOMBRE.-¿Y por qué no le has dicho a tu mujer que lo buscase?

BLÉPIRO.-Porque no está en casa. Se ha escurrido yo no sé cómo y temo no me esté jugando alguna mala partida.

EL HOMBRE.-¡Por Poseidón!, entonces te ocurre lo mismo que a mí. También mi mujer ha desaparecido, llevándoseme el manto que suelo ponerme; y no es eso lo peor, sino que también me ha cogido los zapatos, pues no he podido encontrarlos en ninguna parte.

BLÉPIRO.-Ni yo mi calzado lacedemonio, por Dionysos; y como apremiaba la necesidad, me he puesto a toda prisa sus coturnos, no fuera a ensuciar la colcha, que está

recién lavada.

EL HOMBRE.-¿Qué puede haber sucedido? ¿Le habrá convidado a comer alguna de sus amigas?

BLÉPIRO.-Eso creo yo, porque ella no es perversa, que yo sepa.

EL HOMBRE.-Pero ¿estás haciendo cordilla? Ya es hora de ir a la Asamblea; aunque lo peor es que he de encontrar un manto, pues no tengo más que el que he perdido.

BLÉPIRO.-Y yo también, en cuanto acabe. Una maldita pera silvestre me obstruye la salida.

EL HOMBRE.-Será la misma que se le atravesó a Trasíbulo<sup>15</sup> cuando aquello de los Lacedemonios.

BLÉPIRO.-¡Por Dionysos, que no hay quien la arranque! ¿Qué haré? Porque no es sólo el mal presente lo que me aflige, sino el pensar por dónde habrá de salir lo que coma. Este maldito Acradusio<sup>16</sup> ha cerrado la puerta a cal y canto. ¿Quién me traerá un médico? ¿Y cuál? ¿Cuál es el más entendido en esta especialidad? ¿Quizá Aminon? Pero no querrá venir. Buscadme a Antístenes a toda costa; a juzgar por sus suspiros, debe ser práctico en esto de estreñimientos. ¡Santa Patrona de los Partos, no me dejes morir de esta obstrucción para que los cómicos se burlen después de mí!

CREMES.-(Que viene de la Asamblea.) ¡Eh, tú, ¿qué haces? ¿Tus necesidades, por lo que veo?

BLÉPIRO.-Ya no; terminé, por Zeus y me levanto.

CREMES.-¿Cómo te has puesto el vestido de tu mujer?

BLÉPIRO.-Lo cogí sin darme cuenta, en la oscuridad. Y tú ¿de dónde vienes?

CREMES.-De la Asamblea.

BLÉPIRO.-Pues qué, ¿se ha concluído?

CREMES.-Ya lo creo, casi al amanecer. Por Zeus, que me he reído a gusto viendo la pintura roja<sup>17</sup> extendida con profusión por todo el recinto.

BLÉPIRO.-¿Habrás recibido el trióbolo?

---

<sup>15</sup> Este Trasíbulo, distinto del restaurador de la democracia en Atenas, habiendo prometido hablar contra los lacedemonios que proponían una tregua, se disculpó diciendo que estaba ronco por haber comido peras silvestres.

<sup>16</sup> Nombre formado de pera silvestre.

<sup>17</sup> Se refiere a la cuerda teñida de rojo, que servía para manchar a los rezagados y no pagarles el trióbolo como a los puntuales.

CREMES.-¡Ojalá! Pero llegué tarde y eso es lo que siento: volverme a casa con el zurrón vacío. BLÉPIRO.-¿Cómo ha sido eso?

CREMES.-Ha habido en el Pnix una concurrencia de hombres como no hay memoria. Al verles, les tomamos a todos por zapateros,<sup>18</sup> pues sólo se veían rostros blancos en aquella muchedumbre que llenaba la Asamblea; por eso no he cobrado el trióbolo, y como yo, otros muchos.

BLÉPIRO.-¿De suerte que yo tampoco lo cobraría, aunque fuera.

CREMES.-No, por cierto; aunque hubieses ido al segundo canto del gallo.

BLÉPIRO.-¡Infeliz de mí! «¡Oh, Antíloco! Llórame más vivo sin el trióbolo que muerto con él; perdido soy»<sup>19</sup>. Pero ¿por qué acudió esa multitud tan temprano?

CREMES.-Los Pritáneos habían resuelto abrir un debate sobre el medio de salvar la ciudad. Al instante se plantó en la tribuna el pitañoso Neóclides; pero al punto gritó el pueblo en masa (ya puedes figurarte con qué fuerza) : «¿No es una indignidad que, tratándose de la salvación de la ciudad, se atreva a arengarnos ése, que ni siquiera ha podido salvar sus pestañas?» Entonces Neóclides, ha dicho, replicando y mirando en derredor: «Pues ¿qué debía hacer?»

BLÉPIRO.-Machacar ajos, con jugo de laserpicio y euforbio de Lacedemonia y untarte con ello los párpados todas las noches, le hubiera contestado yo, de estar presente.

CREMES.-Después de Neóclides, el pobre Eveón se ha presentado desnudo, según creían los más, aunque él aseguraba que llevaba manto y ha pronunciado un discurso lleno de espíritu popular. «Ya véis, decía, que yo mismo tengo necesidad de ser salvado, y que me hacen falta precisa dieciséis dracmas<sup>20</sup>; sin embargo, no por eso dejaré de hablar de los medios de salvar a la ciudad y a los ciudadanos. En efecto, si al empezar el invierno los bataneros suministrasen mantos de abrigo a los necesitados, ninguno de nosotros sería atacado nunca por la pleuresía. Además, propongo que los que carezcan de camas y de colchas, vayan después del baño a dormir a casa de un curtidor, el cual, si se niega a abrir la puerta en invierno, debe ser condenado a pagar tres pieles de multa.»

BLÉPIRO.-¡Excelente idea! Pero hubiera debido añadir (y de seguro que nadie le contradice) que los vendedores de harina tendrán obligación de dar tres quénices a los in-

<sup>18</sup> Porque trabajando dentro de sus talleres no tenían el cutis tan moreno como los de los otros oficios.

<sup>19</sup> Parodia de un verso de Los Mirmidones de Esquilo.

<sup>20</sup> Sin duda para comprarse un manto.

digentes bajo las más severas penas; así, al menos, Nausícles<sup>21</sup> podría ser útil al pueblo.

CREMES.-Luego ha subido a la tribuna un hermoso joven, muy blanco y parecido a Nicias, y ha empezado por decir que convenía entregar a las mujeres el gobierno de la ciudad. Entonces la muchedumbre de zapateros<sup>22</sup> empezó a alborotarse y a gritar que tenía razón; pero la gente del campo se opuso vivamente.

BLÉPIRO.-Y le sobran motivos, ¡por Zeus!

CREMES.-Pero eran los menos. En tanto el orador continuaba vociferando a más y mejor, haciendo mil elogios de las mujeres y diciendo pestes de tí.

BLÉPIRO.-Pues ¿qué dijo?

CREMES.-Ante todo que eres un bribón.

BLÉPIRO.-¿Y tú?

CREMES.-No me preguntes todavía. Además, un ladrón.

BLÉPIRO.-¿Yo solo?

CREMES.-Sí, por cierto; y un sicofante.

BLÉPIRO.-¿Yo solo?

CREMES.-Tú y también, por Zeus, todos esos. (Designa a los espectadores.)

BLÉPIRO.-¿Y quién dice lo contrario?

CREMES.-«Las mujeres, proseguía, están llenas de discreción y dotadas de especial aptitud para atesorar; las mujeres no divulgan jamás los secretos de las Tesmoforias; al paso que tú y yo (añadía) revelamos siempre lo que tratamos en nuestras deliberaciones».

BLÉPIRO.-Y no mentía, ¡por Hermes!

CREMES.-«Las mujeres, continuaba, se prestan unas a otras vestidos, alhajas, plata, vasos, a solas; sin testigos; y se lo devuelven todo religiosamente, sin engañarse nunca, lo cual no hacemos la mayor parte de los hombres.»

BLÉPIRO.-¡Por Poseidón! es cierto, aunque haya habido testigos.

CREMES.-«Las mujeres jamás delatan ni persiguen a nadie en justicia, ni conspiran contra el gobierno democrático.» En fin que concluyó concediéndoles todas las buenas prendas imaginables.

BLÉPIRO.-¿Y qué se resolvió por último?

---

<sup>21</sup> Rico comerciante en harina.

<sup>22</sup> Es decir, las gentes de cutis blanco.

CREMES.-Encomendarles la dirección del Estado; es la única novedad que no se había ensayado en Atenas.

BLÉPIRO.-¿Eso se decretó?

CREMES.-Sí, por cierto.

BLÉPIRO.-¿De modo que quedan a cargo de las mujeres todas las cosas que estaban antes a nuestro cargo?

CREMES.-Eso es.

BLÉPIRO.-¿Y en vez de ir yo, será mi mujer la que vaya al tribunal?

CREMES.-Y tu mujer, y no tú, será la que en adelante alimente a los hijos.

BLÉPIRO.-¿Y no tendré que bostezar desde al amanecer?

CREMES.-No, por cierto; todo es ya cosa de las mujeres; tú te quedarás en casa con entera comodidad.

BLÉPIRO.-Sólo una cosa es de temer para las personas de nuestra edad, y es que en cuanto se apoderen de las riendas del gobierno, no nos obliguen por la violencia...

CREMES.-¿A qué?

BLÉPIRO.-A... fornicarlas.

CREMES.-¿Y si no podemos?

BLÉPIRO.-No nos darán de comer.

CREMES.-Pues bien, arréglatelas de modo que puedas... cumplir y comer.

BLÉPIRO.-Siempre es odioso lo que se hace por fuerza.

CREMES.-Pero cuando el bien del Estado lo exige, debemos resignarnos; hay un proverbio antiguo que dice: «Todas las decisiones descabelladas e insensatas que tomamos son las que suelen dar mejores resultados para nosotros». ¡Ojalá sea ahora así, oh Augusta Palas y demás diosas! Pero yo me voy. Pásalo bien.

BLÉPIRO.-Igualmente, Cremes.

(Vanse.)

EL CORO.-En marcha, adelante. ¿Nos sigue algún hombre? Vuélvete y mira; ten mucho cuidado, porque hay una multitud de redomados bribones, que espían por detrás nuestro talante. Haz al andar el mayor ruido posible. Sería para todas la mayor vergüenza el ser sorprendidas por los hombres. Envuélvete bien, mira a todas partes, a la derecha, a la izquierda, no fracase nuestra empresa. Apretemos el paso; ya estamos cerca del lugar

donde partimos para la Asamblea, ya se ve la casa de nuestra estratega, la atrevida autora del decreto aprobado por los ciudadanos. Vamos, no hay que retrasarse y dar tiempo a que alguien nos sorprenda con barbas postizas y nos denuncie. Retirémonos a la sombra, detrás de esa pared y, mirando con precaución, cambiémonos de traje y vistámonos como de ordinario. No hay que tardar. Mirad, ya viene de la Asamblea nuestra estratega. Apresuraos todas; es ridículo tener aún puestas estas barbas, mucho más cuando aquellas compañeras (mostrando a Praxágora y a las otras mujeres) ya vuelven con su habitual vestido.

PRAXÁGORA.-¡Oh, mujeres!, todos nuestros proyectos se han visto coronados por el éxito más favorable. Antes de que ningún hombre os vea, arrojad los mantos, quitaos ese calzado, desatad las correas lacedemonias y dejad los bastones. Encárgate tú del tocado de esas mujeres; yo voy a entrar con precaución en casa antes de que me vea mi marido, y a poner el manto y demás prendas en el sitio de donde las cogí.

EL CORO.-Ya están cumplidas todas tus instrucciones; dinos ahora lo que debemos hacer para demostrarte nuestra sumisión, pues nunca he visto mujer más competente que tú.

PRAXÁGORA.-Quedaos para que me aconsejéis sobre el ejercicio de la autoridad de que acabo de ser investida. Allá en medio del tumulto y de las dificultades, ya me habéis dado la prueba de vuestra gran virilidad. (Entra en su casa.)

BLÉPIRO.- (Saliendo.) ¡Eh, Praxágora! ¿De dónde vienes?

PRAXÁGORA.-¿Te importa mucho, querido?

BLÉPIRO.-¿Qué si me importa? ¡Vaya una pregunta!

PRAXÁGORA.-Supongo que no dirás que vengo de casa de un amante.

BLÉPIRO.-No de uno sólo, quizá.

PRAXÁGORA.-Pues puedes averiguarlo, si lo deseas.

BLÉPIRO.-¿Cómo?

PRAXÁGORA.-Comprueba si mi cabeza huele a perfumes.

BLÉPIRO.-¿Es que los perfumes son indispensables para hacer el amor?

PRAXÁGORA.-Para mí, sí.

BLÉPIRO.-¿Adónde has ido tan temprano y tan callandito, llevándote mi manto?

PRAXÁGORA.-Me ha enviado a llamar una compañera y amiga con dolores de parto.



BLÉPIRO.-¿Y no podías habérmelo dicho antes de marcharte?

PRAXÁGORA.-Pero hombre, ¿cómo dejarla sin asistencia en un trance tan urgente?

BLÉPIRO.-Bastaba una palabra. Aquí hay gato encerrado.

PRAXÁGORA.-¡No, por las dos diosas! Fui como estaba, porque me decía que acudiera a toda prisa.

BLÉPIRO.-¿Y por qué no llevaste tus vestidos? Por el contrario te apoderas de los míos, me echas encima la túnica y te largas, dejándome como a un cadáver, salvo que no me has puesto coronas ni una lamparilla a mi lado.

PRAXÁGORA.-Hacia frío, y como soy débil y delicada, cogí tu manto por llevar más abrigo; además, marido mío, te dejé bien calentito bajo las colchas.

BLÉPIRO.-¿Y para qué te llevaste los zapatos lacedemonios y mi bastón?

PRAXÁGORA.-Para defender el manto. Cambié mis zapatos por los tuyos, y me fui, como si fueras tú mismo, pisando fuerte y golpeando las piedras con el bastón.

BLÉPIRO.-¿Sabes que te has perdido un sextario de trigo, que me hubieran dado en la Asamblea?

PRAXÁGORA.-No te apures: ha tenido un niño.

BLÉPIRO.-¿Quién? ¿La Asamblea?

PRAXÁGORA.-No, por Zeus, la mujer que me ha llamado. Pero, ¿de veras que se ha celebrado la Asamblea?

BLÉPIRO.-Si, por Zeus; ¿no recuerdas que te lo dije ayer?

PRAXÁGORA.-Si, ahora lo recuerdo.

BLÉPIRO.-¿Y no sabes lo que se ha decidido en ella?

PRAXÁGORA.-No.

BLÉPIRO.-Pues hija, en adelante ya puedes quedarte ahí sentada mascando calamares; dicen que os han confiado el poder a las mujeres.

PRAXÁGORA.-¿Para qué? ¿Para hilar?

BLÉPIRO.-No, por Zeus, sino para gobernar.

PRAXÁGORA.-¿Para gobernar qué?

BLÉPIRO.-Todos los asuntos de la Ciudad, sin excepción.

PRAXÁGORA.-¡Por Afrodita, y que dichosa va a ser la Ciudad de ahora en adelante!

BLÉPIRO.-¿Por qué?

PRAXÁGORA.-Por mil razones. No se permitirá a los desvergonzados que la deshonren, levantando falsos testimonios, ni acumulando infames delaciones.

BLÉPIRO.-¡No vayáis a hacer semejante cosa, en nombre de los dioses! ¡No vayáis a cortarnos los víveres!<sup>23</sup>.

EL CORO.-No seas tonto y deja de hablar a tu mujer.

PRAXÁGORA.-A nadie le estará ya permitido robar, ni envidiar a los vecinos, ni ir desnudo, ni ser pobre, ni injuriar, ni tomar prendas a los deudores.

CREMES.-Si, por Poseidón; grandes cosas, en verdad, con tal de que sean ciertas.

PRAXÁGORA.-Yo os digo que las realizaré. (Al Coro.) Tú me serás testigo; y él (designando a su marido) no tendrá nada que objetar.

EL CORO.-Ahora es la ocasión de poner en juego los recursos de tu ingenio y de probar tu amor al pueblo y lo que sabes hacer en favor de tus amigas. Ahora es la ocasión de desplegar en provecho de todos esa hábil inteligencia que colme de infinitas prosperidades la vida de un pueblo culto, demostrando su inagotable poder. Ahora es, sí, la ocasión, porque nuestra Ciudad necesita de un plan sabiamente combinado. Pero cuidemos de hacer cosas nunca hechas ni dichas; porque nuestros hombres aborrecen lo que están acostumbrados a ver. No tardes; pon enseguida manos a la obra. La diligencia es lo que mejor conquista el favor del público.

PRAXÁGORA.-Confío en la bondad de mis consejos; pero mucho me temo que los espectadores no quieran aceptar mis novedades y se aferren a las antiguas y habituales prácticas; esto es lo que me inquieta.

BLÉPIRO.-No temas por tus innovaciones; al contrario, el apetecerlas y aceptarlas es nuestro flaco, así como el despreciar lo antiguo.

PRAXÁGORA.- (A los espectadores.) Pues bien; que nadie me contradiga ni interrumpa antes de conocer mi sistema y de haberme oído. Quiero que todos los bienes sean comunes, y que todos tengan igual parte en ellos y vivan de los mismos; que no sea éste rico y aquél pobre; que no cultive uno un inmenso campo y otro no tenga donde sepultar su cadáver; que no haya quien lleve cien esclavos y quien carezca de un solo servicio; en una palabra: establezco una vida común e igual para todos.

---

<sup>23</sup> En Atenas vivían muchos del producto de las delaciones.

BLÉPIRO.-¿Cómo podrá ser común a todos?

PRAXÁGORA.-*(Con un movimiento de impaciencia.)* Comiendo tu estiércol antes que yo.<sup>24</sup>

BLÉPIRO.-¿También será común el estiércol?

PRAXÁGORA.-¡No, por Zeus! Pero me has interrumpido. Iba a decir que haré primero comunes los campos, el dinero y las demás propiedades. Y después, con todo este acervo de bienes, os alimentaremos, administrándolos económica y cuidadosamente.

BLÉPIRO.-¿Y el que no posea tierras, sino dinero, dáricos<sup>25</sup> y otras riquezas que no están a la vista?

PRAXÁGORA.-Las aportará al acervo común; de lo contrario será reo de perjurio.

BLÉPIRO.-Es decir, por lo mismo como las ganó.

PRAXÁGORA.-Pero no le servirán absolutamente de nada.

BLÉPIRO.-¿Por qué?

PRAXÁGORA.-Porque nadie hará nada impelido por la pobreza. Todo será de todos: panes, pescados, pasteles, túnicas, vinos, coronas, garbanzos. ¿Qué provecho se obtendría de no ponerlo todo en común? Dinos tu opinión sobre esto.

BLÉPIRO.-¿Los que disfrutan de todas esas cosas no son, hoy, los que más roban?

PRAXÁGORA.-Hasta ahora, sí, amigo mío; pero cuando todo sea común, ¿qué provecho podrá haber en no traer su parte?

BLÉPIRO.-Si alguno ve a una linda muchacha y desea gozar de sus encantos, con los bienes reservados podrá hacerla un obsequio, y de este modo obtener su amor, sin dejar de percibir su parte de los bienes comunes.

PRAXÁGORA.-Es que lo podrá obtener gratis. Pues yo haré que las mujeres sean también comunes, de suerte que puedan acostarse con los hombres y hacer hijos con cualquiera.

BLÉPIRO.-¿Pero cómo podrá ser así si todos se dirigirán a la más bonita y tratarán de poseerla?

PRAXÁGORA.-Las más feas e imperfectas estarán junto a las más lindas, y todo el que

---

<sup>24</sup> Locución proverbial, vagamente alusiva a la muerte y que se decía para cortarle la palabra a un interruptor. Blépiro finge tomar la frase en sentido propio.

<sup>25</sup> Moneda de oro que recibió este nombre por haber sido acuñada primeramente por Darío. Pasó después a Grecia. Valía veinte dracmas de plata.

solicite a una de éstas deberá antes consumir un turno con las primeras.

BLÉPIRO.-Pero ¿no ves que, conforme a tu sistema, los ya machuchos flojearemos cuando llegemos a las hermosas?

PRAXÁGORA.-No les dará ningún cuidado.

BLÉPIRO.-¿De qué?

PRAXÁGORA.-Tranquilízate, no les importará gran cosa.

BLÉPIRO.-¿El qué te digo?

PRAXÁGORA.-Acostarse o no acostarse con viejos como tú.

BLÉPIRO.-Veo que, en cuanto a vosotras, habéis tomado todas las precauciones para que ninguna carezca de galán. Pero ¿y los hombres? ¿Qué haremos? Porque es de suponer que las mujeres rechazarán a los feos y se entregarán a los hermosos.

PRAXÁGORA. Los feos acecharán a los hermosos al salir de los banquetes y en los lugares públicos y tampoco se permitirá que las mujeres cohabiten con los buenos mozos sin haber cedido antes a las instancias de los deformes y chiquitejos.

BLÉPIRO.-De suerte que la nariz de Lisíscrates, el chato, podrá competir ahora con los más gallardos mancebos.

PRAXÁGORA.-¡Sí, por Apolo! Esta decisión es eminentemente democrática. ¡Qué mortificación para esos vanitontos que llevan los dedos cargados de sortijas, cuando un viejo calzado con gruesos zapatones le diga: Amigo mío deja el paso al más anciano; espera a que yo haya concluido; resígnate a ser plato de segunda mesa.

BLÉPIRO.-Pero si vivimos de esa manera, ¿cómo podrá cada cual reconocer a sus propios hijos?

PRAXÁGORA.-¿Y para qué? Los jóvenes considerarán como padres a todas las personas de más edad.

BLÉPIRO.-Pero entonces, a pretexto de ignorarlo, ¿no estrangularán sin ningún empacho a todo viejo, cuando ahora lo hacen, sabiendo a ciencia cierta que son sus padres?

PRAXÁGORA.-Nadie lo permitirá, de ahora en adelante. Antes, a nadie le importaba que apaleasen a los padres ajenos; pero ahora todo el mundo, en cuanto oiga que ha sido maltratado un anciano, le defenderá en la duda de si será su propio padre.

BLÉPIRO.-En eso no andas descaminada. Pero te aseguro que pasaría un mal rato si

Epicuro o Leucólofas<sup>26</sup> se me acercasen llamándome papá.

PRAXÁGORA.-Peor rato pasarías...

BLÉPIRO.-¿Cómo?

PRAXÁGORA.-Si Aristilo<sup>27</sup> te besara pretendiendo que eres su padre.

BLÉPIRO.-¡Pobre de él, si se atrevía!

PRAXÁGORA.-Pero tú olerías a calamento<sup>28</sup>. Además, como ha nacido antes del decreto, no tienes que temer sus besos.

BLÉPIRO.-No podría aguantarlo. Pero ¿quién cultivará la tierra?

PRAXÁGORA.-Los esclavos. Tú no tendrás otro quehacer que acudir limpio y perfumado al banquete cuando sea de diez pies la sombra del cuadrante solar.<sup>29</sup>

BLÉPIRO.-¿Y quién nos proporcionará los vestidos? Quisiera saberlo.

PRAXÁGORA.-Usad por de pronto los que tenéis; ya os daremos después otros.

BLÉPIRO.-Una sola pregunta: Si los magistrados condenan a uno a una multa, ¿de dónde tomará el dinero para pagarla? No es justo que sea del tesoro común.

PRAXÁGORA.-Ni siquiera habrá ya más procesos.

BLÉPIRO.-¡La de gente que veo en la ruina!

PRAXÁGORA.-Así lo he decidido. Además, ¿para qué había de haberlos?

BLÉPIRO.--¡Para mil cosas, por Apolo! En primer lugar, para el caso de negarse una deuda.

PRAXÁGORA.-Siendo todos los bienes comunes, ¿de dónde habría de sacar dinero el prestamista? Sería un ladrón manifiesto.

BLÉPIRO.-¡Sí, por Deméter! Y ahora, otra cosa: los que después de bien bebidos maltratan a los transeúntes, ¿con qué pagarán la multa correspondiente? Esto sí que no lo resuelves.

PRAXÁGORA.-Con su ordinaria pitanza: con este castigo de estómago no volverán a excederse así como quiera.

BLÉPIRO.-¿Y tampoco habrá más ladrones?

PRAXÁGORA.-¿Quién ha de robar lo que en parte ya posee?

---

<sup>26</sup> Ciudadanos de malas costumbres.

<sup>27</sup> Conocido sodomita.

<sup>28</sup> Especie de menta de olor muy fuerte y desagradable.

<sup>29</sup> Especie de reloj de sol.

BLÉPIRO.-¿No despojarán por las noches a los transeúntes?

PRAXÁGORA.-No, por cierto. Lo mismo si duermes en tu casa que si duermes fuera de ella, como sucedía antes, todo el mundo tendrá con qué vivir. Si alguno quiere despojar de sus vestidos a otro, éste se los cederá de buen grado; ¿a qué ha de oponerse? Ya sabe que podrá recibir del fondo común otros mejores.

BLÉPIRO. Y los hombres ¿ya no jugarán a los dados?

PRAXÁGORA.-No; ¿qué podían jugarse?

BLÉPIRO.-¿Qué género de vida vas a organizar?

PRAXÁGORA.-El mismo para todos. Pretendo hacer de nuestra ciudad una sola habitación, derribando todas las separaciones, hasta la más pequeña y de tal modo que todos sean libres de circular por todas partes.

BLÉPIRO.-¿Dónde se darán las comidas?

PRAXÁGORA.-Todos los pórticos y tribunales se convertirán en comedores.

BLÉPIRO.-¿Y para qué servirá la tribuna?

PRAXÁGORA.-Para colocar las cráteras y los cántaros de agua; un coro de niños celebrará desde ella la gloria de los valientes y el oprobio de los cobardes; así, si hay alguno de éstos, se retirará de la mesa avergonzado.

BLÉPIRO.-¡Buena idea, por Apolo! ¿Y dónde colocarás las urnas de los sorteos?

PRAXÁGORA.-Las pondré en el Agora junto a la estatua de Harmodio: iré sacando de ellas los nombres de los ciudadanos, hasta que todos se vayan contentos, sabiendo la letra donde les corresponda ir a comer<sup>30</sup>; así, el heraldo pregonará que los de la letra Beta vayan a comer al pórtico Basílico; los de la Zeta, al de Teseo, y los de la Kappa, al mercado de las harinas.

BLÉPIRO.-¿Para atracarse de trigo?

PRAXÁGORA.-No; por Zeus; sólo para cenar.

BLÉPIRO.-Y al que no le toque en suerte ninguna letra para cenar le arrojarán de todas partes.

PRAXÁGORA.-Eso no sucederá, porque tendremos especial cuidado en dar copiosamente de todo a todos; de manera que cada cual se retirará del banquete, ebrio con

---

<sup>30</sup> Alusión a la costumbre de sacar todos los años por suerte los nombres de los ciudadanos que habían de ejercer la judicatura.

su corona y su antorcha. Entonces las mujeres os saldrán al encuentro, cuando volváis del festín, diciendoo: «Ven acá, tenemos una hermosa muchacha.» Aquí hay una, hermosa y blanca como la nieve -tes gritará otra desde un piso alto-, pero antes es preciso que compartas mi tálamo.» Los hombres feos seguiréis a los jóvenes gallardos, exclamando: «¡Eh, tú! ¿A qué tanta prisa? No has de conseguir nada por mucho que corras; la ley nos ha concedido a los feos el derecho de prelación; mientras tanto podéis entreteneros en el vestíbulo, jugando con las hojas de higuera y haciéndoos... caricias.» Vamos, dime, ¿no te agrada este sistema?

BLÉPIRO.-Muchísimo.

PRAXÁGORA.-Ahora tengo que ir al Agora a recibir los bienes que vayan depositándose, y a escoger por heraldo una mujer de buena voz. Es un deber ineludible que me impone mi rango de jefe y la necesidad de proveer a la mesa común, si he de daros hoy, como pienso, el primer banquete.

BLÉPIRO.-¿Desde hoy ya?

PRAXÁGORA.-Sí, os digo. Luego quiero que las cortesanas cesen todo tráfico, todas sin excepción.

BLÉPIRO.-¿Por qué?

PRAXÁGORA.-Está claro. (Se vuelve hacia las mujeres del Coro): para que no se nos lleven la flor de la juventud. No es justo que unas esclavas bien adornadas les roben sus placeres a las mujeres libres. Ya no podrán acostarse más que con los esclavos, y sólo para ellos emplearán sus artilugios.

BLÉPIRO.-Vamos; yo te acompañaré, para que me vean los transeúntes y digan: «Mirad el marido de nuestra generala.»

(Vánse Blépiro y Praxágora.)

CREMES.-Voy a preparar mis enseres para llevarlos al Agora, y hacer inventario de toda mi hacienda. (Dirigiéndose sucesivamente a cada objeto.) Ven, hermosa zaranda, tú eres mi bien más precioso; ven, llena aún con la harina de la que has cernido tantos sacos, a servir de Canéfora en la procesión de mis muebles. ¿Dónde está la portasombrilla?<sup>31</sup> Esta olla hará sus veces: ¡qué negra está, justo cielo! No lo estaría más si en ella se hubiesen cocido las drogas con que Lisícrates se tiñe las canas. Ponte a un lado, lindo tocador; y tú,

---

<sup>31</sup> Detrás de la Canéfora iba un esclavo con un quitasol.

trípode, desempeña las funciones de hidriáfora;<sup>32</sup> a tí, oh gallo, cuyo canto matinal me ha despertado tantas veces para ir a la Asamblea, te reservo el papel de citarista. Adelántate, escacéfora<sup>33</sup>, con el gran cuenco de la miel cubierto por entrelazadas ramas de olivo, y traéte también los dos trípodes y la alcuza<sup>34</sup>. Los pucheros y demás menudencias, que se queden ahí.

UN HOMBRE.-¿Yo entregar mis bienes? ¡Qué insensatez! ¡Qué locura! Jamás lo haré, por Poseidón. Veamos antes lo que pasa, y después meditemos mucho sobre la tal medida. ¿Cómo he de sacrificar sin más ni más el fruto de mis sudores y economías antes de saber a fondo todo lo que hay? -¡Eh, tú! (dirigiéndose a Cremes.) ¿Qué significan esos muebles? ¿Con qué objeto los has sacado? ¿Vas a mudarte de casa, o los llevas a empeñar?

CREMES.-No.

EL HOMBRE.-¿Pues para qué has puesto en fila todo tu ajuar? ¿Envías una procesión a Ieron, el pregonero?

CREMES.-No, por Zeus; voy a depositarlo en el Agora, conforme a la última ley.

EL HOMBRE.-¿A depositarlo?

CREMES.-Sí.

EL HOMBRE.-¡Por Zeus salvador, tú estás loco!

CREMES.-¿Cómo?

EL HOMBRE.-¿Cómo? Es fácil comprenderlo.

CREMES.-Pues qué, ¿no debo obedecer las leyes?

EL HOMBRE.-¿Qué leyes, desdichado?

CREMES.-Las que se acaban de promulgar.

EL HOMBRE.-¡Pero qué imbécil eres!

CREMES.-¿Yo imbécil?

EL HOMBRE.-Naturalmente; y el mayor de todos.

CREMES.-¿Porque cumplo las prescripciones legales?

EL HOMBRE.-¿Qué hombre sensato cumple lo que está prescrito?

---

<sup>32</sup> Llamábanse así a las mujeres de extranjeros domiciliados, porque tenían obligación de llevar cántaros llenos de agua en la procesión de las Canéforas.

<sup>33</sup> Dábase este nombre a la mujer que llevaba una vasija con miel para los sacrificios.

<sup>34</sup> Todos estos detalles recuerdan las ceremonias de las Panateneas.



CREMES.-Todos.

EL HOMBRE.-Tu estupidez no tiene límites.

CREMES.-¿Pero tú no piensas depositar tus bienes?

EL HOMBRE.-Me guardaré muy bien, antes de ver lo que hace la multitud.

CREMES -¿Puede ser otra que la de llevar al fondo común todos los bienes?

EL HOMBRE.-Cuando lo vea, lo creeré.

CREMES.-Por las calles no se habla de otra cosa.

EL HOMBRE.-Se hablará.

CREMES.-Todos dicen que van a llevar su parte.

EL HOMBRE.-Se dirá.

CREMES.-Me matas con tu desconfianza.

EL HOMBRE.-Se desconfiará.

CREMES.-¡Qué Zeus te confunda!

EL HOMBRE.-Se te confundirá. ¿Crees que todo ciudadano que tenga un átomo de juicio ha de llevar nada? No estamos acostumbrados a dar; sólo nos gusta recibir, en lo cual imitamos a los dioses. Para convencerte, no tienes más que mirarles a las manos: sus imágenes, cuando les pedimos dones y mercedes, nos alargan las manos vueltas hacia arriba; no en actitud de dar, sino de recibir.

CREMES.-Bueno, ya está bien. Déjame cumplir con mi deber. ¿Dónde está mi correa?

EL HOMBRE.-Pero ¿de veras lo vas a llevar?

CREMES.-Sí, por Zeus; mira, ya he atado este par de trípodes.

EL HOMBRE.-¡Qué locura! ¿Por qué no esperas a ver lo que hacen los demás, y después...?

CREMES.-Después, ¿qué?

EL HOMBRE.-Esperar de nuevo y dar tiempo.

CREMES.-¿A qué?

EL HOMBRE.-Esperar a que se produzca un temblor de tierra, o un incendio desfavorable, o a que pase una comadreja, y verás, insensato, como nadie lleva nada al depósito.

CREMES.-¡Tendría gracia que por estar esperando no encontrase dónde depositar mis cosas!

EL HOMBRE.-Si fuera para tomar no habría peligro de que pudieras hacerlo; pero para dejar, estate bien tranquilo aunque sea pasado mañana.

CREMES.-¿Cómo?

EL HOMBRE.-Conozco muy bien a esa gente. Se precipitan para dictar una disposición que luego no se cumple.

CREMES.-Todos aportarán sus bienes, amigo.

EL HOMBRE.-¿Y si no lo hacen?

CREMES.-No te quepa duda de que lo harán.

EL HOMBRE.-Y si no lo hacen ¿qué?

CREMES.-Les obligaremos.

EL HOMBRE.-¿Y si son más fuertes?

CREMES.-Dejaré mis muebles y me iré. ¡Ojalá revientes!

EL HOMBRE.-Y si reviento ¿qué ocurrirá?

CREMES.-Que habrás hecho bien.

EL HOMBRE.-¿Te obstinas, pues, en querer depositarlo?

CREMES.-Sí, por cierto, pues ya veo a mis vecinos que se disponen a llevar los suyos.

EL HOMBRE.-¿Quién? ¿Antístenes?<sup>35</sup>. Ese preferiría mil veces estarse treinta días seguidos sentado en un bacín.

CREMES.-¡Vete al infierno!

EL HOMBRE.-Y Calímaco<sup>36</sup>, el maestro de Coros, ¿qué llevará a la comunidad?

CREMES.-Más que Calias<sup>37</sup>.

EL HOMBRE.-¡Este hombre quiere arruinarse!

CREMES.-¡Maldiciente!

EL HOMBRE.-¿Maldiciente? ¿Pues no estamos viendo todos los días decretos semejantes? ¿No te acuerdas de aquel que se dio sobre la sal?<sup>38</sup>.

CREMES.-Me acuerdo.

EL HOMBRE.-¿Y de aquel otro sobre las monedas de cobre? ¿Te acuerdas?

---

<sup>35</sup> Conocido por su avaricia

<sup>36</sup> Era extremadamente pobre.

<sup>37</sup> Arruinado por sus prodigalidades.

<sup>38</sup> Alusión a un decreto bajando el precio de la sal, que no fué llevado a efecto.

CREMES.-Ya lo creo. ¡Como que fue un desastre para mí lo de aquella maldita moneda! Con la venta de mis uvas me había llenado la boca de monedas de cobre, y me dirigí al mercado a comprar harina: tenía ya abierto el saco para recibirla, cuando, de pronto, el pregonero grita: «Nadie debe recibir en adelante la moneda de cobre; sólo será corriente la de plata»<sup>39</sup>.

EL HOMBRE.-Y hace poco, ¿no jurábamos todos que el impuesto de la cuadragésima, ideado por Eurípides<sup>40</sup>, proporcionaría quinientos talentos al Estado? No había quien no pusiese en las nubes al inventor; pero cuando, vista la cosa con detenimiento, se comprendió que era, como suele decirse, «la Corinto de Zeus»<sup>41</sup>, y que no producía nada, todo el mundo se desató contra Eurípides.

CREMES.-Las circunstancias han variado. Entonces éramos nosotros los que gobernábamos, mientras que ahora son las mujeres.

EL HOMBRE.-¡Por Poseidón, ya tendré buen cuidado de que no se orinen en mis barbas!

CREMES.-No se que sandeces dices. Tú, pequeño (a un servidor): cárgate ese fardo.

EL HERALDO.-(Representado por una mujer.) Ciudadanos, acudid todos, pues empieza a regir la nueva ley; presentaos a nuestra generala, para que la suerte designe el lugar donde cada uno debe comer; ya están las mesas dispuestas y cargadas de manjares exquisitos; y los lechos adornados de colchas y tapices; ya el agua y el vino se mezclan en las cráteras junto a la fila de las mujeres encargadas de los perfumes; ya se asan pescados, se clavan liebres en los asadores, se tejen coronas y se fríen pastelillos; las jóvenes cuidan de guisar las habas que hierven en las ollas, y entre ellas Esmeo<sup>42</sup> con su uniforme de caballería les hace la limpieza; Geron<sup>43</sup>, con una hermosa túnica y finos zapatos, se presenta riendo con otro jovencito; ya se ha desprendido del manto y de su grueso calzado. Venid, el panadero os espera; preparad bien las quijadas.

EL HOMBRE.-Sí, iré. ¿Por que me había de quedar aquí cuando la Ciudad lo manda?

CREMES.-¿Adonde vas sin haber depositado tus bienes?

---

<sup>39</sup> Se refiere a la moneda acuñada durante el arcontado de Antígenes, catorce años antes de representarse La Asamblea de las Mujeres. Se la llamó de cobre, aunque era de oro, por la mucha liga que en ella entraba. Por esto mismo, sin duda, se prohibió su circulación hacia el año 406, con grave perjuicio de muchos ciudadanos.

<sup>40</sup> Este Eurípides, era hijo o hermano menor del célebre poeta. La contribución de que habla Aristófanes consistía en entregar cada ciudadano al Tesoro público la cuadragésima parte de sus bienes.

<sup>41</sup> Es decir, mucho menos de lo que pretendía.

<sup>42</sup> Sodomita famoso.

EL HOMBRE.-Al banquete.

CREMES.-Si las mujeres tienen un átomo de juicio, no lo consentirán antes de que hagas el depósito.

EL HOMBRE.-Ya lo haré.

CREMES.-¿Cuándo?

EL HOMBRE.-Te aseguro que no seré de los últimos.

CREMES.-Y mientras tanto, ¿vas a comer?

EL HOMBRE.-Pues ¿que he de hacer? Todo hombre sensato debe prestar su apoyo al Estado, en la medida de sus posibilidades.

CREMES.-¿Y si te prohíben entrar?

EL HOMBRE.-Bajare la cabeza y entrare.

CREMES.-¿Y que harás si te azotan?

EL HOMBRE.-Las citare a juicio.

CREMES.-¿Y si se ríen de tí?

EL HOMBRE.-Me apostare a la puerta...

CREMES.-¿Y que harás?

EL HOMBRE.-Arrebatare las provisiones a los que las traen.

CREMES.-Ven, pues, detrás de mí. Vosotros, Sicon y Parmenón (dirigiéndose a unos esclavos), cargad con mis enseres.

EL HOMBRE.-¡Por Zeus! Es preciso, sin embargo, hallar un medio de conservar mis bienes y participar de la comida común. ¡Ah, tengo una idea luminosa! ¡Pronto, pronto, a comer!

(Vale.)

*(A las ventanas de dos casas próximas se asoman una Vieja y una Joven.)*

LA VIEJA.-!Cómo no Vendrá ningún hombre? Ya Va siendo hora. Aquí estoy llena de albayalde, Vestida de amarillo, cantando entre dientes, loqueando y dispuesta a arrojarme en brazos del primer Viandante. ¡Oh, Musas! Descended a mis labios e inspiradme una Voluptuosa canción de

---

<sup>43</sup> Viejo elegante que quería pasar por joven.

estilo jonio.<sup>44</sup>

LA JOVEN.-¿Te has asomado a la Ventana antes que yo, Vieja podrida? Creías, sin duda que, yo ausente, ibas a Vendimiari la Viña abandonada y atraer a alguno con tus canciones. Si cantas yo también cantaré; pues aunque a los espectadores les parecerá gastado y fastidioso el procedimiento, no dejarán de encontrarlo un tanto cómico y divertido.

LA VIEJA.-(Enseñándole un dedo.) Habla con éste y Vete de ahí. (A un flautista que la acompaña.) Tú, mi joven flautista, coge tus instrumentos y toca una melodía digna de tí y de mí. (Se pone a cantar acompañada del flautista.)

*Quien quiera placer  
que se venga conmigo;  
las jovencitas carecen de experiencia  
y es cosa de mujeres maduras.  
Ninguna como yo, estad seguros,  
querrá al amante que se le una,  
pues volará hacia otro.*

LA JOVEN.

*No tengas celos de las jóvenes  
porque la voluptuosidad nació  
y se encuentra entre sus tiernos muslos  
y florece en sus redondos senos.  
A ti, oh vejestorio depilado,  
y todo embadurnado,  
sólo la muerte te dirá: "te quiero".*

LA VIEJA.-

*Así se te obstruya la vaina  
y se te desmorone el lecho  
cuando quieras que te ensarten;*

---

<sup>44</sup> Los cantos de Jonia participaban de la voluptuosidad de sus habitantes.

*y que sea una sierpe lo que oprimas contra el pecho  
cuando vayas a besar a tu amante.*

LA JOVEN.

*¿Qué será de mí? ¡Qué pena!*

*Mi compañero no llega*

*Me dejan aquí sola; mi madre*

*se fue por otro lado.*

*¿A qué decir más?*

*Vamos, abuela, te lo ruego,*

*puedes llamar a Ortágoras*

*y que sea una sierpe.*

*Hazlo pronto, pues ya veo que, al estilo de Jonia,*

*Te pica ... la cuestión, mi pobre amiga.*

*También debes ser hábil*

*en las cosas de Lesbos,*

*pero no podrás arrebatarme mis placeres,*

*ni aventajarme ni suplantarme jamás.*

LA VIEJA.-¿Por qué me hablas? Si tan poco te importo ¿por qué me hablas?

LA JOVEN.-Y tú, ¿por qué te asomas de ese modo a la Ventana?

LA VIEJA.-No hago más que cantarme a solas una canción en honor de mi amigo Epígenes.

LA JOVEN.-¡Ah! ¿Es que, además del Viejo Geres, tienes otro amigo?

LA VIEJA.-El mismo Epígenes te lo probará, pues va a Venir dentro de poco. Míralo, ahí está.

LA JOVEN.-¡Pero ya no tiene ningún deseo de ti, calamidad!

LA VIEJA.-¡SI, por Zeus, pequeña peste!

LA JOVEN.-Que nos lo pruebe él mismo; yo me retiro de la Ventana.

LA VIEJA.-Y yo también, para que Veas que no me engaño.

EL JOVEN.-¡Oh! ¡Si pudiera estrechar entre mis brazos a la joven sin tener que sufrir antes las caricias de la Vieja! Esto es intolerable para un hombre libre.

LA VIEJA.-¡Por Zeus! Las sufrirás, mal que te pese. No son cosas del tiempo de Carixena;<sup>45</sup> y ahora, la ley ha de cumplirse porque vivimos en régimen democrático. Me retiro para observar sus movimientos.

EL JOVEN.-Haced, ¡oh dioses!, que encuentre sola a aquella linda muchacha por la que Vengo aquí, después de bien bebido, y que deseo desde hace mucho tiempo.

LA JOVEN.-He engañado a la maldita Vieja. Se retiró, creyendo que yo me iba a estar en casa. Pero ahí está el joven. Es el mismo, el mismo de quien hablamos. Ven aquí, amor mío, Ven a pasar la noche entre mis brazos. Los bucles de tus cabellos me tienen loca de amor; una pasión frenética arde en mi pecho y me consume. Oye mis súplicas, oh Eros, y haz que Venga a compartir mi tálamo.

EL JOVEN.-¡Aquí! ¡Oh, aquí! Baja a abrir la puerta si no quieres verme morir en su dintel! ¡Oh, amada mía! Quiero embriagarme con tus caricias. ¡Oh Cipris! ¿Por qué me inspiras este frenético deseo? -Oye mis súplicas, Eros, y haz que Venga a compartir mi tálamo. ¡Qué impotente es la palabra para pintar mi pasión! Abre la puerta dulce amiga; estréchame entre tus brazos; pon fin a mi tormento. ídolo mío, hija de Cipris, abeja de las Musas, capullo de las Cárites, retrato de la Voluptuosidad, abre la puerta, estréchame entre tus brazos; pon fin a mi tormento.

LA VIEJA.-¡Eh, tú! ¿Por qué llamas? ¿Es a mí a quien buscas?

EL JOVEN.-¿Cómo dices?

LA VIEJA.-Digo que por qué llamas y si es a mí a quien buscas?

EL JOVEN.-¡Antes morir!

LA VIEJA.-¿Qué andas, pues, buscando con esa antorcha?

EL JOVEN.-Busco a un hombre de Anaflisto.<sup>46</sup>

LA VIEJA.-¿Quién?

EL JOVEN.-No es el que tú esperas, sin duda.

LA VIEJA.-A quien espero es a ti, por Afrodita; y has de venirte conmigo, lo quieras o no.

---

<sup>45</sup> Quiere decirse que no son cosas que puedan vulnerarse por haber caído en desuso.

<sup>46</sup> Demo del Atica, cuya etimología da lugar a un equívoco obsceno.

EL JOVEN.-Pero es que hoy no nos ocupamos de las mayores de sesenta; las guardamos para después. Hoy sólo atendemos a las que no llegan a los Veinte.

LA VIEJA.-Pero eso era bajo el antiguo régimen, querido mío; ahora la ley dispone que seamos las primeras en ser atendidas.

EL JOVEN.-Eso será, si yo quiero, de acuerdo con la regla del juego de dados.

LA VIEJA.-Pero tú no comes con arreglo a la ley del juego de dados.

EL JOVEN.-No sé lo que quieres decir; Voy a llamar a esta otra puerta.

LA VIEJA.-¿Después de haber llamado a la mía? EL JOVEN.-Lo que ahora necesito no es una criba. (La vieja baja y sale de la casa.)

LA VIEJA.-(Que ha bajado y sale de su casa.) Sé que me amas, sólo que estás asombrado de verme fuera. Anda, adelanta la boca ...

EL JOVEN.-Pero, amiga mía, tengo miedo a tu amante.

LA VIEJA.-¿A cuál?

EL JOVEN.-Al mejor de los pintores.

LA VIEJA.-¿Y quién es?

EL JOVEN.-Al que pinta las lámparas mortuorias. Vete, Vete, y que no te vea aquí en la puerta.

LA VIEJA.-Ya sé, ya sé lo que tú quieres.

EL JOVEN.-También sé yo, por Zeus, lo que quieres tú.

LA VIEJA. -Y te juro, por Afrodita, mi favorecedora, que no te he de soltar.

EL JOVEN.-No divagues, Viejecita mía.

LA VIEJA.-Como quieras; pero te llevaré a mi casa.

EL JOVEN.-¿Qué necesidad hay de comprar ganchos para sacar los cubos de los pozos? Con echar a esta Vieja se conseguirá el mismo objeto.

LA VIEJA.-Déjate de burlas que me afligen y sígueme.

EL JOVEN.-Nada me obliga, a menos que hayas pagado por mí al Estado el impuesto de



la quingentésima<sup>47</sup>.

LA VIEJA.-Por Afrodita, es preciso que Vengas porque yo siento mi gran placer cuando me acuesto con los jóvenes de tu edad.

EL JOVEN.-Pues a mí nada me desagrada tanto como el amor de tus iguales; jamás consentiré.

LA VIEJA.-Pero esto, por Zeus, te obligará. EL JOVEN.-¿Y qué es eso?

LA VIEJA.-Un decreto en Virtud del cual tienes que entrar en mi casa.

EL JOVEN.-Léelo para Ver qué puede ser eso.

LA VIEJA.-Escucha, pues: las mujeres han decidido que "cuando un hombre desee a una muchacha no deberá tener comercio con ella antes de haber colmado a la Vieja. Si él se niega y sigue deseando a la joven, las mujeres maduras podrán arrastrar impunemente al joven agarrándole del clavo".

EL JOVEN.-¡Ay de mí! Voy a convertirme hoy en un nuevo Procusto.

LA VIEJA.-Es necesario obedecer nuestras leyes.

EL JOVEN.-¿Y si alguno de mis amigos o conciudadanos Viniese a rescatarme?

LA VIEJA.-Ningún hombre puede disponer de cosa alguna cuyo Valor exceda al de una medimna.

EL JOVEN.-¿Y no podré librarme jurándote que... ?

LA VIEJA.-No hay excusa que Valga.

EL JOVEN.-Alegaré que soy comerciante<sup>48</sup>.

LA VIEJA.-Y yo haré que te arrepientas de haberlo alegado.

EL JOVEN.-¿Qué debo, pues, hacer?

LA VIEJA.-Seguirme aquí, hasta mi casa.

EL JOVEN.-¿Es absolutamente indispensable?

LA VIEJA.-Como si lo ordenase el mismo Diomedes<sup>49</sup>.

EL JOVEN.-Pues bien, extiende una capa de orégano sobre cuatro ramas; cíñete de bandas la cabeza, y coloca junto a ti los Vasos de perfume y en la puerta el cántaro de

---

<sup>47</sup> Al parecer este impuesto lo pagaban los amos respecto al valor de sus esclavos.

<sup>48</sup> Los comerciantes estaban exentos del servicio militar

<sup>49</sup> 49 Bandido de Tracia, que obligaba a los viajeros a compartir el tálamo con sus hijas, bajo pena de ser devorado por sus caballos.

agua lustral<sup>50</sup>.

LA VIEJA.-¿También me comprarás una corona?

EL JOVEN.-¡Sí, por Zeus! Y será de cirios, pues creo que expirarás en cuanto entres en tu casa.

LA JOVEN.-*(Saliendo precipitadamente de su casa).*

¿Adónde arrastras a ese joven?

LA VIEJA.-A mi casa; porque es mío.

LA JOVEN.-Es una locura. Es demasiado joven para acostarse contigo; mejor podrías ser su madre que su esposa. Con ese sistema Vais a llenar el mundo de Edipos.<sup>51</sup>

LA VIEJA.-Calla, sierpe. La envidia te hace hablar así: pero me Vengaré de ti.

EL JOVEN.-¿Por Zeus salvador! ¡Qué gran servicio me prestas intentando librarme de esta Vieja! Esta noche te daré una prueba grande y gorda de mi gratitud.

VIEJA SEGUNDA.-*(Que aparece en escena dirigiéndose a la Joven.)* ¡Eh, tú! ¿Adónde te llevas a ése? Según la ley, tengo derecho preferente a acostarme con él.

EL JOVEN.-¡Oh, desventurado de mí! ¿De dónde sales tú ahora, Vieja condenada? Esta es una peste aún más terrible que la primera.

VIEJA SEGUNDA.-Ven por aquí.

EL JOVEN.-*(A la Joven.)* ¡Por todos los dioses! No dejes que esta otra Vieja me obligue a seguirla.

VIEJA SEGUNDA.-¡Pero si no soy yo! Es la ley la que te obliga.

EL JOVEN.-Nada de ley, sino una Empusa<sup>52</sup> con todo el cuerpo plagado de úlceras hediondas.

VIEJA SEGUNDA.-Sígueme, corazoncito, y déjate de tonterías.

EL JOVEN.-Déjame que Vaya a hacer una necesidad, a ver si así puedo recobrar un poco. De lo contrario el miedo me obligará a pintar de marrón el dintel de esa puerta.

VIEJA SEGUNDA.-Ven, nada temas; ya lo harás en casa.

EL JOVEN.-¡Oh! Temo hacer mucho más de lo que quiero; déjame y te daré dos fiadores seguros. VIEJA SEGUNDA.-No los admito.

---

<sup>50</sup> Aparato con que se exponían los cadáveres. El joven le manda preparar, en vez de tálamo nupcial, el lecho mortuario.

<sup>51</sup> Que se casó con su madre Yocasta, sin conocerla.

<sup>52</sup> Especie de fantasma infernal.

(Aparece en escena una tercera Vieja.)

VIEJA TERCERA.-(Al Joven.) ¡Eh, tú! ¿Adónde Vas con esa mujer?

EL JOVEN.-No Voy, me llevan. Pero quienquiera que seas que el cielo te colme de bendiciones, por venir a ayudarme en este duro trance. (Al decir esto repara bien en la tercera Vieja que acaba de interpellarle.) ¡Oh Heracles! ¡Oh Panes! ¡Oh Coribantes! ¡Oh Dióscuros! Ese monstruo es infinitamente más horrible. Pero ¿qué es Zeus poderoso? ¿Es una mona rebozada en albayalde o el espectro de una bruja que vuelve de los infiernos?

VIEJA TERCERA.-Nada de burlas y sígueme por aquí.

VIEJA SEGUNDA.-No, por aquí.

VIEJA TERCERA.-Ya puedes estar segura de que no lo soltaré jamás.

VIEJA SEGUNDA.-Ni yo tampoco.

EL JOVEN.-Me Vais a descuartizar, Viejas malditas.

VIEJA SEGUNDA.-Es a mí a la que debes seguir por disposición de la ley.

VIEJA TERCERA.-En absoluto, como no se presente otra más fea.

EL JOVEN.-Pero si me matáis así, ¿cómo he de poder irme con ninguna?

VIEJA TERCERA.-Arréglatelas como puedas; por de pronto, obedéceme.

EL JOVEN.-¿A cuál de Vosotras debo ensartar primero para quedar en paz?

VIEJA TERCERA.-¿No lo sabes? Ven aquí.

EL JOVEN.-Pues que me suelte esta otra.

VIEJA SEGUNDA.-No, ¡aquí!

EL JOVEN.-Iré, cuando ésta me suelte.

VIEJA TERCERA.-Pues yo no te dejaré. ¡De ningún modo, por Zeus!

VIEJA SEGUNDA.-Ni yo.

EL JOVEN.-Haríais, en verdad, muy malas barqueras.

VIEJA TERCERA.-¿Por qué?

EL JOVEN.-Porque despedazaríais a los pasajeros tirando a un lado y a otro.

VIEJA SEGUNDA.-Cállate y Ven aquí.

VIEJA TERCERA.-No, por Zeus, sino aquí.

EL JOVEN.-Habré de conformarme con el decreto de Cannonos pues tengo que partirme en dos para daros gusto. ¿Y cómo manejaré a las dos como dos remos?

VIEJA SEGUNDA.-Muy fácilmente, en cuanto te hayas comido un puchero de cebollas.<sup>53</sup>

EL JOVEN.-¡Ay de mí! ¡Ya, me tienen junto a la puerta!

VIEJA SEGUNDA.-*(A la Vieja Tercera.)* Nada conseguirás porque entraré contigo y me echaré encima.

EL JOVEN.-¡No por los dioses! Mejor es un mal que dos.

VIEJA TERCERA.-Quieras o no así ha de ser por Hecate.

EL JOVEN.-¡Negro infortunio! ¡Permanecer todo el día y toda la noche en brazos de una Vieja hedionda y para fin de fiesta caer de nuevo entre los de esa rana cuyas mejillas parecen dos alcuza. ¿Hay desgracia como la mía? Sin duda nací con mal sino pues tengo que nadar entre estos monstruos. Si algún mal me sucede al navegar sobre estas fétidas letrinas acordaos de sepultarme bajo el mismo dintel de la puerta; y a la que me sobreviva, untadle todo el cuerpo de hirviente pez. Cubridla hasta el tobillo de fundido plomo y colocadla sobre mi tumba a guisa de lámpara funeraria.

*(Mientras que el Coro danza, llega la criada de Praxágora, que sale del festín y viene medio ebria.)*

LA CRIADA.-¡Qué felicidad de pueblo! ¡Qué felicidad la mía! ¡Y sobre todo, qué felicidad la de mi señora! ¡Felices todos Vosotros, Vecinos y conciudadanos, y cuantos estáis a nuestras puertas; y feliz con ellos yo, simple sirvienta que he llenado mi cabellera de perfumes! ¡Y qué exquisitos, Zeus soberano! Pero el perfume de las ánforas llenas de Vino de Tasos es más exquisito todaVía: este aroma se conserva largo tiempo; los otros se desvanecen en seguida. ¡Sí, excelsos dioses: el perfume de las ánforas es mil y mil Veces preferible! ¡Echadme vino! Echadme, pues, alegre toda la noche a la que ha sabido elegirlo. Pero, amigas, decidme dónde está mi dueño, el marido de mi señora.

EL CORIFEO.-Si te quedas ahí creo que lo encontrarás.

LA CRIADA.-Perfecto; ya viene a cenar. ¡Oh, dueño mío! ¡Hombre feliz! ¡Hombre mil veces feliz!

EL DUEÑO.-¿Yo?

---

<sup>53</sup> Operación afrodisíaca, al parecer.

LA CRIADA.-Sí, tú, por Zeus, y más feliz que ninguno. ¿Puede haber nadie más dichoso, puesto que en una población de treinta mil ciudadanos eres el único que no ha cenado?

EL CORIFEO.-Un hombre verdaderamente feliz; esa es la palabra.

LA CRIADA.-¿Adónde, adónde vas?

EL DUEÑO.-A cenar.

LA CRIADA.-Sí, por Afrodita, y eres, con mucho, el más retrasado. Sin embargo, mi señora ha dicho que te lleve; y, contigo, a esas muchachas. Aún queda mucho vino de Quíos y otras mil cosas buenas. ¡Ea, despachemos! Los espectadores que nos favorecen, y los jueces imparciales, pueden venir también; les daremos de todo.

BLÉPIRO.-¿Y por qué no invitas generosamente a todo el mundo sin omitir a nadie; viejos, jóvenes y niños, que tendrán cena dispuesta para todos ... si se van a sus casas. Y o corro al festín, llevando mi antorcha con gracia. ¿Qué esperas tú? ¿Por qué no vienes con esas muchachas? Mientras bajas con ellas, yo entonaré un canto a propósito para abrir el apetito.

EL CORIFEO.-Yo quiero a mi vez darle al jurado un pequeño consejo. Que los sabios me juzguen por lo que en esta comedia hay de sabio, y los que gusten de chistes, por los muchos chistes que en ella he derramado. Está, pues, claro que también os invito a todos ... a concederme el premio. Y que la suerte no me sea adversa después de haberme dado la prioridad; no lo olvidaréis y fieles a vuestro juramento, juzgad siempre con rectitud a los Coros; no seáis como esas viles cortesanas que sólo se acuerdan del último con quien yacen.

LA CRIADA.-¡Ya es hora, amigas mías! Ya es hora, si queremos concluir, de dirigirnos al banquete danzando. Partid y ajustad vuestros pasos al ritmo cretense.

EL SEMI-CORO.-Así lo estoy haciendo.

EL CORO.-Marchad vosotras, ligera y acompasadamente. Pronto se van a servir ostras, cecina, rayas, lampreas, sesos en salsa picante, silfio, puerros empapados en miel, tordos, mirlos, palominos torcaces, palomas, crestas de gallo asadas, chochas, pichones, liebres cocidas en arrope y sustancia de alones. Ya lo sabéis: pronto, amigas mías, coged un plato, sin olvidaros del vaso, y a comer.

EL SEMI-CORO.-Las otras ya están devorando.

EL CORO.-¡ Brinquemos! ¡Bailemos! ¡lo! Evohé) ¡Al festín! ¡Evohé, evohé, evohé!

Como después de la victoria. ¡Evohé, evohé, evohé, evohé!

# La Paz

**Aristófanes**

## **PERSONAJES:**

PRIMER SERVIDOR.

SEGUNDO SERVIDOR.

TRIGEO, viñador.

LAS HIJAS DE TRIGEO.

HERMES.

POLEMO, personificación de la Guerra.

EL TUMULTO, servidor de Polemo.

LA PAZ.

OPORA Y TEORÍA, personajes mudos, la primera diosa de las cosechas y la otra diosa  
de las fiestas.

HIEROLES, adivino.

UN ARMERO.

NIÑO PRIMERO.

NIÑO SEGUNDO.

VARIOS PERSONAJES MUDOS.

LAS CIUDADES GRIEGAS, que componen el Coro.



*(La acción transcurre, parte en el Olimpo y parte en Atenas.)*

PRIMER SERVIDOR.-Tráeme pronto una bolita para el escarabajo.

SEGUNDO SERVIDOR.-Toma, dásela a esa cochina bestia. ¡Ojalá no coma jamás otra mejor!

PRIMER SERVIDOR.-Otra hecha con boñiga de asno.

SEGUNDO SERVIDOR.-Ahí la tienes también. Pero ¿dónde está la que trajiste hace un momento? ¿Se la ha comido ya?

PRIMER SERVIDOR.-¡Pues ya lo creo! Me la arrebató de las manos, le dio una vueltecilla entre las patas y se la tragó enterita. Hazle, hazle otras más grandes y espesas.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Oh, limpia-letrinas, socorredme en nombre de los dioses, si no queréis que me asfixie!

PRIMER SERVIDOR.-Otra, otra, confeccionada con excrementos de joven invertido; ya sabes que le gusta la masa muy molida.

SEGUNDO SERVIDOR.—Creo, señores, que hay algo de que nadie podrá acusarme: de que me coma la pasta al amasarla.

PRIMER SERVIDOR.-¡Puf!, venga otra, otra y otra, bolita; no ceses de amasar.

SEGUNDO SERVIDOR.-No, por Apolo; ¡se acabó! No puedo resistir ya el olor de este lebrillo.

PRIMER SERVIDOR.-Entonces, voy a llevármelo yo mismo de aquí.

SEGUNDO SERVIDOR.-Eso es. Échase a los cuervos y échate tú detrás. *(A los espectadores.)* ¿No me dirá alguno de vosotros que lo sepa dónde podré comprar una nariz sin agujeros? Porque es el más repugnante de los oficios esto de ser cocinero de un escarabajo. Al fin un cerdo o un perro se tragan nuestros excrementos tal y como se los encuentran, mas este animal anda siempre con remilgos, y ni aún se digna tocarlos, si no me he estado amasando un día entero la bolita, como si hubiera de ofrecerse a una joven delicada. Pero veamos si ha concluido de comer; voy a entreabrir un poquito la puerta para que no me distinga. ¡Traga, traga, atrácate hasta que revientes! ¡Cómo devora el maldito! Mueve las mandíbulas como un atleta sus membrudos brazos; luego agita la cabeza y las patas, como los que enrollan cables en las naves de carga. ¡Oh, animal voraz, fétido e inmundito! No sé qué dios nos ha enviado semejante regalo, pero seguramente no han sido ni Afrodita ni las Gracias.

PRIMER SERVIDOR.-¿Quién, entonces?

SEGUNDO SERVIDOR.-Sólo ha podido ser un monstruo enviado por Zeus, lanza-m...

PRIMER SERVIDOR.-Pero sin duda algún espectador, alguno de esos jóvenes que presumen de ingeniosos, estará diciendo ya: ¿Qué es esto? ¿Qué significa ese escarabajo? Y un jonio sentado a su lado, estoy seguro de que le responde: Todo esto, si no me engaño, se refiere a Cleón, pues es el único que no tiene reparo en comer m... Pero voy a darle de beber.

SEGUNDO SERVIDOR.-Y ahora, voy a explicar el argumento a los niños, a los mozos, a los hombres, a los viejos y a los que han traspuesto el término ordinario de la vida. Mi amo padece una rara locura, no la vuestra, sino otra absolutamente inédita: la de pasarse todo el día mirando al cielo, con la boca abierta e increpando a Zeus de este

modo: «¡Oh Zeus!» ¿Qué intentas? Deja la escoba; no vayas a vaciar a Grecia con tus escobazos.» ¡Eh, silencio! Acabo de oír su voz.

TRIGEO.-(*En el interior de la casa.*) ¡Oh, Zeus! ¿Qué intentas hacer de nuestra patria? ¿No ves que se despueblan las ciudades?

SEGUNDO SERVIDOR.-Ahí tenéis la manía de que os hablaba. Esas palabras pueden daros una idea de ella; yo os diré las que pronunciaba cuando principió a revolverse la bilis. Hablando aquí mismo a solas, exclamaba: «¿Cómo podría yo ir derecho a Zeus?» Construyó al efecto escalas muy ligeras, por las cuales, sirviéndose de pies y manos, trataba de subir al cielo; hasta que se cayó, rompiéndose la cabeza.

Ayer se fue corriendo no sé adonde, y volvió a casa con este enorme escarabajo, ligero como un caballo del Etna, obligándome a ser su palafranco. Mi amo le acaricia como si fuese un potro, y le dice: «Pegasillo mío, generoso volátil: llévame de un vuelo hasta el trono de Zeus.» Pero voy a ver por esta rendija lo que hace. ¡Oh desgraciado! ¡Favor! ¡Favor! ¡vecinos! ¡Mi amo sube por el aire en el escarabajo!

TRIGEO.-(*Apareciendo a caballo sobre una máquina que representa un escarabajo de dimensiones colosales.*) Calma, calma, despacio; poco a poco, escarabajo mío; refrena tu fogosidad; no confíes demasiado en tu fuerza; aguarda a que, después de sudar, el rápido movimiento de las alas haya dado agilidad a tus remos. Sobre todo, no despidas ningún aire infecto; si estás dispuesto a hacerlo, más vale que te quedes en casa.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Señor y dueño, qué extravagancia! TRIGEO.-  
Cállate, cállate.

SEGUNDO SERVIDOR.-Pero ¿adónde diriges tu vuelo, temerario?

TRIGEO.-Vuelo por la felicidad de todos los griegos; por ellos ejecuto una empresa atrevida y audaz.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Para qué volar? ¿Para qué esa necia locura?

TRIGEO.-Nada de palabras inútiles ni de reflexiones intempestivas; dadme ánimos, al contrario. Di a la gente que se calle, que tape bien las letrinas y las cloacas y que se taponen el trasero.

SEGUNDO SERVIDOR.-No callaré hasta que me digas adonde intentas ir volando.

TRIGEO.-¿Adónde he de ir sino al cielo, a ver a Zeus?

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Con qué intención?

TRIGEO.-Con la de preguntarle qué piensa hacer de todos los griegos.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Y si no te lo dice?

TRIGEO.-Le citaré a juicio y le acusaré de hacer traición a los griegos en favor de los medos<sup>1</sup>.

SEGUNDO SERVIDOR.-Por Dionysos, no harás tal mientras yo viva.

TRIGEO.-Pues no puede ser de otro modo.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Venid aquí, niñas, que vuestro padre os abandona, marchándose al cielo sin decir nada y abandonandoos como huérfanas. ¡Suplicadle que se quede, pobres desgraciadas!

UNA DE LAS NIÑAS.-(*Saliendo con su hermana.*) ¡Padre, padre! ¿Será verdad, como acaban de decirnos, que nos abandonas para ir a perderte con las aves en la región de los cuervos? Di, padre mío, ¿es verdad? Respóndeme si me amas.

TRIGEO.-Sí, me marchó. Cuando me pedís pan, hijas mías, llamándome papá, se me parte el corazón al no hallar en toda la casa ni la sombra de un óbolo. Si salgo bien de la empresa, tendréis siempre que queráis una gran torta.

---

<sup>1</sup> Esta acusación era frecuente en Atenas. Los medos (o persas) veían con placer estas disensiones de los griegos.

LA NIÑA.-Y ¿cómo vas a hacer ese viaje? No hay navío que pueda conducirte.

TRIGEO.-Iré sobre este corcel alado; no necesito embarcarme.

LA NIÑA.-Pero, padre, ¿cómo se te ha ocurrido irte hasta los dioses montado en un escarabajo?

TRIGEO.-Las fábulas de Esopo dicen que es el único animal alado capaz de haber llegado hasta los dioses.

LA NIÑA.-Eso es un cuento increíble, querido padre. ¿Cómo ha podido llegar hasta los dioses un animal tan inmundo?

TRIGEO.-Subió por la enemistad que tuvo con el águila, y se vengó haciendo una tortilla con sus huevos.

LA MUCHACHA.-¿No sería mejor que montases al aligero Pegaso y te presentases a los dioses con más trágico continente?

TRIGEO.-¿No comprendes que hubiera necesitado el doble de provisiones? Este se alimentará con lo que yo haya digerido.

LA NIÑA.-Y si cae del piélago en los húmedos abismos, ¿cómo podrá salir a flote un animal alado?

TRIGEO.-Llevo un timón, que emplearé si hay necesidad: todo se reducirá a que me sirva de nave un escarabajo de Naxos<sup>2</sup>.

LA NIÑA.-Después del naufragio, ¿qué puerto te acogerá?

TRIGEO.-¿Pues no hay en el Pireo el puerto del Escarabajo<sup>3</sup>?

LA NIÑA.-Ten mucho cuidado de no resbalar y caer desde allá arriba. Arriesgas quedarte estropeado, darle un argumento a Eurípides y transformarte en título de tragedia.

TRIGEO.-Eso es cuenta mía. Adiós. (*A los espectadores.*) Vosotros en cuyo obsequio sufro estos trabajos, absteneos durante tres días de soltar pedos y de hacer caca, pues, si al cernerse en las alturas percibe mi corcel algún olor, se precipitará sobre la tierra y burlará mis esperanzas. Adelante, Pegaso mío; haz resonar tu freno de oro, endereza las orejas. ¡Oh!, ¿qué haces? ¿Qué haces? ¿Por qué vuelves la cabeza hacia las letrinas? Levántate atrevidamente de la tierra y, desplegando tus veloces alas, vuela en línea recta al palacio de Zeus. Aparta por hoy el hocico de la basura y de todos tus alimentos cotidianos. ¡Eh, buen hombre! ¿Qué haces ahí? A tí te digo, que haces tus necesidades en el Pireo, junto al Lupanar. Ocúltalo pronto, cúbrelo con un montón de tierra, planta encima sérpil y riégalo con perfumes, pues si llego a caer ahí y me rompo la crisma en castigo de mi muerte tendrá que pagar cinco talentos la ciudad de Quios por tu condenado trasero. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué miedo! ¡Ya no tengo ganas de bromas! Mucha atención, maquinista. Un viento rebelde gira alrededor de mi ombligo; si no me contengo, voy a echarle un pienso al escarabajo<sup>4</sup>. Mas no debo estar lejos de los dioses, pues ya distingo la morada de Zeus. ¿Quién es ése que está en la puerta? Abrid. (*La escena cambia y representa el Olimpo.*)

HERMES.-¿Qué es este olor a mortal? (*Viendo a Trigeo.*) Señor Heracles, ¿qué monstruo es ése?

TRIGEO.-Un hipocántaro<sup>5</sup>.

---

<sup>2</sup> Juego de palabras: escarabajo era también el nombre que se daba a unas naves construidas en Naxos.

<sup>3</sup> Uno de los tres puertos del Pireo tenía ese nombre.

<sup>4</sup> Por efecto de su temor.

<sup>5</sup> Es decir, un «caballo escarabajo.»

HERMES.-Infame, atrevido, desvergonzado, bribón, rebribón, más que todos los bribones juntos, ¿cómo has subido hasta aquí? ¿Cómo te llamas? ¡Pronto!

TRIGEO.-Me llamo Bribón.

HERMES.-¿De dónde eres? Contesta.

TRIGEO.-Bribón.

HERMES.-¿Quién es tu padre?

TRIGEO.-¿Mi padre? Bribón.

HERMES.-En nombre de la Tierra, vas a morir si no declaras el nombre que llevas.

TRIGEO.-Soy Trigeo, nativo de Atmón, viñador honrado, enemigo de pleitos y delaciones.

HERMES.-¿A qué has venido?

TRIGEO.-A traerte estas viandas.

HERMES.- (*Ablandándose.*) ¡Oh, pobre amigo! ¿Y cómo has hecho el viaje?

TRIGEO.-Maldito glotón, ¿ya no te parezco un bribonazo? Ea, llama a Zeus.

HERMES.-¡Pues si que te crees cerca de ver a los dioses! Están de viaje. Ayer mismo se fueron.

TRIGEO.-¿A qué lugar de la Tierra?

HERMES.-¡Ah, sí, de la Tierra! TRIGEO.-En fin, ¿adónde?

HERMES.-Lejos, muy lejos, a la misma extremidad de la bóveda celeste.

TRIGEO.-¿Cómo te has quedado aquí solo?

HERMES.-Para guardar la vajilla de los dioses, los pucherillos, las tablillas y las pequeñas ánforas.

TRIGEO.-¿Y por qué se han ido los dioses?

HERMES.-Por enfado contra los griegos. En los lugares que les estaban destinados han alojado a Polemo<sup>6</sup>, dándole amplios poderes para que os trate a su antojo. Se han retirado muy lejos, por no presenciar vuestros combates ni oír vuestras súplicas.

TRIGEO.-¿Por qué razón nos tratan así?, dime.

HERMES.-Porque habéis preferido la guerra a la paz que se os ha brindado mil veces. Los lacedemonios, si llegaban a conseguir alguna pequeña ventaja, exclamaban enseguida: «Por los Dióscuros, nos la han de pagar los atenienses.» Por el contrario, si los atenienses salíais algo mejor librados y los lacedemonios venían a tratar de la paz, la contestación ya se sabía que había de ser: «Por Atenea, no nos engañáis; por Zeus, no hay que darle crédito; ellos volverán mientras tengamos a Pilos.»

TRIGEO.-Cierto, ése es nuestro lenguaje.

HERMES.-Por lo cual no sé si volveréis a ver la Paz.

TRIGEO.-Pues ¿adónde se ha ido?

HERMES.-Polemo la encerró en una profunda caverna.

TRIGEO.-¿En cuál?

HERMES.-Ahí, en ese abismo; ¿no ves cuántos peñascos ha amontonado encima para que nunca podáis recobrarla?

TRIGEO.-¿Sabes si está preparando algo contra nosotros?

HERMES.-Lo ignoro; sólo sé que ayer tarde trajo un mortero de prodigioso tamaño.

TRIGEO.-¿Qué quiere hacer con ese mortero?

HERMES.-Piensa machacar en él las ciudades. Pero me voy; si no me engaño, se dispone a salir, a juzgar por el estruendo que hay ahí dentro.

---

<sup>6</sup> Personificación de la guerra.

TRIGEO.-¡Ah, pobre de mí! ¡Huyamos! Yo oigo también el estruendo de ese mortero de guerra.

POLEMO.- (*Que trae un enorme mortero.*) ¡Ah, mortales, desdichados mortales! ¡temblad por vuestras mandíbulas!

TRIGEO.-¡Oh, mi señor Apolo, qué cacho de mortero! ¡Es para echarse a temblar! ¡Y qué espantoso es ese Polemo! He aquí al monstruo sanguinario y cruel del cual huímos, monstruo horrible, monstruo despiadado, plantado sobre sus piernas.

POLEMO.-¡Oh, Parsies<sup>7</sup>, una, y cien, y mil veces desgraciada, hoy terminas para siempre!

TRIGEO.-Hasta ahora, señores, nada va con nosotros; el golpe es para Lacedemonia.

POLEMO.-¡Ah, Megara, Megara, cómo voy a majarte hasta reducirte completamente a picadillo. (*Echa cabezas de ajo en el mortero.*)

TRIGEO.-¡Oh! ¡Cuántos motivos de amargas lágrimas para los megarenses! <sup>8</sup>.

POLEMO.-También tú, Sicilia, vas a saber lo que es la muerte. (*Echa queso.*)

TRIGEO.-¡Pobre nación a punto de ser rallada!

POLEMO.-Ea, mezclemos un poco de miel del Atica<sup>9</sup>.

TRIGEO.-¡Oh, no! Te aconsejo que emplees otra; ésa cuesta a cuatro óbolos; economiza la miel del Atica.

POLEMO.-¡Eh, Tumulto! Ven aquí.

EL TUMULTO.-¿Qué me quieres?

POLEMO.-Te voy a hacer gritar. ¿Cómo te quedas ahí plantado y sin hacer nada? ¡Tomaj, atrapa ese puñetazo.

EL TUMULTO.-¡Qué fuerza! ¡Desgraciado de mí! ¡Ah, señor!

TRIGEO.-Parece untado de ajo ese golpe<sup>10</sup>.

POLEMO.- (*Al Tumulto.*) Tráeme volando una mano de mortero.

EL TUMULTO.-Pero, patrón mío, si no tenemos ninguna; como sólo estamos aquí desde ayer...

POLEMO.-Pues corre donde los atenienses y tráeme una de allí. ¡Rápido!

EL TUMULTO.-Ya corro. ¡Pobre de mí si no la traigo!

TRIGEO.-¿Qué podemos hacer nosotros, míseros mortales? Ya veis qué espantoso peligro nos amenaza. Si vuelve con la mano de mortero, este Polemo va a entretenerse en triturar a placer las ciudades. ¡Oh, Dionysos, permite que muera antes de traerla!

POLEMO.- (*Al Tumulto, que regresa.*) ¿Qué hubo?

EL TUMULTO.-¿Cómo dices?

POLEMO.-¿Pero no la traes?

EL TUMULTO.-¡Ah! ¿Sabes?... el... eso... lo han perdido los atenienses... aquel curtidor que machacaba a toda Grecia...<sup>11</sup>.

<sup>7</sup> Ciudad de Laccnia, destruida por los atenienses el año segundo de la guerra del Peloponeso.

<sup>8</sup> Polemo echa en el mortero ajos y queso, como emblemas de Megara y Sicilia, respectivamente.

<sup>9</sup> En representación de Atenas. La miel del Atica era muy celebrada.

<sup>10</sup> Para hacer más doloroso el puñetazo.

<sup>11</sup> Por Cleón, muerto en la batalla de Anfípolis.

TRIGEO.-¡Oh, dicha! ¡Venerada Atenea! ¡Con qué oportunidad ha muerto! De no ser así estábamos perdidos.

POLEMO.- (*Al Tumulto*). Corre, pues, a buscar otra en Lacedemonia, y concluyamos de una vez.

EL TUMULTO.-Allá voy, señor.

POLEMO.-Date prisa en volver.

TRIGEO.-¿Qué va a ser de nosotros, ciudadanos? Llegó el momento crítico. Si alguno de vosotros está iniciado en los misterios de Samotracia<sup>12</sup>, ahora es la ocasión de desearle al mandadero una buena torcedura de pies.

EL TUMULTO.- (*Que regresa otra vez.*) ¡Ay, qué desgraciado soy! ¡Ay y mil veces ay!

POLEMO.-¿Qué es eso? ¿Tampoco ahora lo traes?

EL TUMULTO.-También los lacedemonios han perdido el que los machacaba.

POLEMO.-¿Y Cómo, granuja?

EL TUMULTO.-Lo habían prestado para las plazas fuertes de Tracia y lo han perdido<sup>13</sup>.

TRIGEO.-Esto va bien, muy bien, ¡oh Dioscuros!, perfectamente bien; cobrad ánimo mortales.

POLEMO.-Coge esos vasos y llévatelos adentro; yo voy también para fabricarme esa mano de mortero.

TRIGEO.-Llegó el momento de repetir lo que cantaba Datis, cuando se masturbaba en pleno mediodía: «¡Qué gusto! ¡Qué placer! ¡Qué voluptuosidad!» Ahora, ¡oh griegos!, llegó la ocasión oportuna de olvidar querellas y combates, y de libertar a la Paz, a quien todos amamos, antes de que nos lo impida algún nuevo triturador<sup>14</sup>. Labradores, mercaderes, fabricantes, obreros, metecos, extranjeros, insulares: acudid pronto, armaos de azadones, palancas, y maromas. Por fin podremos tomar en nuestras manos la copa del Buen Genio.

EL CORIFEO.-Acudamos todos a trabajar por el interés común. Griegos de todos los países, uníos para nuestra salvación. Ahora o nunca. Dejemos ahí nuestros batallones y nuestros malvados uniformes rojos. Hoy luce un sol no muy grato para Lámaco<sup>15</sup>. (*A Trigeo.*) Vamos, di lo que hay que hacer; dispón, ordena, manda. Estamos decididos a trabajar sin descanso, con máquinas y palancas, hasta volver a la luz a la más grande de las diosas, a la protectora más solícita de nuestras viñas.

TRIGEO.-¡Silencio! ¡Silencio! No vayan a despertar a Polemo los gritos que os arranca la alegría.

EL CORIFEO.-Nos ha regocijado ese edicto mandando libertar a la Paz. ¡Cuán distintos de esos otros que nos han ordenado tantas veces acudir con víveres para tres días!

TRIGEO.-Cuidado con el Cerbero que está ahí abajo. Aullando y echando espuma como lo hacía ahora mismo. Podría impedirnos libertar a la diosa.

---

<sup>12</sup> Los que querían evitar algún mal se iniciaban en los misterios de Samotracia.

<sup>13</sup> Alusión a Brásidas, muerto en la misma batalla que Cleón.

<sup>14</sup> 14 Posible alusión a Alcibiades, que en el mismo año excitó a los habitantes de Patras a extender sus fortificaciones hasta el mar, e iba preparando los ánimos a una nueva guerra, con objeto de desarrollar sus planes ambiciosos.

<sup>15</sup> General ateniense, partidario de la guerra.

EL CORIFEO.-Nadie será capaz de arrebatármela, como llegue a estrecharla entre mis brazos. ¡Ay, ay, qué gozo!

TRIGEO.-Estoy perdido, amigos míos, si no cesáis en vuestros gritos. Si el monstruo sale corriendo va a triturarlo todo bajo sus pies.

EL CORIFEO.-Aunque lo revuelva, pisotee y arruine todo, hoy no podemos contener la alegría.

TRIGEO.-Pero, ¿estáis locos? ¿Qué os sucede, amigos? Por los dioses os pido que no echéis a perder con vuestras cabriolas la más hermosa de las empresas.

EL CORIFEO.-Si yo no quiero bailar; pero mi alegría es tanta que sin yo quererlo mis piernas saltan de gozo.

TRIGEO.-¡Vamos! ¡Basta ya! ¡Que dejéis de bailar, os digo!

EL CORIFEO.-Ea, se acabó.

TRIGEO.-Lo dices, pero no lo haces.

EL CORIFEO.-Bueno, permíteme esta pirueta, la última.

TRIGEO.-De acuerdo, esa sola; pero ni una más.

EL CORIFEO.-Si te podemos servir en algo, no danzaremos.

TRIGEO.-Pero, malditos, ¿cuándo acabaréis?

EL CORIFEO.-Otro más, por Zeus. Déjame lanzar al aire la pierna derecha y se acabó.

TRIGEO.-OS lo permito; pero no me importunéis más.

EL CORIFEO.-Sin embargo justo es que la pierna izquierda haga lo mismo. Hoy me rebosa el júbilo; río y alboroto; para mí, el dejar el escudo es tan grato como despojarme de la vejez.

TRIGEO.-No os alegréis todavía; aún no es segura vuestra felicidad. Cuando la hayamos libertado, entonces alegraos, reíd y gritad. Porque entonces sí que podréis a vuestro antojo navegar o permanecer en casa, entregaros al sueño o al amor, asistir a las fiestas o a los banquetes, vivir como verdaderos sibaritas y exclamar: «¡Jú! ¡Ju!».

EL CORO.-¡Ojalá llegue a ver ese día! Muchos trabajos he sufrido, y muchas veces, como Formion<sup>16</sup>, he dormido sobre la dura tierra. Ya no seré para ti, como antes, un juez atrabiliario y severo.

TRIGEO.-Ni tan rígido como antes.

EL CORO.-Me verás afable y enteramente rejuvenecido cuando al fin me vea libre del servicio militar. Sobrado tiempo ha que nos destrozan y matan haciéndonos ir y venir al Liceo<sup>17</sup> con lanza y escudo. Pero di en qué podemos complacerte, pues una suerte feliz ha hecho que seas nuestro jefe.

TRIGEO.-Veamos como logramos quitar de aquí estos peñascos.

HERMES.-Bribón audaz, ¿qué pretendes hacer?

TRIGEO.-"Nada malo", como Cilicón<sup>18</sup>.

HERMES.-Vas a morir, miserable.

TRIGEO.-Mala suerte; tanto. peor para mí. Como tú eres Hermes sé que lo harás por sorteo<sup>19</sup>.

---

<sup>16</sup> Ilustre general ateniense.

<sup>17</sup> Gimnasio de Atenas, donde se ejercitaban los soldados y se ponían a prueba antes de una expedición militar los hombres capaces de resistir sus fatigas.

<sup>18</sup> Respuesta que se había hecho proverbial. Cilicón de Mileto entregó su patria a los habitantes de Priene, respondiendo a los que le preguntaban qué intentaba hacer: Nada malo.

<sup>19</sup> Alusión a una costumbre judicial. Cuando había varios criminales condenados a la pena capital se ejecutaba uno cada día, sorteándoles al efecto.

HERMES.-Vas a morir de mil muertes.  
TRIGEO.-¿Para qué fecha? HERMES.-Ahora mismo, por cierto.  
TRIGEO.- Aún no he comprado nada, ni harina ni queso, para irme a morir<sup>20</sup>.  
HERMES.-A pesar de todo, date por. ..j.  
TRIGEO.-¿Cómo no he advertido que iban a procurarme semejante placer?  
HERMES.-¿Ignoras que Zeus ha decretado la pena de muerte a todo el que sea sorprendido desenterrándola?

TRIGEO.-Por consiguiente, no me queda otro recurso que morir.  
HERMES.-Absolutamente.  
TRIGEO.-Pues préstame tres dracmas para comprar un lechoncillo: es preciso que me haga iniciar antes de morir<sup>21</sup>.  
HERMES.-¡Oh Zeus tonante y fulminante!  
TRIGEO.-En nombre de los dioses, no me denuncies; te lo suplico, Señor...  
HERMES.-No puedo callarme.  
TRIGEO.-¡Te lo ruego por las viandas que te he traído con tan buena voluntad!  
HERMES.-Pero, desdichado, Zeus hará desaparecer de mí hasta el último rastro si no atraigo a gritos su atención sobre estos hechos.  
TRIGEO.-No chilles, por favor, mi pequeño Hermes. (Al Coro.) Y vosotros ¿qué hacéis? ¿Estáis atónitos? Hablad desdichados. ¿No véis que va a denunciarme?  
EL CORO.-¡No poderoso Hermes; no, no, no lo harás! Si algún recuerdo conservas del placer con que comiste el lechoncillo que te ofrecí, ten en cuenta mi grata ofrenda.

TRIGEO.-¿Escuchas sus gentilezas señor?  
EL CORO.-¡Oh, no cambies en ira tu bondad, tú el más humano y generoso de los dioses! Si detestas el ceño y los penachos de Pisandro<sup>22</sup>, acoge propicio nuestras súplicas y déjanos libertar a la Paz. Así te inmolaremos sin cesar sagradas víctimas y honraremos tus altares con sacrificios espléndidos.

TRIGEO.-Vamos, cede a sus ruegos, pues ahora observan tu culto más fielmente que nunca.

HERMES—¡Como que nunca han sido más ladrones!<sup>23</sup>.  
TRIGEO.-Además, te revelaré una vasta y terrible conspiración que se está fraguando contra todos los dioses.

HERMES.-Vamos, habla; acaso me convanzas.  
TRIGEO.-La luna y ese cochino de sol conspiran desde hace mucho tiempo contra vosotros, tratando de traicionar a Grecia en provecho de los bárbaros.

HERMES.-¿Y por qué lo hacen?  
TRIGEO.-Porque, en nombre de Zeus, es a vosotros a quienes os ofrecemos sacrificios, mientras que ellos se los ofrecen a los bárbaros. Así es que es muy natural que deseen vuestra desaparición, para recibir ellos solos todas las ofrendas.

---

<sup>20</sup> Se refiere a las municiones de boca que tenían que adquirir los soldados al partir para una expedición.

<sup>21</sup> Al celebrarse la iniciación se ofrecía un cerdo en sacrificio. Los iniciados gozaban después de su muerte de un destino más feliz.

<sup>22</sup> Ironía. Pisandro era sumamente cobarde.

<sup>23</sup> Hermes, a la vez que dios de los mercaderes, lo era también de los ladrones.



HERMES.-Ahora comprendo por qué de algún tiempo acá, el uno nos roba parte de día y la otra nos presenta su disco carcomido<sup>24</sup>.

TRIGEO.-Es la verdad. Por tanto, querido Hermes, ayúdanos con todas tus fuerzas a desenterrar la Paz. En adelante las grandes Panateneas y todas las demás fiestas religiosas, las Diipolias, las Adonías, los Misterios; se celebrarán en tu honor; todas las ciudades, libres de sus males, sacrificarán a Hermes preservador; y otros mil bienes lloverán sobre tí. Como una muestra, empiezo por regalarte este precioso vaso para que hagas libaciones.

HERMES.-¡Ah, los vasos de oro me enternecen. Manos a la obra, mortales; entrad y removed esos peñascos con vuestros azadones.

EL CORIFEO.-Dispuestos estamos. Tú, el más ingenioso de los dioses, dirige nuestros trabajos como hábil arquitecto, y manda cuanto gustes; ya verás que no somos flojos para el trabajo.

TRIGEO.-Venga pronto la copa; emprendamos el trabajo con una invocación a los dioses.

HERMES.-La libación empieza; guardad, guardad un silencio religioso. Roguemos a los dioses que en este día empiece para todos los griegos una era feliz: pidámosles que jamás tengan que embrazar el escudo cuando de buen grado secunden nuestra empresa.

TRIGEO.-Jamás; y que pasen la vida en el seno de la paz, en brazos de una amante, blandiendo el chafarote del amor, al amor del fuego.

HERMES—¡Que todo el que prefiera la guerra nunca acabe, !oh señor Dionysos!..

TRIGEO.-... de extraer de sus codos las puntas de las flechas.

HERMES.-Y si algún aficionado a los galones se niega, ¡oh Paz!, a devolverte la luz, ¡que le suceda en los combates lo que a Cleónimo!<sup>25</sup>.

TRIGEO.-Y si algún fabricante de lanzas o revendedor de escudos desea la guerra para vender mejor sus mercancías, ¡que le secuestren unos bandidos y no coma más que cebadal

HERMES.-Y si alguno, que ambicione ser general, se niega a ayudarnos, dispuesto a pasarse al enemigo como un esclavo...

TRIGEO.-... que lo aten sobre la rueda y que lo azoten.

HERMES.-¡Y que todas las felicidades vengan sobre nosotros. lé, peán, ié...

TRIGEO.-Suprime el peán <sup>26</sup>; basta con ié.

HERMES.-lé, ié... Ya no digo más que ¡¡é!!

TRIGEO.-¡En honor de Hermes, de las Gracias, de las Horas, de Afrodita, del Deseo!

HERMES.-¿Y no en el de Ares?

TRIGEO.-No.

HERMES.-¿Ni tampoco de Enialo?<sup>27</sup>.

TRIGEO.-Tampoco.

HERMES.-Ahora tended los músculos y tirad de los cables.

EL CORO.-¡Oh, iza!

---

<sup>24</sup> Alusión a varios eclipses de sol y de luna acaecidos durante la guerra del Peloponeso.

<sup>25</sup> El que arrojó el escudo.

<sup>26</sup> La palabra peán es homónima de una forma de verbo griego que significa «pegar.»

<sup>27</sup> Sobrenombre de Ares en Homero.

HERMES.-¡Venga más, más!

EL CORO.-¡Oh iza, oh iza!

TRIGEO.-Pero no todos tiran a la vez. ¡Tirad todos a una! Estáis fingiendo que trabajáis. ¡Bien que lo sentiréis, estúpidos beocios!<sup>28</sup>.

HERMES.-Adelante, pues.

TRIGEO.-¡A la tarea!

EL CORO.- (*A Hermes y a Trigeo.*) Ea, tirad vosotros también.

TRIGEO.-Pues qué, ¿no tiro yo? ¿No estoy colgado de la cuerda y haciendo los mayores esfuerzos?

EL CORO.-Entonces, ¿cómo es que no adelanta la obra?

TRIGEO.-¡Eh, Lámaco! Nos estás estorbando ahí metido entre nuestras piernas. No tenemos ninguna necesidad de tus aspavientos. Los argivos también han dejado de tirar hace rato. Se burlan de los que trabajan, lo que no les impide recibir a manos llenas los subsidios.

HERMES.-Pero los laconios, amigo mío, tiran con toda su energía.

TRIGEO.-Mirad, los únicos que trabajan son los que manejan el azadón, pero los metalúrgicos se lo estorban.

HERMES.-Tampoco los megarenses hacen nada de provecho aunque tiran con un rictus de perritos voraces.

TRIGEO.-Es que se mueren de hambre.

HERMES.-No adelantamos nada, amigos: reunamos nuestros esfuerzos y tiremos a una.

EL CORO.-¡Oh, iza!

HERMES.-¡MÁS fuerte!

EL CORO.-¡Oh, iza!

HERMES.-¿ Más, Más!

EL CORO.-Algo adelantemos.

TRIGEO.-¡Esto es tremendo! Unos tiran a un lado, y los otros al contrario. ¡Váis a recibir una tanda de palos, señores argivos!

HERMES.-¿Venga, pues! ¡Vamos, iza!

TRIGEO.-¡Oh, iza!

EL CORO.-Hay mucho malintencionado entre nosotros.

TRIGEO.-Vosotros, al menos, los que deseáis ardientemente la paz, tirad con fuerza.

EL CORO.-Pero hay alguno que lo impide.

HERMES.-¡Idos al infierno, megarenses! La diosa os detesta, recordando que fuisteis los primeros en untarla con aros. Y vosotros atenienses, no tiréis ya de ese lado; está visto que sólo podéis ocupar de procesos. Pero si queréis seguir tirando de ese lado, retiraos un poco hacia el mar.

EL CORIFEO.-Vamos, amigos, tiremos nosotros solos, los labradores.

HERMES.-Es evidente que con vosotros el trabajo marcha mucho mejor, amigos míos.

EL CORIFEO.-Dice que la cosa marcha; vamos, valor todo el mundo.

TRIGEO.-Sólo los labradores, y nadie más, hacen adelantar la obra.

EL CORO.-¡Firme, pues! ¡Firme todo el mundo!

HERMES.-¡Ya nos acercamos! No hay que ceder.

EL CORO.-¡Animo! ¡Animo! ¡Venga, venga, todos a una!

HERMES.-¡Ya está!

<sup>28</sup> Dándoles a entender que no querían la Paz.

*(La Paz sale de la caverna acompañada de Opora, diosa de las cosechas y de Teoría, diosa de las fiestas).*

TRIGEO.-¡Oh, tú, Soberana, dispensadora de los racimos! ¿En qué términos podría dirigirte mi saludo? ¿Dónde podré hallar para saludarte palabras equivalentes a diez mil ánforas?<sup>29</sup> No tengo ninguna en casa. Salud, Opora, y tú también, Teoría, la del bello rostro, ¡oh Teoría! ¡Qué perfume se exhala de tu aliento! ¡Qué bálsamo para el corazón! Tan suave como que está compuesto de armisticio y de esencia perfumada.

HERMES.-¿No es un olor semejante al de la mochila militar?

TRIGEO.-¡Qué horror la mochila de un soldado! Apesta como los eructos de un devorador de cebollas, en tanto que Ella exhala el aroma de los frutos, de la buena mesa, de las Dionisias, de las flautas, de las tragedias, de los coros de Sófocles, de los de los tordos, de los versitos de Eurípides. . .

HERMES.-¡Desdichado! No la calumnies. ¿Cómo quieres que a Ella le agrade ese fabricante de sutilezas y sofismas?

TRIGEO. -... de la hiedra, del filtro para el vino, de los corderillos que balan, de los senos de las mujeres que se persiguen en los campos, de las sirvientas desmelenadas, del ánfora volcada y de otro montón de cosas buenas.

HERMES.-Mira, mira cómo hablan unas con otras las ciudades y se ríen de todo corazón.

TRIGEO.-Y eso aunque todas sin excepción aún tienen los ojos a la funerala y estén cubiertas de chichones.

HERMES.-Echa un vistazo sobre los espectadores; por el semblante de cada cual conocerás su oficio.

TRIGEO.-¡Buen espectáculo!

HERMES.-Muy bueno; ¿ves allí al fabricante de penachos cómo se está tirando de los pelos?

TRIGEO.-Sí; pero el que hace azadones se ríe en las narices del fabricante de espadas.

HERMES.-¿Mira cómo se regocija ese otro fabricante de hoces!

TRIGEO.-Y cómo le hace burla al fabricante de lanzas.

HERMES.-Ea, díles a los labradores que pueden retirarse.

TRIGEO.-Aviso a la población, vuelvan cuanto antes a los campos los labradores con sus aperos, dejándose de lanzas, espadas y flechas; todo respira aquí ahora el viejo aroma de la paz. Vuelvan, pues, todos a las rústicas faenas, después de entonar un jubiloso canto.

EL CORIFEO.-¡Oh día deseado por los hombres de bien y los campesinos! ¡Con qué placer volveré a ver mis viñas y a saludar, después de tanto tiempo, las frondosas higueras plantadas en mi juventud!

TRIGEO.-Invoquemos antes, amigos míos, a la diosa que nos ha libertado de gorgonas y penachos, y corramos después a nuestros campos, provistos de un sabroso almuerzo.

HERMES.-¡Oh Poseidón, cómo alegra la vista ese batallón de labradores, apretados como la masa de una torta o los convidados en un banquete público!

TRIGEO.-¡Palabra de honor! La guadaña reluce espléndidamente cuando ha trabajado con provecho y las hoces brillan a los rayos del sol. ¡Qué surcos tan rectos va

---

<sup>29</sup> Es decir, que expresen la abundancia de vinos que con la Paz se van a recoger.

a trazar esa turba feliz! Yo también deseo marchar al campo y remover aquellas pocas tierras, tanto tiempo abandonadas. ¡Acordaos, amigos míos, de nuestra antigua vida, regocijada con los dones que la diosa nos dispensaba! ¡Acordaos de aquellas cestas de higos secos y frescos; acordaos de los mirtos, del dulce mosto, de las violetas ocultas en las orillas de la fuente y de las aceitunas tan deseadas! Por tan inmensos beneficios adoremos a la Diosa.

EL CORO.-¡Ave, ave, deidad querida; tu retorno llena de regocijo nuestras almas! Lejos de tí me abrumaba el dolor, me consumía el ardiente afán de volver a mis campos. Tú eres para todos el mayor de los bienes, la más anhelada dicha. Tú, el único sostén de los que viven cultivando la tierra, Bajo tu imperio, sin dispendios ni fatigas, disfrutábamos de mil dulces placeres; tú eras nuestro pan cotidiano, nuestra salud, nuestra vida. Por eso las vides y las jóvenes higueras y todas nuestras plantas te acogen jubilosas y sonrían a tu llegada.

EL CORIFEO.- (Dirigiéndose a Hermes.) Y tú, el más benévolo de los dioses, dinos dónde ha estado encerrada tanto tiempo.

HERMES.-Si queréis saber cómo había desaparecido, escuchad bien mis palabras, oh prudentes labriegos. La desgracia de Fidias<sup>30</sup> fue la primera causa; seguidamente, Perieles, temeroso de la misma suerte, desconfiando de vuestro carácter irritable, creyó que el mejor modo de evitar el peligro personal era prenderle fuego a la ciudad. Su decreto contra Megara fué la pequeña chispa que produjo la vasta conflagración de una guerra, cuyo humo ha arrancado tantas lágrimas a todos los griegos, a los de aquí y a los de otras comarcas. Al primer rumor de ese incendio, crujieron a su pesar nuestras cepas; la tinaja, bruscamente removida, chocó contra la tinaja; nadie podía ya contener el mal, y la paz desapareció.

TRIGEO.-He aquí, por Apolo, cosas completamente ignoradas; a nadie había yo oído decir que Fidias estuviese relacionado con la Paz.

EL CORIFEO.-Ni yo tampoco hasta ahora. Sin duda la Paz debe su hermosura a su parentesco con ese ilustre artista. ¡Cuántas cosas ignoramos!

HERMES.-Entonces, conociendo las ciudades sometidas a vuestro mando, que, exasperados unos contra otros, estábais próximos a despedazaros, pusieron en práctica todos los medios para eximirse de los pagos de los tributos y ganaron a fuerza de oro a los lacedemonios principales. Estos, como avaros que son y despreciativos de todo extranjero, muy pronto arrojaron ignominiosamente a la paz y se declararon por la guerra. La fuente de sus ganancias lo fue de ruina para los pobres labradores; pues bien pronto vuestras trirremes fueron, en represalias, a comerse sus higos.

TRIGEO.-Muy bien hecho. También ellos me cortaron a mí una higuera de higos negros que yo mismo había plantado y cultivado.

EL CORIFEO.-Sí, muy bien; a mí también me rompieron de una pedrada un jarrón de seis medianas de capacidad.

HERMES.-Los trabajadores del campo, replegados después en masa en la ciudad, se dejaron embaucar como los otros; echaban de menos, es cierto, sus uvas y sus hijos; pero, en cambio, oían a los oradores. Estos, conociendo la debilidad de los indigentes, reducidos a la mayor miseria, ahuyentaron a la Paz a fuerza de clamores y golpes de hoz cada vez que impulsada por su amor a nuestro país, apareció entre nosotros; vejaban a los más poderosos y opulentos de nuestros aliados, acusándolos de

---

<sup>30</sup> El célebre escultor Fidias, amigo de Pericles, recibió el encargo de hacer la estatua de Atenea siendo acusado luego de haber sustraído parte del oro que al efecto se le dio. Condenado al destierro se retiró a Elis, donde hizo la estatua de Zeus Olímpico. Pericles, temeroso de igual suerte y cómplice tal vez del artista, para distraer la atención pública del asunto hizo decretar la guerra contra Megara.

ser partidarios de Brásidas. Y vosotros os arrojabais como perros sobre el infeliz calumniado y lo despedazábais rabiosamente, pues la ciudad, pálida de hambre y de miedo, devoraba con feroz placer cuantas víctimas le presentaba la calumnia. Los extranjeros, viendo los terribles golpes que asestaban estos oradores, les tapaban la boca con oro, de suerte que los enriquecieron, mientras Grecia se arruinaba sin que lo advirtieseis. El autor de tantos males era un curtidor<sup>31</sup>.

TRIGEO.-Basta, basta, mi señor Hermes. No pronuncies su nombre; deja a ese individuo donde está, bajo tierra. Ya no es nuestro, sino tuyo<sup>32</sup>; por consiguiente, cuanto digas de él, aunque en vida haya sido canalla, charlatán, delator, revoltoso y trastornador, recaerá sobre uno de tus súbditos. (*A la Paz.*) Pero dime, oh Soberana, por qué guardas silencio.

HERMES.-No conseguirás que revele a los espectadores la causa de su silencio; está muy irritada por lo que le han hecho sufrir.

TRIGEO.-Pues que te diga a tí siquiera en voz baja algunas palabras.

HERMES.-Dime, pues, querida amiga, qué piensas de ellos. Habla, mujer, la más enemiga de los escudos. Bien, ya escucho. (*Supone que la Paz le habla al oído.*) Esas son tus quejas; comprendo. (*A los espectadores.*) Oíd vosotros sus acusaciones. Dice que cuando después de los sucesos de Pilos se presentó ella voluntariamente con una cesta llena de tratados la rechazasteis tres veces en la Asamblea.

TRIGEO.-Es verdad, cometimos esa falta; pero perdónanos: teníamos la cabeza forrada de cuero<sup>33</sup>.

HERMES.-Escucha ahora la pregunta que acaba de hacerme: ¿Quién era en Atenas el espíritu peor dispuesto contra ella y, por el contrario, qué otro hacía más contra la guerra?

TRIGEO.-Su más fiel amigo era, sin duda alguna, Cleónimo.

HERMES.-¿Cuál era, pues, a tu juicio, la actitud de Cleónimo durante la guerra?

TRIGEO.-Muy intrépida, sólo que no es hijo de quien se decía, pues en la batalla probaba suficientemente, arrojando las armas, que es un hijo supuesto<sup>34</sup>.

HERMES.-Escucha lo que ahora acaba de preguntarme. ¿Quién es el orador que, en el momento actual, domina en la tribuna del Pnix?

TRIGEO.-El que ahora domina allí es Hipérbolo<sup>35</sup>. (*A la Paz.*) ¿Pero qué haces? ¿Por qué vuelves la cabeza?

HERMES.-Aparta el rostro indignada de que el pueblo haya designado un jefe tan detestable.

TRIGEO.-Pues bien; ya no lo emplearemos más; pero es que el pueblo, viéndose sin guía y en completa desnudez, se ha servido de ese hombre en espera de otro mejor y a manera de taparrabos.

HERMES.-Me pregunta ahora la Paz qué ventajas podrá traerle eso a la ciudad.

TRIGEO.-Seremos más reflexivos.

HERMES.-¿Y cómo?

---

<sup>31</sup> Alusión a Cleón.

<sup>32</sup> Una de las misiones de Hermes consistía en llevar al infierno las almas de los difuntos.

<sup>33</sup> Alusión a la influencia omnipotente de Cleón en aquella época.

<sup>34</sup> Juego de palabras basado en la semejanza de que pierde sus armas e hijo supuesto.

<sup>35</sup> Demagogo, heredero de la influencia de Cleón y objeto de los continuos ataques de Aristófanes.

TRIGEO.-Porque es fabricante de linternas. Antes, en política íbamos a tientas y en la oscuridad; ahora todo lo resolveremos a plena luz.

HERMES.-¡Oh! ¡Oh! ¡Lo que me manda preguntarte!

TRIGEO.-¿Sobre qué?

HERMES.-Sobre mil antiguallas que dejó al partir. Lo primero que desea saber es qué hace Sófocles.

TRIGEO.-Está muy bien; pero le ha ocurrido una cosa extraordinaria.

HERMES.-¿Cuál?

TRIGEO.-Pues que Sófocles se ha convertido en Simónides<sup>36</sup>.

HERMES.-¡En Simónides! ¿Cómo es eso?

TRIGEO.-Achacoso y viejo, por ganarse un óbolo sería capaz de navegar sobre un cesto.

HERMES.-Y el sabio Cratino<sup>37</sup>, ¿vive todavía?

TRIGEO.-Murió cuando la invasión de los lacedemonios.

HERMES.-¿Y cómo murió?

TRIGEO.- De pasmo; no pudo resistir la pena que le produjo ver romperse un tonel de vino. ¡Cuántas otras desgracias han afligido a esta ciudad! Así es que en adelante no te dejaremos partir, oh Soberana.

HERMES.-Pues bien, en ese supuesto, te entrego a Opora por mujer; véte a vivir con ella al campo, y cultiva tu viña.

TRIGEO.-Acércate, amada mía, y dame un dulce beso. Dime poderoso Hermes ¿me vendrá algún daño de holgarme con Opora después de tan larga abstinencia?

HERMES.-No, a condición de que te tomes enseguida una infusión de poleo. Pero, ante todo, acompaña a Teoría al Consejo de que antes formaba parte.

TRIGEO.-Dichoso tú, oh Consejo, que posees una Teoría. ¡Cuánta salsa absorberás en estos tres días. ¡Qué de carnes y mondongos cocidos no comerás! Adiós pues, mi querido Hermes.

HERMES.-¡Adiós, honrado Trigeo; que lo pases bien y que te acuerdes de mí!

TRIGEO.-¡Escarabajo mío, volem, volem a casa!

HERMES.-Pero si no está aquí, amigo mío!

TRIGEO.-¿A dónde se fue?

HERMES.-«Está uncido al carro de Júpiter y es portador del rayo»

TRIGEO.-Pero ¿dónde hallará el infeliz sus alimentos?

HERMES.-Comerá la ambrosía de Ganimedes.

TRIGEO.-¿Y cómo voy a poder ahora realizar mi descenso?

HERMES.-No tengas miedo, lo arreglaremos; acércate aquí... junto a la diosa.

TRIGEO.- (*A las dos compañeras de la Paz.*) Venid aquí, muchachas, seguidme rápidas; son muchos los hombres que os esperan enardecidos y con la verga en alto.

EL CORIFEO.-Véte contento. Nosotros, entre tanto, encomendamos a nuestros servidores la custodia de estos objetos, pues no hay lugar menos seguro que el teatro; alrededor de él andan siempre escondidos muchos ladrones, acechando la ocasión de atrapar algo. (*A los Criados.*) Guardadnos bien todo eso, mientras nosotros le explicamos al público el objeto de esta obra y la intención que nos anima. Merecería ciertamente ser apaleado el poeta cómico que, dirigiéndose a los espectadores, se

---

<sup>36</sup> Simónides fue el primer poeta que hizo pagar sus versos.

<sup>37</sup> Poeta cómico.

elogiase a sí propio en los anapestos<sup>38</sup>. Pero si es justo, ¡oh hija de Zeus! el tributar todo linaje de honores al más sobresaliente y famoso en el arte de hacer comedias, nuestro autor se considera digno de los mayores elogios. En primer lugar, es el único que ha obligado a sus rivales a suprimir sus gastadas burlas sobre los harapos, y sus combates contra los piojos; además él ha puesto en ridículo y ha arrojado de la escena a aquellos Heracles, panaderos hambrientos, siempre fugitivos y bellacos, y siempre dejándose apalear de lo lindo; y ha prescindido, por último, de aquellos esclavos que era de rigor saliesen llorando, sólo para que un compañero, burlándose de sus lacerías, les preguntase riendo: «Hola, pobrecillo. ¿Qué le ha pasado a tu piel? ¿Acaso un puerco-espín ha lanzado sobre tu espalda un ejército de púas, llenándola de surcos?» Suprimiendo estos insultos e innobles bufonadas, ha creado para vosotros un gran arte, parecido a un palacio de altas torres, fabricado con hermosas palabras, profundos pensamientos y chistes no vulgares. Jamás sacó a la escena particulares oscuros ni mujeres; antes bien, con hercúleo esfuerzo arremetió contra los mayores monstruos, sin arredrarle el hedor de los cueros ni las amenazas de un cenagal removido. Yo fui el primero que atacué audazmente a aquella horrenda fiera de espantosos dientes, ojos terribles, flameantes como los de Cinna, rodeada de cien infames aduladores que le lamían la cabeza, de voz estruendosa como la de destructor remolino, de olor a foca, y de partes secretas que, por lo inmundas, recuerdan las de las lamias y camellos<sup>39</sup>. La vista de semejante monstruo no me atemorizó; al contrario, salí a su encuentro y peleé por vosotros y por las islas. Motivo es éste para que premiéis mis servicios y no os olvidéis de mí. Además, en la embriaguez del triunfo no he recorrido las palestras seduciendo a los jóvenes, sino que, recogiendo mis enseres, me retiraba al punto, después de haber molestado a pocos, deleitando a los más y realizar cumplidamente mi deber. Por tanto, hombres y niños han de declararse a mi favor, y hasta los calvos deben, por propio interés, contribuir a mi victoria; pues si salgo vencedor, todos dirán en la mesa y en los festines: «Llévale esto al calvo; dale esta confitura al calvo; no neguéis nada a ese nobilísimo poeta ni a su brillante frente.<sup>40</sup>»

EL PRIMER SEMICORO.-¡Oh Musa, ahuyenta la guerra y ven conmigo a presidir las danzas, a celebrar las bodas de los dioses, los festines de los hombres y los banquetes de los bienaventurados! Estos son tus placeres. Si Carcino viene y te suplica que bailes con sus hijos, no le atiendas ni le ayudes en nada; considera que son unos bailarines de delgado cuello, a modo de codornices domésticas; tan enanos como cagarrutas de cabra; en fin, poetas de pura tramoya<sup>41</sup>. Su padre dice que la única de sus piezas que, contra toda esperanza, tuvo éxito, fue estrangulada de noche por una comadreja<sup>42</sup>.

EL SEGUNDO SEMICORO.-Tales son los himnos que las Gracias de hermosa cabellera inspiran al docto poeta cuan, do la primaveral golondrina gorjea entre el follaje: y Morsino y Melantio no pueden obtener un Coro; Melantio me desgarró los oídos con su destemplada voz cuando consiguieron su Coro trágico él y su hermano, dos

---

<sup>38</sup> Ya se ha dicho que el anapesto es el metro empleado en la Parábasis, que el Coro ha empezado ahora.

<sup>39</sup> Alusión a Cleón.

<sup>40</sup> Aristófanes era calvo.

<sup>41</sup> Jenocles, uno de los hijos de Carcino, que compuso tragedias, abusaba en éstas de la maquinaria, fiando en recursos extraños al arte el éxito de sus dramas.

<sup>42</sup> Aristófanes alude, tal vez, a alguna pieza de Jenocles titulada El Ratón.

glotones como las Arpías y Gorgonas, devoradores de rayas, gozadores de viejas, impuros, que apestan a chivo, y son el azote de los peces. !Oh Musa!, envuélvelos en un inmenso escupitajo y ven a celebrar la fiesta conmigo.

(La escena representa otra vez la Tierra.)

TRIGEO.- (Acompañado de Opora y de Teoría.) ¿Qué empresa tan difícil era la de llegar hasta los dioses! Tengo las piernas magulladas! ¡Qué pequeñitos me parecáis desde allá arriba; cierto que mirados desde el cielo parecéis bastante malos; pero desde aquí, mucho peores!

UN SERVIDOR.-¿Ya de regreso, señor?

TRIGEO.-Es, al menos lo que dicen.

EL SERVIDOR.-¿Y qué te sucedió?

TRIGEO.-Me duelen las piernas; ¡el camino es tan largo!

EL SERVIDOR.-¿Y podrías decirme...?

TRIGEO.-¿Qué?

EL SERVIDOR.-¿Si has visto otros hombres vagando por las regiones del cielo.

TRIGEO.-No; aparte de dos o tres almas de poetas ditirámicos<sup>43</sup>.

EL SERVIDOR. ¿Qué hacían?

TRIGEO.-Trataban de atrapar al vuelo algunos preludios, esos preludios «que flotan por doquiera en la limpidez del etéreo.»<sup>44</sup>.

EL SERVIDOR.--¿Y averiguaste si es verdad, como se dice, que después de muertos nos convertimos en estrellas?

TRIGEO.-Es absolutamente exacto.

EL SERVIDOR.-¿Y qué estrella es allá arriba Ion de QUIOS?<sup>45</sup>.

TRIGEO.-Aquella precisamente que antaño designó él en uno de sus poemas con el nombre de Estrella matutina. En cuanto apareció en el cielo, todos empezaron a llamarle con ese mismo nombre.

EL SERVIDOR.-¿Quiénes son esas clases de estrellas que corren dejando un rastro de luz?

TRIGEO.-Son estrellas de los ricos que regresan de cenar, llevando encendidas linternas. Pero concluyamos: llévate cuanto antes a casa a esa joven (*por Opora*); limpia la bañera; calienta el agua, y prepara para ella y para mí el lecho nupcial. En cuanto concluyas, vuelve aquí. Mientras tanto, devolveré esta otra (*por Teoría*) al Consejo.

EL SERVIDOR.-¿De dónde las traes?

TRIGEO.-¿De dónde? Del cielo.

EL SERVIDOR.-Pues no doy un óbolo por los dioses, si ahora se dedican al oficio de proxenetas como nosotros los mortales.

TRIGEO.-No todos lo son aunque haya algunos que vitan de ese oficio. Y vámonos ya.

EL SERVIDOR.-¡Ah! dime: ¿hay que darle de comer?

TRIGEO.-Nada; no querrá comer pan ni pasteles, pues entre los dioses su régimen alimenticio consistía en chupar ambrosía.

---

<sup>43</sup> Aristófanes censura la ampulosidad e hinchazón de estilo de los autores de ditirambos.

<sup>44</sup> Parodia del estilo ditirámico.

<sup>45</sup> Poeta ditirámico.



EL SERVIDOR.-Habré de prepararle, pues, algo que pueda chupar (*Se lleva a Opora.*)

EL CORO.-A mi ver, ese buen hombre está ahora muy contento de lo que hace.

TRIGEO.-¿Qué diréis cuando me veáis casado y en todo mi esplendor?

EL CORO.-Rejuvenecido por el amor y perfumado con exquisitas esencias, tu felicidad es envidiable, anciano.

TRIGEO.-¡Ya lo creo! ¿Y qué diréis cuando, acostado con ella, le acaricie los pechos?

CORO.-Nos parecerás más feliz que todos esos trompos de Carcino.

TRIGEO.-Y es muy justo. ¿No merecería esta recompensa el haber salvado a los griegos, montado en mi escarabajo? Gracias a mí, todos pueden vivir en el campo y gozar en paz del amor y del sueño.

EL SERVIDOR.- (*Que regresa.*) La mujercita ha tomado el baño y tiene el trasero de lo más limpio; la torta está cocida, amasado el sésamo<sup>46</sup> y preparado todo lo demás; sólo falta el galán.

TRIGEO.-Pero antes he de apresurarme a llevar a Teoría al consejo.

EL SERVIDOR.-Pero ¿qué' dices? ¿De quién se trata?

TRIGEO.-De aquella misma Teoría con la cual fuimos una vez a Brauron<sup>47</sup> a beber y a regocijarnos. Puedes creer que me ha costado mucho trabajo hacerme con ella.

EL SERVIDOR.-¡Oh, patrón, qué placeres va a tener, con tales posaderas, en esas fiestas quincenales!

TRIGEO.--Desde luego; pero veamos ¿hay alguien entre vosotros que sea de fiar? ¿Quién de vosotros podía encargarse de escoltar a esta joven y de conducirla hasta el Consejo? (*Al Servidor.*) ¡Eh, tú! ¿Qué dibujas ahí?

EL SERVIDOR.-El ...galán. Reservo un puesto para los juegos del istmo<sup>48</sup>.

TRIGEO.-Vamos, ¿ninguno quiere encargarse de escoltarla? (*A Teoría.*) Ven acá pequeña. Te llevaré en medio de ellos.

EL SERVIDOR.-Allá hay uno que hace señas.

TRIGEO.-¿Quién?

EL SERVIDOR.-Arifrades desea ardientemente que se la lleves.

TRIGEO.-No, ese no; se precipitará sobre ella para lamerle toda la crema. (*A Teoría.*) En fin, tú, para empezar, deja caer todos tus velos. (*Conduce a Teoría ante las gradas reservadas a los miembros del Consejo.*) Señores, Consejeros y Pritáneos, os presento a Teoría. Ya véis todos los bienes que os traigo al entregáosla. Podéis ponerle las piernas en el aire y proceder a los preliminares. Echádle un vistazo a esta cocina.

EL SERVIDOR.-¡Soberbia! ¡estupenda! ¡Y con el fogón bien ennegrecido por el hollín! Antes de la guerra, ahí era donde los Consejeros colocaban sus utensilios.

TRIGEO.-Además, para mañana mismo podéis organizar con ella una justa excelente con un programa de luchas vientre a tierra, carreras a cuatro patas, ejercicios de costa, dilo, flexiones de tronco, rodilla en tierra y, para terminar el pancracio en el que, ligeramente frotados con aceite, podéis sacudirle un buen vapuleo. Al otro día organizaréis, si os place, una carrera de caballos, con los jinetes pegados unos con otros y los aparejos revueltos entre sí, jadeantes y sin aliento, mientras que los aurigas, caídos de sus carros en los virajes, morderán el polvo antes de la meta. Vamos, Pritáneos,

---

<sup>46</sup> Planta que, por su abundancia de semillas, era tenida en Grecia como emblema nupcial. A los recién casados se les coronaba con hojas de sésamo y se les ofrecía un panecillo hecho con su harina.

<sup>47</sup> Demo del Atica donde cada cinco años se celebraban fiestas en honor de Artemis.

<sup>48</sup> Alusión obscena, apenas velada por las palabras «galán» e «istmo».

recibid a Teoría. Ved la calurosa acogida que le hace ese Pritáneo. No sería lo mismo si tuvieras que presentar gratis un asunto ante el Consejo<sup>49</sup>. Hubieras invocado unas vacaciones.

EL CORO.-Un hombre como tú es utilísimo a la sociedad.

TRIGEO.-Cuando vendimiéis, aún conoceréis, mejor lo que valgo.

EL CORO.-Ya lo has demostrado bastante; eres el salvador de la humanidad.

TRIGEO.-Lo repetirás cuando bebas el vino nuevo.

EL CORO.-Siempre te creeremos el más grande, después de los dioses.

TRIGEO.-Mucho me debéis a mí, Trigeo el Atmonense, pues he desembarazado de terribles miserias a la población rústica y urbana y he domesticado a Hipérbolo.

EL SERVIDOR.-Dinos lo que debemos hacer ahora.

TRIGEO.-Nada, sino celebrar la instalación de la diosa sacrificándole un buen cocido.

EL SERVIDOR.-¿Un cocidito como para un pequeño e insignificante Hermes?

TRIGEO.-Pues ¿qué queréis? ¿Un buey bien cebado?<sup>50</sup> El SERVIDOR.-¡Un buey! No, de ningún modo; por si aún teníamos que correr al matadero.

TRIGEO.-¿Entonces un cerdo grande y gordo?

EL SERVIDOR: No, no. TRIGEO.-¿Por qué?

EL SERVIDOR.-Porque arriesga inspirarle groserías a Teógenes.

TRIGEO.-¿Qué animal te parece, pues, el indicado?

EL SERVIDOR.-Una oi<sup>51</sup>.

TRIGEO.-¿Una oi?

EL SERVIDOR. Perfectamente.

TRIGEO.-Pero esa es una palabra jonia<sup>52</sup>.

EL SERVIDOR.-Y que nos viene al pelo, porque, si en la Asamblea algún orador se pone a reclamar la guerra, el auditorio, espantado, gritará: ¡Oii! ¡Oii!

TRIGEO.-Pues tienes razón.

EL SERVIDOR.-Y habrá paz. De esta manera seremos unos con otros como corderos, y mucho más comprensivos con los aliados.

TRIGEO.-Ea, traed cuanto antes la oveja; yo prepararé el altar para sacrificarla.

EL CORO.-¡Qué bien sale todo, con la ayuda de los dioses y el favor de la fortuna! ¡Con qué oportunidad se organizan las cosas!

TRIGEO.-Nada más evidente: ahí tenéis un altar alzado ante la puerta.

EL CORO.-Apresurémonos ahora que los dioses hacen que sople un viento furioso contra la guerra y que en la hora actual la providencia trabaja manifiestamente en nuestro favor.

TRIGEO.-Ahí está la cesta con la cebada sagrada, la guirnalda y el cuchillo; también el fuego; de modo que sólo falta la oveja.

---

<sup>49</sup> Eran los Pritáneos los que recibían las peticiones de audiencia ante el Consejo. Solían aceptar regalos de los solicitantes.

<sup>50</sup> Toda esta escena se basa en juegos de palabras que oscurecen el sentido de la versión. La voz buey tiene en griego una resonancia de la voz socorro y ésta alude aquí a los socorros militares derivados de la guerra.

<sup>51</sup> Oi significa oveja en dialecto jonio.

<sup>52</sup> Para comprender este pasaje es preciso tener presente que la palabra oi, oveja, la pronunciaban los jonios deshaciendo el diptongo de lo que resultaba la exclamación de disgusto a que después se alude.

EL CORO.-Apresuráos, apresuráos, porque si os ve Quiris vendrá sin que se le llame, y tocará la flauta hasta que os veáis obligados a taparle la boca con algo para premiar sus fatigas.

TRIGEO.- (*Al servidor.*) Anda, coge la cesta y el agua lustral y da una vuelta por la derecha alrededor del ara.

EL SERVIDOR.-Ya he dado la vuelta; a sus órdenes.

TRIGEO.-Ahora sumerjamos este tizón en el agua. (*Rociando a la víctima y dirigiéndose a ella.*) Reánimate pronto. (*Al servidor.*) Tú, pásame la cebada y preséntame el agua lustral con la que te purificarás tú mismo las manos. En fin, échales granos a los espectadores.

EL SERVIDOR.-Ya está.

TRIGEO.-¿Terminaste la distribución?

EL SERVIDOR.-Sí, por Hermes ninguno de los espectadores ha dejado de recibir su correspondiente cebada.

TRIGEO.-Pero las mujeres no la han recibido.

EL SERVIDOR.-Ya se la darán sus maridos esta noche<sup>53</sup>.

TRIGEO.-Está bien; elevemos ahora nuestras preces. ¿Qué hay aquí? ¿Hay mucha gente honrada?

EL SERVIDOR.-Aguarda a que les dé a éstos; son muchos y buenos. (*Rocía de agua a los espectadores.*)

TRIGEO.-¿Dices que son honrados?

EL SERVIDOR.-¿Cómo no, si a pesar de haberles rociado de lo lindo están firmes y plantados en su puesto?

TRIGEO.-Anda, no perdamos más tiempo, oremos. ¡Oh santa de las santas. Paz venerada, patrona de los corazones, reina de las nupcias, acepta nuestro sacrificio!

EL SERVIDOR.-Acéptalo, por Zeus, ¡oh, la más honrada de las diosas! Tú no hablas como esas mujeres que engañan a sus maridos; esas, digo, que miran por la puerta entreabierta y cuando alguno se fija en ellas, se retiran; después, si se aleja, vuelven a mirar. ¡Oh, no hagas eso con nosotros!

TRIGEO.-No, por Zeus; muéstrate al contrario, como una mujer honesta, sin rebozo a tus adoradores, que hace trece años nos consumimos lejos de tí. Pon término a las luchas y tumultos, y hazte acreedora al nombre de Lisímaca<sup>54</sup>; corrige esa suspicacia y charlatanería que engendra nuestras mutuas calumnias; une de nuevo a los griegos con los dulces vínculos de la amistad y predisponlos a la benignidad y a la indulgencia; haz, en fin, que en nuestro mercado abunden las mejores mercancías, ristras de ajos, cohombros tempranos, manzanas, granadas y pequeñas túnicas para los esclavos; que afluyan a ella los beocios cargados de gansos, ánades y alondras; que vengan con cestos de anguilas del Copais y, amontonados en torno de ellas, luchemos entre la turba de compradores, con Morico, Teleas y Glaucetes y otros glotones ilustres; y que Melantio, llegando el último al mercado, y viéndolo todo vendido, se lamente y exclame como en su Medea: «¡Yo muero! ¡Me han abandonado las que se esconden entre las acelgas!<sup>55</sup>, y que todos se rían de su desgracia. Concédenos, Diosa venerada lo que te pedimos. (*Al*

---

<sup>53</sup> Para comprender la alusión hay que saber que la palabra griega que significa cebada designa igualmente al miembro viril.

<sup>54</sup> Nombre que significa: poner fin a los combates.

<sup>55</sup> Las anguilas solían aderezarse con acelgas.

*servidor.*) Coge el cuchillo y arréglatelas para degollar a la oveja como un hábil cocinero.

EL SERVIDOR.-Pero eso no es lícito.

TRIGEO.-¿Por qué?

EL SERVIDOR.-Me imagino que la Paz aborrece la matanza, y por eso nunca se ensangrienta su altar.

TRIGEO.-Pues llévate adentro la víctima para inmolarla en el interior. Corta las dos piernas y tráelas aquí; y que el resto del animal quede para el corega. (*El servidor entra con la oveja.*)

EL CORO.-Tú, que permaneces aquí, reúne pronto las astillas y todo lo necesario para la ceremonia.

TRIGEO.-¿No os parece que dispongo el hogar como el más experto adivino?

CORO.-¿Por qué no? ¿Acaso ignoras algo de cuanto un sabio debe conocer? ¿No prevés todo lo que un hombre de reconocida habilidad y audacia afortunada debe prever?

TRIGEO.-En todo caso el humo de las astillas sofocarían al propio Estilbides. Traeré una mesa y me pasaré sin criado.

EL CORO.-¿Quién no ensalzará a un hombre que, arrostrando infinitos peligros ha salvado a nuestra sagrada ciudad? Jamás dejará de ser admirado por todo el mundo.

EL ESCLAVO.- (*De vuelta.*) Tus órdenes están cumplidas. Toma las piernas y ponlas sobre el fuego, voy a buscar ahora las tripas y la torta.

TRIGEO.-Eso corre de mi cuenta; pero pudiste volver antes.

EL SERVIDOR.-Pues aquí estoy. ¿Te parece que he tardado?

TRIGEO.-Asalo bien todo. Pero ahí se acerca alguien que viene con una corona de laureles sobre la cabeza.

EL SERVIDOR.-¿Quién puede ser ese?

TRIGEO.-Tiene aire de charlatán.

EL SERVIDOR.-¿Un adivino quizás?

TRIGEO.-Ni por asomo, muchacho. Es nada menos que Hiérocles, el que dice sus Oráculos en Orea<sup>56</sup>. ¿Qué querrá decirnos?

EL SERVIDOR.-¿Qué querrá decirnos?

TRIGEO.-Estoy cierto de que viene para oponerse a la Paz.

EL SERVIDOR.-O es que le atrae el olor del asado.

TRIGEO.-Hagamos como que no le vemos.

EL SERVIDOR.-Tienes razón.

HIÉROCLES.-¿Qué sacrificio es éste? ¿A qué dios lo ofrecéis?

TRIGEO.- (*Al Servidor.*) Tú ocúpate de asar sin decir nada; y sobre todo, no toques los riñones.

HIÉROCLES. Pero ¿no me diréis a qué dios sacrificáis?

TRIGEO.- (*Al Servidor.*) El rabo parece bueno.

EL SERVIDOR.-Excelente, ¡oh, Paz venerada y querida! HIÉROCLES.- Vamos, empieza y dame las primicias.

TRIGEO.-Hay que esperar a que esté bien asado.

HIÉROCLES.-Pero estos trozos ya están.

TRIGEO.-No sé quien pueda ser; pero sí que te metes donde no te importa. (*Al Servidor.*) Ya puedes cortar.

HIÉROCLES.-¿Dónde está la mesa?

---

<sup>56</sup> Ciudad de Eubea, cuyos habitantes eran partidarios de la guerra. Hiérocles era un adivino poco perspicaz, criticado por su arrogancia.

TRIGEO.- (*Al Servidor.*) Trae el vino de las libaciones.      HIÉROCLES.-La lengua se corta aparte.

TRIGEO.-Lo sabemos; y tú, ¿sabes lo que debías hacer?      HIÉROCLES.- Habla y lo sabré.

TRIGEO.-Pues no abras más la boca ni nos dirijas la palabra. Estamos ofreciéndole un sacrificio a la Paz.

HIÉROCLES.-<sup>57</sup> *Ingenuos y pobres mortales de débiles meninges.*

TRIGEO.-¡Qué todo eso recaiga sobre tu cabeza!

HIÉROCLES.-*Que sin comprender los designios de los dioses habéis firmado la paz, hombres, con monos en quienes brilla una mirada artera.*

TRIGEO.-! Ja! ¡Ja! ¡Ja! HIÉROCLES.-¿De que te ríes?

TRIGEO.-Los «monos en quienes brilla una mirada artera», me divierten.

HIÉROCLES.-*Estúpidas palomas, que os fijáis de los zorros de falso corazón y pensamientos falsos.*

TRIGEO.-¡Plegue al cielo, imbécil, charlatán, que tus pulmones se asen como esto!

HIÉROCLES.-*Si las Ninfas no engañaron a Bacis  
si los mortales no fueron engañados por Bacis,  
ni Bacis por las Ninfas...*

TRIGEO.-¡Muere y revienta antes que seguir con tus idioteces!

HIÉROCLES.-*Mas no sonaba aún la hora de la paz  
pues antes era preciso...*

TRIGEO.- (*Al Servidor.*) Hay que echarles sal a esos trozos de carne.

HIÉROCLES.-*Los dioses sólo harán cesar las batallas  
cuando lobos y corderos sellen sus esponsales.*

TRIGEO.-¿Cómo quieres, maldito animal, que un lobo pueda casarse jamás con una cordera?

HIÉROCLES.-*En tanto que se vea correr a la fétida chinche  
y que el jilguero vacíe los ojos de sus crías  
las ciudades no podrán hacer la paz entre sí.*

TRIGEO.-Pues ¿qué debíamos hacer? ¿Continuar la guerra? ¿Echar suertes sobre quien había de llorar más, cuando podíamos uniéndonos por un tratado compartir la hegemonía sobre Grecia?

HIÉROCLES.-*Nunca conseguirás que el cangrejo marche en línea recta.*

TRIGEO.-En adelante, tú ya no cenarás en el Pritáneo<sup>58</sup>, ni podías dedicarte a los oráculos.

HIÉROCLES.-*Nunca suavizarás la piel áspera del erizo.*

TRIGEO.-¿Y tú acabarás alguna vez de engañar a los atenienses?

HIÉROCLES.-¿En virtud de qué oráculo estáis asando esas piernas para los dioses?

TRIGEO.-Eri virtud de este famoso oráculo expresado nada menos que por Homero:

*La negra nube de la odiosa guerra  
Disipamos así, y en dulce abrazo*

<sup>57</sup> Todo lo subrayado es una parodia.

<sup>58</sup> Los adivinos, especialmente en tiempo de guerra, eran sostenidos en el Pritáneo a cuenta de la nación.

*Estrechando a la Paz, cien sacrificios  
Le ofrecimos gustosos.  
Cuando el fuego Devoró de las víctimas las piernas  
Nosotros sus entrañas consumimos  
E hicimos libaciones: dirigía  
La fiesta yo: mas nadie presentaba Al adivino la brillante copa<sup>59</sup>.*

HIÉROCLES.-Eso nada tiene que ver conmigo; la Sibila nunca habló así.  
TRIGEO.-También el sabio Homero, por Zeus, dijo muy bien:

*Que tú casa, ni hogar, ni patria tiene  
El que las guerras intestinas ama  
Siempre dañosas.*

HIÉROCLES.-*Ten cuidado no te arrebate el milano  
la carne con una de las suyas...*

TRIGEO.-¡Cuidado, tú! Que este oráculo funesto no puede referirse más que a las tripas. Echame antes una libación y después me traerás una porción de ellas.  
HIÉROCLES.-Si os parece, voy a servirme yo mismo. TRIGEO.-¡La libación, la libación!

HIÉROCLES.-Echame a mí también vino y dame una porción de tripas.

TRIGEO.-Sí, pero eso no place a los dioses inmortales, sino que tú te retires mientras hagamos nosotros las libaciones. ¡Oh veneranda Paz, permanece a nuestro lado toda la vida!

HIÉROCLES.-Dadme la lengua.

TRIGEO.-Llévate la tuya.

EL SERVIDOR.-¡Libación!

TRIGEO.- (*Dándole al Servidor un trozo de carne.*) Toma esto, además de las libaciones.

HIÉROCLES.-Nadie me dará unas pocas tripas?

TRIGEO.-No; nada podremos darte hasta que el lobo se case con la cordera.

HIÉROCLES.-¡Por favor! Te lo pido de rodillas.

TRIGEO.-Tus ruegos son inútiles, amigo mío; no lograrás suavizar «al áspero erizo». Ea, señores espectadores, acompañadnos a comer estas sabrosas tripas.

HIÉROCLES.-¿Y yo?

TRIGEO.-Cómete a la Sibila.

HIÉROCLES.-Por la Tierra, no os las comeréis vosotros solos; si no me dáis os las quitaré; pertenecen a la comunidad.

TRIGEO.- (*Al Servidor*) Sacúdele, sacúdele a esa especie de Bacis.

HIÉROCLES.-¡Sed testigos!

TRIGEO.-De que eres un glotón y un impostor. ¡Duro con él! ¡Echalo de aquí a palos!

EL SERVIDOR.-Dale tú, mientras voy a quitarle las pieles de las víctimas que nos ha escamoteado.

---

<sup>59</sup> El oráculo recitado por Trigeo está formado de fragmentos tomados de La Iliada y de La Odisea.

TRIGEO.-Suelta esas pieles, adivino infernal. ¿Me oyes? ¿Qué especie de cuervo es éste que nos ha venido de Orea? Ea pronto, emprende el vuelo hacia Elimnio<sup>60</sup>.

EL CORIFEO.-¡Qué placer, qué placer verse libre de cascós, quesos y cebollas! Los combates para quien los quiera; a mí sólo me gusta beber con mis buenos amigos, junto al hogar, donde con viva llama arde y chisporrotea la leña cortada en el rigor del estío, y tostar garbanzos sobre las ascuas, y asar bellotas entre el rescoldo, y darle un tiento a Tratta<sup>61</sup> mientras se baña mi esposa. Después de hecha la siembra, cuando la riega Zeus con benéfica lluvia, nada hay tan agradable como el hablar así con un vecino: "Dime, ¿qué hacemos ahora, querido Comarquida? Yo quisiera beber, mientras el cielo fecunda nuestro campo. Ea, mujer, mezcla un poco de trigo con tres quénices de habichuelas y ponlas a cocer, y danos higos secos. Que Sira haga volver a Manes del campo; hoy no es posible podar las vides ni arar la tierra que está sumamente húmeda. Que me traigan el tordo y los dos pinzones. También debe de haber en casa calostro y cuatro tajadas de liebre si ayer noche no las robó el gato, porque oí en la despensa un ruido sospechoso. Muchacho, trae tres pedazos y dale el otro a mi padre. Pide a Edúnada unas ramas de mirto con sus bayas, y, ya que te coge de camino, dile a Carinades que venga a beber con nosotros, mientras el cielo benéfico fecunda los sembrados.

EL CORO.-Cuando la cigarra entona su dulce cantinela<sup>62</sup> me gusta ver si las uvas de Lemnos empiezan a madurar, pues son las más tempranas; y no menos me agrada mirar cómo van hinchándose los higos, y comerlos cuando están maduros, y exclamar, saboreándolos: «Deliciosa estación.» Después bebo una infusión de tomillo machacado, y logro así engordar en el estío, mucho más que...

EL CORIFEO.-.. que viendo a uno de esos taxiarcos<sup>63</sup>, aborrecidos por los dioses, pavoneándose con su triple penacho y su clámide teñida de un rojo deslumbrador que pretende hacer pasar por púrpura de Sardes. Pero cuando ocurre pelear, él mismo se encarga de darle una mano de azafrán cicense. Y después huye veloz el primero, como un gallo agitando sus amarillas crestas, mientras yo monto mi guardia. Cuando están en Atenas estos valentones hacen cosas insufribles: inscriben a unos en las listas y borran a otros dos y tres veces, según su capricho. «Mañana es la marcha», oye decir a lo mejor un ciudadano que no ha comprado víveres porque nada sabía al salir de su casa, y luego, al pararse delante de la estatua de Pandion<sup>64</sup>, ve su nombre inscrito en la lista; se aturde y echa a correr llorando. Así nos trataban a los pobres campesinos. A los ciudadanos ya les tienen más consideraciones. ¡Cobardes y aborrecidos de los dioses y los hombres! Pero si el cielo lo permite, ya tendrán su merecido. Mucho daño me han hecho esos taxiarcos, leones en la ciudad y zorros en el combate.

---

<sup>60</sup> Al parecer, templo de Eubea.

<sup>61</sup> Nombre de esclava.

<sup>62</sup> El canto o estridulación de la cigarra era muy agradable para los griegos.

<sup>63</sup> El taxiarco venía a ser una especie de jefe de división.

<sup>64</sup> Una de las doce estatuas en cuyo pedestal se fijaban las listas de los ciudadanos que debían tomar las armas.

TRIGEO.-¡ Oh!, ¡Oh! Cuánta gente para el banquete de boda! (*Al Servidor*) Limpia las mesas con este penacho; ya no sirve para otra cosa. Trae en seguida los pasteles y los tordos, liebre en abundancia y panes.

UN FABRICANTE DE HOCES.- (*Que acaba de entrar.*) ¡Trigeo! ¿Dónde está Trigeo?

EL FABRICANTE DE HOCES.-¡Oh queridísimo Trigeo, cuánto bien nos has hecho procurándonos la paz! Antes no había quien diese un óbolo por una hoz; ahora, vendo las que quiero a cinco dracmas. Este amigo vende a tres los toneles. para el campo. Vamos, Trigeo, escoge entre estas hoces y todo lo demás cuanto quieras, y llévate gratis. Todo esto que vendemos y que nos produce buenas ganancias te lo ofrecemos como regalo de boda.

TRIGEO.-Bueno, bueno; dejadlo ahí todo y entrad a cenar cuanto antes. Ahí se acerca un mercader de armas con cara de duelo.

UN ARMERO.- (*Seguido de otros especialistas de efectos militares*) ¡Ay, Trigeo, me has arruinado completamente!

TRIGEO.-¿Qué te pasa, desdichado? ¿Acaso te salen penachos de plumas en la cabeza?

EL ARMERO.-Nos has quitado el trabajo y la subsistencia a mí y a este otro, fabricante de lanzas.

TRIGEO.-Vamos, ¿cuánto quieres por esos dos penachos?

EL ARMERO.-¿Cuánto ofreces?

TRIGEO.-¡Que cuánto ofrezco? Me da vergüenza decirlo. Pero como el trenzado está hecho con gran primor, te daré tres quénices de higos secos, y me servirán para limpiar esta mesa.

EL ARMERO.-Vengan los higos; (*Al fabricante de cascos*) más vale poco que nada.

TRIGEO.-Vete al infierno con tus penachos: tienen lacia la cerda; no valen un pito. No te daré ni un higo por todos ellos.

EL ARMERO.-¿Y esta coraza, tasada en diez minas y trabajada con tanto esmero? ¿Qué voy a hacer con ella? ¡Pobre de mí!

TRIGEO.-No se te irrogará perjuicio alguno; dámela en su precio: será un bacín elegantísimo.

EL ARMERO. No te burles de mí y de mis mercancías. TRIGEO-Con ella... y tres buenas piedras donde apoyarse, ¿no tendremos cuanto hace falta para el caso?

EL ARMERO.-Pero ¿cómo te limpiarás, imbécil?

TRIGEO.-Perfectamente. Mira, paso una mano por la abertura del brazo, y la otra...

EL ARMERO.-¿Cómo! ¿Con las dos manos?

TRIGEO-Pues claro, para que no me acusen de defraudar al Estado tapando los agujeros de los remos<sup>65</sup>.

EL ARMERO.-¿Y te atreverás a usar un bacín de mil dracmas?

TRIGEO.-¿Quién lo duda, miserable? ¿Crees que ni por diez mil vendería yo mi trasero?

EL ARMERO.-Pues bien, venga el dinero.

TRIGEO.-Ay, querido, lo siento; pero tu coraza me destroza las nalgas. Llévatela; no puedo comprártela.

---

<sup>65</sup> Alusión a los trierarcas, que mandaban cerrar varios agujeros en las naves para beneficiarse con el sueldo de los correspondientes remeros suprimidas.



EL ARMERO.-¿Y qué voy a hacer con esta trompeta, que me cuesta a mí sesenta dracmas?

TRIGEO.-Echa plomo en su cavidad; sujeta en lo alto una varilla algo larga, y tendrás un cótabo en equilibrio<sup>66</sup>.

EL ARMERO.-¡Ay! Te burlas de mí.

TRIGEO.-Otra idea. Echale plomo, como te he dicho; añade un platillo colgado de unas cuerdecitas, y tendrás una balanza para pesar en el campo los higos que has de distribuir a tu personal.

EL ARMERO.-¡Perra suerte! ¡Estoy arruinado! Yo, que en otro tiempo pagué una mina por estos cascós, ¿quién me los comprará ahora?

TRIGEO.-Vete a vendérselos a los egipcios: son los únicos para medir sirmea<sup>67</sup>.

EL ARMERO.-¡Ay, mi buen fabricante de cascós, qué desgraciada es nuestra suerte!

TRIGEO.-La suya no lo es.

EL ARMERO.-Pues qué, ¿habrá todavía quien necesite cascós?

TRIGEO.-Como sepa ponerles dos asas, los podrá vender mucho más caros.

EL ARMERO.-Vamos, señor fabricante de lanzas.

TRIGEO.-No, no; a este le voy a comprar esas picas.

EL ARMERO.-¿Cuánto das por ellas?

TRIGEO.-Si las cortas por la mitad, para que puedan servir de rodrigones, te pagaré a un dracma el ciento.

EL ARMERO.-Este hombre se burla de nosotros; vámonos, amigo.

TRIGEO.-Muy bien hecho; pues ya salen a orinar los hijos de los convidados, y, si no me engaño, a preludiar sus cantos. Eh, muchacho: si piensas cantar, ensáyate antes delante de mí.

NIÑO PRIMERO.-*Celebremos ahora*

*Los valientes guerreros...*

TRIGEO.-Maldita criatura, deja de cantarles a los valientes guerreros ahora que estamos en paz. Eres un truhancete mal educado.

NIÑO PRIMERO.-*Con furia aterradora*

*Acométense fieros;*

*Se aplastan sus combados*

*Escudos. . .*

TRIGEO.-¡Escudos! ¿Quieres no hablar más de escudos?

NIÑO PRIMERO.-...*Alaridos*

*De triunfo alborozados*

*Se escuchan, y gemidos...*

TRIGEO.-¡Gemidos! Por Dionysos, me parece que quien va a gemir aquí eres tú, si continúas con tus gemidos y tus escudos combados.

NIÑO PRIMERO.-Pues ¿qué he de cantar? ¿Qué es lo que te gusta?

TRIGEO.-*Se comían de buey sendos tasajos.*

*O cosas por el estilo.*

*Disponían alegres el banquete*

*Y cuantos platos hay apetecibles.*

NIÑO PRIMERO.-*Se comían de buey sendos tasajos;*

*Los sudorosos brutos denuncian*

---

<sup>66</sup> Especie de juego.

<sup>67</sup> Planta purgante que se criaba en Egipto

*Hartos de pelear..."*

TRIGEO.-Eso es: Hartos de pelear, se pusieron a comer. Canta, canta lo que comieron después de hartarse.

NIÑO PRIMERO.-*Después de terminada la comida,  
acorázanse el vientre...*

TRIGEO.-Con buen vino, ¿verdad?

NIÑO PRIMERO.-*De las torres*

*Se precipitan.*

*Alarido inmenso*

*Surca entonces...*

TRIGEO.-Que Zeus te confunda con tus batallas, bribonzuelo; no sabes más que cantos de guerra. ¿De quién eres hijo?

NIÑO PRIMERO.-¿Yo?

TRIGEO.-Sí, tú.

NIÑO PRIMERO.-De Lámaco.

TRIGEO.-¡Oh! ¡Oh! Ya se me figuraba que debías de ser hijo de algún aficionado a combates y heridas; de algún Boulómaco o Clausímaco. Largo de aquí. Vete a entonar tus canciones a los lanceros. ¿Dónde está el hijo de Cleónimo? (*Dirigiéndose al Niño Segundo.*) Ven acá; canta algo antes de entrar en casa. Estoy seguro de que tus cantares no serán tan belicosos, ya que tu padre es tan prudente.

NIÑO SEGUNDO.-*Un habitante de Sais*

*ostenta el brillante escudo,*

*que abandoné a pesar mío*

*junto a un florecido arbusto<sup>68</sup>.*

TRIGEO.-Dime, joven macho, y eso, ¿lo cantas por tu padre?

NIÑO SEGUNDO.-*Salvé mi vida...*

TRIGEO. ...deshonrando tu linaje. Pero entremos; demasiado sé que el hijo de tal padre no olvidará nunca lo que acaba de cantar sobre el escudo. Vosotros los que os quedáis al festín ya no tenéis que hacer otra cosa más que comer y consumir todas las viandas y menear sin descanso las mandíbulas. Lanzaos sobre todos los platos y comed a dos carrillos. ¿Para qué sirven, si no es para comer, los buenos dientes?

EL CORIFEO.-Eso queda a nuestro cargo; nos has dado un buen consejo. ¡Vamos! Los que ayer estabais hambrientos, saciaos ahora de liebre; no todos los días se encuentran pasteles abandonados. Devoradlos, pues, si no, tal vez sintáis mañana no haberlo hecho.

TRIGEO.-Silencio, silencio, va a presentarse la novia; coged las antorchas<sup>69</sup>: que todo el pueblo se regocije y baile. Cuando hayamos bailado, y bebido y expulsado a Hipérbole, llevaremos de nuevo al campo nuestro humilde ajuar y pediremos a los dioses que otorguen a los griegos oro en abundancia, y a nosotros riquísimas cosechas de cebada y vino, dulces higos y esposas fecundas. Así podremos recobrar los perdidos bienes y abolir para siempre el uso del acero homicida. Ven, amiga, al campo. Te ha llegado la hora, gentil mujercita, de embellecer mi lecho.

EL CORIFEO.-Eres digno de los bienes que ahora posees. ¡Himeneo, oh himeneo! ¡Himen, oh himeneo!

TRIGEO.-¿Qué le haremos?

EL CORO.-¿Qué le haremos?

---

<sup>68</sup> Versos de Arquíloco, que huyó en un combate arrojando su escudo y después celebró él mismo su hazaña. Cleónimo hizo lo mismo.

<sup>69</sup> Las antorchas nupciales

TRIGEO.-La vendimiaremos.

EL CORO.-La vendimiaremos.

EL CORIFEO.-Pues bien, amigos, los de la primera fila alcemos al novio y llevémosle en triunfo. ¡Himen, oh himeneo! ¡Himen, oh himeneo!

TRIGEO.-Ya no hay duda; viviréis felices y sin disgustos, cosechando vuestros higos. ¡Himen, oh himeneo! ¡Himen, oh himeneo!

EL CORIFEO.-Grande y gorda es la del marido; breve y suave la de la mujer.

TRIGEO.- (*Al Coro.*) Espera para hablar a haber comido y bebido a placer. ¡Himen, oh himeneo! ¡Himen, oh himeneo! (*A los espectadores.*) Y vosotros, si queréis seguirme, comeréis pasteles.

# Las aves

Aristófanes

Edición: [eBooket](http://www.eBooket.net)  
[www.eBooket.net](http://www.eBooket.net)

# PERSONAJES:

EVELPIDES.

PISTETERO.

ABUBILLA.

UN PARRICIDA.

EL CORO DE LAS AVES.

UN SACERDOTE.

UN POETA.

UN INSPECTOR.

UN VENDEDOR.

MENSAJERO PRIMERO.

MENSAJERO SEGUNDO.

IRIS.

UN HERALDO.

UN PARRICIDA.

CINESIAS, poeta ditriámbico.

UN SICOFANTE.

PROMETEO.

POSEIDÓN.

TRIBADO.

HERACLES.

*País agreste, lleno de zarzales y peñascos. Al fondo, una selva; a un lado una roca, morada de Abubilla.*

*En escenas*

**EVÉLPIDES**, *llevando un grajo sobre el puño.*

**PISTETERO**, *llevando igualmente una corneja; y los dos en busca del reino de las Aves.*

**EVÉLPIDES**.-(*Al grajo que le sirve de guía.*) ¿Me dices que vaya en línea recta hacia aquel árbol?

**PISTETERO**.-(*A la corneja que trae en la mano.*) ¡Peste de avechucho! Ahora grazna que retrocedamos.

**EVÉLPIDES**.-Pero infeliz la qué andar errantes en todos sentidos? Con estas idas y venidas nos derrengamos inútilmente.

**PISTETERO**.-¡Qué imbécil he sido al dejarme guiar por esta corneja! Me ha hecho correr más de mil estadios.

**EVÉLPIDES**. -¿Mayor dicha que la de llevar de guía a este grajo, que me ha destrozado hasta las uñas de los pies?

**PISTETERO**.-Ni siquiera sé en qué lugar de la tierra estamos.

**EVÉLPIDES**.-¿No podrías tú averiguar desde aquí dónde cae nuestra patria?

**PISTETERO**.-No, por cierto; ni Execéstides<sup>1</sup> la suya.

**EVÉLPIDES**.-¡Ay!

**PISTETERO**.-Tú, amigo mío, sigue esa senda.

**EVÉLPIDES**.-¡Terrible engaño el que nos ha hecho Filócrates, ese atrabiliario vendedor de pájaros! Nos aseguró que estas dos aves nos

---

<sup>1</sup> Extranjero que quería pasar por ateniense.

guiarían mejor que ninguna otra a la morada de Tereo<sup>2</sup> la Abubilla, que fue transformado en pájaro, y nos vendió este grajo, hijo de Tarrélides, por un óbolo, y por tres aquella corneja, que sólo saben darnos picotazos. (*Al grajo.*) ¿Por qué me miras con el pico abierto? ¿Quieres precipitarnos desde esas rocas? Por ahí no hay camino.

**PISTETERO.**-Ni senda tampoco, por Zeus.

**EVÉLPIDES.**-¿No dice nada tu corneja sobré el camino que hay que seguir?

**PISTETERO.**-Sigue graznando, por Zeus, las mismas cosas que antes.

**EVÉLPIDES.**-Pero, en fin, ¿qué dice a propósito del camino?

**PISTETERO.**-¿Qué ha de decir, sino que a fuerza de roer acabará por comérseme los dedos?

**EVÉLPIDES.**-¡Esto es insoportable! Queremos irnos a los cuervos<sup>3</sup>; ponemos para conseguirlo cuanto está en nuestra mano, y no logramos hallar el camino. Porque habéis de saber, oyentes míos, que nuestra enfermedad es completamente distinta de la que aflige a Saccas: éste, que no es ciudadano, se obstina en serlo, y nosotros que lo somos, y de familias distinguidas, aunque nadie nos expulsa, huimos a toda prisa de nuestra patria. No es que aborrezcamos a una ciudad tan célebre y afortunada, siempre abierta a todo el que desee arruinarse con litigios; porque es una triste verdad que si las cigarras sólo cantan uno o dos meses entre las ramas de los árboles, en cambio los atenienses cantan toda la vida posados sobre los procesos. Esto es lo que nos ha obligado a emprender este viaje y a buscar, cargados del canastillo, la olla y las ramas de mirto, un país libre de pleitos, donde pasar tranquilamente la vida. T es el objeto con que nos dirigimos a Tereo la Abubilla para preguntarle si en las comarcas que ha recorrido v ]ando, ha visto alguna ciudad como la que deseamos.

**PISTETERO.**-¡Eh, tú!

---

<sup>2</sup> Rey legendario de Tracia, cambiado en abubilla tras de haber intentado seducir a su cuñada Filomela.

<sup>3</sup> «irse al infierno» o «al diablo.»

**EVÉLPIDES.**-¿Qué hay?

**PISTETERO.**-Ya hace unos momentos que la corneja me indica que hay que subir un poco.

**EVÉLPIDES.**-También mi grajo mira con el pico abierto en la misma dirección, como si quisiera señalarme alguna cosa: no puede menos de haber aves por aquí. Pronto lo sabremos haciendo ruido.

**PISTETERO.** ¿Sabes lo que has de hacer? Dale con el pie a la roca.

**EVÉLPIDES.**-Y tú, con la cabeza, para que el ruido sea doble.

**PISTETERO.**-O mejor, coge esa piedra y llama.

**EVÉLPIDES.**-¡Habrás que hacerlo, claro está! ¡Esclavo! ¡Esclavo!

**PISTETERO.** Pero ¿qué haces? Para llamar a la Abubilla, gritas: ¡Esclavo! ¡Esclavo! En vez de esclavo debes gritar: ¡Epopoi! ¡Epopoi!<sup>4</sup>.

**EVÉLPIDES.**-¡Epopoi! Tendré que llamar otra vez. ¡Epa poi!

Un criado de Abubilla, Pistetero y Evélpides.

**EL CRIADO.**-*(Representando a un pájaro.)* ¿Quién va? ¿Quién llama a mi dueño?

**EVÉLPIDES.**-¡Apolo nos asista! ¡Qué enorme pico!<sup>5</sup>.

**EL CRIADO.**-¡Horror! ¡Son cazadores)

**EVÉLPIDES.** Me causa un miedo indecible.

**EL CRIADO.**-¡Moriréis!

**EVÉLPIDES.**-Pero si no somos hombres.

**EL CRIADO.**-¿Pues qué sois?

**EVÉLPIDES.**-Yo soy el Tímido, ave de Libia.

**EL CRIADO.**-¡A otro con esas!

**EVÉLPIDES.**-Pregúntaselo a toda la caca que llevo en los pies.

**EL CRIADO.**-Y ese otro, ¿qué pájaro es? Contesta.

**PISTETERO.**-El Ensuciado, ave de Fasos.

**EVÉLPIDES.**-Y tú, ¿qué clase de animal eres, en nombre de los dioses?

---

<sup>4</sup> Grito que imita al de la abubilla.

<sup>5</sup> Los actores salían con máscaras y trajes imitando a las aves que representaban.



**EL CRIADO.**-YO soy un pájaro doméstico.

**EVÉLPIDES.**-¿Te ha domesticado algún gallo?

**EL CRIADO.**-No; pero cuando mi dueño quedó convertido en abubilla quiso que yo también me transformase en pájaro, para tener quien le siguiese y sirviese.

**EVÉLPIDES.**-¿Pero es que las aves necesitan criados?

**EL CRIADO.**-Este sí, tal vez porque fué antes hombre. Cuando se le antojan anchoas del Falero, yo cojo una escudilla y corro a por anchoas; cuando quiere comer puré como se necesitan una cuchara y una olla, corro a por la cuchara.

**EVÉLPIDES.**-Por las señas, este pájaro es un recadero. ¿Sabes lo que has de hacer, recadero? Llamar a tu señor.

**EL CRIADO.**-Acaba de dormirse, después de haber comido bayas de mirto y algunos gusanos.

**EVÉLPIDES.**-No importa, despiértale.

**EL CRIADO.**-Estoy seguro de que se va a enfadar; pero lo haré por complaceros.

**PISTETERO.**-*(Por el pájaro-criado.)* Que el cielo te confunda, ipues no me has dado mal susto!

**EVÉLPIDES.**-¡Oh desgracia! ¡De miedo se me ha escapado el grajo!

**PISTETERO.**-¡Grandísimo cobarde! Has dejado escapar el grajo por miedo.

**EVÉLPIDES.**-Y tú, ¿no has dejado marchar la corneja al caer?

**PISTETERO.** Yo no, por Zeus, no.

**EVÉLPIDES.**-Pues, ¿dónde está?

**PISTETERO.**-Voló.

**EVÉLPIDES.**-¿Y no se te ha escapad ? ¡Vaya un valiente!

**ABUBILLA.**-*(Desde dentro.)* Abre a selva para que salgas<sup>6</sup>.

**EVÉLPIDES.**-Por Heracles ¿qué animal es éste? ¡Qué alas! ¡Qué triple cresta! ¿visitantes? son estos visitantes?

**EVÉLPIDES.**-Sin duda, los doce grandes dioses te han maltratado.

**ABUBILLA.**-¿Acaso os burláis de la forma de mis alas? Sabed, extranjeros, que antes he sido hombre.

**EVÉLPIDES.** No nos burlamos de tí.

**ABUBILLA.**-¿Pues de quién?

**PISTETERO.**-Es tu pico lo que nos da risa.

**ABUBILLA.**-Esas son, sin embargo, las injurias con que me cubre Sófocles, en sus tragedias a mí, Tereo.

**EVÉLPIDES.**-Pero Zeres Tereo, o un ave, o un pavo real?

**ABUBILLA.**-Soy un ave.

**EVÉLPIDES.**-¿Y las alas?

**ABUBILLA.**-Se me han caído.

**EVÉLPIDES.**-¿Alguna enfermedad?

**ABUBILLA.**-No; pero en el invierno mudan todas las aves, y les salen después nuevas plumas. Y vosotros, ¿qué sois?

**EVÉLPIDES.**-¿Nosotros? Dos mortales.

**ABUBILLA.**-¿De qué país?

**EVÉLPIDES.**-Del de las bellas trirremes.

**ABUBILLA.**-¿Seréis acaso jueces

**EVÉLPIDES.**-Nada de eso: somos antijueces.

**ABUBILLA.**-¿Se siembra ese grano en vuestro país?

**EVÉLPIDES.**-Rebuscando en todo el campo, aún se encuentra un poco.

**ABUBILLA.**-¿Y qué os trae por aquí?

**EVÉLPIDES.**-El deseo de hablarte.

**ABUBILLA.**-¿Para qué?

**EVÉLPIDES.**-Porque en otro tiempo fuiste hombre, como nosotros; en otro tiempo tuviste deudas, como nosotros, y en otro tiempo te gustaba no pagarlas, como a nosotros; después, cuando fuiste transformado en ave, recorriste en tu vuelo todos los mares y tierras, y llegaste a reunir la experiencia del pájaro y la del hombre. Esto nos trae a

---

<sup>6</sup> Los nombres griegos de selva y puerta sólo difieren en una letra.

tí para suplicarte que nos indiques alguna pacífica ciudad donde podamos vivir blanda y sosegadamente, como el que se acuesta sobre mullidos cojines.

**ABUBILLA.**-¿Buscas, pues, una ciudad más grande que la de Cranao? <sup>7</sup>.

**EVÉLPIDES.**-Más grande, no; pero sí algo más cómoda.

**ABUBILLA.**-Claro está que tratas de vivir bajo un régimen aristocrático.

**EVÉLPIDES.**-¿Yo? En absoluto; detesto al hijo de Escelio<sup>8</sup>.

**ABUBILLA.**-¿Pues en qué ciudad quisierais vivir?

**EVÉLPIDES.**-En una donde los negocios más importantes sean, por ejemplo, venir muy de mañana a mi puerta un amigo y decirme: "Te ruego por Zeus olímpico que al salir del baño vengáis a mi casa tú y tus hijos, pues voy a dar un banquete de bodas. ¡Cuidado con faltari! ¡Cómo no vengas, no tienes que poner los pies en mi casa hasta que me abandone la fortuna!

**ABUBILLA.**-Vamos, veo que tienes afición a las desgracias. ¿Y tú?

**PISTETERO.**-Tengo los mismos gustos.

**ABUBILLA.**-¿Cuáles?

**PISTETERO.**-Quisiera una ciudad en la que al verme el padre de un hermoso muchacho, me dijese como si le hubiera ofendido: «¡Muy bien, muy bien, Estilbónides! Te encontraste ayer con mi hijo que volvía del baño y del gimnasio, y no fuiste para darle un beso, ni hablarle, ni acariciarle los testículos. ¿Quién dirá que eres amigo mío?»

**ABUBILLA.**-¡Hola, hola! Pues no es nada las desdichas que apeteces, buen hombre. En la costa del Mar Rojo, hay una ciudad, afortunada como la que deseáis.

**EVÉLPIDES.**-¡Ah! No me hables de ciudades marítimas; el mejor día amanecería la galera de Salamina<sup>9</sup> trayendo un alguacil. ¿No puede indicarnos alguna ciudad helénica?

---

<sup>7</sup> Es decir, que la de Atenas.

<sup>8</sup> El hijo de Escelio, político oligarca se llamaba Aristócratas.

**EVÉLPIDES.**-¡Por todos os dioses! Aunque no he visto a Lepreo, lo aborrezco a causa de Melantio<sup>10</sup>.

**ABUBILLA.**-Hay también en Locrida la ciudad de Opuncio, donde podréis vivir muy bien.

**EVÉLPIDES.**-NO quisiera ser Opuncio<sup>11</sup> ni por un talento de oro. Pero ¿qué tal pasan la vida los pájaros? Tú debes saberlo bien.

**ABUBILLA.**-La vida no es desagradable; en primer lugar, hay que prescindir del monedero.

**EVÉLPIDES.**-Lo que representa reducir considerablemente la corrupción.

**ABUBILLA.**-Picoteamos en los jardines sésamo blanco, mirto, amapolas y menta.

**EVÉLPIDES.** ¿De modo que vivís como recién casados?<sup>12</sup>

**PISTETERO.**-¡Oh! ¡Oh! ¡Qué magnífica idea se me ha ocurrido para la gente alada! Seríais omnipotentes si me obedecierais.

**ABUBILLA.**-¡Obedecerte! ¿En qué?

**PISTETERO.**-Lo primero, en no andar revoloteando por todas partes con el pico abierto: es indecoroso. Entre nosotros, cuando vemos a uno de esos botarates que no paran un instante, acostumbramos a preguntar: «¿Quién es ese chorlito?» Y Teleas responde: «Es un inconstante; tiene siempre la cabeza a pájaros: no se está quieto un momento.

**ABUBILLA.**-Tienes razón, por Dionysos. ¿Qué hemos de hacer?

**PISTETERO.**-Fundad una ciudad.

**ABUBILLA.**-¿Y qué ciudad podríamos fundar nosotras, las aves?

**PISTETERO.**-En verdad que es bien necia tu pregunta. Mira a tus pies.

**ABUBILLA.**-Ya miro.

**PISTETERO.**-Mira ahora hacia arriba.

---

<sup>9</sup> Galera que sólo se empleaba en las necesidades más apremiantes. Destinábase principalmente a traer a Atenas los ciudadanos fugitivos que habían de ser juzgados.

<sup>10</sup> Poeta trágico, que padecía de lepra.

<sup>11</sup> Es decir, tuerto; porque Opuncio, contemporáneo de Aristófanes, tenía este defecto.

**ABUBILLA.**-Ya miro.

**PISTETERO.**-Ahora vuelve la cabeza a un lado y a otro.

**ABUBILLA.** ¿Qué voy a sacar, por Zeus, de retorcerme así el pescuezo?

**PISTETERO.**-¿Has visto algo?

**ABUBILLA.**-Sí; las nubes y el cielo.

**PISTETERO.**-¿No es ese el polo de las aves?

**ABUBILLA.**-¿El polo? ¿Qué es eso de polo?

**PISTETERO.**-Como si dijéramos el país; se llama polo<sup>13</sup>. Porque gira y atraviesa todo el mundo. Si fundáis en él una ciudad y la rodeáis de murallas, en vez de polo se llamará población<sup>14</sup>; entonces reinaréis sobre los hombres, como ahora sobre los saltamontes y haréis morir a los dioses de un hambre como la de Melos<sup>15</sup>.

**ABUBILLA.**-¿Cómo?

**PISTETERO.**-El aire está entre el cielo y la tierra, y del mismo modo que cuando nosotros queremos ir a Delfos pedimos permiso a los beocios para pasar, así vosotros, cuando los hombres hagan sacrificios a los dioses, si éstos no os pagan tributo, podréis impedir que el humo de las Víctimas atraviese Vuestra ciudad y Vuestro espacio.

**ABUBILLA.**-¡Oh! ¡Oh! Por la Tierra, las Nubes, Los Lazos y las Redes, que jamás he oído una idea más ingeniosa. Estoy dispuesto a fundar contigo esa ciudad, si los demás pájaros comparten mi opinión.

**PISTETERO.**-¿Quién podrá exponerles el proyecto?

**ABUBILLA.**-Tú mismo. Antes eran bárbaros, pero en el largo tiempo que he estado en su compañía les he enseñado a hablar.

**PISTETERO.**-¿Cómo les Vas a convocar?

---

<sup>12</sup> Los recién casados se coronaban de esas plantas y comían tortas de sésamo.

<sup>13</sup> Polo, de griego, girar.

<sup>14</sup> Las palabras polo y población son muy parecidas en griego.

<sup>15</sup> Frase comente en tiempo de Aristófanes, para expresar una necesidad extremada. Su origen fué el hambre horrible que sufrieron los habitantes de Melos durante el asedio de los atenienses, en el año diez y seis de la guerra

**ABUBILLA.**-Muy fácilmente. Voy a entrar en esa espesura, despertaré a mi dulce ruiseñor y les llamaremos; en cuanto oigan nuestra Voz acudirán sin detenerse.

**PISTETERO.**-¡Oh tú, el más querido de los pájaros, no te quedes ahí plantado! Te lo suplico, intérnate pronto en la espesura y despierta a Filomena<sup>16</sup>.

**ABUBILLA.**-(Llamando a Filomena) Despierta, dulce compañera de mi Vida; entona esos himnos sagrados que, como armoniosos suspiros, brotan de tu divina garganta cuando con melodiosa y pura Voz deploras la triste suerte de nuestro llorado Itis. Tu sonoro canto sube, atravesando los copudos tejos, hasta el trono de Zeus, junto al que Febo, de áurea cabellera, responde con los acordes de su lira de marfil a tus plañideras endechas y reúne los coros de los dioses y de sus bocas inmortales brota un celestial aplauso<sup>17</sup>.

*(Se oye una flauta dentro)*

**PISTETERO.**-¡Zeus soberano! ¡Qué garganta la de ese pajarito! Ha llenado de miel toda la espesura.

**EVÉLPIDES.**-¡Eh! ¡Tú!

**PISTETERO.**-¿Qué hay?

**EVÉLPIDES.**-¿No callarás?

**PISTETERO.**-¿Por qué?

**EVÉLPIDES.**-Abubilla se prepara a cantar a su Vez.

**ABUBILLA.**-Esopopoi, popoi, popopopoi... Venid, Venid; Venid, Venid, alados compañeros. Todos cuantos taláis las fértiles campiñas, tribus innumerables que recogéis y devoráis los granos de cebada, catervas infinitas de rápido Vuelo y melodioso canto, acudid, acudid; Vosotros, los que posados en un terrón os complacéis en gorjear

---

<sup>16</sup> La dulce compañera de Tereo Abubilla, metamorfoseada también en pájaro

<sup>17</sup> Parodia de ciertos pasajes de Sófocles y Eurípides, en que se pondera el canto del ruiseñor.

débilmente entre los surcos: tío, tío, tío, tío, tío; tío; tío; tío; los que en los jardines saltáis sobre las hiedras o en las montañas picoteáis el madero u la silvestre aceituna, acudid a mi voz: trioto, trioto, toto brix. Vosotros también, los que devoráis punzadores mosquitos en los Valles pantanosos; los que pobláis los prados húmedos de rocío y el campo ameno de Maratón; francolines de matizadas alas; aves que revoloteáis con los alciones sobre las alborotadas olas del mar, Venid a escuchar la grata nueva: congréguense aquí las aves de largo cuello. Sabed que ha Venido un anciano ingenioso, autor de una nueva idea, que pretende realizar audaces proyectos. Venid todos a deliberar aquí. Torotorotorotix. Kiccabau, kiccabau. Torotorotorotorolililix.

*(Pistetero, Evélpides, Abubilla, Coro de Aves)*

**PISTETERO.**-¿Ves algún pájaro?

**EVÉLPIDES.**-Ninguno, por Apolo, aunque estoy mirando al cielo con la boca abierta.

**PISTETERO.**-Me parece que ha sido inútil que Abubilla imitando al pardal<sup>18</sup>, se haya metido en el bosque como a empollar huevos.

**UN AVE.**-*(De la familia de las zancudas.)* Torotix, torotix.

**PISTETERO.**-¡Ah! muchacho, ya Viere alguna.

**EVÉLPIDES.**-Ya la ves, sí, por Zeus, pero ¿cuál? ¿Será acaso el pavo real?<sup>19</sup>.

**PISTETERO.**-Este nos lo dirá *(Por Abubilla.)* ¿Qué ave es ésa?

**ABUBILLA.**-No es de esas aves domésticas que veis todos los días; es un ave acuática.

**PISTETERO.**-¡Qué hermoso color de púrpura feniciai

**ABUBILLA.**-Es verdad; por eso se llama el fenicóptero<sup>20</sup>.

**EVÉLPIDES.**-¡Eh! ¡Eh! ¡Tú!

---

<sup>18</sup> Pájaro que hace su nido en los agujeros de las peñas.

<sup>19</sup> En tiempo de Aristófanes los pavos reales eran muy poco conocidos en Atenas y se enseñaban por dinero, como animales raros.

<sup>20</sup> Es decir, flamenco.

**PISTETERO.**-¿Por qué grita?

**EVÉLPIDES.**-Ahí viene otra.

**PISTETERO.**-Cierto; y exótica al parecer. ¿Cómo se llama esa ave montañesa, de aspecto tan solemne como estúpido?

**ABUBILLA.**-Se llama el pájaro meda.

**PISTETERO.**-¡El Meda? ¿Y cómo, gran Heracles, siendo de Media ha podido venir sin camello?

**EVÉLPIDES.**-Ahí se presenta otra con una buena cresta.

**PISTETERO.**-¿Qué prodigio es éste? No eres tú la única abubilla, puesto que hay esa otra.

**ABUBILLA.**-Esa abubilla es hija de Filocles, hijo de una Abubilla y yo soy su abuela, como si dijéramos Hipónico de Calas y Calias de Hipónico <sup>21</sup>.

**PISTETERO.**-¿Luego Calias es un pájaro? ¡Oh, y cómo se le caen las plumas!<sup>22</sup>.

**ABUBILLA.**-Es generoso; por eso los sicofantes le despluman y las pájaras le arrancan las alas.

**PISTETERO.**-¡Oh, Poseidón! Un nuevo pájaro de diversos colores. ¿Cómo se llama ése?

**ABUBILLA.**-El glotón.

**PISTETERO.**-¿Hay, pues, otro glotón además de Cleónimo?

**EVÉLPIDES.**-Pero si es Cleónimo ¿cómo ha podido conservar la cresta?<sup>23</sup>

**PISTETERO.**-¿Qué significan todas esas crestas? ¿Quizá acuden estas aves a disputar el premio del doble estadio?<sup>24</sup>.

**ABUBILLA.**-Son como los carios, que no abandonan las crestas de las montañas para estar más seguros.

---

<sup>21</sup> Con frecuencia en Atenas al nieto le daban el nombre de su abuelo. La Abubilla, es, pues, la abuela del ave en cuestión. Pero el texto griego dice «abuelo» puesto que epops (la abubilla) es masculino en griego. En cuanto a Filocles, éste era un poeta trágico de gran fealdad, autor de una tragedia titulada Terco y que no era sino un plagia de la obra de Sófocles de igual título.

<sup>22</sup> Personaje que se había arruinado por mala conducta.

<sup>23</sup> Nueva alusión, tan reiterada en Aristófanes, a la cobardía de Cleónimo.

<sup>24</sup> Los que corrían en el diaulo o doble estadio llevaban un penacho.



**PISTETERO.**-¡Oh, Poseidón! ¡Mira, mira cuántas aves agoreras se reúnen!

**EVÉLPIDES.**-¡ Soberano Apolo! ¡Qué invasión! ¡Oh! ¡Oh! Sus alas no dejan ver la boca de la escena.

**PISTETERO.**-Esa es la perdiz; aquél, el francolín; ése, el penélope; el otro, el alción.

**EVÉLPIDES.**-¿Y aquel que viene detrás del alción?

**PISTETERO.**-¿Ese? El rapista.

**EVÉLPIDES.**-¿Cómo? ¿El barbero es pájaro? Un pájaro rapista

**PISTETERO.**-¿Pues no lo es Espórgilo, y de los de cuenta?<sup>25</sup> Ahí viene la lechuza.

**EVÉLPIDES.**-¿Qué dices? ¿Quién trae una lechuza a Atenas?<sup>26</sup>.

**PISTETERO.**-Mira, mira, la urraca, la tórtola, la alondra; el eleos, la hipatimis, la paloma, el nerto; el azor; la torcaz; el cuco, el eritropo, la ceclepiris, el porfirión, el cernícalo; el somormujo, la ampelis, el quebrantahuesos, el pico.

**EVÉLPIDES.**-¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas aves! ¡Cuántos mirlos! ¡Cómo pían y corren con estrépito! Pero ¿qué nos amenazan? ¡Ay! ¡Cómo abren los picos y nos miran!

**PISTETERO.**-Eso me parece.

**EL CORIFEO.**-Po po po po po ¿por dónde anda el que me llamó? ¿Dónde se encuentra?

**ABUBILLA.**-Estoy aquí hace tiempo; yo nunca abandono a los amigos.

**EL CORO.**-Ti ti ti ti ti ti ¿tienes algo bueno que decirme?

**ABUBILLA.**-Un asunto de interés común, seguro, justo, agradable, útil. Dos lógicos sutiles han venido a buscarme.

**EL CORO.**-¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué dices?

**ABUBILLA.**-Digo que dos ancianos han venido del país de los hombres a proponernos una empresa prodigiosa.

---

<sup>25</sup> Barbero de Atenas, cuyo establecimiento gozaba de mala fama.

<sup>26</sup> Frase proverbial, equivalente a «llevar agua al río»

**EL CORIFEO.**-! Oh, tú que perpetraste el mayor crimen de que he oído hablar en mi vida! ¿Qué es lo que estás diciendo?

**ABUBILLA.**-NO te asustes de mis palabras. .

**EL CORIFEO.**-¿Qué has hecho?

**ABUBILLA.**-Acoger a dos hombres que desean vivir con nosotros.

**EL CORIFEO.**-¿Y te has atrevido?

**ABUBILLA.**-Sí; y me encanta haberlo hecho.

**EL CORIFEO.**-¿Y están ya entre nosotros?

**ABUBILLA.**-Como yo lo estoy.

**EL CORO.**-¡Ay, ay, estamos vendidos; somos víctimas de la traición más negra! Nuestro amigo, el que compartía con nosotros el fruto de los campos ha hollado nuestras antiguas leyes, ha quebrantado los juramentos de las aves; nos ha atraído a una trampa, nos ha puesto en manos de una raza impía con la que estamos en guerra desde que vimos la luz. Tú, traidor, nos darás luego cuenta de tus actos; pero primero castigemos a esos hombres. ¡Ea! ¡A despedazarlos!

**PISTETERO.**-¡Ahora sí que estamos perdidos!

**EVÉLPIDES.**-Tú sólo tienes la culpa de lo que nos pasa. ¿Para qué me trajiste?

**PISTETERO.**-Para tenerte a mi lado.

**EVÉLPIDES.**-Mejor dirás que para hacerme llorar todas las lágrimas de los ojos.

**PISTETERO.**-No delires; ¿cómo has de llorar cuando te hayan sacado los ojos?<sup>27</sup>.

**EL CORO.**-¡Io! ¡Io! ¡Sus al enemigo! ¡Hiérole mortalmente; despliega tus alas; envuelve con ellas a esos hombres; que paguen su culpa y den alimento a nuestros picos. Nada podrá librarles de mi furor; ni las sombrías montañas, ni las etéreas nubes, ni el piélago espumoso.

**EL CORIFEO.**-¡Ea, caigamos sobre ellos y desgarrémosles sin tardanza! ¿Dónde está el taxiarco? Que haga avanzar el ala derecha.

---

<sup>27</sup> Alusión a los trágicos, que hacían derramar lágrimas a Edipo después de haberse arrancado los ojos.

**EVÉLPIDES.**-Llegó el momento supremo. ¿A dónde huir, pobre de mí?

**PISTETERO.**-! Eh! Firme en tu puesto.

**EVÉLPIDES.**-¿Para que me hagan trizas?

**PISTETERO.**-Pues ¿cómo piensas escaparte?

**EVÉLPIDES.**-No lo sé.

**PISTETERO.**-Pues yo te digo: es preciso resistir a pie firme y batirse con las ollas en la mano.

**EVÉLPIDES.**-¿De qué nos servirán las ollas?

**PISTETERO.**-La lechuza no nos atacará<sup>28</sup>.

**EVÉLPIDES.**-¿Y contra esas de uñas tan ganchudas?

**PISTETERO.**-Coge el asador y ponlo en ristre.

**EVÉLPIDES.**-¿Y para proteger los ojos?

**PISTETERO.**-Defiéndelos con un plato o con la vinagrera.

**EVÉLPIDES.**-¡Qué ingenio! ¡Qué habilidad, digna de un general consumado! Sabes más estrategia que Nicias<sup>29</sup>.

**EL CORIFEEO.**-¡Eleleleu! Adelante<sup>30</sup> y con el pico bajo; no vaciléis. Picad, desgarrad, herid, arrancad; romped primero la olla.

**ABUBILLA.**-Deteneos y decidme: ¿por qué, crueles, queréis matar y despedazar a dos hombres que ningún mal os han hecho, y que son, además, de la misma tribu y familia que mi esposa?

**EL CORIFEEO.**-Pues qué, ¿se perdona a los lobos? ¿No son nuestros más feroces enemigos? Nunca encontraremos otros más dignos de castigo.

**ABUBILLA.**-Si la naturaleza los hizo enemigos, su intención les hace amigos, y vienen aquí a darnos un consejo útil.

**EL CORIFEEO.**-¿Qué consejo útil pueden darnos ni decirnos los enemigos de nuestros abuelos?

**ABUBILLA.**-Los sabios aprenden muchas cosas de sus enemigos. La desconfianza es la madre de la seguridad. Con un amigo jamás

---

<sup>28</sup> Porque los reconocerá como atenienses.

<sup>29</sup> Las estrategias empleadas recientemente por Nicias en el sitio de Melos le habían dado celebridad.

aprenderíamos a ser cautos, al paso que un enemigo nos obliga a serlo; las ciudades, en un principio, aprendieron de sus enemigos, y no de sus amigos, a rodearse de altas murallas y a construir grandes naves, y con esta lección, a defender hijos, casas y haciendas.

**EL CORIFEO.**-Sea; me parece que podrá ser útil el oírles antes; puede recibirse alguna buena lección de un enemigo.

**PISTETERO.**-Su cólera parece calmarse. Retrocede un paso.

**ABUBILLA.**-Es muy justo; debéis de estarme agradecidos.

**PISTETERO.**-Cada vez se manifiestan más pacíficos; por consiguiente, deja en el suelo la olla y los platos; ahora, con la lanza terciada, digo, con el asador, paseémonos dentro del campamento, junto a la olla, y sin perderla de vista. No debemos huir.

**EVÉLPIDES.**-Tienes razón. Y si morimos, ¿en qué punto del globo nos enterrarán?

**EVELPIDES.**-En el Cerámico. Para que nos entierren por cuenta del Estado, diremos que hemos muerto peleando con los enemigos junto a Orneas<sup>31</sup>.

**EL CORIFEO.**-¿Quiénes son esos hombres, y de dónde vienen?

**ABUBILLA.**-Son dos extranjeros de la sabia Hélade.

**EL CORIFEO.**-¿Qué buen viento les trae a la morada de las aves?

**ABUBILLA.**-La afición a vuestra vida y costumbres y el deseo de compartirlas y vivir con nosotros.

**EL CORIFEO.**-¡Será verdad! ¿Y cuáles son sus proyectos?

**ABUBILLA.**-Increíbles, inauditos.

**EL CORIFEO.**-¿Hallan alguna ventaja en habitar aquí, o esperan que viviendo con nosotros podrán vencer a su enemigo y favorecer a sus amigos?

**ABUBILLA.**-Nos anuncian una felicidad inmensa, indecible e increíble, y demuestran con irrefutables argumentos que cuanto hay aquí y allí, y en todas partes, todo nos pertenece.

---

<sup>30</sup> ¡Eleleleul, grito de guerra.

**EL CORIFEO.**-¿Estarán locos?

**ABUBILLA.**-Su discreción no es para dicha.

**EL CORIFEO.**-¿Tienen talento?

**ABUBILLA.**-Son dos zorros redomados la astucia personificada, gente muy corrida e ingeniosa.

**EL CORIFEO.**-Diles, diles que vengan a hablarnos. Sin más que oír tus palabras, ya vuelo de gozo.

**ABUBILLA.**-*(Dirigiéndose a los criados.)* Recoged vosotros esas armas y colgadlas de nuevo en la cocina, junto al hogar, bajo la protección de los dioses domésticos. *(A Pistetero.)* Expón y demuestra a la Asamblea el objeto para el que ha sido convocada.

**PISTETERO.**-No, por Apolo; nada diré mientras no prometan, como aquel mono armero a su mujer, no morderme, ni desgarrarme, ni taladrarme el...

**EL CORIFEO.**-Nada temas.

**PISTETERO.**-Ni los ojos.

**EL CORIFEO.**-Lo prometo.

**PISTETERO.**-Júralo.

**EL CORIFEO.**-Lo juro, a condición de que estén de mi parte todos los jueces y espectadores.

**PISTETERO.**-Convenido.

**EL CORIFEO.**-Y si no lo cumplo, que gane por un solo voto.

**PISTETERO.**-¿Pueblos, escuchad! Que los hoplitas recojan sus armas y vuelvan a sus hogares e infórmense de las órdenes que se fijen en los tablones<sup>32</sup>.

**EL CORO.**-El hombre es un ser siempre y en todo falso; habla tú, sin embargo. Quizá me reveles algún proyecto que te parezca útil, o un medio de aumentar mi poder que a mí se me haya pasado por alto y que tú hayas visto. Habla; en inteligencia de que lo haces para el bien general, porque los bienes que me procures los dividiré contigo.

---

<sup>31</sup> Ciudad del Peloponeso, entre Corinto y Sicione, cuyo nombre significa pájaro. Poco antes de la representación de Las Aves, los atenienses habían sido derrotados en sus inmediaciones.

**EL CORIFEO.**-Manifiesta confiadamente los proyectos que te han traído aquí, pues bajo ningún pretexto romperé la tregua que contigo he pactado.

**PISTETERO.**-No deseo otra cosa; la masa de mi discurso está ya dispuesta, y sólo me falta amasarla. Esclavo, tráeme una corona y agua para las manos; pero pronto.

**EVÉLPIDES.**-¿Pero es que vamos a cenar?<sup>33</sup>.

**PISTETERO.**-No, por Zeus; estoy buscando algunas palabras magníficas y sustanciosas para ablandar sus ánimos.

*(Dirigiéndose al Coro.)* Sufro tanto por vosotros, que en otro tiempo fuisteis reyes...

**EL CORIFEO.**-¿Nosotros reyes? ¿De quién?

**PISTETERO.**-Reyes de todo cuanto existe: de mí, en primer lugar; de éste; del mismo Zeus, porque sois anteriores a Cronos, a los Titanes y a la Tierra.

**CORO.**-¿A la Tierra?

**PISTETERO.**-Sí, por Apolo.

**ABUBILLA.**-He ahí, por Zeus, algo que yo ignoraba.

**PISTETERO.**-Es que sois ignorantes y descuidados y no habéis manoseado a Esopo. Esopo dice que la alondra nació antes que todos los seres y que la misma Tierra; su padre murió de enfermedad, cuando la Tierra aún no existía; permaneció cinco días insepulto, hasta que la alondra, ingeniosa por la fuerza de la necesidad, enterró a su padre en su cabeza.

**EVÉLPIDES.**-POr eso el padre de la alondra yace ahora en Céfale<sup>34</sup>.

**PISTETERO.**-De modo que si las aves son anteriores a la Tierra y a los dioses, a ellas les pertenecerá el mando por derecho de antigüedad.

**EVÉLPIDES.**-Sí, por Apolo; procura, por tanto, fortificar tu pico, pues Zeus no devolverá así como así su cetro al pito real.

---

<sup>32</sup> Fórmula empleada para la promulgación de las leyes.

<sup>33</sup> Los preparativos para pronunciar un discurso y ponerse a la mesa eran muy parecidos.

<sup>34</sup> Nombre de un demo del Atica, que significa cabeza.

**PISTETERO.**-Hay infinitas pruebas de que las aves, y no los dioses, reinaron sobre los hombres en la más remota antigüedad. Empezaré por citaros al gallo, que reinó sobre todos los persas antes que todos sus monarcas, antes que Darío y Megabises; y en memoria de su reinado se le llama todavía el ave pérsica.

**EVÉLPIDES.**-¡Ah, comprendo! Por eso es la única de las aves que anda majestuosamente, como el Gran Rey, con la tiara recta sobre la cabeza.

**PISTETERO.**-Fué tan grande su poder y tan respetada su autoridad, que hoy mismo, como un vestigio de su dignidad antigua, en cuanto canta al amanecer, corren al trabajo y se calzan en la oscuridad todos los herreros, alfareros, curtidores, zapateros, bañeros, panaderos y fabricantes de liras y de escudos.

**EVÉLPIDES.**-Pregúntamelo a mí; precisamente un gallo tuvo la culpa de que perdiese un fino manto de lana frigia. Estaba yo en la ciudad convidado a un banquete que se daba para celebrar el acto de poner nombre a un niño, bebí algo y empecé a dormitar; en esto, y antes de que los demás convidados se sentasen a la mesa, se le ocurre cantar a un gallo; creyendo que era de día, marché en dirección a Alimunte<sup>35</sup>; apenas salgo extramuros, un ladrón me asesta en la espalda un terrible garrotazo; caigo al suelo; voy a pedir socorro; pero era tarde; ya había desaparecido con mi manto.

**PISTETERO.**-El milano fue antiguamente jefe y rey de los helenos.

**EL CORIFEO.**-¿De los helenos?

**PISTETERO.**-Durante su reinado él fue quién les enseñó a arrodillarse a la vista de los milanos.

**EVÉLPIDES.**-Sí, por Dionysos; un día que me prosterné en presencia de uno de ellos, me eché al suelo con la boca abierta y me tragué un óbolo<sup>36</sup>, por lo cual volví a casa con mi saco vacío<sup>37</sup>.

---

<sup>35</sup> Demo del Atica.

<sup>36</sup> De los que llevaban en la boca, según costumbre muy generalizada.

<sup>37</sup> Sin duda, el saco que llevaba para comprar la harina con el óbolo pagado.

**PISTETERO.**-El cuco fue rey de Egipto y de toda la Fenicia; así es que cuando cantaba icu-cu! todos los fenicios iban al campo a segar el trigo y la cebada.

**EVÉLPIDES.**-De ahí, sin duda, viene el proverbio: ¡Cu cu!, los circuncidados, al campo<sup>38</sup>.

**PISTETERO.**- Tan grande fué el poder de la gente alada, que los reyes de las ciudades griegas, Agamenón y Menelao, llevaban en el extremo de su cetro una ave que participaba de sus presentes.

**EVÉLPIDES.**-No sabía yo eso; así es que me admiraba cuando Príamo se presentaba en las tragedias con un pájaro que observaba fijamente a Lisícrates<sup>39</sup> y los regalos con que se deja sobornar.

**PISTETERO.**-Pero oíd la prueba más contundente: Zeus, que ahora reina, lleva sobre su cabeza un águila, atributo de su soberanía; su hija lleva una lechuza, y Apolo, su ministro un azor.

**EVÉLPIDES.**-¡Es verdad, por la venerable Deméter! Mas ¿para qué llevan esas aves?

**PISTETERO.**-Para que en los sacrificios, cuando según el rito, se ofrecen las entrañas a los dioses, las aves reciban su parte antes que Zeus. Entonces ningún hombre juraba por los dioses, sino todos por las aves.

**EVELPIDES.**-Lampón aún jura por el ganso, cuando quiere engañar<sup>40</sup>.

**PISTETERO.**-¡En tanta estima y veneración tenían entonces a los que ahora sois considerados como imbéciles y esclavos viles! Hoy os apedrean como a los dementes; hoy os arrojan de los templos; hoy infinitos cazadores os tienden lazos y preparan contra vosotros varetas, cepos, hilos, redes y pihuelas; hoy os venden a granel después de cogidos, y ¡oh, colmo de ignominiai, los compradores Os tantean para ver si estáis gordos. ¡Y si se contentasen al menos con asaros! Pero hacen un menudo picadillo de silfio y queso, aceite y vinagre; le agregan otros

---

<sup>38</sup> Los egipcios y fenicios practicaban la circuncisión.

<sup>39</sup> General ateniense, ambicioso y venal.



condimentos dulces y crasos y derraman sobre vosotros esta salsa hirviente, como si fué seis carnes corrompidas.

**EL CORO.**-Acabas de hacernos, hombre querido, un triste, tristísimo relato. ¡Cuánto deploro la incuria de mis padres que, lejos de transmitirme los honores heredados de sus abuelos, consintieron que fuesen abolidos! Pero, sin duda, algún numen propicio te envía para que me salves; a tí me entrego, pues, confiadamente con mis pobres polluelos. Dinos lo que hay que hacer; porque seríamos indignos de vivir, si no reconquistásemos por cualquier medio nuestra soberanía.

**PISTETERO.**-Opino primeramente que todas las aves se reúnan en una sola ciudad, y que las llanuras del aire y de este inmenso espacio se circunden de un muro de grandes ladrillos cocidos, como los de Babilonia.

**ABUBILLA.**-¡Oh!, Cebrión; ¡oh!, Porfirió<sup>41</sup>, ¡qué terrible plaza fuerte!

**PISTETERO.**-Cuando hayáis construido esa muralla, reclamaréis el mando a Zeus; y si se obstina en no acceder declaradle una guerra sagrada y prohibida a los dioses que atraviesen como antes vuestros dominios y que descendan a la tierra, enardecidos por su adúltero amor a las Alcmenas, Alopes y Semeles; y si se presentan, hay que ponerles un anillo alrededor del glande para que no puedan unirse a ellas. Enviad en seguida otro alado embajador a los hombres para que les haga entender que, siendo las aves dueñas del mundo, a ellas deben ofrecer primero sus sacrificios y después a los dioses, y que deberán agregar a cada divinidad el ave que le convenga; si, por ejemplo, sacrifican a Afrodita, ofrecerán al mismo tiempo cebada a la picaza marítima; si matan una oveja en honor de Poseidón, presentarán granos de trigo al ánade; si un buey a Heracles, tortas con miel a la gaviota; si inmolan un carnero en las aras de Zeus-Rey, rey es también el reyezuelo y, por consiguiente, habrá de consagrarsele, antes que al mismo Zeus, un mosquito macho.

---

<sup>40</sup> Lampón era un adivino. En griego sólo hay una letra de diferencia entre el nombre de Zeus y la voz de ganso.

<sup>41</sup> Nombres de pájaros y de gigantes.

**EVELPIDES.**-Me agrada ese sacrificio de un mosquito. ¡Que truene ahora el gran Zeus!

**ABUBILLA.**-Pero ¿cómo nos tendrán los hombres por dioses, y no por grajos, al ver que volamos y tenemos alas?

**PISTETERO.**-No sabes lo que dices; Hermes, que es todo un dios, tiene alas y vuela, y lo mismo otras muchas divinidades: la Victoria vuela con alas de oro, el Amor tiene las suyas, y Homero compara a Iris con una tímida paloma.

**ABUBILLA.**-¿No tronará Zeus? ¿No lanzará contra nosotros su alígero rayo?

**PISTETERO.**-Si los hombres, en su ceguera, se obstinan en despreciaros y en tener por dioses sólo a los del Olimpo, lanzad sobre la tierra una nube de gorriones que arrebaten de los surcos las semillas; veremos si Deméter baja a distribuir trigo a los hambrientos.

**EVELPIDES.**-No lo hará, de seguro; veréis cómo alega mil pretextos.

**PISTETERO.**-Además, que los cuervos, para probar que sois dioses, saquen los ojos a los bueyes de labranza y a otros ganados, y que enseguida los cure Apolo, que es médico; para eso le pagan.

**EVELPIDES.**-¡Eh, no! Aguarda a que haya vendido mi parejita.

**PISTETERO.**-Por el contrario, si los hombres os tienen a tí por un dios, a tí por la vida, a tí por Cronos, a tí por Poseidón, lloverán sobre ellos todos los bienes.

**ABUBILLA.**-Dime siquiera uno de ellos.

**PISTETERO.**-En primer lugar, los saltamontes no devorarán las flores de sus viñas, porque un solo escuadrón de lechuzas y cernícalos dará buena cuenta de ellas. Después sus higos estarán libres de mosquitos y cínifes que serán devorados por un escuadrón de tordos.

**ABUBILLA.**-¿Pero cómo les daremos las riquezas, que es lo que más quieren?

**PISTETERO.**-Cuando consulten a las aves, indicaréis al adivino las minas más ricas y los tráfico más lucrativos; ni un marino perecerá.

**ABUBILLA.**-¿Por qué no perecerá?

**PISTETERO.**-Porque cuando consulte los auspicios sobre la navegación no faltará nunca un ave que le diga: «No te embarques, habrá tempestad»; o «embárcate, tendrás ganancias.»

**EVÉLPIDES.**-Compro un navío y me lanzo al mar; no quiero ya vivir con vosotros.

**PISTETERO.**-Revelaréis también a los hombres el lugar donde se ocultan los tesoros enterrados por sus padres; porque todos lo sabéis. De aquí el proverbio: «Nadie sabe dónde está mi tesoro, como no sea algún pájaro.»

**EVÉLPIDES.**-(*Aparte.*) Vendo mi barco; compro un azadón, y la desenterrar ollas de oro

**ABUBILLA.**-¿Y cómo darles la salud de que gozan los dioses?

**PISTETERO.**-¿Qué mejor salud que la felicidad? Créeme, un hombre desgraciado nunca está bueno.

**ABUBILLA.**-Pero ¿cómo llegarán a la vejez? Porque como ésta habita en el Olimpo, habrán de morir en la infancia.

**PISTETERO.**-Todo lo contrario; las aves prolongaréis su vida trescientos años.

**ABUBILLA.**-¿De quién los tomaremos?

**PISTETERO.**-¿De quién? De vosotros mismos. ¿Ignoras que la graznadora corneja vive cinco vidas de hombre?

**EVÉLPIDES.**-¡Ah, cuánto más grato será su imperio que el de Zeus!

**PISTETERO.**-¿Quién lo duda? En primer lugar, no tendremos que consagrarles templos de piedra cerrados con puertas de oro, porque habitarán entre el follaje de las encinas; un olivo será el templo de las aves más veneradas; además, para ofrecerles sacrificios no habrá que hacer ningún viaje a Delfos o Amnon<sup>42</sup>, sino que parándonos delante de los madroños y acebuches, les presentaremos un puñado de trigo o de cebada, suplicándoles, con las manos extendidas, que nos concedan parte

de sus bienes, y los conseguiremos sin más dispendios que un poquillo de grano.

**EL CORIFEO.**-¡Oh, anciano, que después de haberme sido tan odioso me eres ahora tan querido, nunca por mi voluntad me apartaré de tus consejos!

**EL CORO.**-Animado por tus palabras, he prometido y jurado que si tú, fiel a tus promesas, te unes a mí, sin dolo alguno para atacar a los dioses, éstos no conservarán mucho tiempo el cetro que me pertenece. Todo lo que dependa de la fuerza queda a nuestro cargo, y al tuyo lo que exija habilidad y consejo.

**ABUBILLA.**-¡Por Zeus! Que no es tiempo de dormirse y dar largas a la manera de Nicias, sino de obrar con energía y rapidez. Entrad en mi nido de pajas y ramaje y decidnos vuestros nombres.

**PISTETERO.**-Es fácil; me llamo Pistetero.

**ABUBILLA.**-¿Y ése?

**PISTETERO.**-Evélpides, de la aldea de Crisa.

**ABUBILLA.**-Sed ambos bienvenidos.

**PISTETERO.**-Aceptamos el augurio.

**ABUBILLA.**-Entrad, pues.

**PISTETERO.**-Vamos, dirígenos tú.

**ABUBILLA.**-Venid.

**PISTETERO.**-¡Ah, cielos! Ven, vuelve acá. ¿Cómo éste y yo, que no tenemos alas, os hemos de seguir cuando voléis?

**ABUBILLA.**-Muy fácilmente.

**PISTETERO.**-Piénsalo bien; mira que Esopo dice en sus fábulas que a la zorra le causó grave perjuicio su alianza con el águila.

**ABUBILLA.**-Nada temas; hay una raíz que os dará alas en cuanto la comáis.

**PISTETERO.**-Entremos con esa condición. Ea, Xantias, y tú, Manodoro<sup>43</sup>, coged nuestro equipaje.

---

<sup>42</sup> Templo y oráculo de Zeus en Libia.

<sup>43</sup> Nombres de esclavos.

**EL CORIFEO.**-¡Holai ¡Eh, Abubilla! A tí te llamo.

**ABUBILLA.**-¡Qué me quieres?

**EL CORIFEO.**-Llévate a éstos y dales bien de comer, pero déjanos aquí al melodioso ruiseñor, de canto tan suave como el de las musas; que venga para que juguemos con ella<sup>44</sup>.

**PISTETERO.**-Sí, por Zeus cede a sus deseos; hazla salir de entre las floridas gañas. Por los dioses te pido que la llames para que contemplemos también nosotros al ruiseñor.

**ABUBILLA.**-Puesto que lo deseáis, fuerza es obedeceros: sal, Procne, y muéstrate a nuestros huéspedes.

*(Sale Procne)*

**PISTETERO.**-¡Oh, venerado Zeus! ¡Qué linda avecillai ¡Qué tierna! Qué brillante!

**EVÉLPIDES.**-¡Con qué placer la abriría yo de piernasi

**PISTETERO.**-¡Cuánto oro! Parece una virgen.

**EVÉLPIDES.**-Tentado estoy de darle un beso.

**PISTETERO.**-Pero, desdichado, ¿no ves que tiene por pico dos asadores?

**EVÉLPIDES.**-¿Qué importa? ¿Hay más que quitarle la cascarilla que le cubre la cabeza, como si fuese un huevo, y besarla después?

**ABUBILLA.**-Vamos.

**PISTETERO.**-Guíanos en hora buena. Sé nuestra guía y la buena suerte de los dos.

**EL CORO.**-Amable avecilla, el más querido de mis alados compañeros, mi señor, que presides nuestros cantos; al fin viniste a mi presencia; viniste para dejar oír tu suavísimo gorjeo. Tú, que en la flauta armoniosa tañes primaverales melodías, preludia nuestros anapestos.

**EL CORIFEO.**-Ciegos humanos, semejantes a la hoja ligera, impotentes criaturas hechas de barro deleznable, míseros mortales que,

privados de alas, pasáis vuestra vida fugaz como vanas sombras o ensueños mentirosos, escuchad a las aves, seres inmortales y eternos, aéreos, exentos de la vejez y ocupados siempre en pensamientos perdurables; nosotros os daremos a conocer los fenómenos celestes, la naturaleza de las aves y el verdadero origen de los dioses, de los ríos, del Erebo y del Caos; con tal enseñanza podréis causar envidia al mismo Pródigo<sup>45</sup>. En el principio sólo existían el Caos y la Noche, el negro Erebo y el profundo Tártaro; la tierra, el Aire y el Cielo no habían nacido todavía; al fin, la Noche de negras alas puso en el seno infinito del Erebo un huevo sin germen, del cual, tras el proceso de largos siglos, nació el apetecido Amor con alas de oro resplandeciente, y rápido como el torbellino. El Amor, uniéndose en los abismos del Tártaro al Caos alado y tenebroso, engendró nuestra raza, la primera que nació a la luz. La de los inmortales no existía antes de que el Amor mezclase los gérmenes de todas las cosas; pero, al confundirlos, brotaron de tan sublime unión el Cielo, la Tierra, el Océano y la raza eterna de las deidades bienaventuradas. He aquí cómo nosotros somos muchísimo más antiguos que los dioses. Nosotros somos hijos del Amor; mil pruebas lo confirman; volamos como él y favorecemos a los amantes. ¡Cuántos lindos muchachos habiendo jurado ser insensibles, se rindieron a sus amantes al declinar su edad florida, vencidos por el regalo de una codorniz, de un porfirión, de un ánade o de un gallo! Nos deben los mortales sus mayores bienes. En primer lugar, anunciamos las estaciones; la primavera, el invierno y' el otoño; la grulla, al emigrar a Libia, advierte al labrador que siembre; al piloto, que cuelgue el timón y se entregue al descanso; a Orestes, que se mande tejer un manto para que el frío no le incite a robárselo a los transeúntes. El milano anuncia, al aparecer, otra estación y el momento Oportuno de trasquilar los primaverales vellones; y la golondrina dice que ya es preciso abandonar el manto y vestirse una túnica ligera. Las aves reemplazamos para vosotros a Anmon, a Delfos, a Dodona y a Apolo.

---

<sup>44</sup> ya hemos dicho que el ruiseñor en cuestión era Procne, la propia amada de Abubilla.

<sup>45</sup> Filósofo de gran notoriedad.

Para todo negocio comercial, O compra de víveres, o matrimonios nos consultáis previamente y dáis el nombre de auspicios a todo cuanto sirve para revelaros el porvenir; una palabra es un auspicio; un estornudo es un auspicio; un encuentro es un auspicio. Una voz es un auspicio, el nombre de un esclavo es un auspicio; un asno es un auspicio. ¿No está claro que somos para vosotros el fatídico Apolo? Si nos reconocéis por dioses, hallaréis en nosotros las Musas proféticas, los vientos suaves, las estaciones, el invierno el estío, un calor moderado; no iremos, como Zeus, a posarnos orgullosos sobre las nubes, sino que, viviendo a nuestro lado, os dispensaremos a vosotros y a vuestros hijos, y a los hijos de vuestros hijos, riquezas y salud, felicidad, larga vida; juventud; risas; danzas; banquetes; delicias increíbles, en fin, tal abundancia de bienes que llegaréis a saciaros. ¡Tan ricos seréis todos!

Musa silvestre de variados tonos, tio, tio, tio, tio; tio; tio; tio, tix, yo canto contigo en las selvas y en la cumbre de los montes: tio, tio, tio, tio, tix; posado entre el follaje de un copudo fresno; tio, tio, tio, tio, tix; exhalo de mi delicada garganta himnos sagrados; tio, tio, tio, tix; que se unen en las montañas a los augustos coros en honor de Pan y la madre de los dioses; to, to, to, to, to; to; to; to; to; tix. En ellos, a modo de abeja, liba Frínico el néctar de sus inmortales versos y de sus dulcísimas canciones, tio, tio, tio, tio, tix.

**EL CORIFEO.**-(A los espectadores.) Si alguno de vosotros quiere pasar dulcemente su existencia viviendo con las aves, que acuda a nosotros. Todo lo que en la tierra es torpe y se halla prohibido por las leyes, goza entre la gente alígera de un pequeño honor. Entre los hombres, por ejemplo, es un crimen odioso el pegar a su padre; entre las aves, nada más bello que acometerle gritando: si riñes, coge tu espolón. El siervo prófugo, marcado con infamante estigma, pasa aquí por pintado francolín; un bárbaro, un frigio, tal como Espíntaro, será entre nosotros el frigilo, de la familia de Filemón; un esclavo de Caria, Execéstides, por ejemplo, podrá proveerse entre las aves de abuelos y parientes. ¿Qué más? ¿Quiere el hijo de Piasias abrir las puertas a los infames? Pues

transfórmese en perdiz, digno hijo de su padre, que por acá no es deshonoroso escaparse como la perdiz.

**EL CORO.**-Así, los cisnes, tío, tío, tío; tío; tío; tío; tío, tix, uniendo sus voces y batiendo las alas, cantan a Apolo, tío, tío, tío, tix; deteniéndose en las orillas del Hebro, tío: tío; tío, tix, sus acentos atraviesan las etéreas nubes, escúchanlos las fieras arrobadas y el mar serenando sus olas, to, to, to, to, to, to, to; tío; tío; tix; todo el Olimpo resuena; los dioses inmortales las Musas y las Gracias repiten gozosos aquella melodía: tío, tío, tío, tix.

**EL CORIFEO.**-Nada mejor, nada hay más agradable que tener alas. Si uno de vosotros las tuviese, podría, cuando asistiendo impaciente y malhumorado a una interminable tragedia, se sintiese desfallecer de hambre, volar a su casa, comer y regresar satisfecho su apetito. Si Patróclides se viera acosado en el teatro por una apremiante necesidad, no tendría que ensuciar su manto, pues volaría a otra parte, y después de desahogarse, tornaría a su asiento recobradas las fuerzas. Aún más; si alguno de vosotros, no importa quién, abrasado por adúltera llama, distinguía al marido de su amante en las gradas de los Senadores, podría, extendiendo sus alas, trasladarse a la amorosa cita, y satisfecha su pasión, volver a su puesto. ¿Comprendéis ahora las inmensas ventajas de ser alado? Por eso Diitrefes<sup>46</sup>, aunque sólo tiene alas de mimbre, ha sido nombrado filarco primero; después hiparco; y de hombre de nada, se ha convertido en gran personaje, y hoy es ya el gallito de su tribu.

**PISTETERO.**-*(Que vuelve provisto de alas, lo mismo que Evélpides.)* Ya está.

**EVÉLPIDES.**-POr Zeus, nunca vi nada tan cómico.

**PISTETERO.**-¿De qué te ríes?

**EVÉLPIDES.**-De tus alas. ¿Sabes lo que pareces con ellas?

**PISTETERO.**-Tú sí; a un ganso pintado de brocha gorda.

**EVÉLPIDES.**-Y tú un mirlo tonsurado.

---

<sup>46</sup> Cestero, que se enriqueció fabricando botellas de mimbre.



**PISTETERO.**-Nosotros lo hemos querido; y como dice Esquilo: «No son plumas de otro, sino nuestras.»

**EL CORIFEO.**-Pero veamos, ¿qué hemos de hacer?

**PISTETERO.**-Lo primero, darle a nuestra ciudad un nombre ilustre y pomposo; después, ofrecer un sacrificio a los dioses.

**EVÉLPIDES.**-Lo mismo digo yo.

**EL CORIFEO.**-¿Qué nombre le pondremos a nuestra ciudad?

**PISTETERO.**-¿Queréis que le demos uno magnífico, tomado de Lacedemonia? ¿Queréis que la llamemos Esparta?

**EVÉLPIDES.**-¡Por Heracles! ¿Esparta mi ciudad? Cuando ni siquiera consiento que sea de esparto mi lecho, aunque sólo tenga una estera de junco.

**PISTETERO.**-¿Pues qué nombre le daremos?

**EVELPIDES.**-Uno magnífico, tomado de las nubes y de estas elevadas esferas.

**PISTETERO.**-¿Te gusta el de Nefelococigia?<sup>47</sup>.

**ABUBILLA.**-¡Oh! ¡Oh! Ese sí que es bello y grandioso.

**EVÉLPIDES.**-¿No es en Nefelococigia donde están todas las grandes riquezas de Teógenes y Esquines?<sup>48</sup>.

**PISTETERO.**-No; donde están es en el llano de Flegra,<sup>49</sup> en el que los dioses aniquilaron la arrogancia de los gigantes.

**EVÉLPIDES.**-Será una ciudad hermosísima. Pero ¿cuál será su divinidad protectora? ¿Para quién tejeremos el peplo?

**PISTETERO.**-¿Por qué no escogemos a Atenea Polias?

**EVÉLPIDES.**-¿Cómo podrá reinar buen orden en una ciudad donde una diosa lleve una panoplia y Clístenes... una rueca?

**EL CORIFEO.**-¿Quién guardará el muro pelárgico de la ciudad?<sup>50</sup>

**PISTETERO.**-Un ave.

**EL CORIFEO.**-¿Uno de nosotros? ¿De qué raza?

---

<sup>47</sup> Significa ciudad de las nubes y los cucos.

<sup>48</sup> Ciudadanos que se jactaban de tener riquezas, siendo pobrísimos.

<sup>49</sup> Otro lugar imaginario.

<sup>50</sup> Pelárgico y no pelárgico. Literalmente muro de las cigüeñas. Rodeaba a la antigua ciudadela de Atenas.

**PISTETERO.**-De la raza pérsica, que es el más valiente de todos; un ave de Ares<sup>51</sup>.

**EVÉLPIDES.**-¡Oh gallo y señor! ¡Es un dios a propósito para vivir entre las rocas!

**PISTETERO.**-Ea, vete al aire, a ayudar a los albañiles que construyen la muralla: llévalos morrillos; desnúdate y haz mortero; sube la gamella; cáete de la escala; pon centinelas; guarda el fuego bajo la ceniza; ronda con tu campanilla, y duérmete; envía luego dos heraldos: uno, arriba, a los dioses; otro, abajo, a los hombres, y después vuelve a mi lado. **EVÉLPIDES.**-Tú quédate aquí, y revienta.

**PISTETERO.**- Anda, amigo mío, adonde te envíó; nada de cuanto te he dicho puede hacerse sin tí. Yo voy a ofrecer un sacrificio a los nuevos dioses, y a llamar al sacerdote para que presida la procesión. ¡Eh, tú, esclavo!, trae el canastillo y el agua lustral.

**EL CORO.**-Yo uno a las tuyas mis fuerzas y mi voluntad, y te exhorto a dirigir a los dioses súplicas espléndidas y solemnes, y a inmolar una víctima en acción de gracias. Entonemos en honor del dios canciones píticas acompañadas por la flauta de Queris.

**PISTETERO.**-*(Primero al flautista y luego al sacerdote.)* Tú, deja de soplar. ¡Heracles! ¿Qué veo? Por Zeus, muchos prodigios he visto, pero nunca a un cuervo con bozal<sup>52</sup>. Sacerdote cumple tu deber y sacrifica a los nuevos dioses.

**EL SACERDOTE.**-Lo haré. ¿Dónde está el que lleva el canastillo? Rogad a la Hera de las aves, al milano protector del hogar y a todos los pájaros, olímpicos y olímpicas, dioses y diosas...

**PISTETERO.**-¡Salve, gavián protector de Sunio, rey pelásgico!

**EL SACERDOTE.**-Al cisne Pítico y Delio; a Leto, madre de las codornices; a Artemis, Jilguero...

**PISTETERO.**-En adelante no habrá Artemis Colenis, sino Artemis-Jilguero.

---

<sup>51</sup> El gallo.

<sup>52</sup> Los flautistas se colocaban una correa delante de la boca.

**EL SACERDOTE.**- ...Y al frigilo Sabacio<sup>53</sup>, a Cibeles avestruz, augusta madre de los dioses y los hombres...

**PISTETERO.**-¡Oh poderosa Cibeles avestruz, madre de Cleócrito<sup>54</sup>.

**EL SACERDOTE.**-Que den salud y felicidad a los nefelococigios y a sus aliados de Quíos<sup>55</sup>.

**PISTETERO.**-Me gusta ver en todas partes a los de Quíos.

**EL SACERDOTE.**-A los héroes, a las aves, a los hijos de los héroes, al porfirión, al pelícano, al pelecino, al fléxide; al tetraón, al pavo real, al elea, a la cerceta, al elasa; a la garza, al mergo, al becafigo, al pavo...

**PISETERO.**-Acaba, hombre infernal; acaba tus invocaciones. Desdichado, ¿a qué víctimas llamas a los buitres y a las águilas de mar? ¿No ves que un milano basta para devorar estas viandas? ¡Lárgate de aquí con tus ínfulas! Ofreceré yo solo el sacrificio.

**EL SACERDOTE.**-Es preciso que para la aspersion entone un nuevo himno sacro y piadoso, e invoque a los dioses, a uno siquiera, si es que tenéis bastantes provisiones, pues vuestras decantadas víctimas veo que se reducen a barbas y cuernos.

**PISTETERO.**-Oremos al sacrificar a los dioses alados.

**UN POETA.**-*(Que sale recitando.)* Celebra, oh Musa, con tus himnos y canciones a la feliz Nefelococigia.

**PISTETERO.**-¿De dónde sale éste? Di, ¿quién eres tú?

**EL POETA.**-Soy un aedo melifluo, un trabajoso servidor de las Musas, como dice Homero.

**PISTETERO.**-Si eres esclavo, ¿cómo llevas largo el cabello?<sup>56</sup>

**EL POETA.**-No es eso; todos los poetas somos trabajosos servidores de las Musas, al decir de Homero.

**PISTETERO.**-Ya no me asombro: tu manto demuestra muchos años de servicio. Pero, desdichado poeta, ¿qué mal viento te ha traído aquí?

---

<sup>53</sup> Dionysos.

<sup>54</sup> Alude a la traza de avestruz de Cleócrito.

<sup>55</sup> Quíos era una de las aliadas más fieles de Atenas.

<sup>56</sup> Los esclavos llevaban la cabeza rapada. .

EL POETA.- -He compuesto en honor de vuestra Nefelococigia varios cantos, hermosos ditirambos y partenias<sup>57</sup>, y algunas odas al estilo de Simónides.

**PISTETERO.**-¿Cómo has compuesto esas cosas? ¿Y desde cuándo?

**EL POETA.**-Hace mucho, mucho tiempo que canto las alabanzas de esta ciudad.

**PISTETERO.**-¡Pero si en este instante celebro la fiesta de su fundación, y acabo de ponerla un nombre como a los niños de diez días!<sup>58</sup>.

**EL POETA.**-¡Qué importa! La voz de las Musas vuela como los más rápidos corceles. ¡Oh tú, padre mío, fundador del Etna; tú, cuyo nombre recuerda los divinos templos, otórgame propicio los bienes que para tí desearías!

**PISTETERO.**-No nos vamos a quitar de encima esta calamidad, si no le damos alguna cosa. Tú (*dirigiéndose a uno de los presentes,*) que tienes ese abrigo sobre la túnica, quítatelo y dáselo a este discretísimo poeta. (*Al poeta.*) Toma este abrigo, pues me parece que estás tiritando.

**EL POETA.**-Mi Musa acepta regocijada este presente. Pero escucha estos versos pindáricos...

**PISTETERO.**-¿Cuándo acabará por marcharse este importuno?

**EL POETA.-**

Sin vestido de lino  
Vaga Estratón en el confín helado  
Del errabundo escita:  
Burdo manto le han dado,  
Pero aún túnica fina necesita.  
¿Comprendes lo que quiero decir?

**PISTETERO.**-¡Vaya si comprendo! Quieres que te regale una túnica (*A un criado.*) Quítatela: es preciso obsequiar a los poetas (*Al poeta.*) Tómala y vete.

---

<sup>57</sup> Versos cantados por coros de doncellas

<sup>58</sup> A los diez días de su nacimiento se ponía nombre a los niños, celebrándose este suceso con un banquete.

EL **POETA**.-Me voy; pero al marcharme, compongo estos versos en honor de vuestra ciudad:

Númen de áureo trono,  
Celebra esta ciudad  
Que tiritita a los soplos De un céfiro glacial.  
Yo su campiña fértil  
Vengo de visitar,  
Alfombrada de nieve.

¡Tralalá, tralalá!

(Vase.)

**PISTETERO**.-Sí, pero te escapas de estos helados campos con una buena túnica. Jamás hubiera creído, Zeus soberano, que ese maldito poeta pudiera adquirir tan pronto noticias de esta ciudad. (Al Sacerdote.) Coge la vasija<sup>59</sup> y da vuelta al altar.

**EL SACERDOTE**.-¡Silencio!

**EL ADIVINO**.-(Entrando y dirigiéndose al Sacerdote.) No empieces inmolando al chivo.

**PISTETERO**.-Y tú quién eres?

**EL ADIVINO**.-¿Qué quién soy? Un adivino.

**PISTETERO**.-Entonces, ¡lárgate de aquí!

**EL ADIVINO**.-Amigo mío, no desprecies las cosas divinas: hay una profecía de Bacis que se refiere claramente a Nefelococigia.

**PISTETERO**.-¿Por qué no me hablaste de ese oráculo antes de fundar la ciudad?

**EL ADIVINO**.-La Divinidad me lo impedía.

**PISTETERO**.-No hay inconveniente en que oigamos el vaticinio.

**EL ADIVINO**.-(*Leyendo en un papiro.*) «Cuando los lobos y las blancas palomas habiten juntos entre Corinto y Sicione... »

**PISTETERO**.-Pero ¿qué tenemos que ver nosotros con los Corintios?

**EL ADIVINO.**-Al expresarse de ese modo Bacis, se refería al aire. «Sacrificad primeramente a Pandora un blanco vellocino, y después regalad al profeta que interprete mis oráculos un buen vestido y zapatos nuevos...»

**PISTETERO.**-¿También zapatos?

**EL ADIVINO.**-Toma y lee. «Y dadle, además, una copa y un buen trozo de las entrañas de la víctima.»

**PISTETERO.**-¿También dice «darle un trozo de las entrañas»?

**EL ADIVINO.**-Toma y lee. «Joven divino, si obedecieres mis mandatos, serás un águila en las nubes; si no le das nada, ni tórtola, ni águila, ni pito real.»

**PISTETERO.**-¿También dice eso?

**EL ADIVINO.**-Toma y lee.

**PISTETERO.**- Pero tu oráculo en nada se parece a otro que escribí yo mismo bajo la inspiración de Apolo. Escucha: «Cuando, sin que nadie le llame, venga un charlatán a molestarte mientras estás ofreciendo un sacrificio y pida una porción de las entrañas, deberás molerle las costillas a palos.»

**EL ADIVINO.**-Supongo que bromeas.

**PISTETERO.**-Toma y lee. (Y no le perdones, aunque sea un águila en las nubes, aunque sea Lampón, aunque sea el gran Diopites.)

**EL ADIVINO.**-¿También dice eso?

**PISTETERO.**-Toma lee y ilárgate... a los cuervos!

**EL ADIVINO.**-¡Ay, pobre de mí!

**PISTETERO.**-¿Vas a largarte rápido y vaciar en otra parte tus oráculos?

**METÓN.**-(Geómetra.) Vengo a veros para...

**PISTETERO.**-Otro importuno. ¿Qué te trae aquí? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Qué te propones viniendo tan encopetado con tus coturnos?

**METÓN.**-Quiero medir las llanuras aéreas, y dividir las en parcelas.

**PISTETERO.**-En nombre de los dioses, quién eres?

---

<sup>59</sup> Es decir, la que contiene el agua lustral.

**METÓN.**-¿Quién soy? Metón, conocido en toda la Hélade y en la aldea de Colona.

**PISTETERO.**-Dime, ¿qué es eso que traes ahí?

**METÓN.**-Reglas para medir el aire. Pues todo el aire, en su forma general, es enteramente parecido a un horno. Por tanto, aplicando por arriba esta línea curva y ajustando el compás... ¿Comprendes?

**PISTETERO.**-Ni una palabra.

**METÓN.**-Con esta otra regla trazo una línea recta, inscribo un cuadrado en el círculo y coloco en su centro el Agora; a ella afluirán de todas partes calles derechas, del mismo modo que del sol, aunque es circular, parten rayos rectos en todas direcciones.

**PISTETERO.**-¡Este hombre es un Táles... Metón!

**METÓN.**-¿Qué?

**PISTETERO.**-Ya sabes que te quiero; pero voy a darte un buen consejo: márchate cuanto antes.

**METÓN.**-¿Qué peligro corro?

**PISTETERO.**-Aquí, como en Lacedemonia, es costumbre expulsar a los extranjeros, y en toda la ciudad llueven garrotazos sobre ellos.

**METÓN.**-¿Es que, por acaso, estáis en revolución?

**PISTETERO.**-No, ciertamente, por Zeus.

**METÓN.** ¿Qué ocurre entonces?

**PISTETERO.**-Que hemos tomado por unanimidad la decisión de pulverizar a todos los impostores.

**METÓN.**-En este caso, voy a largarme.

**PISTETERO.**-Sí, por Zeus; y aún no sé si podrás escapar, pues aquí está ya la tormenta. *(Le pega.)*

**METÓN.**-*(Huyendo.)* ¡Desdichado de mí!

**PISTETERO.**-¿No te lo decía hace tiempo? Vete con tus medidas a otra parte y bien lejos de aquí.

**UN INSPECTOR.**-*(Que llega mientras Metón huye.)* ¿Dónde están los próxenos?<sup>60</sup>.

**PISTETERO.**-¿Quién es este Sardanápalo?

**EL INSPECTOR.**-Soy un inspector, designado por la suerte para ejercer mi vigilancia en Nefelococigia.

**PISTETERO**—¡Un inspector! ¿Y quién te ha enviado?

**EL INSPECTOR.**-Un maldito oráculo de Teleas.

**PISTETERO.**-¿Quieres recibir tu paga y marcharte, sin más historias.

**EL INSPECTOR.**-Sí, por los dioses; precisamente tenía hoy necesidad de estar en Atenas para asistir a la Asamblea: tengo un asunto de Farnaces<sup>61</sup>.

**PISTETERO.**-Toma y vete; aquí tienes tu paga (Le pega.)

**EL INSPECTOR.**-¿Qué es esto?

**PISTETERO.**-Es la Asamblea en que has de defender a Farnaces.

**EL INSPECTOR**—¡Sed testigos de que me pega! ¡A mí! ¡A un inspector)

**PISTETERO.**-¿No te irás con tus malditas urnas judiciales? Esto es el colmo: ¡enviar inspectores a una ciudad antes de haber terminado los sacrificios de los dioses!

(El inspector huye. Llega un vendedor de decretos.)

**EL VENDEDOR DE DECRETOS.**-«Todo ciudadano de Nefelococigia que produjese daños a uno de Atenas...»

**PISTETERO.**-¿Qué nueva calamidad es ésta, cargada de pergaminos?

**EL VENDEDOR DE DECRETOS.**-Soy un vendedor de decretos, y vengo a venderos leyes nuevas.

**PISTETERO.**-¿Cuáles?

**EL VENDEDOR DE DECRETOS.**-«Los habitantes de Nefelococigia tendrán las mismas leyes, pesos y medidas que los Olofixios<sup>62</sup>.

---

<sup>60</sup> Magistrados encargados de recibir a los extranjeros que venían a Atenas.

<sup>61</sup> Agente del Rey de Persia en Atenas.



**PISTETERO.**-Ahora vas a conocer las de los Ototixios <sup>63</sup>.

**EL VENDEDOR DE DECRETOS.**-Pero ¿qué te pasa, hombre?

**PISTETERO.**-Si no te largas con tus decretos te voy a aplicar otros bien duros.

**EL INSPECTOR.**-(Volviendo.) Cito en justicia y por injurias a Pistetero para el mes muniquión<sup>64</sup>.

**PISTETERO.**-!Cómo! ¿Aún estabas ahí?

**EL VENDEDOR DE DECRETOS.**-«El que expulsase a un magistrado y no le recibiese como prescribe el edicto fijado en la columna...»

**PISTETERO.**-(Al Inspector.) ¡Oh desdicha! ¿Ahí estabas también tú?

**EL INSPECTOR.**-¡Ya me las pagarás) He de hacer que te condenen a mil dracmas de multa.

**PISTETERO.**-Yo haré pedazos tus urnas.

**EL INSPECTOR.**-¿Te acuerdas de aquella tarde en que hiciste tus necesidades junto a la columna de los edictos?

**PISTETERO.**-¡Ea! Echadle mano a ése. ¡Hola! Parece que no te quedas.

**EL SACERDOTE.**-Marchémonos de aquí cuanto antes y sacrifiquemos dentro, el macho cabrío.

*(Vanse todos)*

**EL CORO.**-En adelante, todos los mortales me ofrecerán sus votos y sacrificios a mí, que todo lo inspecciono y gobierno. Porque con mi vista abarco el mundo entero y conservo los frutos en flor, destruyendo las infinitas castas de animales que en el seno de la tierra o en las ramas de los árboles los devoran antes de que hayan brotado del tierno cáliz. Yo mato los insectos que corrompen con su fétido contacto los perfumados

---

<sup>62</sup> Habitantes de Olofixo, ciudad situada al pie del monte Athos, dependientes de Atenas; Nefelococigia es considerada por los atenienses como una colonia suya, y por eso tratan de imponerle las leyes de la metrópoli.

<sup>63</sup> Pueblo imaginario de Aristófanes, cuya radical significa «llorar»

huertos; y todos los reptiles y venenosos sapos mueren al golpe de mis forzudas alas.

**EL CORIFEO.**- Hoy que se pregona principalmente este edicto: «El que matase a Diágoras Meliense<sup>65</sup>, recibirá un talento, el «que matase a uno de nuestros tiranos, recibirá un talento», queremos nosotros promulgar también este decreto: «El que matare a Filócrates el pajarero recibirá un talento; cuatro, el que lo traiga vivo: él es quien ata los pinzones de siete en siete y los vende por un óbolo: él es quien atormenta a los tordos inflándolos para que parezcan más gordos; él atraviesa con plumas el pico de los mirlos: él reúne palomas y las encierra, obligándolas a reclamar a otras y atraerlas a sus redes. Este es nuestro edicto: mandamos además que todo el que tenga aves encerradas en su patio, las suelte inmediatamente. El que no obedeciere será apresado por las aves y servirá, cargado de cadenas, para señuelo de otros hombres.»

**EL CORO.**- ¡Oh raza afortunada la de las aves! Ni en invierno tenemos necesidad de túnicas ni en estío nos molestan los abrasadores rayos de un sol canicular. En los valles floridos, a la sombra del tupido follaje, hallo fresco reposo, mientras la divina cigarra enfurecida por el calor del mediodía, deja oír su agudo canto; cuevas profundas, en que jugueteo con las ninfas de los montes, me abrigan en invierno, y en primavera picoteo las blancas y virginales bayas del mirto, y saqueo los huertecillos de las Gracias.

Queremos decirles a los jueces una palabra sobre el premio, si no le adjudican, les otorgaremos toda clase de bienes; bienes más preciosos que los que recibió el mismo Paris<sup>66</sup>. En primer lugar, cosa la más apetecida por todos los jueces, las lechuzas de Laurium<sup>67</sup> no os abandonarán jamás; habitarán dentro de vuestras casas, anidarán en

---

<sup>64</sup> Este mes empezaba, según el ciclo de Harpalo, el 6 de mayo, y según el de Meton, el 28 de marzo. Llamábase así por las fiestas muniquias en honor de Artemis.

<sup>65</sup> Diágoras, después de la destrucción de Melos, su patria, se estableció en Atenas, distinguiéndose por su impiedad.

<sup>66</sup> Después de su juicio para la adjudicación de la manzana de oro.

<sup>67</sup> Las monedas atenienses tenían grabada una figura de lechuza. Estas monedas acabaron por llamarse lechuzas.

vuestros bolsillos y empollarán en ellos pequeñas moneditas. Además vuestras habitaciones parecerán templos magníficos, porque elevaremos sus techos en forma de alas de águila. Si conseguís una magistratura y queréis robar algo, armaremos vuestras manos con las garras veloces del azor. Y si váis a un banquete, os proveeremos de espaciosos buches. Pero si no nos adjudicáis el premio, ya podéis proveeros de sombrillas como las de las estatuas<sup>68</sup>: que el que no la lleve nos las pagará todas juntas. Pues cuando salga ostentando su túnica blanca, todas las aves se la mancharemos con nuestras inmundicias.

**PISTETERO.**-El sacrificio, aves, ha sido favorable; pero me extraña que no venga de la muralla ningún mensajero para anunciarnos cómo va la obra. ¡Ah! Ahí viene uno, corriendo sin aliento.

**MENSAJERO PRIMERO.**-¿Dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde está? ¿Dónde está Pistetero, nuestro jefe?

**PISTETERO.**- Aquí estoy.

**MENSAJERO PRIMERO.**-Ya están en pie las murallas.

**PISTETERO.**-Excelente noticia.

**MENSAJERO PRIMERO.**-Es una obra soberbia y hermosísima: la anchura del muro es tan grande, que si Proxénides, el fanfarrón y Teógenes se encontrasen sobre él dirigiendo dos carros tirados por caballos tan grandes como los de Troya, pasarían sin dificultad.

**PISTETERO.**-¡Oh, Heracles!

**MENSAJERO PRIMERO.**-Su altura, que yo mismo he medido, es de cien orgías<sup>69</sup>.

**PISTETERO.**-¡Por Poseidón! ¡que altura! ¿Quiénes han construido tan gigantesca muralla?

**MENSAJERO PRIMERO.**-Las aves, y nadie más que las aves; allí no ha habido ni albañiles egipcios, ni canteros; todo lo han hecho por sí mismas con una habilidad asombrosa. De África vinieron cerca de treinta mil grullas que descargaron su lastre de piedras, las cuales, después de

---

<sup>68</sup> Era costumbre colocar sobre las estatuas unas cubiertas de metal para librarlas de las inmundicias de los pájaros.

arregladas por el pico de los rascones, han servido para los cimientos. Diez mil cigüeñas fabricaron los ladrillos. Los chorlitos y demás aves fluviales subían al aire el agua de la tierra.

**PISTETERO.**-¿Quiénes traían el mortero?

**MENSAJERO PRIMERO.**-Las garzas, en gamellas.

**PISFETERO.**-Pero ¿cómo pudieron echarlo en las gamellas?

**MENSAJERO PRIMERO.**-Es una invención ingeniosísima. Los gansos revolvían con sus patas, a guisa de paletas, el mortero, y después lo echaban en las gamellas.

**PISTETERO.**-¡Qué no hubieran hecho con manos!

**MENSAJERO PRIMERO.**-Era de ver cómo traían ladrillos los ánades. También ayudaban a la faena las golondrinas, trayendo mortero en el pico y la llana en la cola, como si fuesen niños.

**PISTETERO.**-¿Qué necesidad habrá ya de pagar operarios? Pero dime: ¿Quiénes labraron las maderas necesarias?

**MENSAJERO PRIMERO.**-Los pelícanos, como habilísimos carpinteros, arreglaron con sus picos las jambas de las puertas: cuando desbastaban las maderas, se oía un ruido parecido al de los arsenales. Ahora está ya todo cerrado con puertas y cerrojos, y cuidadosamente guardado: las rondas recorren el recinto con sus campanillas; hay centinelas en todas partes, y antorchas en las torres. Pero corro a lavarme; a tí te toca terminar la obra.

**EL CORO.**-¿Qué te ocurre? ¿Te admiras de la presteza con que el muro ha sido construido?

**PISTETERO.**-Sí, por cierto; es cosa digna de admiración: parece una fábula. Pero ahí viene uno de los centinelas de la ciudad, con marcial continente.

**MENSAJERO SEGUNDO,**-Iu, iu, iu, iu; iu.

**PISTETERO.**-¿Qué pasa?

---

<sup>69</sup> Unos 185 metros.

**MENSAJERO SEGUNDO.**-Algo muy indigno. Uno de los dioses de la corte de Zeus, después de atravesar las puertas, ha penetrado en el aire, burlando la vigilancia de los grajos que dan la guardia de día.

**PISTETERO.**-¡Oh indigno y criminal atentado! ¿Qué dios es ese?

**MENSAJERO SEGUNDO,**-Lo ignoramos; sólo sabemos que tiene alas.

**PISTETERO.**-¿Por qué no habéis lanzado en seguida guardias en su persecución?

**MENSAJERO SEGUNDO.**-Hemos enviado tres mil azores, arqueros de caballería: todas las aves de ganchudas uñas, cernícalos, gerifaltes, buitres, águilas y gavilanes vuelan en su busca, haciendo resonar el aire con el rápido batir de sus alas. El dios no debe estar lejos; si no me engaño, helo ahí.

**PISTETERO.**-¡Aprestemos la honda y el arco! Aquí, amigos; disparad todas vuestras saetas; dadme una honda.

**EL CORIFEO.**-Declárase una guerra, una guerra inaudita entre los dioses y yo. Hijos del Erebo, guardad cuidadosos el aire y las nubes que le entoldan, para que ningún dios las atraviese: vigilad todo el circuito. Ya se oye cerca un ruido de alas, como el de un inmortal cuando vuela.

**PISTETERO.**-¡Eh, tú! ¿Adónde vuelas? Estate quieta, inmóvil. ¡Alto! Detente. ¿Quién eres? ¿De qué país? Es preciso que digas de dónde vienes.

**IRIS.**-*(Que llega en forma de una joven, con aureola y provista de alas.)* Vengo de la mansión de los dioses olímpicos.

**PISTETERO.**-¿Cómo te llamas, navío o casco?<sup>70</sup>.

**IRIS.**-Iris la rápida.

**PISTETERO.**-¿De Paralos o de Salamina?

**IRIS.**-¿Qué quieres decir?

---

<sup>70</sup> Navío, por las alas que le sirven de velas o de remos; y casco por el penacho.

**PISTETERO.**- Digo si no habrá por ahí un buen macho que se abata volando sobre tí para cubrirte.

**IRIS.**-¿Qué se abata sobre mí? ¿Qué significan estos ultrajes?

**PISTETERO.**-Vas a llorar a mares.

**IRIS.**-Pero esto es absurdo.

**PISTETERO.**-¿Por qué puerta has penetrado en la ciudad, gran impura?

**IRIS,**-¿Por qué puerta? Lo ignoro.

**PISTETERO.**-¿Oís cómo se burla de nosotros? ¿Te has presentado al capitán de los grajos? Responde. ¿Traes un pasaporte autorizado con el sello de las cigüeñas?

**IRIS.**-¿Qué calamidad es esa?

**PISTETERO.**-¿No lo traes?

**IRIS.**-Tú no debes estar en tu sano juicio.

**PISTETERO.**-¿No te ha enviado un salvoconducto algún jefe de las aves?

**IRIS.**-No, por Zeus; nadie me ha dado ningún pase.

**PISTETERO.**-¿Y es así, en silencio como te has atrevido a llegar por el aire a una ciudad extranjera?

**IRIS.**-¿Pues por dónde hemos de pasar los dioses?

**PISTETERO.**-No lo sé, por Zeus; pero no por aquí. Lo cierto es que has delinquido. ¿Sabes que si te aplicase la pena merecida nos apoderaríamos de tí y moriría la bella Iris?

**IRIS.**-Pero yo soy inmortal.

**PISTETERO.**-No por eso dejarías de morir. Esto es insoportable; mandamos en todos los seres del mundo, y ahora nos vienen los dioses echándose de insolentes y negándose a obedecer a los más fuertes. Vamos, contesta: ¿adónde dirigías tu vuelo?

**IRIS.**-¿Yo? Traigo encargo de mi padre de ordenar a los hombres que ofrezcan víctimas a los dioses del Olimpo; que inmolen bueyes y ovejas, y llenen las calles con el humo de los sacrificios.

**PISTETERO.**-¿Qué dices? ¿A qué dioses?

**IRIS.**-¿A qué dioses? A nosotros, a los dioses del cielo.

**PISTETERO.**-Pero ¿vosotros sois dioses?

**IRIS.**-Pues qué, ¿hay otros?

**PISTETERO.**-Sí; las aves son ahora los dioses de los hombres; y es a ellas a quienes, por Zeus, han de ofrecerse los sacrificios y no a Zeus.

**IRIS.**-¡Ah, insensato! No desencadenes las terribles pasiones de los dioses; guárdate de que la Justicia, armada del terrible azadón de Zeus no extirpe de raíz toda tu raza; cuida de que sus rayos vengadores no te reduzcan a cenizas con todos tus palacios.

**PISTETERO.**-¡Bueno! Ahórrate esas tiradas enfáticas y no te muevas. ¿Crees que me vas a espantar con ese lenguaje, como si fuese algún esclavo lidio o de la Frigia? Sabe que si Zeus me sigue molestando, enviaré águilas igníferas que incendien su morada y el palacio de Anfión. Entérate de que puedo mandar al cielo contra él más de seiscientos alados porfiriones<sup>71</sup>, cubiertos con pieles de leopardos. Y cuenta que uno sólo le dio mucho que hacer. En cuanto a tí, como sigas con tus impertinencias te levantaré las piernas, te separaré los muslos y, por muy Iris que seas, te asombrarás del vigor con que, a pesar de mis muchos años, puedo encajarte tres veces el espolón.

**IRIS.**-¡Así revientes, viejo estúpido, con tus palabras!

**PISTETERO.**-¿Te marchas o no? ¡Largo de aquí!

**IRIS.**-Ten la seguridad de que mi padre pondrá fin a tus insolencias.

**PISTETERO.**-¡Ay, qué miedo! ¡Vuela, vuela, vete a turbar con el humo y el hollín de tus rayos a otros más jóvenes que yo!

**EL CORO.**-Queda prohibido a los dioses, hijos de Zeus, el paso por nuestra ciudad, prohíbese también a los mortales, cuando les ofrezcan sacrificios, que hagan atravesar por aquí el humo de sus víctimas.

**PISTETERO.**-Es extraño que el heraldo que envié a los hombres, aún no esté de vuelta.

---

<sup>71</sup> Nombre de un pájaro y de un gigante.

**UN HERALDO.**-*(Que llega con una corona de oro.)* ¡Oh, feliz Pistetero! ¡Oh, sapientísimo! ¡Oh, celeberrimo! ¡Oh, hermosísimo! ¡Oh, felicísimo! ¡Oh ...! Déjame hablar.

**PISTETERO.**-¿Qué estás diciendo?

**EL HERALDO.**-Todos los pueblos, admirados de tu sabiduría, te ofrecen esta corona de oro.

**PISTETERO.**-La acepto; pero ¿por qué los pueblos me confieren tan señalado honor?

**EL HERALDO.**-Tú no sabes, ilustre fundador de una ciudad aérea, la inmensa estimación en que te tienen los mortales, y la afición extraordinaria que se ha desarrollado por este país. Antes de que echases los cimientos de esta célebre ciudad, todos los hombres, atacados de lacomanía, se dejaban crecer el cabello, ayunaban, iban sucios, vivían socráticamente, y llevaban bastones espartanos; ahora ha cambiado la moda y les domina la manía por las aves, complaciéndose en imitar su modo de vivir. En cuanto apunta el alba saltan todos a la vez del lecho y vuelan, como nosotros, a su pasto habitual; después se dirigen a los carteles y se atracan de decretos. Su manía por las aves es tan grande, que muchos llevan nombres de volátiles; un tabernero cojo, se llama perdiz; Meuipo, golondrina; Opucio, cuervo tuerto; Filo, cles, alondra; Teógenes; ganso-zorro; Licurgo, ibis; Querofón, murciélago; Siracosio, urraca y Midias se llama codorniz, porque, en efecto, tiene toda la traza de una codorniz muerta de un porrazo en la cabeza. La pasión por las aves hace que se canten versos, donde es de rigor hablar de golondrinas, de penélopes, de gansos, de palomas o, por lo menos, algo de plumaje. Así anda la cosa. ¡Ah!, te advierto que pronto vendrán aquí más de diez mil personas pidiéndote alas y garras ganchudas; por consiguiente, ya puedes hacer provisión de plumas para los nuevos huéspedes.

**PISTETERO.**-Entonces no hay tiempo que perder. Anda,



llena de alas todos los cestos y cestillos, y dile a Manes<sup>72</sup>, que me los traiga aquí. Yo me encargo de recibir a los que vengan.

**CORO.**-Nuestra ciudad no tardará en llamarse «La Populosa.»

**PISTETERO.**-¡Que la fortuna nos favorezca!

**CORO.**-El amor a nuestra ciudad se propaga.

**PISTETERO.**-(*A1 esclavo.*) Trae eso pronto.

**CORO.**-¿Qué falta en ella de cuanto puede hacer grata su mansión? Aquí se encuentran la Sabiduría, el Amor, las Gracias inmortales y el plácido semblante de la querida Paz.

**PISTETERO.**-¡Qué calma, justo cielo! Trae eso pronto.

**CORO.**-Sí, traed pronto un cesto lleno de alas; y tú hazle moverse a palos, como lo hago yo; es más pesado que un asno.

**PISTETERO.**-Sí, Manes es un perezoso.

**CORO.**-Tú, pon en orden esas alas, las musicales, las proféticas, las marítimas. Procura después que cada cual se lleve las que le convengan.

**PISTETERO.**-(*A Manes*) ¡Ah, lo juro por los cernícalos! Esta no te la perdono, si continúas tan perezoso y tardón. (*Golpea a Manes y éste huye.*)

**UN PARRICIDA.**-¡Quién fuera el águila de altísimo vuelo para cernerse sobre las ondas cerúleas del estéril mar!

**PISTETERO.**-Veo que el mensajero dijo la verdad; ahí viene no sé quién cantando a las águilas.

**EL PARRICIDA.**-¡Oh, nada tan delicioso como volar! Yo adoro las leyes de los pájaros; la afición a las aves me enajena; yo vuelo, yo quiero vivir con vosotros; me apasionan vuestras leyes.

**PISTETERO.**-¿Cuáles? Porque las aves tienen muchas clases de leyes.

**EL PARRICIDA.**-Todas; pero principalmente una en virtud de la cual es lícito a un pájaro morder a su padre y retorcerle el pescuezo.

**PISTETERO.**-Es verdad; nosotros tenemos por muy valiente al que pollito aún, le pega a su padre.

---

<sup>72</sup> Nombre de esclavo.

**EL PARRICIDA.**-Por eso he emigrado a esta región; deseo estrangular a mi padre para heredar todos sus bienes.

**PISTETERO.**-Pero tenemos también otra ley inscrita en la columna de edictos de las cigüeñas: «Cuando la cigüeña haya criado a sus hijos y los haya puesto en disposición de volar, éstos tendrán a su vez obligación de alimentar a sus padres.»

**EL PARRICIDA.**-¡Pues bastante he ganado con venir, si tengo que sostener a mi padre!

**PISTETERO.**-No, no; ya que con tan benévolas intenciones has acudido a nosotros, te emplumaré como conviene a un pájaro huérfano. Además, pobre joven, te daré un buen consejo que aprendí en mi niñez. No maltrates a tu padre; coge esta ala en una mano y ese espolón en la otra; figúrate que tienes una cresta de gallo, y haz guardias; vete a la guerra, vive de tu estipendio, y deja en paz a tu padre. Ya que eres tan belicoso dirige tu vuelo a Tracia y combate allí.

**EL PARRICIDA.**-¡Por Dionysos! Tu consejo me parece excelente, y lo seguiré. *(Se va.)*

**PISTETERO.**-Obrarás discretamente, por Zeus.

**CINESIAS.**-(Poeta ditirámico, saliendo.) Vuelo al Olimpo con ligeras alas; y a su batir resuelto voy cruzando las sendas de la alegre poesía...

**PISTETERO.**-Este va a necesitar un fardo entero de alas.

**CINESIAS.**-Otras nuevas buscando,

    Mi cuerpo y mi indomable fantasía...

**PISTETERO.**-Un abrazo a Cinesias, el Tilo. ¿A qué vienes dando vueltas a tu pie cojo?

**CINESIAS.**-Quiero, ansío ser ave,  
Ser ruiseñor, y con gorjeo suave...

**PISTETERO.**-Basta de música, y explícame tus deseos.

**CINESIAS.**-Ponme alas, pues anhelo subir por los aires  
y recoger de las nubes nuevos cantos, aéreos y caliginosos.

**PISTETERO.**-¿Cantos en las nubes?

**CINESIAS.**-Sí; en ellas estriba hoy todo nuestro arte. Los más brillantes ditirambos son aéreos, caliginosos, tenebrosos, alados. Pronto lo verás; escucha.

**PISTETERO.**-No, no oigo nada.

**CINESIAS.**-Pues oirás, mal que te pese:

En forma de volátil,  
Cuyo ondulante cuello  
Surca del éter fúlgido La azul inmensidad,  
Recorreré los aires,  
Que te obedecen ya.

**PISTETERO.**-iEh, hop! ¡Basta!

**CINESIAS.**-iAh! ¡Quién con vuelo rápido!

Al hálito vehemente  
Cediendo de los ímpetus  
De indómito Aquilón,  
Pudiera sobre el piélago  
Cernerse bramador!

**PISTETERO.**-iYa reprimiré yo tus hálitos e ímpetus...!

**CINESIAS.**-Y ora hacia el Noto cálido

Enderezando el vuelo,  
Ora a la región frígida  
Del Bóreas glacial,  
El oleaje férvido  
Del éter...

*(A Pistetero, que le apalea.)* ¡Anciano! ¡Anciano! ¡Vaya una hábil e ingeniosa invención!

**PLSTETERO.**-¿No deseabas volar?

**CINESIAS.**-¿Así tratas a un poeta ditirámico que se disputan todas las tribus?

**PISTETERO.**- ¿Quieres quedarte con nosotros y enseñar a la tribu Ceropia un coro de aves voladoras, tan ligero como el espirituado Leotrófides?<sup>73</sup>.

**CINESIAS.**-Te burlas de mí, está claro. Pero no importa; ten presente que no descansaré un momento hasta que surque los aires, transformado en pájaro.

**UN SICOFANTE.**-*(Es decir, un delator.)*

Dí, golondrina de alas esplendentes  
Por la Febea luz tornasolada,  
¿Quiénes son esas aves indigentes  
De tan varios plumajes adornadas?

**PISTETERO.**-El mal toma serias proporciones. Otro, que se acerca zumbando.

**EL SICOFANTE.** Por la Febea luz tornasolada, repito.

**PISTETERO.**-Creo que esa canción la dirige a su manto, porque parece que tiene necesidad urgente de la vuelta de la golondrina<sup>74</sup>.

**EL SICOFANTE.**-¿Quién distribuye alas a los recién llegados?

**PISTETERO.**-YO mismo; pero es preciso decir para qué.

**EL SICOFANTE.**-¡Alas! ¡Necesito alas! No me preguntes más.

**PISTETERO.**-¿Acaso quieres volar en línea recta a Pelene?

**EL SICOFANTE.**-No, por Zeus; soy acusador de las islas, un delator...

**PISTETERO.**-¡Buen oficio!

**EL SICOFANTE.**-E investigador de pleitos. Quiero tener alas para girar con rapidez mi visita a las ciudades y citar a los acusados.

**PISTETERO.**-¿Los citarás mejor teniendo alas?

**EL SICOFANTE.**-No, por Zeus; pero podré librarme de ladrones y volveré como las grullas, trayendo por lastre infinitos procesos.

**PISTETERO.**-¿Y ésa es tu ocupación? ¿Cómo siendo joven y robusto, te dedicas a delatar extranjero?

---

<sup>73</sup> Leotrófides era un poeta ditirámico notable por su flacura y palidez.

<sup>74</sup> Es decir, de la primavera, porque su raído manto no le podía librar del frío.

**PISTETERO.**-Pero, por Zeus, hay otras ocupaciones con las cuales un hombre de tu edad puede ganarse honradamente la vida, sin acudir al vil oficio de zurcador de procesos.

**EL SICOFANTE.**-Amigo mío, no te pido consejos, sino alas.

**PISTETERO.**-Ya te doy alas con mis palabras.

**EL SICOFANTE.**-¿Cómo puedes con palabras dar alas a un hombre?

**PISTETERO.**-Las palabras dan alas a todos.

**EL SICOFANTE.**-¿A todos?

**PISTETERO.**-¿No has oído muchas veces en las barberías a los padres decir hablando de los jóvenes: «Son terribles las alas para la equitación que le han dado a mi hijo las palabras de Diitrefes»<sup>75</sup>. «Pues yo, dice otro, tengo un hijo que en alas de la imaginación ha dirigido su vuelo a la tragedia.»

**EL SICOFANTE.**-¿Luego las palabras dan alas?

**PISTETERO.**-Ya te he dicho que sí; ellas elevan el espíritu y levantan al hombre. He ahí por qué con mis útiles consejos pretendo yo levantar tu vuelo a una profesión más honrada.

**EL SICOFANTE.**-Pero yo no quiero.

**PISTETERO.**-Pues ¿qué harás?

**EL SICOFANTE.**-No quiero desmerecer de mi raza; el oficio de delator está vinculado a mi familia. Dame, pues, rápidas y ligeras alas de gavilán o cernícalo para que, en cuanto haya citado a los isleños, pueda regresar a Atenas a sostener la acusación y volar en seguida a las islas.

**PISTETERO.**-Comprendo: a fin de que el isleño sea condenado aquí antes de llegar.

**EL SICOFANTE.**-Precisamente.

**PISTETERO.**-Y después, mientras él navega en esta dirección, volar tú allá y arrebatarle todos sus bienes.

**EL SICOFANTE.**-Exacto. Deseo ser una verdadera peonza.

---

<sup>75</sup> Diitrefes era un rico ateniense que tenía muchos caballos.

**PISTETERO.**-A propósito de peonzas; tengo aquí unas excelentes alas de Corcira<sup>76</sup>.

**EL SICOFANTE.**-¿Pobre de mí! ¡Es un azote!

**PISTETERO.**-¡Fuera de aquí volando! ¡Lárgate pronto, canalla insoportable! Ya te haré sentir lo que se gana corrompiendo la justicia. (*A/ esclavo.*) Recojamos las alas y partamos.

**CORO.**-En nuestro vuelo hemos visto mil maravillas, mil increíbles prodigios. Hay lejos de Cardias<sup>77</sup> un árbol muy extraño llamado Cleónimo, completamente inútil, aunque grande y tembloroso. En primavera produce siempre, en vez de yemas, delaciones; y en invierno, en vez de hojas, deja caer escudos. Hay también un país, junto a la región de las sombras en los desiertos oscuros, donde los hombres comen y hablan con los héroes, excepto por la noche; cuando ésta llega, su encuentro es peligroso. Pues si algún mortal tropezare entonces con Orestes<sup>78</sup>, sería despojado de sus vestidos y molido a palos de pies a cabeza.

*(Llega Prometeo ocultando el rostro.)*

**PROMETEO.**-¿ Desgraciado de mí! Procuremos que no me vea Zeus. ¿Dónde está Pistetero?

**PISTETERO.**-¡Oh! ¿Qué es ésto? ¿Qué significa ese disfraz?

**PROMETEO..**-Ves algún dios detrás de mí?

**PISTETERO.**-Ninguno, por Zeus, no veo ninguno; pero tú ¿quién eres?

**PROMETEO..**-¿En qué momento del día nos encontramos?

**PISTETERO.**-Es algo más del medio día; pero tú ¿quién eres?

**PROMETEO..**-¿Es el declinar del día o más tarde?

**PISTETERO.**-!Pero qué hombre más fastidioso!

---

<sup>76</sup> Esto se lo dice Pistetero enseñándole al Sicofante unos azotes de cuero. Los de Corcira tenían fama.

<sup>77</sup> Cardias era una ciudad de Tracia, cuyo nombre significa corazón o valor. Esto y lo siguiente son burlas sobre la cobardía de Cleónimo, tantas veces mencionada.

<sup>78</sup> Célebre ladrón, cuyo encuentro era peligroso de noche.

**PROMETEO.**-¿Qué hace Zeus? ¿Disipa o amontona las nubes?<sup>79</sup>.

**PISTETERO.**-¿Déjame en paz!

**PROMETEO.**-Entonces, me descubriré.

**PISTETERO.**-(*Reconociéndole.*) ¡Oh, mi querido Prometeo!

**PROMETEO..**-¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡No grites!

**PISTETERO**—¿Qué ocurre?

**PROMETEO.**-¡Silencio! No pronuncies mi nombre; si Zeus llega a verme aquí, estoy perdido. Cúbreme la cabeza con esta sombrilla, para que no me vean los dioses y te contaré todo lo que pasa en el Olimpo.

**PISTETERO.**-Excelente idea, digna de Prometeo. Métete pronto aquí debajo, y habla sin temor.

**PROMETEO.**-Escucha, pues.

**PISTETERO.**-Habla; te escucho.

**PROMETEO.**-Zeus está perdido.

**PISTETERO.**-¿Desde cuándo?

**PROMETEO..**-Desde que fundasteis esta ciudad en el aire. Ningún mortal ofrece ya sacrificios a los dioses, ni sube hasta nosotros el humo de las víctimas. Privados de todas sus ofrendas, ayunamos como en las Tesmoforias<sup>80</sup>. Los dioses bárbaros, enfurecidos por el hambre, gritan como los ilirios, y amenazan bajar contra Zeus, si no hace que vuelvan a abrirse los mercados para que puedan introducirse las entrañas de las víctimas.

**PISTETERO.**-Luego ¿hay dioses bárbaros que están sobre vosotros?

**PROMETEO.**-Pues si no hubiese dioses bárbaros, ¿cuál podría ser el patrón de Execéstides?<sup>81</sup>.

**PISTETERO.**-¿Y cómo se llaman esos dioses?

**PROMETEO.**-¿Cómo? Tribalos<sup>82</sup>.

---

<sup>79</sup> Prometeo trata de saber si está el cielo cubierto o despejado.

<sup>80</sup> Fiestas en honor de Deméter; duraban cinco días y se ayunaba el tercero.

<sup>81</sup> Apolo era el patrono de los ciudadanos de Atenas; como Execéstides era extranjero, su patrono debía de serlo también.

<sup>82</sup> Nombre de un pueblo de Tracia, cuyos pobladores eran considerados por los atenienses como salvajes.

**PISTETERO.**-Comprendo. De ahí, sin duda, viene la frase: «Ojalá te trituren»<sup>83</sup>.

**PROMETEO.**-Está claro. Te aseguro que pronto bajará para estipular las condiciones de paz una embajada de Zeus y de los Tribalos superiores; pero vosotros no debéis concertar pacto alguno mientras Zeus no restituya el cetro a las aves y te dé por esposa a la Realeza.

**PISTETERO.**-¿Quién es la Realeza?

**PROMETEO.**-Una hermosísima doncella que maneja los rayos de Zeus, y a cuyo cargo están todas las demás cosas: la prudencia, la equidad, la modestia, la marina; las calumnias, la tesorería y el pago del trióbolo.

**PISTETERO.**-¿Es, pues, una intendente general?

**PROMETEO.**-Precisamente. De suerte que si te la otorga, serás dueño de todo. He venido para darte este consejo, pues siempre he querido mucho a los hombres.

**PISTETERO.**-Es verdad; tú eres el único dios a quien debemos el carbón para hacer nuestros asados.

**PROMETEO.**-Sabes también que aborrezco a todos los dioses.

**PISTETERO.**-Sí, por Zeus; tú fuiste siempre su enemigo.

**PROMETEO.**-Un verdadero Timón<sup>84</sup> para ellos. Pero dame la sombrilla para que me vaya cuanto antes; si Zeus me ve así desde el cielo, creerá que voy siguiendo a una canéfora.

**PISTETERO.**-Para fingir mejor, coge este asiento y llévatelo con la sombrilla.

**CORO.**-En los confines de los Esciápodas<sup>85</sup> es hay un pantano donde evoca los espíritus el desaseado Sócrates; allá fué también Pisandro<sup>86</sup>, pidiendo ver su alma, que le había abandonado en vida; traía un camello por víctima en vez de un cordero, y cuando lo degolló, dio un paso atrás

---

<sup>83</sup> Triturar en griego tiene cierta semejanza con tribalo.

<sup>84</sup> Célebre, misántropo.

<sup>85</sup> Seres fabulosos que habitaban en la zona tórrida. Sus pies eran más grandes que el resto del cuerpo, de suerte que cuando el calor se dejaba sentir con exceso, adoptaban la posición cuadrúpeda, y se servían de uno de sus pies como de quitasol, de donde les vino el nombre de esciápodas. Aristófanes coloca a los filósofos socráticos en este país, para indicar su constitución física empobrecida por las cavilaciones y su desaseo.



como Ulises; después, Querofón el murciélago, subió del Orco para beber la sangre.

*Se presentan ante Pistetero Poseidón, Heracles y un dios Tribalo.*

**POSEIDÓN.**-Estamos a la vista de Nefelococigia, a cuya ciudad venimos de embajada. (*Al Tribalo.*) ¡Eh, tú! ¿Qué haces? ¿Te echas el manto sobre el hombro izquierdo? ¿No lo cambias al derecho? ¡Cómo, desdichado! ¿Tendrás el mismo defecto que Lespodias?<sup>87</sup>. ¡Oh, democracia! ¿Adónde vamos a parar si es ese el representante designado por los dioses? ¿Te estarás quieto? ¡Peste de tí Eres sin duda el dios más bárbaro que he conocido nunca. Dime, Heracles ¿qué vamos a hacer?

**HERACLES.**-Ya lo has oído; mi intención es estrangular, sea quien sea, al hombre que ha interceptado toda comunicación con los dioses, erigiendo esas murallas.

**POSEIDÓN.**-Pero, amigo mío, a lo que hemos sido enviados es a tratar de la paz.

**HERACLES.**-Razón de más para estrangularle.

**PISTETERO.**-(Fingiéndolo no haber visto a los dioses.) Alárgame el rallador; trae silfio; dame queso; atiza los carbones.

**HERACLES.**-(*Dulcificando la voz a la vista de los preparativos culinarios.*) Mortal, tres dioses te saludan.

**PISTETERO.** Ahora lo cubro con silfio.

**HERACLES.**-¿Qué manjares son esos?

**PISTETERO.**-Son unas aves que se han sublevado contra el partido democrático; se las ha condenado como culpables.

**HERACLES.**-¿Y las espolvoreas primero con silfio?

**PISTETERO.**—¡Salud, Heracles! ¿Qué ocurre?

**HERACLES.**-Venimos en embajada de parte de los dioses para negociar el armisticio.

**UN CRIADO.**-Ya no queda aceite en la alcuza.

**PISTETERO.**-Pues estas aves tienen que estar bien rehogadas.

---

<sup>86</sup> Orador notable por su cobardía.

<sup>87</sup> General que para cubrirse las úlceras de las piernas se dejaba caer el manto.

**HERACLES.**-Nosotros nada ganamos con hacer la guerra; y vosotros, si sois nuestros amigos, tendréis siempre agua de lluvia en las balsas y disfrutaréis de días serenos. Venimos perfectamente autorizados para estipular estas cuestiones.

**PISTETERO.**-Nunca hemos sido los agresores, y ahora mismo estamos dispuestos a concertar la paz que deseáis si os avenís a una condición equitativa y es la de que Zeus nos devuelva el cetro a las aves. Después de arreglado este particular, invito a los embajadores a comer.

**HERACLES.**-POr mí, de acuerdo, y declaro...

**POSEIDÓN.**-¿Pero qué? ¡Desdichado! Eres glotón e imbécil. ¿Así piensas despojar a tu padre del poder supremo?

**PISTETERO.**-Te equivocas. ¿Acaso no seréis más poderosos si las aves reinan sobre la tierra? Ahora, al abrigo de las nubes, y bajando la cabeza, los mortales blasfeman impune mente contra vosotros; pero si tuvieseis por aliadas a las aves, cuando alguno jurase por el cuervo y por Zeus, el cuervo se acercaría furtivamente al perjuro y le saltaría un ojo de un picotazo.

**POSEIDÓN.**-¡Bien hablado, por Poseidón!

**HERACLES.**-Lo mismo digo.

**PISTETERO.**-(*Al Tribalo.*) Y tú ¿qué opinas?

**EL TRIBALO.**-Nabaisatreu<sup>88</sup>.

**PISTETERO.**-¿Lo ves? También está de acuerdo. Oid otra de las ventajas que os proporcionará nuestra alianza. Si un hombre ofrece un sacrificio a alguno de vosotros, y después difiere su realización diciendo: «Los dioses tendrán paciencia», y por avaricia no cumple su voto, nosotros le obligaremos.

**POSEIDÓN.**-¿Cómo? ¿De qué manera?

**PISTETERO.**-Cuando nuestro hombre esté contando su dinero o sentado en el baño, un gavilán le arrebatará, sin que lo note, el precio de dos ovejas y se lo llevará al dios defraudado.

**HERACLES.**-Confirmando mi declaración de que debe dársele el cetro.

**POSEIDÓN.**-Consúltalo también con Tribalo.

**HERACLES.**-¡Eh Tribalo! ¿Quieres... una buena zurra?

**EL TRIBALO.**-Sauna. Cabactaricrousa.

**HERACLES.**-Dice que también está de acuerdo.

**POSEIDÓN.**-ellos si los dos sois de esa opinión, yo me adhiero a ella.

**HERACLES.**-(A *Pistetero*) Consentimos, como quieres, en la devolución del cetro.

**PISTETERO.**-Se me olvidaba, por Zeus, otra condición) Le dejo Hera a Zeus; pero exijo que éste me dé por esposa a la joven Realeza.

**POSEIDÓN.**-Está visto que no deseas la reconciliación. Retirémonos.

**PISTETERO.**-POCO me importa ¡Cocinero, cuida de que esté bien sabrosa la salsa!

**HERACLES.**-¡Qué hombre tan particular es éste Poseidón! ¿Adónde vas? ¿Habremos de hacer la guerra por una mujer?

**POSEIDÓN.**-¿Y qué quieres que hagamos?

**HERACLES.**-¿Qué? La paz.

**POSEIDÓN.**-¡Cómo! ¿No comprendes, imbécil, que te está engañando? Tú mismo te arruinas. Si Zeus muere después de haberles cedido a esas gentes el poder, quedarás reducido a la miseria, pues a tí han de pasar todos los bienes que tu padre deje a su muerte.

**PISTETERO.**-¡Oh, infeliz! ¡Cómo trata de confundirte) Ven acá y te diré lo que hace al caso. Tu tío te engaña, pobre amigo; según la ley, no puedes heredar ni un hilo de los bienes paternos, porque eres un bastardo y no un hijo legítimo.

**HERACLES.**-¿Yo bastardo? ¿Qué dices?

**PISTETERO.**-La pura verdad; por ser hijo de una mujer extranjera. Y si no, dime: ¿cómo Atenea, siendo hembra, pudiera ser única heredera de Zeus si tuviera hermanos legítimos?

---

<sup>88</sup> Jerga ininteligible.

**HERACLES.**-¿Y si mi padre al morir me lega la parte correspondiente a los hijos naturales?

**PISTETERO.**-La ley no se lo permite. El mismo Poseidón, que ahora te jalea, será el primero en disputarte la herencia paterna, alegando su cualidad de hermano legítimo. Escucha el texto de la ley de Solón: «El bastardo no puede heredar si hay hijos legítimos. Si no hay hijos legítimos, la herencia debe pasar a los colaterales más próximos.»

**HERACLES.** ¿Luego no tengo ningún derecho para heredar a mi padre?

**PISTETERO.**-Ninguno absolutamente. Pero dime: ¿se cuidó tu padre de inscribirte en el registro de los miembros de su fratria?<sup>89</sup>.

**HERACLES.**-No, por cierto; y la verdad, ya hace tiempo que esto me extraña.

**PISTETERO.**-Déjate de miradas feroces y de amenazas al cielo. Si pasas a ser uno de los nuestros yo haré de tí el jefe supremo y tendrás cuanto apetezcas.

**HERACLES.**-Pues bien; creo justa tu petición de la doncella, y te la concedo.

**PISTETERO.**-(A Poseidón.) Y tú, ¿qué dices?

**POSEIDÓN.**-Yo me opongo.

**PISTETERO.**-Todo depende ahora del Tribalo. ¿Qué opinas tú?

**EL TRIBALO.**-Maka donkila reala Kolondri cedo.

**HERACLES.**-El Tribalo también opina que hay que cedérsela.

**POSEIDÓN.**-No, por Zeus; no dice que se la concede, sino en caso de que emigre como las golondrinas.

**PISTETERO.**-Luego dice que es necesario concedérsela a las golondrinas.

**POSEIDÓN.**-Arreglaos los dos como podáis, y estipulad las condiciones; yo, puesto que así lo queréis, me callaré.

**HERACLES.**-Nos place concederte cuanto pides. Vente pronto con nosotros al cielo y se te entregará la Realeza y todo lo demás.

**PISTETERO.**-iHe ahí unas aves sacrificadas con gran oportunidad para las bodas)

**HERACLES.**-¿Queréis que entre tanto me quede yo a asarlas? Vamos, marcháos ya.

**POSEIDÓN.**-¿Tú asarlas? ¿Cómo qué no vas a venir con nosotros, desvergonzado glotón?

**HERACLES.**-iYa me relamía de gusto)

**PISTETERO.**-¿Vamos, que me traigan un vestido nupcial)

**EL CORO.**-En Fanes, junto a la Clepsidra, vive la industriosa raza de los Englotogastros<sup>90</sup>, que siegan, siembran, vendimian y recogen los higos con la lengua; son de condición bárbara, y entre ellos se encuentran los Gorgias y Filipos<sup>91</sup>. Estos Filipos Englotogastros han sido la causa de que se introdujese en el Atica la costumbre de cortar aparte la lengua de las víctimas.

**EL MENSAJERO.**-(*Declamando.*)

Vosotros a quienes todo sale bien, mejor de como puede decirse tres veces dichosa gente volante de las aves en su rico palacio recibid a vuestro Señor.

Ya se acerca, y con tal esplendor como jamás se vió astro alguno en su mansión de oro lucir, ni del sol que brilla a lo lejos surgir luces tan chispeantes; viene dándole el brazo a su Esposa, belleza indescriptible y blandiendo el rayo alado, arma de Zeus.

Un aroma indecible hacia el alto cielo se eleva -bello espectáculo- y brisas de incienso dispersan espesas espirales de humo.

iMas hele aquí! Es él. De la Musa propicia hay que lanzar los sagrados, los propicios acentos.

---

<sup>89</sup> Formalidad que sólo se llenaba con los hijos legítimos.

<sup>90</sup> Palabra compuesta de dos que significan lengua y vientre, es decir, los que viven del producto de su lengua.

<sup>91</sup> Gorgias, célebre retórico y sofista. Platón dio su nombre a uno de sus más bellos diálogos. Filipo se cree que era un delator.

**EL CORO.**-Retroceded, apartaos, abrid paso, revolotead en feliz enjambre alrededor de ese santo. ¡Feu, feu! ¿Qué de gracias! ¡Qué de bellezas! ¡Oh tú, cuyo himen es tan favorable a esta ciudad!

**EL CORIFEO.**-Grandes, inmensos beneficios han recibido las aves, gracias a ese hombre. Hay que acogerle, así como a la Reina, con cantos himeneos y nupciales.

**EL CORO.**-La unión de Hera la olímpica y del gran Rey, que desde su alto trono impera sobre los otros dioses fué celebrado por las divinas Pareas con cantos como éste: ¡Oh, himen, oh himeneo! El floreciente Eros con sus alas de oro conducía tirando de las riendas, jefe del cortejo nupcial de Zeus y de la dichosa Hera.

**PISTETERO.**-Me regocijan vuestros himnos y vuestros cánticos; estoy encantado con vuestras palabras. ¡Celebrad a la vez los truenos subterráneos y los brillantes relámpagos de Zeus y el fulgor terrible de su rayo!

**EL CORO.**-¡Oh potente luz de oro de los relámpagos, oh centella inmortal de Zeus, truenos de rugir subterráneo que hacéis caer la lluvia y con los que ese hombre levanta ahora la tierra, dueño de todo gracias a tí; y que también tiene a su lado a la Realeza, protegida de Zeus. ¡Oh himen, oh himeneo!

**PISTITERO.**-Escuchad ahora los esposos, y vosotras todas, razas de volátiles que vivís en común. Id hasta el país de Zeus, junto al lecho nupcial. Dame la mano, oh bienaventurada, tómame por las alas y bailemos; yo te cogeré, a mi vez, para alzarte en el aire.

**EL CORO.**-¡Alalá! ¡Ie, pean! ¡Viva, viva el glorioso vencedor, el más poderoso de los dioses!

**LIBRO** dot.com

# LAS AVISPAS

*Aristófanes*



*Editado por* **LIBRO** dot.com

© 2002 – Copyright <http://www.librodot.com>  
Todos los Derechos Reservados

**PERSONAJES:**

PRIMER SERVIDOR (llamado Sosías).	Dos PERROS.
SEGUNDO SERVIDOR (llamado Xantias).	UN CONVIDADO.
BDELICLEÓN.	UNA PANADERA.
FILOCLEÓN.	UN DEMANDANTE
NIÑOS PORTADORES DE LINTERNAS	PERSONAJES MUDOS.

Los JUECES, disfrazados de avispas, que componen el coro.

*(La escena transcurre en Atenas y empieza poco antes del amanecer frente a la casa de Filocleón.)*

SOSIAS. -¡Oye! ¿Qué estás enfermo, mi pobre Xantias?

XANTIAS.-(Dormitando.) Procuro descansar después de esta noche de guardia.

SOSIAS—¿Tus costillas reclaman, pues, una llamada de buenos latigazos? ¿O no sabes la clase de fiera que guardamos ahí dentro?

XANTIAS.-Lo sé; pero quiero dormir un poco.

SOSIAS.-Peligroso es, aunque puedes hacerlo; también yo siento que sobre mis párpados pesa un dulce sueño.

XANTIAS.-¿Estás loco o es que juegas al Coribante?<sup>1</sup>

SOSIAS.-No; este sopor que se apodera de mí proviene de Sabacio.<sup>2</sup>

XANTIAS.-¡Sabacio! Los dos adoramos, pues, al mismo dueño. Ahora poco, también a mí me ha asestado el sueño un mazazo, atacándome como un medo y 'acabo de tener un sueño extraordinario.

---

<sup>1</sup> Los coribantes eran unos sacerdotes de la diosa Rea que danzaban con una especie de delirio.

<sup>2</sup> Otro nombre de Dionysos, dios del vino.



SOSIAS.-Y yo he tenido otro, como nunca. Pero cuenta primero el tuyo.

XANTIAS.-He creído ver un águila muy grande bajar volando sobre el Agora, y arrebatando en sus garras un escudo de bronce elevarse con él hasta el cielo; después ví a Cleónimo que arrojaba aquel mismo escudo.

SOSIAS.-De modo que Cleónimo es un verdadero enigma. En la mesa esto puede servir de distracción a los convidados: adivina adivinanza ¿cuál es el animal que arroja su escudo por tierra, por el aire y en el mar?

XANTIAS.-¿Qué desgracia me anunciará semejante sueño?

SOSIAS.-No te preocupes; ningún mal te sucederá; te lo aseguro.

XANTIAS.-Sin embargo, es muy mal agüero el de un hombre arrojando su escudo. Pero cuenta tu sueño.

SOSIAS.-El mío es grandioso; se refiere a toda la nave del Estado.

XANTIAS.-Me conformo, de momento, con la quilla del asunto.

SOSIAS.-Creí ver en mi primer sueño, sentados en el Pnix y reunidos en asamblea, una multitud de carneros, con báculos<sup>3</sup> y mantos burdos; después me pareció que entre ellos hablaba un omnívoro paquidermo, cuya voz parecía la de un cerdo a quien están chamuscando.

XANTIAS.-¡Puf!

SOSIAS. -¿Qué te sucede?

XANTIAS.-Basta, basta; no cuentes más: tu sueño apesta a cuero podrido.

SOSIAS.-Aquel maldito paquidermo tenía una balanza en la cual pesaba grasa de buey<sup>4</sup>.

XANTIAS.-! Maldición! Es la Hélade; quiere despedazar a nuestro pueblo<sup>5</sup>.

SOSIAS.-A su lado creí distinguir a Teoro<sup>6</sup>, sentado en el suelo con cabeza de cuervo, y además a Alcibíades, que me dijo tartajeando: «Mira, Teolo tiene cabeza de cuervo».

XANTIAS.-Nunca ha balbucido más oportunamente Alcibíades.

SOSIAS. -¿Y no encuentras extraño el que Teoro se haya convertido en cuervo?

SOSIAS.-¿Cómo?

XANTIAS.-Al contrario; es excelente.

---

<sup>3</sup> Este era el distintivo de los jurados.

<sup>4</sup> Alusión al oficio de curtidor de Cleón.

<sup>5</sup> Aristófanes juega con la palabra griega demos que significa a la vez pueblo y grasa.

<sup>6</sup> Un protegido de Cleón

XANTIAS.-Pues verás. Si de hombre se ha convertido de repente en cuervo puede conjeturarse sin dificultad, que nos abandonará para irse con los cuervos.

SOSIAS.-Habría de darte dos óbolos por tu habilidad para interpretar los sueños.

XANTIAS.-Pero quiero explicar el asunto a los espectadores y hacerles antes algunas breves advertencias. No esperéis de nosotros poesía trascendente ni tampoco chocarrerías de inspiración megarenses<sup>7</sup>. No poseemos ninguna pareja de esclavos que bombardee a los espectadores con una cesta llena de nueces<sup>8</sup> ni un Heracles furioso por su cena frustrada, ni un Eurípides que censurar; e incluso tampoco tenemos la intención de presentar a Cleón hecho picadillo, pese al esplendor de su buena suerte; pero tenemos un asunto bastante ingenioso aunque no arriesga romperos la cabeza y más inteligente, de fijo, que una farsa vulgar. Nuestro dueño, hombre poderoso, que duerme en la habitación que está bajo el tejado, nos ha mandado que guardemos a su padre, ? quien tiene encerrado para que no salga. Este se halla atacado de una enfermedad tan extraña, que difícilmente la podríais conocer vosotros, ni aún figurárosla, si no os dijéramos cuál era. ¿No lo creéis? Pues tratad de adivinarlo. Aminias, el hijo de Pronapo, dice que es la afición al juego; pero se equivoca.

SOSIAS.-Ciertamente. Se le figura que los demás tienen sus vicios.

XANTIAS. No; el mal tiene su raíz en otra afición... Ahí está Sosias, que le dice a Dercilo que es la afición a la bebida.

SOSIAS.-¡Pero esa es una afición de personas decentes!

XANTIAS.-Nικόstrato, el de Escambónides, asegura que es la afición a los sacrificios y a la buena mesa.

SOSIAS.-¡Nada, Nικόstrato! Imposible eso de la buena mesa; basta que el nombre impúdico de Filóxeno suene a eso mismo para que él lo deteste.

XANTIAS.-En vano os cansáis; no daréis en ello. Mas si queréis saberlo, callad y yo os diré el mal que aqueja a mi dueño: es un filoheliasta<sup>9</sup> desenfrenado; su pasión por juzgar le vuelve loco; se desespera si no se sienta el primero en el banco de los jueces. Durante la noche no disfruta ni un instante de sueño: si por casualidad se le cierran un momento los ojos, su

---

<sup>7</sup> Los megarenses se caracterizaban por la grosería de su ingenio.

<sup>8</sup> Entre los recursos de mala ley que empleaban los poetas mediocres estaba el de arrojar a los espectadores nueces y golosinas.

<sup>9</sup> Aficionado a pleitos y juicios.

pensamiento revolotea en el tribunal alrededor de la clepsidra<sup>10</sup>, y acostumbrado a tener la piedrecilla de los votos<sup>11</sup> se despierta con los tres dedos apretados, como quien ofrece incienso a los dioses en el novilunio. Si ve escrito en alguna parte: «Hermoso Demo, hijo de Pirilampo», en seguida pone al lado: «Hermosa urna<sup>12</sup> de las votaciones.» Habiendo cantado su gallo al anochecer, dijo que sin duda le habían sobornado los criminales para que le despertase tarde. En cuanto cena, pide a gritos los zapatos; corre al tribunal antes de amanecer, y duerme allí recostado y pegado como una lapa a una de las columnas. Su severidad le hace trazar siempre sobre las tablillas la línea condenatoria<sup>13</sup>, de suerte que siempre, como las abejas o los zánganos, vuelve a su casa con las uñas llenas de cera. Temeroso de que le falten piedrecitas para las votaciones mantiene ahí dentro un banco de grava. Tal es su manía; cuanto más se trata de corregirle, más se empeña en juzgar. Ahora le tenemos encerrado con cerrojos para que no salga, pues su hijo siente en el alma tal enfermedad. Primero trató de persuadirle con afables palabras a que no llevase el manto burdo ni saliese de casa, mas no cambió por eso. Luego le bañó y purgó, y siempre lo mismo. Después trató de curarle con los ejercicios de los Coribantes, y el buen viejo se escapó con el tambor y se presentó a juzgar en el tribunal. Viendo la ineficacia de estos medios, lo llevó a Egina y le hizo acostarse una noche en el templo de Asclepios. Pero en el momento de amanecer apareció ante la cancela del tribunal. Desde entonces no le dejábamos salir, pero como se nos escapaba por las canales y buhardillas, tuvimos que tapar y cerrar con paños todos los agujeros. Mas él, clavando palitos en la pared, saltaba de uno a otro como un grajo. Por último, hemos tenido que rodear con una red todo el patio, y así le guardamos. El viejo se llama Filocleón; ningún nombre, por Zeus, le está más propio<sup>14</sup> su hijo, aquí presente, se llama Bdelicleón<sup>15</sup> y es un joven que tiene una idea bastante importante de sí mismo.

---

<sup>10</sup> Reloj de agua, que servía para medir el tiempo concedido a los oradores y abogados para sus arengas y defensas.

<sup>11</sup> Se votaba por medio de piedrecitas.

<sup>12</sup> Demo era un hermoso joven, y muchas inscripciones de su nombre que en las paredes se leían atestiguan el gran afecto que su hermosura causaba.

<sup>13</sup> Para condenar se trazaba sobre una tablilla cubierta de cera una línea larga.

<sup>14</sup> Filocleón significa amigo de Cleón. porque este demagogo tenía gran partido entre la gente que constituía los tribunales a causa de los tres óbolos que les hacía pagar.

<sup>15</sup> Bdelicleón significa que detesta a Cleón; de suerte que la lucha entre ambos personajes representa perfectamente la que entonces sostenían en Atenas el famoso demagogo y el partido aristocrático.

BDELICLEÓN.- (Asomándose a la ventana.) ¡Eh, Xantias, Sosias, ¿estáis durmiendo?

XANTIAS.- ¡Ya está ahí ese!

SOSIAS.- ¿Qué hay?

XANTIAS.- Que Bdelicleón se ha levantado.

BDELICLEÓN.- A ver, pronto aquí uno de vosotros. Mi padre ha entrado en la cocina y está royendo no sé qué, como un ratón dentro del agujero. Tú, mira no se escape por el tubo de los baños; y tú, recuéstate contra la puerta.

SOSIAS.- Entendido, señor.

XANTIAS.- ¡Oh, poderoso Poseidón! ¿Quién hace tanto ruido en la chimenea? ¡Eh, tú! ¿quién eres?

FILOCLEÓN.- (Tratando de salir por la chimenea.) Soy el humo que salgo.

BDELICLEÓN.- ¿Humo? ¿Y de qué leña?

FILOCLEÓN.- Del árbol de los sicofantes<sup>16</sup>.

BDELICLEÓN.- Ya se conoce, por Zeus, pues es la que despide el humo más acre. Ea, adentro pronto. ¿Dónde está la tapa de la chimenea? Adentro he dicho. Encima, para mayor seguridad, pondré esta vigueta. Busca ahora otra salida; soy el más desdichado de los hombres: mañana podrán llamarme ¡el hijo del ahumado!<sup>17</sup>.

SOSIAS.- Empuja la puerta. Aprieta ahora mucho y fuerte. Allá voy yo también. Ten mucho cuidado con la cerradura y el cerrojo, no vaya a roer el pestillo.

FILOCLEÓN.- (Detrás de la puerta.) ¿Qué hacéis? ¿No me dejáis ir al tribunal, grandísimos bribones, y Dracóntides<sup>18</sup> será absuelto.

BDELICLEÓN.- ¿Y te causará mucha pena, no es eso?

FILOCLEÓN.- El oráculo de Delfos, un día que le consulté, me predijo que moriría cuando se me escapase un acusado<sup>19</sup>.

BDELICLEÓN.- ¡Oh Apolo, patrono nuestro, vaya un oráculo!

FILOCLEÓN.- Vamos, por piedad, déjame salir o reviento.

BDELICLEÓN.- Nunca, Filocleón, nunca; lo juro por Poseidón.

FILOCLEÓN.- Pues romperé la red a mordiscos.

---

<sup>16</sup> Se trata de la higuera.

<sup>17</sup> Sobrenombre que se le había dado al poeta cómico Eclántides por la oscuridad de su estilo.

<sup>18</sup> Ateniense de mala fama, condenado muchas veces

<sup>19</sup> Sin condenarle.

BDELICLEÓN.-¿Pero si no tienes dientes!

FILOCLEÓN.-!Ah, desdicha!... ¿Cómo podría matarle?

¿Cómo? Traedme pronto mi espada, o la tablilla para condenarle a muerte.

BDELICLEÓN.- (Ya en el suelo.) Ese hombre maquina alguna trastada.

FILOCLEÓN.-Nada, palabra de honor: sólo deseo salir a vender el asno con su albarda, hoy, que es la feria de la luna nueva.

BDELICLEÓN.-Y dime: ¿no lo podría vender yo mismo?

FILOCLEÓN.-No tan bien como yo.

BDELICLEÓN.-Muchísimo mejor. Ea, trae el asno. (Filocleón se va en busca del asno.)

XANTIAS.-¡Buen pretexto ha imaginado para que le sueltes!

BDELICLEÓN.-Pero no he tragado el anzuelo: en seguida he conocido sus intenciones. Voy a llevar yo mismo el asno, y así el viejo no conseguirá salir. (Saliendo con el asno bajo el que Filocleón está suspendido.) ¡Pobre borriquillo! ¿Por qué te quejas? ¿Porque vas a ser vendido? Vamos pronto; ¿por qué gimes? ¿Llevas acaso algún Ulises?<sup>20</sup>

XANTIAS.-Sí, por Zeus; lleva uno atado al vientre.

BDELICLEÓN.-¿Quién? A ver... Sí, ya lo veo. ¿Pero qué es esto? ¿Y tú, buen hombre, quién eres?

FILOCLEÓN.-Nadie, a fe de los dioses.

BDELICLEÓN. ¿Nadie? ¿Y de dónde sales?

FILOCLEÓN.-Soy de Itaca y vengo fugitivo.

BDELICLEÓN.-¿Con qué nadie? Lo sentirás. Sal de ahí cuanto antes. ¡Hay que ver dónde se ha metido! ¡Si parece un pollino recién parido!

FILOCLEÓN.-Si no me soltáis, pleitearemos.

BDELICLEÓN.-¿Y por qué?

FILOCLEÓN.-Por la sombra del asno<sup>21</sup>.

BDELICLEÓN.-No vales para ello, a pesar de tu extremada audacia.

FILOCLEÓN.-¿Qué no valgo! Es que no sabes todavía lo que yo soy; Ya te enterarás.

BDELICLEÓN.-Entra con el asno en casa.

FILOCLEÓN.-!Oh jueces compañeros míos, y tú, Cleón socorredme!

BDELICLEÓN.- (Encerrando a su padre.) Grita dentro, a puerta cerrada. (A Sosias.) Pon tú una porción de piedras en la entrada; echa de nuevo el cerrojo; atraviesa esa tranca, y, para mayor seguridad afiánzala con ese gran mortero.

<sup>20</sup> Alusión a cierto episodio de «La Odiseas»

<sup>21</sup> Es decir por una futilidad.

SOSIAS.-!Ay! ¿De dónde me ha caído esta teja?

XANTIAS.-Quizá te la haya arrojado algún ratón.

SOSIAS.-¿Un ratón? ¡Ca! Es ese maldito juez, que se desliza por entre las tejas.

XANTIAS.-!Oh desgracia! Ese hombre se ha convertido en gorrión. Va a volar. ¿Dónde está, dónde está la red? (Como quien espanta un pájaro.) ¡Eh! ¡Pchist! ¡Pchist! ¿Fuera de ahí! ¡Pchist!

BDELICLEÓN.-Por Zeus, más quisiera guardar a Escione<sup>22</sup> que a mi padre.

SOSIAS.-Puesto que le hemos espantado y ya no puede escapársenos furtivamente, ¿por qué no dormimos un poco?

BDELICLEÓN.-Pero, desdichado, ¿no ves que dentro de poco vendrán a llamarle sus compañeros de tribunal?

SOSIAS.-¿Qué dices? Si aún no ha amanecido.

BDELICLEÓN.-Es verdad además hoy se levantan más tarde de lo acostumbrado, porque suelen venir con sus linternas a medianoche y le llaman cantando dulces versos de las Fenicias del antiguo Frínico.

SOSIAS.-Pues, si es preciso, los apedreamos.

BDELICLEÓN.-No hay que ser temerarios; esa casta de viejos, cuando se la enfurece, es como la de las avispas; pues en la rabadilla tienen un agujón agudísimo con el cual pican y saltan gritando y lo lanzan como una centella.

SOSIAS.-Pierde cuidado: tenga yo piedras y dispararé todo un enjambre de jueces.

*(Entran en la casa y poco después se presenta el Coro de jueces vestidos de avispas. Unos niños les preceden con linternas).*

EL CORIFEYO.-*(Llevando a los coreutas.)* Adelante, paso firme. ¿Te retrasas, Comias? Por Zeus, antes no eras así; al contrario, eras más duro que una correa de perro: ahora Carínades te gana a andar. ¡Oh Estrimodoro de Contilo, el mejor de los jueces! ¡Están ahí por casualidad Evergides y Cábés de Filios? Aquí tenéis cuanto queda de aquella juventud que florecía cuando tú y yo hacíamos centinela en Bizancio: entonces, en nuestras correrías nocturnas, le robamos su artesa a aquella panadera: la hicimos astillas, y cocimos unas verdolagas. Pero apresurémonos, amigos: hoy es el juicio de Laques<sup>23</sup>; todos dicen que tiene su colmena llena de dinero. Por eso Cleón,

<sup>22</sup> Ciudad de Tracia, que por influencia de Brasidas se rebeló contra Atenas.

<sup>23</sup> General ateniense que mandó la escuadra enviada a Sicilia en auxilio de los Leontinos.

nuestro patrono, nos mandó ayer que acudiéramos temprano, provistos para tres días de terrible cólera contra él, a fin de vengarnos de sus injurias. Ea, aprisa, compañeros, antes de que amanezca. Marchemos mirando a todas partes con ayuda de las linternas, no caigamos por falta de precaución en algún lazo.

UN NIÑO.- (Que lleva una linterna para iluminar la marcha de los viejos.) Padre, padre, cuidado con esa charca.

EL CORIFEEO.- Coge esa pajita del suelo y despabila la mecha.

EL NIÑO.- No; ya la despabilo con el dedo.

EL CORIFEEO.- Niño, ¿no ves que con el dedo vas a alargar la mecha, ahora que anda tan escaso el aceite? Bien se ve que no eres tú quien lo compra.

NIÑO.- Por Zeus, si continuáis amonestándonos así, apagamos las linternas y nos vamos a casa. Entonces os quedaréis a Oscuras y andaréis removiendo barro, como si fueseis patos.

EL CORIFEEO.- Yo castigo a otros mayores. Pero me parece que voy pisando barro. Mucho será que, a lo más, dentro de cuatro días, no llueva copiosamente. ¡Tanto crece el pabilo de mi lámpara! Este suele ser signo de gran lluvia. Además, los frutos tardíos están pidiendo el agua y el soplo del Bóreas. Pero ¿qué le habrá sucedido al colega que vive " en esa casa, que no sale a reunirse con nosotros? A fe que antes no había que sacarle a remolque; él iba delante de nosotros cantando versos de Frínico, pues es aficionado a la música. Pienso, compañeros, que debemos pararnos aquí, y llamarle cantando; quizá la melodía de mi canción le haga salir.

EL CORO.- ¿Por qué no se presenta el viejo delante de su puerta, y ni siquiera nos responde? ¿Habrá perdido los zapatos? ¿Se habrá dado algún golpe en el pie andando a oscuras y tendrá hinchado el tobillo? ¿Tendrá, quizá, algún bubón? Pues era el más acérrimo de nosotros y el único inexorable. Si alguno le suplicaba, le decía, bajando la cabeza: «Cueces un guijarro»<sup>24</sup>. Puede que haya tomado a pecho el habérsenos escurrido con mentiras aquel acusado, proclamándose amigo de los atenienses y primer revelador de lo ocurrido en Samos<sup>25</sup>; quizá esto le tenga con fiebre, porque el hombre es así. Vamos, amigo mío, levántate, no te dejes acoquinar por las adversidades. Hoy va a ser juzgado un hombre opulento de los que entregaron a Tracia. Ven a condenarlo. Anda adelante, muchacho; anda adelante.

---

<sup>24</sup> Es decir: intentas un imposible.

<sup>25</sup> Alusión a un episodio militar contemporáneo.

EL NIÑO.-Padre, si te pido una cosa ¿me la darás?

EL CORO.-¡Claro que sí, hijito mío! ¿Qué cosa buena quieres que te compre? ¿No será un juego de tabas?

EL NIÑO.-No papá; lo que quiero, son higos secos. Es más azucarado.

EL CORO.-Eso no, aunque te ahorques.

EL NIÑO.-Pues no te acompaño más.

EL CORO.-Con mi mezquino sueldo de juez tengo tres personas a quienes comprar pan, leña y carne, ¿y aún me pides tú higos?

EL NIÑO.-Y bien, padre mío; si al arconte se le antoja que no haya hoy tribunal, ¿dónde compraremos la comida? ¿Puedes darme alguna nueva esperanza, o sólo designarme el sagrado camino de Heles?<sup>26</sup>.

EL CORO.-La verdad es que no sé ¡ay! cómo cenaremos.

EL NIÑO.-¿Por qué me pariste, mi pobre madre, si tanto había de costarme sostener mi vida?

EL CORO.-Para darse la pena de sustentarte.

EL NIÑO.-¡Oh bolsillito mío, ya sólo eres un adorno inútil.

EL CORO Y EL NIÑO.-Gimamos a coro.

FILOCLEÓN.-(Asomándose a la ventana.) Hace rato, amigos míos, que os oigo desde esta ventana y deseo responderos; pero no me atrevo a cantar. ¿Qué haré? Estos me tienen cerrado porque quiero ir con vosotros hasta las urnas para ejercer mi severidad. ¡Oh Zeus, truenas con furia y conviérteme de repente en humo, O en Proxénides, o en el hijo de Selo<sup>27</sup>, charlatán infatigable! Compadecido de mi suerte, otórgame esta gracia, Númen poderoso, o si no, redúceme a cenizas con tu ardiente rayo, o arrástrame con tu impetuoso viento a una salmuera ácida e hirviente, O transfórmame en aquella piedra sobre la cual se cuentan los votos.

EL CORO.-Pero ¿quién te secuestra, cerrando la puerta? Puedes decirlo, ya sabes que hablas con amigos.

FILOCLEÓN.-ES mi propio hijo; pero no gritéis: duerme en la parte anterior de la casa; hablad más bajo.

EL CORIFEO.-¿Y qué motivos tiene para obrar así? ¿Qué pretexto?

FILOCLEÓN.-NO quiere que yo vaya al tribunal, queridos amigos, y que pronuncie penas; sólo desea que me dé buena vida y yo renuncio.

EL CORO.-¿Cómo se atreve a tanto ese tunante? Nunca hubiera tenido tal osadía si no- estuviera comprometido en alguna conspiración.

<sup>26</sup> Es decir, el suicidio, arrojándose al mar.

<sup>27</sup> Proxénides y el hijo de Selo (Esquines) eran dos hábiles charlatanes capaces con su locuacidad de salir de los trances más apurados.



EL CORIFEO.-Pero puestas así las cosas tienes que intentar alguna nueva estratagema para bajar aquí sin que te vea tu carcelero.

FILOCLEÓN.-¿Cómo? Inventadlo vosotros; a todo estoy dispuesto; tal es el deseo que me abrasa de recorrer los bancos y de emitir mi voto.

CORO.-¿Hay, di, algún agujero que puedas ensanchar por dentro, para escurrirte por él cubierto de andrajos como el ingenioso Ulises?

FILOCLEÓN.-Todo está obturado y sin el más mínimo agujero por donde pudiera pasar un mosquito.

EL CORIFEO—¿Te acuerdas cuando en la toma de Naxos, estando de servicio, te escapaste clavando en la muralla unos asadores que habías robado?

FILOCLEÓN.-Ya me acuerdo; pero ¿y qué? Ahora no es lo mismo. Entonces era joven y estaba lleno de vigor y energía para robar; además, nadie me custodiaba y podía huir seguramente. Ahora hay apostados en todas las salidas centinelas que me espían: dos de ellos colocados junto a la puerta, me observan, con asadores en las manos, como a un gato que ha robado carne.

EL CORO.-Pues inventa cuanto antes otro medio, que ya llega la aurora, querida abeja.

FILOCLEÓN.-El medio más expeditivo será entonces roer la red. Que Artemis me perdone lo que voy a hacer con este instrumento de caza.

EL CORO.-Eso es obrar como hombre amante de la libertad. Dale duro a las mandíbulas.

FILOCLEÓN.-Ya está roído: pero no gritéis; mucho cuidado, no nos oiga Bdelicleon.

EL CORO.-Nada temas, amigo mío, nada temas; si chista, le obligaré a morderse su propio corazón y a combatir por su existencia, para que entienda que no se conculcan impunemente las leyes de las dos diosas<sup>28</sup> Ata una cuerda a la ventana, sujétate con ella y baja henchido del furor de Diopites<sup>29</sup>.

FILOCLEÓN.-Sí; pero si mis guardianes advierten lo que hago y tiran de la cuerda para llevarme adentro, ¿qué es lo que haréis?

EL CORIFEO.-Te defenderemos con todo el rigor de un corazón tallado en el roble. No te mantendrán encarcelado. Eso es lo que haremos.

---

<sup>28</sup> Deméter y Perséfone. La profanación de sus misterios era una de las acusaciones más frecuentes y graves en Atenas.

<sup>29</sup> Adivino, amigo de Nicias, acusado de robo al erario público, orador furibundo.

FILOCLEÓN.-Haré lo que decís, confiado en vosotros; mas acordaos si alguna desgracia me sucede, de levantarme con vuestras manos y, después de regarme con vuestras lágrimas, sepultadme bajo la cancela del tribunal.

EL CORIFEO.-Nada te sucederá, no temas; vamos, valiente, descuélgate sin miedo invocando a los dioses de la patria.

FILOCLEÓN.-¡Oh! Lico<sup>30</sup>, mi señor, héroe y vecino mío! Tú, como yo, te deleitas con las lágrimas perpetuas y los lamentos de los acusados; por oírlos, sin duda, has elegido ese lugar, siendo el único de los héroes que has querido vivir junto a los desgraciados: ten compasión de mí y salva a este tu vecino fiel. Nunca, te lo juro, nunca mancharé tu verja de madera con ningún excremento como hacen otros.

BDELICLEÓN.- (Interpelando a Sosias desde lo alto del techo.) ¡Eh, tú, alerta!

SOSIAS.-¿Qué ocurre?

BDELICLEÓN.-Oigo una voz aquí cerca. ¿Será todavía el viejo que trata de escurrirse?

SOSIAS.-No, por Zeus; no es eso lo que ocurre es que se está dejando caer a lo largo de una cuerda.

BDELICLEÓN.-¿Qué haces, triple canalla? Pues no lograrás tu intento. (A Sosias.) Date prisa para subir por el otro lado y coge esta rama para darle duro.

FILOCLEÓN.- (A sus amigos.) ¿No me socorréis, Esmicición, Tisíades, Cremón, Ferédipes y cuantos habéis de comparecer en los procesos de este año? ¿Cuándo me auxiliaréis, si no es ahora, antes de que me arrastren allá dentro?

EL CORIFEO.-Decidme: ¿por qué tardamos en remover aquella bilis que hierve furiosa contra todo el que ofende a nuestro enjambre?

EL CORO.-Enderecemos el aguijón vengador. Muchachos, pronto, arrojad vuestro manto; corred, gritad, advertid a Cleón lo que sucede. Decidle que venga y que castigue a ese hombre enemigo de la ciudad y digno del último suplicio, pues se atreve a pedir la supresión de los tribunales.

BDELICLEÓN.-Buenos amigos, cesad en vuestros gritos y oíd lo que ocurre.

EL CORIFEO.-Pondremos el grito en el cielo.

BDELICLEÓN.-Podéis estar seguros de que no lo soltaré EL CORIFEO.-¿NO es esto formidable? ¿No es pura tiranía?

EL CORO.-Yo os invoco, oh República: Teoros, tú el enemigo de los dioses y a todos los charlatanes que nos gobernáis.

---

<sup>30</sup> Los dioses tutelares de Atenas eran Zeus y Apolo, pero Aristófanes supone que lo es Lico, hijo de Pandión, cuya estatua se elevaba junto al paraje donde se pagaba a los jueces el triple óbolo.

XANTIAS.- (A Bdelicleón.) ¡Socorro, Heracles! Están provistos de dardos. ¿No los ves, mi amo?

BDELICLEÓN.- Son los que en el tribunal dieron muerte a Filipo, el discípulo de Gorgias.

EL CORO.- Y los que te atravesarán a tí. Ea, dirijámonos todos contra él; acometámosle con el agujón desenvainado, en buen orden, llenos de ira y de furor, para que conozca al fin a qué enjambre ha irritado.

XANTIAS.- ¡Maldición! Va a haber pelea; tiemblo al ver esos agujones.

EL CORO.- Suelta a nuestro amigo; si no, yo te aseguro que has de envidiar a las tortugas la dureza de su concha.

FILOCLEÓN.- Ea, compañeros, rabiosas avispas, precipitaos unos con furia sobre sus nalgas; picadle otros los ojos y las manos.

BDELICLEÓN.- (Llamando a sus esclavos.) ¡Midas, Frigio, Masintias, acudid! ¡Sujetadle y no le soltéis por nada del mundo; si no, ayunaréis en el cepo! Ya sé yo que casi siempre es más el ruido que las nueces.

EL CORO.- Si no lo sueltas, te clavaré el agujón.

FILOCLEÓN.- Cecrops, mi amo y señor, verdadero dragóntida con cola de serpiente, ¿consentirás que así me traten estos bárbaros, a quienes he enseñado a llevar su quénice con cuatro medidas de lágrimas?

EL CORO.- ¡Qué terribles males afligen a la vejez! Ahora esos dos ingratos sujetan a viva fuerza a su anciano señor, y no se acuerdan de las pieles y pequeñas túnicas que les compró en otro tiempo, ni de las monteras de piel de perro, ni del cuidado que tenía para que en el invierno no se les enfriasen los pies; pero en su impudente mirada no se ve el menor agradecimiento por los viejos zapatos.

FILOCLEÓN.- ¿NO me soltarás, cochina bestia? ¿No te acuerdas de cuando te sorprendí robando uvas y te até a un olivo y te vapuleé hasta el punto de que daba gloria verte? Pero eres un ingrato, suéltame tú; y tú también, antes de que venga mi hijo.

EL CORO.- No tardaréis en pagar vuestro atrevimiento; así comprenderéis, bribones, que os las habéis con hombres justicieros, iracundos, de terrible mirada.

BDELICLEÓN.- Sacúdeles, sacúdeles, Xantias; arroja de casa estas avispas.

XANTIAS.- Eso estoy haciendo; (a Sosias) ahuyéntalas tú también con una densa humareda.

SOSIAS.- ¿No os iréis al infierno? ¡Ah!, ¿no os largáis? Pues palo con ellos.

BDELICLEÓN.- Para acabar de ahumarlos echad a Esquines, hijo de Selarcio.

XANTIAS-(Viendo que el Coro cede resistencia.) Estaba seguro de que en fin de cuentas llegaríamos a ponerlos en derrota.

BDELICLEÓN.-No lo hubiéramos conseguido tan fácilmente si hubiesen comido versos de Filocles<sup>31</sup>.

EL CORO.-¿No está claro como la luz para todos los pobres que la tiranía se ha introducido aprovechándose de nuestro descuido? Y tú, perverso y arrogante secuaz de Aminias, nos arrebatas las leyes que rigen la ciudad y, como dueño absoluto, ni siquiera disculpas tu usurpación con un pretexto o con una elegante arenga.

BDELICLEÓN.-¿No podríamos, sin golpes ni alharacas, conferenciar como buenos amigos y hacer las paces?

EL CORIFEO.-¿Conferenciar contigo, enemigo del pueblo, empedernido monárquico, amigo de Brásidas<sup>32</sup>, que llevas franjas de la lana y cuyos largos bigotes no conocen las tijeras?

BDELICLEÓN. Positivamente, más me valdría abandonar a mi padre que sufrir todos los días semejantes borrascas.

EL CORIFEO.-Pues aún no está el perejil en la calle<sup>33</sup>, como dice el proverbio. Hasta ahora no tienes de qué quejarte; pero ya verás, ya verás, cuando el acusador publico te eche en cara todos esos crímenes y emplace a tus conjurados<sup>34</sup>.

BDELICLEÓN.-Pero, ¿no os iréis, por todos los dioses? Mirad que si no, estoy resuelto a moleros a palos sin descanso.

EL CORO.-No, jamás, mientras me quede un soplo de vida. Bien claro veo tus aspiraciones a la tiranía.

BDELICLEÓN.-Es fuerte cosa que, sea grande o pequeño el motivo, a todo lo hemos de llamar tiranía y conspiración. Durante cincuenta años, ni una sola vez oí ese dichoso nombre de tiranía; pero ahora es más común que el del pescado salado, y en el mercado no se oye otra cosa. Si uno compra orfos y no quiere membradas, el que vende estos peces en el puesto inmediato grita al momento: «Ese hombre quiere regalarse como durante la tiranía.» Si otro pide puerros para sazonar las anchoas, la verdulera, mirándote de soslayo, le dice: «Puerros, ¿eh? ¿Quieres restablecer la tiranía? ¿O piensas que Atenas te ha de pagar los condimentos?»

---

<sup>31</sup> poeta trágico, cuyos versos eran muy duros.

<sup>32</sup> General lacedemonio.

<sup>33</sup> Expresión proverbial que significa no haber empezado a sufrir aún los peores inconvenientes.

<sup>34</sup> Las acusaciones de aspirar a la restauración de la tiranía eran frecuentes en Atenas.

XANTIAS.-Sin ir más lejos, yo entré ayer al mediodía en casa de una cortesana, y porque la propuse ciertos ejercicios hípicas, me preguntó furiosa si quería restablecer la tiranía de Hipias.

BDELICLEÓN.-Eso le agrada al pueblo, y a mí, porque quiero que mi padre cambie de costumbres y dejándose de delaciones y pleitos y miserias, no salga de casa al amanecer y viva espléndidamente como Morsicos<sup>35</sup>, me acusan de conjuración y tiranía.

FILOCLEÓN.-Y te está muy bien empleado, pues ni por todas las delicias del mundo dejaría yo este género de vida de que pretendes apartarme. A mi no me gustan las rayas ni las anguilas; un pleito pequeñito cocido en su correspondiente tartera lo encuentro mucho más sabroso.

BDELICLEÓN.-Claro está, como que te has acostumbrado a ello; pero si puedes callar y escuchar con paciencia lo que te digo, creo que te demostraré cuán engañado estás.

FILOCLEÓN.-¿Que yo me engaño cuando juzgo?

BDELICLEÓN.-¿Pero no estás viendo cómo se burlan de ti esos hombres<sup>36</sup> a quienes rindes culto y adoración? ¿Que no eres más que su esclavo?

FILOCLEÓN.-¡Esclavo yo! Yo, que mando a todo el mundo.

BDELICLEÓN.-No lo creas; te haces la ilusión de que mandas, y eres un esclavo; y si no, dime, padre: ¿qué provechos obtienes de las recaudaciones que le procuras a Grecia?

FILOCLEÓN.-Muchos provechos; apelo al testimonio de esos amigos.

BDELICLEÓN.-Acepto el arbitraje; (a los esclavos) soltadle. ya.

FILOCLEÓN. Dadme una espada. Si tus argumentos me vencen, me atravesaré con ella.

BDELICLEÓN. -Y si no, ¿te conformas con la sentencia de esos árbitros?

FILOCLEÓN.-Jamás volveré a beber vino en honor del Buen Genio.

EL CORO.-Ahora, tú que formas parte de nuestra escuela, es preciso que encuentres nuevas razones, a fin de...

BDELICLEÓN.-Traedme aquí cuanto antes unas tablillas pues quiero anotar fielmente todo lo que va a decir, para tenerlo bien presente.

EL CORO.-Y no adoptes el estilo de ese joven. Ya ves la inmensa importancia que tiene para tí este debate; es decisivo y tu adversario está resuelto a batirte, aunque esperamos que no lo conseguirá.

FILOCLEÓN.-¿Y qué sucederá si sale él vencedor en esta controversia?

---

<sup>35</sup> Poeta trágico y gran gastrónomo

<sup>36</sup> Por los demagogos y los oradores

EL CORO.-La turba de los viejos no servirá para nada. En todas las calles se burlarán de nosotros, llamándonos talóforos<sup>37</sup> y mondaduras de pleitos. Tú, que vas a defender nuestra soberanía, despliega, pues, atrevidamente, todos los recursos de tu lengua.

FILOCLEÓN.-Empezaré por probar desde las primeras palabras que nuestro poder no es menor que el de los reyes más poderosos. Pues ¿quién más afortunado, quién más feliz que un juez? ¿Hay vida más deliciosa que la suya? ¿Existe algún animal más temible, sobre todo si es viejo? Para cuando salto del lecho, ya me están esperando unos hombres de cuatro codos que me escoltan hasta el tribunal; apenas me presento, una mano delicada, que fué esquilmadora del erario, estrecha blandamente la mía; los acusados abrazan suplicantes mis rodillas, y me dicen con lastimera voz: «Ten compasión de mí, padre mío; te lo pido por los hurtos que hayas podido cometer en el ejercicio de alguna magistratura o en el aprovisionamiento del ejército.» Pues bien, éste a quien me refiero, no sabría siquiera si yo existía si no le hubiera absuelto la primera vez.

BDELICLEÓN.-Tomo nota de lo que dices sobre los suplicantes.

FILOCLEÓN.-Entro después, abrumado de súplicas, y, calmada mi cólera, suelo hacer en el tribunal todo lo contrario de lo que había prometido; pero escucho a una muchedumbre de acusados que en todos los tonos piden la absolución. ¡Oh! ¡Cuántas palabras de miel pueden oír allí los jueces! Unos lamentan su pobreza, y añaden males fingidos a los verdaderos hasta lograr que sus desgracias iguallen a las nuestras; otros recitan fábulas; éstos nos refieren alguna gracia de Esopo; aquéllos dicen un chiste para hacerme reír y desarmar mi ira. Cuando tales recursos no nos vencen, se presentan de pronto trayendo sus hijos e hijas de la mano; yo presto atención; ellos, desgredado el cabello, prorrumpen en berridos; el padre, temblando, me suplica como a un dios que le absuelva, siquiera por ellos. «Si te es grata la voz de los corderos, dice, compadécete de la de mi hijo.» «Si te gusta más la de las cerditas procura conmoverte con la de mi hija.» Entonces disminuimos un poco nuestro furor. ¿No es esto, decidme, un gran poder que nos permite despreciar las riquezas?

BDELICLEÓN.-Nota segunda: el desprecio de las riquezas. Dime ahora cuáles son esas ventajas por las cuales te crees señor de Grecia.

FILOCLEÓN.-También cuando se examina la edad de los niños tenemos el privilegio de verlos desnudos. Si Eagro<sup>38</sup> es citado a juicio, no consigue salir absuelto hasta después de habernos recitado el más hermoso

---

<sup>37</sup> Ancianos que llevaban ramas de olivo en las grandes Panateneas, y también los que sólo servían para esta función.

<sup>38</sup> Célebre actor trágico.

trozo de la Niobe<sup>39</sup>. Si gana un flautista el pleito, en pago de la sentencia se pone delante de la boca la correa<sup>40</sup>, y nos toca al salir el tribunal una marcha primorosa. Cuando muere un padre disponiendo con quién ha de casarse su hija y única heredera, nosotros hacemos caso omiso del testamento y de la conchita<sup>41</sup> que con tanta gravedad cubre sus sellos, y entregamos la hija a quien ha sabido ganarnos con sus súplicas. Y todo esto sin la menor responsabilidad. Cítame otro cargo que tenga este privilegio.

BDELICLEÓN.-Te felicito por ese privilegio, que hasta ahora es el único; pero eso de anular el testamento de la única heredera me parece injusto.

FILOCLEÓN.-Además, cuando el Consejo y la Asamblea del pueblo no saben qué decir sobre algún grave asunto, dan un decreto para que los acusados comparezcan ante los jueces. Entonces Evatlo<sup>42</sup> y el ilustre Sleónimo, grande adulator y arrojador de escudos, juran no abandonarnos nunca y combatir por la muchedumbre. Y dime, ante el pueblo, ¿ha podido nunca orador alguno hacer prevalecer su opinión si no ha dicho antes que los jueces deben retirarse en cuanto hayan sentenciado un solo pleito? El mismo Cleón, que todo lo avasalla con sus alaridos, no se atreve a mordernos; al contrario, vela por nosotros, nos acaricia y nos espanta las moscas. ¿Has hecho tú eso ni una vez siquiera por tu padre? Pues, hijo mío, Teoro, el mismo Teoro, aunque no vale menos que el ilustre Eufemio<sup>43</sup>, coge una esponja del barreño y nos limpia los zapatos. Considera, pues, de qué bienes quieres excluirme y despojarme; mira si esto es servidumbre y esclavitud, como decías.

BDELICLEÓN.-Desahógate a gusto; día llegará en que conozcas que esa tu decantada autoridad se parece a un trasero sucio.

FILOCLEÓN.-Pero se me olvidaba lo más delicioso: cuando entro en casa con el salario, todos corren a abrazarme, atraídos por el olorillo del dinero; en seguida mi hija me lava, me perfuma los pies y se inclina sobre mí para besarme; me llama «papá querido» y me pesca con la lengua la moneda de tres óbolos que llevo en la boca. Después mi mujercita, toda mimos y halagos, me presenta una tarta riquísima, se sienta a mi lado y me dice

---

<sup>39</sup> Tragedia de Esquilo en que Eagro hacía el papel principal. <sup>40</sup> Costumbres de los flautistas.

<sup>40</sup> Costumbres de los flautistas.

<sup>41</sup> Se cubría el sello con la valva de un molusco para conservarlo mejor

<sup>42</sup> Orador de mala reputación.

<sup>43</sup> Vil adulator.

cariñosa: «Come esto, prueba esto otro.» Lo cual me deleita infinito y me libra de miraros a la cara a tí ni al mayordomo, para ver cuándo os dignaréis servirme la comida, gruñendo y maldiciéndome. Mas para cuando mi mujer no me trae pronto la torta, tengo este quitapesares<sup>44</sup>, muralla en que se estrellan todos los dardos. Por si no me das de beber, he traído este soberbio porrón con dos asas a modo de orejas de asno. ¡Cómo rebuzna cuando, inclinándome hacia atrás, apuro su contenido! Sus terribles cloqueos ahogan el ruido de tus odres. Mi poder es por lo menos igual, igual al del padre de los dioses, pues hablan de mí como del propio Zeus. Cuando nos alborotamos suelen decir todos los transeúntes: «Zeus soberano, cómo truena el tribunal.» Y cuando lanzo el rayo de mi indignación, ¡oh! entonces es de ver cómo me halagan todos y cómo el terror descompone el vientre a los más ricos y soberbios. Tú mismo me temes más que ningún otro; sí, por Deméter, me tienes mucho miedo. Yo en cambio, que me muera si tengo miedo de ti.

EL CORO.-Nunca habíamos oído hablar con tanta claridad e inteligencia.

FILOCLEÓN.-Sin duda; esperaba poder vendimiar una viña abandonada; pero ignoraba que en ese terreno soy un maestro.

EL CORO.-¡Qué bien lo ha dicho todo! ¡De nada se ha olvidado! Me enorgullecía al oírle. Ya pensaba estar administrando justicia en las Islas Afortunadas. ¡Tal es el en. canto de su elocuencia!

FILOCLEÓN.-¡Ved ahora como gesticula! ¡Ya no cabe en el pellejo! Infeliz, palabra de honor que hoy te haré trabar conocimiento con el látigo.

EL CORO.-Si quieres salir vencedor, preciso es que emplees todos tus ardidés. Difícil es templar mi cólera, sobre todo hablando en contra mía.

EL CORIFEÓ.-Por tanto, si nada bueno tienes que decir, ya puedes buscar una muela buena y recién cortada para quebrantar nuestra ira.

BDELICLEÓN.-Ardua, atrevida y superior a las fuerzas de un poeta cómico es ciertamente la empresa de desarraigar de la ciudad un vicio tan inveterado. Sin embargo, oh padre mío, hijo de Cronos...<sup>45</sup>

FILOCLEÓN.-Detente y nada de padre. Porque si sobre la marcha no me manifiestas que soy un esclavo, no habrá para ti medio de librarte de la muerte, aunque me vea privado de participar de los festines en los sacrificios<sup>46</sup>.

BDELICLEÓN.-Escucha, pues, querido padre, y desarruga un poco tu entrecejo. Empieza por calcular no con piedrecillas, sino con los dedos (la

---

<sup>44</sup> Es decir, su salario

<sup>45</sup> Cronos, nombre griego de Saturno. Personificación del tiempo.

<sup>46</sup> Pena aneja a la que se imponía por el delito de homicidio.



cuenta no es difícil), cuál es el total de los tributos que nos pagan las ciudades aliadas; a ellos agrega los impuestos personales, los céntimos, las rentas, los derechos de los puertos y mercados y el producto de los salarios y confiscaciones. En junto sumarán unos dos mil talentos. Cuenta ahora el sueldo anual de los jueces, que son unos seis mil y hallarás que asciende, si no me equivoco, a ciento cincuenta talentos.

FILOCLEÓN.-De modo que nuestro sueldo no llega a la décima parte de las rentas.

BDELICLEÓN.-Ciertamente que no llega.

FILOCLEÓN.- ¿Y a dónde va a parar entonces el resto del dinero?

BDELICLEÓN.-A los que gritan: "Nunca haremos traición al pueblo ateniense; siempre combatiremos por la democracia." Tú, padre mío, engañado por sus palabras, dejas que te dominen. Ellos, en tanto, arrancan a los aliados los talentos por cincuentenas, aterrándoles con estas amenazas: «O me pagáis tributo o no dejo piedra sobre piedra en vuestra ciudad.» Y tú te contentas con roer los zancajos que les sobran. A los aliados, en tanto, viendo que la multitud ateniense vive miserablemente de su salario de juez, les importa tanto de tí como del voto de Comio; mas a ellos les traen a porfía orzas de conservas, vino, tapices, queso, miel, sésamo, cojines, frascos, túnicas preciosas, coronas, collares, copas; en fin, cuanto contribuye a la salud y a la riqueza; y a ti, que mandas en ellos, después de tus infinitos trabajos en mar y tierra, ni siquiera te dan una cabeza de ajos para guisar pececillos.

FILOCLEÓN.-Efectivamente, eso es muy cierto, yo mismo he tenido que enviar a casa de Eucárides<sup>47</sup> a por tres cabezas. Pero me consumes no probándome esa pretendida esclavitud.

BDELICLEÓN.-¿No es esclavitud, y grande, el ver a to-' dos esos bribones y a sus aduladores ejerciendo las principales magistraturas y cobrando sueldos soberbios? ¡Tú, con tal que te den los tres Óbolos, ya estás tan contento! ¡Tú, que, has ganado para ellos todos esos bienes, peleando por mar y tierra y sitiando ciudades! Pero lo que más me irrita es que te obliguen a asistir al tribunal de orden ajena, cuando un jovenzuelo disoluto, el hijo de Quéreas, por ejemplo, ese que anda con las piernas separadas y aire afeminado y lascivo, entra en casa y te manda que vayas a juzgar muy temprano y a la hora fijada, porque todo el que se presente después de la señal no cobrará el trióbolo. El, en cambio, aunque llegue tarde, cobra un dracma como abogado público<sup>48</sup>. Después, si un acusado le da algo, hace

<sup>47</sup> Músico que se había arruinado con sus prodigalidades.

<sup>48</sup> Estos «Abogados públicos» recibían un dracma diario cuando estaban encargados de alguna defensa. Constituían una especie de magistratura anual, compuesta de diez ciudadanos elegidos a suerte.

partícipe de ello a su colega, y ambos procuran arreglar como puedan el negocio. Entonces es de ver cómo, a modo de aserradores de leña, uno lo suelta y otro lo toma; y cómo tú te estás con la boca abierta y con los ojos fijos en el pagador público, sin notar sus manejos.

FILOCLEÓN.-¡Eso hacen conmigo! ¿Pero qué dices? Me destrozas el corazón. Ya no sé ni lo que pienso ni lo que digo.

BDELICLEÓN.-Considera, pues, que tú y todos tus colegas podíais enriqueceros sin dificultad, si no os dejaseis arrastrar por esos aduladores que están siempre alardeando de amor al pueblo. Tú, que imperas sobre mil ciudades desde la Cerdeña al Ponto, sólo disfrutas del miserable sueldo que te dan, y aún eso te lo pagan poco a poco, gota a gota, como aceite que se exprime de un vellón de lana; en fin, lo preciso para que no te mueras de hambre. Quieren que seas pobre, y te diré la razón: para que, reconociéndoles por tus bienhechores estés dispuesto, a la menor instigación, a lanzarte como un perro furioso sobre cualquiera de sus enemigos. Como quieran, nada les será más fácil que alimentar al pueblo. ¿No tenemos mil ciudades tributarias? Pues impóngase a cada una la carga de mantener veinte hombres y veinte mil ciudadanos<sup>49</sup> vivirán deliciosamente, comiendo carne de liebre, llenos de toda clase de coronas, bebiendo la leche más pura, gozando, en una palabra, de todas las ventajas a que les dan derecho nuestra patria y el triunfo de Maratón. En vez de eso, como si fuerais jornaleros ocupados en recoger la aceituna, le vais pisando los talones al que lleva la paga.

FILOCLEÓN.-¡Ay! Súbito hielo entorpece mi mano; no puedo sostener la espada; me siento desfallecer.

BDELICLEÓN.-Esos intrigantes, cuando cobran miedo, os dan la Eubea y prometen distribuir cincuenta celemines de trigo; nunca te han dado, bien lo sabes, más de cinco celemines, y éstos con mil molestias, midiéndolos uno por uno y exigiéndote, previa justificación, de no ser extranjero. Ahí tienes por qué te tengo encerrado siempre, con el deseo de ser yo mismo el que te mantenga y librate de insolentes burlas. Resuelto estoy a darte todo cuanto quieras, salvo a beber leche de alguacil.

EL CORIFEEO.-¡Cuán sabio era el que dijo!: "No juzgues sin haber oído a ambas partes." (A Bdelicleón). Ahora me parece que tú tienes sobrada razón. Mi cólera se calma, y dejo caer este palo.

EL PRIMER SEMICORO.-(A Filocleón.) Cede, cede a sus consejos, colega y contemporáneo nuestro; no seas obstinado ni hagas alarde de tenacidad inflexible. ¡Ojalá tuviera yo un pariente o amigo que así me aconsejase! Hoy, que se te aparece un dios para socorrerte y colmarto de favores, recíbelos propicio.

---

<sup>49</sup> El censo de Atenas, sin incluir a los habitantes extranjeros.

BDELICLEÓN.-Sí, yo le mantendré y le daré cuanto un anciano puede desear: sabrosas papillas, blancas túnicas, un fino manto y una cortesana que le frote los riñones y el sexo. Pero se calla, con la lengua helada. Mala espina me da.

EL SEGUNDO SEMICORO.-Es que recobra la razón en el mismo punto en que la había perdido; reconoce su culpa, y se arrepiente de haber desoído tanto tiempo tus exhortaciones. Quizá ahora, más cuerdo, se propone mudar de costumbres y obedecerte en todo.

FILOCLEÓN.-¡Ay de mí!

BDELICLEÓN.-¿Por qué esa exclamación?

FILOCLEÓN.-Déjate de promesas; lo que yo quisiera es estar allí, sentarme allí donde el uger grita: «El que no haya emitido todavía su voto, que se levante.» ¡Ah!, ¿por qué no me he de encontrar junto a las urnas y depositar en ellas el último mi voto? ¡Apresúrate, alma mía! Alma mía, ¿dónde estás? Tinieblas, abridme paso. ¡Oh!, te juro, por Heracles, que mi más vehemente deseo es sentarme hoy entre los jueces y atrapar a Cleón con las manos en la masa.

BDELICLEÓN.-En nombre de los dioses, padre mío, escúchame.

FILOCLEÓN.-¿Escucharte qué? Pídeme a tu vez cuanto quieras, menos una cosa.

BDELICLEÓN.-¿Qué cosa, di, di?

FILOCLEÓN.-El que no siga juzgando; antes de consentirlo, Hades me llevará.

BDELICLEÓN.-Entendido; ya que tanto te gusta administrar justicia, adminístrala aquí y ejerce tu magistratura entre el personal de la casa. No necesitas molestarte en ir al tribunal.

FILOCLEÓN.-¿Justicia aquí? ¿Y sobre qué? ¿Me crees idiota?

BDELICLEÓN.-En casa puedes hacer lo mismo que allí: si la criada abre clandestinamente la puerta, la condenas a una simple multa; es decir, exactamente igual que en el tribunal. Todo lo demás se hará también como allí, se acostumbra: cuando caliente el sol, juzgarás desde la mañana sentado al sol; y cuando nieve o llueva, sentado ante el hogar; así, aunque te levantes al mediodía ningún tesmoteta<sup>50</sup> te prohibirá la entrada en el tribunal.

FILOCLEÓN.-Eso me agrada.

BDELICLEÓN.-Además, si un orador se lanza a discursar interminablemente no tendrás que esperar rabiando de hambre a que concluya, con gran tormento tuyo y del acusado que teme tu furor.

FILOCLEÓN.-Pero si como, ¿podré igual que antes juzgar con conocimiento de causa?

---

<sup>50</sup> De los nueve arcontes, seis se llamaban tesmotetas, y presidían los tribunales de justicia.

BDELICLEÓN.-Mejor que en ayunas. ¿No has oído decir a todo el mundo que cuando los testigos mienten, los jueces sólo pueden comprender el asunto a fuerza de rumiarlo?

FILOCLEÓN.-Me has convencido. Pero aún no me has dicho quién me pagará los honorarios.

BDELICLEÓN.-Yo.

FILOCLEÓN.-Bueno, así recibiré yo sólo mi paga y no en compañía de otro, porque hace poco ese bufón de Lisítrato me jugó la peor pasada que puede imaginarse. Había recibido un dracma para los dos y fuimos a la pescadería, donde lo cambió en calderilla<sup>51</sup>; luego en vez de darme mi parte, me puso en la mano tres escamas; yo creyendo que eran tres Óbolos, las escondí en la boca; pero ofendido por el olor las arrojé enseguida y le cité a juicio.

BDELICLEÓN.-¿Y qué dijo para defenderse?

FILOCLEÓN.-Pues dijo que yo tenía estómago de gallo. "Digieres fácilmente el dinero", repetía, riéndose.

BDELICLEÓN.-¿Ves cuanto vas ganando hasta en eso?

FILOCLEÓN.-No poco, es verdad. Me declaro conforme: hágase tu voluntad. (Entrando.)

BDELICLEÓN.-Espera un momento; en seguida vuelvo aquí con todo lo necesario.

FILOCLEÓN.- (Monologando.) ¡Mirad cómo se cumplen las predicciones! Yo había oído decir, en efecto, que un día los atenienses administrarían justicia en su propia casa y construirían en el vestíbulo un pequeño tribunal, como esas estatuillas de Hécate que se colocan delante de las puertas.

BDELICLEÓN.- (Volviendo.) Héme aquí; ¿qué más quieres? Te traigo, como ves, todo lo que te he prometido y aún algo más. Aquí tienes un bacín para cuando te entren ganas de orinar. Te lo suspenderán de un clavo y al alcance de la mano.

FILOCLEÓN.-¡Feliz ocurrencia! ¡Excelente remedio para preservar a un viejo de la retención de orina!

BDELICLEÓN.-Aquí traigo además un hornillo encendido con una escudilla llena de lentejas, por si se te ocurre comer.

FILOCLEÓN.-Muy bien, muy bien; de modo que cobraré mi salario, aunque tenga calentura, y podré comer lentejas sin moverme de aquí. Mas, ¿para qué me traes ese gallo?

BDELICLEÓN.-Para que si te duermes durante la vista de una causa, te despierte cantando encima de ti.

FILOCLEÓN.-Todo está perfecto; sólo echo de menos una cosa.

---

<sup>51</sup> Como el drama valía seis óbolos, solía darse uno para cada dos jueces.

BDELICLEÓN.-¿Cuál?

FILOCLEÓN.-La capilla de Lico. Quisiera que me la pudieran traer.

BDELICLEÓN.-(Enseñándole un cuadro.) Aquí la tienes delante de los ojos y con el Señor en persona.

FILOCLEÓN.-¡Oh, Dueño y Señor, no alegras mucho la vista!

BDELICLEÓN.-Presenta exactamente el mismo aspecto que Cleónimo.

FILOCLEÓN.-En efecto, tampoco lleva armas.

BDELICLEÓN.-Si te das prisa en actuar, someteré en seguida a tu decisión una causa.

FILOCLEÓN.-Puedes avisar; ya hace un siglo que estoy actuando.

BDELICLEÓN.-Veamos: ¿por qué causa empezaremos? ¿Qué delito se ha cometido en casa? ¡Ah! Tratta, la esclava, dejó quemar hace poco el puchero...

FILOCLEÓN.-¡Eh!, detente; me has puesto al borde del abismo. ¿Cómo pretendes que actúe el tribunal sin balaustrada, que es precisamente el instrumento principal de nuestras funciones?

BDELICLEÓN.-Es verdad, por Zeus. No hay.

FILOCLEÓN.-(Entrando en la casa.) Voy corriendo yo mismo a buscar una.

BDELICLEÓN.-¡Qué enojoso, de todos modos! ¡Es terrible la nostalgia)

UN SERVIDOR.-(Saliendo de la casa.) ¡Maldito animal! ¿Es posible que demos de comer a semejante perro?

BDELICLEÓN.-¿Se puede saber lo que ocurre?

EL SERVIDOR.-Nada. que Lábes, tu perro, se ha metido en la cocina, ha robado un magnífico queso de Sicilia, y se lo ha engullido.

BDELICLEÓN.-Ya tenemos la primera causa en que ha de entender mi padre. Comparece tú como acusador.

EL SERVIDOR.-Yo, no, por vida mía; que sea el otro perro el que mantenga la acusación, si se instruye el proceso.

BDELICLEÓN.-Bueno; tráetelos a los dos.

EL SERVIDOR.-(Entrando.) Al momento.

BDELICLEÓN.- (A su padre que vuelve.) ¿Qué traes ahí?

FILOCLEÓN. La valla donde encerramos a los cerdos que cebamos para Hestia.

BDELICLEÓN.-Pero eso representa un robo sacrílego.

FILOCLEÓN.-No; puesto que será a Hestia la primera a quien sirva cuando destripe a la clientela; pero empieza pronto a traer esa causa. Ya veo la pena que será preciso imponer.

BDELICLEÓN. Deja que te traiga las tablillas y la documentación (entra).

FILOCLEÓN.-¡Me mueles y me asesinas con tus dilaciones! Lo mismo me daría escribir en la arena. BDELICLEÓN.-(Volviendo.) Toma.

FILOCLEÓN.-Cita ya, pues.

BDELICLEÓN.-De acuerdo. Veamos quién viene a la cabeza de la lista.

FILOCLEÓN.-Pero ¡qué contratiempo! ¿Pues no me he olvidado de traer las urnas?

BDELICLEÓN.-¡Eh!, tú, ¿adónde vas?

FILOCLEÓN.-A por las urnas.

BDELICLEÓN.-No es menester; ahí tengo esos cubos. FILOCLEÓN.-Muy bien; así ya tenemos a nuestra disposición todo lo necesario. ¡Pero no! Aún nos falta la clepsidra.

BDELICLEÓN.-(Enseñándole el bacín.) ¿Y ésto qué es? Una clepsidra, si no me equivoco.

FILOCLEÓN.-Veo que te las arreglas perfectamente para procurártelo todo con lo que aquí hay.

BDELICLEÓN.-Pronto, traed fuego, mirtos e incienso para que empecemos por invocar a los dioses.

EL CORIFEÓ.-Durante vuestras libaciones uniremos nuestros votos a los vuestros, congratulándonos de que una reconciliación tan generosa haya seguido a vuestras disputas y querellas. Y ahora, antes de empezar, recojámonos.

EL CORO.-¡Oh Febo Apolo Pitio! Haz que lo que va a resolverse delante de esa puerta sea para bien de todos nosotros, libres ya de nuestros errores. ¡Oh Pean!

BDELICLEÓN.-¡Oh mi Dueño y Señor Apolo Agieo, que velas ante el vestíbulo de mi casa! Acepta este nuevo sacrificio que te ofrezco para que te dignes suavizar el humor áspero e intratable de mi padre. ¡Oh rey!, endulza con algunas gotas de miel su avinagrado corazón; que sea en adelante clemente con los hombres; más compasivo con los reos que con los acusadores; sensible a las súplicas, y que arranque las ortigas de su vía, corrigiendo su malhumor.

EL CORO.-Nosotros unimos nuestras preces a las tuyas en favor del nuevo magistrado. Pues te queremos, Bdelicleón, desde que nos has dado a conocer que amas al pueblo como ningún otro joven.

BDELICLEÓN.-Si hay algún juez fuera, que entre, pues en cuanto comience la vista no se dejará entrar a nadie.

FILOCLEÓN.-¿Quién es el acusado?

BDELICLEÓN.-Aquí está.

FILOCLEÓN.-¡Y que le espera una bonita sentencia!  
BDELICLEÓN.- (Como acusador.) Oíd el acta de acusación<sup>52</sup>. La formula un perro, nativo de Cidatenea, contra Lábes, de Exona, al que acusa de haberse comido él solo, contra toda razón y derecho, un queso de Sicilia. La pena que se solicita es un cepo de higuera.

FILOCLEÓN.-Una vez que se le haya reconocido culpable, debe morir, más bien, como un perro.

BDELICLEÓN.-He aquí al susodicho Lábes en el banco de los acusados.

FILOCLEÓN.-¡Ah, maldito! ¡Qué traza de ladrón tienes! ¿Si creará que me va a engañar apretando los dientes? Pero ¿dónde está el querellante, el susodicho perro de Cidatenea?

EL PERRO.-¡Guau! ¡Guau!

BDELICLEÓN.-Aquí está.

FILOCLEÓN.-Ese es otro Lábes.

BDELICLEÓN.-Por lo mucho que ladra, desde luego.

FILOCLEÓN.-Y por lo bien que lame el fondo de las ollas.

BDELICLEÓN.-Silencio, sentaos; (al perro) subíos a ese banco y comenzad la acusación.

FILOCLEÓN.-Permitidme ahora que me sirva esto para absolverlo.

EL PERRO.-Ya habéis oído, señores jurados, el escrito de acusación que he presentado contra Lábes: ha cometido contra mí y contra toda la "flota" la más indigna felonía; se metió en un rincón oscuro, robó un enorme queso de Sicilia, y atracándose en las tinieblas...

FILOCLEÓN.-Basta, basta; el hecho está probado: el gran canalla acaba de soltar junto a mis narices un eructo que apesta a queso.

EL PERRO.-... se negó a darme parte. ¿Qué servicios podrá prestaros quien se niega a darme a mí, que también soy perro, la menor cosa?

FILOCLEÓN.-¿No te ha dado nada? Tampoco a mí me ha dado ni el más pequeño trozo. Te veo tan "cocido" como mis lentejas.

BDELICLEÓN.-Por los dioses, padre, no condenes por anticipado, antes al menos de haber oído a las dos partes.

FILOCLEÓN.-Pero, querido, si la cosa está clara; si está clamando justicia.

EL PERRO.-Sobre todo no le absolváis; es el más egoísta y voraz de los perros; recorre en un instante todo el molde de un queso, y se engulle

---

<sup>52</sup> En toda esta escena Aristófanes satiriza las fórmulas forenses.

hasta la costra como otros le dan la vuelta a una isla para esquilmar a todas sus ciudades<sup>53</sup>.

FILOCLEÓN.-Ni siquiera me ha dejado con qué cerrar las grietas de mi urna.

EL PERRO.-Es preciso que le castigáis. Un solo árbol no puede mantener dos urracas. Es insuficiente. Espero no haber ladrado en vano y en el vacío... porque en este caso ya no ladraré nunca más.

FILOCLEÓN.-¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas maldades! Ese individuo es la encarnación misma del robo. ¿No te parece lo mismo, gallo mío? ¡Ah!, sí, se adhiere a mi opinión. ¡Eh, Tesmoteta! ¿Dónde estás? Pásame el bacín.

BDELICLEÓN.-Descuélgalo tú mismo, que yo estoy llamando a los testigos. Testigos de Lábes, compareced: son un plato, una mano de mortero, un cuchillo, unas parrillas, una olla y otros utensilios medio quemados. ¿Acabaste de hacer aguas y no vas a sentarte nunca?

FILOCLEÓN.- (Designando al acusado.) Tengo idea de que ese individuo va a hacerlas mayores.

BDELICLEÓN.-¿Cuándo acabarás de mostrarte cruel con los acusados y de enseñarles los dientes? (Al acusado.) Sube y defiéndete. ¿Por qué callas? Habla.

FILOCLEÓN.-Parece que no tiene nada que alegar.

BDELICLEÓN.-Sí; pero me figuro que le pasa lo que a Tucídides cuando, en cierta ocasión, la sorpresa le cerró la boca. (Al perro.) Retírate: yo me encargo de tu defensa. Ya comprenderéis, ¡oh jueces!, lo comprometido que es defender a un perro acusado de crimen tan atroz. Hablaré, no obstante. En primer lugar es valiente y ahuyenta los lobos.

FILOCLEÓN.-¿De qué sirve eso, si devora los quesos?

BDELICLEÓN.-¿De qué? Se bate por defenderte, está de centinela en tu puerta y manifiesta, además, otras cualidades excelentes... Si cometió algún hurto, hay que perdonárselo. Evidentemente no sabe tocar la lira.

FILOCLEÓN.-¡Ojalá tampoco supiera escribir! Así no hubiera redactado esa defensa de pillastre.

BDELICLEÓN.-Escucha a nuestros testigos, delante de hombre. Acércate, buen cuchillo, y declara en voz alta. Tú eras entonces pagador. Responde claro. ¿No partiste las porciones que debían ser distribuidas a los soldados? Dice que sí las partió.

FILOCLEÓN.-Pues miente el descarado.

BDELICLEÓN.-¿Ten piedad de los humildes, delante de hombre! ¡El infeliz Lábes siempre come espinas y cabezas de pescados; no para un

---

<sup>53</sup> El doble sentido de las palabras griegas hace que todo cuanto se dice del perro Lábes pueda aplicarse a la rapacidad de ciertos personajes y a los abusos que habían cometido en Sicilia.



momento en un sitio. Ese otro sólo sirve para guardar la casa, y ya sabe lo que se hace: así reclama una parte de todo lo que traen, y al que no se la da, le clava el diente<sup>54</sup>.

FILOCLEÓN.-¡Ay! parece que me ablando, me pongo enfermo...

BDELICLEÓN.-¡Vamos! te lo ruego ten piedad de él, no le condenes.-¿Dónde están sus hijos? Acercaos, infelices. Aullad, rezad, suplicad, llorad sin consuelo.

FILOCLEÓN.-Baja de la tribuna, baja, baja, baja pronto<sup>55</sup>.

BDELICLEÓN.-Bajaré, aunque esa palabra ya ha engañado a muchos. No obstante, bajaré.

FILOCLEÓN.-¡Vete al infierno! ¿Por qué habré comido tan pronto? ¿Pues no he llorado? Creo que esto me sucede por haberme atracado de lentejas.

BDELICLEÓN.-En definitiva ¿lo absuelves sí o no?

FILOCLEÓN.-Muy peliagudo es el caso.

BDELICLEÓN.-Vamos, padre, sé más humano. Coge tu voto; da un paso atrás, échalo en la segunda urna<sup>56</sup>, entornando los ojos. Absuévelo, padre.

FILOCLEÓN.-No, no, nunca he sabido hacerlo.

BDELICLEÓN.-Ven, te llevaré yo mismo (le conduce ante la urna número dos).

FILOCLEÓN.-¿Es esta la urna número uno?<sup>57</sup>

BDELICLEÓN.-La misma.

FILOCLEÓN.-Pues aquí echo mi voto.

BDELICLEÓN.-*(Aparte.)* Cayó en el lazo y lo absolvió sin saberlo. Procedamos al escrutinio.

FILOCLEÓN.-¿Cuál es el resultado del juicio?

BDELICLEÓN.-Míralo. Lábese queda absuelto. ¡Padre! ¡Padre! ¿Qué te pasa? ¡Agua! ¡Agua! Vamos, recóbrate. FILOCLEÓN.-Dime, ¿de veras ha quedado absuelto?

BDELICLEÓN.-Sí.

FILOCLEÓN.-Me siento morir.

BDELICLEÓN.-Valor, padre mío, no te aflijas.

<sup>54</sup> Este pasaje está lleno de alusiones políticas

<sup>55</sup> La frase de Filocleón indica que da por terminada la vista.

<sup>56</sup> La de absolución.

<sup>57</sup> Es decir, la de absolver.

FILOCLEÓN.-¿Cómo podré resistir la pena de haber absuelto a un procesado? ¿Qué va a ser de mí? ¡Oh venerables dioses, perdonadme! Lo hice a pesar mío y contra mi costumbre.

BDELICLEÓN.-No te desesperes así, padre mío; yo te daré una vida regalada; te llevaré a cenas y convites; vendrás conmigo a todas las fiestas y pasarás agradablemente el resto de tu existencia; ya no se burlará de tí Hipérbolo. Pero entremos.

FILOCLEÓN.-Sea; puesto que tú lo quieres.  
(Queda solo el Coro, que se vuelve hacia los espectadores para recitar la parábasis.)

EL CORIFEO.-Idos, libres y alegres. Escuchad, en tanto, innumerables espectadores, nuestros prudentes consejos y procurad que no caigan en saco roto: esa falta es propia de un auditorio ignorante y que vosotros no podéis cometer.

Y ahora, si amáis la verdad desnuda y el lenguaje sin artificios, prestadme atención. El poeta quiere haceros algunos cargos. Está quejoso de vosotros, que antes le acogisteis tan bien cuando, imitando unas veces al espíritu profético oculto en el vientre de Euricles<sup>58</sup>, hizo que otros os presentasen muchas comedias suyas<sup>59</sup>, y afrontando otras cara a cara el peligro, dirigió por su mano sin ajeno auxilio los vuelos de su musa. Colmado por vosotros de gloria y honores, como ningún otro vate, no creyó, sin embargo, haber llegado a la cúspide de la perfección, ni se ensoberbeció por ello, ni recorrió las palestras para corromper a la juventud, deslumbrada por sus triunfos. Noblemente resuelto a que las musas que le inspiran no descendan jamás al vil oficio de alcahuetas, jamás consintió, por su sentido de las conveniencias, en ceder a las instancias de algún amante despechado y deseoso de ver ridiculizado en escena al objeto de su animadversión. E incluso la primera vez que hizo representar una obra no partió en guerra contra el común de los mortales sino que atacó con furor de Heracles a los más grandes y, en su primer ensayo, tuvo la audacia de medir sus fuerzas con el monstruo de acerados colmillos, ese monstruo cuyos ojos, como los de Cinna<sup>60</sup> lanzaban miradas de terribles fulgores mientras que cien cabezas de cortesanas, con dolorosas súplicas le lamían el cráneo puestas en círculo. Y la voz de ese monstruo era el de un torrente devastador. Hedía como una

<sup>58</sup> Adivino ventrílocuo, que respondía a las consultas haciendo creer que no era él quien hablaba, sino un genio misterioso oculto en su vientre.

<sup>59</sup> Aristófanes presentó varias de sus comedias con los nombres de los autores Filónides y Calítrato.

<sup>60</sup> Cortesana célebre cuyas maldades está comparando Aristófanes con las de Cleón.

foca, tenía las bolsas infectadas de una Lamia<sup>61</sup> y el trasero de un camello. Pues bien; nuestro autor declara que en presencia de ese monstruo ni tuvo miedo ni accedió a venderse por dinero. Bien al contrario, todavía hoy está combatiendo en vuestro favor. Añade que después de haber combatido a ese monstruo, el año pasado atacó a esas pestes y cóleras<sup>62</sup> que, por las noches, venían a estrangular a los padres, ahogar a los abuelos y, abatiéndose sobre los lechos de los más tranquilos de vosotros los aplastaban bajo un montón de declaraciones, citaciones y testimonios. Con frecuencia, saltabais entonces de vuestras camas, temblando, para ir a ver, precipitados, al Presidente del Tribunal.

Habiendo hallado en mi persona un desfacedor de entuertos un purificador del país, el año último le abandonasteis cuando sembraba esas ideas nuevas cuyo desarrollo no habéis sabido favorecer por no haberlas apreciado en su justo valor.

Y, sin embargo, el poeta os jura, con mil juramentos rociados de libaciones sobre el altar de Dionysos, que jamás habéis oído una poesía cómica tan excelente. ¡Sea, por consiguiente, la afrenta para los que no comprendisteis en el acto! Cerca de los espíritus competentes, el poeta conserva intacta su reputación. El carro de sus esperanzas se ha roto, pero ha sobrepasado a sus rivales.

En lo por venir, mis buenos amigos, sed más amables. más graciosos con esos poetas que realizan un esfuerzo por hallar algo nuevo que deciros. Conservad sus pensamientos y apretadlos en vuestros cofres con las manzanas. Si procedéis así, vuestra ropa conservará todo el año un perfume espiritual.

PRIMER SEMICORO.-Pasaron los tiempos en que éramos valientes en los Coros, valientes en los combates, los más bravos de los hombres, y así en todo. Así era antes, sí, antes. Ahora, se acabó y hoy podemos ver cómo nuestros cabellos florecen más blancos que el plumaje de los cisnes. Mas a pesar de todo, es preciso que extraigamos de esos restos un vigor juvenil pues creemos que nuestra vejez todavía aventaja al amaneramiento de esa juventud compuesta de una multitud de invertidos, con los cabellos ensortijados.

Si uno de vosotros, queridos espectadores, tras de haber examinado nuestra conformación se extraña de comprobar que poseemos la talla de la avispa y se pregunta qué significa este agujón, nos será fácil enseñárselo, aunque jamás haya ido a la escuela. Con este apéndice entre los muslos, somos los

---

<sup>61</sup> Monstruo que llevaba atributos machos.

<sup>62</sup> Alusión a los sicofantes cuyas delaciones sembraban el terror entre los ciudadanos.

únicos áticos de pura sangre, verdaderamente autóctonos, raza valiente por excelencia y que, en la guerra, rindió los mayores servicios a la Patria, cuando la invasión de los bárbaros, cuando éstos cegaron a la ciudad con las humaredas del incendio y con el designio de adueñarse por la fuerza de nuestras colmenas. Sin la menor dilación dimos el salto afuera, el escudo en una mano, la lanza en la otra, para presentarles combate, hirviendo en exaltada ira, codo con codo y mordiéndonos los labios hasta saltar la sangre. Las flechas impedían ver el menor trozo del cielo. Finalmente, con la ayuda de los dioses, les pusimos en fuga a la caída de la noche. Antes de la batalla, había volado sobre nuestro ejército una lechuza. Luego les perseguimos pinchándolos como a los atunes, a través de los calzones. Huían con las mejillas y los ojos acibillados de picaduras de suerte que, ahora, entre todos los bárbaros, la avispa es considerada como el parangón del valor viril.

SEGUNDO SEMICORO.-En aquel tiempo éramos terribles Nada nos amedrentaba. A bordo de las trirremes exterminamos a nuestros enemigos. No nos cuidábamos entonces de perorar elegantemente ni de calumniar a nadie. Toda nuestra ambición se cifraba en ser el mejor remero. Así fue como les ganamos a los persas numerosas ciudades; y a nuestro valor se deben esos tributos que hoy despilfarran los jóvenes. Si nos observáis con atención, veréis que nos asemejamos a las avispas en nuestro estilo de vivir. En primer lugar, cuando se nos irrita no hay animal más colérico e intratable, y en todo lo demás hacemos lo que ellos. Reunidos en enjambres, nos repartimos en diferentes avisperos: unos vamos a juzgar con el Arconte<sup>63</sup>; otros, al Odeón<sup>64</sup>; otros con los Once<sup>65</sup>; y otros pegados a la pared<sup>66</sup>, con la cabeza baja y sin moverse apenas, nos parecemos a las larvas encerradas en su capullo. El procurarnos la subsistencia nos es sumamente fácil, pues nos basta para ello picar al primero que se presenta. Pero hay entre nosotros zánganos desprovistos de aguijón, que se comen sin trabajar el fruto de nuestros afanes. Y es doloroso, ciudadanos, que quien nunca peleó, quien nunca se hizo una ampolla manejando el remo o la lanza en defensa de la

---

<sup>63</sup> Este tribunal entendía de las tutelas y pleitos entre parientes.

<sup>64</sup> Magnífico teatro construido por Pericles, donde tenían lugar los certámenes musicales, se hacían las distribuciones de harina, lo cual daba lugar a disputas que exigían la presencia de los magistrados.

<sup>65</sup> El Tribunal que entendía en los robos cometidos de día que no excediesen de cincuenta dracmas, y de todos los de noche.

<sup>66</sup> Parece referirse a los magistrados encargados de la construcción y preparación de las murallas.

ciudad se apodere así de nuestro salario. Por tanto, opino que, en adelante, quien no tenga agujijón que no cobre los tres Óbolos.

(Salen Filocleón y Bdelicleón.) FILOCLEÓN.- (Rechazando una túnica de lana que le presenta su hijo.) No; mientras viva nunca dejaré de llevar este manto, al que debí la salvación en aquella batalla cuando el Bóreas se desencadenó furioso<sup>67</sup>.

BDELICLEÓN.- Veo que rechazas el bienestar.

FILOCLEÓN.- Ese vestido no me conviene en modo alguno. El otro día me ensucié tanto atracándome de peces fritos, que tuve que pagar tres óbolos al quitamanchas.

BDELICLEÓN.- Una vez que te has puesto en mis manos, ensaya este nuevo género de vida y déjame cuidarte.

FILOCLEÓN.- Bueno, ¿qué quieres que haga?

BDELICLEÓN.- Quítate ese manto ordinario y ponte en su lugar este más fino.

FILOCLEÓN.- No valía la pena engendrar y criar hijos para que éste pretenda ahora asfixiarme.

BDELICLEÓN.- Ea, pónitelo y calla.

FILOCLEÓN.- Por los dioses, ¿qué especie de vestido es éste?

BDELICLEÓN.- Unos le llaman pérsida; otros, pelliza.

FILOCLEÓN.- Yo creí que era una manta de las que hacen en Timeta.

BDELICLEÓN.- No es extraño; como nunca has ido a Sardes... Si no, ya la hubieras conocido.

FILOCLEÓN.- ¿Yo? No, por Zeus; pero se me figura que a lo que más se parece es a la hopalanda de Moricos<sup>68</sup>.

BDELICLEÓN.- Nada de eso; esto se teje en Ecbatana.

FILOCLEÓN.- ¡Ah! Los carneros de Ecbatana dan lana en hilachas.

BDELICLEÓN.- No, hombre, no; esto lo fabrican los indígenas y les cuesta muy caro. Quizá en esta túnica haya entrado un talento de lana.

FILOCLEÓN.- Entonces debía llamársela una tragalana en vez de una pelliza.

BDELICLEÓN.- Bueno, padre, estate un poco quieto mientras te la pongo.

FILOCLEÓN.- ¡Pero qué sofoco tan horrible me da esta maldita túnica!

BDELICLEÓN.- ¿Te la pones o no?

FILOCLEÓN.- No, por piedad; preferiría meterme en un horno.

<sup>67</sup> Alusión al temporal que deshizo a la escuadra persa cerca de Artemisium.

<sup>68</sup> Poeta ya citado por su glotonería y molicie.

BDELICLEÓN.-Vamos, yo te la pondré: ven acá.

FILOCLEÓN.-Coge, pues, ese gancho.

BDELICLEÓN.-¿Para qué?

FILOCLEÓN.-Para sacarme antes de que me tueste.

BDELICLEÓN.-Quítate ahora esos zapatones y ponte este calzado lacedemonio.

FILOCLEÓN.-¿Crees que consentiré jamás caminar sobre las odiosas suelas de un pueblo enemigo?

BDELICLEÓN.-Póntelos ¡pronto! y pon el pie sin vacilar en país adversario.

FILOCLEÓN.-Abusas, obligándome a poner pie en país enemigo.

BDELICLEÓN.-Ahora el otro.

FILOCLEÓN.-De ninguna manera: uno de estos dedos es enemigo mortal de los espartanos.

BDELICLEÓN.-No hay otro remedio.

FILOCLEÓN.-¡ Infeliz de mí, que voy a tener sabañones en la vejez!

BDELICLEÓN.-Vamos, pronto; ahora imita el paso cadencioso y negligente de los ricos... Así, como yo.

FILOCLEÓN.-Como quieras. Y dime ¿a quién de los ricos me parezco más en el andar?

BDELICLEÓN.-¿A quién? A un divieso cubierto de un emplasto de ajos<sup>69</sup>.

FILOCLEÓN.-¡Pues sí! Me entran ganas de remover las posaderas.

BDELICLEÓN.-Veamos otra cosa: ¿sabrías seguir una conversación en un círculo de espíritus cultos y distinguidos?

FILOCLEÓN.-¡Claro que sí!

BDELICLEÓN.-¿De qué les hablarías?

FILOCLEÓN.-De un montón de cosas. Primero, de cómo Lámia, al verse cogida, soltó una ventosidad; después de cómo Cardopión y su madre...

BDELICLEÓN.-Déjate de fábulas y hánbanos de cosas humanas, de asuntos frecuentes en las conversaciones de familia.

FILOCLEÓN.-También estoy fuerte en el género familiar: había en otro tiempo un ratón y una comadreja...

BDELICLEÓN.-«Estúpido e ignorante», como decía furioso Teógenes a un limpialetinas, «Te atreverás a hablar en sociedad de ratones y comadrejas?»

FILOCLEÓN.-Pues ¿de qué hay que hablar?

BDELICLEÓN.-Sólo de grandezas: por ejemplo, de la excelentísima diputación en la que fuiste parte con Clístenes y Androcles<sup>70</sup>.

<sup>69</sup> Frase que se empleaba para indicar dos cosas que no pueden ir juntas.

FILOCLEÓN.-¡En diputación! ¡Pero si yo jamás he ido a ninguna parte, como no haya sido a Paros, lo cual me valió dos Óbolos!

BDELICLEÓN.-Cuenta, por lo menos, como Efudion luchó al pancracio valerosamente con Ascondas; y aunque viejo encanecido, conservaba puños y riñones de hierro, robustos flancos y una fortísima coraza.

FILOCLEÓN.-Basta, basta; que no sabes lo que dices. ¿Dónde se ha visto luchar al pancracio<sup>71</sup> con coraza?

BDELICLEÓN.-Pues así suelen hablar las gentes cultas. Ahora dime otra cosa. Cuando estés en un festín con extranjeros, ¿qué hazaña de tu juventud preferirás contarles?

FILOCLEÓN.-¡Oh! ¡Ya sé, ya sé! Mi más famosa hazaña fué aquella cuando le robé a Ergasión los rodrigones.

BDELICLEÓN.-¡Vete al infierno con tus rodrigones! Eso es ridículo. Lo mejor es que hables de tus cacerías de liebres o jabalíes, o de alguna carrera de antorchas en que tomaste parte; en fin, de cualquier hecho que revele tu valor juvenil.

FILOCLEÓN.-Ahora recuerdo uno de los más atrevidos: siendo todavía un muchacho, demandé a Failo, el andarín, por injurias y le vencí por dos votos.

BDELICLEÓN.-Basta; reclínate ahí para que aprendas la manera de conducirte en los banquetes y conversaciones.

FILOCLEÓN.-¿Cómo me reclino? Vamos, di.

BDELICLEÓN.-Con decencia.

FILOCLEÓN.-¿Quieres que me recline así?

BDELICLEÓN.-No, no es así, en absoluto.

FILOCLEÓN.-Pues ¿cómo?

BDELICLEÓN.-Estira las piernas y déjate caer blandamente sobre los almohadones como un ligero gimnasta; elogia después los vasos de bronce que haya por allí; admira las cortinas del patio<sup>72</sup>. En esto presentan agua para las manos; traen las mesas; comemos; nos lavamos; empiezan las libaciones<sup>73</sup> ...

FILOCLEÓN.-En nombre de los dioses; es un sueño ese festín.

---

<sup>70</sup> Clístenes y Androcles son citados burlescamente puesto que se trataba de dos personajes muy desacreditados.

<sup>71</sup> En el pancracio los atletas luchaban completamente desnudos

<sup>72</sup> Era de buen tono no ponerse inmediatamente a la mesa.

<sup>73</sup> Descripción abreviada de una comida ateniense.

BDELICLEÓN.-La flautista preludia; los convidados son Teoro, Esquines, Cleón, Acéstor y, al lado de éste, otro a quien no conozco. Tú estás con ellos. ¿Sabrás cantar con la melodía que interpretan?<sup>74</sup>

FILOCLEÓN.-Ya lo creo; mejor que cualquier montañés.

BDELICLEÓN.-Veamos: yo soy Cleón: el primero canta

el Harmodio; tú continuarás: "Nunca hubo en Atenas un hombre..."

FILOCLEÓN.-"Tan canalla y tan ladrón..."

BDELICLEÓN.-¿Eso piensas contestar desdichado? Te cubrirán de invectivas; Cleón amenazará con destruirte, exterminarte, deportarte.

FILOCLEÓN.-Pues si se enfada le cantaré esta otra: "En tu desatinada ambición del supremo mando, acabarás por arruinar al país, que ya empieza a tambalearse".

BDELICLEÓN.-Y cuando Teoro, tendido a los pies de Cleón le cante cogiéndole la mano: «Amigo, tú que conoces la historia de Admeto, honra a los valientes,» ¿qué contestarás?

FILOCLEÓN.-Lo siguiente: «No tengo el alma del zorro, que se hace amigos en cada corro.»

BDELICLEÓN.-A continuación, Esquines, hijo de Selo, hombre distinguido y artista, cantará: «Fortuna y buena vida, ven amigo Clitágoras, los hallarás conmigo bajo el hermoso cielo de la Tesalia.»

FILOCLEÓN.-«Mucha hemos derrochado tú y yo.»

BDELICLEÓN.-Eso lo entiendo perfectamente. Pero ya va siendo hora de ir a cenar a casa de Filoctemón. (Llamando.) ¡Criso, muchacho! Prepáranos cena para los dos en una cesta; hoy vamos a embriagarnos.

FILOCLEÓN.-No, no; que la embriaguez es una plaga. Después del vino se rompen las puertas y llueven bofetones y pedradas, y al día siguiente, cuando se han dormido los tragos, se encuentra uno que hay que pagar los excesos de la víspera.

BDELICLEÓN.-No temas tal cuando se trata de hombres honrados y cortesos. O te excusan ellos mismos con el ofendido o tú aplicas a lo ocurrido algún chistoso cuento esópico o sibarítico de los que has oído en la mesa: la cosa se toma a risa y no pasa adelante.

FILOCLEÓN.-Pues vale la pena que yo aprenda muchos cuentos de esos para que alguno de ellos me libre de pagar el daño que cause. Vámonos ya y que nadie nos detenga.

---

<sup>74</sup> Era costumbre cantar al fin de las comidas.



EL CORO.-Muchas veces he dado prueba de agudo ingenio, y jamás de estupidez; pero me gana Aminias, ese hijo de Selo, a quien ví un día ir a cenar con Leógaros<sup>75</sup> llevando por junto una manzana y una granada, y cuenta que es más hambriento que Antifón<sup>76</sup>. Ya fue de embajador a Farsalia<sup>77</sup>, pero allí sólo podía reunirse con los Penestas<sup>78</sup>, padeciendo él mayor penuria que ninguno.

¡Afortunado Autómenes, cuánto envidiamos tu felicidad) Tus hijos son los más hábiles artistas. El primero, querido de todos, canta admirablemente al son de la cítara, y la gracia le acompaña; el segundo, es un actor cuyo mérito nunca se ponderará bastante; pero el talento del último, de Arifrades, digo, deja muy atrás al de los otros. Su padre jura que lo ha aprendido todo por sí propio, sin necesidad de maestro, y que sólo a su talento natural debe la invención de sus inmundas prácticas en los lupanares. Algunos han dicho que yo me había reconciliado con Cleón porque me perseguía encarnizadamente y me martirizaba con sus ultrajes. Ved lo que hay de cierto: cuando yo lanzaba dolorosos gritos, vosotros os reíais a placer, y en vez de compadecerme, sólo anhelabais que la angustia me inspirase algún chiste mordaz y divertido. Al notar esto, cejé un poco y le hice algunas caricias. He ahí por qué «a la cepa le falta ahora su rodrigón.»<sup>79</sup>

UN SERVIDOR.-(Que entra dando gritos.) ¡Oh tortugas tres veces bienaventuradas! ¡Cuánto envidia la dura concha que defiende vuestro cuerpo) ¡Qué sabias y previsoras fuisteis al cubriros la espalda con un impenetrable escudo. ¡Pobres espaldas mías, sin protección para los garrotazos)

EL CORO. ¿Qué sucede, muchacho? Porque hasta al anciano se le puede llamar muchacho cuando se deja pegar..

EL SERVIDOR.-Sucede que nuestro viejo es la peor de ¡as calamidades. Ha sido el más procaz de todos los convidados, y cuenta que allí estaban Hipilo, Antifón Lico, Lisítrato, Teofrasto y Frínico; pues, sin embargo, a todos los dejó chicos su insolencia. En cuanto se atracó de los mejores platos, empezó a saltar, a reír, a eructar como un pollino harto de cebada y a sacudirme de lo lindo, gritándome: «¡Muchacho, muchachito!» Lisítrato, al verlo así, le lanzó esta comparación: «Anciano, pareces un piojo

<sup>75</sup> Una especie de Lúculo ateniense.

<sup>76</sup> Rico arruinado.

<sup>77</sup> Ciudad de Tesalia.

<sup>78</sup> Mercenarios tesalios

<sup>79</sup> Proverbio que se aplicaba a los que habían visto frustradas sus esperanzas.

reavivado o un burro que corre a la paja.» Y él, atronándonos los oídos, le replicó así: «Y tú te pareces a una langosta, de cuyo manto se pueden contar todos los hilos<sup>80</sup> y a Estenelo<sup>81</sup> despojado de su guardarropa.» Todos aplaudieron, menos Teofrasto, que se mordió los labios como hombre bien educado. Entonces, encarándosele nuestro viejo, le dijo: «Di tú ¿a qué te das tanto tono y te las echas de persona importante cuando todos sabemos que vives a costa de los ricos a fuerza de bufonadas.» Así continuó dirigiendo insultos semejantes a todos, diciendo los chistes más groseros, contando historias necias e importunas. Después se ha dirigido hacia aquí, completamente ebrio, pegando a cuantos encuentra. Mirad, ahí viene haciendo esos. Yo me largo, para evitar nuevos golpes.

FILOCLEÓN.- (Entrando con una tea encendida en la mano y acompañado de una flautista desnuda.) Dejadme: marchaos. Voy a dar que sentir a algunos de los que se obstinan en perseguirme. ¿Os largareis, bribones? Si no, os tuesto con esta antorcha.

UNO DE LOS CONVIDADOS.- A pesar de tus balandronadas juveniles, te juro que mañana nos has de pagar tus atropellos. Vendremos en masa a citarte a juicio.

FILOCLEÓN.- ¡Ja! ¡Ja! ¡Citarme a juicio! ¡Qué vejeces! ¿No sabéis que ya ni puedo oír hablar de pleitos? ¡Ja! ¡Ja! Ahora tengo otros gustos: tirad las urnas. ¿No os vais? ¿Dónde está el juez? Decidle que se ahorque. (A la cortesana.) Sube, manzanita de oro, sube agarrada a esta cuerda; cógela, pero con precaución, que está algo gastada; sin embargo, aún le gusta que la froten. ¿No has visto con qué astucia te he sustraído a las torpes exigencias de los convidados? Debes probarme tu gratitud. Pero no lo harás, demasiado lo sé; ni siquiera lo intentarás; me engañarás y te reirás en mis narices, como lo has hecho con tantos otros. Oye, si me quieres y me tratas bien, cuando muera mi hijo me comprometo a sacarte del lupanar y tomarte por concubina. Ahora no puedo disponer de mis bienes; soy joven y me atan corto: mi hijito no me pierde de vista; es gruñón, insoportable y tacaño hasta partir en dos un comino y aprovechar la pelusilla de los berros. Su único miedo es que me eche a perder, pues no tiene más padre que yo. Pero ahí está. Se dirige apresuradamente hacia nosotros. Hazle frente: coge esas teas; voy a jugarle una partida de muchacho, como él a mí antes de iniciarme en los misterios.

---

<sup>80</sup> Por lo usado y raído.

<sup>81</sup> Actor trágico, cuyo guardarropa había sido vendido por sus acreedores.

BDELICLEÓN.- (Que llega.) ¡Hola! ¡Hola, viejo verde! Parece que nos gustan los cofrecillos de las muchachas; pero te juro por Apolo, que te costará caro conducirte así.

FILOCLEÓN.- Te gustaría más un proceso a la vinagreta.

BDELICLEÓN.- ¿No es una grosería burlarse como acabas de hacerlo, de los convidados y arrebatarles su flautista?

FILOCLEÓN.- ¿Qué flautista? ¿Has perdido el juicio o sales de algún panteón?

BDELICLEÓN.- Pero ¡calla! Ahí está ante nosotros la dardaniense<sup>82</sup>.

FILOCLEÓN.- ¡Cá! es una antorcha<sup>83</sup> encendida por los dioses en la plaza pública.

BDELICLEÓN.- ¿Con que una antorcha? ¿No ves que es de diversos colores?

FILOCLEÓN.- ¡Claro que sí! Una antorcha.

BDELICLEÓN.- ¿Y esa raja negra que se le ve en medio?

FILOCLEÓN.- La pez, que se derrite al quemarse.

BDELICLEÓN.- Y lo de la parte posterior, ¿no es un trasero?

FILOCLEÓN.- No; es un nudo de la tea en forma de hinchazón.

BDELICLEÓN.- ¿Cómo un nudo? ¿Qué cuento es ese? (A la flautista.) Tú, ven aquí.

FILOCLEÓN.- ¡Eh, eh! ¿Qué intentas?

BDELICLEÓN.- Quitártela y llevármela pues presumo que ya no tienes bastante vigor para obtener un resultado.

FILOCLEÓN.- Escucha un momento. Asistía yo a los juegos olímpicos cuando Efudión, aunque viejo, luchó valerosamente con Ascondas, y el anciano acabó por hundir de un puñetazo al joven. Sírdate de aviso, por si se me ocurriese reventarte un ojo.

BDELICLEÓN.- ¡Por Zeus! No ignoras nada de los juegos olímpicos.

UNA PANADERA.- (Dirigiéndose a Bdelicleón.) Ampárame, por favor, en nombre de los dioses. Este hombre me ha arruinado; al pasar, blandiendo torpemente su antorcha, me ha echado a rodar por la plaza diez Óbolos de pan y cuatro de otras mercancías.

BDELICLEÓN.- ¿Ves lo que has hecho? Más historias y procesos a cuentas por culpa de tu intemperancia.

FILOCLEÓN.- No lo creas: un cuentecillo alegre lo arreglará todo; verás como me reconcilio con ésta.

<sup>82</sup> Muchas jóvenes de Dardania se dedicaban a la música.

<sup>83</sup> Otro nombre de las cortesanas.

LA PANADERA.-¡Ah, no! Has de pagármelo a mí, Mirtia, hija de Ancilión y de Sóstrata. ¡Estropearme así todo el género que llevaba!

FILOCLEÓN.-Escucha mujer; voy a contarte una historia muy divertida.

LA PANADERA.-¿A mí con historias, vejestorio?

FILOCLEÓN.-Verás. Al volver una noche Esopo de un banquete le ladró, atrevida, cierta mujer que iba borracha: «¡Ah perra, -le dijo entonces-, si cambiases tu maldita lengua por una medida de trigo, me parecerías más sensata!»

LA PANADERA.-¡Cómo! ¿Te burlas de mí? Pues bien, quienquiera que seas, te cito ante los comisarios del mercado, para que me indemnices daños y perjuicios. Querofón<sup>84</sup>, que está ahí, será mi testigo.

FILOCLEÓN.-Pero, por mi vida, oye al menos lo que voy a decirte: quizá te agrade más. Laso y Simónides<sup>85</sup>, se disputaban en cierta ocasión la palma en un certamen poético y Laso dijo: ¿Y a mí que más me da?

LA PANADERA.-(A Querofón.) ¿No es verdad que lo harás?

FILOCLEÓN.-Y tú, Querofón, ¿serás testigo de esa mujer amarillenta, de esa no, precipitándose desde una roca a los pies de Eurípides?

BDELICLEÓN.-Ahí se acerca otro: parece ser que también viene a demandarte, pues trae su testigo.

UN HOMBRE.-(Que llega con señales de haber sido apedreado.) ¡Desdichado de mí! ¡Voy a perseguirte por ultrajes!

BDELICLEÓN.-¿Por ultrajes? ¡Ah! No, por los dioses, basta de demandas. Yo te pagaré por él la indemnización que desees, y aún así te quedaré agradecido.

FILOCLEÓN.-Yo también quiero reconciliarme con él: confieso francamente que le he pegado y apedreado. Pero acércate más: ¿me permites que yo solo señale la cantidad que debe dársete como indemnización y que en adelante sea amigo tuyo, o prefieres fijarla tú?

EL ACUSADOR.-Habla tú, pues detesto los pleitos y negocios.

FILOCLEÓN.-Un habitante de Síbaris se cayó de un cerro y se causó una grave herida en la cabeza: es de advertir que no entendía gran cosa de equitación. Acercósele entonces uno de sus amigos y le dijo: «Ejercítese cada cual en el arte que sepa»; por tanto, corre a casa de Píttalo para que te cure.

BDELICLEÓN.-(A Filocleón.) Persistes en tus simplezas.

EL HOMBRE.-(A su testigo.) No se te olvide la respuesta que acaba de darme.

---

<sup>84</sup> Discípulo de Sócrates.

<sup>85</sup> Poetas líricos, rivales entre sí.

FILOCLEÓN.-Oye, no te vayas. En cierta ocasión una mujer de Síbaris aplasta un erizo.

EL HOMBRE.-(A su testigo.) También te tomo por testigo de lo que está diciendo.

FILOCLEÓN.-(Al Acusador.) Y el erizo toma a un compañero por testigo; a lo que la mujer de Síbaris le dice: «Por Perséfone, si en lugar de ocuparte en tener un testigo te hubieras apresurado a comprar cuerda para recomponerte, habrías dado pruebas de más inteligencia.»

EL HOMBRE.-Sigue haciéndote el insolente hasta que el arconte te llame a juicio.

BDELICLEÓN.-¡Por Deméter, no estarás aquí más tiempo! Voy a llevarte a la fuerza.

FILOCLEÓN.-¿Qué haces?

BDELICLEÓN.-¿Qué hago? Llévate adentro. De otro modo, no va a haber testigos suficientes para todos los que te demanden.

FILOCLEÓN.-Estando un día Esopo entre los délficos...

BDELICLEÓN.-Me importa un bledo.

FILOCLEÓN.-... le acusaron de haber robado un vaso en el templo de Apolo; entonces él contó cómo en cierta ocasión el escarabajo...

BDELICLEÓN.-(Llevándose a su padre hacia el interior.) Voy a aplastarte ¡palabra! a ti y a tus escarabajos.

EL CORO.-Envidio tu felicidad, anciano. ¡Qué cambio en su áspera existencial Siguiendo prudentes consejos, vas a vivir entre placeres y delicias. Quizá los desatiendas, porque es difícil modificar el carácter que se tuvo desde la cuna. Aunque fueron muchos los que lo consiguieron. ¡Cuántas alabanzas no se atraerá, por ello en mi opinión y en la de los sabios, el hijo de Filocleón, tan discreto y cariñoso con su padre! Jamás he visto un joven tan comedido, de tan amables costumbres. Ninguno me ha regocijado como él. En todas las respuestas que daba a su padre resplandecía la razón y el deseo de inspirarle más decorosas aficiones.

UN SERVIDOR.-(Saliendo de la casa.) ¡Por Dionysos! Sin duda algún dios ha revuelto y embrollado nuestra casa. El viejo, después de beber y de oír largo rato la flauta, ebrio de placer, repite toda la noche las antiguas danzas que Tespis hacía ejecutar a sus coros. Pretende demostrar, bailando incesantemente, que los trágicos modernos son todos unos perfectos imbéciles.

FILOCLEÓN.-(Saliendo de la casa acompañado de su hijo.) ¿Quién ha osado sentarse en los umbrales de esta casa?

EL SERVIDOR.-¡Vaya! Ahí está esa calamidad.

FILOCLEÓN.-Apartad las vallas, que va a empezar el baile...

EL SERVIDOR.-La locura, querrás decir...

FILOCLEÓN.-Ese ímpetu que pliega mis costillas. ¡Cómo mugen mis narices! ¡Cómo suenan mis vértebras!...

EL SERVIDOR.-Tómate una porción de eléboro...

FILOCLEÓN.-Frínico se encoge como un gallo...

EL SERVIDOR.-Van a lloverte piedras.

FILOCLEÓN.-Alza su pierna hasta tocar el cielo.

EL SERVIDOR.-¡Eh!, mira dónde pisas.

FILOCLEÓN.-Mira cómo las articulaciones de mis caderas se mueven con facilidad. ¡Qué bien juegan!

EL SERVIDOR.-Nada de eso; lo que pareces es un verdadero loco.

FILOCLEÓN.-Ahora desafío a todos mis rivales. Si hay algún artista que se precie de bailar bien, que venga por acá a competir conmigo. ¿Lo hay o no?

EL SERVIDOR.- (Designando a un danzante enano disfrazado de cangrejo.) No hay más que uno: éste.

FILOCLEÓN.-¿Y quién es ese pobre desgraciado?

EL SERVIDOR.-Un hijo de Carcino<sup>86</sup>, el menor.

FILOCLEÓN.-No tengo con él ni para un diente. Lo aplastaré bajo una buena danza de puñetazos; no tiene el menor sentido del ritmo.

EL SERVIDOR.-Pero, ¡infeliz!, justamente, ahí viene su hermano, otro hijo de Carcino.

FILOCLEÓN.-Con esto ya tendré algo que llevarme a la boca.

EL SERVIDOR.-Sí, pero todos serán cangrejos, porque ahí llega un tercer hijo de Carcino.

FILOCLEÓN.-¿Y eso que se arrastra a tu lado, ¿es cangrejo o camarón?

BDELICLEÓN.-Es un cangrejillo; el más pequeño de la familia, el que compone tragedias.

FILOCLEÓN.-¡Oh Carcino, padre feliz de tan hermosa progenitura! ¡Qué bandada de reyezuelos se abate sobre mí! Fuerza, es, ¡ay triste!, que me bata con ellos. Eh tú, prepara la salsa para comérmelos, después de la lucha.

EL CORO.-¿Vamos, ilustres hijos de los mares! Saltad, hermanos de los langostinos sobre la arena, al borde del mar que no se vendimia. Haced virar vuestros pies rápidos, alzad la pierna como Frinicos y los espectadores os mostrarán su admiración. Girad formando redondeles, golpeaos el vientre, convertíos en torbellinos. Aquí tenéis a vuestro padre, señor y soberano de los mares, que avanza reptante, orgulloso de sus hijos los tres reyezuelos de la danza. ¡Vamos! Guiadnos hacia la salida, por favor, y a ritmo de paso ligero. Nunca se ha visto que la comedia concluya con un "ballet".

---

<sup>86</sup> Carcino era un mal poeta trágico, cuyos hijos tenían pequeña estatura y ejecutaban danzas trágicas.

A r i s t ó f a n e s

L a s N u b e s

*PERSONAJES*

*ESTREPSÍADES.*

*FIDÍPIDES.*

*UN ESCLAVO DE ESTREPSÍADES.*

*DISCÍPULO DE SÓCRATES.*

*SÓCRATES.*

*EL RAZONAMIENTO JUSTO.*

*EL RAZONAMIENTO INJUSTO.*

*PASIAS, acreedor.*

*UN TESTIGO DE PASIAS.*

*AMINIAS, acreedor.*

*QUEREFON.*

*CORO DE NUBES.*



[Estrepsíades aparece en su lecho. Cerca de él duermen su hijo y los esclavos]

### ESTREPSÍADES

¡Oh Zeus supremo! ¿Es acaso interminable la duración de las noches? ¿Nunca se hará de día? Mucho tiempo ha que he oído el canto del gallo, y sin embargo, los esclavos<sup>1</sup> aún están roncando: antes no sucedía así. Maldita sea la guerra, que me impide hasta castigar a mis esclavos. Este buen mozo no despierta en toda la noche, y duerme profundamente<sup>2</sup>, envuelto en las cinco mantas de su lecho. Pero probemos a imitarle...

¡Pobre de mí! no puedo conciliar el sueño. ¿Cómo he de dormir, si me atormentan los gastos, la caballeriza y las deudas que he contraído por causa de este hijo? Él cuida su cabellera, cabalga, guía un carro y sueña con caballos; y yo me siento morir cuando llega el día veinte del mes. porque se acerca el momento de pagar los intereses...<sup>3</sup> Muchacho, enciende la lámpara y tráeme el libro de cuentas, para que examine los gastos, y averiguando a quiénes debo, calcule los intereses... Ea, veamos, ¿cuánto debo? “Doce minas a Pasias”. ¿Y por que doce minas a Pasias? ¿En qué las he gastado? Cuando compré el Coppattia<sup>4</sup> ¡Desdichado de mí! ; Ojalá me hubiesen vaciado antes un ojo de una pedrada!<sup>5</sup>

### FIDÍPIDES (soñando)

Filón, guías mal: tu carro debe seguir a éste.

---

<sup>1</sup> Sin duda por el temor de que evitasen los malos tratamientos pasando al campo enemigo. La guerra a que alude Aristófanes es la del Peloponeso.

<sup>2</sup> Verum pedit.

<sup>3</sup> Los intereses de las cantidades tomadas a préstamo se pagaban a fin de mes.

<sup>4</sup> Nombre de un caballo, derivado del coppa (90) signo de la numeración griega, que marcado en la piel designaría su precio.

<sup>5</sup> Porque entonces no lo hubiera comprado.

ESTREPSÍADES

He aquí el mal que me mata: hasta durmiendo sueña con caballos.

FIDÍPIDES (soñando)

¿Cuántas carreras es necesario dar en el certamen?

ESTREPSÍADES

A tu padre sí que le haces dar carreras... ¿Pero que deuda contraje<sup>6</sup> después de la de Pasias? Veamos: “tres minas a Aminias<sup>7</sup> por el carro y las ruedas”.

FIDÍPIDES (soñando)

Lleva el caballo a la cuadra y revuélcalo antes en la arena.

ESTREPSÍADES

¡Infeliz! tú sí que me das vuelco a mi fortuna; unos me tienen ya citado a los tribunales, otros me piden que les garantice el pago de los intereses.

FIDÍPIDES (despertando)

Pero, padre, ¿qué te angustia que no haces más que dar vueltas toda la noche?

ESTREPSÍADES

Me muerde cierto Demarco<sup>8</sup> de las camas.

FIDÍPIDES

Por favor, querido, déjame dormir un poco.

---

<sup>6</sup> Parodia de Eurípides, según el escoliasta.

<sup>7</sup> Se cree que bajo este nombre Aristófanes alude a Aminias, hijo de Prónapo, autor de un decreto que prohibía a los poetas cómicos burlarse de los magistrados.

<sup>8</sup> Demarco se llamaba al jefe de un demo o cantón del Ática; uno de sus deberes era llevar un registro de las deudas de sus administrados y apoderarse de los deudores morosos. Estrepsíades alude a ellos al quejarse de las pulgas de su lecho.

ESTREPSÍADES

Duerme en hora buena, pero sabe que todas estas deudas caerán sobre tu cabeza... ¡Oh! así perezca miserablemente aquella casamentera que me impulsó a contraer matrimonio con tu madre. Porque yo tenía una vida dulcísima, sencilla, grosera, descuidada y abundante en panales, ovejas y aceite. Después, aunque era hombre del campo, me casé con la nieta de Megacles, hijo de Megacles, ciudadana soberbia, amiga de los placeres, con las mismas costumbres que Cesira<sup>9</sup>. Después del matrimonio, cuando nos acostábamos, yo no olía más que a mosto, higos y lana de mis ovejas: ella por el contrario apestaba a pomadas y esencias, y sólo deseaba besos amorosos, lujo, comilonas y los placeres de Afrodita<sup>10</sup>. No diré que fuese holgazana, sino que tejía: y muchas veces, enseñándole esta capa, le decía con tal pretexto: “Esposa mía, aprietas<sup>11</sup> demasiado los hilos”.

UN ESCLAVO

No tiene aceite la lámpara.

ESTREPSÍADES

¡Ay de mí! ¿por qué has encendido una lámpara tan bebedora? Acércate para que te haga llorar.

EL ESCLAVO

Y ¿por qué he de llorar?

ESTREPSÍADES

Por haber puesto una mecha muy gorda... Después, cuando nos nació este hijo, disputamos mi buena mujer y yo acerca del nombre

---

<sup>9</sup> Mujer de Alcmeón, que se hizo famosa por su extraordinario lujo.

<sup>10</sup> Nos valemos de este rodeo para traducir las palabras *Κωλιάδοξ ψ γενετυλλίδοξ*. Ambos son sobrenombres de Afrodita, tomados, el primero del promontorio Colias, sobre el cual tenía su templo; y el segundo del acto de la generación. Bajo el primero se oculta un equívoco obsceno que autoriza más nuestra versión.

<sup>11</sup> El verbo *σπαθάω* significa también prodigar y dilapidar.

que habríamos de ponerle. Ella le posponía a todos los nombres el de caballo, queriendo que se llamase Jantipo, Caripo o Calípedes<sup>12</sup>. Yo le llamaba Fidónides<sup>13</sup>, como su abuelo. Tras largo debate, adoptamos, por fin, un término medio y le llamamos Fidípides<sup>14</sup>. Su madre, tomándole en brazos, solía decirle entre caricias: “¡Cuándo te veré, hecho un hombre, venir a la ciudad, ricamente vestido y dirigiendo tu carro, como tu abuelo Megacles!...”. y yo le decía: “¡Cuándo te veré, vestido de pieles, traer las cabras del Feleo<sup>15</sup> como tu padre...!” Pero nunca hizo caso de mis palabras. Y su afición a los caballos<sup>16</sup> me ha perdido. Después de haber meditado toda la noche, he encontrado un maravilloso expediente, que me salvará si consigo persuadir a mi hijo. Mas, antes de todo, quiero despertarle. ¿Cómo haré para despertarlo dulcemente? ¿Cómo? ¡Fidípides, querido Fidípides!<sup>17</sup>

FIDÍPIDES

¿Qué, padre mío?

ESTREPSÍADES

Bésame y dame tu mano derecha

FIDÍPIDES

Hela aquí. ¿Qué ocurre?

---

<sup>12</sup> Nombres en cuya composición entran el sustantivo *ἵππος* (caballo) y los adjetivos *ξανθός*; (rubio), *ξαρειός* (gracioso) y *καλλός* (hermoso).

<sup>13</sup> Significa económico.

<sup>14</sup> Nombre compuesto de *φειδός* (económico) e *ἵππί* (diminutivo de caballo).

<sup>15</sup> Monte del Ática. V. Acarnienses, 273.

<sup>16</sup> *ἵππερος*, enfermedad del caballo (morbus equinus), palabra formada por Aristófanes a semejanza de *ὑδερροσ*, *ἵκτερος*.

<sup>17</sup> *Φειδιπιδίφον*, diminutivo de Fidípides, imposible de formarse bien en nuestra lengua, por lo cual nos valemos de un cariñoso equivalente.

ESTREPSÍADES

Di: ¿me amas?

FIDÍPIDES

Sí, por Posidón ecuestre.

ESTREPSÍADES

Por favor, no me recuerdes nunca a ese domador de caballos; es la causa de todos mis males. Si me amas de todo corazón, hijo mío, compláceme.

FIDÍPIDES

¿Y en qué quieres que te complazca?

ESTREPSÍADES

Cambia pronto de costumbres, y ve a aprender donde yo te mande.

FIDÍPIDES

Expícate ya: ¿qué quieres?

ESTREPSÍADES

¿Y me obedecerás?

FIDÍPIDES

Te obedeceré, por Baco.

ESTREPSÍADES

Mira a este lado. ¿Ves esa puertecita y esa casita?

FIDÍPIDES

Las veo. ¿Pero qué quiere decir esto?

ESTREPSÍADES

Ésa es la escuela<sup>18</sup> de las almas sabias. Ahí habitan hombres que hacen, creer con sus discursos que el cielo es un horno que nos rodea, y que nosotros somos los carbones<sup>19</sup> Ellos enseñan, si se les paga, de qué manera pueden ganarse las buenas y malas causas.

FIDÍPIDES

¿Y quiénes son esos hombres?

ESTREPSÍADES

No sé bien cómo se llaman. Son personas buenas dedicadas a la meditación.

FIDÍPIDES

¡Ah, los conozco, miserables! ¿Hablas de aquellos charlatanes pálidos y descalzos, entre los cuales se encuentran el perdido Sócrates y Querefón?<sup>20</sup>

ESTREPSÍADES

¡Eh! calla: no digas necedades. Antes bien, Si te conmueven las aflicciones de tu padre, sé Uno de ellos y abandona la equitación.

FIDÍPIDES

No lo haré, por Baco, aunque me dieras todos los faisanes que cría Leógoras.<sup>21</sup>

---

<sup>18</sup> La palabra griega *φροντιστήριον* tiene una gracia intraducible: literalmente significa un pensadero.

<sup>19</sup> Doctrina de Hippón de Samos. El escoliasta de Aristófanes dice que en esta opinión fue también ridiculizada por el poeta Crates. En Las aves (v. 101) se pone en boca del geómetra Metón.

<sup>20</sup> Querefón era uno de los discípulos más asiduos de Sócrates, según Platón (Apología). Diógenes Laercio (lib. II. Sócrates, 16) dice que a él dio la Pitonisa aquel conocido oráculo: Sócrates es el sabio entre los hombres. Aristófanes le llama *νυκτεριζ* murciélago (Aves, v. 1296 y 1564).

<sup>21</sup> Célebre glotón, padre del orador Andócides.

ESTREPSÍADES

¡Oh! por favor, queridísimo hijo, ve a la escuela.

FIDÍPIDES

Y ¿qué aprenderé?

ESTREPSÍADES

Dicen que enseñan dos clases de discursos: uno justo, cualquiera que sea, y otro injusto<sup>22</sup>; con el segundo de éstos afirman que pueden ganar hasta las causas más inicuas. Por tanto, si aprendes el discurso injusto, no pagaré ni un óbolo de las deudas que tengo por tu causa.

FIDÍPIDES

No puedo complacerte. Me sería imposible mirar a un jinete si tuviese el color de la cara tan perdido.

ESTREPSÍADES

Por Demeter, no comeréis ya a mis expensas ni tú, ni tu caballo de tiro, ni tu caballo de silla<sup>23</sup>; sino que te echaré de casa enhoramala<sup>24</sup>.

FIDÍPIDES

Mi tío Megacles no me dejará sin caballos. Me voy, y no hago caso de tus amenazas.

ESTREPSÍADES

Pues, aunque he caído, no he de permanecer en tierra<sup>25</sup>, sino que invocando a los dioses iré a esa escuela y recibiré yo mismo las lecciones. Pero ¿cómo, siendo viejo, olvidadizo y torpe, podré

---

<sup>22</sup> Literalmente mejor y peor.

<sup>23</sup> *Σαμφόραξ* designa un caballo marcado con la letra sigma. circunstancia que parece designar un caballo de lujo.

<sup>24</sup> Literalmente a los cuervos *ἐιζ κόγκακαξ*.

<sup>25</sup> Quiere decir que no se da por vencido.

aprender discursos llenos de exquisitas sutilezas? Marchemos. ¿Por qué me detengo y no llamo a la puerta? ¡Esclavo! ¡Esclavo!

UN DISCÍPULO

¡Vaya al infierno! ¿Quién golpea la puerta?

ESTREPSÍADES

Estrepsíades, hijo de Fidón, del Cantón de Cicinno<sup>26</sup>.

EL DISCÍPULO

¡Por Zeus! campesino habías de ser para golpear tan brutalmente la puerta y hacerme abortar<sup>27</sup> un pensamiento que había concebido.

ESTREPSÍADES

Perdóname, porque habito lejos de aquí, en el campo; pero dime: ¿cuál es el pensamiento que te he hecho abortar?

EL DISCÍPULO

No me es permitido decirlo más que a los discípulos.

ESTREPSÍADES

Dímelo sin temor, porque vengo a la escuela como discípulo.

EL DISCÍPULO

Lo diré: pero ten en cuenta que esto debe de ser un misterio. Preguntaba ha poco Querefón a Sócrates cuántas veces saltaba lo largo de sus patas una pulga que había picado a Querefón en una ceja y se había lanzado luego a la cabeza de Sócrates<sup>28</sup>.

ESTREPSÍADES

Y ¿cómo ha podido?...

---

<sup>26</sup> Uno de los cantones del Ática.

<sup>27</sup> Alusión al oficio de partera que tenía la madre de Sócrates. Éste solía llamarse comadrón de las almas.

<sup>28</sup> Burla sobre las espesas cejas de Querefón y la calva de Sócrates.



EL DISCÍPULO

Muy ingeniosamente. Derritió un poco de cera, y cogiendo la pulga sumergió en ella sus patitas. Cuando se enfrió la cera, quedó la pulga con una especie de sandalias persas<sup>29</sup>. Se las descalzó Sócrates y midió con ellas la distancia recorrida por el salto.

ESTREPSÍADES

¡Supremo Zeus, que inteligencia tan sutil!

EL DISCÍPULO

¿Pues qué dirás si te cuento otra invención de Sócrates?

ESTREPSÍADES

¿Cuál? Dímelas, te lo ruego.

EL DISCÍPULO

El mismo Querefón Esfeteniense le preguntó si creía que los mosquitos zumbaban con la trompa o con el trasero.

ESTREPSÍADES

¿Y qué dijo de los mosquitos?

EL DISCÍPULO

Dijo que el intestino del mosquito es muy angosto, y que a causa de su estrechez el aire pasa con gran violencia hasta el trasero, y como el orificio de éste comunica con el intestino, el trasero produce el zumbido por la violencia del aire.

ESTREPSÍADES

Por lo tanto, el trasero de los mosquitos es una trompeta. ¡Oh tres veces bienaventurado el autor de tal descubrimiento! Fácilmente obtendrá la absolución de un reo quien conoce tan bien el intestino del mosquito.

---

<sup>29</sup> Calzado de mujer. Vid. Lisístrata, 229; Las fiestas de Deméter 734; Las mujeres en la asamblea, 319.

EL DISCÍPULO

Poco ha una salamandra le hizo perder un gran pensamiento.

ESTREPSÍADES

Dime de qué manera.

EL DISCÍPULO

Observando de noche el curso y las revoluciones de la luna, miraba al cielo con la boca abierta, y entonces una salamandra le arrojó su excremento desde el techo.

ESTREPSÍADES

¡Linda salamandra que hace sus necesidades en la boca de Sócrates!

EL DISCÍPULO

Ayer por la tarde no teníamos cena.

ESTREPSÍADES

¡Hem! ¿Y qué inventó para encontrar comida?

EL DISCÍPULO

Extendió polvo sobre la mesa, dobló una barrita de hierro<sup>30</sup>, y, recogiendo después el compás, escamoteó un vestido de la palestra.

ESTREPSÍADES

¿Por que admiramos aún a Tales? Abre, abre prontamente la escuela, y preséntame a Sócrates cuanto antes. Me impaciento por ser su discípulo. ¡Vivo! abre la puerta. ¡Oh Heracles! ¿De qué país son estos animales?<sup>31</sup>

EL DISCÍPULO

¿De qué te admiras? ¿Con quiénes les encuentras semejanza?

---

<sup>30</sup> Como para hacer una demostración de geometría.

<sup>31</sup> Esta transición indica que la puerta se abre y se ve el interior de la escuela.

ESTREPSÍADES

Con los Lacedemonios hechos prisioneros en Pilo<sup>32</sup> ¿Pero por qué miran ésos a la tierra?

EL DISCÍPULO

Investigan las cosas subterráneas.

ESTREPSÍADES

Entonces buscan cebollas. No os cuidéis más de eso: yo sé dónde las hay hermosas y grandes. ¿Y qué hacen esos otros con el cuerpo inclinado?

EL DISCÍPULO

Investigan los abismos del Tártaro.

ESTREPSÍADES

¿Para qué mira al cielo su trasero?

EL DISCÍPULO

Es que aprende astronomía por su parte. Pero entrad, no sea que el maestro nos sorprenda.

ESTREPSÍADES

No, todavía no: que estén aquí; tengo que comunicarles un asuntillo mío.

EL DISCÍPULO

Es que no pueden permanecer largo tiempo al aire y en el exterior.

ESTREPSÍADES

¡En nombre de los dioses! ¿qué son estas cosas? Decídmelo.

---

<sup>32</sup> Alude al mal aspecto que éstos debieron presentar a causa del hambre sufrida durante el sitio de aquella ciudad. Vid. Caballeros, passim. Tucídides, IV, 15, 2938.

EL DISCÍPULO

Ésa es la astronomía.

ESTREPSÍADES

¿Y ésta?

EL DISCÍPULO

La geometría.

ESTREPSÍADES

¿Para qué sirve la geometría?

EL DISCÍPULO

Para medir la tierra.

ESTREPSÍADES

¿La que se distribuye a la suerte?

EL DISCÍPULO

No. Toda la tierra.

ESTREPSÍADES

¡Gracioso dicho! He aquí una idea muy popular y útil<sup>33</sup>.

EL DISCÍPULO

He aquí todo el circuito de la tierra. ¿Ves? Aquí está Atenas.

ESTREPSÍADES

¿Qué dices? No te creo. No veo a los jueces en sesión<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> PLUTARCO (Vida de Pericles, 34) asegura que Pericles calmó la irritación del pueblo contra la guerra prometiendo distribuir los campos conquistados. Después de la toma de Mitilene, realizó esta promesa, dividiéndola en tres mil lotes (TUC. III, 50).

<sup>34</sup> Alusión a la manía de juzgar de los Atenienses, criticada en Las avispas.

EL DISCÍPULO

Sin embargo, éste es verdaderamente el territorio del Ática.

ESTREPSÍADES

¿Y dónde están los Cicinenses mis compatriotas?

EL DISCÍPULO

Helos aquí; y mira también la Eubea, que, como ves, es muy larga.

ESTREPSÍADES

Lo sé: Pericles y vosotros la habéis sometido a mil torturas<sup>35</sup> Pero ¿dónde está Lacedemonia?

EL DISCÍPULO

¿Que dónde está? Hela aquí.

ESTREPSÍADES

¡Cuán cerca de nosotros! Meditad sobre esto y alejadla todo lo que se pueda.

EL DISCÍPULO

Por Zeus, eso es imposible.

ESTREPSÍADES

Pues ya os pesará. ¡Calla! ¿y quién es ese hombre suspendido en el aire en un cesto?

EL DISCÍPULO

Él.

ESTREPSÍADES

¿Quién es él?

---

<sup>35</sup> El verbo griego *παρτείνω* significa extender y torturar.

EL DISCÍPULO

Sócrates.

ESTREPSÍADES

¡Sócrates! Anda y llámale fuerte.

EL DISCÍPULO

Llámale tú; que yo no tengo tiempo.

ESTREPSÍADES

¡Sócrates! ¡Sócrates!

SÓCRATES

Mortal<sup>36</sup>. ¿Por qué me llamas?

ESTREPSÍADES

Ante todo, te ruego que me digas qué es lo que haces ahí.

SÓCRATES

Camino por los aires y contemplo el Sol.

ESTREPSÍADES

Por tanto, ¿miras<sup>37</sup> a los dioses desde tu cesto y no desde la tierra?  
Si no es que...

SÓCRATES

Nunca podría investigar con acierto las cosas celestes si no suspendiese mi alma y mezclase mis pensamientos con el aire que se les parece<sup>38</sup>. Si permaneciera en el suelo para contemplar las regiones superiores no podría descubrir nada porque la tierra atrae a

---

<sup>36</sup> La palabra griega es mucho más enfática, y literalmente traducida significa efímero, criatura de un día.

<sup>37</sup> *Υπερφρονεω* significa mirar de alto a bajo (despicere) y también menospreciar.

<sup>38</sup> Alusión a las ideas de Anaxímenes Milesio, que decía eran principio de todas las cosas el aire y el infinito y que el alma se parecía a aquel primer elemento.

sí los jugos del pensamiento lo mismo exactamente que sucede con los berros.

ESTREPSÍADES

¿Qué hablas? ¿El pensamiento atrae la humedad de los berros? Pero, querido Sócrates, baja, para que me enseñes las cosas que he venido a aprender.

SÓCRATES

¿Qué es lo que te ha hecho venir?

ESTREPSÍADES

El deseo de aprender a hablar. Los usureros los acreedores más intratables me persiguen sin descanso y destruyen los bienes que les he dado en prenda.

SÓCRATES

¿Cómo te has llenado de deudas sin darte cuenta?

ESTREPSÍADES

Me ha arruinado la enfermedad de los caballos, cuya voracidad es espantosa. Pero enséñame uno de tus dos discursos, aquel que sirve para no pagar. Sea cual fuere el salario que me pidas, juro por los dioses que te lo he de satisfacer.

SÓCRATES

¿Por qué dioses juras? En primer lugar, es preciso que sepas que los dioses no son ya moneda corriente entre nosotros.

ESTREPSÍADES

¿Pues por quién juráis? Acaso por las monedas de hierro, como en Bizancio.

SÓCRATES

¿Quieres conocer perfectamente las cosas divinas y saber sin engaño lo que son?

ESTREPSÍADES

Sí, por Zeus, a ser posible.

SÓCRATES

¿Y hablar con las Nubes, nuestras divinidades?

ESTREPSÍADES

Mucho más.

SÓCRATES

Siéntate, pues, en el lecho sagrado.

ESTRIEPSIADES

Ya estoy sentado.

SÓCRATES

Coge esta corona.

ESTREPSÍADES

¿Para qué la corona? ¡Ay de mí!, Sócrates, no me sacrificarás como a Átamas<sup>39</sup>.

SÓCRATES

No: hacemos todas estas ceremonias con los iniciados.

ESTREPSÍADES

¿Y qué ganaré con esto?

---

<sup>39</sup> Alusión a una tragedia de Sófocles en que Átamas era llevado al sacrificio coronado de flores. Átamas abandonó a su mujer Nefele (la Nube), que se refugió en el Cielo, haciendo sufrir una prolongada sequía al país de su marido. Éste, para evitar tamaño azote, se ofreció a sí mismo en sacrificio; pero en el momento de ir a ser inmdado fue salvado por Heracles. El recuerdo de Átamas, con preferencia a otra víctima, es muy natural en esta comedia por la circunstancia de ser marido de la Nube.



SÓCRATES

Llegarás a ser un molino de palabras, un verdadero cascabel, fino como la flor de la harina: pero no te muevas.

ESTREPSÍADES

No me engañas, por Zeus; si continúas empolvándome de ese modo me convertiré pronto en flor de harina<sup>40</sup>.

SÓCRATES

Es necesario guardar silencio, anciano, y escuchar atentamente mis súplicas. Soberano señor, Aire inmenso que rodeas la sublime tierra, Éter luminoso, y vosotras Nubes diosas venerables, que engendráis los rayos y los truenos, levantaos, soberanas mías, y mostraos al filósofo en las alturas.

ESTREPSÍADES

No, todavía no, hasta que me cubra la cabeza con el manto doblado, no sea que me moje. ¡Pobre de mí! haber salido de casa sin mi montera de piel de perro.

SÓCRATES

Venid pues, oh Nubes venerables, y mostraos ante él, ora ocupéis la sagrada cumbre del nevado Olimpo, ora forméis con las Ninfas la danza sagrada en los jardines del padre Océano, ora recojáis en urnas de oro las aguas del Nilo, ora residáis en la laguna Meotis, o sobre las nevadas rocas del Mimas; oídme, aceptad mi sacrificio y mirad complacidas estas sagradas ceremonias.

CORO DE NUBES

Del seno mugiente del Océano, nuestro padre, levantémonos, Nubes eternas, ligeras por nuestra naturaleza vaporosa, a las altas cumbres de los montes coronados de árboles seculares. Desde ellas veremos

---

<sup>40</sup> Sócrates (según el escoliasta) esparcía harina sobre la cabeza de Estrepsíades, como se acostumbraba a hacer con las tortas de los sacrificios.

a lo lejos el horizonte montuoso, la tierra sagrada, madre de los frutos, el curso de los ríos divinos, y el mar que murmura profundamente. Puesto que el ojo infatigable del Éter brilla siempre con resplandeciente luz, disipemos la niebla oscura que nos rodea, y mostrémonos a la tierra con todo el esplendor de nuestra belleza inmortal.

SÓCRATES

Indudablemente, habéis escuchado mis votos ¡oh Nubes venerables!  
¿Has oído tú su voz acompañada de los mugidos del trueno?

ESTREPSÍADES

Yo también os adoro, santas Nubes, y quiero responder a vuestros truenos<sup>41</sup>; a ello me obligan el miedo y el temblor; así que, sea o no lícito, quiero desahogarme<sup>42</sup>.

SÓCRATES

No te burles, ni hagas lo que esos cómicos miserables<sup>43</sup> ¡Silencio!  
Una multitud de diosas se adelantan cantando.

CORO

Vírgenes imbríferas<sup>44</sup> vamos a visitar el pingüe territorio de Palas y la amable tierra de Cécrope, patria de tan grandes hombres, donde se celebra el culto de los sagrados misterios, se ven el santuario místico de las santas iniciaciones<sup>45</sup>, las ofrendas a los habitantes del Olimpo, los elevados templos y las estatuas de los dioses, las procesiones religiosas, los sacrificios a las coronadas divinidades y los festines de todas las estaciones; y, cuando con la primavera vuelve la fiesta

---

<sup>41</sup> Vestrisque volo tonitribus oppeaere.

<sup>42</sup> Volo cacare.

<sup>43</sup> Literalmente tiznados con heces de vino.

<sup>44</sup> ὀμβροφοροί en el original.

<sup>45</sup> El templo de Demeter Eleusis.

de Baco, los certámenes de los resonantes coros, y el grave sonido de las flautas.

ESTREPSÍADES

¡Por Zeus! Sócrates, dime: ¿quiénes son aquellas mujeres que han cantado con tanta majestad? ¿Son algunas heroínas?

SÓCRATES

No; éstas son las celestes Nubes, grandes diosas de los hombres ociosos; que nos dan el pensamiento, la palabra y la inteligencia, el charlatanismo, la locuacidad, la astucia y la comprensión.

ESTREPSÍADES

He aquí por qué al oírlas parece que mi alma va a volar, y ya desea discutir sobre sutilezas, hablar del humo; contradecir y oponer argumentos contra argumentos. Así es que desearía, si fuese posible, verlas personalmente.

SÓCRATES

Mira hacia aquel lado, hacia el monte Parneto. Yo las veo descender con lentitud.

ESTREPSÍADES

¿Dónde? Enséñame.

SÓCRATES

Míralas; vienen oblicuamente en gran número, a través de los valles y los bosques.

ESTREPSÍADES

Pero ¿qué es esto? ¡Si no las distingo!

SÓCRATES

Ahí, junto a la entrada.

ESTREPSÍADES

Al fin las entreveo.

SÓCRATES

Ahora las verás perfectamente si no tienes telarañas en los ojos <sup>46</sup>.

ESTREPSÍADES

Sí, por Zeus: ¡oh diosas venerables! ya ocupan toda la escena.

SÓCRATES

¡Y tú que ignorabas su existencia y no las tenías por diosas!

ESTREPSÍADES

No por cierto: pero las creía niebla, humo o rocío.

SÓCRATES

¡Por Zeus! ¿no sabes que éstas alimentan a multitud de sofistas, a los adivinos de Turios, a los médicos, a los holgazanes que no se ocupan más que de sus uñas, sortijas y cabellos, a los autores de ditirambos y a los charlatanes de vaciedades sublimes? A todos éstos los alimentan, porque las celebran en sus cantos.

ESTREPSÍADES

¿Por eso cantan en sus versos el ímpetu veloz de las húmedas Nubes que lanzan deslumbradores relámpagos, los cabellos erizados de Tifón, el de las cien cabezas. y las tempestades furiosas como aves de rapiña, que vuelan por el éter, nadando por el aire y los torrentes de lluvia que derraman las Nubes?<sup>47</sup> Y en premio de estos versos se comen los más grandes peces y la carne delicada de los tordos.

SÓCRATES

¿Por causa de ellas, no es justo?

---

<sup>46</sup> Nisi gramias in oculis habes instar cucurbitae,

<sup>47</sup> Parodia del estilo hinchado e incoherente que solían emplear los malos poetas ditirámbicos.

ESTREPSÍADES

Pero dime: si en realidad son Nubes; en que consiste que parecen mujeres y sin embargo no lo son?

SÓCRATES

¿Pues qué son entonces?

ESTREPSÍADES

No lo sé bien: ahora me parecen copos de lana, pero de ninguna manera mujeres. Éstas, sin embargo, tienen narices.

SÓCRATES

Vamos, responde a mis preguntas.

ESTREPSÍADES

Pregunta lo que quieras.

SÓCRATES

¿No has visto alguna vez, mirando al cielo, una Nube parecida a un centauro, a un leopardo, a un lobo o a un toro?

ESTREPSÍADES

Sí, en verdad; ¿y a qué viene esto?

SÓCRATES

A probarte que se transforman como quieren. Así, cuando ven a un hombre de larga cabellera y pecho velludo como el hijo de Jenofante, se burlan de su locura, cambiándose en centauros.

ESTREPSÍADES

¿Y qué hacen cuando ven a Simón, ladrón del tesoro público?

SÓCRATES

Para poner de manifiesto sus costumbres, se transforman en lobos.

ESTREPSÍADES

Por eso ayer al distinguir a Cleónico, que arrojó su escudo para huir, al verle tan cobarde se cambiaron en ciervos.

SÓCRATES

Y ¿ves ahora? Al mirar a Clístenes se han transformado en mujeres.

ESTREPSÍADES

¡Salud, oh diosas! Si alguna vez lo habéis hecho por un mortal, romped vuestro silencio y dejad oír vuestra celeste voz, reinas omnipotentes.

CORO

Salud, investigador de la sabiduría: y tú, sacerdote de las vaciedades más inútiles, di para qué nos necesitas. Porque a ningún sofista de los que investigan las cosas del cielo escuchamos con tanto placer como a ti, excepto a Pródico: a éste le atendemos por su ingenio y por su ciencia; a ti por tu andar arrogante, por tu mirar desdeñoso, tu sufrimiento en caminar desnudo, y la majestad que imprimes a tu fisonomía.

ESTREPSÍADES

¡Oh Tierra, qué voz tan sagrada, venerable y prodigiosa!

SÓCRATES

Es que ellas son las únicas diosas; todas las demás son pura ficción.

ESTREPSÍADES

Pero entonces, dime, por la sagrada Tierra: ¿Zeus olímpico no es dios?

SÓCRATES

¿Cuál Zeus? Tú te burlas. No hay tal Zeus.

ESTREPSÍADES

¿Qué estás diciendo? ¿,Pues quién hace llover? Demuéstrame esto antes de todo.

SÓCRATES

Ellas: y voy a demostrarlo con grandes razones. ¿Has visto alguna vez que Zeus haga llover sin Nubes? Si fuese él, sería necesario que lloviese estando el cielo sereno y después de haberlas disipado.

ESTREPSÍADES

Perfectamente: por Apolo, tu argumento me ha convencido. Yo creía antes, como cosa cierta, que Zeus para hacer llover orinaba en una criba. Pero dime: ¿quién produce el trueno? Esto me hace temblar.

SÓCRATES

Las Nubes truenan cuando se revuelven sobre sí mismas.

ESTREPSÍADES

¿De qué manera, hombre audaz?

SÓCRATES

Cuando están muy llenas de agua y se ponen en movimiento arrastradas por su propio peso, al caer se entrechocan y rompen con estrépito.

ESTREPSÍADES

Pero ¿quién las empuja para que se entrechoquen? ¿Acaso Zeus?

SÓCRATES

De ningún modo: las empuja el Torbellino etéreo.

ESTREPSÍADES

¿El Torbellino? En verdad, ignoraba que Zeus no existía y que reinaba por él el Torbellino. Pero nada me has enseñado todavía del fragor de los truenos.

SÓCRATES

¿No me has oído decir que cuando las Nubes llenas de agua caen unas sobre otras producen ese fragor a causa de su densidad?

ESTREPSÍADES

¿Y cómo he de creer eso?

SÓCRATES

Observando lo que a ti mismo te sucede, como voy a demostrarte. Cuando en las Panateneas cenas tanto que se te desarregla el vientre; ¿no has notado que éste produce de repente algunos ruidos?

ESTREPSÍADES

Sí a fe mía: y en seguida me atormenta, y se revuelve, ruge como el trueno, y después estalla con estrépito. Primero hace, con ruido apenas perceptible, pax; luego papax, en seguida papappax, y cuando hago mis necesidades es un verdadero trueno pappappax, lo mismo que las Nubes.

SÓCRATES

Considera el gran ruido que haces con tu pequeño vientre: ¿será, pues, inverosímil el que el aire inmenso truene con estrepitoso fragor? Por eso las palabras trueno y ventosidad son semejantes.

ESTREPSÍADES

Pero dime: ¿de dónde provendrá el rayo resplandeciente que a unos los reduce a cenizas y a otros los toca sin matarlos? Evidentemente Zeus es quien lo lanza contra los perjuros.

SÓCRATES

Pobre tonto, más viejo que el tiempo, la luna y el pan! ¿Cómo, si hiere a los perjuros. no ha abrasado ni a Simón, ni a Cleónimo, ni a Teoro? Éstos son no poco perjuros. Sin embargo, vemos que hiere a su propio templo, al promontorio Sunio, y a las gigantescas encinas. ¿Por qué causa? Una encina jamás es perjura.

ESTREPSÍADES

No lo sé, pero me parece que discurre bien. Pero dime: ¿qué es el rayo?



SÓCRATES

Si un viento seco se eleva y se encierra dentro de las Nubes, las hincha como si fueran una vejiga; después cuando su misma fuerza las revienta se escapa violentamente comprimido por su densidad, y el ímpetu terrible con que estalla hace que se encienda a sí mismo.

ESTREPSÍADES

En verdad, lo mismo me sucedió una vez en las fiestas de Zeus. Asaba para mi familia un vientre sin haber tenido la precaución de hacerle algunas incisiones; se había hinchado mucho, y de repente reventó por medio y me saltó a los ojos su interior quemándome la cara.

CORO

¡Oh tú que deseas aprender los arcanos de la ciencia, cuán dichoso serás entre los Atenienses y los demás Griegos si tienes memoria y aplicación y un alma constante para el sufrimiento; si no te cansas ni de permanecer quieto, ni de caminar; si no te hace mella el frío, ni deseas comer; si te abstienes del vino, de los ejercicios gimnásticos y de otras necedades, y piensas que es lo mejor y lo más propio de un hombre digno el sobresalir en las obras, en los consejos y en los combates de la palabra!

ESTREPSÍADES

Si te hace falta un alma dura e insensible a los desveladores cuidados, y un estómago frugal acostumbrado a las privaciones y capaz de alimentarse con ajedrea, puedes contar conmigo; mi cuerpo es tan duro como un yunque.

SÓCRATES

Promete también no reconocer ya más dioses que los que nosotros veneramos en concepto de tales; a saber: el Caos, las Nubes y la Lengua; he aquí las tres divinidades.

ESTREPSÍADES

Nunca hablaré de otras aunque me tropezase con ellas, ni las honraré con sacrificios, libaciones ni incienso.

CORO

Pide ahora confiadamente lo que deseas de nosotros, y lo obtendrás, si nos honras, nos admiras y procuras ser hombre hábil.

ESTREPSÍADES

¡Oh dioses! Lo que os pido es lo menos que puede pedirse; haced tan sólo que sea el más elocuente de los Griegos.

CORO

Concedido: ningún hombre de estos tiempos te superará en hacer bellos discursos.

ESTREPSÍADES

No: eso no es lo que deseo, porque, a mí jamás se me ocurre pronunciar grandes sentencias. Tan sólo quiero resolver en mi favor los pleitos y escapar de las manos de los acreedores.

CORO

Se cumplirá lo que deseas, pues no apeteces cosas imposibles. Ponte confiadamente en manos de uno de nuestros sacerdotes.

ESTREPSÍADES

Haré lo que me mandáis, pues la necesidad aprieta por causa de los caballos y el matrimonio, que me han perdido. Hagan éstos de mí ahora todo cuanto les plazca; yo les entrego mi cuerpo para que lo destrocen a fuerza de golpes, hambre, sed, calor y frío, y si quieren conviertan mi piel en una bota, con tal que no pague mis deudas y pase por hombre atrevido, charlatán, temerario, sin vergüenza, costal de mentiras, inventor de frases, trillado en los pleitos, litigante perpetuo, molino de palabras, zorro astuto, penetrante barreno, correa flexible, disimulado, escurridizo, fanfarrón, insensible como el nudo de las maderas, impuro, veleta, y parásito

impudente. Si todos los que me encuentran, llegan a saludarme con todos estos calificativos, hagan mis maestros cuanto les agrade de mi persona; y si les gusta, por Demeter, embutan mis intestinos y sírvanselos a los filósofos.

CORO

Este hombre tiene una voluntad pronta y valiente. Ten entendido que la ciencia que te vamos a enseñar te hará conseguir tal gloria entre los mortales, que te levantará hasta el cielo.

ESTREPSÍADES

Y ¿qué me Sucederá?

CORO

Que mientras vivas, gozarás con nosotras una existencia extremadamente feliz.

ESTREPSÍADES

¿Acaso llegaré a ver eso?

CORO

Habrá constantemente muchos sentados a tu puerta, deseando consultarte, hablar contigo y deliberar sobre infinitos pleitos y negocios en que se cruzarán sumas inmensas. (A Sócrates) Pero enseña al viejo algunas de tus lecciones, sondea su espíritu y explora los alcances de su ingenio.

SÓCRATES

Ea, dime qué clase de carácter tienes, para que, una vez conocido, pueda dirigir contra él nuevas máquinas.

ESTREPSÍADES

¡Cómo! ¿Acaso piensas asaltarme como si fuera una muralla?

SÓCRATES

No: solamente quiero hacerte algunas breves preguntas. En primer lugar, ¿tienes memoria?

ESTREPSÍADES

Sí, por cierto, y de dos clases. Si me deben, tengo una memoria excelente; pero si debo ¡pobre de mí! soy muy olvidadizo.

SÓCRATES

¿Tienes alguna disposición natural para la elocuencia?

ESTREPSÍADES

Para la elocuencia no, pero sí para el fraude.

SÓCRATES

Entonces ¿cómo podrás aprender?.

ESTREPSÍADES

Perfectamente, no te inquietes por eso.

SÓCRATES

Ea, manos a la obra; en cuanto yo te proponga alguna cuestión sobre las cosas celestes, te apoderas de ella inmediatamente.

ESTREPSÍADES

¡Qué! ¿Es preciso atrapar la sabiduría como un perro arrebatada una tajada?

SÓCRATES

¡Vaya un hombre ignorante y bárbaro! Me parece, anciano, que vas a necesitar algún correctivo. Vamos a ver, ¿qué haces cuando alguno te apalea?

ESTREPSÍADES

Me dejo apalear; después tomo testigos; en seguida ejercito mi acción ante el tribunal.

SÓCRATES

Ea, quítate el vestido.

ESTREPSÍADES

¿Te he ofendido en algo?

SÓCRATES

No; pero la costumbre es entrar desnudo<sup>48</sup>.

ESTREPSÍADES

Yo no vengo aquí a buscar ninguna cosa robada<sup>49</sup>.

SÓCRATES

Abajo el vestido. ¿A qué decir tantas sandeces?

ESTREPSÍADES

Dime sólo una cosa. Si soy muy aplicado y estudio con grande afán  
¿a cuál de tus discípulos me pareceré?

SÓCRATES

Serás enteramente semejante a Querefón.

ESTREPSÍADES

¡Ay desgraciado de mí! Entonces seré un cadáver ambulante.

SÓCRATES

No charles tanto. Apresúrate y sígueme hacia ese lado

ESTREPSÍADES

Dame antes una torta de miel, porque, al entrar ahí, siento tanto  
miedo como si bajase a la cueva de Trofonio<sup>50</sup>.

---

<sup>48</sup> Como en los misterios.

<sup>49</sup> El que penetraba en una casa para buscar un objeto que le había sido robado y que suponía se hallaba escondido debía, para evitar fraude, despojarse de sus vestidos.

SÓCRATES

Anda: ¿por qué te detienes en la puerta?

CORO

Marcha regocijado, sin que disminuya tu valor por eso. Ojalá tenga feliz éxito la empresa de este hombre, que en edad provecta ilustra su inteligencia con ideas nuevas y cultiva la sabiduría<sup>51</sup>.

Espectadores, os diré francamente la verdad; lo juro por Baco, de quien soy discípulo. Así salga yo vencedor y sea tenido por sabio, como es cierto, que creyéndoos personas de buen gusto sometí por primera vez a vuestra aprobación esta comedia, la mejor de las mías, trabajada con exquisito esmero. Y sin embargo, a pesar de no merecer tal desgracia, fui vencido por rivales ineptos. Por esto me quejo de vosotros, ilustrados jueces, a quienes dediqué mis trabajos. Pero no por tal motivo he de recusar la opinión de los doctos, ante quienes es tan agradable comparecer, y que oyeron con tanta complacencia a mi Prudente y mi Deshonesto<sup>52</sup> cuando yo, virgen aún porque no me era lícito parir<sup>53</sup> expuse el fruto de mi ingenio, que recogido por otra madre<sup>54</sup> fue educado liberalmente por vosotros; desde lo cual creía tener asegurada vuestra benevolencia. Ahora, pues, se presenta mi Comedia como una nueva Electra buscando con la vista a aquellos sabios espectadores; y de seguro que reconocerá, en cuanto lo vea, el rizo de su hermano. Reparad la decencia de sus costumbres. Es la primera que aparece en la escena sin venir armada de un instrumento de cuero, rojo por la punta, grueso y a propósito para hacer reír a los niños<sup>55</sup>; que no se burla de

---

<sup>50</sup> Con objeto de impedir el que pudieran ser reconocidos los resortes de la cueva de este célebre oráculo, los que penetraban en ella llevaban las manos ocupadas con tortas de miel para evitar, según decían los sacerdotes, las mordeduras de las serpientes.

<sup>51</sup> Principia la parábasis.

<sup>52</sup> Personajes de la primera comedia de Aristófanes Los convidados.

<sup>53</sup> No tenía edad suficiente para estrenar comedias.

<sup>54</sup> Alude a Filónides y Calístrato, que presentaron como suya la primera comedia de Aristófanes.

<sup>55</sup> Descripción del falo.

los calvos ni baila el córdax<sup>56</sup>; que no introduce un viejo golpeando con su bastón a todos los que encuentra para disimular la grosería de sus chistes, ni asalta la escena agitando una antorcha y gritando ¡Jo! ¡Jo!; ni confía más que en sí misma y sus versos. Y yo, que soy su autor, ciertamente no me enorgullezco<sup>57</sup> por tal cosa, ni procuro engañaros, presentándola dos y tres veces. Sino que siempre invento comedias nuevas, que no se parecen entre sí y son todas bellas e ingeniosas. Cuando Cleón estaba en todo su poder yo le he atacado frente a frente<sup>58</sup>, pero en cuanto cayó cesé de insultarle. Los demás poetas, desde que Hipérbolo dio el ejemplo, atacan sin cesar al desgraciado sin perdonar ni a su madre. El primero de todos fue Éupolis, el cual presento en escena su Maricás que no era otra cosa que un mal arreglo de mis Caballeros; sólo añadió una vieja embriagada que bailase el córdax, personaje inventado mucho tiempo hace por Frínico<sup>59</sup>, que la exponía a la voracidad de un monstruo marino. Después Hermipo presentó a Hipérbolo; y todos los demás cayeron sobre Hipérbolo imitando mi comparación de las anguilas. ¡Ojalá los que ríen en sus comedias no se diviertan con las mías! En cuanto a vosotros, que os deleitáis con mi persona e invenciones, seréis considerados en el porvenir como personas de buen gusto.

### SEMICORO

Invoco primeramente en favor de este coro al gran Zeus, rey del cielo y señor de los dioses; después al prepotente numen cuyo tridente irresistible conmueve la tierra y los salados mares; y a ti, nuestro ilustre padre, venerable Éter, alma de todas las cosas; y a ti, oh Sol, domador de corceles, que vivificas la tierra con tus brillantes rayos, y eres divinidad poderosa entre los inmortales y los hombres.

---

<sup>56</sup> Baile lascivo usado en la comedia antigua.

<sup>57</sup> El verbo *κομίζω* significa enorgullecerse y tener buenos cabellos. Aristófanes era calvo, por lo cual esta palabra es muy graciosa en sus labios.

<sup>58</sup> Literalmente: “Le he herido en el vientre”. Alude a Los caballeros.

<sup>59</sup> Frínico el comediógrafo.

CORO

Sabios espectadores, parad en esto la atención.. Nos quejamos de la injusticia con que nos tratáis; puesto que recibiendo de nosotras vuestra ciudad más beneficios que de todos los demás dioses, sin embargo, ni sacrificáis ni hacéis libaciones en honor de vuestras conservadoras. Si se decreta alguna expedición insensata, inmediatamente tronamos o lloremos. Cuando elegisteis general al zurrador Paflagonio<sup>60</sup>, enemigo de los dioses, fruncimos las cejas y dimos muestras de grande indignación; brilló el rayo acompañado de los estallidos del trueno; la luna abandonó su acostumbrado camino; y el sol<sup>61</sup>, retirando su antorcha, negó sus resplandores a la tierra si Cleón era general. Sin embargo, le elegisteis, y desde entonces dicen que todas vuestras determinaciones son desacertadas, pero que los dioses convierten en buenas las faltas que cometéis. Os enseñaremos fácilmente la manera de aprovecharos de esto: apoderaos de Cleón, de esa paviota voraz, y, después de condenarle por ladrón y sobornador, encabrestadlo y ahorcadlo contra una viga: de esta manera repararéis vuestra falta y conseguiréis que produzca resultados en favor de la república.

SEMICORO

Acude tú también, Febo soberano, dios de Delos, habitante de las elevadas y rocallosas cumbres del Cintio; y tú, Ártemis inmortal, que tienes en Éfeso templo de oro, donde te sirven magníficamente las hijas de los Lidios; y tú, Atenea, diosa de nuestra patria, señora de la égida, patrona de esta ciudad; y tú alegre Baco, que vagas por la cima del Parnaso, al resplandor de las teas, entre las bacantes de Delfos.

CORO

Cuando íbamos a marchar, la luna se ha acercado a nosotros y nos ha encargado en primer lugar que saludemos a los Atenienses y a

---

<sup>60</sup> Cleón, en Los caballeros.

<sup>61</sup> Aristófanes parece aludir al eclipse que, según Tucídides, tuvo lugar el año octavo de la guerra del Peloponeso a la hora del medio día.



sus aliados. Después se ha mostrado enojada por la manera atroz con que la habéis tratado, cuando ella os presta mil servicios no de palabra sino de obra. Primeramente os economiza lo menos un dracma de luz cada mes; puesto que todos los que salen al oscurecer dicen a su criado: “No compres antorchas porque la luz de la luna es muy hermosa”. También dice que os hace otros muchos beneficios. Vosotros, en cambio, alteráis de un modo lamentable el orden de los días<sup>62</sup>. Así es que en todos ellos tiene que sufrir las quejas, de los dioses cuando vuelven a sus palacios frustradas sus esperanzas de una cena, que debía ofrecérseles según el primitivo orden de los días. Cuando es ocasión de hacer sacrificios, os halláis ocupados en los tribunales. Cuando una ayuna llorando la muerte de Memnón o Sarpedón<sup>63</sup>, otros ríen y beben. Por eso nosotras hemos arrebatado su corona a Hipérbolo cuando designado por la suerte acudía esta año a la asamblea de los Anficiones. Así aprenderá a arreglar los días conforme a las revoluciones de la luna.

SÓCRATES

Juro por la respiración, por el caos y por el aire, no haber visto nunca un hombre tan grosero, tan estúpido y tan olvidadizo. Las sutilezas más sencillas las olvida antes de haberlas aprendido. Sin embargo, le llamaré a la luz del día. ¡Hola, Estrepsíades! Sal aquí y tráete la cama.

ESTREPSÍADES

No me dejan llevarla las chinches.

SÓCRATES

Colócala pronto y préstame atención.

ESTREPSÍADES

Heme aquí.

---

<sup>62</sup> Este pasaje alude probablemente a la confusión que se introdujo en el calendario griego por causa del arreglo hecho por el astrónomo Metón.

<sup>63</sup> Hijos de Zeus.

SÓCRATES

¡Aa! dime: ¿cuál de las cosas que ignoras quieres aprender primero: los versos, la medida o el ritmo?

ESTREPSÍADES

La medida. Precisamente un comerciante de harina me defraudó el otro día dos kénices<sup>64</sup>.

SÓCRATES

No te pregunto eso; sino qué medida te parece más hermosa, la de tres o la de cuatro<sup>65</sup>.

ESTREPSÍADES

Ninguna hay mejor que el semisextario<sup>66</sup>.

SÓCRATES

¡Pobre hombre! Sólo dices necesidades.

ESTREPSÍADES

¿Qué apuestas a que el semisextario es la medida de cuatro?

SÓCRATES

¡ve enhoramala! ¡Cuidado que eres díscolo y grosero! Vamos a ver si aprendes con más facilidad algo del ritmo.

ESTREPSÍADES

¿De qué me servirá el ritmo para vivir?

---

<sup>64</sup> El Kénice ático (Xoiivu~) equivalía a litros 1,08.

<sup>65</sup> Literalmente el trímetro o el tetrámetro. Sócrates habla de la medida de los versos, y Estrepsíades entiende la medida ordinaria.

<sup>66</sup> El semisextario (*ἡμίεκτον*) valía cuatro kénices, lo que en Sentir del viejo equivale al tetrámetro.

SÓCRATES

Serás amable y chistoso cuando conozcas el ritmo enoplio<sup>67</sup> y el del dáctilo.

ESTREPSÍADES

¿El del dáctilo? Por Zeus, ya le conozco.

SÓCRATES

Pues dílo.

ESTREPSÍADES<sup>68</sup>

Éste. Cuando era joven me servía de este otro.

SÓCRATES

Eres tonto y grosero.

ESTREPSÍADES

Pero, desdichado, ¡si yo no quiero aprender ninguna de esas cosas!

SÓCRATES

¿Pues cuáles quieres?

ESTREPSÍADES

Aquel, aquel razonamiento injusto.

SÓCRATES

Pero antes es necesario aprender otras cosas. En primer lugar tienes que saber cuáles son los animales machos.

ESTREPSÍADES

¿Pues no lo sé, o acaso estoy loco? El carnero, el cabrán, el toro, el perro, el faisán...<sup>69</sup>

---

<sup>67</sup> El ritmo enoplio se componía de dos dáctilos y un espondeo.

<sup>68</sup> Dáctilo significa dedo. Estrepsíades usa esta palabra en un doble sentido, que debía comprenderse por medio de la acción.

SÓCRATES

¿Ves lo que haces? Llamas faisán a la hembra lo mismo que al macho.

ESTREPSÍADES

¿Cómo es eso?

SÓCRATES

¿Cómo? Faisán y faisán.

ESTREPSÍADES

Verdad es lo que dices, por Posidón ¿Pero de qué modo llamaré a la hembra?

SÓCRATES

Faisana y al otro faisán.<sup>70</sup>

ESTREPSÍADES

Faisana. Tienes razón, por el Aire. Sólo por eso he de llenar de trigo tu troj<sup>71</sup>.

SÓCRATES

Nueva falta. Haces masculino un nombre femenino.

ESTREPSÍADES

¿Cómo hago masculina la troj?

SÓCRATES

Lo mismo que diciendo Cleón<sup>72</sup>

---

<sup>69</sup> En griego, *ἀλεκτρυόν* - (gallo). Hacemos esta variación para que se entienda con más facilidad lo siguiente.

<sup>70</sup> *Ἀλεκτεράιναν τὸν δ' ἕτερον ἀλέκτορα.*

<sup>71</sup> Lit.: de harina tu artesa. Como todos los argumentos de Sócrates se fundan en tener *κάρδοποξ* (artesa) terminación masculina no obstante ser del género femenino, hemos tenido que buscar un equivalente para hacer inteligible el pasaje.

ESTREPSÍADES

¿Por qué razón? Explícate.

SÓCRATES

Dices troj lo mismo que Cleón.

ESTREPSÍADES

Pero, querido, si Cleón no tenía troj y amasaba la harina en un mortero redondo. Acabemos. ¿Cómo deberé decir?

SÓCRATES

¿Cómo? Diciendo troja como dices Sóstrata.

ESTREPSÍADES

¡Troja!

SÓCRATES

Así está bien.

ESTREPSÍADES

De modo que debe decirse troja, Cleona.

SÓCRATES

También debes aprender a distinguir en los nombres de las personas cuáles son masculinos y cuáles femeninos.

ESTREPSÍADES

Conozco perfectamente los que son femeninos.

SÓCRATES

Di algunos.

ESTREPSÍADES

Lisila, Fina, Clitágora, Demetria.

---

<sup>72</sup> El texto original dice: Cleónimo

SÓCRATES

¿Y qué nombres son masculinos?

ESTREPSÍADES

Muchísimos. Filóxeno, Melexias, Aminias.

SÓCRATES

Pero, tonto, éstos no son masculinos.

ESTREPSÍADES

¿No son masculinos para vosotros?

SÓCRATES

De ninguna manera. ¿Cómo dirás para llamar a Aminias?

ESTREPSÍADES

¿Cómo diré? así: ¡Aminia! ¡Aminia!<sup>73</sup>

SÓCRATES

¿Lo ves? Ya llamas a Aminias como si fuera una mujer.

ESTREPSÍADES

¿Y no es justo llamar así al que no va al ejército? ¿Pero para qué aprendo lo que todos sabemos?

SÓCRATES

Para nada, en verdad. Pero acuéstate ahí...

ESTREPSÍADES

¿Qué hago?

SÓCRATES

Pensar un Poco en tus asuntos.

---

<sup>73</sup> El vocativo de Aminias tiene en griego terminación igual a la femenina

ESTREPSÍADES

Por favor, no me mandes tenderme en esa cama Si es de todo punto preciso el acostarse, déjame meditar sobre el duro suelo.

SÓCRATES

Eso es imposible

ESTREPSÍADES

¡Infeliz de mí, cuánto me van a atormentar hoy las chinches!

SÓCRATES

Medita y reflexiona; reconcentra tu espíritu, y hazle discurrir en todos sentidos. Cuando tropieces con alguna dificultad, pasa inmediatamente a otro asunto, y así el dulce sueño huirá de tus párpados.

ESTREPSÍADES

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

SÓCRATES

¿Qué te pasa? ¿Qué te aflige?

ESTREPSÍADES

Perezco miserablemente; las chinches, que brotan de esta cama, me muerden, me desgarran los costados, me chupan la sangre, me ulceran todo el cuerpo<sup>74</sup> y me matan.

SÓCRATES

No te quejes tan fuerte.

ESTREPSÍADES

Cómo no he de gritar si he perdido mis bienes, mi sangre, mi alma y mis zapatos, y para colmo de males voy a perder aquí lo poco que me queda.

---

<sup>74</sup> Et testículos evellunt, et culum perfodiunt.

SÓCRATES

¡Eh, tú! ¿qué haces? ¿No meditas?

ESTREPSÍADES

Sí, por Posidón.

SÓCRATES

¿Y en qué piensas?

ESTREPSÍADES

Pienso en si dejarán algo de mí las chinches.

SÓCRATES

Te perderás sin remedio.

ESTREPSÍADES

¡Pero, buen hombre, si ya estoy perdido!

SÓCRATES

No desfallezcas, y envuélvete bien. Es preciso discurrir algún fraude, algún paliativo.

ESTREPSÍADES

¡Ay! ¿Quién me arrojará como paliativo una piel de carnero?

SÓCRATES

Ea, veré primeramente lo que hace éste. ¡Hola! ¿duermes?

ESTREPSÍADES

No, por Apolo.

SÓCRATES

¿Tienes algo?

ESTREPSÍADES

Nada tengo.



SÓCRATES

¿Nada absolutamente?

ESTREPSÍADES

Nada más que esto<sup>75</sup>

SÓCRATES

Cúbrete y discurre algo.

ESTREPSÍADES

¿Sobre qué? Contesta, Sócrates.

SÓCRATES

Di tú lo que quieres hallar primeramente

ESTREPSÍADES

¿No lo has oído mil veces? Quisiera hallar el medio de no pagar los intereses a ningún usurero

SÓCRATES

Pues manos a la obra, cúbrete, fija tu inteligencia en un pensamiento sutil y estudia minuciosamente el asunto, distingue bien sus diferentes partes y reflexionando sobre ellas.

ESTREPSÍADES

¡Ay de mí!

SÓCRATES

Tranquilízate; si tropiezas con alguna dificultad, sepárate de ella; y en seguida vuelve al mismo pensamiento y reflexiona sobre él.

ESTREPSÍADES

¡Ay, queridísimo Sócrates!

---

<sup>75</sup> Nihil, nisi penem hunc, quem teneo aextera.

SÓCRATES

¿Qué pasa, anciano?

ESTREPSÍADES

Ya he dado con un medio de no pagar los intereses.

SÓCRATES

Manifíéstalo.

ESTREPSÍADES

Di: ¿si yo comprase una hechicera de la Tesalia, que hiciera bajar de noche a la luna y la guardase después encerrada en una caja redonda, como si fuera un espejo...?

SÓCRATES

¿Para qué puede servirte...?

ESTREPSÍADES

¿Para qué? si la luna no volviese a salir, yo no tendría que pagar más intereses.

SÓCRATES

¿Cómo?

ESTREPSÍADES

Porque los intereses se pagan cada mes.

SÓCRATES

Perfectamente. Pero yo voy a proponerte otra astucia. Dime: si se dicta contra ti una sentencia que te condena al pago de cinco talentos, ¿cómo te arreglarás para que desaparezca?

ESTREPSÍADES

¿Cómo? ¿cómo? No sé; pero es preciso hallar un medio.

SÓCRATES

No concentres siempre el pensamiento dentro de ti mismo; dale suelta y déjalo volar como un escarabajo a quien se ata un hilo al pie para que no se escape.

ESTREPSÍADES

He hallado un medio ingeniosísimo para anular la sentencia; tú vas a ser de mi opinión.

SÓCRATES

¿Cuál?

ESTREPSÍADES

¿Has visto alguna vez en la tienda de los droguistas una piedra hermosa y diáfana, que sirve para encender fuego?

SÓCRATES

¿Hablas del cristal?

ESTREPSÍADES

Del mismo.

SÓCRATES

Y bien, ¿qué harías?

ESTREPSÍADES

Cogería el cristal, y cuando el escribano escribiera la sentencia, yo, permaneciendo bastante separado, derretiría<sup>76</sup> al sol el documento que me condenaba.

SÓCRATES

Ingeniosísimo, por las Gracias.

---

<sup>76</sup> Se escribía sobre tablas cubiertas de una ligera capa de cera.

ESTREPSÍADES

¡Qué placer, borrar una sentencia que me condena al pago de cinco talentos!

SÓCRATES

Vamos a ver si encuentras pronto esto.

ESTREPSÍADES

¿Qué?

SÓCRATES

El modo de contradecir la petición del demandante en un juicio, cuando ya vas a ser condenado, por falta de testigos.

ESTREPSÍADES

Eso es sumamente fácil.

SÓCRATES

Veamos.

ESTREPSÍADES

Cuando no quedase por sentenciar más que un pleito antes del mío, correría a ahorcarme.

SÓCRATES

Eso nada vale.

ESTREPSÍADES

¿Pues no ha de valer? Por los dioses, ¿quién me pondría pleito después de mi muerte?

SÓCRATES

Desvarías. Vete de aquí; no quiero enseñarte más.

ESTREPSÍADES

Por los dioses querido Sócrates, dime la causa.

SÓCRATES

Porque olvidas al instante todo cuanto se te enseña. y si no, dime:  
¿qué era lo que has aprendido primeramente?

ESTREPSÍADES

Veamos: ¿qué era lo primero? ¿Qué era aquello en que  
guardábamos el trigo?... ¡Ay de mí! ¿Qué era?

SÓCRATES

Veamos: ¿qué era lo primero?... ¿Qué era aquello en túpido de todos  
los viejos?

ESTREPSÍADES

¡Ah desdichado! ¿Qué será de mí? Soy perdido, por no haber  
aprendido a manejar bien la lengua. Vosotras, oh Nubes, dadme  
algún buen consejo.

CORO

Nosotras, anciano, te aconsejamos que si tienes educando a algún  
hijo lo envíes para que estudie por ti.

ESTREPSÍADES

Tengo un hijo bueno y hermoso; pero no quiere estudiar. ¿Qué haré?

CORO

¿Y tú toleras eso?

ESTREPSÍADES

Es vigoroso y de buena constitución, y desciende por parte de madre  
de la noble familia de Cesira. Me dirigiré a él, y si se niega, no  
como pan hasta que no lo eche de casa. Entra, tú, adentro y  
espérame un poco.

CORO

¿Reconoces<sup>77</sup> que nosotras te proporcionamos más bienes que todos los demás dioses? Porque ése está dispuesto a hacer todo cuanto le mandes. El pobre hombre queda atónito y deslumbrado por tu ingenio; procura sacar de él todo cuanto puedas, y que sea pronto, porque no suelen durar mucho tan buenas disposiciones.

ESTREPSÍADES

No, no permanecerás más en esta casa, lo juro por la Niebla: lárgate, y cómete las colmenas<sup>78</sup> de tu tío Megacles.

FIDÍPIDES

¡Desgraciado! ¿Qué te pasa, padre mío? Por Zeus olímpico, tú has perdido el seso.

ESTREPSÍADES

¡Mira, mira “Zeus olímpico”! ¡Qué estupidez! ¿A tu edad crees en Zeus olímpico?

FIDÍPIDES

¿De qué te ríes?

ESTREPSÍADES

De verte tan chiquillo dando crédito a todas esas vejeces. Acércate y sabrás muchas cosas: y aun te diré alguna que en cuanto la sepas te sentirás convertido en hombre; pero no se la digas a nadie.

FIDÍPIDES

Heme aquí. ¿Qué es ello?

ESTREPSÍADES

Acabas de jurar por Zeus.

---

<sup>77</sup> Dirigiéndose a Sócrates.

<sup>78</sup> Por ser lo que le resta de su antigua opulencia.

FIDÍPIDES

Es cierto.

ESTREPSÍADES

¡Mira que bueno es estudiar! No existe Zeus, querido Fidípides.

FIDÍPIDES

¿Pues quién?

ESTREPSÍADES

Reina el Torbellino, que ha expulsado a Zeus.

FIDÍPIDES

¿Qué estás disparatando?

ESTREPSÍADES

Sabe que es como te digo.

FIDÍPIDES

¿Quién dice eso?

ESTREPSÍADES

Sócrates el Meliense<sup>79</sup>, y Querefón, que conoce las huellas de una pulga.

FIDÍPIDES

¿Tan adelante has ido en tu locura que das crédito a esos atrabiliarios?

ESTREPSÍADES

Contén la lengua, y no murmures de esos hombres hábiles e inteligentes que, por economía, ni se rasuran, ni se perfuman, ni van nunca al baño para lavarse; mientras que tú disipas mis bienes, como si ya hubiese muerto. Pero ve cuanto antes y aprende por mí.

---

<sup>79</sup> Sócrates era de Atenas; pero Aristófanes le llama Meliense, porque el ateo Diágoras era natural de Melo (Milo).

FIDÍPIDES

¿Qué cosa buena puede aprenderse de ellos?

ESTREPSÍADES

Toda la sabiduría humana. Tú mismo has de conocer lo ignorante y estúpido que eres. Pero espérame aquí un momento<sup>80</sup>.

FIDÍPIDES

¡Ah! ¿qué haré? Mi padre está loco. ¿Le argüiré de demencia en los tribunales, o noticiaré su enfermedad a los confeccionadores de ataúdes?

ESTREPSÍADES

Vamos a ver: ¿cómo llamas a este pájaro?

FIDÍPIDES

Faisán.

ESTREPSÍADES

Bien, ¿y a esta hembra?

FIDÍPIDES

Faisán.

ESTREPSÍADES

¿Los dos lo mismo? eso es ridículo. En adelante no hables. Llama a ésta faisana y a aquél faisán.

FIDÍPIDES

¿Faisana dices? ¿Ésas son las grandes cosas que has aprendido de los hijos de la Tierra?

---

<sup>80</sup> Entra un momento en la casa, de donde sale con un gallo y una gallina en la mano, que aquí sustituimos por una pareja de faisanes, y repite la lección que antes recibió de Sócrates.



ESTREPSÍADES

Y otras muchas; pero a causa de mis años cuando aprendía algo se me olvidaba en seguida.

FIDÍPIDES

¿Por eso has perdido tu vestido?

ESTREPSÍADES

No lo he perdido; lo he dejado en la escuela.

FIDÍPIDES

¿Y qué has hecho de tus zapatos, pobre tonto?

ESTREPSÍADES

Los he perdido, como Pericles<sup>81</sup>, en lo que era necesario. Ea, anda, marchemos: si obedeces a tu padre, podrás delinquir sin cuidado alguno. No habías cumplido seis años, y aun balbuceabas, cuando yo te compré en las fiestas de Zeus un carrillo con el primer óbolo que gané administrando justicia en el Heliástico.

FIDÍPIDES

Algún día te pesará lo que haces.

ESTREPSÍADES

Bien, ya me obedeces. ¡He! Sócrates, sal aquí pronto; te traigo a mi hijo, a quien he convenido a duras penas.

SÓCRATES

Éste es un mozo inexperto y no acostumbrado a nuestros cestos colgantes.

FIDÍPIDES

Más acostumbrado estarías tú si te colgases.

---

<sup>81</sup> Alusión a la frase análoga de Pendes al dar cuenta de los diez talentos gastados en sobornar a los generales espartanos.

ESTREPSÍADES

¿No te irás al infierno? estás insultando a tu profesor.

SÓCRATES

¡Si te colgases, ha dicho! ¡Qué horrible pronunciación! ¡qué abrir la boca! ¿Cómo podrá aprender éste la manera de ganar un pleito, de entablar una demanda y de destruir los argumentos del contrario? Hipérbolo aprendió todo esto por un talento.

ESTREPSÍADES

No te apures y enséñale: porque tiene disposición natural. Cuando era pequeñito, ya construía casas, esculpía naves, fabricaba carritos de cuero y hacía ranas de cáscara de granada. Enséñale los dos razonamientos, el bueno, cualquiera que sea, y el malo, que triunfa del bueno por medio de la injusticia; o, por lo menos, enséñale el razonamiento injusto.

SÓCRATES

Lo aprenderá de los mismos razonamientos.

ESTREPSÍADES

Yo me retiro. Acuérdate de ponerle en estado de refutar todos los argumentos justos.

CORO<sup>82</sup>

EL RAZONAMIENTO JUSTO<sup>83</sup>

Sal aquí y muéstrate a los espectadores, tú que eres tan descarado.

---

<sup>82</sup> Los manuscritos indican que aquí interviene el Coro, pero no transcriben sus palabras. Aquí le correspondería cantar.

<sup>83</sup> El Razonamiento justo y el injusto eran traídos a la escena en jaulas de mimbre como dos gallos preparados para reñir.

Los nombres de estos dos personajes podrían traducirse también la causa Justa y la Causa Injusta.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO

Sea como gustes; al fin te derrotaré con más facilidad hablando ante la multitud.

EL JUSTO

¿Tú derrotarme? ¿Quién eres?

EL INJUSTO

Un razonamiento.

EL JUSTO

Sí, pero débil.

EL INJUSTO

Pues te venceré, aunque te crees más fuerte.

EL JUSTO

¿De qué modo?

EL INJUSTO

Inventando pruebas nuevas.

EL JUSTO

Eso está hoy de moda, gracias a esos necios.

EL INJUSTO

Di más bien a esos sabios.

EL JUSTO

Yo te derrotaré vergonzosamente.

EL INJUSTO

¿Cómo?

EL JUSTO

Diciendo lo que sea justo.

EL INJUSTO

Yo lo echaré todo por tierra contradiciéndote. En primer lugar niego que hay justicia.

EL JUSTO

¿Dices que ni hay...?

EL INJUSTO

Claro; y si no, ¿dónde está?

EL JUSTO

Entre los dioses.

EL INJUSTO

Sí la justicia existe, ¿cómo es que Zeus no pereció cuando encadenó a su padre?

EL JUSTO

¡Cómo! ¿Hasta ese extremo llega el mal? ¡Qué asco! traedme una jofaina.

EL INJUSTO

Eres un viejo chocho e imbécil.

EL JUSTO

Y tú un bardaje sin vergüenza...

EL INJUSTO

Como si me cubrieras de rosas.

EL JUSTO

¡Payaso...!

EL INJUSTO

Me coronas de lirios.

EL JUSTO  
Y parricida.

EL INJUSTO  
Pero ¿no conoces que me empolvas con oro?

EL JUSTO  
En otro tiempo esto te parecía plomo.

EL INJUSTO  
Pues ahora me sirve de adorno.

EL JUSTO  
¡Qué desvergonzado!

EL INJUSTO  
¡Qué estúpido!

EL JUSTO  
Por ti no frecuenta ningún joven las escuelas: ya conocerán algún día los Atenienses lo que enseñas a esos necios.

EL INJUSTO  
Tu suciedad me repugna.

EL JUSTO  
Ahora eres rico, pero no ha mucho pedías limosna, y te comparabas a Télefo de Misia, teniendo por única comida las sentencias de Pandeletes que llevabas en tu alforja.

EL INJUSTO  
¡Qué gran sabiduría...!

EL JUSTO  
¡Qué gran locura...!

EL INJUSTO

¡Me estás recordando...!

EL JUSTO

La tuya y la de Atenas que alimenta al corruptor de la juventud.

EL INJUSTO

¿Pretendes educar a este joven, viejo chocho?

EL JUSTO

Claro está que sí, a no ser que quiera perderse y ejercitarse sólo en la charlatanería.

EL INJUSTO

Acércate aquí y déjale que delire.

EL JUSTO

Te arrepentirás si le tiendes la mano.

CORO

Dejaos de riñas y de injurias, y declarad, tú lo que enseñabas a los hombres de otra época, y tú la nueva doctrina; para que este joven, oído y sentenciado este pleito, se decida por la que mejor le parezca.

EL JUSTO

Me place.

EL INJUSTO

A mí también.

CORO

Ea, ¿quién hablará primero?

EL INJUSTO

Concedo que principie éste; cuando haya hablado, yo me encargo de destrozar sus dichos con palabras y pensamientos nuevos, agudos

como flechas; y por último, si aún se atreve a respirar, los rasgos de mi elocuencia le darán muerte, picándole toda la cara y los ojos, como si fueran tábanos.

### CORO

Vais a demostrar ahora por medio de artificiosas palabras, sutiles pensamientos y profundas sentencias cuál de vosotros es más hábil en el arte oratoria. Hoy se debaten grandes asuntos de la filosofía, por lo cual mis amigos libran un gran combate. Tú, que inspiraste a los antiguos tan Buenas costumbres, levanta la voz en defensa de tu causa favorita, y danos a conocer tu carácter.

### EL JUSTO

Voy a decir cuál era la educación antigua, en los tiempos florecientes en que yo predicaba la justicia, y la modestia reinaba en las costumbres. En primer lugar, era necesario que ningún niño pronunciase imperfectamente. Los que vivían en un mismo barrio iban a casa del maestro de música, recorriendo modestamente las calles desnudos y en buen orden, aunque la nieve cayese tan espesa como la harina del cedazo: después se sentaban con las piernas separadas y se les enseñaba o el canto “Temible Palas, destructora de ciudades”, o el que principia “Grito resonante a lo lejos”, conservándoles el aire que les habían dado sus antepasados. Si alguno de ellos trataba de hacer alguna payasada, o cantar, imitando los modos de Quío y Sifnio, con las muelles inflexiones inventadas por Frinis<sup>84</sup>, y que hoy gozan de tanta popularidad, era inmediatamente castigado con buenos azotes por enemigo de las Musas. En el gimnasio debían sentarse con las piernas extendidas para no enseñar ninguna indecencia; y cada cual al levantarse debía remover la arena, cuidando de no dejar a los amantes ninguna huella de su sexo. Ningún niño se ungía entonces más abajo del ombligo, floreciendo en sus vergüenzas un vello suave como el de las manzanas; ni se ofrecía por sí mismo a un amante con dulces inflexiones de voz y miradas lascivas. No les era permitido comer

---

<sup>84</sup> Tañedor de lira, que obtuvo el primer premio en las Panateneas, siendo Arconte Calias.

rábanos, ni el anís, reservado a los viejos, ni apio, ni peces, ni tordos, poner una pierna sobre otra<sup>85</sup>.

#### EL INJUSTO

Todo esto es antiquísimo y coetáneo de las fiestas Diipolias<sup>86</sup>, llenas de cigarras<sup>87</sup> del poeta Cécidas<sup>88</sup> y de las Bufonias.

#### EL JUSTO

Sin embargo, ésta fue la educación que formó los héroes que pelearon en Maratón. Tú en cambio les enseñas a envolverse en seguida en sus vestidos; así es que me indigno, cuando, si les es necesario bailar en las Panateneas, veo a algunos cubriéndose con el escudo, sin cuidarse de Atenea. Por lo tanto, joven, decídate por mí sin vacilar; y aprenderás a aborrecer los pleitos, a no acudir a los baños públicos, a avergonzarte de las cosas torpes, a indignarte cuando se burlen de ti, a ceder tu asiento a los ancianos que se te acerquen, a conducirte bien con tus padres, y a no hacer nada deshonesto, porque debes de ser la imagen del pudor; a no extasiarte ante las bailarinas, no sea que mientras las miras como un papanatas alguna meretriz te arroje su manzana<sup>89</sup>, con detrimento de tu reputación; a no contradecir a tu padre, ni, burlándote de tu vejez, recordar los defectos del que te ha educado.

#### EL INJUSTO

Cree lo que éste dice, y, por Baco, te parecerás a los hijos de Hipócrates<sup>90</sup>, y te llamarán el tonto.

---

<sup>85</sup> Estos alimentos se prohíben como afrodisíacos. Y el cruzar las piernas se consideraba postura poco decente.

<sup>86</sup> Las fiestas Diipolias y Bufonias eran una misma en honor de Zeus Polieus o protector de la ciudad.

<sup>87</sup> Alude a una moda antigua de Atenas, que consistía en sujetar los cabellos con una cigarra de oro.

<sup>88</sup> Poeta ditirámico muy antiguo.

<sup>89</sup> Como prenda de amor.

<sup>90</sup> Eran tres, tan notables por su estupidez, que fueron objeto de la burla de los poetas cómicos.



### EL JUSTO

Brillarás en los gimnasios; no charlarás sandeces en la plaza pública, como hacen los jóvenes del día; ni entablarás pleitos por la cosa más pequeña, cuando pueden arruinarte las calumnias de tus adversarios. Sino que, bajando a la Academia, te pasearás con un sabio de tu edad bajo los olivos sagrados, ceñidas las sienes con una corona de caña blanca, respirando en la más deliciosa ociosidad el perfume de los tejos y del follaje del álamo blanco, y gozando de los hermosos días de primavera, en los que el plátano y el olmo confunden sus murmullos.

Si haces lo que te digo, y sigues mis consejos, tendrás siempre el pecho robusto, el cutis fresco, anchas las espaldas, corta la lengua, gruesas las nalgas, y proporcionado el vientre<sup>91</sup>. Pero si te aficionas a las costumbres modernas, tendrás muy pronto color pálido, pecho débil, hombros estrechos, lengua larga, nalgas delgadas, vientre desproporcionado, y serás gran litigante. El otro te educará de tal modo que te parecerá torpe lo honesto, y honesto lo torpe, y por último, serás tan infame como Antímaco.

¡Qué grato perfume de virtud exhalan tus palabras, cultivador de la más sólida y elevada filosofía! ¡Dichosos hombres los que vivieron en la época de tu esplendor! Tú, que posees todos los recursos de la oratoria, es preciso que digas algo nuevo contra éste, que se ha hecho digno de alabanza. Necesitas ciertamente emplear recursos extraordinarios contra tu adversario, si quieres vencerle y no ser blanco de la burla de todos.

### EL INJUSTO

Hace tiempo que me abrasa la impaciencia, y ardo en deseos de echar por tierra todos sus argumentos. Los filósofos me llaman injusto, porque soy el primero que he descubierto la manera de contradecir las leyes y el derecho; pero ¿no es una habilidad inestimable la de salir vencedor en la causa más débil? Verás cómo refuto su decantado sistema de educación. En primer lugar, te

---

<sup>91</sup> Penem.

prohíbe los baños calientes. ¿En qué te fundas para vituperar los baños calientes?

EL JUSTO

En que son perjudiciales y debilitan al hombre.

EL INJUSTO

Alto: ya estás cogido y no te escaparás. Dime: ¿cuál de los hijos de Zeus ha sido el más esforzado y ha llevado a cabo más trabajos?

EL JUSTO

Creo que ninguno sobrepuja a Heracles.

EL INJUSTO

Y ¿dónde has visto baños fríos bajo la advocación de Heracles?<sup>92</sup>  
Sin embargo ¿quién era el más esforzado?

EL JUSTO

Ésas son las razones que los jóvenes tienen siempre en la boca, y gracias a ellas los baños están llenos y desiertas las palestras.

EL INJUSTO

También vituperas la costumbre de hablar en la plaza pública. Yo la alabo. Porque, si eso fuese perjudicial, Homero no hubiera hecho orador a Néstor, ni a todos los demás sabios. Pasemos al ejercicio de la lengua: dice que los jóvenes no deben cultivarla; yo digo lo contrario. También recomienda la modestia. En total, dos malos consejos. Porque ¿a quién has visto que haya conseguido bien alguno por medio de la modestia? Habla, refútame.

EL JUSTO

He visto muchos: pOr causa de ella recibió Peleo<sup>93</sup> una espada.

---

<sup>92</sup> Las fuentes de aguas termales se llamaban baños de Heracles.

<sup>93</sup> Peleo recibió una espada de los dioses cuando fue expuesto sin armas al furor de las fieras, a causa de la calumnia de Hipólita.

EL INJUSTO

¡Una espada! ¡Linda ganancia tuvo el desdichado! Ahí tienes a Hipérbolo, que gracias a su malicia y no a su espada ha ganado muchos talentos vendiendo lámparas.

EL JUSTO

El mismo Peleo, por ser modesto, se casó con la diosa Tetis.

EL INJUSTO

Que se marchó muy pronto y le dejó solo; porque no era un hombre violento, capaz de pasar toda la noche en dulces luchas de amor, que es lo que agrada a las mujeres. Pero tú eres un viejo chocho.

Considera, joven, todas las contrariedades de la modestia, y de qué placeres te privara; de los muchachos, de las mujeres, de los juegos<sup>94</sup>, de los pecados, de beber y de reír. ¿Para qué quieres la vida, privada de estos placeres? Basta de esto. Paso ahora a las necesidades de la naturaleza. Has delinquido, has amado, has cometido algún adulterio y eres cogido infraganti; ya eres hombre muerto porque no sabes defender tu causa. Pero, conmigo goza sin cuidado de la vida, baila, ríe, y nada te avergüence. Si eres sorprendido con la mujer ajena, asegura al marido que no has faltado; echa la culpa a Zeus que también fue vencido por el amor y las mujeres. Tú siendo mortal, ¿cómo puedes ser más fuerte que el padre de los dioses?.

EL JUSTO

y siguiendo tus lecciones, es condenado al castigo de los adúlteros<sup>95</sup>: ¿encontrará entonces algún argumento para demostrar que no es un bardaje?

EL INJUSTO

Y aunque sea un bardaje, ¿qué mal hay en ello?

---

<sup>94</sup> Aristófanes nombra el Cótabo, por toda clase de juegos.

<sup>95</sup> Véase el Escoliasta: Las nubes, 1083; Pluto, 168. De este castigo, que producía la euriproctia, se libraba el culpable mediante el pago de una multa.

EL JUSTO

¿Puede haber mal mayor?

EL INJUSTO

¿Qué dirás si también te venzo en este punto?

EL JUSTO

Me callaré; ¿qué podría hacer?

EL INJUSTO

Ea, dime: ¿a qué clase pertenecen los oradores?

EL JUSTO

A la de los bardajes<sup>96</sup>.

EL INJUSTO

Lo creo. ¿Y los poetas trágicos?

EL JUSTO

A la de los bardajes.

EL INJUSTO

Tienes razón. ¿Y los demagogos?

EL JUSTO

A la de los bardajes.

EL INJUSTO

¿Ves cómo yo no hablaba tan neciamente? Mira ahora a qué clase pertenecen la mayoría de los espectadores.

EL JUSTO

Ya miro.

---

<sup>96</sup> Ἐξ ἐὐρυπρόκτων.

EL INJUSTO

¿Qué ves?

EL JUSTO

Por los dioses, veo que los más son bardajes. Este que yo conozco, ése, y aquel de los largos cabellos.

¿Qué dices ahora?

EL JUSTO

Son vencidos. ¡Bardajes, recibid mi manto; me paso a vosotros!

(Se retiran)

SÓCRATES

Y bien, ¿quieres llevarte a tu hijo, o dejarle para que le enseñe el arte de hablar?

ESTREPSÍADES

Enséñale, castígale, y no te olvides de afilar bien su lengua, de modo que uno de sus dos filos le sirva para los negocios de poca monta, y el otro para los de mucha importancia.

SÓCRATES

Pierde cuidado; te lo enviaré hecho un completo sofista.

FIDÍPIDES

Bien pálido, me parece, y bien miserable.

CORO

Id, pues; creo que te arrepentirás algún día. (Entran en la escuela de Sócrates) Queremos deciros, jueces, lo que ganaréis si nos otorgáis la protección merecida. En primer lugar, al principio de la primavera, cuando queráis labrar vuestras tierras lloveremos antes para vosotros y en seguida para los demás; después, cuando vuestras viñas tengan ya racimos, cuidaremos de que no las perjudiquen ni la sequía ni la excesiva humedad. Pero, si algún mortal nos ofende,

piense en los muchos males que le reserva nuestra venganza. No recogerá de su campo vino ni fruto alguno; cuando principien a brotar sus vides y sus olivos, los devastaremos y los destruiremos por medio del huracán; si le vemos fabricar ladrillos, lloveremos y romperemos con redondo granizo las tejas de su casa; cuando él o alguno de sus parientes o amigos contraiga matrimonio, lloveremos a torrentes toda la noche<sup>97</sup>, de modo que preferirá haber estado en Egipto a haber juzgado injustamente.

(Estrepsíades sale de su casa con un saco de harina y se dirige a la de Sócrates).

### ESTREPSÍADES

Aun faltan cinco días; después cuatro, tres, dos, y por último viene luego a toda prisa el que más temo, detesto y abomino, el día treinta del mes<sup>98</sup>. Todos mis acreedores hacen el depósito necesario para entablar un pleito y juran arruinarme y perderme: sin embargo, mis proposiciones son moderadas y justas. “Amigo mío, digo a cada uno, no me exijas por ahora esta cantidad; dame prórroga para pagarte esta otra; perdóname aquélla”. Pero ellos dicen que así no cobrarán nunca, me insultan llamándome injusto, y dicen que van a procesarme. ¡Qué me procesen! poco me importa, si Fidípides aprende el arte de hablar bien. Pronto lo sabré; llamemos a la puerta de la escuela. ¡Esclavo! ¡hola, esclavo!

### SÓCRATES

Salud a Estrepsíades.

### ESTREPSÍADES

Salud a Sócrates. Por lo pronto, toma esto<sup>99</sup> Es justo regalar alguna cosa al maestro. Di: ¿ha aprendido mi hijo el famoso razonamiento?

---

<sup>97</sup> Para apagar las antorchas a cuya luz era conducida la novia a casa de su marido.

<sup>98</sup> Literalmente el viejo y el nuevo, porque Solón le consideró común al mes que terminaba y al que daba principio (PLUTARCO, Vida de Solón, c. 25). En este día se pagaban los intereses.

<sup>99</sup> La harina que le prometió antes.

SÓCRATES

Lo ha aprendido.

ESTREPSÍADES

¡Bien, oh Fraude omnipotente!

SÓCRATES

Podrás ganar todos los pleitos que quieras.

ESTREPSÍADES

¿Aunque haya habido algún testigo cuando yo tomé el préstamo?

SÓCRATES

Aunque haya habido mil.

ESTREPSÍADES

De modo que podré gritar en alta voz: ¡Ay de vosotros, usureros! ahora pereceréis con vuestro capital y los intereses de los intereses; no me vejaréis más, porque en esa escuela se educa un niño mío, armado de una lengua de dos filos, que será mi defensor, el salvador de mi casa, el azote de mis enemigos, el que libertará a su padre de infinitos cuidados y molestias. Llámale pronto afuera. ¡Hijo mío, hijo mío! ¡Sal de la casa! ¡Atiende a tu padre!

SÓCRATES

Aquí Viene.

ESTREPSÍADES

¡Oh, amigo mío! ¡amigo mío!

SÓCRATES

Parte, y llévatelo.

(Sócrates entra en su casa)

ESTREPSÍADES

¡Oh, hijo mío! ¡Ah! ¡Ah! ¡Cuánto me alegro al ver tu color! Tu rostro indica que estás dispuesto primero a negar, después a

contradecir, y que te es muy familiar esta frase: “¿Qué dices tú?” y el fingirte injuriado, cuando injurias y maltratas a los demás. Hasta en tu semblante brilla la mirada ática. Ahora date maña a salvarme, ya que me has perdido.

FIDÍPIDES

¿Qué te atemoriza?

ESTREPSÍADES

El día viejo y nuevo.

FIDÍPIDES

¿Hay acaso algún día viejo y nuevo?

ESTREPSÍADES

En él dicen que van a hacer sus depósitos para procesarme.

FIDÍPIDES

Pues perderán los depositantes; porque un día no puede ser dos días.

ESTREPSÍADES

¿Que no puede ser?

FIDÍPIDES

¿Cómo? a menos que la misma mujer pueda ser a un tiempo vieja y joven.

ESTREPSÍADES

La ley así lo dispone.

FIDÍPIDES

Indudablemente no comprenden bien el espíritu de la ley.

ESTREPSÍADES

¿Cuál es su espíritu?



FIDÍPIDES

El viejo Solón era, por carácter, amigo del pueblo.

ESTREPSÍADES

Eso no tiene nada que ver con el día nuevo y viejo.

FIDÍPIDES

Y fijó dos días para la citación a juicio, el viejo y el nuevo, a fin de que los depósitos fuesen hechos el día del novilunio.

ESTREPSÍADES

¿Y por qué añadió el viejo?

FIDÍPIDES

¿Preguntas por qué, fatuo? Con objeto de que los que hayan sido citados tengan un día para arreglar amigablemente el asunto; y de lo contrario, para que pueda reclamárseles en la mañana misma del novilunio.

ESTREPSÍADES

Entonces ¿por qué los magistrados no reciben los depósitos el día primero del mes, sino en el anterior, en el día nuevo y viejo?

FIDÍPIDES

Me parece a mí que hacen lo que los glotones, adelantan un día para disfrutar más pronto de los depósitos de los litigantes.

ESTREPSÍADES

¡Bien! Pobres tontos que servís de juguete a nosotros los sabios, porque sois como piedras, como un rebaño de imbéciles, como borregos aglomerados al acaso cual si fuerais tinajas. Preciso es que yo entone un himno de alabanza en honor mío y de mi hijo.

“¡Feliz Estrepsíades, cuán sabio eres, y qué hijo has educado!” Tales serán las palabras de mis amigos y conciudadanos cuando me feliciten por haber ganado mis pleitos con tu elocuencia. Pero entra, que antes quiero darte una buena comida.

(Entra en la casa)

PASIAS (dirigiéndose al testigo que viene con él).

¿Conviene perder alguna vez los bienes propios en provecho de los demás? Nunca seguramente. Yo debí hace tiempo deponer toda vergüenza y me hubiera ahorrado estos disgustos. Ahora, para recobrar mi dinero, tengo que traerte como testigo, y convertir en enemigo un conciudadano. Pero suceda lo que suceda, jamás, mientras viva, me he de mostrar indigno de mi patria<sup>100</sup>. Citaré a Estrepsíades...

(Sale Estrepsíades)

ESTREPSÍADES

¿Quién es este?

PASIAS

Para el día viejo y el día nuevo.

ESTREPSÍADES

Sed testigos de que ha indicado dos días a la vez. ¿Por qué me citas?.

PASIAS

Por las doce minas que te presté cuando compraste el caballo tordo.

ESTREPSÍADES

¿Un caballo? ¿No le oís todos vosotros que sabéis cuánto aborrezco la equitación?

PASIAS

Y juraste por los dioses que me las habías de restituir.

---

<sup>100</sup> Alude a la afición a pleitear de los atenienses.

ESTREPSÍADES

¡Por Zeus! entonces mi hijo Fidípides aún no había aprendido el razonamiento irresistible.

PASIAS

¿Y piensas por eso negar ahora tu deuda?

ESTREPSÍADES

¿Qué otro provecho he de sacar de aquella enseñanza?

PASIAS

¿Y te atreverás a negarla ante los dioses cuando yo te exija el juramento?

ESTREPSÍADES

¿Qué dioses?

PASIAS

Zeus, Hermes, Posidón...

ESTREPSÍADES

Sin duda; y aún añadiré tres óbolos por el gusto de que me hagas prestar juramento.

PASIAS

¡Ojalá castiguen tu desvergüenza!

ESTREPSÍADES

Si a este hombre le restregasen con sal estaría mejor<sup>101</sup>.

PASIAS

¡Ah, te burlas!

---

<sup>101</sup> Para hacer de él un pellejo de vino.

ESTREPSÍADES

Caben en él seis congios<sup>102</sup>.

PASIAS

¡Por el gran Zeus y por todos los dioses! no te burlarás de mí impunemente

ESTREPSÍADES

Me estás dando risa con tus dioses. Zeus, por quien juras, excita la hilaridad de las personas ilustradas.

PASIAS

Algún día serán castigadas tus blasfemias. Pero contesta si me pagarás o no; despáchame pronto.

ESTREPSÍADES

Ten paciencia. En seguida te voy a contestar claramente.

(Entra en su casa).

PASIAS

¿Qué te parece que hará?

EL TESTIGO

Me parece que te restituirá lo que le prestaste.

ESTREPSÍADES

¿Dónde está el que reclama el dinero? Di, ¿qué es esto?

PASIAS

¿Qué es eso? Una pequeña troj<sup>103</sup>.

---

<sup>102</sup> El congio *χοῦζ* era una medida de capacidad que contenía doce cótilas. La cótila equivalía a 27 centilitros.

<sup>103</sup> Lit: una artesa.

ESTREPSÍADES

¿Y te atreves a reclamar tu dinero siendo tan rudo? No; jamás devolveré ni un óbolo a quien llana troj a la troja.

PASIAS

¿Conque no me pagarás?

ESTREPSÍADES

No, que yo sepa. ¿Pero te marchas, o piensas echar raíces en la puerta?

PASIAS

Me voy. Pero ten presente que, o me muero, o hago el depósito legal para demandarte.

ESTREPSÍADES

Será una nueva pérdida que tendrás que añadir a la de las doce minas. De todas maneras, siento que te suceda eso por haber llamado neciamente troj a la troja.

AMINIAS

¡Ay, pobre de mí!

ESTREPSÍADES

¡Hola! ¿Quién es este que se queja? ¿Acaso ha hablado alguno de los dioses de Carcino?<sup>104</sup>

AMINIAS

¿Quién soy? ¿Quieres saber quién soy? Soy un hombre desgraciado.

ESTREPSÍADES

Sigue entonces tu camino.

AMINIAS

¡Oh triste suerte mía! ¡Oh fortuna, que has roto las ruedas de mis carros! ¡Oh Palas, tú me has perdido!<sup>105</sup>

---

<sup>104</sup> Poeta que en alguna de sus tragedias introdujo dioses que se lamentaban.

ESTREPSÍADES

¿Pues qué daño te ha causado Tlepólemo?

AMINIAS

No te burles de mí, amigo mío; manda más bien a tu lujo que devuelva el dinero que me debe, hoy principalmente que estoy en la desgracia.

ESTREPSÍADES

¿De qué dinero hablas?

AMINIAS

Del que le presté.

ESTREPSÍADES

Tú no estás bueno, a lo que parece.

AMINIAS

Es verdad, me he caído al hacer galopar los caballos.

ESTREPSÍADES

Pues no se conoce, porque deliras como si nunca te hubieras caído del asno<sup>106</sup>.

AMINIAS

¡Conque deliro porque quiero cobrar lo que se me debe!

ESTREPSÍADES

Es imposible que estés en tu sano juicio.

---

<sup>105</sup> Parodia de una tragedia de Jenocles, hijo de Carcino, en la que Alcmena lamenta en iguales términos la muerte de su hermano Licimnio a manos de Tlepólemo.

<sup>106</sup> La frase griega significaba al mismo tiempo caer en demencia, porque en la pronunciación se confundía, *ἀπ' ὄνου* y *ἀπό φουῶ*. Hemos tratado de sustituirla con una frase española equivalente.

AMINIAS

¿Por qué?

ESTREPSÍADES

Me parece que tienes el cerebro algo perturbado.

AMINIAS

Por Hermes, te citaré a juicio, si no me devuelves el dinero.

ESTREPSÍADES

Dime: cuando llueve ¿crees tú que Zeus hace siempre caer agua nueva, o bien que es el agua suspendida en el aire por el calor del sol?

AMINIAS

No lo sé, ni me importa saberlo.

ESTREPSÍADES

Entonces ¿cómo ha de ser justo el pagarte si no tienes ninguna noción de meteorología?

AMINIAS

Si te encuentras apurado, págame al menos el interés.

ESTREPSÍADES

¿El interés? ¿Qué animal es ése?

AMINIAS

Es el dinero que va creciendo más y más cada día, a medida que transcurre el tiempo.

ESTREPSÍADES

Muy bien dicho. Pero contesta: ¿crees tú que el mar es ahora más grande que antes?

AMINIAS

No, por Zeus, siempre es igual: porque el mar no puede aumentarse.

ESTREPSÍADES

¿Y cómo, gran canalla, si el mar no crece a pesar de los ríos que en él desembocan, pretendes tú aumentar incesantemente tu dinero? A ver si te largas pronto de esta casa. ¡Pronto! Un palo<sup>107</sup>.

AMINIAS

Sed testigos de esto.

ESTREPSÍADES

¡Largo de aquí! ¿qué esperas? ¿No te moverás?

AMINIAS

¿No es esto una injuria?

ESTREPSÍADES

¿Te mueves, o me obligas a que te pinche como a un caballo de tiro? ¿Huirás? (Sale) Ya iba yo a removerte con tus ruedas y tus carros.

(Estrepsíades entra en la casa).

CORO

¡Lo que es aficionarse a las malas obras! Este viejo, que las ama con pasión, quiere defraudar a sus acreedores el dinero que le prestaron; pero es imposible que hoy no le sobrevenga alguna desgracia, y que este sofista, en castigo de sus tramas, no sea víctima de algún mal imprevisto. Creo que muy pronto conseguirá lo que deseaba, y su hijo sabrá oponer hábiles argumentos contra la justicia, y vencerá a todos sus adversarios aun cuando defienda las peores causas. Pero quizá llegue a desear que su hijo sea mudo.

ESTREPSÍADES (saliendo precipitadamente)

¡Ay! ¡Ay! Vecinos, parientes, ciudadanos, socorredme con todas vuestras fuerzas! ¡Me apalean! ¡Ay mis mandíbulas! ¡Infame! ¿no ves que es a tu padre a quien maltratas?

---

<sup>107</sup> Literalmente “un aguijón”.



FIDÍPIDES

Lo confieso, padre mío.

ESTREPSÍADES

¿Oís? confiesa que me maltrata.

FIDÍPIDES

Sin duda.

ESTREPSÍADES

¡Perverso! ¡parricida! ¡horadador de murallas!

FIDÍPIDES

Dime otra vez esas injurias, y añade otras. ¿Sabes que tengo el mayor gusto en escucharlas?

ESTREPSÍADES

¡Infame!

FIDÍPIDES

Me estás cubriendo de rosas.

ESTREPSÍADES

Maltratas a tu padre.

FIDÍPIDES

Y, por Zeus, he de demostrar que tengo razón en pegarte.

ESTREPSÍADES

¡Perversísimo! ¿Acaso puede nunca haber razón para pegar a su padre?

FIDÍPIDES

Yo te lo demostraré y te convenceré con mis palabras.

ESTREPSÍADES

¿Que me convencerás?

FIDÍPIDES

Hasta la evidencia y muy fácilmente. Elige cuál de los dos razonamientos he de emplear.

ESTREPSÍADES

¿Cuáles razonamientos?

FIDÍPIDES

El fuerte o el débil.

ESTREPSÍADES

A la verdad, querido mío, daré por bien empleados mis afanes para enseñarte a contradecir la justicia, si consigues persuadirme que es bueno y justo que los hijos golpeen a sus padres.

FIDÍPIDES

Pues creo que te persuadiré de tal manera, que en cuanto me hayas oído no tendrás nada que replicarme.

ESTREPSÍADES

Tengo ganas de oírte.

CORO

A ti te corresponde, anciano, el encontrar un medio de reducirle a la obediencia; porque no estaría tan soberbio si dudase de su triunfo. Por tanto, hay alguna cosa que le hace insolente como hombre confiado en sus propias fuerzas. Pero primeramente conviene que digas al Coro cómo ha tenido lugar vuestra disputa. Esto es lo que debes hacer antes de todo.

ESTREPSÍADES

Os diré cómo comenzó nuestra reyerta. Después que hubimos comido, como sabéis, le mandé en primer lugar tomar su lira y cantar la canción de Simónides “Cuando el Carnero fue trasquilado”. Y en seguida me replicó que era una necesidad cantar de

sobremesa acompañándose con la cítara, como una mujer ocupada en moler trigo.

FIDÍPIDES

¿Y no era motivo para golpearte y patearte el que me hubieses mandado cantar como si tuvieras cigarras convidadas?

ESTREPSÍADES

Ahora no hace más que repetir lo que me dijo en casa: también aseguré que Simónides era un mal poeta. Me contuve al principio, aunque con trabajo, y le mandé que, tomando la rama de mirto, me recitase algún trozo de Esquilo. “¡Está muy bien! —me contestó— Precisamente yo considero a Esquilo el primero de nuestros poetas, como que es desordenado, enfático, estrepitoso y desigual”. Con estas palabras, considerad como estaría mi corazón; pero reprimiendo la ira le dije: “Ea, recita. si no, algunos pasajes de los poetas modernos que son los más doctos”. Y en seguida cantó un fragmento de Eurípides, en que un hermano ¡justo cielo! viola a su hermana de madre<sup>108</sup> Entonces yo no pude contenerme y le dirigí los más terribles insultos, y después, como suele suceder, acumulamos injurias sobre injurias; y por último, éste se lanza sobre mí, me golpea, me maltrata, me sofoca y me mata.

FIDÍPIDES

Muy justamente. ¿Por qué no elogias al doctísimo Eurípides?

ESTREPSÍADES

¡El doctísimo! ¡Ah!... ¿Cómo diré yo? Pero seré de nuevo maltratado.

FIDÍPIDES

Sí, por Zeus, y justamente.

---

<sup>108</sup> Una ley de Solón permitía el matrimonio con los hermanos de padre, pero entre hermanos uterinos estaba prohibido. Estrepsíades alude a una tragedia de Eurípides, Eolo, en que Macareo viola a su hermana Cánace.

ESTREPSÍADES

¡Justísimamente, desvergonzado! ¡A mí que te he educado con tanto cariño, que adivinaba los deseos que manifestabas con voz todavía balbuceante! Si decías “brin”, te comprendía, y te daba al punto de beber. Si decías “man-man”, en seguida te traía pan. Apenas habías dicho “cacean” te sacaba fuera y te sostenía para que hicieras tus necesidades<sup>109</sup>. Ahora, aunque yo clame y grite, es bien seguro, bribón, que no me sacarás fuera ni me sostendrás. Al contrario, me sofocas y me obligas a desahogarme aquí mismo.

CORO

Creo que el corazón de los jóvenes palpita impaciente por escuchar lo que va a decir. Y si logra demostrar que obró justamente al perpetrar tal crimen, no doy un comino<sup>110</sup> por la piel de los viejos. Ahora, gran inventor y removedor de palabras, busca argumentos convenientes para justificar tu causa.

FIDÍPIDES

¡Qué grato es vivir entre cosas nuevas e ingeniosas y poder despreciar las leyes establecidas! Cuando me ocupaba sólo de la equitación, no podía pronunciar tres palabras seguidas sin equivocarme; pero desde que este hombre me ha hecho abandonar mis aficiones predilectas, y me he acostumbrado a los pensamientos sutiles, a los discursos y a las meditaciones, me siento capaz de probar que he obrado bien maltratando a mi padre.

ESTREPSÍADES

Sigue con la equitación, por Zeus. Prefiero mantener cuatro caballos a ser molido a golpes.

FIDÍPIDES

Reanudo mi discurso en donde tú lo has interrumpido, y principio por preguntarte: ¿Me pegaste cuando era chico?

---

<sup>109</sup> Parodia del admirable discurso de Fénix en la Iliada Lib. IX.

<sup>110</sup> Lit.: un garbanzo.

ESTREPSÍADES

Sí, porque te quería y miraba por tu bien.

FIDÍPIDES

Dime: ¿no será justo que ahora mire yo igualmente por tu bien, y te pegue, puesto que el pegar a uno es mirar por su bien? ¿Es razonable que tu cuerpo este exento de palos y el mío no? ¿No nací yo de tan libre condición como tú? Lloran los hijos, ¿y no han de llorar los padres? ¿Crees que los padres no deben llorar?

ESTREPSÍADES

¿Por qué?

FIDÍPIDES

Tú dirás que la ley tolera que el niño sea castigado, y yo replicaré que los viejos son dos veces niños, y que es más justo castigar a los viejos que a los jóvenes, por cuanto sus faltas son menos excusables.

ESTREPSÍADES

Pero ninguna ley establece que el padre sea castigado.

FIDÍPIDES

¿No era hombre como tú y como yo el que primeramente presentó aquella ley y persuadió a los antiguos a que la aprobasen? Pues bien: ¿qué se opone a que yo haga una nueva por la cual los hijos puedan a su vez castigar a los padres? De buen grado os perdonamos los golpes recibidos antes de la promulgación de esta ley, y consentimos el haber sido maltratados impunemente. Mira cómo los gallos y los demás animales se vuelven contra sus padres: sin embargo ¿se diferencian de nosotros en otra cosa que en no redactar decretos?

ESTREPSÍADES

Ya que imitas a los gallos en todo ¿por qué no comes estiércol y duermes en un palo?

FIDÍPIDES

No es lo mismo, querido; Sócrates no admitiría ese argumento.

ESTREPSÍADES

No me pegues, pues te perjudicarás tú mismo.

FIDÍPIDES

¿Por qué?

ESTREPSÍADES

Porque lo justo es que yo te castigue; y que tú castigues a tu hijo, si alguno te nace.

FIDÍPIDES

¿Y si no me nace? Habré llorado en vano, y tú morirás burlándote de mí.

ESTREPSÍADES

En verdad, amigos míos, voy creyendo que tiene razón, y que se les debe conceder lo que es equitativo. Justo es que seamos castigados si no andamos derechos.

FIDÍPIDES

Escucha otro argumento todavía.

ESTREPSÍADES

Soy hombre muerto.

FIDÍPIDES

Quizá te alegres de haber sido maltratado.

ESTREPSÍADES

¿Cómo? Dime qué ganancias sacaré.

FIDÍPIDES

Maltrataré también a mi madre.

ESTREPSÍADES

¿Qué dices? ¿Qué dices? ¡Eso es mucho peor!

FIDÍPIDES

¿Qué dirás, si te pruebo por medio de aquel razonamiento que es necesario maltratar a la madre?

ESTREPSÍADES

Si haces eso, nada se opondrá a que te arrojes al Báratro<sup>111</sup> con Sócrates y su maldito razonamiento. Por vosotras, Nubes, me sucede esto; por vosotras a quienes encomendé todos mis asuntos.

CORO

Tú tienes la culpa de todo por haber seguido la senda del mal.

ESTREPSÍADES

¿Por qué no me lo advertisteis antes, en vez de engañar a un pobre viejo campesino?

CORO

Siempre obramos de esa manera cuando conocemos que alguno se inclina al mal, hasta enviarle una desgracia, para que aprenda a respetar a los dioses.

ESTREPSÍADES

¡Ay! doloroso es el castigo ¡oh Nubes! pero justo. Pues no debía haber negado a mis acreedores el dinero que me prestaron. Ahora, hijo mío querido, acompáñame para que nos vengamos del infame Querefón y de Sócrates, que nos han engañado.

FIDÍPIDES

Nunca maltrataré a mis maestros.

ESTREPSÍADES

Respetar a Zeus paternal.

---

<sup>111</sup> Precipicio al que eran arrojados los criminales.

FIDÍPIDES

¡Zeus paternal! ¡qué tonto eres! ¿Hay acaso algún Zeus?

ESTREPSÍADES

Sí.

FIDÍPIDES

No hay tal; pues reina el Torbellino que ha destronado a Zeus.

ESTREPSÍADES

No lo ha destronado; pero entonces creía que ese Torbellino era Zeus. ¡Pobre de mí, que tomé por un dios a un vaso de arcilla!<sup>112</sup>

FIDÍPIDES

Quédate ahí diciendo necedades.

(Se va)

ESTREPSÍADES

¡Funesto delirio! ¡Qué necio fui al negar los dioses? persuadido por Sócrates! Pero, queridísimo Hermes, no te encolerices conmigo: no me aniquiles; perdona a un pobre hombre fascinado por la charlatanería de los sofistas; sé mi consejero: ¿qué te parece? ¿entablaré contra ellos un proceso o adoptaré otra resolución?... ¡Excelente consejo!<sup>113</sup> dices que no espere la tardía determinación de una sentencia e incendie cuanto antes la casa de los habladores. ¡Hola, Jantias! ven acá, trae una escalera y un azadón, sube en seguida al tejado de la escuela; y si amas a tu dueño, sacude de firme hasta que el techo se desplome sobre los habitantes. Dadme también una antorcha encendida; quiero vengarme de esos infames a pesar de toda su arrogancia.

---

<sup>112</sup> Estrepsíades parece dirigirse a un vaso de arcilla que, según Brunck, debía haber en el teatro, delante de la casa de Sócrates, sustituyendo a la columna en honor de Apolo que los Atenienses acostumbraban a colocar en el vestíbulo.

<sup>113</sup> Se supone inspirado por Hermes.



DISCÍPULO PRIMERO

¡Ay! ¡Ay!

ESTREPSÍADES

Antorcha mía, lanza una llama devoradora.

DISCÍPULO PRIMERO

¡Eh! tú: ¿qué estás haciendo?

ESTREPSÍADES

¿Qué hago? Disputo sobre sutilezas con las vigas de la casa.

DISCÍPULO SEGUNDO

¡Ah! ¿Quién incendia nuestra casa?

ESTREPSÍADES

Aquel a quien habéis cogido la capa.

DISCÍPULO SEGUNDO

¡Que nos vas a matar! ¡Que nos vas a matar!

ESTREPSÍADES

No quiero otra cosa, con tal que el azadón no defraude mis esperanzas o que antes no me desnude cayéndome de lo alto.

SÓCRATES

¡Hola! ¿qué haces en el tejado?

ESTREPSÍADES

Camino por el aire y contemplo el sol.

SÓCRATES

¡Ay de mi! intentas asfixiarme.

QUEREFON<sup>114</sup>

¡Desgraciado! voy a morir quemado vivo.

ESTREPSÍADES

¿Quién os mandaba ultrajar a los dioses, y contemplar el lugar de la luna? Sigue<sup>115</sup>, arranca, destroza, paguen así todas sus culpas, y principalmente su impiedad.

CORO

Retirémonos; pues el Coro ha trabajado bastante.

---

<sup>114</sup> Bergk (Aristophanis Comoedias. Lipsiae, 1867, volumen 1, pág. XVII) dice que las palabras de Querefón deben atribuirse al Discípulo, pues si el poeta hubiera querido que interviniera en la acción, indudablemente hubiera dado también más importancia a su papel. Cree asimismo que los Discípulos de Sócrates debe entenderse que son uno solo.

<sup>115</sup> Estas palabras van dirigidas a Jantias.

LAS RANAS  
Aristófanes

## NOTICIA PRELIMINAR

Baco, en cuyo honor se celebraban los certámenes trágicos y cómicos por haber tenido origen en sus fiestas, cansado de las malísimas tragedias que se representaban después de la muerte de Sófocles y Eurípides, se decide a descender al infierno en busca de un buen poeta. Para conseguir su objeto, y, recordando que Heracles había ya realizado empresa tan peligrosa, llama al templo de este héroe, y después de adquirir las noticias necesarias para el viaje parte acompañado de su esclavo Jantias y disfrazado con la piel de león y la clava de Heracles,

Al llegar a la laguna Estigia, Caronte le admite en su barca, y durante el trayecto se oye el canto de las ranas, que graznan a su sabor, insultando con su estrepitosa alegría las molestias que el dios experimenta. Este episodio completamente desligado de la comedia es, sin embargo, el que le da título.

Después de varias peripecias que ponen de manifiesto la cobardía de Baco, y de sufrir éste los insultos y malos tratamientos de dos taberneras y Éaco, que le confunden con Heracles, penetra en el palacio de Hades, precisamente cuando todo el infierno se halla conmovido por una terrible disputa entre Esquilo y Eurípides a causa de pretender éste ocupar el trono de la tragedia. Baco es elegido juez, y ambos rivales, en una larga escena, interesantísima desde el punto de vista de la crítica literaria, se echan en cara todos los vicios y defectos de sus obras. Cansado Esquilo de las sutilezas y argucias de su adversario, propone la prueba decisiva de pesar los versos de uno y otro en una balanza, y consigue un triunfo completo. En vista de lo cual, Baco se lo lleva a la Tierra, desentendiéndose del compromiso contraído con Eurípides; y Esquilo, al partir, entrega el cetro trágico a Sófocles, que ha presenciado la discusión con un silencio lleno de modestia.

El objeto principal de *Las ranas*, como de la breve exposición de su argumento se deduce, es tratar humorísticamente el sistema dramático de Eurípides.

Otra de las cosas que llaman la atención en *Las ranas* de Aristófanes es la burla que se hace de varias divinidades del Olimpo, y muy especialmente de Baco, cuya fiesta se solemnizaba con la representación de esta comedia. El dios tutelar del arte dramático aparece cobarde y fanfarrón, sujeto a las contingencias del más débil de los mortales; y su hermano, el esforzado Heracles, da muestras de aquella glotonería que también le caracteriza en *Las aves*.

A pesar de que el objeto de Aristófanes, bien claro está, como queda dicho, no es otro que satirizar a dioses y poetas, algunos han querido encontrar una intención política más profunda y trascendental en *Las ranas*, creyendo que su fin era censurar al gobierno ateniense porque abría demasiado la mano en la cuestión de admitir en su seno esclavos y extranjeros. Si bien es cierto que el poeta toca repetidas veces este punto en su comedia, no lo es menos que lo hace sólo de pasada, sin manifestar que su intención principal sea ésta.

*Las ranas* se representaron, según indican sus prologuistas griegos y se desprende de diferentes pasajes de la obra<sup>1</sup>, el año 406 antes de Jesucristo, correspondiente al vigésimosexto de la guerra<sup>2</sup>. Agradó tanto a los espectadores, que, no contentos con darle la preferencia sobre otras dos de Platón y Frínico, le concedieron el honor raro y singular de pedir una segunda representación.

---

<sup>1</sup> Tales son los versos 48, 192 y 705, que mencionan como recientemente ocurrida la batalla de las arginusas ganada a los lacedemonios el año vigésimosexto de la guerra; el verso 418, en que el coro ataca a Arquedemo como jefe del partido popular, lo cual sucedía en el mismo año; el verso 76, que habla de la muerte de Sófocles, acaecida en 406 antes de Jesucristo, y otros que se harán observar en las notas.

<sup>2</sup> [Sin embargo, investigadores recientes la sitúan en el año 405. Se representó, bajo el nombre de Filónides, en las Fiestas Leneas. P. H. U. ]

# PERSONAJES

JANTIAS

BACO

HERACLES

UN MUERTO

CARONTE

CORO DE RANAS

CORO DE INICIADOS

ÉACO

UNA CRIADA DE PROSERPINA

DOS TABERNERAS

EURÍPIDES

ESQUILO

HADES

[La escena pasa al principio en el camino de Atenas a los Infiernos; después en los Infiernos mismos.]

JANTIAS

¿Diré, dueño mío, alguno de esos chistes de cajón que siempre hacen reír a los espectadores?

BACO

Di lo que se te antoje, excepto el consabido: “No puedo más”<sup>3</sup>. Pues estoy harto de oírlo.

JANTIAS

¿Y algún otro más gracioso?

BACO

Con tal que no sea el “estoy hecho pedazos”.

JANTIAS

¿Entonces no he de decir ninguna agudeza?

BACO

Sí, por cierto, y sin ningún temor. Sólo te prohíbo...

JANTIAS

¿Qué?

BACO

Decir, al cambiar el hato de hombro, que no puedes aguantar cierta necesidad<sup>4</sup>.

JANTIAS

¿Tampoco que si alguno no me alivia de este enorme peso tendré que dar suelta a algún gas?<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> Alusión a los poetas de poca *vis cómica*, que usaban chistes triviales y gastados.

<sup>4</sup> *Ut cacaturias*.

<sup>5</sup> *Pedam*.

BACO

Nada de eso, te lo suplico: a no ser cuando tengas que vomitar.

JANTIAS

No sé entonces qué necesidad había de echarme al hombro esta carga, para no poder hacer ninguna de aquellas cosas tan frecuentes en Frínico<sup>6</sup>, Lucis<sup>7</sup> y Amipsias<sup>8</sup>, que siempre introducen en sus comedias mozos de cordel.

BACO

No hagas tal; porque cuando yo me siento entre los espectadores y miro invenciones tan vulgares, envejezco más de un año.

JANTIAS

¡Desdichado hombro mío! Sufres y no se te permite hacer reír.

BACO

¿No es esto el colmo de la insolencia y de la flojedad? Yo, Baco, hijo del ánfora<sup>9</sup>, voy a pie y me fatigo, mientras le cedo a ese sibarita mi asno para que vaya a su gusto y no tenga nada que llevar.

JANTIAS

Pues ¡qué! ¿no llevo yo nada?

BACO

¿Cómo has de llevar si eres llevado?

JANTIAS

---

<sup>6</sup> Frínico era un poeta cómico que concurrió con Aristófanes al premio cuando hizo representar *Las ranas*. Su poca inventiva, el abuso de palabras inusitadas, y los defectos de su versificación le hicieron pasar por extranjero. No debe confundirse este Frínico con el autor de tragedias.

<sup>7</sup> Poeta cómico contemporáneo de Aristófanes. Su principal defecto era la frialdad.

<sup>8</sup> Otro autor de comedias, que ganó dos veces el premio en competencia con Aristófanes. Su *Conno* fue preferido a *Las nubes*.

<sup>9</sup> Como dios del vino.



Sí, con este equipaje encima.

BACO

¿Cómo?

JANTIAS

Que pesa mucho.

BACO

¿Pero dejará de llevar el asno lo que tú llevas?

JANTIAS

Por Zeus, lo que yo llevo no lo lleva él.

BACO

¿Pero cómo puedes llevar nada, siendo llevado por otro?

JANTIAS

No lo sé; pero lo cierto es que mi hombro no puede resistir más.

BACO

Pues aseguras que el asno no te sirve de nada, cárgate el asno y llévalo a tu vez.

JANTIAS

¡Triste de mí! ¿Por qué no estuve en la última batalla naval?<sup>10</sup>  
Ya me hubieras pagado esa bromita.

BACO

Apéate, bribón; voy a llamar a esta puerta, donde tengo que hacer mi primera parada. ¡Esclavo! ¡Eh! ¡Esclavo!<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> Fue la de las Arginusas, ganada a los lacedemonios el año anterior a la representación de *Las ranas*. Algunos esclavos que pelearon entonces denodadamente recibieron la libertad en recompensa de su valor. Por consiguiente, si Jantias hubiese estado en aquella batalla podría exigir a su amo una satisfacción como emancipado de su potestad.

<sup>11</sup> Llama a la puerta del templo de Heracles, que estaba cerca de Atenas, en el demo de Melito.

HERACLES

¿Quieres derribar la puerta? Quienquiera que sea, llama como un centauro<sup>12</sup>. Vamos ¿qué ocurre?

BACO

¡Jantias!

JANTIAS

¿Qué?

BACO

¿No has advertido?

JANTIAS

¿El qué?

BACO

El miedo que le he dado.

JANTIAS

¡Bah! tú estás loco.

HERACLES

Por Deméter, no puedo contener la risa; por más que me muerdo los labios, me río.

BACO

Acércate, amigo mío; te necesito.

HERACLES

¡Oh! me es imposible no soltar la carcajada al ver una piel de león debajo de una túnica amarilla<sup>13</sup>. ¿Qué intentas? ¿qué tienen que ver la maza y los coturnos? ¿por qué país has viajado?

---

<sup>12</sup> Monstruo fabuloso, mitad hombre y mitad caballo. Sus proceder es eran sumamente brutales, y en la célebre lucha con los Lápitias dejaron de ello buena memoria.

<sup>13</sup> Baco traía sobre un vestido de mujer la piel de león y la maza que constituían el atavío característico de Heracles.

BACO

Me embarqué en el Clístenes<sup>14</sup>.

HERACLES

¿Y diste una batalla naval?

BACO

Ya lo creo, y echamos a pique doce o trece naves enemigas.

HERACLES

¿Vosotros?

BACO

Por Apolo te lo juro.

HERACLES

Y entonces me desperté<sup>15</sup>.

BACO

Estaba yo en la nave, leyendo para mí la *Andrómeda*<sup>16</sup>, cuando de repente se apodera de mi corazón un vivo deseo...

HERACLES

¿Un deseo? ¿De qué especie?

BACO

Pequeñito, como Molón<sup>17</sup>.

HERACLES

¿De una mujer?

---

<sup>14</sup> Habla de Clístenes como de un navío. Hay una alusión a las costumbres disolutas de Clístenes.

<sup>15</sup> Con esta frase, que es la que ordinariamente se emplea para concluir la narración de un sueño, da a entender Heracles que no cree una palabra de cuanto le ha dicho Baco. –Otras ediciones (la de Boissonade) la ponen en boca de Jantias, y aun del mismo Baco.

<sup>16</sup> Tragedia de Eurípides, de la cual sólo se conservan fragmentos, citada y parodiada en *Las Tesmoforias*.

<sup>17</sup> Había dos personas de este nombre, uno autor y otro ladrón, pero ambos de agigantada estatura.

BACO

No.

HERACLES

¿De un muchacho?

BACO

Ni por pienso.

HERACLES

¿Entonces de un hombre?

BACO

Eso es.

HERACLES

Como estabas con Clístenes...

BACO

No te burles, hermano mío; me siento mal de veras; el tal deseo me martiriza.

HERACLES

Pero, hermanito, sepamos cuál es.

BACO

No puedo revelártelo, pero te lo daré a entender por medio de un enigma. Di: ¿no te ha asaltado alguna vez un repentino deseo de comer puches?

HERACLES

¿De puches? Ya lo creo: mil veces en mi vida<sup>18</sup>.

BACO

¿Comprendes bien? ¿o me explico más?

HERACLES

---

<sup>18</sup> La glotonería de Heracles era proverbial, y ya la ridiculizó Aristófanes en *Las aves*.

Lo que es de los puches no tienes que decir más; lo entiendo perfectamente.

BACO

Pues bien, tal es el deseo que me devora por Eurípides...

HERACLES

¿Por un muerto?<sup>19</sup>

BACO

Y ningún hombre me disuadirá de que vaya a buscarle.

HERACLES

¿A los profundos infiernos?

BACO

Y más abajo, si es preciso.

HERACLES

Pero ¿para qué lo necesitas?

BACO

Me hace falta un buen poeta<sup>20</sup>, y no hay ninguno, pues los vivos todos son detestables.

HERACLES

¡Cómo! ¿Ha muerto Iofón?<sup>21</sup>

BACO

Ése es el único bueno que resta; si es que él es el bueno, pues

---

<sup>19</sup> Eurípides había muerto poco antes de representarse *Las ranas*, en la corte de Arquelaos, rey de Macedonia.

<sup>20</sup> El interés de Baco se explica, porque las tragedias se representaban en sus fiestas y habían nacido con ocasión de ellas.

<sup>21</sup> Hijo de Sófocles, que en vida de su padre, muerto poco tiempo antes de ponerse en escena *Las ranas*, había ganado una vez el premio en un certamen trágico. Había sospechas de que la obra laureada no era suya, sino de su padre; y por eso Baco se reserva para juzgarle a que presente una nueva tragedia.

tengo mis dudas sobre el particular.

HERACLES

Ya que tienes absoluta necesidad de sacar algún poeta de los infiernos, ¿porqué no te llevas a Sófocles, que es superior a Eurípides?

BACO

No, antes quiero probar a Iofón y ver lo que puede hacer sin Sófocles. Además, como Eurípides es muy astuto, desplegará todos sus ardidés para escaparse conmigo, mientras que el otro es tan sencillote allí como aquí<sup>22</sup>.

HERACLES

Y Agatón<sup>23</sup> ¿dónde está?

BACO

Aquel buen poeta y amigo querido me abandonó y partió.

HERACLES

¿Adónde se fue el mísero?

BACO

Al banquete de los bienaventurados<sup>24</sup>.

HERACLES

¿Y Jenocles?<sup>25</sup>

BACO

¡Que el cielo le confunda!

HERACLES

¿Y Pitángelo?<sup>26</sup>

---

<sup>22</sup> Aristófanes hace justicia a la modestia de Sófocles, virtud rarísima en los poetas.

<sup>23</sup> Poeta trágico y cómico, uno de los personajes de *Las Tesmofarias*.

<sup>24</sup> A la corte de Arquelao, gran protector de los literatos y artistas de su época. Otros entienden que Agatón había muerto.

<sup>25</sup> Poeta trágico, hijo de Carcino, repetidas veces citado.

JANTIAS

¡De mí ni una palabra! y se me está hundiendo el hombro<sup>27</sup>.

HERACLES

¿Pero no componen también tragedias otros diez mil mozalbetes infinitamente más habladores que Eurípides?

BACO

Ésos son ramillos sin savia, verdaderos poetas-golondrinas, gárrulos e insustanciales, peste del arte, que en cuanto la Musa trágica les concede el más pequeño favor lanzan de una vez todo su talento, y caen extenuados de fatiga. ¡Oh! por mucho que busques, no hallarás uno de esos vates fecundos que seducen con sus magníficas palabras.

HERACLES

¿Cómo fecundos?

BACO

Sí, fecundos y capaces de inventar estas atrevidas expresiones: “el éter, habitacioncita de Zeus<sup>28</sup>, “el pie del tiempo”<sup>29</sup>, “el corazón no quiere jurar, pero la lengua perjura sin la complicidad del corazón”<sup>30</sup>.

HERACLES

¿Y eso te gusta?

BACO

Estoy más que loco por ellas.

HERACLES

---

<sup>26</sup> Poeta trágico desconocido.

<sup>27</sup> Jantias se queja de que Baco y Heracles se entretengan en charlar, sin ocuparse para nada de la fatiga que le causa su hato.

<sup>28</sup> Tomado de la *Melanipa* de Eurípides, tragedia de la cual sólo quedan fragmentos.

<sup>29</sup> Parodia del *Alejandro* de Eurípides, tragedia perdida.

<sup>30</sup> Verso 612 del *Hipólito* de Eurípides, muchas veces criticado y parodiado.

Si son necesidades, tú mismo lo conoces.

BACO

“No habites en mi espíritu: ya tienes tú tu casa”<sup>31</sup>.

HERACLES

Pues todo eso es lo más detestable.

BACO

En comer me podrás dar lecciones<sup>32</sup>.

JANTIAS

¡De mí ni una palabra!<sup>33</sup>

BACO

Escucha ahora la razón de haberme vestido como tú. Es para que me digas, por si tengo necesidad, los huéspedes que te acogieron cuando fuiste a buscar al Cerbero. Indícamelos, y también los puertos, panaderías, lupanares, paradores, posadas, fuentes, caminos, ciudades, figones, y las tabernas donde haya menos chinches.

JANTIAS<sup>34</sup>

¡De mí ni una palabra!

HERACLES

¿Te atreverás a ir, temerario?

BACO

No hables una palabra en contra de mi proyecto; indícame solamente el camino más corto para ir al infierno: un camino que ni sea demasiado caliente ni demasiado frío.

JANTIAS

¿Cuál camino te indicaré el primero? ¿Cuál? ¡Ah! éste: coges un

---

<sup>31</sup> Parodia de un verso de la *Andrómaca* de Eurípides.

<sup>32</sup> Como glotón, debía ser maestro en gastronomía.

<sup>33</sup> Jantias repite su lamentación.

<sup>34</sup> Cada vez más impaciente por la interminable charla de su amo.



banquillo y una soga, y te cuelgas.

BACO

¡Otro! ése es asfixiante.

HERACLES

Hay otro camino muy corto y muy trillado: el del mortero<sup>35</sup>.

BACO

¿Te refieres a la cicuta?

HERACLES

Precisamente.

BACO

Ése es frío y glacial: en seguida se hielan las piernas<sup>36</sup>.

HERACLES

¿Quieres que te diga uno muy rápido y pendiente?

BACO

Sí, por cierto; pues no soy muy andarín.

HERACLES

Vete al Cerámico<sup>37</sup>.

BACO

¿Y después?

HERACLES

Sube a lo alto de la torre...

---

<sup>35</sup> En que se majaba la cicuta.

<sup>36</sup> Alusión a los efectos de la cicuta. Véase el *Fedón* de Platón.

<sup>37</sup> Barrio de Atenas donde se celebraban las *Lampadoforias*, fiestas en honor de Atenea, Hefesto y Prometeo, por haber dado a los mortales el aceite, las lámparas y el fuego respectivamente. La parte principal de estas solemnidades, a la que se refiere el texto, consistía en correr con antorchas encendidas, procurando que no se apagasen hasta llegar al fin de la carrera. La señal de partida se daba arrojando una antorcha desde lo alto de la torre, de que habla luego Heracles.

BACO

¿Para qué?

HERACLES

Ten fijos los ojos en la antorcha, hasta que se dé la señal; y cuando los espectadores te manden que la tires, te arrojas tú mismo.

BACO

¿Adónde?

HERACLES

Abajo.

BACO

Y me romperé las dos membranas del cerebro. No me gusta ese camino.

HERACLES

¿Pues cuál?

BACO

Aquel por donde tú fuiste.

HERACLES

Pero es sumamente largo. Lo primero que encontrarás será una laguna inmensa y profundísima.

BACO

¿Cómo la atravesaré?

HERACLES

Un barquero viejo te pasará en un botecillo, mediante el pago de dos óbolos.

BACO

¡Oh, qué poder tienen en todas partes los dos óbolos!<sup>38</sup>. ¿Cómo

---

<sup>38</sup> El barquero Caronte, según los mitógrafos, sólo exigía un óbolo; pero Aristófanes eleva sus derechos a dos, para aludir al salario que entonces

han llegado hasta allí?

HERACLES

Teseo<sup>39</sup> los llevó. Después verás una multitud de serpientes y monstruos horrendos.

BACO

No trates de meterme miedo y aterrarme; no me disuadirás.

HERACLES

Luego un vasto cenagal, lleno de inmundicias, y sumergidos en él todos los que faltaron a los deberes de la hospitalidad, los que negaron el salario a su bardaje, y los que maltrataron a su madre, abofetearon a su padre, o copiaron algún pasaje de Mórsimo<sup>40</sup>.

BACO

A éstos deberían agregarse todos los que aprendieron la danza pírrica de Cinesias<sup>41</sup>.

HERACLES

Más lejos encantaré tus oídos el dulce sonido de las flautas; verás bosquecillos de mirtos iluminados por una luz purísima como la de aquí; encontrarás grupos bienaventurados de hombres y mujeres, y escucharás alegres palmoteos.

BACO

Y éstos ¿quiénes son?

HERACLES

---

cobran los jueces, y que osciló de uno a tres óbolos, como se ve en *Los caballeros* y *Las avispas*.

<sup>39</sup> Teseo bajó al infierno, acompañado de Pirítoo, para robar a Perséfone.

<sup>40</sup> Poeta trágico, satirizado en *Los caballeros*, 401, y en *La paz*, 803, Según el Escoliasta, era mejor oculista que poeta.

<sup>41</sup> Autor de ditirambos, repetidas veces citado y puesto en escena. Aquí alude a sus gesticulaciones al ensayar los coros que habían de ejecutar sus cantos, pues la danza pírrica era sumamente rápida.

Los iniciados...<sup>42</sup>

JANTIAS

Y yo el asno portador de los misterios<sup>43</sup>; pero, por Zeus, no los llevaré más.

HERACLES

Que te dirán todo cuanto necesites, pues habitan en el mismo camino, junto a la puerta del palacio de Hades. Conque, hermano mío, feliz viaje.

BACO

¡Adiós! y que Zeus te oiga. (*a Jantias.*) Vuelve a cargarte el hato.

JANTIAS

¿Antes de habérmelo descargado?

BACO

Y a escape.

JANTIAS

No, no, te lo suplico: más vale que te ajustes con algún muerto de los que necesariamente tienen que recorrer este camino.

BACO

¿Y si no lo encuentro?

JANTIAS

Entonces llévame.

BACO

Tienes razón. Ahí traen precisamente a un muerto. ¡En, tú, a ti

---

<sup>42</sup> Los iniciados en los misterios de Deméter se creía que gozaban, después de morir, de una vida bienaventurada.

<sup>43</sup> Un asno transportaba de Atenas a Eleusis los útiles necesarios para celebrar los misterios. Parece que este rito tenía su origen en la circunstancia de haber huido Tifón sobre un asno, después de su derrota, por lo cual este animal era odiado en Egipto, de donde se introdujo en el Ática el culto de Deméter eleusinia.

te digo, el muerto! ¿Quieres llevar un hatillo a los infiernos?

UN MUERTO

¿Es pesado?

BACO

Míralo.

EL MUERTO

¿Me pagarás dos dracmas?

BACO

¡Oh, no! menos.

EL MUERTO

Adelante, sepultureros.

BACO

Espera un poco, amigo mío, para ver si podemos arreglarnos.

EL MUERTO

Si no me das dos dracmas, no hables.

BACO

Toma nueve óbolos<sup>44</sup>.

EL MUERTO

¡Antes resucitar!

JANTIAS

¡Qué soberbio es el maldito! ¿Y no se le castigará? Iré yo mismo.

BACO

Eres un buen muchacho. Dirijámonos a la barca.

CARONTE

¡Hoop! Aborda.

---

<sup>44</sup> Como cada dracma valía seis óbolos, Baco ofrece al muerto una tercia parte menos.

JANTIAS

¿Qué es eso?

BACO

Es la laguna de que nos ha hablado Heracles; ya veo la barca.

JANTIAS

Por Posidón, ése es Caronte.

BACO

¡Salud, Caronte! ¡Salud, Caronte! ¡Salud, Caronte!<sup>45</sup>

CARONTE

¿Quién viene del país de las miserias y cuidados a los campos de reposo y del Leteo, a trasquilar la lana de los asnos<sup>46</sup>, a la morada de los Cerberios<sup>47</sup>, a los infiernos y al Ténaro?<sup>48</sup>

BACO

Yo.

CARONTE

Entra al punto.

BACO

¿Adónde nos vas a llevar? ¿al infierno, de veras?

CARONTE

---

<sup>45</sup> BOISSONADE, apoyado en un escolio, reparte el triple saludo entre Baco, Jantias y el Muerto. Sin embargo, según indica otro escolio, puesto solamente en boca de Baco tiene más intención, porque es parodia de una repetición análoga en una pieza de Aqueo.

<sup>46</sup> Con esta frase da a entender Aristófanes que no cree una palabra de las fábulas inventadas por los poetas respecto al infierno.

<sup>47</sup> Es decir, al pueblo de Cerbero perro trífauce, que guardaba la entrada del infierno.

<sup>48</sup> Promontorio de la Laconia, en el cual había una caverna tenida por una de las bocas del infierno.

*Taenarias etiam fauces, alta ostia Ditis.*

(VIRGILIO, Geórgicas, IV, 467.)

Sí, por Zeus, para servirte. Vamos, entra.

BACO

Ven acá, muchacho.

CARONTE

No paso al esclavo si no ha combatido en alguna batalla naval por salvar el pellejo<sup>49</sup>.

JANTIAS

No pude, porque tenía entonces los ojos malos.

CARONTE

Pues tienes que dar la vuelta a la laguna.

JANTIAS

¿Y dónde me detengo?

CARONTE

En la piedra de Aveno<sup>50</sup>, junto a las posadas.

BACO

¿Has entendido?

JANTIAS

Perfectamente. ¡Qué desgraciado soy! Sin duda al salir de casa tuve algún encuentro de mal agüero.  
(*Vase.*)

CARONTE

(*A Baco.*) Siéntate al remo. – Si hay algún otro que desee pasar, que se apresure. – ¡Eh, tú! ¿Qué haces?<sup>51</sup>

BACO

¿Qué he de hacer? Me he sentado sobre el remo como me has

---

<sup>49</sup> Alusión a la reciente batalla de las Arginusas.

<sup>50</sup> Lugar imaginario, inventado por Aristófanes para indicar el sitio donde se secan los muertos (de ἀβάινεσθαι).

<sup>51</sup> A Baco, que se ha sentado sobre el remo en vez de echar mano de él.

dicho.

CARONTE

Colócate ahí, panzón.

BACO

Ya estoy.

CARONTE

Adelanta los brazos; extiéndelos.

BACO

Ya están.

CARONTE

¡Basta de tonterías! Rema vigorosamente.

BACO

¿Cómo he de poder remar si no conozco este oficio ni he estado nunca en Salamina?

CARONTE

Facilísimamente; porque en cuanto cojas el remo vas a oír bellísimos cánticos.

BACO

¿De quién?

CARONTE

De las ranas, émulas de los cisnes; ¡son deliciosos!

BACO

Ea, manda la maniobra.

CARONTE

¡Hoop, op! ¡Hoop, op!

LAS RANAS<sup>52</sup>



Brekekekex, coax, coax; brekekekex, coax, coax. Húmedas hijas de los pantanos, mezclemos nuestro cántico sonoro a los dulces sonidos de las flautas, coax, coax; repitamos los himnos que en honor de Baco Niseo<sup>53</sup>, hijo de Zeus, entonamos en la sagrada fiesta de las ollas<sup>54</sup>, cuando la multitud embriagada se dirige a nuestro templo del pantano<sup>55</sup>. Brekekekex, coax, coax.

#### BACO

Principian a dolerme las nalgas, carísima coax, coax. Pero a vosotras no se os importa nada.

#### LAS RANAS

Brekekekex, coax, coax.

#### BACO

¡Así reventéis con vuestro coax! ¡Siempre coax, coax!

#### LAS RANAS

Y con razón, imbécil. Porque yo soy la favorita de las Musas, hábiles tañedoras de la lira, y del cornípedo Pan, diestro en el caramillo. Me ama también el citarista Apolo, porque hago crecer en los pantanos caños para los puentes de sus liras. Brekekekex, coax, coax.

#### BACO

Ya se me han levantado ampollas; tengo el trasero inundado de sudor, y pienso que pronto empezaré a decir brekekekex, coax, coax. Pero callad, raza graznadora.

#### LAS RANAS

¡Callar! al contrario, cantaremos con más fuerza. Porque a

---

<sup>53</sup> Sobrenombre de Baco, que entra en la composición de Dionisos, nombre con que generalmente le designaron los griegos.

<sup>54</sup> El tercer día de las *Antesterias*, fiesta de que se habla en *Los acarnienses* (v. nota), se cocían legumbres de todas clases en ollas que se ofrecían a Baco y Atenea.

<sup>55</sup> Baco tenía cerca de Atenas un templo junto a un pantano.

nosotras nos deleita en los días apacibles saltar entre el fleos<sup>56</sup> y la juncia, entonando los himnos que solemos cantar cuando nadamos; o bien, cuando Zeus vierte la lluvia, sumergidas en el fondo de nuestras moradas, unir nuestras ágiles voces al ruido de las gotas. Brekekekex, coax.

BACO

Os prohíbo cantar.

LAS RANAS

El silencio es para nosotras insoportable.

BACO

Más insoportable es para mí el destrozarme remando.

LAS RANAS

Brekekekex, coax, coax.

BACO

¡Ojalá reventéis! poco me importaría.

LAS RANAS

Pues nosotras graznaremos a toda voz, desde la mañana hasta la noche, brekekekex, coax, coax.

BACO

En eso no me ganaréis.

LAS RANAS

Ni tú a nosotras.

BACO

Ni vosotras a mí. Graznaré, si es preciso, todo el día hasta dominar vuestro coax. Brekekekex, coax, coax. Ya sabía yo que os había de hacer callar.

CARONTE

¡Eh! para, para. Empuja el bote a la orilla con el remo.

---

<sup>56</sup> Planta que crece en los pantanos y prados húmedos.

Desembarca, y paga.

BACO

Ahí tienes dos óbolos. – ¡Jantias! ¿Dónde está Jantias? ¡Eh, Jantias!

JANTIAS

¡Eh!

BACO

Ven acá.

JANTIAS

Salud, amo mío.

BACO

¿Qué es lo que hay ahí?

JANTIAS

Tinieblas y cieno.

BACO

¿Has visto en algún lugar a los parricidas y perjuros de que aquél nos habló?

JANTIAS

¿No los has visto tú?

BACO

Por Posidón, ahora los veo<sup>57</sup>. ¡Ea! ¿qué hacemos?

JANTIAS

Lo mejor será ir más adelante, porque éste es el sitio donde nos dijo que estaban los monstruos horrendos.

BACO

¡Cómo se va a fastidiar! Nos contaba fábulas para meterme miedo; fue pura envidia. ¡Como sabe que yo soy lo más bravo...!

---

<sup>57</sup> Mirando a los espectadores.

Heracles es muy arrogante. Yo quisiera tener algún encuentro, alguna ocasión de hacer famoso mi viaje.

JANTIAS

Por Zeus, siento no sé qué ruido.

BACO

(*asustado*) ¿Dónde? ¿dónde?

JANTIAS

Detrás.

BACO

Anda detrás.

JANTIAS

No, es delante.

BACO

Pues anda delante.

JANTIAS

Por Zeus, veo un monstruo gigantesco.

BACO

¿Cómo es?

JANTIAS

¡Horrendo! Toma toda clase de formas: ya es un buey, ya es un mico, ya una mujer muy hermosa.

BACO

¿Dónde está? ¡Oh! voy a salirle al encuentro.

JANTIAS

Ya no es mujer, ahora es un perro.

BACO

Entonces es Empusa<sup>58</sup>.

JANTIAS

Todo su rostro está lleno de fuego.

BACO

Tiene una pierna de bronce.

JANTIAS

Y otra de asno<sup>59</sup>. Tenlo por seguro.

BACO

¿Adonde me escapo?

JANTIAS

¿Y yo?

BACO

¡Oh sacerdote!<sup>60</sup> Sálvame para que pueda beber contigo.

JANTIAS

¡Estamos perdidos, Heracles poderoso!

BACO

No lo mientes, querido mío; no pronuncies su nombre.

JANTIAS

Entonces diré: ¡oh Baco!

BACO

Menos aún.

JANTIAS

---

<sup>58</sup> Espectro que Hécate enviaba a los hombres para aterrorizarlos. Tomaba diferentes formas, todas horribles.

<sup>59</sup> Lit.: de *basura*, pues tal es el significado de βόλτινον. Sin embargo, el Escoliasta dice que este adjetivo era equivalente a όνοχόλονζ, *pata de asno*, y así lo traducimos, porque hace sentido mejor.

<sup>60</sup> Se dirige al sacerdote de Baco, que ocupaba en las fiestas dramáticas lugar preferente.

Sigue todo derecho. — Aquí, aquí, amo mío.

BACO

¿Qué pasa?

JANTIAS

Tranquilízate: la cosa va bien; ya podemos decir como Hegélocos: “Después de la tempestad veo la calma”<sup>61</sup>. Empusa ha desaparecido.

BACO

Júramelo.

JANTIAS

Lo juro por Zeus.

BACO

Júralo otra vez.

JANTIAS

Lo juro por Zeus.

BACO

Vuélvemelo a jurar.

JANTIAS

Lo juro por Zeus.

BACO

¡Oh, cómo he palidecido al ver esa fantasma!

JANTIAS

Pues ese otro se ha puesto rojo de miedo<sup>62</sup>.

---

<sup>61</sup> Alusión a la mala manera con que el actor Hegélocos pronunció la frase citada, que es del verso 269 del *Orestes* de Eurípides, dándole un sentido ridículo, que estuvo a punto de hacer fracasar la tragedia; pues en vez de decir γαλήν (oxítos), que significa *calma*, pronunció γαλην (perispómeno), esto es, “después de la tempestad veo el gato”.

<sup>62</sup> El sacerdote de Baco, que sin duda honraba a su dios más de lo

BACO

¡Ay! ¿Cuál es la causa de todos estos males? ¿A qué dios acusaré de mi desgraciada suerte? “¿Al Éter, habitacioncita de Júpiter, o al pie del Tiempo?”<sup>63</sup>

JANTIAS

¡En, tú!

BACO

¿Qué hay?

JANTIAS

¿No has oído?

BACO

¿Qué?

JANTIAS

Las flautas.

BACO

Es verdad, también ha llegado hasta mí el perfume místico de las antorchas. Cállate y escuchémoslos escondidos.

CORO<sup>64</sup>

¡Iaco, oh Iaco! ¡Iaco, oh Iaco!<sup>65</sup>

JANTIAS

Eso mismo es, dueño mío; son los juegos de los iniciados de que nos hablaba; pues cantan a Iaco, como Diágoras<sup>66</sup>.

---

debido.

<sup>63</sup> Expresiones de Eurípides ya citadas.

<sup>64</sup> Éste es el verdadero coro de la comedia, y está compuesto de iniciados en los misterios de Eleusis.

<sup>65</sup> Sobrenombre de Baco en los Misterios Eleusinos, en los cuales su culto iba unido al de Deméter.

<sup>66</sup> Diágoras de Milo, filósofo acusado de ateísmo, había sido en su juventud poeta lírico y había compuesto ditirambos.

### BACO

También a mí me lo parece. Por lo cual, lo mejor es guardar silencio, hasta enterarnos bien de lo que sea.

### CORO

Iaco, veneradísimo Iaco, oye la voz de los que adoran tus misterios, y acude a este prado, tu mansión favorita, para dirigir sus coros; ven, y haciendo retemblar sobre tu cabeza la corona de mirto cuajado de bayas ejecuta con atrevido pie aquella suelta y regocijada danza llena de gracias, solemne y mística, puro encanto de los iniciados.

### JANTIAS

Augusta y veneranda Deméter, ¡qué delicioso olor a carne de cerdo ha acariciado mis narices!<sup>67</sup>

### BACO

Vamos, ¿será necesario darte un pedazo para que calles?

### CORO

Reanima la luz de las flameantes antorchas, blandiéndolas en tus manos. ¡Iaco, oh Iaco, fúlgida estrella de la iniciación nocturna! El prado deslumbra lleno de luces: vigorízanse las rodillas del anciano, disípanse sus penas, y aligérasele la carga de los años para poder formar parte de los sagrados coros. Guía tú, deidad resplandeciente, sobre esta fresca y florida alfombra las danzas de la garrida juventud. ¡Silencio! lejos de aquí, profanos, almas impuras, nunca admitidos a las fiestas y danzas de las nobles Piérides, ni iniciados en el misterioso lenguaje ditirámico del taurófago Cratino<sup>68</sup>, apasionados de los versos chocarreros e inoportunos chistes. Lejos de aquí todo el que, en vez de reprimir una sedición funesta y mirar por el bien de sus conciudadanos, atiza y exacerba las discordias, atento sólo a

---

<sup>67</sup> A Deméter se le ofrecían cerdos en sacrificio.

<sup>68</sup> Alude aquí Aristófanes a la voracidad del poeta, dándole irónicamente el epíteto de *taurófago*, que se encuentra aplicado a Baco en una tragedia de Sófocles titulada *Tiro*.



saciar la propia avaricia. Lejos de aquí el que, estando al frente de una ciudad agobiada por la desgracia, se deja sobornar y entrega una fortaleza o las naves; o el que, como ese infame Torición<sup>69</sup>, cobrador de vigésimas, exporta de Egina<sup>70</sup> a Epidauro<sup>71</sup> cueros, lino, pez y demás mercancías prohibidas. Lejos de aquí todo el que aconseja a cualquiera que preste a nuestros enemigos dinero para la construcción de naves<sup>72</sup>, o mancha de inmundicia las imágenes de Hécate, mientras entona ditirambos<sup>73</sup>. Lejos de aquí todo orador que cercena el salario a los poetas<sup>74</sup> porque le pusieron en escena en las fiestas nacionales de Baco. A todos éstos les digo, una y cien veces, que dejen libre el campo a los rústicos coros. Vosotros, elevad vuestros cantos y los himnos nocturnos propios de estas fiestas. Adelántese cada cual osadamente por los prados floridos de esta profunda mansión, dando rienda suelta a los chistes, burlas y dicitos. ¡Basta de festines! ¡Adelante! Celebrad a nuestra divina protectora<sup>75</sup>, que ha prometido defender siempre este país, a pesar de Torición.

Ea, principiad ahora otros himnos en honor de la frugífera Deméter; celebradla en religiosos cantos.

Oh Deméter, reina de los puros misterios, senos propicia y

---

<sup>69</sup> Cobrador de contribuciones en Egina, que se aprovechaba de su cargo para ejercer el contrabando de que habla el texto, defraudando al Estado en la percepción de los derechos de aduana, digámoslo así, que subían a una vigésima.

<sup>70</sup> Isla próxima al Ática, de floreciente comercio. Los atenienses se habían apoderado de ella al principio de la guerra.

<sup>71</sup> Ciudad del Peloponeso, situada en la costa oriental, cerca de la Argólida.

<sup>72</sup> Alusión a Alcibíades, que se decía había conseguido que Ciro el joven prestase a Lisandro una respetable suma para equipar la flota lacedemonia.

<sup>73</sup> Alusión al poeta Cinesias, acusado de haber profanado (*concacavisse*) el pedestal de una estatua de Hécate.

<sup>74</sup> En *Las mujeres en la asamblea* se cita como uno de estos oradores a Agirrio.

<sup>75</sup> Atenea.

protege a tu coro; permíteme entregarme en todo tiempo a los juegos y a las danzas, y que mezclando mil donaires y discretas razones llegue a merecer con obra digna de tus fiestas ser ceñido por las bandas triunfales.

Ea, invoca ahora en tus cantos el numen jovial, eterno compañero de estas danzas.

Veneradísimo Iaco, inventor de las suavísimas melodías que en estas fiestas se cantan, ven a acompañarnos al templo de la diosa, y prueba que puedes recorrer sin fatigarte un largo camino<sup>76</sup>. Iaco, amigo del baile, guía mis pasos; tú has desgarrado mis sandalias y pobres vestidos, para que causen risa y me permitan danzar con más desenfado.

Iaco, amigo del baile, guía mis pasos. Mirando de reojo, acabo de ver una hermosísima doncella, por cuya túnica desgarrada asomaba indiscretamente parte de su seno<sup>77</sup>. Iaco, amigo del baile, guía mis pasos.

#### BACO

Sí, a mí me gusta unirme a esos coros, y deseo bailar con ella.

#### JANTIAS

Yo también.

#### CORO

¿Queréis que nos burlemos juntos de Arquedemo?<sup>78</sup> A los siete años no era todavía ciudadano, y ahora es jefe de los muertos de la tierra<sup>79</sup>, y ejerce allí el principado de la bribonería. He oído que Clístenes se arranca sobre los sepulcros los pelos de las

---

<sup>76</sup> Del Cerámico, barrio de Atenas, a Eleusis había próximamente cien estadios (18 kilómetros). Éste era el trayecto que recorría la procesión de los iniciados.

<sup>77</sup> Esto parece ser una alusión a la tacañería de los coregos, que no habían hecho trajes nuevos a los coristas.

<sup>78</sup> Extranjero que había conseguido ponerse al frente del partido popular en Atenas. Los niños eran inscritos a los siete años de su edad en el registro de la tribu a que su padre pertenecía, circunstancia que probaba su cualidad de ciudadanos.

<sup>79</sup> Los atenienses.

nalgas y se araña las mejillas<sup>80</sup>: tendido sobre las tumbas gime, llora y llama desolado a Sebine de Anaflisto<sup>81</sup>. También cuentan que Calías, el hijo de Hipobino<sup>82</sup>, cubierto de una piel de león<sup>83</sup>, se entrega sobre sus naves a un combate amoroso.

#### BACO

¿Podrías decirnos dónde está la morada de Hades? Somos unos extranjeros recién llegados.

#### CORO

No vayas más lejos, ni repitas la pregunta: sabed que estáis en su misma puerta.

#### BACO

Muchacho, coge de nuevo el hato.

#### JANTIAS

La eterna muletilla de “la Corinto de Zeus”<sup>84</sup> se repite en el hato.

#### CORO

Sobre el césped de este florido bosque bailad en rueda en honor

---

<sup>80</sup> Las mujeres en los funerales se arrancaban los cabellos y hacían las demás demostraciones de dolor que el poeta atribuye burlescamente al bardaje Clístenes.

<sup>81</sup> Nombre forjado por Aristófanes, que contiene alusiones obscenas: *Sebine*, de βινεῖν, *coire*; *Anaflisto*, demo del Ática, que tiene la radical parecida a ἀναφλαν.

<sup>82</sup> Calias era hijo de Hiponico, cuyo nombre parodia obscenamente Aristófanes en *Hipobino* (*qui coit cum equo*), aludiendo a la disolución de sus costumbres. En su casa se dio el *banquete*, asunto de una de las obras de Jenofonte.

<sup>83</sup> Esto equivale a llamarle nuevo Heracles, aludiendo a la aventura de este semidiós, que triunfó en una sola noche de cincuenta vírgenes.

<sup>84</sup> Los corintios enviaron a Mégara un embajador, que para ponderar la grandeza de su ciudad repetía constantemente: *la Corinto de Zeus*. La frase se hizo proverbial, y se aplicó a todos los que decían muchas veces una misma cosa.

de la diosa<sup>85</sup> los admitidos a esta piadosa fiesta.

BACO

Yo iré con las doncellas y matronas al sitio donde se celebra la velada de las diosas, llevando la sagrada antorcha<sup>86</sup>.

CORO

Vamos a los prados floridos, esmaltados de rosas, a recrearnos, según costumbre, en esas brillantes danzas presididas por las bienaventuradas Parcas. El sol y la luna sólo lucen para nosotros los iniciados, que durante la vida fuimos benéficos con propios y extraños<sup>87</sup>.

BACO

¿Cómo llamaré a esta puerta? ¿Cómo? ¿De qué manera acostumbran llamar las gentes de este país?

JANTIAS

No pierdas el tiempo; llama con la fuerza de Heracles, para no estar en contradicción con tu disfraz.

BACO

¡Esclavo! ¡Esclavo!

ÉACO

¿Quién va?

BACO

Heracles el valeroso.

ÉACO

¡Ah, infame, atrevido, sinvergüenza, canalla, más canalla que todos los canallas juntos, tú nos llevaste nuestro perro Cerbero retorciéndole el pescuezo, y escapaste con él estando yo

---

<sup>85</sup> Deméter.

<sup>86</sup> En el templo de Deméter, en Atenas, había una estatua de Baco con una antorcha.

<sup>87</sup> Sólo los iniciados se creía que gozaban de la bienaventuranza después de la muerte.

encargado de su guarda. Pero ya has caído en mi poder: las negras rocas de la Estigia y el peñasco ensangrentado del Aquerón te cierran el paso; los perros vagabundos del Cocito y la Hidra de cien cabezas te desgarrarán las entrañas; la murena Tartesia<sup>88</sup> devorará tus pulmones; y las Gorgonias Titrasiadas<sup>89</sup> se llevarán entre las uñas, revueltos con los intestinos, tus sanguinolentos riñones<sup>90</sup>. ¡Ah! corro a llamarlas.

JANTIAS

¡Puf! ¿Qué has hecho?

BACO

Una libación<sup>91</sup>; invoca al dios<sup>92</sup>..

JANTIAS

¡Qué ridiculez! Levántate pronto, antes de que algún extraño te vea.

BACO

Me siento desfallecer, ponme una esponja sobre el corazón<sup>93</sup>.

JANTIAS

Toma.

BACO

Acércate.

---

<sup>88</sup> Se suponía nacida de la unión de las víboras y las murenas. Su mordedura era mortal.

<sup>89</sup> Titrasio era un lugar de la Lidia habitado por las Gorgonas; otros creen que era un demo del Ática.

<sup>90</sup> Todo este lujo de sangrientas amenazas es una parodia de la poesía de Eurípides. Para demostrarlo, el Escoliasta cita tres versos del *Teseo*, tragedia perdida.

<sup>91</sup> *Cocavi*; de miedo a las amenazas de Éaco.

<sup>92</sup> Fórmula usada después de las libaciones. *Comice his verbis significat Bacchus se omnem ventris proluviem ejfudisse.*

<sup>93</sup> Se acostumbraba esto con las personas desmayadas para que recobrasen el sentido.

JANTIAS

¿Dónde estás? ¡Santos dioses! ¿Aquí tienes el corazón?

BACO

De miedo se me ha caído al bajo vientre<sup>94</sup>.

JANTIAS

Eres el más cobarde de los dioses y los hombres.

BACO

¡Yo cobarde! ¡y te he pedido una esponja! Nadie en mi lugar hubiera hecho otro tanto.

JANTIAS

¿Pues qué?

BACO

Un cobarde hubiera quedado tendido sobre su propia inmundicia y yo me he levantado y me he limpiado.

JANTIAS

¡Gran hazaña, por Posidón!

BACO

Ya lo creo, por Zeus. ¿No has temblado tú al oír sus gritos y formidables amenazas?

JANTIAS

No se me importó de ellas ni un comino.

BACO

Ea, si eres tan valiente y animoso, haz mi papel, y puesto que nada te hace temblar toma la clava y la piel de león; yo a mi vez llevaré el hato.

JANTIAS

Venga al momento; es necesario obedecer. Contempla a Heracles-Jantias, y mira si soy un cobarde y si me parezco a ti.

---

<sup>94</sup> *Istud dicens famuli manum, spongiam tenentem, sibi ad cutero adducit.*

### BACO

A mí en nada; eres el vivo retrato del bribón melitense<sup>95</sup>. Ea, voy a cargarme el equipaje.

### UNA CRIADA

¿Eres tú, querido Heracles? Entra, entra. En cuanto la diosa<sup>96</sup> ha sabido tu venida ha mandado amasar pan, cocer dos o tres ollas de legumbres y puches, asar un buey entero, y preparar tortas y pasteles<sup>97</sup>; vamos, entra.

### JANTIAS

Gracias. Es mucho honor.

### LA CRIADA

¡Ah, por Apolo! No te dejaré marchar. Ha cocido aves; ha frito deliciosas confituras y preparado un vino exquisito. Vamos, entra conmigo.

### JANTIAS

Mil gracias.

### LA CRIADA

¿Estás loco? No te he de soltar. Tiene también a tu disposición una bellísima tañedora de flauta y dos o tres bailarinas.

### JANTIAS

¿Qué dices? ¿Bailarinas?

### LA CRIADA

En la flor de la juventud, y recién salidas del tocador. Fero entra; el cocinero iba ya a sacar del fuego los peces, y a llevarlos a la mesa.

### JANTIAS

---

<sup>95</sup> Melito era un demo del Ática donde había un magnífico templo de Heracles. El bribón melitense es Heracles representado por Jantias.

<sup>96</sup> Perséфона.

<sup>97</sup> Lit., *colabas*, pasteles llamados así porque se les daba la forma de una clavija de templar la lira.

Sea; vete a decir a esas bailarinas que entro al instante. Tú, muchacho, sígueme con el hato al hombro.

BACO

¡Eh, tú, alto! Sin duda has tomado en serio el papel de Heracles que yo te he dado en broma. Basta de sandeces, Jantias; vuelve a cargarte el hato.

JANTIAS

¿Qué es esto? Creo que no pensarás quitarme lo que me has dado.

BACO

Es más: lo hago, y al momento. ¡Pronto! Venga esa piel.

JANTIAS

Pongo a los dioses por testigos y les encomiendo mi venganza.

BACO

¿A qué dioses? ¿Habrá necedad e insensatez como la tuya? ¡Un esclavo, un mortal querer pasar por hijo de Alcmena!

JANTIAS

¡Bien! ¡Bien! Toma tu traje. Quizá me necesites algún día, si Dios quiere.

CORO

Todo hombre cuerdo, sensato y experimentado sabe buscar el costado de la nave que se sumerge menos, en vez de estarse como una figura pintada, siempre en la misma actitud; pero sólo un hombre hábil, como Terámenes<sup>98</sup>, sabe cambiar a medida de su conveniencia.

---

<sup>98</sup> Uno de los treinta tiranos, famoso por su versatilidad. Para caracterizar su habilidad en los cambios políticos, le llamaron *coturno*, calzado que por ser muy holgado servía para todos los pies. Cuando se representaron *Las ranas*, estaba en el apogeo de su poder pero después fue condenado a la pena capital y ejecutado por la acusación de Cricias, otro de los treinta.



BACO

¿No sería ridículo ver a Jantias, a un esclavo, tendido sobre tapices de Mileto, acariciar a una bailarina y pedirme el orinal, mientras yo le miraba rascándome<sup>99</sup>, expuesto a que ese bribón me saltase de un puñetazo los dientes de delante?

TABERNERA PRIMERA

¡Platana! ¡Platana!<sup>100</sup> Ven acá. Ése es aquel canalla que entró un día en nuestra taberna y se nos comió dieciséis panes.

TABERNERA SEGUNDA

Justamente. El mismo.

JANTIAS

Esto va mal para alguno.

TABERNERA PRIMERA

Y además veinte tajadas de carne cocida, de a medio óbolo cada una.

JANTIAS

Alguno lo va a pagar.

TABERNERA PRIMERA

Y ajos sin cuento.

BACO

Tú deliras, mujer; no sabes lo que te dices.

TABERNERA PRIMERA

¿Creías que no te iba a conocer porque te has puesto coturnos?<sup>101</sup> Pues aún no he dicho nada de aquella enfermedad de pescados.

TABERNERA SEGUNDA

Ni de aquel queso fresco que se me tragó ¡pobre de mí! con

---

<sup>99</sup> Τοῦρεδίνθονδράττομεν

<sup>100</sup> Nombre de la tabernera segunda.

<sup>101</sup> El coturno era el calzado de Baco, y no el de Heracles.

cesto y todo; y cuando le exigí el pago me lanzó una mirada feroz y empezó a mugir.

JANTIAS

Ésas son cosas tuyas; en todas partes hace lo mismo.

TABERNERA SEGUNDA

Y desenvainó su espada como un energúmeno.

TABERNERA PRIMERA

¡Ay! sí.

TABERNERA SEGUNDA

Nosotras espantadas nos subimos de un salto al sobradillo, y él se escapó llevándonos las cestas.

JANTIAS

Eso es muy propio de él. Pero no debías de haberlo dejado así.

TABERNERA PRIMERA

Anda, llama a Cleón, nuestro protector.

TABERNERA SEGUNDA

Y tú trata de hallar a Hipérbole<sup>102</sup>, para que nos las pague todas juntas ese bribón.

TABERNERA PRIMERA

¡Maldito gaznate! ¡Mi mayor placer sería majarte con un canto esas muelas con que devoraste mis provisiones.

TABERNERA SEGUNDA

Yo quisiera arrojarte al Báratro<sup>103</sup>.

TABERNERA PRIMERA

Y yo segarte con una hoz esa condenada garganta, por donde pasaron mis ricos tripacallos. Voy en busca de Cleón para que

---

<sup>102</sup> Cleón e Hipérbole habían muerto, y Aristófanes les conserva en el infierno el mismo carácter y aficiones que en vida.

<sup>103</sup> Precipicio al cual eran arrojados los criminales.

te cite hoy mismo a juicio y desenrede este embrollo.  
(*Vanse.*)

BACO

Que me muera si no es verdad que quiero a Jantias como a las niñas de mis ojos.

JANTIAS

Te veo, te veo. Te excusas de hablar más. No quiero hacer de Heracles.

BACO

¡Oh, no digas eso, Jantias mío!

JANTIAS

¿Pero cómo he de poder pasar por el hijo de Alcmena, yo, un esclavo, un mortal?

BACO

Vamos, ya sé que estás enfadado y no te falta razón: aunque me pegases no te replicaría. Mira, si en adelante vuelvo a quitarte estos atavíos, haga el cielo que seamos exterminados yo, mi mujer, mis hijos, toda mi casta, y el legañoso Arquedemo.

JANTIAS

Recibo tu juramento, y acepto el papel de Heracles con esa condición.

CORO

Ahora, después de haber vestido de nuevo tu traje de Heracles, tienes que aparentar juveniles bríos y lanzar torvas miradas a ejemplo del dios que representas; pues si representas mal tu papel y te muestras flojo o cobarde, volverás a cargar con el hato.

JANTIAS

Os agradezco el consejo, amigos míos; pero eso ya lo tenía yo pensado. Si la cosa va bien, ya veréis cómo quiere volver a desnudarme; lo tengo previsto; sin embargo, no por eso dejaré

de manifestarme fuerte y arrogante, y de mirar con el gesto avinagrado del que mastica orégano. Llegó a lo que parece el momento de obrar, pues oigo rechinar la puerta.

ÉACO

(*a sus esclavos*) Atadme pronto a ese ladrón de perros<sup>104</sup>, para castigarle; despachad.

BACO

Esto va mal para alguno.

JANTIAS

¡Ay del que se acerque!

ÉACO

¡Cómo! ¿te resistes? ¡Eh, Dtilas, Esceblías, Párdocas<sup>105</sup>, avanzad y combatid con él!

BACO

¿No es insufrible que después de robar a otros trate todavía de maltratarlos?

JANTIAS

Eso pasa ya de la raya.

ÉACO

Sí, es insufrible e intolerable.

JANTIAS

Aniquíleme Zeus si jamás he venido aquí o te he robado el valor de un cabello. Quiero darte una prueba de generosidad; apodérate de ese esclavo; somételo al tormento<sup>106</sup>, y si llegas a averiguar algo contra mí, dame la muerte.

ÉACO

---

<sup>104</sup> Heracles había robado el cerbero.

<sup>105</sup> Nombres de esclavos de Tracia.

<sup>106</sup> Era costumbre en el procedimiento ateniense someter al tormento a los esclavos para que declarasen contra sus señores.

¿A qué tormento le someteré?

JANTIAS

A todos; átalos a una escalera, dale de palos, desuéllalo, tortúralo, échale vinagre en las narices, cárgale de ladrillos; en fin, emplea todos los medios, menos el de azotarlo con ajos o puerros verdes<sup>107</sup>.

ÉACO

Muy bien dicho; pero, si estropeo a tu esclavo, ¿me exigirás los daños y perjuicios?

JANTIAS

No lo temas; puedes llevártelo y someterlo a la tortura.

ÉACO

Lo haré aquí mismo, para que hable delante de ti. — Tú, deja la carga, y cuidado con mentir.

BACO

Prohíbo que nadie me atormente; yo soy inmortal; si lo haces, todo el mal caerá sobre ti.

ÉACO

¿Qué dices?

BACO

Digo que yo soy un inmortal, Baco, hijo de Zeus, y que ése es un esclavo.

ÉACO

(a Jantias) ¿Has oído?

JANTIAS

Perfectamente; por lo mismo hay que azotarlo más fuerte; si es un dios, no sentirá los golpes.

---

<sup>107</sup> Menciona las torturas más crueles. Las madres griegas solían azotar a sus hijos con tallos de ajos y cebollas para amedrentarles sin hacerles daño.

BACO

¿Por qué, pues, ya que pretendes pasar por un inmortal, no has de someterte también a la fustigación?

JANTIAS

Tienes razón. Aquel que lllore antes, o se muestre sensible a los palos, es señal de que no es dios.

ÉACO

Eres indudablemente un hombre generoso: no rehuyes nada de lo que es justo. Ea, desnudaos.

JANTIAS

¿Cómo nos darás tormento conforme a justicia?

ÉACO

Nada más fácil; se os distribuirán los golpes alternativamente.

JANTIAS

¡Feliz idea!

ÉACO

¡Toma! (*pega a Jantias*)

JANTIAS

Observa si me muevo.

ÉACO

Pues ya te he pegado.

JANTIAS

No por cierto.

ÉACO

Parece que no los has sentido. Ahora voy a sacudirle a este otro.

BACO

¿Cuándo?

ÉACO

Sí, ya te he pegado.

BACO

¿Cómo? ¿si ni siquiera me has hecho estornudar?<sup>108</sup>

ÉACO

Lo ignoro; repetiré con el otro.

JANTIAS

Anda listo. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

ÉACO

¡Hola! ¿Qué significa ese ay, ay, ay? Duele, ¿eh?

JANTIAS

¡Ca! estaba pensando en la fiesta de Heracles, que se celebra en Diomea<sup>109</sup>.

ÉACO

¡Qué hombre tan piadoso! Volvamos al otro.

BACO

¡Oh, oh!

ÉACO

¿Qué te pasa?

BACO

Veo caballeros<sup>110</sup>.

ÉACO

¿Y eso te hace llorar?

BACO

---

<sup>108</sup> Es decir, “ni siquiera me ha producido tu golpe el ligero cosquilleo que hace estornudar”.

<sup>109</sup> Demo del Ática donde había un templo dedicado a Heracles. Los que concurrían a la fiesta lanzaban en honor del dios el grito que el dolor arranca a Jantias.

<sup>110</sup> Finge que su grito no es de dolor, sino de asombro.

No, es que he olido cebollas.

ÉACO

¿No se te importan nada los palos?

BACO

Nada absolutamente.

ÉACO

Volvamos a éste.

JANTIAS

¡Ay de mí!

ÉACO

¿Qué te pasa?

JANTIAS

Sácame esta espina.

ÉACO

¿Qué significa eso? Ahora al otro.

BACO

“¡Apolo adorado en Delos y Delfos!”<sup>111</sup>

JANTIAS

Ya te duele. ¿No has oído?

BACO

No, es que me he acordado de un verso de Hipónax.

JANTIAS

No adelantas nada; pega en los costados.

ÉACO

Es verdad; vamos, presenta el vientre.

---

<sup>111</sup> Este verso es atribuido a Ananio, poeta con el cual se ha confundido frecuentemente a Hipónax. El escoliasta dice que Baco se equivoca por el dolor que le ha causado el latigazo.



BACO

¡Oh Posidón!...

JANTIAS

Alguien se lamenta.

BACO

“...Que reina sobre los promontorios del Egeo, o sobre el salado abismo del cerúleo mar”<sup>112</sup>.

ÉACO

Por Deméter, no puedo conocer cuál de vosotros es. Entrad; mi amo y Perséфона, que son también dioses, os podrán reconocer.

BACO

Tienes razón. Pero eso debía de habérsete ocurrido antes de azotarme.

CORO<sup>113</sup>

Musa, asiste a nuestros sagrados coros; ven a deleitarte con mis versos y a contemplar esa infinita muchedumbre, entre la cual hallarás muchos hábiles ciudadanos más noblemente ambiciosos que ese Cleofón<sup>114</sup>, de cuyos gárrulos labios se escapa incesantemente un sonido ingrato, como el de la golondrina de Tracia, posada sobre un ramo en aquella bárbara región: ahora grazna ya los lamentables cantos del ruiseñor, porque va a morir, aun cuando en la votación resulte empate<sup>115</sup>. Justo es que el sagrado coro dé a la república consejos y enseñanzas. Nuestra primera atención debe ser establecer la igualdad entre los ciudadanos y librarlos de temores; después,

---

<sup>112</sup> Fragmento del *Laocoonte* de Sófocles.

<sup>113</sup> Parábasis.

<sup>114</sup> Orador de mala reputación, ya citado. Véanse *Las Tesmoforias*, (805, nota). Se le acusaba de ser originario de Tracia. La predicción burlesca de Aristófanes se cumplió pronto, pues murió en una sedición el año 406 antes de J. C.

<sup>115</sup> Cuando había empate el acusado quedaba absuelto.

si alguno faltó, engañado por los artificios de Frínico<sup>116</sup>, creo que debe permitírsele defenderse y justificarse, pues es vergonzoso que a los que tomaron parte una vez en una batalla naval<sup>117</sup> los equiparéis a los plateenses, convirtiéndolos de esclavos en señores. No es que yo halle esto censurable; al contrario, lo aplaudo y pienso que es lo único en que estuvisteis acertados; pero entiendo que sería igualmente justo que los que tantas veces, lo mismo ellos que sus padres, pelearon en el mar con nosotros y nos están unidos por su nacimiento, obtuvieran el perdón de su única falta<sup>118</sup>. Aplacad, pues, un poco vuestra indignación, discretísimos atenienses, y procuremos que cuantos combatieron en nuestras galeras formen una sola familia y alcancen con su rehabilitación el pleno goce de los derechos de ciudadanos: el mostrarnos tan altivos y soberbios en la concesión de la ciudadanía, sobre todo ahora que fluctuamos a merced de las olas<sup>119</sup>, es una imprudencia de que en el porvenir nos arrepentiremos. Si soy hábil en conocer la vida y costumbres de los que habrán de arrepentirse de su conducta, me parece que no está lejos la hora del castigo del pequeño Clígenes<sup>120</sup>, ese mico revoltoso que es el peor de cuantos bañeros mezclan a la ceniza falso nitro y tierra de Cimolo<sup>121</sup>. Él ya lo conoce; y por eso va armado siempre de un grueso garrote, receloso de que, al encontrarle ebrio, le despojen

---

<sup>116</sup> General que se opuso a la vuelta de Alcibíades (TUCÍDEDES, VIII, 50). Contribuyó al establecimiento del gobierno oligárquico de los Cuatrocientos y fue asesinado en la plaza pública.

<sup>117</sup> La de las Arginusas. Los esclavos que en ella tomaron parte fueron declarados ciudadanos. –Los plateenses gozaban de este derecho en Atenas.

<sup>118</sup> Se cree que Aristófanes intercede aquí por alguno de los generales condenados con motivo de la batalla de las Arginusas.

<sup>119</sup> Los negocios de la república iban empeorando cada día. Dos años después de la representación de *Las ranas*, Lisandro se apoderó de Atenas.

<sup>120</sup> Demagogo, de quien no se tienen más noticias que las que da Aristófanes.

<sup>121</sup> Materias empleadas para blanquear la ropa. Cimolo era una de las Cícladas.

de sus vestidos.

Muchas veces he notado que en nuestra ciudad sucede con los buenos y malos ciudadanos lo mismo que con las piezas de oro antiguas y modernas. Las primeras no falsificadas, y las mejores sin disputa por su buen cuño y excelente sonido, son corrientes en todas partes entra griegos y bárbaros, y sin embargo no las usamos para nada, prefiriendo esas detestables piezas de cobre, recientemente acuñadas, cuya mala ley es notoria<sup>122</sup>. Del mismo modo despreciamos y ultrajamos a cuantos ciudadanos sabemos que son nobles, modestos, justos, buenos, honrados, hábiles en la palestra, en las danzas y en la música, y preferimos para todos los cargos a hombres sin vergüenza extranjeros, esclavos, bribones de mala ralea, advenedizos, que antes la república no hubiera admitido ni para víctimas expiatorias. Ahora, pues, insensatos, mudad de costumbres y utilizad de nuevo a las gentes honradas, pues de esta suerte si os va bien seréis elogiados, y, si algún mal os resulta, al menos dirán los sabios que habéis caído con honra.

ÉACO

¡Por Zeus salvador, tu amo es todo un excelente sujeto!

JANTIAS

¿Un excelente sujeto? Ya lo creo, no sabe más que beber y amar.

ÉACO

Lo que me asombra es que no te haya castigado por haberte fingido el amo siendo el siervo.

JANTIAS

Es que se hubiera arrepentido.

ÉACO

En eso obraste como buen esclavo; a mí me gusta hacer lo mismo.

---

<sup>122</sup> Alusión a una reciente acuñación de moneda hecha durante el arcontado de Antígenes.

JANTIAS

Te gusta hacer eso, ¿eh?

ÉACO

Yo soy feliz cuando digo pestes de mi dueño sin que él me oiga.

JANTIAS

¿Y cuando te marchas gruñendo después de haber recibido una paliza?

ÉACO

También estoy satisfecho.

JANTIAS

¿Y si te metes en lo que no te importa?

ÉACO

No conozco nada más grato.

JANTIAS

¡Oh Zeus! ¿Y si escuchas la conversación de los amos?

ÉACO

Me vuelvo loco de júbilo.

JANTIAS

¿Y cuándo se la cuentas a los vecinos?

ÉACO

¡Oh, con eso no hay placer comparable!<sup>123</sup>

JANTIAS

¡Oh Apolo! Dame tu mano, amigo, y permíteme que te abrace. Ahora, en nombre de Zeus vapuleado<sup>124</sup>, dime qué significan ese estruendo, ese griterío y esas disputas que se oyen allá

---

<sup>123</sup> La frase griega tiene una energía intraductible: *χαί εχ μαινομαι*.

<sup>124</sup> Invocación burlesca. Así como los extranjeros suplicaban a Zeus hospitalario, Jantias, que era apaleado a menudo, se dirige al padre de todos los dioses bajo la advocación de *vapuleado*.

dentro.

ÉACO

Son Esquilo y Eurípides.

JANTIAS

¿Cómo?

ÉACO

Se ha promovido una contienda, una gran contienda entre los muertos, una verdadera sedición.

JANTIAS

¿Por qué motivo?

ÉACO

Hay aquí establecida una ley, en virtud de la cual todo hombre superior a sus émulos en las artes más nobles e importantes tiene derecho a ser alimentado en el Pritáneo y a sentarse junto a Hades...

JANTIAS

Entiendo.

ÉACO

Hasta que venga otro más hábil en la misma arte: entonces el primero debe cederle el puesto.

JANTIAS

¿Y eso por qué le alborota a Esquilo?

ÉACO

Porque, como príncipe en el género, ocupaba el trono de la tragedia.

JANTIAS

¿Y ahora quién?

ÉACO

Cuando Eurípides descendió a estos lugares, dio una muestra

de sus versos a los rateros, cortadores de bolsas, parricidas y horadadores de paredes que pululan en el infierno: toda esta canalla, en cuanto oyeron sus dimes y diretes, sus discreteos y sutilezas, enloquecieron por él, y le proclamaron el sabio de los sabios. Entonces Eurípides, hinchado de orgullo, se apoderó del trono que ocupaba Esquilo.

JANTIAS

¿Y no le han apedreado?

ÉACO

Al contrario, la multitud clamaba por un juicio en que se decidiese cuál de los dos era el mejor poeta.

JANTIAS

¿Aquella multitud de bribones?

ÉACO

¡Y con qué gritos! Llegaban hasta el cielo.

JANTIAS

¿Pero Esquilo no tenía defensores?

ÉACO

Aquí como ahí<sup>125</sup>, el número de los buenos es muy exiguo,

JANTIAS

¿Qué piensa hacer Hades?

ÉACO

Abrir cuanto antes un certamen, para probar y decidir sobre el mérito de cada uno.

JANTIAS

¿Y cómo *es* que Sófocles no ha reclamado el trono?

ÉACO

¡Oh! Ése es muy distinto. En cuanto llegó abrazó a Esquilo y le

---

<sup>125</sup> Señalando a los espectadores.

tendió la mano, dejándole en posesión pacífica del trono. Ahora, como dice Clidémides<sup>126</sup>, está de reserva; si vence Esquilo, permanecerá en su puesto; pero si es vencido, disputará con Eurípides.

JANTIAS

¿Cuándo va a ser eso?

ÉACO

Dentro de muy poco va a principiar aquí mismo el gran combate. Su ingenio poético va a ser pesado en una balanza.

JANTIAS

¿Cómo! ¿Se pesan las tragedias?

ÉACO

Traerán reglas y varas de medir versos, y moldes cuadriláteros, como los de los ladrillos, diámetros y cuñas. Pues Eurípides dice que ha de examinar las tragedias verso por verso.

JANTIAS

Esquilo, a mi ver, llevará todo eso muy a mal.

ÉACO

Bajaba la cabeza y lanzaba miradas furiosas.

JANTIAS

¿Y quién será juez?

ÉACO

Ahí está la dificultad, porque hay gran carestía de hombres sensatos. A Esquilo no le agradaban los atenienses.

JANTIAS

Quizá porque veía entre ellos muchos ladrones.

ÉACO

---

<sup>126</sup> Hijo de Sófocles. Otros creen que era uno de los actores que representaban sus tragedias.

Y además no los creía muy aptos para apreciar el ingenio de los poetas. Por fin, encomendaron el asunto a tu señor, como perito en la materia. Pero entremos; pues cuando los amos tienen gran interés por alguna cosa, suelen pagarlo nuestras costillas.

#### CORO

¡Oh, qué horrenda cólera hervirá en el pecho del grandilocuente poeta, cuando vea a su facundo enemigo aguzar provocativamente sus dientes! ¡Qué terribles miradas le hará lanzar el furor! ¡Qué lucha entre las palabras de penachudo casco y ondulante cimera y las sutilezas artificiosas! ¡Qué combate de gigantescos períodos con frases atrevidas y pigmeas! Se verá al titán erizando las crines de su espesa melena y frunciendo espantosamente el entrecejo, rugir con poderoso aliento versos compactos como la tablazón de un navío; mientras el otro, tascando el freno de la envidia, pondrá en movimiento su ágil y afilada lengua, y arrojándose sobre las palabras de su rival desmenuzará su estilo y reducirá a polvo el producto de su inspiración vigorosa<sup>127</sup>.

#### EURÍPIDES

No te empeñes; no he de ceder el trono, porque le soy superior en la poesía.

#### BACO

¿Por qué te callas, Esquilo? Ya entiendes lo que ha dicho.

#### EURÍPIDES

Primero se estará callando con gravedad; es una especie de charlatanería peculiar a sus tragedias.

#### BACO

No tanta arrogancia, amigo mío.

#### EURÍPIDES

¡Sí, le conozco hace tiempo! ¡Y conozco también sus caracteres

---

<sup>127</sup> Este pasaje pinta admirablemente, aunque en estilo cómico, la manera de Esquilo y la de Eurípides.



feroces, y su lenguaje altivo, desenfrenado, desmedido, sin regla, enfático y cuajado de palabras hinchadas y vacías!

ESQUILO

¿Y eres tú, hijo de una rústica diosa<sup>128</sup>, tú, colector de necesidades, fabricante de mendigos y remendón de andrajos, quien se atreve a decirme...? Pero tu audacia no ha de quedar impune.

BACO

Basta, Esquilo; no te dejes arrebatarse por la ira.

ESQUILO

No callaré sin haber demostrado hasta la evidencia lo que vale ese insolente con todos sus cojos<sup>129</sup>.

BACO

¡Esclavos, traed una oveja, una oveja negra<sup>130</sup>, pues la tempestad va a estallar!

ESQUILO

¿No te avergüenzas de tus monólogos cretenses y de los incestuosos himeneos que has introducido en el arte trágico?<sup>131</sup>

BACO

Modérate, venerable Esquilo. — Tú, mi pobre Eurípides, déjate de temeridades y escapa de esta granizada, no te acierte en la sien con alguna de esas grandiosas palabras que haga saltar a tu Télefo. — Vamos, Esquilo, calma; no discutas con esa furia. Los poetas no deben injuriarse como si fuesen panaderas; tú gritas

---

<sup>128</sup> Se hace aparecer a la madre de Eurípides como verdulera.

<sup>129</sup> Belerofonte, Télefo y Filoctetes.

<sup>130</sup> Virgilio hace mención de la costumbre de sacrificar una oveja negra para conjurar las tempestades.

*Nigram hiemi pecudem, Zephyris felicibus albam.*

(ENEIDA, III, 120.)

<sup>131</sup> Alusión a *Fedra*, natural de Creta, y al *Éolo*, en que Macario viola a su hermana.

desde el principio, como una encina a la que se prende fuego.

EURÍPIDES

Estoy dispuesto a luchar; yo no retrocedo: lo mismo me da atacar que ser atacado; admito discusión sobre cuanto quiera; sobre los versos, el diálogo, los coros, el nervio trágico, el *Peleo*, el *Éolo*, el *Meleagro*, y hasta sobre el mismo *Télefo*<sup>132</sup>.

BACO

¿Y tú, Esquilo, qué piensas hacer?

ESQUILO

Yo no hubiera querido combatir aquí; pues entre los dos la lucha es desigual.

BACO

¿Por qué?

ESQUILO

Porque mis tragedias me han sobrevivido<sup>133</sup>, y las suyas murieron con él; de suerte que puede utilizarlas contra mí. Sin embargo, ya que lo deseas, hay que obedecerte.

BACO

Ea, traedme fuego e incienso; antes de la contienda, quiero suplicar a los dioses que me inspiren una decisión acertada sobre este certamen. Vosotros, entonad un himno a las Musas.

CORO

Hijas de Zeus, castas Musas, que leéis en la mente ingeniosa y sutil de los forjadores de sentencias, cuando, aguzando su talento y desplegando todos sus artificiosos recursos, descienden a combatir sobre la arena de la discusión, venid a contemplar la fuerza de estos dos robustos atletas, y otorgad al

---

<sup>132</sup> Títulos de tragedias.

<sup>133</sup> Los atenienses decretaron que se suministrase un coro al que quisiera poner en escena las tragedias de Esquilo, después de la muerte de este poeta.

uno grandiosas frases, y al otro limaduras de versos. El gran certamen de ingenio va a principiar.

BACO

Orad también vosotros, antes de recitar vuestros versos.

ESQUILO

¡Oh Deméter, que has formado mi inteligencia, hazme digno de tus misterios!<sup>134</sup>

BACO

(A Eurípides) Quema tú también incienso.

EURÍPIDES

Gracias, yo dirijo mis oraciones a otros dioses.

BACO

¿Dioses particulares tuyos y recién acuñados?

EURÍPIDES

Precisamente.

BACO

Invoca, pues, a esos dioses tuyos.

EURÍPIDES

Éter de que me alimento, volubilidad de la lengua, ingenio sutil, olfato finísimo, haced que triture los argumentos de mi adversario.

CORO

Deseosos estamos de saber, doctos poetas, qué terreno vais a elegir para principiar la lucha. Vuestra lengua empieza ya a desencadenarse, y ni a vuestro pecho le falta valor, ni energía a vuestra mente. Debemos, pues, esperar que el uno atacará con lenguaje limitado y pulido; y que el otro, lanzándole inmensas palabras, pulverizará sus infinitas triquiñuelas.

---

<sup>134</sup> Esquilo era natural de Eleusis; por eso invoca a la diosa titular de aquella comarca.

BACO

Vamos, principiad cuanto antes, pero en estilo elegante, sin figuras ni vulgaridades.

EURÍPIDES

Hablaré en último término de mí y del carácter de mi poesía; pues lo primero que me propongo demostrar es que ése es un charlatán y un impostor, que engañaba a su grosero auditorio con recursos pobres, aprendidos en la escuela de Frínico<sup>135</sup>. Por ejemplo, presentando en escena un personaje velado, como Aquiles o Níobe<sup>136</sup>, que se pavoneaban sin mostrar el rostro ni pronunciar una palabra...

BACO

Es verdad, por Zeus.

EURÍPIDES

El coro endilgaba en tanto cuatro tiradas de versos, y ellos se estaban sin decir esta boca es mía.

BACO

A mí me agradaba más aquel silencio que la charla que hoy emplean.

EURÍPIDES

Porque eres un estúpido; tenlo por cierto.

BACO

Así lo creo; pero ¿por qué lo hacía?

EURÍPIDES

Por charlatanismo; así, el espectador esperaba sin moverse a que Níobe hablase algo, y mientras, el drama iba adelante.

---

<sup>135</sup> Uno de los más antiguos poetas trágicos, que floreció a fines del siglo VI. Esquilo le imitó en *Los persas*.

<sup>136</sup> El autor griego de la vida de Esquilo cita entre sus tragedias la *Níobe* y las *Frigias* o el *Rescate de Héctor*, en las cuales aparecían los personajes mudos de que habla Eurípides.

BACO

¡Malvado! ¡Cómo me engañaba! (*A Esquilo*) ¿Por qué te agitas e impacientas?

EURÍPIDES

Porque le confundo. Después de haberse pasado la mitad de la tragedia con estas vaciedades, soltaba una docena de palabrotas campanudas, muy fruncidas de entrecejo y empenachadas, verdaderos espantajos que aterraban a los espectadores asombrados!

ESQUILO

¡Oh rabia!

BACO

(*A Esquilo*) ¡Silencio!

EURÍPIDES

Y no decía nada inteligible...

BACO

(*A Esquilo*) No rechines los dientes.

EURÍPIDES

Pues todo se volvían Escamandros y fosos, y enseñas de escudos, y águilas-grifos de bronce, y palabras ampulosas, difíciles de comprender.

BACO

Es verdad; yo me pasé en claro toda una noche tratando de averiguar qué pájaro era su gran gallo amarillo<sup>137</sup>.

ESQUILO

¡Ignorantón! Es la figura que se pone en la popa de las naves,

BACO

---

<sup>137</sup> Εοὔθον υπαλεχτροῦν, expresión empleada por Esquilo en *Los Mirmidones*, tragedia perdida.

Pues yo creía que era Erixis<sup>138</sup>, hijo de Filóxeno.

EURÍPIDES

¿Qué necesidad había de gallos en la tragedia?

ESQUILO

Y tú, enemigo de los dioses, ¿qué has hecho?

EURÍPIDES

No he presentado en mis dramas grandes gallos ni hircociervos como los que se ven en los tapices de Persia. Yo había recibido de tus manos la tragedia cargada de inútil y pomposo fárrago, y principié por aliviarla de su molesto peso y curar su hinchazón por medio de versitos, digresiones sutiles, cocimientos de acelgas blancas<sup>139</sup>, y jugos perfectamente filtrados de filosóficas vaciedades; después lo alimenté de monólogos, mezclados con algo de Cefisofón<sup>140</sup>; y jamás dije a la ventura cuanto se me ocurría, ni lo revolví todo sin distinción: el primer personaje que se presentaba en escena explicaba el carácter y el nacimiento del drama.

ESQUILO

Mejor era eso que decir el tuyo<sup>141</sup>.

EURÍPIDES

Después, desde los primeros versos, cada personaje desempeñaba su papel; y hablaban todos, la mujer, el esclavo, el dueño, la joven y la vieja<sup>142</sup>.

ESQUILO

---

<sup>138</sup> Famoso por su fealdad.

<sup>139</sup> Con esto quiere indicar Aristófanes la insipidez de algunas sentencias de Eurípides.

<sup>140</sup> Amigo, criado o actor de Eurípides. Se pretende que le ayudaba en sus obras, y que todo era común entre ellos, hasta el tálamo conyugal.

<sup>141</sup> Alusión a la humilde cuna de Eurípides.

<sup>142</sup> Censura Aristófanes el haber introducido Eurípides en la tragedia personajes de todas clases, rebajando su majestad.

¿No merecería la muerte tal atrevimiento?

EURÍPIDES

Al contrario, mi objeto era agradar al pueblo.

BACO

Déjate de eso, amigo; ése es tu punto flaco.

EURÍPIDES

Luego enseñé a los espectadores el arte de hablar.

ESQUILO

Lo reconozco; ¡ojalá hubieras reventado antes!

EURÍPIDES

Y el modo de usar la palabra en línea recta, o en ángulo, y el arte de discurrir, ver, entender, engañar, amar, intrigar, sospechar, pensar en todo...

ESQUILO

Lo reconozco también.

EURÍPIDES

Puse en escena la vida de familia y las cosas más usuales y comunes, lo cual es atrevido, pues todo el mundo puede emitir sobre ellas su opinión; no aturdí a los espectadores con incomprensible y fastuosa palabrería; ni los aterró con Cienos<sup>143</sup> y Memnones<sup>144</sup>, guiando corceles llenos de campanillas y penachos. Ved sus discípulos y los míos. Los suyos son Formisio y Megenetes<sup>145</sup>, de Magnesia, armados de lanzas, cascos, barbas y sarcásticas sonrisas; los míos, Clitofón, y el elegante Terámenes.

BACO

---

<sup>143</sup> No se sabe en qué tragedia de Esquilo intervenía Cieno.

<sup>144</sup> En la lista de las tragedias de Esquilo hay una titulada

<sup>145</sup> Formisio y Megenetes no eran poetas, y sí notables por su desaseo y grosería. — En el texto hay palabras colosales, parodia de las empleadas por Esquilo.

¿Terámenes? ¿Ese hombre astuto y bueno para todo, que cuando cae en un mal negocio y le ve las orejas al lobo suele escurrir el bulto, diciendo que no es de Quíos sino de Ceos?<sup>146</sup>

#### EURÍPIDES

Así he conseguido perfeccionar la inteligencia de los hombres, introduciendo en mis dramas el raciocinio y la meditación; de suerte que ahora todo lo comprenden y lo penetran, y han llegado a administrar mejor que antes sus casas, inspeccionándolo todo, y diciendo: “¿En qué anda tal asunto? ¿Dónde está tal cosa? ¿Quién ha cogido esta otra?”

#### BACO

Es verdad; ya en cuanto un ateniense entra en su casa llama a sus esclavos y les pregunta: “¿Dónde está la olla? ¿Quién se ha comido la cabeza de sardina? El plato que compré el año pasado ¿ha fenecido? ¿Dónde está el ajo de ayer? ¿Quién ha mordisqueado la aceituna?”<sup>147</sup> Y antes se estaban hechos unos bobos, con la boca abierta, como imbéciles papanatas.

#### CORO

“Tú lo ves, ínclito Aquiles”<sup>148</sup>. Vamos, ¿qué dices tú a todo eso? Procura que la ira no te arrastre más allá de la meta, pues te ha dicho cosas terribles. Noble Esquilo, no le respondas con ferocidad, recoge tus velas y deja sólo algunos cabos a merced de los vientos; dirige con circunspección tu nave, y no avances hasta conseguir una brisa leda y apacible. Vamos, tú que fuiste el primero de los griegos en dar pompa<sup>149</sup> y elevación al estilo exornando la Musa trágica, abre atrevidamente tus esclusas.

---

<sup>146</sup> Frase proverbial que se aplicaba a las personas versátiles.

<sup>147</sup> Crítica de los detalles familiares a que Eurípides hizo descender la tragedia.

<sup>148</sup> Verso de *Los Mirmidones* de Esquilo.

<sup>149</sup> La frase griega equivalente es muy pintoresca, aunque intraducible a la letra: *πυργόσκιζ*, *edificando torres*. – Antípatro de Tesalónica; en un epigrama a Esquilo, la adopta para caracterizar la elocución magnífica del gran poeta.



ESQUILO

Esta lucha me enfurece; sólo al considerar que tengo que disputar con él, hierve mi bilis. ¡Pero que no crea haberme vencido! Respóndeme: ¿qué es lo que se admira en un poeta?

EURÍPIDES

Los hábiles consejos que hacen mejores a los ciudadanos.

ESQUILO

Y si tú, lejos de obrar así, los has hecho malísimos, de nobles y buenos que eran antes, ¿cuál castigo merecerás?

BACO

La muerte; no lo preguntes.

ESQUILO

Pues bien, mira cómo te los dejé yo: valientes, de elevada estatura<sup>150</sup>, sin rehuir las públicas cargas<sup>151</sup>, no holgazanes, charlatanes y bribones como los de hoy, sino apasionados por las lanzas, las picas, los cascos de blancas cimeras, las grevas y corazas, verdaderos corazones de hierro, defendidos por el séptuple escudo de Áyax<sup>152</sup>.

EURÍPIDES

El mal va en aumento: me va a aplastar bajo el peso de tantas armas.

BACO

¿Y cómo conseguiste hacerlos tan valientes? Responde, Esquilo, y modera tu arrogante jactancia.

ESQUILO

Componiendo un drama lleno del espíritu de Ares.

---

<sup>150</sup> Lit., de *cuatro codos*. El codo tenía cuarenta y cinco centímetros.

<sup>151</sup> Alusión a los contemporáneos de Aristófanes, que no querían encargarse de más magistraturas que las que producían algún lucro, rehuendo aquéllas en que podían ser útiles al Estado.

<sup>152</sup> Véase HOMERO, *Iliada*, VII.

BACO

¿Cuál?

ESQUILO

*Los siete sobre Tebas*<sup>153</sup>. Todos los espectadores salían llenos de bélico furor.

BACO

En eso obraste mal; pues hiciste que los tebanos fueran mucho más atrevidos para la guerra, lo cual merece castigo.

ESQUILO

Vosotros podíais también haberos dedicado a ello, pero no quisisteis. Después, con *Los persas*, mi obra maestra, os inspiré un ardiente deseo de vencer siempre a los enemigos.

BACO

Es verdad; me alegré mucho a la noticia de la muerte de Darío<sup>154</sup>; y el coro palmoteo al punto, exclamando: ¡Victoria!

ESQUILO

Éstos son los asuntos que deben tratar los poetas: “Considerad, si no, qué servicios prestaron los más ilustres desde la antigüedad más remota: Orfeo<sup>155</sup> nos enseñó las iniciaciones y el horror al homicidio; Museo<sup>156</sup>, los remedios de las enfermedades y los oráculos; Hesíodo la agricultura y el tiempo de las sementeras y recolecciones<sup>157</sup>; y al divino Hornero ¿de

---

<sup>153</sup> Tragedia de Esquilo.

<sup>154</sup> En la tragedia de Esquilo no se da tal noticia, por lo cual este pasaje ha preocupado mucho a los comentadores. Para explicarlo, han supuesto unos que Esquilo compuso otros *Persas*, cuyo asunto era la batalla de Platea, y otros que en vez de Darío debía entenderse Jerjes.

<sup>155</sup> *Silvestres homines sacer interprete deorum,  
Caedibus et victu faedo deterru.it Orpheus.*

(HORACIO, *Arte poética*, 391.)

<sup>156</sup> Discípulo de Orfeo, tracio de nación, cuya existencia es dudosa, pues más bien parece un mito que un personaje histórico. El Escoliasta dice que compuso un poema *sobre los misterios*.

<sup>157</sup> En su poema *Los trabajos y los días*.

dónde le ha venido tanta gloria, sino de haber enseñado cosas útiles, la estrategia, las virtudes bélicas y la profesión de las armas?

#### BACO

Sin embargo, no ha podido instruir en nada, al architonto de Pantacles<sup>158</sup>; hace poco debía ir al frente de una procesión, y, después de haberse atado el casco, se acordó de que no le había puesto la cimera.

#### ESQUILO

En cambio ha educado a otros mil valientes, entre ellos el héroe Lámaco<sup>159</sup>. Inspirándose en él mi fantasía, representó las hazañas de los Patroclos y los Teucros<sup>160</sup>, bravos como leones, para excitar a imitarlos a todos los ciudadanos en cuanto resuena el bélico clarín. Nunca puse en escena Fedras ni impúdicas Estenobeas<sup>161</sup>; y nadie podrá decir que he pintado en mis versos una mujer enamorada<sup>162</sup>.

#### EURÍPIDES

Es verdad, jamás has conocido a Afrodita.

#### ESQUILO

Ni la quiero conocer; en cambio, por tu mal, tú y los tuyos la conocéis demasiado.

---

<sup>158</sup> El Escoliasta dice que era un hombre completamente inepto, y cita una frase de *La edad de oro* de Éupolis, en que le llama οχαῖός, *torpe*.

<sup>159</sup> Nótese el cambio de Aristófanes respecto a Lámaco. En los *acarnienses* le ridiculizó terriblemente, y ya en *Las Tesmoforias* le tributó elogios, merecidos por cierto, pues Lámaco era un valiente y entendido general.

<sup>160</sup> Hijo de Telamón, rey de Salamina y hermano de Áyax.

<sup>161</sup> Mujer de Preto, rey de Argos. Enamorada ciegamente de Belerofonte, que se había refugiado en su corte, y viendo despreciada su pasión, le acusó de haber atentado a su honor, y procuró que su marido le diese muerte. Habiendo huido Belerofonte, se suicidó Estenobeas.

<sup>162</sup> Esto no es del todo exacto, pues en el *Agamenón* de Esquilo Clitemnestra aparece enamorada de Egisto.

BACO

Cierto, cierto; los delitos que imputaste a las mujeres de otros los viste en la tuya propia<sup>163</sup>.

EURÍPIDES

Pero, importuno, ¿qué mal hacen a la república mis Estenobeas?

ESQUILO

Las nobles esposas de los ciudadanos nobles han bebido la cicuta arrastradas por la vergüenza que les han causado tus Belerofontes<sup>164</sup>.

EURÍPIDES

¿He cambiado siquiera en lo mínimo la historia de Fedra?

ESQUILO

Es verdad, no la has cambiado; pero un buen poeta debe ocultar el vicio y no sacarlo a luz y ponerlo en escena, pues ha de ser para los adultos lo que para los niños los maestros. Nuestra obligación es enseñar sólo el bien.

EURÍPIDES

¿Y cuando tú hablas de los Licabetos y de las altas cumbres del Parnaso<sup>165</sup> nos enseñas el bien? ¿Por qué no empleas un lenguaje humano?

ESQUILO

Pero, desdichado, las expresiones deben ser proporcionadas a la elevación de las sentencias y pensamientos. El lenguaje de los semidioses debe ser sublime, lo mismo que sus vestiduras deben ser más ostentosas que las nuestras. Lo que yo ennoblecí, tú lo has degradado.

---

<sup>163</sup> Se pretende insinuar que dos mujeres con quienes estuvo casado Eurípides no fueron modelo de castidad conyugal.

<sup>164</sup> Es decir, que han imitado a Estenobeas, sintiendo amores adúlteros y envenenándose como aquella princesa.

<sup>165</sup> Montañas del Ática y la Fócida. Alusión al pomposo lenguaje de Esquilo.

EURÍPIDES

¿Cómo?

ESQUILO

En primer lugar, vistiendo de harapos a los reyes para que inspirasen más profunda compasión.

EURÍPIDES

¿Qué mal hay en eso?

ESQUILO

Por culpa tuyo ningún rico quiere armar ya a su costa una galera; pues para librarse del compromiso se cubre de andrajos, llora y dice que es pobre.

BACO

Es verdad, por Deméter; y debajo lleva una túnica de lana fina; y después de habernos engañado se le ve aparecer en la pescadería...<sup>166</sup>.

ESQUILO

En segundo lugar, tú has inspirado tal afición a la charlatanería y las argucias, que las palestras están abandonadas, los jóvenes corrompidos<sup>167</sup>, y los marineros se atreven a contradecir a sus comandantes; en mis tiempos no sabían más que pedir su ración de pan y gritar “¡Rippape!”<sup>168</sup>

BACO

¡Oh! pues ahora, ya saben lanzar un flato<sup>169</sup> a la boca del remero del banco inferior y embrear a sus compañeros, y, cuando desembarcan, robar los vestidos al primer transeúnte, y pasarse el tiempo en discusiones, sin cuidarse de remar, dejando que la

---

<sup>166</sup> Sólo los ricos podían regalarse con pescado fresco. Ya hemos visto la estimación y alto precio a que se vendían las anguilas del Copáis.

<sup>167</sup> Aristófanes acusa de pederastia a los oradores y maestros de retórica.

<sup>168</sup> Grito de los marineros.

<sup>169</sup> *Oppedere*.

nave bogue a la ventura.

#### ESQUILO

¿De qué crímenes no es autor? ¿No ha puesto en escena alcahuetas, mujeres que paren en sagrado<sup>170</sup>, hermanas incestuosas<sup>171</sup>, y otras que dicen que la vida no es la vida?<sup>172</sup> Así es que nuestra ciudad se ha plagado de escribanos y bufones, especie de monos que tienen al pueblo constantemente engañado; mientras que ya nadie sabe llevar una antorcha<sup>173</sup>; por falta de ejercicio.

#### BACO

Nadie, es verdad; así es que en las Panateneas me faltó poco para morir de risa viendo a un hombre blanco, gordo y pesado que corría encorvado y con un trabajo infinito, mucho más atrás que los otros. En la puerta del Cerámico, los espectadores le pegaron en el vientre, en el pecho, en los costados y en las nalgas, hasta que, en vista de aquella lluvia de palmadas, mi hombre soltó un flato<sup>174</sup> con el cual apagó la antorcha y se escapó.

#### CORO

El negocio es importante; la disputa vehemente; grave la guerra. Difícil será el formar opinión, pues si el uno ataca vigorosamente, el otro huye el cuerpo con agilidad y responde con destreza. No permanezcáis siempre en el mismo terreno: tenéis abiertos muchos caminos e infinitas argucias. Decid, exponed, manifestad todos vuestros recursos viejos y nuevos; aventurad algunos argumentos alambicados e ingeniosos. No

---

<sup>170</sup> Auge, seducida por Heracles, dio a luz un hijo en el templo de Atenea. Se ignora en qué tragedia de Eurípides tenía lugar este hecho.

<sup>171</sup> Las hijas de Éolo.

<sup>172</sup> Es decir, se entretienen en discusiones filosóficas. La frase parodiada se encontraba en el *Frixo*.

<sup>173</sup> Alusión a *Las lampadodromias* (véase la nota al verso 129 de esta comedia).

<sup>174</sup> *Pedendo*.

temáis que la ignorancia de los espectadores no pueda comprender vuestras sutilezas; lejos de ser gente ruda, todos se han ejercitado, y cada cual tiene su libro donde aprende sabias lecciones; además su natural ingenio está hoy más aguzado que nunca. Nada temáis, emplead todos los medios, pues estáis ante un público ilustrado.

EURÍPIDES

Empecemos por sus prólogos; siendo lo primero que se encuentra en una tragedia, es natural que principiemos por ellos el estudio de este hábil poeta. Era oscuro en la exposición de sus asuntos.

BACO

¿Cuál de sus prólogos van a examinar?

EURÍPIDES

Muchos. Recítame por de pronto el de *La Orestía*.

BACO

Silencio todos. Recita tú, Esquilo.

ESQUILO

Oh subterráneo Hermes, que vigilas  
sobre el paterno reino, dame ayuda;  
vengo al fin a mi patria y entro en ella<sup>175</sup>.

BACO

¿Hallas alguna falta en esos versos?

EURÍPIDES

Más de doce.

BACO

Pero si no son más que tres versos.

EURÍPIDES

---

<sup>175</sup> Palabras que Orestes pronuncia ante el sepulcro de su padre, al volver a su patria, en el principio de *Las coéforas*.

Es que cada uno tiene veinte faltas.

BACO

Esquilo, te aconsejo que te calles: si no, además de esos tres yambos, te censurará otros muchos.

ESQUILO

¿Yo callarme delante de ése?

BACO

Si me haces caso.

EURÍPIDES

En el principio ha cometido ya una falta enorme.

esquilo

(a Baco) ¿No ves que no tienes razón?

BACO

Sea. A mí poco me importa.

ESQUILO

(a Eurípides) ¿Dónde dices que está la falta?

EURÍPIDES

Repite desde el principio.

ESQUILO

Oh subterráneo Hermes, que vigilas  
sobre el paterno reino...

EURÍPIDES

Eso lo dice Orestes ante la tumba de su padre, ¿verdad?

ESQUILO

No lo niego.

EURÍPIDES

¿De suerte que quiere decir que Hermes velaba por su padre,  
para que cayendo en un pérfido lazo fuese vilmente asesinado



por su mujer?

ESQUILO

No es al dios de la astucia, sino al Mermes benéfico, a quien llama subterráneo, y lo prueba diciendo que recibió esa misión de su padre.

EURÍPIDES

Entonces el yerro es más grande de lo que yo pretendía; pues si recibió de su padre aquella misión subterránea...

BACO

Es que su padre le había nombrado enterrador.

ESQUILO

¡Ay Baco! tu vino no está perfumado<sup>176</sup>.

BACO

Recita el otro verso; y tú acecha sus faltas.

ESQUILO

...dame ayuda;  
vengo al fin a mi patria y entro en ella.

EURÍPIDES

El sabio Esquilo nos dice dos veces la misma cosa.

BACO

¿Cómo dos veces?

EURÍPIDES

Examina esa frase y te haré ver la repetición. “Vengo al fin a mi patria – dice –, y entro en ella.” *Vengo* es enteramente lo mismo que *entro*.

BACO

Entiendo; es como si uno dijera a su vecino: “Préstame la artesa, o si quieres el arca de amasar.”

---

<sup>176</sup> Esto es: tus chistes son de muy mal gusto.

ESQUILO

No es lo mismo, charlatán; mi verso es inmejorable.

BACO

¿Cómo? Pruébamelo.

ESQUILO

Todo el que goza de los derechos de ciudadanía puede *venir a su patria*, porque *viene* sin haber experimentado antes ningún infortunio; pero el desterrado *viene y entra*<sup>177</sup>.

BACO

¡Muy bien, por Apolo! ¿Qué dices a eso, Eurípides?

EURÍPIDES

Digo que Orestes no *entró* a su patria, porque vino secretamente, sin haber obtenido la competente autorización de los que entonces ejercían el mando.

BACO

¡Muy bien, por Hermes! Pero no te comprendo.

EURÍPIDES

Recita, pues, otro.

BACO

Vamos, Esquilo, recítalo pronto. Tú acecha las faltas.

ESQUILO

Invocando los manes de mi padre  
sobre su propia tumba, que se digne  
oírme y escucharme le suplico<sup>178</sup>.

EURÍPIDES

Otra repetición: *oír y escuchar* son dos cosas idénticas.

---

<sup>177</sup> El verbo *χατέρχομαι* se decía con especialidad de la vuelta de los desterrados.

<sup>178</sup> *Las coéforas*, 4 y 5.

BACO

Pero, desdichado, ¿no ves que estaba hablando con los muertos, a los que no basta invocar tres veces?<sup>179</sup>

ESQUILO

Y tú ¿cómo hacías los prólogos?

EURÍPIDES

Te lo voy a decir; y si encuentras una sola repetición, o un solo ripio, me doy por vencido.

ESQUILO

Empieza ya: mi deber es escucharte; veamos qué hermosos son los versos de tus prólogos.

EURÍPIDES

Edipo, que al principio era dichoso...<sup>180</sup>.

ESQUILO

De ningún modo; su sino era la desgracia, pues ya antes de que se le engendrara predijo Apolo que mataría a su padre, y aún no había nacido. ¿Cómo, pues, al principio era dichoso?

EURÍPIDES

¡Mortal infelicísimo fue luego!

ESQUILO

De ningún modo, repito. No dejó de ser lo que era. Además, esa felicidad fue imposible. Apenas nació, ya le expusieron metido en una olla<sup>181</sup> en el rigor del invierno, para que no llegase a ser el asesino de su padre; después, por desgracia suya, llegó al palacio de Pólipo, con los pies hinchados<sup>182</sup>; luego, joven

---

<sup>179</sup> En las invocaciones a los muertos se les llamaba tres veces por su nombre.

<sup>180</sup> Principio de la *Antígona* de Eurípides, tragedia perdida.

<sup>181</sup> Cuando se exponía un niño en Atenas se le metía en una olla o especie de cuna de barro que empleaban las clases pobres.

<sup>182</sup> Ésta es la etimología de *Edipo*.

todavía, se casó con una vieja, que por añadidura era su madre, y por último se sacó los ojos.

BACO

¡Feliz él si hubiera mandado la escuadra con Erasínides!<sup>183</sup>

EURÍPIDES

Desbarras, mis prólogos son buenos.

ESQUILO

Por Zeus, no pienso ir desmenuzando tus versos palabra por palabra, sino con la ayuda de los dioses aniquilar tus prólogos sin más que con una pequeña alcuza.

EURÍPIDES

¿Con una alcuza?

ESQUILO

Sí, con una sola; pues tus yambos son de tal naturaleza que se les puede añadir lo que se quiera, un pellejito, una alcucita, un saquito, como te lo demostraré en seguida.

EURÍPIDES

¿Tú demostrarme eso?

ESQUILO

Sí, yo.

BACO

Vamos, recita.

EURÍPIDES

Cuando, según la fama más creída,  
con sus cincuenta hijas llegó Egipto  
de Argos a la región...<sup>184</sup>.

---

<sup>183</sup> Uno de los generales que mandaban la flota ateniense en la batalla de las Arginusas; fue condenado a muerte con sus colegas, por no haber dado sepultura a los soldados muertos en el combate.

<sup>184</sup> Principio del *Arquelao*, tragedia de Eurípides que se ha perdido.

ESQUILO

Perdió su alcuza<sup>185</sup>.

EURÍPIDES

¿Qué alcuza? ¡Así te mueras!

BACO

Recita otro prólogo, y veamos.

EURÍPIDES

Baco, que armando del pomposo tirso  
y cubierto de pieles de cervato,  
danza en las cumbres del Parnaso agreste  
de antorchas al fulgor....<sup>186</sup>.

ESQUILO

Perdió su alcuza.

BACO

De nuevo nos sacude con su alcuza.

EURÍPIDES

No nos fastidiará más, pues a este prólogo no le podrá colgar la alcuza.

No existe, no, felicidad completa;  
tal de ilustre familia, es pobre; y otro  
de modesta extracción...<sup>187</sup>.

ESQUILO

Perdió su alcuza.

BACO

¡Eurípides!

---

<sup>185</sup> Ληχόθιον άπωλεσα , frase análoga a la latina *oleum perdidit* (*trabajo perdido*), con cuya adición a los versos que recita Eurípides da a entender que no tienen ningún valor, y que el autor ha perdido lastimosamente el tiempo y el trabajo que le ha costado el componerlos...

<sup>186</sup> Prólogo de la *Hipsipile*, tragedia de Eurípides que ha perdido.

<sup>187</sup> Prólogo de la *Estenobea*.

EURÍPIDES

¿Qué hay?

BACO

Recoge velas; pues esta alcuza va a convertirse en huracán.

EURÍPIDES

Poco se me importa, por Ceres; ya verás cómo se lo hago soltar de las manos.

BACO

Continúa recitando, y mucho ojo con la alcuza.

EURÍPIDES

La ciudad de Sidón abandonando,  
Cadmo, hijo de Agenor...<sup>188</sup>.

ESQUILO

Perdió su alcuza.

BACO

¡Ay, amigo mío! Cómprale esa bendita alcuza, pues, si no, *va a* echar a pique todos los prólogos.

EURÍPIDES

¡Cómo! ¿yo comprársela?

BACO

Si me haces caso.

EURÍPIDES

No por cierto. Puedo citarle una porción de prólogos, a los que no podrá aplicarles la alcuza.

Pélope, hijo de Tántalo, partiendo  
para Pisa, animando los corceles  
de su carro veloz...<sup>189</sup>.

---

<sup>188</sup> Prólogo del *Frixo*.

<sup>189</sup> Prólogo de la *Ifigenia en Tauros*.

ESQUILO

Perdió su alcuza.

BACO

¿Lo ves? De nuevo le ha colgado su alcuza. Vamos, Esquilo, véndesela a cualquier precio que tú por un óbolo podrás comprar otra hermosísima.

EURÍPIDES

Te digo que no; aún me quedan muchos.

Eneo en su heredad...<sup>190</sup>.

ESQUILO

Perdió su alcuza.

EURÍPIDES

Déjame acabar el primer verso.

Eneo en su heredad, habiendo un día  
pingüe cosecha recogido y de ella  
ofrecido a los dioses las primicias en  
piadosa oblación...

ESQUILO

Perdió su alcuza.

BACO

¡Durante el sacrificio! ¿Quién se la quitó?

EURÍPIDES

Permíteme, amigo mío, que pruebe con este verso:

Zeus (la verdad misma lo asegura)<sup>191</sup>...

BACO

Estás perdido; en seguida va a añadir: "Perdió su alcuza." Porque la tal alcuza se adhiere a tus prólogos como el orzuelo a los párpados. Pero, por todos los dioses, pasa ya a ocuparte de

---

<sup>190</sup> Prólogo del *Meleagro*.

<sup>191</sup> Prólogo de la *Melanipa*.

la parte lírica de sus dramas.

EURÍPIDES

Puedo demostrar hasta la evidencia que sus cantos son perversos y llenos de las mismas repeticiones.

CORO

¿En qué parará esto? Ansioso estoy de saber qué censuras se atreverá a presentar contra sus infinitos y bellísimos cantos, tan superiores a los de los poetas del día; no acierto a comprender en qué podrá motejar a este rey de las fiestas de Baco<sup>192</sup>, y le auguro una derrota.

EURÍPIDES

¡Sí! ¡admirables cantos líricos! Ahora se verá, pues voy a reunirlos todos en uno.

BACO

Y yo llevar la cuenta con estas piedrecitas.

EURÍPIDES

Aquiles<sup>193</sup>, rey de Ftía, ¿por qué, si oyes el estruendo feral de la matanza, a aliviar sus trabajos, di, no vuelas?<sup>194</sup>. Nosotros, habitantes de este lago, culto rendimos al astuto Hermes, egregio fundador de nuestra raza, y a aliviar sus trabajos tú no corres<sup>195</sup>.

BACO

Ya tienes dos *trabajos*, Esquilo.

---

<sup>192</sup> Es decir, de la tragedia. Véase cómo Aristófanes hace justicia al mérito de Esquilo.

<sup>193</sup> Reunión de fragmentos que no forman sentido, citados por Eurípides para demostrar que su adversario incurre en muchas repeticiones.

<sup>194</sup> Versos de *Los Mirmidones* de Esquilo.

<sup>195</sup> Tomado de *Los psicagogos* (*conductores de las almas*).



EURÍPIDES

Oh el más ilustre aqueo, ínclito Atrida, jefe de muchos pueblos poderosos<sup>196</sup>, ¿a aliviar sus trabajos tú no corres?

BACO

Va el tercer *trabajo*, Esquilo.

EURÍPIDES

Silencio: las proféticas Melisas<sup>197</sup> de Ártemis van a abrir el templo augusto. ¿Y a aliviar sus trabajos tú no vuelas? Yo puedo proclamar que los guerreros<sup>198</sup> partieron con auspicios la victoria; a aliviar sus trabajos tú no corres.

BACO

¡Soberano Zeus! ¡qué infinidad de *trabajos*! Quiero ir a bañarme; pues con tantos *trabajos* se me han inflamado los riñones.

EURÍPIDES

Por favor, no te vayas antes de oír este canto arreglado para cítara.

BACO

Sea; pero pronto y sin *trabajos*.

EURÍPIDES<sup>199</sup>

¿Por qué los dos monarcas que

---

<sup>196</sup> No se sabe si este fragmento pertenecía al *Télefo* o a la *Ifigenia*, tragedias de Esquilo.

<sup>197</sup> Sacerdotisas de Ártemis. Dábase este nombre a todas las mujeres inspiradas, dedicadas al cuidado de los templos.

<sup>198</sup> Verso 104 del *Agamenón* de Esquilo.

<sup>199</sup> La tirada de versos que recita Eurípides está compuesta de fragmentos tomados de diversas obras de Esquilo, como la *Esfinge*, el *Agamenón* y los *Traaas*. El ridículo estribillo *flatotrato flatotrat* es para imitar el traqueteo de algunas frases de Esquilo, cuyo sentido no se penetra con facilidad.

comandan  
la ardiente juventud de los Aqueos,  
flatotrato-flatotrat,  
la aterradora Esfinge han enviado,  
perro fautor de negros infortunios?  
flatotrato-flatotrat.  
Vibrando el asta en la potente garra  
el ave que impetuosa y vengadora  
flatotrato-flatotrat.  
entrega al crudo diente de los perros,  
osados vagabundos de los aires,  
flatotrato-flatotrat.  
los que se inclinan al partido de Áyax.  
flatotrato-flatotrat.

#### BACO

¿Qué es ese flatotrat? ¿En Maratón, o dónde has recogido ese canto de aguadores?

#### ESQUILO

No; yo di a lo que era ya bueno una forma igualmente bella, para que no se dijese que cogía en el jardín sagrado de las Musas las mismas flores que Frínico<sup>200</sup>. Pero Eurípides, para tomar sus cantos, acude a los de todas las meretrices, y a los escollos de Meleto<sup>201</sup>, a los aires de la flauta caria, a los acentos doloridos, y a los himnos coreo gráficos, como os lo voy a demostrar en seguida. Traedme una lira. ¿Pero qué necesidad hay de lira para éste? ¿Dónde está la mujer que toca las castañuelas? Ven, oh Musa de Eurípides. Tú eres la única digna de modular sus canciones.

#### BACO

---

<sup>200</sup> Parece natural que sea el poeta trágico; pero el Escoliasta dice que Esquilo se refiere al lírico.

<sup>201</sup> Poeta trágico y lírico de poco mérito. Se cree que es el mismo que sostuvo la acusación contra Sócrates.

¿No ha imitado nunca esa Musa a las lesbianas?<sup>202</sup>

ESQUILO<sup>203</sup>

Alciones que gorjeáis sobre las olas  
infinitas del piélago salado,  
con gotas titilantes  
de rocío, menudas y cambiantes,  
el nítido plumaje salpicado;  
arañas que en los lóbregos rincones  
de las habitaciones  
hi-i-i-láis<sup>204</sup> la trama prodigiosa  
con la pata ligera,  
y con la resonante lanzadera.  
El delfín cautivado  
por el son de las flautas delicadas,  
augurando buen viaje,  
salta regocijado  
en torno de las proas azuladas.  
Adorno de la vid, crespo follaje,  
sostén lozano del racimo bello,  
enlaza, hijo, tus brazos a mi cuello,  
¿Ves tú el ritmo?

BACO

Lo veo.

ESQUILO

¡Cómo! ¿Lo ves?

BACO

---

<sup>202</sup> En sus nefandas torpezas.

<sup>203</sup> Centón de versos tomados de la *Hipsípila*, el *Meleagro*, la *Ifigenia en Tauros* y la *Electro* de Eurípides, sin enlace ninguno y citados sin más objeto que demostrar defectos de ritmo.

<sup>204</sup> Esta recepción de una misma vocal es una burla que el poeta hace de la costumbre de cantar varias notas sobre una misma sílaba que iba introduciéndose en la melopea; tal vez serían una especie de *grupetti* o *fioriture*.

Lo veo.

### ESQUILO

¿Y tú, autor de semejantes versos; tú que imitas al componerlos las doce posturas de Cirene<sup>205</sup>, te atreves a censurar los míos? Tales son sus cantos líricos: examinemos ahora sus monólogos<sup>206</sup>:

Oscuridad profunda de la noche,  
del fondo de tu abismo tenebroso  
¿qué ensueño pavoroso  
envías a mi mente conturbada?  
Sin duda es un aborto del averno,  
un alma inanimada,  
de horrible aspecto y de letal mirada,  
un hijo de la noche y del infierno,  
de uñas de acero y veste rozagante.  
La lámpara brillante,  
esclavas, encended, y al cristalino  
río hurtadle la linfa en vuestras urnas;  
calentadla y podré de este divino  
sueño purificarme,  
que en las horas nocturnas  
ha venido espantoso a atormentarme.  
¡Oh Posidón! ¿Qué es esto?  
El prodigio funesto  
ved, mis consortes en destino impío,  
¡ah! Glice sin entrañas  
¡huye, huye, y se lleva el gallo mío!  
¡Ninfas de las montañas,  
y tú, Mania, prended, prended a Glice!  
Yo que estaba ¡infelice!  
a mi labor atenta

---

<sup>205</sup> Famosa cortesana *quae duodecim venéreas staturas profitebatur*. Esquilo increpa de nuevo a Eurípides sobre la inmoralidad de sus dramas.

<sup>206</sup> Parodia del monólogo de Hécuba, en la tragedia de este título, y otros pasajes desconocidos para nosotros.

el blanco lino hi-i-i-i-ilando  
que mi rueca cubría,  
y el ovillo formando  
que al despuntar el día  
en la plaza pensaba  
a buen precio vender; mas él volaba  
¡ay! volaba<sup>207</sup> y con alas incansables  
por el éter cruzaba;  
y penas, penas ¡ay! interminables,  
me dejó solamente,  
y tristezas y enojos,  
y convertidos en perenne fuente  
de lágrimas, de lágrimas mis ojos!  
Cretenses, acudid; hijos del Ida,  
con el arco homicida  
en mi auxilio volad, cercad la casa;  
divina cazadora,  
Ártemis clara, acude con tus canes  
y registra los últimos desvanes.  
Hécate, hija del gran Zeus, enciende  
dos antorchas, y guía  
a la mansión de la ladrona Glice;  
quizá, quizá a su luz, ¡ay infelice!  
pueda encontrar la pobre hacienda mía.

#### BACO

Basta de coros.

#### ESQUILO

Sí, basta. Ahora quiero traer una balanza, pues es el único medio de aquilatar el valor de nuestra poesía y calcular el peso de nuestras palabras.

#### BACO

Vamos, venid. Me veo reducido a vender por libras el numen

---

<sup>207</sup> Esta repetición y las siguientes se encuentran en el texto original, y son parodia del estilo de Eurípides.

de los poetas, como si fuese queso<sup>208</sup>.

CORO

Las gentes de talento son muy ingeniosas. Es ésta una idea peregrina, admirable y extraña que antes a nadie se le había ocurrido. Yo, si alguno me lo hubiese contado, no le hubiera dado crédito pensando que deliraba.

BACO

Ea, acercaos a los platillos...

ESQUILO Y EURÍPIDES

Ya estamos.

BACO

Recitad teniéndolos cogidos, cada uno un verso, y no los soltéis hasta que yo diga: ¡Cucú!

ESQUILO Y EURÍPIDES

Ya están cogidos.

BACO

Decid ya un verso sobre la balanza.

EURÍPIDES

¡Oh, si el *Argos* jamás volado hubiera!...<sup>209</sup>

ESQUILO

¡Oh río Esperquio! ¡oh pastos de los toros!...<sup>210</sup>

BACO

¡Cucú! Soltad. ¡Oh! el verso de Esquilo baja mucho más.

---

<sup>208</sup> Se acerca a una gran balanza que acaban de traer a la escena.

<sup>209</sup> Verso primero de la *Medea* de Eurípides. El *Argos* es el navío en el cual hicieron los héroes griegos su expedición a la Cólquide.

<sup>210</sup> Verso del *Filoctetes* de Esquilo. El Esperquio era un río de Tesalia que nacía en el Pindó y desembocaba en el Golfo Malio.

EURÍPIDES

¿Por qué?

BACO

Porque, a ejemplo de los vendedores de lana, ha mojado su verso, poniendo en él un río, y tú le has aligerado poniéndole alas.

EURÍPIDES

Que recite otro y lo pese.

BACO

Coged de nuevo los platillos.

ESQUILO Y EURÍPIDES

Ya están.

BACO

(a *Eurípides*) Di.

EURÍPIDES

De la Persuasión dulce es la elocuencia  
el único santuario...<sup>211</sup>.

ESQUILO

Sólo la muerte es la deidad  
que no ama las oblaciones pías...<sup>212</sup>.

BACO

Soltad, soltad. De nuevo la balanza cae hacia el lado de Esquilo;  
y es porque ha echado en el plato la Muerte, que es el más  
pesado de los males.

EURÍPIDES

Y yo la Persuasión; mi verso es inmejorable.

---

<sup>211</sup> Verso de la *Antígona* de Eurípides. El sentido es que para persuadir no es preciso decir la verdad, sino hablar bien.

<sup>212</sup> Verso de la *Níobe* de Esquilo.

BACO

Pero la Persuasión es cosa ligera y de poco peso. Vamos, busca entre tus versos más pesados uno muy robusto y vigoroso que incline la balanza a tu favor.

EURÍPIDES

¿Pero dónde encontrarlo? ¿dónde?

BACO

Yo te lo diré: “Aquiles ha sacado dos y cuatro”<sup>213</sup>. Recítad; ésta es la última prueba.

EURÍPIDES

Se apoderó de una ferrada maza<sup>214</sup>.

ESQUILO

El carro sobre el carro, y el cadáver sobre el cadáver...<sup>215</sup>.

BACO

(a Eurípides) Otra vez te ha vencido.

EURÍPIDES

¿Cómo?

BACO

Ha puesto dos carros y dos cadáveres, cuyo peso no podrían levantar ni cien egipcios<sup>216</sup>.

ESQUILO

Dejémonos de disputar verso por verso: póngase Eurípides en

---

<sup>213</sup> Verso del *Télefo* de Eurípides. Aquiles jugaba en esta tragedia a los dados, cuya circunstancia hubo de suprimirse en otra representación, por haber sido silbada.

<sup>214</sup> Verso del *Meleagro* de Eurípides.

<sup>215</sup> Verso del *Glauco* de Esquilo.

<sup>216</sup> Muchos de los mozos de cordel y cargadores de Atenas eran egipcios.



un plato de la balanza, con sus hijos, su mujer, Cefisofón<sup>217</sup> y todos sus libros, y yo pondré solamente dos versos en el otro.

BACO

Ambos poetas son amigos míos, y no quiero decidir la cuestión, pues sentiría enemistarme con uno de ellos. El uno me parece muy diestro, el otro me encanta.

HADES

Entonces no has logrado el objeto de tu viaje.

BACO

¿Y si sentencio?

HADES

Te llevarás el que prefieras; y no habrás hecho en balde el viaje.

BACO

Gracias, Hades. Ahora, escuchadme: yo he bajado aquí en busca de un poeta...

EURÍPIDES

¿Para qué?

BACO

Para que la ciudad, una vez libre de peligros<sup>218</sup>, haga representar sus tragedias. Estoy resuelto a llevarme a aquel de vosotros que me dé un buen consejo para la república. Decidme: ¿qué pensáis de Alcibíades? Ésta es cuestión que ha puesto en aprietos a Atenas<sup>219</sup>.

EURÍPIDES

¿Y qué piensa de él?

---

<sup>217</sup> Amigo de Eurípides ya citado.

<sup>218</sup> La situación de Atenas era al representarse *Las ranas* sumamente crítica.

<sup>219</sup> Alcibíades estaba entonces fugitivo de Atenas, y muchas personas trabajaban para que volviese.

BACO

¿Qué piensa? Le desea, le aborrece y no puede pasarse sin él. Vamos, decid vuestra opinión.

EURÍPIDES

Detesto al ciudadano lento en ayudar a su patria, pronto en hacerla daño, hábil para el propio interés, torpe para los del Estado.

BACO

¡Bien, por Posidón! Sepamos ahora tu parecer.

EURÍPIDES

No conviene criar en la ciudad al cachorro del león. Lo mejor es esto; pero, una vez criado, es necesario someterse a sus caprichos.

BACO

Por Zeus salvador, quedo en la misma indecisión; el uno -habló con ingenio y el otro con claridad. Decidme ambos vuestra opinión sobre los medios de salvar la república.

EURÍPIDES

Poniendo a Cinesias, a modo de alas, sobre Cleócrito<sup>220</sup>, de suerte que el viento se llevase a ambos sobre las olas del mar...

BACO

La idea es chistosa, pero ¿adonde vas a parar?

EURÍPIDES

Cuando hubiera una batalla naval podrían echar vinagre a los ojos de nuestros enemigos. Pero voy a deciros otra cosa.

BACO

Di.

EURÍPIDES

---

<sup>220</sup> Cinesias era sumamente flaco, y Cleócrito muy alto y grueso. A éste le llamaban *el avestruz*, por su elevada estatura.

Si confiamos en lo que ahora desconfiamos, y desconfiamos en lo que ahora confiamos...

BACO

¿Cómo? No entiendo. Dilo más llana y comprensiblemente.

EURÍPIDES

Si desconfiamos de los ciudadanos en que hoy confiamos, y empleamos a los que tenemos en olvido, quizá nos salvaremos. Pues si con aquellos somos infelices, no conseguiremos ser felices empleando a sus contrarios?

BACO

¡Admirable! Eres el hombre más ingenioso, un verdadero Palamedes<sup>221</sup>. Dime: ¿esa idea es tuya o de Cefisofón?<sup>222</sup>

EURÍPIDES

Es mía; la del vinagre es de Cefisofón.

BACO

¿Qué dices tú?

ESQUILO

Dime antes a quiénes emplea la república. ¿A los hombres de bien?

BACO

No; los aborrece de muerte.

ESQUILO

¿Le agradan los malos?

BACO

Tampoco; pero la necesidad le obliga a echar mano de ellos.

---

<sup>221</sup> Tenía talento inventivo. Se le atribuyen la invención de los pesos, las medidas, los juegos de dados y las cuatro letras

<sup>222</sup> Alusión a la participación que se decía tenía Cefisofón en las tragedias de Eurípides.

ESQUILO

¿Qué medios de salvación puede haber para una ciudad que no quiere paño fino ni burdo?<sup>223</sup>

BACO

Por favor, Esquilo, discurre alguno que nos saque del abismo.

ESQUILO

En la tierra te lo diré; aquí no quiero.

BACO

De ningún modo; envíales desde aquí la felicidad.

ESQUILO

Se salvarán cuando crean que la tierra de sus enemigos es suya, y la suya de sus enemigos; y que sus naves son sus riquezas, y sus riquezas su ruina<sup>224</sup>.

BACO

Muy bien; pero los jueces lo devoran todo<sup>225</sup>.

HADES

(a Baco) Sentencia.

BACO

Sentenciad vosotros. Yo elijo al predilecto de mi corazón.

EURÍPIDES

Tomaste a los dioses por testigos de que me llevarías. Sé fiel a tu juramento y elige a tus amigos.

---

<sup>223</sup> Es decir, que no le agrada ni el partido aristocrático ni el democrático.

<sup>224</sup> Aristófanes reproduce el sabio consejo de Pericles, quien consideraba que la verdadera fuerza de Atenas estaba en la marina, y que nada importaba fuese devastado su territorio.

<sup>225</sup> Alusión a su salario, que, al representar *Las ranas*, era de dos óbolos, y que absorbía grandes sumas que podían ser destinadas al mantenimiento de la flota.

BACO

“La lengua ha jurado”<sup>226</sup>, pero escojo a Esquilo.

EURÍPIDES

¿Qué has hecho, miserable?

BACO

¿Yo? Declarar vencedor a Esquilo. ¿Por qué no?

EURÍPIDES

¿Y aún te atreves a mirarme a la cara después de tu vergonzosa felonía?

BACO

¿Hay algo vergonzoso mientras el auditorio no lo tenga por tal?

EURÍPIDES

¿Cruel, me vas a dejar entre los muertos?

BACO

¿Quién sabe si el vivir es morir, si el respirar es comer, si el sueño es un vellón?<sup>227</sup>

HADES

Entrad. Baco, ven conmigo.

BACO

¿Para qué?

HADES

Para que os dé hospitalidad antes de que partáis.

BACO

Bien dicho, por Zeus; eso me agrada más.

CORO

¡Feliz el poseedor de toda la sabiduría! Mil pruebas lo

---

<sup>226</sup> Frase del *Hipólito* de Eurípides, muchas veces citada.

<sup>227</sup> Parodia de pasajes de Eurípides.

demuestran. Esquilo, gracias a su ingenio y habilidad, vuelve a su casa para dicha de sus conciudadanos, amigos y parientes. Guardémonos de charlar con Sócrates, despreciando la música y demás accesorios importantes de las Musas trágicas. El pasarse la vida en discursos enfáticos y vanas sutilezas es haber perdido el juicio.

#### HADES

Parte gozoso, Esquilo; salva nuestra ciudad con tus buenos consejos y castiga a los tontos: ¡hay tantos! Entrega esta cuerda<sup>228</sup> a Cleofón<sup>229</sup>, ésta a los recaudadores Mírmex y Nicómaco<sup>230</sup>, y ésta a Arquénomo<sup>231</sup>, y diles que se vengan por aquí pronto y sin tardar. Pues si no bajan en seguida, los agarro, los marco a fuego<sup>232</sup>, y atándolos de pies y manos con Adimante<sup>233</sup> hijo de Leucólofo, los precipito, hechos un fardo, a los infiernos.

#### ESQUILO

Cumpliré tus órdenes: coloca tú en mi trono a Sófocles para que me lo conserve y guarde, por si acaso vuelvo; porque después de mí, le creo el más hábil. En cuanto a ese intrigante, impostor y chocarrero, haz que jamás ocupe mi puesto, aun cuando quieran dárselo contra su voluntad.

#### HADES

*(al Coro)*. Alumbradle con vuestras sagradas antorchas, y acompañadle cantando sus propios himnos y coros.

#### CORO

Dioses infernales, conceded un buen viaje al poeta que retorna a

---

<sup>228</sup> Para que se ahorquen.

<sup>229</sup> Extranjero influyente, enemigo de la paz.

<sup>230</sup> Recaudadores concesionarios. Contra Nicómaco se ha conservado un alegato de Lisias.

<sup>231</sup> Desconocido.

<sup>232</sup> Como a los esclavos fugitivos.

<sup>233</sup> General ateniense que mandaba parte de la ilota.

la luz, y a nuestra ciudad grandes y sensatos pensamientos. De esta suerte nos libraréis de los grandes males y del horrible estruendo de las armas. Cleofón y los que como él piensan, váyanse a pelear a su patria<sup>234</sup>.

---

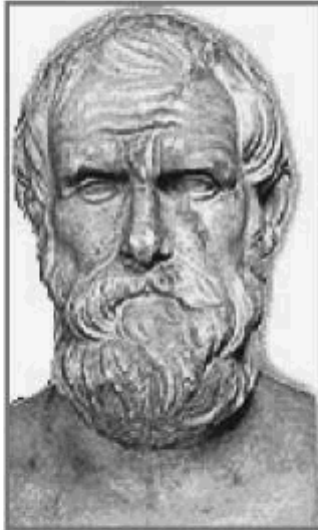
<sup>234</sup> Da a entender que son extranjeros.

# LAS TESMOFORIAS

---

## ARISTOFANES

# LAS TESMOFORIAS



# ARISTOFANES



## PERSONAJES:

MNESÍLOCO, suegro de Eurípides.

EURÍPIDES.

UN CRIADO DE AGATÓN.

AGATÓN.

CORO DE AGATÓN.

UN HERALDO, (interpretado por una mujer.)

CORO DE MUJERES, que celebran las Tesmoforias.

Dos MUJERES.

CLISTENES.

UN PRITÁNEO.

UN ARQUERO.

*(La acción transcurre, primero, frente a la casa de Agatón y después junto al templo de Deméter.)*

MNESÍLOCO.- (Siguiendo penosamente a Eurípides.) ¡Oh, Zeus! ¿Cuándo veré aparecer una golondrina?<sup>1</sup> Este hombre va a acabar conmigo haciéndome correr desde el amanecer. ¿Podré antes de que me estalle el bazo, saber donde me conduces, Eurípides?

EURÍPIDES.- No debes oír lo que pronto has de ver.

MNESÍLOCO.- ¿Cómo dices? Repítelo ¿No debo oír..

EURÍPIDES.- Lo que pronto vas a ver...

MNESÍLOCO.- ¿Y tampoco será menester que vea?

EURÍPIDES.- No, al menos lo que debes oír.

MNESÍLOCO.- ¿Qué es lo que me aconsejas? Confieso, sin embargo que hablas hábilmente. ¿Dices que no debo oír ni ver?

EURÍPIDES.- Sí; puesto que son dos funciones distintas por naturaleza.

MNESÍLOCO.- ¿La de oír y la de no ver?

---

<sup>1</sup> Locución proverbial alusiva a la vuelta de la primavera.

EURÍPIDES.-Sí; tenlo entendido.

MNESÍLOCO.-¿Cómo distintas?

EURÍPIDES.-Escucha cómo esa distinción se hizo desde los orígenes. Cuando el Eter se separó del Caos y engendró los animales que en su seno se agitaban, con objeto de que viesan, les hizo primero los ojos redondos como el disco del sol, y después les abrió los oídos en forma de embudo.

MNESÍLOCO.-¿Y es a causa de ese embudo por lo que no puedo oír ni ver? Por Zeus, que me alegro de haber aprendido estas cosas! ¡Qué bueno es conversar con los sabios!

EURÍPIDES.-Otras muchas del mismo género aprenderás en mí escuela.

MNESÍLOCO.-¿Y aprenderé también a cojear con ambas piernas? Eso sería el colmo de la felicidad<sup>2</sup>.

EURÍPIDES.-Acércate y atiende.

MNESÍLOCO.-Aquí estoy.

EURÍPIDES.-¿Ves esa puertecita?

MNESÍLOCO.-Sí, por Heracles, la veo.

EURÍPIDES.-Calla.

MNESÍLOCO.-Callo la puertecita.

EURÍPIDES.-Escucha.

MNESÍLOCO.-Escucho y paso en silencio la puertecita.

EURÍPIDES.-Ahí dentro vive el ilustre Agatón, el poeta trágico.

MNESÍLOCO.-¿Qué Agatón es ése? ¿Es uno moreno y robusto?

EURÍPIDES.-No, es otro.

MNESÍLOCO.-No lo he visto nunca. ¿Es uno que lleva una barba muy tupida?

EURÍPIDES.-¿Pero no lo has visto nunca?

MNESÍLOCO.-No, por Zeus, que yo sepa.

EURÍPIDES.-Pues cierto día estuviste con él, aunque sin conocerlo. Pero apartémonos, porque sale uno de sus criados trayendo fuego y ramas de mirto: sin duda va a ofrecer un sacrificio para el buen éxito de sus concepciones poéticas.

EL CRIADO.-Guarda, ¡oh pueblo!, un silencio religioso; cierra la boca: el coro sagrado de las Musas entona sus himnos en la morada de mi señor. Refrene el Eter apacible el soplo de los

---

<sup>2</sup> Mnesíloco desea aprender ese género de cojera, propio de algunos personajes de Eurípides, para no tener que correr.

vientos; cese el rumor de las glaucas ondas...

MNESÍLOCO.-¡Bom... bax!<sup>3</sup>.

EURÍPIDES.-¡Silencio ...! ¿Qué dice?

EL CRIADO.-Duerme la gente alada; deténgase el correr de las feroces alimañas en las selvas...

MNESÍLOCO.-¡Bómbalo... bombax!

EL CRIADO.-Porque el disertado Agatón, nuestro amo, está a punto de...

MNESÍLOCO.-¿De prostituirse? ¡Que lo ensarten!

EL CRIADO.-¡Quién habló?

MNESÍLOCO.-El Eter apacible.

EL CRIADO.-Está a punto de concebir la armazón de un drama. Redondea nuevas formas poéticas, tornea unos versos, forja unas sentencias, inventa metáforas, funde, modela y vierte en el molde el asunto, que en sus manos es como blanda cera.

MNESÍLOCO.-Y se deja... ensartar.

EL CRIADO.-¿Qué patán se aproxima a esta morada?

MNESÍLOCO.-Un hombre dispuesto a clavaros en vuestra morada, a tí y a tu noble versificador, un sólido instrumento bien firme y torneado.

EL CRIADO.-Anciano, en tu juventud debiste ser muy insolente.

EURÍPIDES.- (A su pariente.) Vamos, déjate en paz. (Al criado.) Y tú, vete a llamar a Agatón sin perder un instante.

EL CRIADO.-No hay necesidad; mi amo vendrá muy pronto, porque ha empezado a componer versos, y en el invierno no es fácil redondear las estrofas sin salir a tomar el sol. (Vase.)

MNESÍLOCO.-¿Qué debo hacer ahora?

EURÍPIDES.-Espera a que venga. ¡Oh, Zeus! ¿Qué suerte me reservas hoy?

MNESÍLOCO.-Por los dioses, quiero saber qué significa todo esto. ¿Por qué gimes? ¿De qué te lamentas? No debes tener secretos para mí, que soy tu suegro.

EURÍPIDES.-Se está maquinando contra mí una gran desgracia.

MNESÍLOCO.-¿Cuál?

EURÍPIDES.-Hoy se decidirá si Eurípides ha de vivir o morir.

MNESÍLOCO.-¿Cómo es posible? Hoy no hay sesión en los Tribunales ni en el Senado, por

---

<sup>3</sup> Palabra que imita el zumbido de un insecto, para indicar que las enfáticas expresiones del criado están vacías de sentido.

ser el tercer día de la fiesta, el día de enmedio de las Tesmoforias.

EURÍPIDES.-Eso es, precisamente lo que me hace presentir mi perdición. Las mujeres se han conjurado contra mí, y están reunidas en el templo de las Tesmoforias para decretar mi pérdida.

MNESÍLOCO.-¿Y por qué motivo?

EURÍPIDES.-Porque no las trato bien en mis tragedias.

MNESÍLOCO.-Por Poseidón, te estará muy bien empleado. ¿Y cómo podrás evitar el peligro?

EURÍPIDES.-Voy a ver si persuado al poeta trágico Agatón para que se introduzca en el templo de las Tesmoforias.

MNESÍLOCO.-¿Para qué? Dime.

EURÍPIDES.-Para que participe en la Asamblea de las mujeres y me defienda, si es necesario.

MNESÍLOCO.-¿Abiertamente o de incógnito?

EURÍPIDES.-De incógnito; disfrazado de mujer.

MNESÍLOCO.-El expediente es ingenioso y lleva la marca de tu genio; por lo que toca a la astucia, nuestra es la palma.

EURÍPIDES.-Cállate.

MNESÍLOCO.-¿Pues qué ocurre?

EURÍPIDES.-Que sale Agatón.

MNESÍLOCO.-¿Dónde está?

EURÍPIDES.-Míralo: le sacan con la plataforma giratoria<sup>4</sup>.

MNESÍLOCO.-Sin duda estoy ciego; no veo ningún hombre; a quien veo es a Cirene<sup>5</sup>.

EURÍPIDES.-Silencio, que se dispone a cantar.

MNESÍLOCO.-¿Va a entonar una marcha de hormigas?<sup>6</sup>

AGATÓN.-*(Que durante toda la escena habla en el estilo campanudo de los malos poetas.)*

Doncellas, recibid de

las diosas infernales la sagrada antorcha y festejad con danzas y alaridos de gozo la libertad de vuestra patria.

CORO DE AGATÓN.<sup>7</sup> ¿De qué deidad se celebra hoy la fiesta? Pronto estoy siempre a adorar a los dioses.

---

<sup>4</sup> Sátira de los artificios escénicos destinados a la aparición de divinidades.

<sup>5</sup> Famosa cortesana. Mnesíloco identifica a Agatón con Cirene.

<sup>6</sup> Frase proverbial para indicar las cosas pequeñas y de poco vigor.

<sup>7</sup> Este Coro es el que Agatón ensayaba para representar sus tragedias.

AGATÓN.-Canta, ¡oh Musa!, a Febo, el del arco de oro, que levantó los muros de la ciudad del Simois<sup>8</sup>

CORO.-¡Salve Febo; para ti mis himnos mejores, pues tú llevas la palma en el sacro certamen de las Musas!

AGATÓN.-Ensalzad a Artemis, la virgen cazadora, errabunda por bosques y montañas.

CORO.-Celebremos y ensalcemos a la casta Artemis, augusta hija de Leto.

AGATÓN.-Y a Leto, y a la cítara asiática, imitando el ritmo y el cadencioso compás de las Gracias de Frigia.

CORO.-Celebremos a la augusta Leto, y a la cítara madre de los himnos, para que nuestros acentos varoniles hagan brillar con fulgor repentino los ojos de la adorable diosa. ¡Ensalcemos al poderoso Apolo! ¡Salve, hijo feliz de la augusta Leto!

MNESÍLOCO.-¡Venerandas Genetílides<sup>9</sup>, ¡qué dulce y voluptuosa melodía! ¡Qué afeminamiento! ¡Cómo trasciende a besos lascivos! ¡Qué cosquilleo se siente en el trasero al escucharla! Y tú, jovencito, si acaso lo eres, quiero interrogarte al modo de Esquilo en su Liturgia<sup>10</sup>. ¿De dónde sales, oh andrógino? ¿Qué patria es la tuya? ¿Qué vestido es ese? ¿Por qué esa agitación? ¿Cómo concuerda esa cítara con la túnica amarilla, ese aceite de atleta con un sostén? ¿Hay cosas más opuestas? ¿Qué de común entre un espejo y una espada? ¿Te han educado siquiera como un hombre? Entonces ¿dónde llevas la colita? ¿Y el manto y los zapatos viriles? ¿O eres, quizás, mujer? Pero ¿y tus pechos? ¿Qué dices? ¿Por qué ese silencio? Por tu canto, pues, te conoceré, ya que te niegas a explicarte.

AGATÓN.-¡Anciano, anciano!, he oído el silbido de la envidia, sin sentir el dolor de sus mordeduras. Llevo un traje en consonancia con mis pensamientos, porque un poeta debe tener costumbres análogas a los dramas que compone. Si el asunto de sus tragedias son las mujeres, su persona debe imitar la vida y el porte femenino.

MNESÍLOCO.-¿De suerte que al componer una Fedra montarás a caballo?

AGATÓN.-Si los asuntos son varoniles, ya tenemos en el cuerpo todo lo necesario. Pero lo que no tenemos por naturaleza, hemos de adquirirlo mediante la imitación.

MNESÍLOCO.-Entonces, cuando escribas dramas de sátiros llámame, y yo me pondré en

---

<sup>8</sup> La Ciudad de Troya.

<sup>9</sup> Divinidades protectoras de la generación.

<sup>10</sup> Drama satírico que formaba parte de una tetralogía de Esquilo titulada La Liturgia. Su principal personaje era Licurgo, rey de los Edonios, que se atrevió a burlarse de Dionysos cuando regresó a Tracia, vencedor de las Indias. Su falta fue severamente castigada. Los títulos de las tres tragedias eran: «Los Edones,» «Los Basárides» y «Los Jóvenes.»

erección detrás de tí.

AGATÓN.-Además, es de muy mal parecer un poeta grosero y velludo, Ibico, Anacreonte de Teos y Alceo, tan hábiles en la armonía, llevaban mitras y bailaban las voluptuosas danzas de la Jonia; e! mismo Frínico, de quien seguramente has oído hablar, unía a su propia hermosura la de sus vestidos; por lo que en sus dramas todo era hermoso. Cada cual imprime a sus obras su propio carácter.

MNESÍLOCO.-Por eso Filocles, que es feo, compone obras feas; Jenocles, que es malo, malas y Teognis, que es frío, frías.

AGATÓN.-Es de rigor. Y por saberlo he cuidado de corregirme.

MNESÍLOCO.-¿Cómo, por los dioses?

EURÍPIDES.-Cesa de ladrar. Yo era lo mismo cuando, a su edad, empezaba a escribir.

MNESÍLOCO.-¡Por Zeus, que no envidio tu educación!

EURÍPIDES.-Déjame, por fin, decir e! motivo que me trae.

AGATÓN.-Explícate.

EURÍPIDES.-Agatón, «de hombres sabios es decir muchas cosas en pocas palabras. Herido por una

desgracia nueva, vengo a suplicarte»<sup>11</sup>

AGATÓN.-¡Para qué me necesitas?

EURÍPIDES.-Las mujeres, reunidas en las Tesmoforias, han' resuelto hoy mi perdición, porque hablo mal de ellas.

AGATÓN.-¿Y qué socorro puedes esperar de mí?

EURÍPIDES.-Uno grandísimo. Si te mezclas furtivamente entre las mujeres de modo que parezcas una de tantas y defiendes mi causa elocuentemente, conseguirás salvarme. Tú eres el único capaz de hablar dignamente de mí.

AGATÓN.-¿Por qué no vas a defenderte tú mismo?

EURÍPIDES.-Te lo diré. En primer lugar, yo soy muy conocido, y además cano y barbudo, mientras que tú eres de hermosa figura, imberbe y de tez blanca; tienes voz de mujer y eres precioso y delicado como nadie.

AGATÓN.-Eurípides...

EURÍPIDES.-¿Qué?

AGATÓN. ¿No has escrito una vez: «el ver la luz te alegra; ¿crees que no le alegra también a tu padre?»

---

<sup>11</sup> Verso del Eolo, de Eurípides.

EURÍPIDES.-Cierto.

AGATÓN.-No esperes, por tanto, que «n me exponga a soportar tu desgracia: sería una locura. Sufre, como es natural, tu propio infortunio. Las desgracias no deben sobrellevarse con astucia, sino con paciencia.

MNESÍLOCO.-Tú, sí que has llegado, vil prostituido, con actos y no con palabras, a infamar tus posaderas.

EURÍPIDES.-¿Por qué temes ir allí?

AGATÓN.-Porque tendría un fin aún más miserable que el tuyo.

EURÍPIDES.-¿Cómo?

AGATÓN. Porque parecería que iba a usurparles sus prácticas nocturnas y arrebatárles la Cipris femenina.

MNESÍLOCO.-¿A robarles? Di más bien a prostituirte. ¡Por Zeus! ¡Vaya un pretexto!

EURÍPIDES.-En qué quedamos, ¿lo harás como te lo pido?

AGATÓN.-No lo esperes.

EURÍPIDES.-¡Entonces infeliz de mí! ¡Estoy perdido!

MNESÍLOCO.-Eurípides, mi querido yerno, no te desalientes.

EURÍPIDES.-¿Qué hacer?

MNESÍLOCO.-Envía a ese hombre al infierno, y dispón de mí como quieras.

EURÍPIDES.-Pues que tú mismo te me ofreces, acepto. Anda, quítate esa ropa.

MNESÍLOCO.-Ya está en el suelo. ¿Qué vas a hacer de mí?

EURÍPIDES.-Afeitarte los pelos de la barba y quemarte los de más abajo.

MNESÍLOCO.-Haz lo que quieras, o no haberme ofrecido.

EURÍPIDES.-Agatón, tú siempre llevas navajas: préstanos una.

AGATÓN.-Cógela de ese estuche.

EURÍPIDES.- (A su suegro.) Eres un valiente, siéntate e hincha el carrillo derecho.

MNESÍLOCO.-¡Ay!

EURÍPIDES.-¿Por qué gritas? Te voy a meter un tarugo en la boca, si no callas.

MNESÍLOCO.-¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (Se levanta y echa a correr.)

EURÍPIDES.-¿Adónde vas?

MNESÍLOCO.-Al templo de las Euménides<sup>12</sup>, sí, por Deméter, pues no voy a quedarme ahí para que me hagas tajadas.

EURÍPIDES.- Se van a reír de tí al verte con la mitad de la cara afeitada.

---

<sup>12</sup> En él se refugiaban los suplicantes.

MNESÍLOCO.-Poco me importa.

EURÍPIDES.-No me abandones, por los dioses te lo pido; ven acá.

MNESÍLOCO.-¡Desdichado de mí! (Se sienta otra vez.)

EURÍPIDES.-No te muevas y levanta la cabeza. ¿Adónde te vuelves?

MNESÍLOCO.-¡Muú... muú...!

EURÍPIDES.-¿Por qué muges? Ya está todo arreglado.

MNESÍLOCO.-¡Infeliz de mí, voy a pelear armado a la ligera!<sup>13</sup>

EURÍPIDES.-No pienses en eso. Vas a estar muy hermoso. ¿Quieres mirarte? (Le presenta un espejo.)

MNESÍLOCO.-Sí; a ver...

EURÍPIDES.-¿Te reconoces?

MNESÍLOCO.-No; por Zeus; a quien veo aquí es a Clístenes<sup>14</sup>

EURÍPIDES.-Levántate para que te chamusque el vello; inclínate.

MNESÍLOCO.-Pero ten cuidado. ¡Me vas a chamuscar como a un cerdito!

EURÍPIDES.-Traedme una antorcha o una lámpara. Bájate y procura resguardar la parte sensible.

MNESÍLOCO.-Lo procuraré, por Zeus; pero ¡cuidado! que me quemas... ¡Ay, ay! ¡Agua, vecinos, que tengo las nalgas en fuego!

EURÍPIDES.--Tranquilízate.

MNESÍLOCO.-¿Puede uno estar tranquilo cuando le están asando?

EURÍPIDES.-Ya no tienes por qué inquietarte: lo peor ya pasó.

MNESÍLOCO.-Tengo el trasero todo chamuscado.

EURÍPIDES. No te cuides de eso: ya se te lavará con una esponja.

MNESÍLOCO.-¡ Pobre del que se atreva a lavarme el trasero!

EURÍPIDES.-Agatón, ya que no quieres ayudarme, préstame al menos una túnica y un ceñidor; no puedes decir que no los tienes.

AGATÓN.-Con mucho gusto; tomad y usadlos.

MNESÍLOCO.-¿Qué me pongo?

AGATÓN.-Ponte primero la túnica amarilla.

MNESÍLOCO.-¡Por Afrodita, que buen olor echa a hombre! Pónmelo pronto: dame el ceñidor.

---

<sup>13</sup> Juego de palabras: afeitado y soldado *amado* a la *ligera* se expresan en griego con voces muy parecidas.

<sup>14</sup> Ya hemos dicho que se trata de un conocido afeminado.



EURÍPIDES.-Toma.

MNESÍLOCO.-Dame ahora algunos anillos para las piernas.

EURÍPIDES. También necesitan una cinta y una mitra<sup>15</sup>

AGATÓN.-Toma mi gorro de dormir.

EURÍPIDES.-Por Zeus, es lo más a propósito.

MNESÍLOCO.-¿Me caerá bien?

EURÍPIDES.-Admirablemente. Tráeme también una manteleta.

AGATÓN.-Está sobre la cama, cógela.

MNESÍLOCO.-Además, necesito zapatos.

AGATÓN.-Ponte los míos.

MNESÍLOCO.-¿Me irán bien? Lo digo porque sé que a ti te gusta el calzado ancho<sup>16</sup>.

AGATÓN.-Pruébatelos. Y ahora que ya tenéis todo lo necesario, que me lleven pronto adentro<sup>17</sup>.

EURÍPIDES.-Parece enteramente una mujer. Cuando hables, ten mucho cuidado de imitar la voz femenina.

MNESÍLOCO.-Lo procuraré.

EURÍPIDES.-Pues en marcha.

MNESÍLOCO.-No por Apolo, si antes no me juras...

EURÍPIDES.-¿El qué?

MNESÍLOCO.-Emplear todos los medios para salvarme, si me ocurre algún desavío.

EURÍPIDES.-Lo juro por el Eter, morada de Zeus.

MNESÍLOCO.-¿No sería mejor que jurases por los discípulos de Hipócrates?

EURÍPIDES.-Pues bien, juro por todos los dioses sin excepción.

MNESÍLOCO.-Acuérdate de que ha jurado el corazón y no la lengua: los juramentos de ésta no los quiero<sup>18</sup>.

EURIPIDES.-No pierdas más tiempo; ya dan la señal de la Asamblea en el Tesmoforión. Yo, me retiro. (Sale.)

*Aparece el templo de Deméter y Perséfone.*

MNESÍLOCO.-*(Disfrazado de mujer y seguido por una esclava.) Ven, Tratta, sigueme. ¡Cuánto humo despiden las antorchas! ¡Oh bellísimas Tesmóforas, recibidme y despe-*

---

<sup>15</sup> Tocado de mujer.

<sup>16</sup> Alusión obscena.

<sup>17</sup> Sobre la máquina donde está reclinado.

<sup>18</sup> Parodia de un verso del «Hipólito,» de Eurípides.

didme propicias! Descarga la cesta, Tratta, y saca la torta para que se la ofrezca a las dos diosas. ¡Oh augusta divinidad, Deméter adorada, y tú, venerable Perséfone: permitidme presentaros muchas oblacones como ésta (y sobre todo que no me descubran). Conceded a mí hija un esposo rico, a la vez que estúpido y necio, para que no piense más que en divertirse. ¿Dónde encontraré un sitio para poder oír a los oradores? Tú, Tratta, márchate: las esclavas no pueden asistir a esta reunión<sup>19</sup>.

UNA MUJER HERALDO.-<sup>20</sup>Guardad un silencio religioso. Guardad un silencio religioso. Guardad un silencio religioso. Orad a las Tesmóforas, a Pluto, a Caligenia, a Curótrofe, a la Tierra, a Hermes, a las Gracias, para que esta Asamblea nos sea propicia y útil a Atenas y a nosotras mismas. Pedidles también que aquella que por sus ilustres hechos y discursos merezca más aplausos del pueblo ateniense y de las mujeres, sea la vencedora. Dirigidles estas súplicas, y haced votos por vuestra propia dicha. ¡lo, Pean! ¡lo Pean! ¡Congratulémonos!

CORO DE MUJERES.-Esos son nuestros votos. ¡Dígnense los dioses acogerlos! Zeus Omnipotente; y dios de la lira de oro, adorado en Delos<sup>21</sup> y tú, invencible diosa, doncella de ojos azules y áurea lanza, patrona de la más floreciente ciudad<sup>22</sup>, acudid a mi llamamiento; acude tú también, hermoso retoño de Leto<sup>23</sup>, la de fúlgida mirada, virgen cazadora, adorada bajo cien advocaciones; y tú, venerable Poseidón, soberano de las olas, abandonando tu líquido palacio arremolinado por las tempestades y recorrido por los peces, ven acompañado de las hijas de Nereo, y de las campestres ninfas. Mézclense a nuestras oraciones los acentos de la dorada lira, y reine el orden en esta Asamblea de nobles matronas atenienses.

EL HERALDO.-Orad a los dioses y diosas del Olimpo, de Delfos, de Delos, y a las demás deidades. Si hay algún malvado que conspire contra el pueblo femenino o que ofrezca a Eurípides o a los medas una paz perjudicial a las mujeres, o que aspire a la tiranía, o se proponga restablecer a un usurpador; si hay un delator que denuncie a una mujer culpable de hacer pasar por suyo un hijo supuesto, o una esclava que después de haber secundado los pensamientos de su señora la denuncie a su marido, y, encargada de llevar un recado, traiga falsas noticias; si hay algún galanteador que engañe a una mujer y después no la dé lo pro-

---

<sup>19</sup> Las esclavas esperaban a la puerta del templo para recibir las órdenes de sus señoras, como se desprende de un pasaje posterior.

<sup>20</sup> Una mujer hace de heraldo, porque ningún hombre podía intervenir en las Tesmoforias. Toda la escena que sigue parodia las formalidades observadas en la Asamblea Popular

<sup>21</sup> Apolo.

<sup>22</sup> Atenea

<sup>23</sup> Artemis.

metido; si hay una vieja que compra sus amantes o una cortesana que por los regalos de otro abandona a su querido; sí hay un tabernero o tabernera que al vendernos un congrio o una cófila<sup>24</sup> nos engaña en la medida, pedid al cielo los confunda a todos, con toda su familia y que al propio tiempo os colme de bienes a vosotras.

CORO.-Unánimes pedimos que se cumplan vuestros votos en favor de la ciudad y del pueblo y que, como es justo, se otorgue la victoria a las que den mejores consejos. Las que cometen fraudes y violan los más sagrados juramentos en provecho propio y daño del común; las que tratan de derogar las antiguas leyes y decretos promulgando otros nuevos; las que revelan nuestros secretos a los enemigos e impulsan a los medas a que ataquen nuestro país para arruinarlo, esas son culpables para con los dioses y para con la ciudad. Acoge tú nuestras preces, omnipotente Zeus, para que, aunque mujeres, los dioses nos asistan.

EL HERALDO.-Escuchad todas. «El Consejo de las mujeres, siendo presidente Timoclea, secretario Lisila y Sóstrata orador<sup>25</sup> ha decretado: Que mañana, día de en medio de las Tesmoforias, por ser el más desocupado, se destine ante todo a deliberar sobre el castigo que debe imponerse a Eurípides, por sus ultrajes a todas nosotras.» ¿Quién pide la palabra?

MUJER PRIMERA.-Yo.

EL HERALDO.-Pues ponte esa corona antes de hablar,<sup>26</sup> Callad. ¡Silencio! ¡Atención! Ya escupe, según acostumbran los oradores. Parece que tiene mucho que decir.

MUJER PRIMERA.-Pongo por testigos a las dos diosas que no es en modo alguno la ambición lo que mueve a hablar aquí, mujeres. Muéveme solamente la indignación que me sofoca al veros vilipendiadas por Eurípides, ese hijo de verdulera. ¿Qué ultrajes hay que no nos prodigue? ¿Qué ocasión de calumniarnos desprecia, en cuanto tiene muchos o pocos oyentes, actores y coros? Nos llama adúlteras, desvergonzadas, borrachas, traidoras, charlatanas, inútiles; peste de los hombres; con lo cual cuando nuestros maridos vuelven del teatro nos miran de reojo y registran la casa para ver si tenemos escondido algún amante. Ya no nos permiten hacer lo que hacíamos antes a causa de las sospechas que ese hombre ha inspirado a los esposos. ¿Se le ocurre a una de nosotras hacer una corona? Ya la creen enamorada<sup>27</sup>. ¿Deja otra caer una vasija al correr en sus domésticas faenas? El marido pregunta en seguida: «¿En honor de quién se ha

---

<sup>24</sup> Medidas de capacidad.

<sup>25</sup> Fórmula de los decretos.

<sup>26</sup> Como acostumbraban a hacerlo los oradores.

<sup>27</sup> Entre los enamorados era costumbre hacerse regalos de coronas

quebrado esa olla? Sin duda del extranjero de Corinto.»<sup>28</sup> ¿Está enferma alguna joven? Su hermano dice al punto: «No me gusta el color de esa muchacha.»<sup>29</sup> Si una mujer que no tiene hijos quiere simular un parto, ya no puede hacerlo, porque los hombres nos vigilan de cerca. Para con los viejos que antes contraían matrimonio con jóvenes, también nos ha desacreditado, y ninguno se casa a causa de aquel verso:

*La mujer es un tirano para el marido anciano.*

El es asimismo la causa de que nos encierren con cerrojos y sellos y tengan para guardarnos esos perrazos molosos, terror de los amantes. Ya no podemos, como antes, sacar nosotras mismas de la despensa harina, aceite y vino, pues nuestros maridos llevan siempre consigo no sé qué condenadas llavecitas lacedemonias secretas y de tres dientes. Sin embargo aún hubiéramos podido abrir las puertas más selladas, mandándonos hacer por tres óbolos un anillo con la misma marca; pero ese maldito Eurípides, perdición de las familias, ha enseñado a los hombres a llevar colgados del cuello complicadísimos sellos de madera. Creo, por consiguiente, que es necesario librarnos a toda costa de ese enemigo, dándole muerte con veneno u otro medio cualquiera. Eso es lo que digo en alta voz; lo demás lo haré constar en el registro del secretario.

CORO.-Nunca vi mujer más hábil y elocuente; todo lo que dice es justo; ha examinado la cuestión en todos sus aspectos. Su argumentación es nutrida, sagaz y certera; de suerte que si el propio Jenocles, hijo de Carcino, hablase a su lado nos parecería que sólo decía vaciedades.

MUJER SECUNDA.-Habiendo abarcado perfectamente la preopinante todos los extremos de la acusación, diré muy pocas palabras, concretándome a manifestaros lo que a mí misma me sucede. Murió mi marido en Chipre, dejándome cinco hijos pequeños, a los que sostenía a duras penas, haciendo coronas en la plaza de los Mirtos. Con este recurso vivía así, así, es verdad; pero al fin vivía; pues bien: desde que ese hombre en sus tragedias ha demostrado al público que no existen los dioses, no vendo ni la mitad que antes. Por lo cual opino y os aconsejo que no dejéis de castigarle; sobran motivos para ello, pues siempre, amigas mías, nos está ultrajando con la grosería propia del que se

---

<sup>28</sup> Verso de la «Estenebea» de Eurípides. El «extranjero de Corinto» era Belerofonte. Ocupaba y distraía el pensamiento de la joven al extremo de que dejaba caer los objetos que llevaba en la mano.

<sup>29</sup> Por suponerla encinta

ha educado entre legumbres. Y me voy a la plaza, pues tengo que hacer veinte coronas que me han encargado.

CORO.-Sus palabras aún han sido más mordaces que las del primer discurso. ¡Qué gracia) ¡Qué oportunidad) ¡Qué agudeza y qué astucia) Todo es claro y convincente.

Sí, es necesario imponerle una pena ejemplar por sus ultrajes.

MNESÍLOCO.-No me asombra, ¡oh, mujeres! que tales acusaciones os irriten vivamente contra Eurípides, y pongan en efervescencia vuestra bilis. Yo misma, os lo juro por la salud de mis hijos, yo misma detesto a ese hombre, pues sería menester estar loca para no aborrecerle. No obstante, conviene que tengamos en confianza, algunas explicaciones; ahora estamos solas, y no hay miedo de que nuestras palabras se divulguen. ¡De qué le acusamos? ¿Por qué le hacemos gravísimas inculpaciones sólo por haber revelado dos o tres de nuestros defectos, cuando los tenemos innumerables? Yo misma, para no hablar de otras, me reconozco culpable de muchísimos pecados; y el más grave lo cometí a los tres días de casada: mi marido dormía a mi lado; yo tenía un amante, que me había seducido a la edad de siete años; el tal, arrastrado por su amor, vino a la puerta de mi casa y la arañó suavemente. Yo comprendí en seguida, y bajé con precaución; mi marido me preguntó: «¿Adónde vas?», «¿A dónde?», le respondí, «siento dolores y retortijones de vientre y bajo al retrete». «Anda, pues», me dijo. El se puso a majar semillas de cedro, anís y savia.<sup>30</sup> y en tanto que yo, después de tomar la precaución de mojar los goznes<sup>31</sup> me reuní a mi amante, y apoyada sobre el altar del pórtico<sup>32</sup> y agarrándome al tronco del laurel me entregué a sus deseos. Sin embargo, notadlo bien, nunca Eurípides ha hablado de esto, ni de nuestras complacencias con los esclavos y muleteros cuando faltan amantes, ni de que, después de haber pasado una noche de libertinaje, acostubramos a comer ajos a la mañana para que al volver el marido de su guardia no conciba la menor sospecha. ¿Lo véis? De esto nunca ha dicho nada. Si maltrata a Fedra, ¿qué nos importa? En cambio, nunca ha hablado de esas mujeres que despliegan a la luz un gran manto, y mientras el marido admira los primores de! trabajo, el galán logra escurrirse a favor de la estratagema. Yo conocí a una que estuvo diez días fingiendo dolores de parto hasta comprar una criatura. Su esposo, en tanto, corría por toda la ciudad en busca de medicinas para acelerar el alumbramiento.

---

<sup>30</sup> Remedio contra el cólico.

<sup>31</sup> Para que la puerta no hiciera ruido.

<sup>32</sup> A la entrada de las casas había un altar en forma de columna, consagrado a Apolo.

Una vieja le trajo al fin, metido en una olla, un niño con la boca tapada con cera para que no gritase; entonces a una señal de su cómplice, la mujer empezó a gritar: «Vete, marido, vete, que ya voy a parir.» La criatura, en efecto, pegaba pataditas en el vientre... de la olla. El se retiró tan contento: le quitó ella el taponcillo de cera, y el niño empezó a llorar. Entonces la maldita vieja que lo había traído corrió al esposo y le dijo sonriendo: «Un león, un león te acaba de nacer; es tu vivo retrato; se te parece en todo, y sobre todo, en la colita.» ¿No es verdad que cometemos estas perfidias? Sí, por Deméter. Entonces, ¿a qué irritarnos contra Eurípides porque dice de nosotras menos de lo que en realidad hacemos?

CORO.-¿No vuelvo de mi asombro! ¿De dónde ha sacado esas invenciones? ¿En qué país se ha criado esa desvergonzada? Nunca hubiera creído que ninguna mujer se atreviese a contar ni aun entre nosotras, semejantes atrocidades. Pero ya puede esperarse todo; tiene razón el proverbio antiguo: «Es necesario mirar debajo de todas las piedras, no se oculte algún orador pronto a picarnos».

EL CORIFEYO.-No hay nada peor que una mujer desvergonzada, como no sea... otra mujer.

MUJER PRIMERA.-Por Aglaura, amigas; habéis perdido el juicio o estáis hechizadas, u os sucede otro grave mal, para dejar a esa peste insultarnos a todas. Si alguna de vosotras... pero no, nosotras y nuestras criadas nos encargamos de vengarnos; vamos a coger ceniza de cualquier parte y a dejarla sin un pelo. Así aprenderá a no hablar mal de las mujeres en lo sucesivo.

MNESÍLOCO.-¿Oh, no hagáis tal! Si en una Asamblea donde todas las ciudadanas podemos exponer con entera libertad nuestras ideas, he dicho lo que me parecía en defensa de Eurípides, ¿será justo que me condenéis a la depilación?

UNA MUJER.-¿Cómo no ha de ser justo castigarte? Tú eres la única que te has atrevido a defender a un hombre que ha colmado de oprobio a nuestro sexo; a un hombre que escoge de intento para argumento de sus dramas aquellos asuntos donde hay mujeres perversas, Fedras o Melanipes, y nunca se le ocurre escribir sobre Penélope, sólo porque fue casta.

MNESÍLOCO.-Yo sé el motivo. Entre todas las mujeres del día no podréis encontrar una Penélope y sí infinitas Fedras.

MUJER PRIMERA.-¿No oís lo que esa bribona vuelve a decir de nosotras?

MNESÍLOCO.-Sí, por Zeus; y aún no he dicho todo lo que sé. ¿Queréis más todavía?

MUJER PRIMERA.-¿Que más puedes decir! Ya debes haber vomitado cuanto sabías.

MNESÍLOCO.-Ni tampoco la diezmilésima parte de lo que hacemos. No he dicho, por ejemplo, que formamos con nuestras diademas una especie de tubo para sorber el vino.

MUJER PRIMERA.-¡Así revientes, malvada!

MNESÍLOCO.-Tampoco he dicho que en las Apaturias damos las viandas a nuestros amantes y después le echamos la culpa al gato...

MUJER PRIMERA.-¡Esto es insufrible! No sabes lo que te dices.

MNESÍLOCO.-Ni que una mujer mató de un hachazo a su esposo, ni que otra le hizo perder la razón con un filtro, ni que un día, debajo de la bañera...

MUJER PRIMERA.-¡ Que la peste te lleve!

MNESÍLOCO.-... una acarniense enterró a su padre.

MUJER PRIMERA.-¿Hay paciencia para oír semejantes cosas?

MNESÍLOCO.-Ni que habiendo parido tu esclava un varón te lo apropiaste, entregándole tu hija, en cambio.

MUJER PRIMERA.-Por las dos diosas, que esto no lo dejo yo pasar; te voy a arrancar el pelo.

MNESÍLOCO.-¡No me tocarás, por Zeus!

MUJER PRIMERA.- (Dándole una bofetada.) ¡Toma!

MNESILOCO.- (Contestándole con otra.) ¡Toma tú!

MUJER PRIMERA.-Sostén mi mano, Filista.

MNESÍLOCO.-Acércate, si te atreves, y por Artemis que...

MUJER PRIMERA.-¿Qué harás tú?

MNESÍLOCO.-Te haré expulsar por el ano la torta de sésamo que has comido.

CORO.-¡Basta de pelea! Ahí veo una mujer que viene corriendo hacia aquí. Callad antes de que llegue para escuchar con sosiego lo que haya de decirnos.

CLÍSTENES<sup>33</sup>.-Queridas mujeres, a quienes imito en todo, mis mejillas imberbes demuestran la afección que os tengo; maniático por vosotras, estoy siempre dispuesto a defenderos. Hace un instante he oído hablar en el Agora de un negocio importantísimo que os concierne, y vengo a revelároslo, y al propio tiempo a aconsejaros toméis las precauciones necesarias para que no os coja desprevenidas un asunto de excepcional! gravedad.

---

<sup>33</sup> Aristófanes siempre representa a Clístenes como el más afeminado de los atenienses.

EL CORIFEO.-¿Qué hay, pequeño mío? Tienes tan tersas las mejillas, que bien puedo llamarte así.

CLÍSTENES.-Dicen que Eurípides ha enviado hoy aquí mismo a un anciano, pariente suyo, para que se entere de vuestras deliberaciones y le tenga al corriente de vuestros proyectos.

CORO.-Pero ¿cómo no hemos conocido a ese hombre, entre las mujeres?

CLÍSTENES.-Eurípides le ha quemado y afeitado los pelos, y lo ha disfrazado completamente de mujer.

MNESÍLOCO.-¿Cómo creer semejante cosa? ¿Habrá hombre tan estúpido que se deje depilar de esa manera? Yo no lo creo, venerandas diosas.

CLÍSTENES.-¿Qué sabes tú? Yo no hubiera venido a denunciarlo si no lo hubieran dicho personas bien informadas.

EL CORIFEO.-¡Terrible noticia! Ea, mujeres, no perdamos un momento; registremos, busquemos a ese hombre y veamos dónde ha podido ocultarse. Ayúdanos tú, Clístenes, y te estaremos doblemente agradecidas, querido defensor.

CLÍSTENES.-*(A una cuarta mujer.)* Pues manos a la obra. ¿Quién eres tú, para empezar?

MNESÍLOCO.-¿Dónde me meteré?

CLÍSTENES.-Va a ser preciso que os reconozca a todas.

MNESÍLOCO.-*(Aparte.)* ¡Ay, grandes dioses!

MUJER CUARTA.-¿Qué quién soy? La mujer de Cleónimo.

CLÍSTENES.-¿Conocéis a esta mujer?

CORO.-La conocemos muy bien; pasa a otras.

CLÍSTENES.-¿Y esa que lleva un niño en brazos?

MUJER CUARTA.-Mi nodriza, por Zeus.

MNESÍLOCO.-¡ Estoy perdido! *(Hace un movimiento para huir.)*

CLÍSTENES.-*(A Mnesíloco.)* ¡Eh, tú! ¿Adónde vas? Quieta en tu puesto. ¿Qué te pasa?

MNESÍLOCO.-Déjame ir a orinar.

CLÍSTENES.-Eres una impúdica. Anda, aquí te aguardo.

CORO.-Aguárdala y no la pierdas de vista; es la única a la que no conocemos.

CLÍSTENES.-*(A Mnesíloco.)* Mucho tiempo llevas orinando.

MNESÍLOCO.-Sí, por Zeus, amigo mío. Ayer comí berros, y tengo la vejiga repleta.

CLÍSTENES.-¿Qué cuento es ese? Ven acá pronto.



MNESÍLOCO.-¡Ah, no arrastres así a una pobre enferma!

CLÍSTENES.-Responde: ¿quién es tu marido?

MNESÍLOCO.-¿Mi marido? ¿Conoces en Cotócides a cierto individuo ... ?

CLÍSTENES.-¿A cierto ... ? ¿Pero quién?

MNESÍLOCO.-¿A aquel a quien cierto día, el hijo de cierto...?

CLÍSTENES.-¿Has venido aquí antes de ahora?

MNESÍLOCO.-Sí, por Zeus, todos los años.

CLÍSTENES.-¿Cuál es tu compañera de tienda?<sup>34</sup>

MNESÍLOCO.-Es una cierta ... ¡Ay de mí!

CLÍSTENES.-¿No aciertas a contestar?

MUJER PRIMERA.-*(A Clístenes.)* Aparta; deja que yo le haga ahora varias preguntas sobre las ceremonias sagradas de! año pasado. Retírate, porque, como eres hombre, no debes oírlas. Dime *(A Mnesíloco)*: ¿cuál fue la primera ceremonia que hicimos?

MNESÍLOCO.-¿La primera dices? Beber.

MUJER QUINTA.-¿Y la segunda, después de esa?

MNESÍLOCO.-Brindar.

MUJER QUINTA.-Te lo habrá dicho alguno. ¿Y la tercera?

MNESÍLOCO.-Jenila pidió una palangana, porque no había orinal.

MUJER QUINTA.-Perfecto. Ven acá, Clístenes; el hombre de quien nos hablabas es éste.

CLÍSTENES.-¿Qué he de hacer?

MUJER QUINTA.-Desnúdalo, pues contesta mal a todo.

MNESÍLOCO.-¡Cómo! ¿Os atreveréis a desnudar a una madre de nueve hijos?

CLÍSTENES.-Desabróchate pronto el ceñidor, desvergonzada.

MUJER PRIMERA.-¡Qué fuerte y robusta parece! Pero, por Zeus, no tiene pechos como nosotras.

MNESÍLOCO.-Es que soy estéril, y nunca estuve encinta.

MUJER PRIMERA.-¿Ahora con ésas? ¿Pues no decías hace un momento que tenías nueve?

CLÍSTENES.-Mantente derecho. ¿Eso que veo ahí no es una verga?

MUJER PRIMERA.-¡Y cómo le sobresale! ¿Y qué buen color tiene!

CLÍSTENES.A ver, a ver..

---

<sup>34</sup> Durante las fiestas de Deméter las mujeres se alojaban de dos en dos en tiendas levantadas junto al templo de la diosa.

MUJER PRIMERA.-Ahora se le ve por delante.

CLÍSTENES.-No, ya no está de este lado.

MUJER PRIMERA.-Es que se la ha colocado otra vez hacia atrás.

CLÍSTENES.-Lo que tienes ahí, buen hombre, es una especie de istmo. Tu miembro da más viajes de ida y vuelta que los corintios.

MUJER PRIMERA.-¡Ah, miserable! Nos estuvo llenando de injurias para defender a Eurípides.

MNESÍLOCO.-¡En buen berengenal me he metido!

MUJER PRIMERA.-Pero veamos lo que hemos de hacer con él.

CLÍSTENES.-Guardarlo bien para que no se nos escape. Me voy para informar a los Pritáneos de lo ocurrido.

EL CORO. Encendamos las lámparas; quitémonos los mantos y, ceñida al cuerpo la túnica de una manera viril, veamos si por casualidad<sup>35</sup> ha entrado otro hombre, y registremos todo el Pnix,<sup>36</sup> las tiendas y las bocacalles. ¡Ea!, partamos con pie ligero y examinémoslo todo sin chistar; correr es lo que importa; no hay tiempo que perder; empecemos por hacer la ronda con la mayor actividad. ¡Ea!, registra, explora todos los rincones para ver si se oculta algún otro traidor. Dirige la vista en derredor, a la derecha, a la izquierda, a todas partes; que nada escape a tu mirada perspicaz. El impío a quien sorprendamos sufrirá un castigo severo para escarmiento de insolentes criminales y sacrílegos. Reconocerá que hay dioses y enseñará a los demás hombres a venerarlos a honrarlos como es debido, a obedecer a las leyes y a practicar la virtud. Si no lo hacen, oigan la pena que los aguarda: todo hombre reo de sacrilegio, inflamado por su rabia y loco de furor, será para las mujeres y los mortales un ejemplo viviente de que la venganza del cielo cae sin tardanza sobre los impíos.

EL CORIFEO.-Ya creemos haberlo registrado todo perfectamente; no hallamos ningún otro hombre oculto entre nosotras.

MUJER PRIMERA.-*(A Mnesíloco que le ha cogido a su hijo.)* ¡Eh!, ¡eh! ¿Adónde huyes? ¡Detente! Oh, desdichada, desdichada de mí! Se escapa después de haberme arrebatado mi hijo del pecho.

MNESÍLOCO.-Grita cuanto quieras; pero éste no vuelve a mamar, mientras no me

---

<sup>35</sup> Estas pesquisas eran un motivo para que el coro ejecutase las danzas de costumbre.

<sup>36</sup> Nombre de la plaza donde tenían lugar las asambleas populares aplicado aquí al templo de Deméter como apelativo de todo punto de reunión.

soltéis; aquí mismo le abriré las venas con este cuchillo, y su sangre rociará el altar.<sup>37</sup>

MUJER PRIMERA.-10h, desdichada de mí! ¡Socorredme, amigas mías; aterrad con vuestros gritos a ese monstruo; arrebatadle su presa; no permitáis que me prive de mi único hijo!

EL CORO.-¡ Oh, Parcas venerandas! ¿Qué nuevo atentado es éste? Jamás he visto tanta audacia ni tanta desvergüenza. ¡Qué nuevo crimen ha perpetrado, amigas! ¡Qué nuevo crimen!

MNESÍLOCO.-Ahora veréis cómo sé reprimir vuestras insolencias.

EL CORO.-¿No es esto el colmo de la monstruosidad?

MUJER PRIMERA.-Es monstruoso, en verdad, que me haya arrebatado mi pequeño.

EL CORO.-No hay palabras para calificar tal desvergüenza.

MNESÍLOCO.-Pues aún no he concluido.

MUJER PRIMERA.-Lo que es seguro es que no volverás a los lugares de donde viniste y no te escaparás fácilmente de aquí para ir jactándote de haberte fugado después de semejante delito; y que serás castigado.

MNESÍLOCO.-Conjuro a los dioses para que tal cosa no suceda jamás.

EL CORO.-¿Y qué dios, entre los inmortales, vendrá en socorro de un hombre tan impío como tú?

MNESÍLOCO.-Vuestros gritos son inútiles; no soltaré al niño.

EL CORO.-Por las dos diosas, tampoco te burlarás impunemente de nosotras ni dirás más impiedades. Te devolveremos mal por mal, como es justo. La fortuna, pronto pasa a ser adversa.

EL CORIFEEO.-*(Al Coro.)* Anda con esas mujeres; trae la leña tiara quemar a este malvado y asarlo vivo sin pérdida de tiempo.

MUJER PRIMERA.-Vamos a buscar sarmientos, Mania. *(A Mnesíloco.)* Hoy te convierto en carbón.

MNESÍLOCO.-Asad, quemad. Y tú *(dirigiéndose al niño)*, pobre criaturilla, quítate pronto ese vestidito cretense,<sup>38</sup> y no acuses de tu muerte a ninguna otra mujer más que a tu madre. Mas ¿qué veo? *(Desnudando al niño.)* El niño se ha convertido en un odre lleno de vino con zapatitos pérsicos. ¡Oh, perdularias que no pensáis más que en beber! ¡Pro-

---

<sup>37</sup> El altar de Démeter junto al cual se ha refugiado Mnesíloco.

<sup>38</sup> Vestidito corto y de tela ligera.

videncia de los taberneros y peste de los maridos! ¡Polilla de nuestras telas y ajuares!

MUJER PRIMERA.-Trae muchos sarmientos, Mania.

MNESÍLOCO.-Sí, tráelos. Pero contéstame: ¿Dices que has dado a luz esto?

MUJER PRIMERA.-Sí; y lo llevé diez meses.

MNESÍLOCO.-¿Que lo llevaste tú?

MUJER PRIMERA.-Sí, por Artemis.

MNESÍLOCO.-¿Y qué cabida tiene? ¿Unas tres cótilas?

MUJER PRIMERA.-¿Qué has hecho, miserable? ¿Has desnudado a una criatura tan pequeñita?

MNESÍLOCO.-¿Tan pequeñita?

MUJER PRIMERA.-Cierto que es pequeñita.

MNESÍLOCO.-¿Pues cuántos años tiene? ¿Cuántas veces ha visto la fiesta de copas?<sup>39</sup>  
¿Tres o cuatro?

MUJER PRIMERA.-Eso es aproximadamente, más el tiempo transcurrido desde las últimas Dionisiacas. Devuélvemelo.

MNESÍLOCO.-No, por Apolo, aquí presente.

MUJER PRIMERA.-Pues irás a la hoguera.

MNESÍLOCO.-Perfectamente: quemadme y lo estrangulo.

MUJER PRIMERA.-¡Oh, no, por piedad! Prefiero que me hagas a mí todo el mal que quieras.

MNESÍLOCO.-Me pareces una buena madre; sin embargo, lo reviento. (Revienta el odre)

MUJER PRIMERA.-¡Hijo de mi corazón! Dame un vaso, Manía, para que, al menos, ceda recoger su sangre.

MNESÍLOCO.-Ponlo debajo; te concedo esa gracia. (Desata el pellejo y corre el vino.)

MUJER PRIMERA.-¡Que el cielo te confunda monstruo feroz e implacable! Esta piel pertenece a la sacerdotisa.<sup>40</sup>

MUJER SEGUNDA.-¿Qué es lo que pertenece a la sacerdotisa?

MNESÍLOCO.-Tómalo. (Le arroja el vestido que envolvía el odre.)

EL HERALDO.- (A la Mujer Primera.) ¿Quién te ha quitado tu hijo? ¿Quién te ha arrebatado esa querida criatura?

MUJER PRIMERA.-Ese miserable. Ya que estás aquí, guárdalo bien, mientras que yo voy

---

<sup>39</sup> La fiesta de las copas y las Dionisiacas estaban consagradas a Dionysos; por eso prefiere Mnesíloco estas solemnidades a otras para enterarse de la edad del pellejo de vino.

<sup>40</sup> El vestidillo cretense. Según el rito, la piel de la víctima pertenecía al sacrificador.

con Clístenes a denunciar sus crímenes a los Pritáneos.

MNESÍLOCO.-Veamos: ¿qué medio tendré para salvarme? ¿Qué tentativa? ¿Qué stratagema? El autor de todos mis males, el que me metió en este desventurado negocio, no se presenta todavía. ¿Cómo podré enviarle un aviso? ... ¡Ah!, Palamedes<sup>41</sup> me enseña un expediente ingenioso. Escribiré, como él, mi infortunio en un remo, y lo arrojaré al mar. Pero aquí no hay remos. ¿Dónde podré encontrarlos? ¿Dónde? ¡Qué idea! ¿Si hiciese astillas esas estatuas y escribiese en ellas como si fuesen remos? ... Si, será mucho mejor. Al fin, estatuas y remos todo es madera. Ea, manos mías, emprended la obra de salvación. Tablillas pulimentadas, nuncios de mi infortunio, aprestaos a recibir las huellas del estilo. ¡Oh, qué R tan fea! ¿Adónde va a parar? Partid ya en todas direcciones; apresuraos, tablillas mías, que mi necesidad es apremiante. (Lanza las tablillas y va a sentarse para esperar a Eurípides.)

EL CORO.-Volvámonos hacia los espectadores para cantar nuestras propias alabanzas, aunque todo el mundo hable mal de nosotras y nos llame peste del género humano y causa de cuantos pleitos, riñas, sediciones, guerras y pesares existen. Pero decidnos: si somos una peste, ¿por qué os casáis con nosotras? Si somos una peste, ¿por qué nos prohibís salir de casa y asomarnos a las ventanas? Si somos una peste, ¿por qué si sale vuestra mujer y no la encontráis en casa os enfurecéis como energúmenos, en vez de regocijaros y dar gracias a los dioses de que la peste haya abandonado vuestro hogar y de que os encontréis ya libres de huésped tan enojoso? Si cansadas de jugar nos dormimos en casa de una amiga, en seguida vais a buscar a vuestra peste, y rondáis en torno de su lecho. Si nos asomamos a la ventana, todo el mundo se detiene a ver la peste; si, ruborizadas, nos retiramos, aumenta el deseo de que la peste vuelva a presentarse. Está, pues, fuera de duda que somos mucho mejores que vosotros, como lo prueba el más ligero examen. Comparemos, si no, los dos sexos, y veamos cuál es peor: vosotros decís que el nuestro y nosotras que el vuestro. Examinémoslos y pongámoslos en parangón, oponiendo uno a uno, hombres y mujeres. Carmino<sup>42</sup> es inferior a Nausímaca; los hechos

---

<sup>41</sup> Título de una tragedia de Eurípides. En ella Eax, hermano de Palamedes, escribe la muerte de éste sobre unos remos y los arroja al mar, esperando que alguno de ellos llegará a poder de su padre Nauplio, y le hará saber la triste noticia.

<sup>42</sup> General derrotado en una batalla naval, cerca de la isla Sime, contra el lacedemonio Astioco. Aristófanes lo opone a Nausímaca, nombre de una cortesana, escogido de intento, por significar, combate naval.

son elocuentes. Cleofón<sup>43</sup> está muy por debajo de Salabacca. Con Aristómaca, la heroína de Maratón, ni con Estratónice,<sup>44</sup> hace mucho tiempo que nadie se atreve a contender. Entre los senadores que el año último abandonaron a otros sus cargos, ¿habrá alguno que pueda compararse con Eubula?<sup>45</sup> Ni ellos mismos se atreverían. Podemos, pues, gloriarnos de ser mucho mejores que los hombres. Tampoco se ve a ninguna mujer pasearse por la ciudad en un carro magnífico después de haberle robado cincuenta talentos al Tesoro; nuestros mayores hurtos son de un poco de trigo a nuestro esposo y para eso se lo devolvemos en el mismo día. ¿Cuántos de vosotros pudiéramos señalar que hacen otro tanto y que son también más glotones que nosotras, y chocarreros y ladrones de vestidos y de esclavos? ¿Cuántos que ni siquiera saben cómo las mujeres conservan la herencia paterna? Nosotras, en efecto, tenemos todavía nuestros cilindros, nuestras lanzaderas, nuestros canastillos y quitasoles; al paso que muchos de nuestros maridos han perdido unos sus lanzas, el asta y el hierro y a la vez, y otros han arrojado en el combate sus escudos.

Muchísimos cargos podemos hacer las mujeres a los hombres, pero sólo mencionaremos el más grave de todos. Era justo que cuando una de nosotras diera a luz un ciudadano útil, un taxiarco<sup>46</sup> o un estratega,<sup>47</sup> fuese honrada con alguna distinción, como por ejemplo, la de ocupar el primer puesto en las Estenias,<sup>48</sup> las Esciras<sup>49</sup> y otras fiestas que solemos celebrar. Por el contrario, la madre de un ciudadano cobarde e inútil, de un trierarca holgazán o de un piloto torpe, debería colocarse con el cabello cortado detrás de la que dio a luz un hombre valeroso. Porque, decidme, ciudadanos, ¿no es injusto que junto a la madre de Lámaco<sup>50</sup> se sienta la de Hipérbolo<sup>51</sup> vestida de blanco y flotante el cabello y que siga prestando a usura, cuando sus deudores, en vez de pagarle el interés, debieran decirle llevándose el dinero: « ¡Vaya que no eres digna de que se te pague después de habernos parido tal alhaja! »

---

<sup>43</sup> General detestable y mal reputado. Era uno de los demagogos más influyentes, y acérrimo partidario de la guerra. Salabacca era una cortesana.

<sup>44</sup> Nombres alegóricos para indicar la decadencia de las armas atenienses. Aristómaca designa la gloriosa batalla de Maratón; y Estratónice, vale tanto como victoria del ejército.

<sup>45</sup> Otro nombre alegórico forjado para poner de relieve la desacertada conducta de los senadores que cedieron ante el gobierno de los Cuatrocientos y permitieron la abolición de la democracia.

<sup>46</sup> El taxiarco mandaba ciento veinticinco hombres, y era el jefe del batallón que suministraba cada tribu.

<sup>47</sup> Llamábase así al que mandaba un cuerpo de ejército.

<sup>48</sup> Fiestas que se celebraban en memoria de la vuelta de Deméter.

<sup>49</sup> Fiestas llamadas así del dosel bajo el cual eran llevadas procesionalmente las estatuas de Atenea, Deméter, Perséfone, Apolo y Poseidón.

<sup>50</sup> El mismo general de quien Aristófanes se burló en Los Acarnienses por su afición a la guerra. Aquí le hace ya justicia.

<sup>51</sup> El demagogo, sucesor de Cleón, tantas veces atacado por Aristófanes.

MNESÍLOCO.-Me he quedado bizco de tanto mirar a ver si viene y Eurípides no aparece. ¿Quién se lo impedirá? ¡Ah! Sin duda se avergüenza del frío Palamedes. ¿Con qué otro drama le atraeré? ¡Ya di en ello! Voy a imitar su reciente Helena. Tengo un vestido de mujer completo.

MUJER SEGUNDA.-¿Qué intentas ahora? ¿Qué miras? Me parece que te arrepentirás de tu Helena si no te estás quieto hasta que venga un Pritáneo.

MNESÍLOCO.-*(Imitando a Helena.)* Este es el Nilo, célebre por la hermosura de sus Ninfas: sus aguas, sustituyendo al agua del cielo, riegan los campos del blanco Egipto que alimentan a sus habitantes con la negra sirmea.<sup>52</sup>

MUJER SEGUNDA.-¡Por la luciente Hécate! Eres un saco de maldades.

MNESÍLOCO.-Mi patria no carece de gloria; vi en Esparta la luz y Tíndaro es mi padre.

MUJER SEGUNDA.-¡Tíndaro tu padre, granuja! Mejor dirás Frimondas.<sup>53</sup>

MNESÍLOCO.-Me llamo Helena.

MUJER SEGUNDA.-¿Vuelves a fingirte mujer sin haber sufrido todavía el castigo por el primer disfraz?

MNESÍLOCO.-*(Mismo juego.)* Y numerosos héroes, a orillas del Escamandro, murieron por mi causa.

MUJER SEGUNDA.-¡Así te hubieras muerto tú también!

MNESÍLOCO.-Y yo me encuentro aquí, en tanto que mi esposo, ¡oh infeliz Menelao! no vuelve todavía... ¿Por qué estoy aún con vida?

MUJER SEGUNDA.-Por culpa de los cuervos.

MNESÍLOCO.-¿Pero qué dulce presentimiento hace palpar mi corazón? ¡Oh Zeus, no burles mi esperanza! *(Aquí Eurípides entra en escena disfrazado de Menelao náufrago.)*

EURÍPIDES.-¿Quién es el dueño de estas soberbias mansiones? ¿Acogerá a unos náufragos extranjeros, que han sufrido sobre las olas del mar todos los horrores de la borrasca?

MNESÍLOCO.-Este es el palacio de Proteo.

MUJER SEGUNDA.-¿De qué Proteo? Por las dos diosas que mientes puesto que Proteo murió hace diez años<sup>54</sup>

EURÍPIDES.-¿En qué país ha abordado mi nave?

MNESÍLOCO.-En Egipto.

---

<sup>52</sup> Todos los pasajes impresos en cursiva están tomados de la Helena, de Eurípides.

<sup>53</sup> Ateniense de mala reputación.

<sup>54</sup> La mujer cree que se trata de Proteas, general ateniense.

EURÍPIDES.-¡Oh infortunado! ¡Adónde nos arrojó la tempestad!

MUJER SEGUNDA.-¿Cómo puedes creer las fábulas que te cuenta ese perdulario? Aquí estás en el Tesmoforión.

EURÍPIDES. ¿Está Proteo en su palacio, o se halla ausente?

MUJER SEGUNDA.-De seguro que estás mareado todavía. Acabas de oír que Proteo ha muerto, y preguntas sí está o no en su palacio.

EURÍPIDES.-¡Ay, sí, murió! ¿Dónde reposan sus cenizas?

MNESÍLOCO.-Su tumba está aquí; estamos sentados en ella.

MUJER SEGUNDA.-Así perezcas miserablemente, y perecerás, por atreverte a llamar una tumba a este altar.

EURÍPIDES.-¿Y por qué, extranjera, estás sentada sobre ese monumento mortuario envuelta en fúnebre ropaje?

MNESÍLOCO.-Quieren obligarme a unir mi destino al del hijo de Proteo.

MUJER SEGUNDA.-¿Por qué engañas de nuevo a ese extranjero, miserable? (A Eurípides.) Este individuo es un bribón que se ha metido entre las mujeres para robarnos las joyas.

MNESÍLOCO.- (A la Mujer Segunda.) Ladra y arrójame tus reproches a la faz.

EURÍPIDES.-Extranjera, ¿quién es la vieja que te insulta?

MNESÍLOCO.-Es Teonoe, la hija de Proteo.

MUJER SEGUNDA.-¡No, por las dos diosas! Que yo soy Crítíla, hija de Antíteo, natural de Gargetes y tú, (a Mnesíloco) un canalla.

MNESÍLOCO.-Inútiles palabras; jamás me casaré con tu hermano; jamás seré infiel a Menelao, mi esposo, que combate bajo los muros de Troya.

EURÍPIDES.-¡Mujer!, ¿qué has dicho? Vuelve hacia mí tus ojos.

MNESÍLOCO (apartándose el velo de la cara).-Mis ultrajadas mejillas me lo impiden.

EURÍPIDES.-¿Qué veo? La voz se ahoga en mi garganta... ¡Dioses! ¿Qué facciones contemplo? Mujer, ¿quién eres?

MNESÍLOCO.-Y tú, ¿quién eres? Mi sorpresa iguala a la tuya.

EURÍPIDES.-¿Eres griega o indígena?

MNESÍLOCO. Griega, pero yo también anhelo saber tu patria.

EURÍPIDES.-Veo, oh mujer, que te asemejas a Helena.



MNESÍLOCO.-Y tú, a Menelao, a lo menos en esos ... perifollos.<sup>55</sup>

EURÍPIDES.-El mismo; yo soy aquel mortal infortunado.

MNESÍLOCO.-¡Oh! ¡Cuánto has tardado en venir a los brazos de tu esposa! Estréchame contra tu corazón, esposo mío; ciñe mi cuello con tus manos; déjame que te bese. Pronto, pronto, arráncame de estos funestos lugares.

MUJER SEGUNDA.-¡Pobre del que te lleve! Le sacudiré con esta antorcha.

EURÍPIDES. ¿Me prohibes que me lleve a la ciudad de Esparta a mi esposa, a la hija de Tíndaro?

MUJER SEGUNDA.-Tú me vas pareciendo también un redomado bribón, cómplice de ese otro canalla. No sin razón hablabais tanto de Egipto.<sup>56</sup> Pero ése a lo menos tendrá su merecido porque ya llegan el Pritáneo y el arquero.

EURÍPIDES.-Esto se complica. Habré de zafarme.

MNESÍLOCO.-¿Y qué haré yo, infeliz de mí?

EURÍPIDES.-Tranquílízate. Mientras me quede un soplo de vida, no te desampararé, a menos que mis infinitos ardides me abandonen. (Se va.)

MNESÍLOCO.-¡Trabajo perdido! No ha caído nada en mi anzuelo.

EL PRITÁNEO.-¿Es ése el bribón que nos ha denunciado Clístenes? ¡Eh, tú, no te escondas! Arquero, átale a ese poste y sujétalo bien; encárgate de su guarda y no permitas que nadie se le acerque: si alguno se aproxima hazle huir a latigazos.

MUJER SEGUNDA.-Excelente orden; pues hace un instante por poco se me lo lleva otro bribón.

MNESÍLOCO.-¡Oh Pritáneo! Por esa diestra que tiendes de tan buena gana cuando alguno te ofrece dinero, concédeme una pequeña gracia, ya que voy a morir.

EL PRITÁNEO.-¿Qué gracia?

MNESÍLOCO.-Manda al arquero que me desnude antes de atarme al poste, para que este pobre viejo no cause risa con su túnica amarilla y su mitra a los mismos cuervos que se lo han de comer.

EL PRITÁNEO.-El Senado ha dispuesto que te exponga con ese traje para que los transeúntes se enteren de tu delito.

MNESÍLOCO.-¡Oh maldito disfraz, a qué extremo me reduces! ¡Ya no tengo esperanza de

---

<sup>55</sup> Verso parodiado en su última palabra para aludir al oficio de la madre de Eurípides.

<sup>56</sup> La palabra griega significa también «emplear astucias», porque los egipcios tenían fama de pérfidos.

salvación!

EL CORIFEO.-¡Ea, divirtámonos, como es costumbre de las mujeres cuando celebramos los misterios de las diosas en estos festivos días que Pauson<sup>57</sup> santifica con ayunos, rogando a las dos venerables que los multipliquen en consideración a su persona.

EL CORO.-Lanzaos con pie ligero; formad ruedas; enlazad vuestras manos; saltad acompasadamente con vivos y cadenciosos movimientos; girad los ojos en torno y mirad a todas partes. Al propio tiempo celebre el Coro, con transportes de religiosa alegría, a la raza de los Dioses Olímpicos. ¡Cuán engañado está quien se imagine que, porque soy mujer, voy a hablar mal de los hombres en este santuario! Sólo tratamos de ejecutar por primera vez como el baile lo exige, una armoniosa rueda. Partid, cantando al dios de la sonora lira y a la casta deidad armada del arco.<sup>58</sup> ¡Salve, Apolo de rápidas flechas, danos la victoria! Tributemos un justo homenaje a Hera, directora de todas las danzas, guarda de las llaves del dulce himeneo.

Hermes dios de los pastores. Pan, y vosotras, amadas Ninfas, conceded a los coros una sonrisa benévola. Ea partamos con nuevos bríos y animémonos con vivos palmoteos. Divirtámonos oh mujeres, según es costumbre, y guardemos absoluto ayuno. Vuélvete ahora hacia ese otro lado; marca el compás con el pie y entona variados cánticos. Guíanos tú, Dionysos, coronado de hiedra, pues en mis cantos y danzas te celebro a ti. ¡Oh Evio! ¡Oh Bromio,<sup>59</sup> hijo de Semele, que te complaces en mezclarte en las montañas a los coros de las amables Ninfas concluyendo tus himnos con el alegre ¡Evios! ¡Evios! ¡Evoe! Eco, la Ninfa del Citerón, repite tus acentos, que resuenan bajo las opacas bóvedas del espeso follaje, y entre los peñascos de la selva; en torno de ti la hiedra enlaza sus ramos, cargados de flores.

*(Mientras que el Coro se retira al fondo de la orquesta, llega el Arquero con su prisionero atado a un poste.)*

EL ARQUERO.-Vas a pasar la pena negra aquí, al aire libre<sup>60</sup>

MNESÍLOCO.-Arquero, yo te suplico ...

EL ARQUERO.-No me supliques.

<sup>57</sup> Hombre arruinado, cuya miseria le obliga a ayunar más a menudo de lo que quería.

<sup>58</sup> Es decir, Apolo y Artemis.

<sup>59</sup> Otro sobrenombre de Dionysos

<sup>60</sup> El arquero, como escita, se expresa en un griego lleno de barbarismos y que dan lugar a unos efectos cómicos imposibles de traducir.

MNESÍLOCO.-Afloja un poco la argolla.

EL ARQUERO.-Eso es; voy a hacerlo.

MNESÍLOCO.-¡Ay! ¡Ay! La aprietas más.

EL ARQUERO.-¿Quieres más todavía?

MNESÍLOCO.-¡Ay, ay! ¡Así perezcas miserablemente!

EL ARQUERO.-Cállate, maldito viejo. Voy a traer una estera, para guardarte con más comodidad.

MNESÍLOCO.-¡Estos son los placeres que tengo que agradecer a Eurípides! (Eurípides se asoma a escena disfrazado de Perseo; Mnesíloco le ve.) Pero, ¡oh dioses y Zeus salvador!, aún tengo esperanzas. Parece que no piensa abandonarme ... Perseo al desaparecer me indicó disimuladamente que me fingiese Andrómeda;<sup>61</sup> ya estoy atado como aquella princesa infeliz. No hay duda de que vendrá a salvarme; de otro modo no hubiera huido volando.<sup>62</sup>

EURÍPIDES.- (Fingiéndose Perseo.) Ninfas amadas, si pudiera acercarme sin que el escita me viera ... ¿Me oyes tú, moradora de los antros?<sup>63</sup> En nombre del pudor, permíteme acercarme a mi esposa.

MNESÍLOCO.- (Que unas veces habla por cuenta propia y otras fingiéndose Andrómeda.) ¡Un implacable verdugo ha encadenado al más infeliz de los mortales! Logré escapar a duras penas de aquella repugnante vieja, y caí en un nuevo infortunio: ese escita no se aparta de mi lado; desprovisto de toda defensa, voy a servir de banquete a los cuervos. ¿Lo veis? Ya no tomo parte en los coros de las doncellas, ni llevo el cestillo de los sufragios; cargada de prisiones, me veo expuesta a la voracidad de la ballena Gláucetes. ¡Mujeres, deplorad mi suerte con el himno de la esclavitud y no con el del himeneo! ¡Ay, y cómo me agobian infortunios! ... ¡Infeliz de mí ... e infeliz por mis parientes! Presa de tormentos injustos, mis ayes son capaces de arrancar torrentes de lágrimas al insensible Tártaro. ¡Ay!, ¡ay!, socórreme, autor de mis males tú que me afeitaste primero y me enviaste después vestido con túnica amarilla al templo donde estaban reunidas las mujeres. ¡Oh hado inexorable! ¡Oh cruel destino! ¿Quién podrá ver sin conmoverse mi espantosa desdicha? ¡Ojalá el astro incendiario del Eter pueda consumir la pérdida del miserable que soy! Porque ya no me es grato

---

<sup>61</sup> Título de una tragedia de Eurípides, uno de cuyos personajes es Perseo.

<sup>62</sup> Perseo volvía del país de las Gorgonas, volando sobre el caballo Pegaso, cuando distinguió encadenada a un escollo a Andrómeda, expuesta a la voracidad de un monstruo marino. Conmovido por su desgracia, petrificó al monstruo, presentándole la cabeza de Medusa, y libertó a la infeliz princesa, con la cual se casó.

<sup>63</sup> Implora a la ninfa Eco.

contemplar la eterna luz desde que colgado, estrangulado, loco de dolor, descendiendo por el camino más corto a la mansión de los muertos.

EURÍPIDES.- (Fingiéndose la ninfa Eco.) ¡Salud, hija querida! ¡Que los dioses hagan perecer miserablemente a tu padre Cefeo,<sup>64</sup> por haberte expuesto de tal modo!

MNESÍLOCO.- (Fingiéndose Andrómeda.) ¿Quién eres tú, que así te compadeces de mis males?

EURÍPIDES.- Soy Eco, la ninfa que repite fielmente todas las voces; la misma que el año pasado presté en este lugar mi eficaz ayuda a Eurípides<sup>65</sup> Pero, hija mía, lo que tú debes hacer es representar tu papel y llorar tristemente.

MNESÍLOCO.- Y tú, repetir mis gemidos.

EURÍPIDES.- Así lo haré; pero eres tú quien ha de empezar.

MNESÍLOCO.- ¡Oh noche sagrada! ¡Cuán larga es tu carrera! ¡Cuán lento rueda tu carro por la estrellada bóveda de los cielos y el venerado Olimpo!

EURÍPIDES.- Olimpo.

MNESÍLOCO.- ¿Por qué a Andrómeda le han tocado con preferencia todos los males en suerte?

EURÍPIDES.- En suerte.

MNESÍLOCO.- ¡Muerte mísera!

EURÍPIDES.- ¡Muerte mísera!

MNESÍLOCO.- Me asesinas, vieja charlatana.

EURÍPIDES.- Vieja charlatana.

MNESÍLOCO.- Me crispas con tus interrupciones. Es demasiado.

EURÍPIDES.- Demasiado.

MNESÍLOCO.- Deja que siga lamentándome solo. Basta ya.

EURÍPIDES.- Basta ya.

MNESÍLOCO.- ¡Vete al infierno!

EURÍPIDES.- ¡Vete al infierno!

MNESÍLOCO.- ¡Qué peste!

EURÍPIDES.- ¡Qué peste!

MNESÍLOCO.- ¡Qué necesidad!

EURÍPIDES.- ¡Qué necesidad!

---

<sup>64</sup> Rey de Etiopía. Vióse obligado a exponer a su hija Andrómeda para aplacar las iras de Poseidón, que había inundado su reino y enviado un monstruo marino para devastarlo.

<sup>65</sup> Al representar una tragedia en la cual Eco era uno de los personajes.

MNESÍLOCO.-Lo vas a sentir.

EURÍPIDES.-Lo vas a sentir.

MNESÍLOCO.-Y te va a doler.

EURÍPIDES.-Y te va a doler.

EL ARQUERO.-¡Eh, tú! ¿Qué charlas?

EURÍPIDES.-¡Eh, tú! ¿Qué charlas?

EL ARQUERO.-Llamaré a los Pritáneos.

EURÍPIDES.-Llamaré a los Pritáneos.

EL ARQUERO.-¡Es extraño!

EURÍPIDES.-¡Es extraño!

EL ARQUERO.-¿De dónde sale esa voz?

EURÍPIDES.-¿De dónde sale esa voz?

EL ARQUERO.-¿Hablas tú?

EURÍPIDES.-¿Hablas tú?

EL ARQUERO.-¡Cuidado!

EURÍPIDES.-¡Cuidado!

EL ARQUERO.-¿Te burlas de mí?

EURÍPIDES.-¿Te burlas de mí?

MNESÍLOCO.-Yo no, por Zeus; es esa mujer que está junto a ti.

EURÍPIDES.-Que está junto a ti.

EL ARQUERO.-No te escaparás.

EURÍPIDES.-No te escaparás.

EL ARQUERO.-¿Qué murmuras aún?

EURÍPIDES.-¿Qué murmuras aún?

EL ARQUERO.-Coged a esa bribona.

EURÍPIDES.-Coged a esa bribona.

EL ARQUERO.-¡ Gárrula y maldita mujer!

EURÍPIDES.-*(Fingiéndose Perseo.)* ¡Oh, dioses! ¿A qué

bárbara región me ha traído mi rápido vuelo? Yo soy Perseo, que, surcando el Eter con mis alados pies, me encamino a Argos llevando la cabeza de la Gorgona.

EL ARQUERO.-¿Qué dices? ¿Estás hablando de la cabeza de Gorgo el escribano?

EURÍPIDES.-He dicho la cabeza de la Gorgona.

EL ARQUERO.-Pues bien, de Gorgo.

EURÍPIDES.-(Declamando.) ¡Ah! ¿Qué veo? ¿Una doncella semejante a las diosas encadenada a ese escollo como un navío en el puerto?

MNESÍLOCO.-(Declamando.) Extranjero, ten piedad de esta mísera, desata mis cadenas.

EL ARQUERO.-Cállate. ¡Habrás audacia como la suya; ¡Está para morir y aún charla!

EURÍPIDES.-¡Oh, doncella! Muéveme a compasión el verte encadenada.

EL ARQUERO.-Si no es doncella; es un viejo zorro, ladrón y canalla.

EURÍPIDES.-No desbarres, escita; ésa es Andrómeda, la hija de Cefeo.

EL ARQUERO.-Míralo bien; ¿te parece todavía una doncella?

EURÍPIDES.-Escita, dame la mano para que me acerque a esa joven. Todos los hombres tenemos nuestro flaco; el mío es estar enamorado de esa virgen.

EL ARQUERO.-No te envidio el gusto. Puedes hacer de él lo que quieras, sin que tenga celos.

EURÍPIDES.-¿Por qué no me permites desatarla y arrojarme en los brazos y en el tálamo de una esposa querida?

EL ARQUERO.-Si tan furiosamente adoras a ese anciano, esa tabla no debe ser obstáculo a tus deseos.

EURÍPIDES.-¡Ah! Voy a soltar sus ligaduras.

EL ARQUERO.-Y yo, a molerte a palos.

EURÍPIDES.-Pues lo haré.

EL ARQUERO.-Pues te cortaré la cabeza con mi espada.

EURÍPIDES.-¡Ay! ¿Qué hacer?, ¿qué razones emplear? Ese bárbaro no las comprendería. Quien a ingenios rudos presenta pensamientos nuevos e ingeniosos, pierde sin fruto el tiempo. Busquemos otro medio apropiado a su condición.

EL ARQUERO.-¡Cómo trataba de engañarme el muy zorro!

MNESILOCO.-No olvides, Perseo, el infortunio en que me dejas.

EL ARQUERO.-Está visto que quieres llevar unos cuantos latigazos.

EL CORO.-Palas, amiga de los coros, yo te invoco obedeciendo al sagrado rito. Ven, casta doncella libre del yugo de himeneo, protectora de nuestra ciudad, única guarda de su poder y de sus puertas. Apareces como enemiga natural de los tiranos; el pueblo de las mujeres te llama; acude en compañía de la Paz, amiga de las fiestas. Vosotras también, diosas augustas,<sup>66</sup> venid benévolas y propicias a vuestro sagrado bosque donde la vista de los hombres no puede escudriñar los sagrados misterios; donde a la luz de las brillantes antorchas mostráis vuestra faz inmortal. Llegad, acercaos, os lo pedimos humildemente, venerandas

---

<sup>66</sup> Deméter y Perséfone.

Tesmóforas. Si alguna vez accediendo a nuestros ruegos, os dignasteis venir, venid ahora también y no desoigáis nuestros votos.

EURÍPIDES.-Mujer, si queréis reconciliaros conmigo, consiento y me comprometo a no hablar mal de vosotras en adelante. Lo declaro con toda solemnidad.

EL CORO.-¿Qué motiva tu proposición?

EURÍPIDES.-El hombre que está atado a ese poste es mi suegro. SÍ me lo entregáis, no volveré a hablar mal de vosotras; pero si no accedéis, me propongo denunciar a vuestros maridos a su regreso de la guerra todas vuestras prácticas clandestinas.

EL CORIFEEO.-Por lo que a nosotras atañe, quedan aceptadas tus condiciones; pero tienes que persuadir a ese bárbaro. (Por el Arquero.)

EURÍPIDES.-Eso es cuenta mía. (Vuelve disfrazado de vieja, con una bailarina y una tañedora de flauta.) Acuérdate, Elafión,<sup>67</sup> de hacer lo que te he dicho en el camino. Pasa adelante y recógete el vestido. Tú, Teredón toca la flauta al modo pérsico.

EL ARQUERO.-¿Qué significa esa música? ¿Quién trata de excitarme?

EURÍPIDES.- (Disfrazado de vieja.) Arquero esta muchacha necesita ejercitarse, pues tiene que ir a bailar delante de unos hombres.

EL ARQUERO.-Que baile y se ejercite; yo no se lo he de impedir. ¡Qué ágil es! ¡Salta como una pulga en un pellejo de carnero!

EURÍPIDES.-Vamos, hija mía, quítate ese vestido; siéntate en las rodillas del escita, y preséntale los pies para que te descalce.

EL ARQUERO.-Sí, sí siéntate niña mía. ¡Oh, qué pechos tan duros y redondos!

EURÍPIDES.-Toca pronto la flauta. ¿Aún te da miedo el escita?

EL ARQUERO.-¡Qué bonita y qué gusto tenerte así!

EURÍPIDES.-¡ Orden, amigo mío;

EL ARQUERO.-¡Pues no quedaría descontenta!

EURÍPIDES.-Bien. (A la bailarina.) Ponte el vestido: ya es hora de marcharnos.

EL ARQUERO.-¿Sin darme un beso?

EURÍPIDES.-Anda, bésale.

EL ARQUERO.-¡Ajajá! ¡Qué boquita tan dulce! Ni la miel del Atica. Pero, ¿por qué no ha de tumbarse un rato conmigo?

EURÍPIDES.-Adiós, Arquero; eso no es posible.

EL ARQUERO.-Sí, sí, viejita mía, dame ese placer.

---

<sup>67</sup> Nombre de la bailarina, alusivo a su ligereza, pues significa cervatillo.

EURÍPIDES.-¿Me darás tú un dracma?

EL ARQUERO.-Claro que te lo daré.

EURÍPIDES.-Pues venga el dinero.

EL ARQUERO.-No tengo un óbolo; pero toma mi carcaj. Yo te la traeré después. Ven conmigo niña. Tú vigila al viejo, viejita mía. ¿Cómo te llamas?

EURÍPIDES.-Artemisa.

EL ARQUERO.-No se me olvidará: Artamuxia. (Se va con la bailarina.)

EURÍPIDES.-Astuto Hermes, todo sale a pedir de boca. (Al flautista.) Corre, pobre muchacho; corre con la bailarina, mientras yo le desato. Tú, en cuanto te suelte, huye a toda prisa y refúgiate en casa, con tu mujer y tus hijos.

MNESÍLOCO.-Eso es cuenta mía, en cuanto me vea libre.

EURÍPIDES.-Ya lo estás. Ahora huye, antes de que venga el arquero y te sorprenda.

MNESÍLOCO.-Corro rápido. (Se van Eurípides y Mnesíloco.)

EL ARQUERO.-¡Qué hermosa hijita tienes, viejita; ¡Lo más dócil, lo más amable;... ¿Dónde está la vieja? ¡Ah! ¡Estoy perdido! Y el viejo, ¿dónde está? Vieja viejita mía, eso no está bien hecho. Artamuxia me ha engañado. Lejos de mí, maldito carcaj. Con razón te llaman así; por tí me ha engañado la vieja. ¡Ay! ¿Qué haré? ¿Dónde está Artamuxa?

EL CORIFEO. ¿Preguntas por una vieja que llevaba una lira?

EL ARQUERO.-Sí, sí. ¿La habéis visto?

EL CORIFEO.-Se marchó de aquí seguida de un anciano.

EL ARQUERO.-¿Un viejo con una túnica amarilla?

EL CORIFEO.-Eso es. Aún podrás alcanzarlos, si los persigues por ahí.

EL ARQUERO.-¡Maldita vieja; ¿Por dónde han huido? ¡Artamuxia!

EL CORIFEO.-Sube todo derecho. ¿Adónde corres? Vuelve atrás; has tomado la dirección contraria.

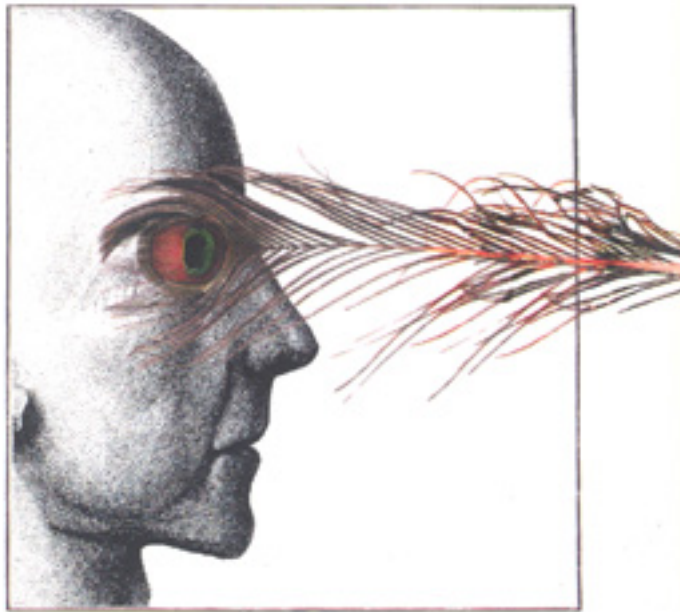
EL ARQUERO.-¡Pobre de mí! Seguiré persiguiéndoles. ¡Artamuxia!

EL CORIFEO.-Corre, corre y que un viento propicio te lleve... al infierno. Pero ya es hora de que cesen nuestros juegos y de retirarnos a nuestros hogares. ¡Que las dos Tesmóforas nos testimonien, a su vez, su benevolencia!



LISÍSTRATA

ARISTÓFANES



# LISÍSTRATA

Personajes

LISÍSTRATA, mujer ateniense.

CLEONICE, su vecina.

MÍRRINA, otra ateniense.

LAMPITO, mujer espartana.

CORO DE ANCIANOS.

CORO DE MUJERES.

EL COMISARIO ATENIENSE.

MUJER 1.a

MUJER 2.a

MUJER 3.a

MUJER 4.a

CINESIAS, marido de Mírrina.

EL HIJO DE CINESIAS.

EL HERALDO ESPARTANO.

EL PRÍTANIS ATENIENSE.

EL LACONIO, embajador espartano.

UN ATENIENSE.

PERSONAJES MUDOS: una beocia; una corintia; mujeres atenienses; arqueros; un esclavo de Cinesias; embajadores espartanos; atenienses; Conciliación; esclavas.

*Se divisa la Acrópolis de Atenas al fondo. Es de mañana, y aparece en escena LISÍSTRATA.*

5

LISÍSTRATA. Si las hubieran invitado a una fiesta de Baco<sup>1</sup>, a una gruta de Pan<sup>2</sup>, o al promontorio Colíade, al templo de la Genetílida<sup>3</sup>, no se podría ni siquiera pasar por culpa de sus tambores<sup>4</sup>. Pero, así, ahora todavía no se ha presentado ninguna mujer. (CLEONICE *sale de su casa.*) Bueno, aquí sale mi vecina. ¡Hola, Cleonice!

CLEONICE. Hola, tú también, Lisístrata. ¿Por qué estás preocupada? No pongas esa cara, hija mía, que no te cuadra arquear las cejas.

1. Baco es uno de los nombres de Dioniso.

2. Pan es divinidad de los rebaños, pertenece al cortejo de Dioniso y está muy relacionado con la sexualidad.

3. Genetílida era el sobrenombre de una diosa del parto; tal vez en tiempos de Aristófanes se asociaba a la diosa Afrodita, que tenía un templo en el promontorio Colíade.

4. Como puede verse en algunas pinturas sobre cerámica, las mujeres usaban tambores en el culto a Dioniso.

10	LISÍSTRATA. Cleonice, estoy en ascuas y muy afligida por nosotras las mujeres, porque entre los hombres tenemos fama de ser malísimas... CLEONICE. Es que lo somos, por Zeus.
15	LISÍSTRATA.... y cuando se les ha dicho que se reúnan aquí para deliberar sobre un asunto nada trivial se quedan dormidas y no vienen. CLEONICE. Ya vendrán, querida. Difícil resulta para las mujeres salir de casa: una anduvo ocupada con el marido; otra tenía que despertar al criado; otra tenía que acostar al niño; otra lavarlo; otra darle de comer.
20	LISÍSTRATA. Pero es que había para ellas otras cosas más importantes que ésas. CLEONICE. ¿De qué se trata, querida Lisístrata, el asunto por el que nos convocas a nosotras las mujeres? ¿En qué consiste, de qué tamaño es?
25	LISÍSTRATA. Grande. CLEONICE. ¿Es también grueso? LISÍSTRATA. Sí, por Zeus, muy grueso. CLEONICE. Entonces, ¿cómo es que no hemos venido? <sup>5</sup>
30	LISÍSTRATA. No es eso que piensas: si no, ya nos habríamos reunido rápidamente. Se trata de un asunto que yo he estudiado y al que he dado vueltas y más vueltas en muchas noches en blanco.  5. Piensa en el pene.
35	CLEONICE. Seguro que es delicado eso a lo que has dado vueltas y vueltas. LISÍSTRATA. Sí, tan delicado que la salvación de Grecia entera estriba en las mujeres. CLEONICE. ¿En las mujeres? Pues sí que tiene pocas agarraderas.
40	LISÍSTRATA. Cuenta que están en nuestras manos los asuntos de la ciudad; si no, hazte a la idea de que ya no existen los peloponesios... <sup>6</sup>
45	CLEONICE. Mucho mejor que ya no existan, por Zeus. LISÍSTRATA.... y de que los beocios perecerán todos, por completo. CLEONICE. No, todos no; excluye las anguilas <sup>7</sup> .
50	LISÍSTRATA. De Atenas no voy a pronunciar nada de ese estilo: adivina tú mis pensamientos. Pero si se reúnen aquí las mujeres, las de los beocios, las de los peloponesios y nosotras, salvaremos todas juntas a Grecia. CLEONICE. Y, ¿qué plan sensato o inteligente podrían realizar las mujeres si lo nuestro es permanecer sentadas, bien pintaditas, luciendo la túnica azafrañada y adornadas con el vestido recto <sup>8</sup> y con las zapatillas de moda? LISÍSTRATA. Pues eso mismo es lo que espero que nos salve: las tunicillas azafrañadas, los perfumes, las zapatillas, el colorete <sup>9</sup> y las enaguas transparentes. CLEONICE. Y, ¿de qué manera? LISÍSTRATA. De manera que de los hombres de hoy en día ninguno levantará la lanza contra otro... CLEONICE. Entonces, ¡por las dos diosas! <sup>10</sup> , me haré teñir una túnica de azafrán. LISÍSTRATA.... ni cogerá el escudo...

CLEONICE. Voy a ponerme el vestido recto.

LISÍSTRATA. ... ni el puñal.

CLEONICE. Voy a comprarme unas zapatillas de moda.

6. El Peloponeso es la península meridional de Grecia, de sus habitantes los más importantes eran los espartanos, los principales enemigos de Atenas.

7. Las anguilas de Beocia eran renombradas.

8. Sin cinturón.

9. El colorete, literalmente el «onoquiles» (*égchousa* o *ánchousa*) o «anchousa tinctoria», planta de la que se obtenía el rojo para el colorete.

10. Deméter y su hija Perséfone.

LISÍSTRATA. ¿Pero no tenían que estar aquí ya las mujeres?

55 CLEONICE. No sólo eso, por Zeus, sino que hace ya rato que tenían que haber llegado volando.

LISÍSTRATA. Pero mujer, ya verás cómo resultan ser muy del Ática: hacen todo después de la hora. La cosa es que ni siquiera ha venido ninguna mujer de los costeños<sup>11</sup> ni de Salamina<sup>12</sup>.

60 CLEONICE. Pues por lo menos estas últimas, yo sé que al amanecer han separado las piernas para montar sobre... los barcos<sup>13</sup>.

LISÍSTRATA. Ni siquiera las que yo esperaba y calculaba que estarían aquí las primeras, las de los Acarnienses<sup>14</sup>, ni ésas han venido.

65 CLEONICE. Por lo menos, la mujer de Teógenes<sup>15</sup>, para venir aquí, empinó... (*Hace ademán de beber*)... la vela<sup>16</sup>. Pero aquí están, ya se acercan algunas.

LISÍSTRATA. También llegan estas otras.

(*Entran MÍRRINA y otras mujeres.*)

11. Literalmente «los Páralos» (*páraloi*), los que vivían en la parte costera del Ática.

12. Salamina, isla (y ciudad) situada en el Golfo Sarónico, muy próxima a Atenas.

13. El verbo *diabaino* (aquí *diabebekasi*) significa tanto «atravesar» como «separar las piernas», y el sustantivo *kéles* es «barco ligero» y, a la vez, «caballo de silla». El «caballo de silla» hace pensar en una postura erótica.

14. De un demo de Atenas, que da nombre a una comedia de Aristófanes.

15. Teógenes es un político prominente, satirizado con frecuencia en comedia como personaje ambicioso, de muchas palabras y pocos hechos.

16. He tratado de reflejar la posible ambivalencia de la palabra *takáteion*. Como sustantivo se refiere a las velas de un barco, pero *ákatos*, el sustantivo originario, es también el nombre de una copa con forma de barco. No sabemos si ésa es la referencia adecuada.

CLEONICE. Uf, uf, ¿de dónde son?

LISÍSTRATA. De Anagirunte.

CLEONICE. Sí, por Zeus, por lo menos el maloliente «anágiro»<sup>17</sup> me parece que se ha removido.

70 MÍRRINA<sup>18</sup>. ¿Llegamos tarde, Lisístrata? ¿Qué dices? ¿Por qué te callas?

LISÍSTRATA. No te elogio, Mírrina, por haber llegado ahora siendo el asunto

tan importante.

75 MÍRRINA. Es que me costó trabajo encontrar el cinturón en la oscuridad. Si hay prisa por algo, anda, dínoslo a las que ya estamos aquí.

CLEONICE. No, por Zeus, vamos a esperar por lo menos un poco a que vengan las mujeres de los beocios y de los peloponesios.

80 LISÍSTRATA. Lo que has dicho está muy bien. (*Entra LAMPITO con dos muchachas desnudas.*) Aquí viene Lampito. ¡Hola, Lampito, querida laconia<sup>19</sup>! ¡Cómo reluce tu belleza, guapísima!, ¡qué buen color tienes, cómo rebosa vitalidad tu cuerpo! Podrías estrangular incluso a un toro.

LAMPITO<sup>20</sup>. Seguro que zí, azí lo creo yo, pol loh doh diozeh<sup>21</sup>, pueh me entreno en er gimnazio y zarco dándome en er culo con loh taloneh<sup>22</sup>.

17. «Anagirunte» (*Anagyroûs*) es un demo del Ática que toma su nombre de «*anágyros*», «altramuz del diablo» (*Anagyris foetida*), planta maloliente. La broma está en el mal olor que desprenden las mujeres de Anagirunte. Wilamowitz cree que *anágyros* se refiere no a la planta, sino a un pantano maloliente del Ática, que exhala olor al ser removido. Hay otras opiniones.

18. «Mírrina» se relaciona con el nombre del mirto (*myrtos*), que designa la planta y el sexo de la mujer. *Myrrinon* es el adjetivo derivado de «mirto» y es, al tiempo, una de las múltiples denominaciones del glande. Todo ello es adecuado en la escena de los vv 845 y ss.

19. Laconia es el nombre de la región en la que se encuentra la ciudad de Esparta, también llamada Lacedemonia. Lampito habla en dialecto laconio.

20. «Seguro que sí, así lo creo yo, por los dos dioses, pues me entreno en el gimnasio y salto dándome en el culo con los talones.»

21. Los dos dioses son los Dioscuros Cástor y Pólux, hermanos gemelos, hijos de Leda. Habían nacido en Esparta, que los divinizó y los convirtió en protectores nacionales.

22. Las espartanas se entrenaban como los hombres. El salto descrito se consideraba típico de las muchachas espartanas.

CLEONICE. ¡Qué hermosura de tetas tienes!

85 LAMPITO<sup>23</sup>. Me ehtáh parpando iguá que a una víctima para er zacrifisio.

LISÍSTRATA. Y de estas dos, la jovencita esta de aquí, ¿de dónde es?

LAMPITO<sup>24</sup>. Ehta eh de arcurnia, pol loh doh diozeh, una beosia que ha venido adonde uhtedeh.

LISÍSTRATA. Sí, por Zeus, muy de Beocia: ¡menuda llanura tiene!<sup>25</sup>.

90 CLEONICE. Sí, por Zeus, y se ha depilado muy elegantemente el poleo<sup>26</sup>.

LISÍSTRATA. ¿Y quién es esta otra chica?

LAMPITO<sup>27</sup>. De hente prominente, zí, pol loh doh diozeh: éh corintia.

CLEONICE. Sí, por Zeus, prominente<sup>28</sup>, ya se le ve por aquí y por allí.

LAMPITO<sup>29</sup>. Y a vé, ¿quién ha reunido ehta tropa de muhereh?

23. «Me estás palpando igual que a una víctima para el sacrificio.»

24. «Ésta es de alcurnia, por los dos dioses, una beocia que ha venido hasta vosotros.»

25. Beocia se conocía como una llanura de gran fertilidad. Se utiliza aquí *edion* con un doble significado, de «llanura» y de «sexo de la mujer».

26. El poleo entendido como mala hierba en la llanura, aludiendo al vello de la beocia.

27. «De gente prominente, sí, por los dos dioses: es corintia.»

28. Lampito usa una palabra laconia, *chala*, que significa «genuina, buena, noble»; Cleonice la relaciona con el aspecto físico de la corintia.

29. «Pero, ¿quién ha reunido esta tropa de mujeres?»

95	<p>LISÍSTRATA. Yo, aquí.  LAMPITO<sup>30</sup>. Dinoh lo que quiereh que agamoh.  CLEONICE. Sí, por Zeus, querida, dinos ese asunto tan importante que te traes entre manos.</p>
	<p>LISÍSTRATA. Yo lo diría, pero antes de decirlo os voy a preguntar una cosa, algo de poca monta.  CLEONICE. Lo que tú quieras.</p>
100	<p>LISÍSTRATA. ¿No echáis de menos a los padres de vuestros hijitos, que están lejos, de servicio? Pues bien sé que todas vosotras tenéis al marido lejos de casa.</p>
	<p>CLEONICE. Mi marido, por lo menos, cinco meses lleva fuera, pobre de mí, vigilando a Éucrates<sup>31</sup> en Traria.</p>
105	<p>MÍRRINA. Pues el mío, siete meses completos en Pilos<sup>32</sup>.  LAMPITO<sup>33</sup>. Y er mío, zi arguna vé viene der frente, cohe el ehcudo y desaparese volando.</p>
110	<p>LISÍSTRATA. Y ni siquiera de los amantes<sup>34</sup> ha quedado ni una chispa, pues desde que los milesios nos traicionaron, no he visto ni un solo consolador de cuero de ocho dedos de largo que nos sirviera de alivio «cuerial»<sup>35</sup>. Así que, si yo encontrara la manera, ¿querríais poner fin a la guerra con mi ayuda?</p>
	<p>30. «Dinos lo que quieres que hagamos.»  31. De Éucrates dice el escoliasta que aparece en las comedias como personaje traidor y sobornable. Parece haber sido hermano de Nicias.  32. Pilos era una plaza, situada al suroeste del Peloponeso, que había sido conquistada por los atenienses a los espartanos, y en la que Atenas mantenía una guarnición.  33. «Y el mío, si alguna vez viene del frente, coge el escudo y desaparece volando.»  34. Cree Wilamowitz que «amante» no se refiere a un hombre, sino al consolador de cuero (<i>ólisbos</i>) que se menciona más adelante. Estos instrumentos se fabricaban en Mileto, en Asia Menor, y por ello dejan de verse cuando la ciudad se aparta de la alianza ateniense a raíz de la derrota en Sicilia.  35. «De cuero.»</p>
115	<p>CLEONICE. Yo sí, por las dos diosas, desde luego, aunque tuviera que empeñar el vestido este curvilíneo y... bebérmelo el mismo día.  MÍRRINA. Pues yo, me dejaría cortar en dos y daría la mitad de mi persona, aunque pareciera un rodaballo.</p>
	<p>LAMPITO<sup>36</sup>. Y yo, ahta me zubi la a todo lo arto der Taiheto<sup>37</sup>, ayí donde pudiera vé la pá.</p>
120	<p>LISÍSTRATA. Voy a decíroslo, pues no tiene ya que seguir oculto el asunto. Mujeres, si vamos a obligar a los hombres a hacer la paz, tenemos que abstenernos...  CLEONICE. ¿De qué? Di.  LISÍSTRATA• ¿Lo vais a hacer?  CLEONICE. Lo haremos, aunque tengamos que morirnos.  LISÍSTRATA. Pues bien, tenemos que abstenernos del cipote. ¿Por qué os dais</p>

- 125 la vuelta? ¿Adónde vais? Oye, ¿por qué hacéis muecas con la boca y negáis con la cabeza? ¿Por qué se os cambia el color? ¿Por qué lloráis? ¿Lo vais a hacer o no? ¿Por qué vaciláis?
- CLEONICE. Yo no puedo hacerlo: que siga la guerra.
- 130 MÍRRINA. Ni yo tampoco, por Zeus: que siga la guerra.
- LISÍSTRATA. Y, ¿tú eres la que dices eso, rodaballo? ¡Si hace un momento decías que te dejarías cortar por la mitad!
- CLEONICE. Otra cosa, cualquier otra cosa que quieras. Incluso, si hace falta, estoy dispuesta a andar por fuego. Eso antes que el cipote, que no hay nada comparable, Lisístrata, guapa.
- 135 LISÍSTIZATA. Y tú, ¿qué? (A MÍRRINA.)
- MÍRRINA. También yo prefiero andar por fuego.
- LISÍSTRATA. Jodidísima ralea nuestra, toda entera. No sin razón las tragedias se hacen a costa nuestra, pues no somos nada más que follar y parir<sup>36</sup>. (A LAMPITO.) Pero tú, querida laconia -pues con que tú sola estés a mi lado, aún podríamos salvar el asunto-, ponte de mi parte.
- 140
36. «y yo, hasta me subiría a lo alto del Taigeto, allí donde pudiera ver la paz.»
37. El Taigeto es el monte más conocido de Laconia.
38. Literalmente «Posidón y barco». La frase se relaciona, según los escolios, con una tragedia perdida de Sófocles, *Tiro*; en ella, los dos hijos gemelos que Tiro tuvo con Neptuno son abandonados y expuestos en una barca, por temor a la madrastra de Tiro, Sidero; cuando los niños se hacen mayores, vengan a su madre. Los escolios indican también que la frase equivale a «realizar el coito» y «dar a luz».
- LAMPITO<sup>39</sup>. Pol loh doh diozeh, éh difisi que lah muhere duerman zin capuyo, zolah der todo. Zin embargo, zea, que jase musha farta la pá.
- 145 LISÍSTRATA. Querida, tú sí que eres una mujer y no todas éstas.
- CLEONICE. Y si nos abstuviéramos todo lo posible de lo que tú dices -lo que ojalá que no pase-, ¿eso influiría mucho para que se hiciera la paz?
- 150 LISÍSTRATA. Mucho sí, por las dos diosas. Porque si nos quedáramos quietecitas en casa, bien maquilladas, pasáramos a su lado desnudas con sólo las camisitas transparentes<sup>40</sup> y con el triángulo depilado, y a nuestros maridos se les pusiera dura y ardieran en deseos de follar, pero nosotras no les hiciéramos caso, sino que nos aguantáramos, harían la paz a toda prisa, bien lo sé.
- 155 LAIVIPITO<sup>41</sup>. Pol lo menoh, Menelao, cuando eshó una mirada a loh meloneh<sup>42</sup> de Helena, que ehtaba dehnuda, tiró la ehpada, creo yo<sup>43</sup>

39. «Difícil resulta, ¡por los dos dioses!, que las mujeres duerman sin capullo, solas del todo. Sin embargo, sea, que hace mucha falta la paz.»

40. Camisas transparentes, cuyo tejido se obtenía del tallo de la malva silvestre (*amorgís*).

41. «Por lo menos, Menelao, cuando echó una mirada a los melones de Elena, que estaba desnuda, tiró, según creo, la espada.»

42. Literalmente, «manzanas».

43. En un pasaje de *Andrómaca* de Eurípides, Menelao desiste de matar a su esposa al contemplarla.

160	<p>CLEONICE. Pero mujer, ¿qué pasará si nuestros maridos nos abandonan?          LISÍSTRATA. Lo de Ferécrates, «descapullar a un perro descapulado»<sup>44</sup>.          CLEONICE. Esos sucedáneos son pamplina. ¿Y si nos cogen y nos arrastran por la fuerza a la alcoba?</p>
165	<p>LISÍSTRATA. Tú agárrate a la puerta.          CLEONICE. ¿Y si nos pegan?          LISÍSTRATA. Hay que dejarse hacer poniéndoselo muy difícil, que no hay placer en esas cosas cuando se hacen por la fuerza. Además hay que causarles dolor. Y pierde cuidado, en seguida renunciarán. Pues nunca jamás disfrutará el hombre si no va de acuerdo con la mujer.</p>
170	<p>CLEONICE. Si eso es lo que os parece bien a vosotras dos, también nos lo parece a nosotras.          LAMPITO<sup>45</sup>. A nuehtroh maridoh, nozotrah loh convenseremoh de que agan una pá huzta y zin engaño en todah lah cozah, pero a eza hente ateniense, tan veleta, ¿cómo ze la puede convensé para que no digan tonteriah?          LISÍSTRATA. Pierde cuidado, nosotras convenceremos a la parte que nos toca.          LAMPITO<sup>46</sup> ». Ezo no puede zé, pol lo menoh mientrah zuh trirremeh tengan patah<sup>47</sup> y aya dinero zin contá en la caza de la dioza<sup>48</sup>.</p>
	<p>44. Literalmente, «despellejar a un perro despellejado». Los consoladores podían ser de piel de perro. Se refiere a un consolador de cuero. <i>Kyon</i> es «perro» y también «pene». En los escolios se dice que la frase proverbial aludía a «hacer algo en balde» y señalan que en las obras del cómico Ferécrates no se encontraba ese dicho.          45. «A nuestros maridos nosotras los convenceremos de que hagan una paz justa y sin engaño en todos los aspectos. Pero a la inestable multitud de los atenienses, ¿cómo se les puede convencer de que no digan tonterías?»          46. «No, al menos mientras sus trirremes tengan patas y haya dinero incontable en la casa de la diosa.»          47. Literalmente, «pies», con el sentido figurado de estar disponibles.          48. Se refiere al tesoro de los atenienses guardado en la Acrópolis, dentro del Partenón y considerado propiedad de la diosa Atenea. Para las expediciones militares se echó en varias ocasiones mano de él. Llegó a ser muy cuantioso.</p>
175	<p>LISÍSTRATA. También eso está bien preparado, ya que nos apoderaremos de la Acrópolis hoy mismo. A las más viejas se les ha ordenado hacer esto: que mientras nosotras nos ponemos de acuerdo en estas cosas, ellas, aparentando que celebran un sacrificio, se apoderen de la Acrópolis.</p>
180	<p>LAMPITO<sup>49</sup>. Todo puede resultá, pueh lo que diseh tiene fundamento.          LISÍSTRATA. Lampito, ¿por qué no hacemos todas juntas un juramento sobre esto, para que sea inquebrantable?</p>
185	<p>LAMPITO<sup>50</sup>. Pueh áhnoh zabé la fórmula, a vé cómo huraremo.          LISÍSTRATA. Hablas con acierto. ¿Dónde está la escita?<sup>51</sup> (<i>Entra una «policía».</i>)          ¿Qué miras? Pon ahí delante el escudo boca arriba, y que alguien me dé las entrañas de la víctima<sup>52</sup>.          CLEONICE. Lisístrata, ¿qué clase de juramento nos vas a hacer jurar?          LISÍSTRATA. ¿Qué clase? Sobre un escudo, degollando un cordero, como hizo Esquilo en una ocasión, según dicen<sup>53</sup></p>



49. «Todo puede salir bien, pues lo que dices es acertado.»  
 50. «Pues haznos saberla fórmula, a ver cómo juraremos.»  
 51. La policía de Atenas estaba formada en su mayoría por esclavos escitas; Aristófanes forma un femenino jocoso, *skythaina*, sobre el masculino *skythes*.  
 52. Para hacer un juramento solemne se cortaban previamente las entrañas de una víctima apropiada. Aquí, naturalmente, no hay tales vísceras.  
 53. Se alude a la tragedia de Esquilo *Siete contra Tebas*, vv. 32 y ss., que las mujeres no conocen más que vagamente.

190 CLEONICE. No, Lisístrata, no jures nada que tenga que ver con la paz sobre un escudo.

LISÍSTRATA. Pues, ¿cuál podría ser el juramento? ¿Cogemos de alguna parte un caballo blanco y nos agenciamos sus vísceras cortádoselas?

CLEONICE. ¿Dónde vas tú, con un caballo blanco?<sup>54</sup>.

LISÍSTRATA. Entonces, ¿cómo vamos a jurar?

195 CLEONICE. Por Zeus, yo te lo voy a decir si quieres. Poniendo una copa grande y negra boca arriba y degollando... un cántaro de vino de Tasos, juremos sobre la copa... no echarle agua encima<sup>55</sup>.

LAMPITO<sup>56</sup>. Ozú, ozú, er huramento, no se puede ni desí cómo lo apruebo.

LISÍSTRATA. Que alguien traiga de dentro una copa y un cántaro. (*Sacan a escena la copa y el cántaro.*)

200 CLEONICE. ¡Queridísimas mujeres!, ¡qué cacharro tan grande! Y la copa esa, con sólo cogerla, ya se alegra una.

LISÍSTRATA. (*A la que trae la copa*). Déjala ahí y cógeme el verraco<sup>57</sup>. Soberana Persuasión y Copa de la Amistad, recibe estos sacrificios mostrándote benévola para las mujeres. (*Mientras tanto, vierte vino en la copa.*)

205 CLEONICE. De buen color es la sangre, ya lo creo, y corre<sup>58</sup> estupendamente.

LAMPITO<sup>59</sup>. Y dehde luego, uele de maraviya, por Cáhtor<sup>60</sup>.

54. Los caballos servían de ofrenda a Posidón o a otras divinidades marinas. Aquí se menciona como ofrenda exótica y costosa.

55. El vino de Tasos se consideraba de gran calidad. La intervención de Cleonice alude a la fama de bebedoras de las mujeres.

56. «Uy, uy, el juramento no se puede ni decir cómo lo apruebo.»

57. El cerdo que podría servir de víctima es en este caso el cántaro de vino.

58. O tal vez se trata de «escupir el vino después de probarlo».

59. «Y desde luego huele de maravilla, por Cástor.»

60. Véase nota 21.

CLEONICE. Mujeres, dejadme jurar<sup>61</sup> a mí la primera.

210 LISÍSTRATA. No, por Afrodita; cuando te llegue el turno. Tocad todas la copa, Lampito<sup>62</sup>, y que una en vuestro nombre repita exactamente lo que yo diga. Vosotras declararéis esto bajo juramento de acuerdo conmigo y lo mantendréis firmemente: «Ningún hombre, ni amante, ni marido»...

CLEONICE. «Ningún hombre, ni amante, ni marido»...

LISÍSTRATA.... «se acercará a mí descapullado». Dilo.

215	CLEONICE. ... «se acercará a mí descapullado». ¡Ay, ay!, se me debilitan las rodillas, Lisístrata.
	LISÍSTRATA. «En casa pasaré el tiempo sin mi toro» <sup>63</sup>
	CLEONICE. «En casa pasaré el tiempo sin mi toro»...
220	LISÍSTRATA... «con mi vestido azafranado <sup>64</sup> y muy bien arreglada»...
	CLEONICE. ... «con mi vestido azafranado y muy bien arreglada»...
	LISÍSTRATA... «para que mi marido se ponga al rojo vivo»...
	CLEONICE. ... «para que mi marido se ponga al rojo vivo»...
	LISÍSTRATA... «y nunca le seguiré la corriente a mi marido de buena gana».
225	CLEONICE... «y nunca le seguiré la corriente a mi marido de buena gana».
	LISÍSTRATA. «Pero si me obliga por la fuerza contra mi voluntad»...
	61. Es decir, beber.
	62. En <i>Siete contra Tebas</i> los capitanes juran tocando con su mano la sangre del toro sacrificado. Lisístrata se dirige en especial a Lampito por ser la representante del mayor enemigo de Atenas.
	63. El vocablo <i>ataúrotos</i> se emplea con seriedad en Esquilo, <i>Agamenón</i> 245, indicando, como aquí, «sin marido».
	64. Parece tratarse de una túnica transparente, llevada encima de la primera o <i>chiton</i> . Originariamente era de color amarillo.
	CLEONICE. «Pero si me obliga por la fuerza contra mi voluntad»...
	LISÍSTRATA... «me dejaré de mala gana y no le seguiré en sus meneos».
	CLEONICE. ... «me dejaré de mala gana y no le seguiré en sus meneos».
230	LISÍSTRATA. «No levantaré hacia el techo mis zapatillas persas».
	CLEONICE. «No levantaré hacia el techo mis zapatillas persas».
	LISÍSTRATA. «No me pondré a cuatro patas como una leona encima del rallador de queso» <sup>65</sup> .
	CLEONICE. «No me pondré a cuatro patas como una leona encima del rallador de queso».
	LISÍSTRATA. «Si mantengo firmemente estas cosas, que beba yo de aquí»...
235	CLEONICE. «Si mantengo firmemente estas cosas, que beba yo de aquí»...
	LISÍSTRATA. «Pero si las violo, que se llene de agua la copa».
	CLEONICE. «Pero si las violo, que se llene de agua la copa».
	LISÍSTRATA. ¿Declaráis todas vosotras esto bajo juramento de acuerdo conmigo?
	TODAS. Sí, por Zeus.
	LISISTRZATA. Hala, yo haré la ofrenda de ésta. ( <i>Coge la copa para bebérsela.</i> )
	CLEONICE. Tu parte y gracias, querida, para que resultemos en el acto todas amigas unas de otras <sup>66</sup> . ( <i>Van bebiendo todas. Se oye un griterío de mujeres a lo lejos.</i> )
	65. El llamado «rallador» de queso es en realidad un cuchillo para el queso (así, V Daremberg). En el mango de algunos de ellos aparecía probablemente representada una leona en marfil. El conjunto sugiere sencillamente una postura erótica. Así lo entiende G. Vorberg en su <i>Glossarium eroticum</i> (Hanau, 1965, p. 303). Una postura bien distinta es la del párrafo precedente.
	66. Para ello tenían que hacer todas la libación de la copa de la amistad ( <i>philotesia</i> ),

mencionada en el v 203.

- 240 LAMPITO<sup>67</sup>. ¿Qué gritoh zon ézoh?  
 LISÍSTRATA. Es lo que yo decía: las mujeres se han apoderado *ya de la*  
 Acrópolis de la diosa. (A LAMPITO.) Tú, Lampito, ponte en camino y  
 organiza bien lo de vuestra gente, y a éstas (*señala a la BEOCIA y a la*  
 245 CORINTIA) déjalas aquí como rehenes. (*Se va LAMPITO.*) Nosotras vamos a  
 la Acrópolis para ayudar a las otras que están allí a poner las trancas<sup>68</sup>.  
 CLEONICE. ¿No crees que los hombres van a venir en masa contra nosotras  
 en seguida?
- 250 LISÍSTRATA. Poco me importan, que no vendrán trayendo tantas amenazas  
 ni tanto fuego como para abrir las puertas esas, a no ser en las  
 condiciones que hemos dicho.  
 CLEONICE. Desde luego, por Afrodita, nunca, que si no, en vano habríamos  
 obtenido el calificativo de inconquistables y malvadas.
- (Las mujeres se van hacia la Acrópolis.) (Llega por otro lado el coro  
 de viejos; vienen cargados con troncos y traen un cuenco de barro  
 con brasas.)*
- 255 CORIFEEO. Anda, Draces, guíanos paso a paso aunque te duela el hombro por  
 llevar la pesada carga de un tronco de olivo verde.
67. «¿Qué griterío es ese?»  
 68. Para cerrarlas puertas de los Propleos, por las que se accedía ala Acrópolis.
- SEMICORO 1.º  
*Bien es verdad que en una vida larga caben muchos sucesos inesperados, ¡ay!  
 pues ¿quién hubiera esperado nunca, Estrimodoro, oír  
 260 que las mujeres, a las que alimentábamos  
 en casa como desgracia manifiesta,  
 tuvieran en sus manos la sagrada estatua<sup>69</sup>  
 se apoderaran de mi Acrópolis,  
 265 y con cerrojos y barras cerraran los Propíleos?*
- CORIFEEO. Hala, démonos muchísima prisa en ir a la Acrópolis, Filurgo, para  
 que, poniendo los troncos estos alrededor de las que iniciaron este asunto  
 y lo llevaron adelante, hagamos una sola pira, y con nuestras propias  
 270 manos las quememos a todas, con un acuerdo unánime, y la primera, a la  
 mujer de Licón<sup>70</sup>.
- SEMICORO 2.º  
*No, desde luego, por Deméter: mientras yo viva no se reirán de mí.  
 275 Pues ni siquiera Cleómenes<sup>71</sup>, que la tuvo en su poder el primero,  
 se retiró indemne, sino que  
 a pesar de sus humos laconios,*

280

*me entregó las armas antes de marcharse,  
con una pequeña capa muy raída,  
hecho un asco de sucio, velludo,  
y con roña de seis años.*

69. La antigua estatua, en madera, de Atenea, defensora de la ciudad.

70. En griego «la mujer de Licón» comienza igual que «Lisístrata» (*ten Ly...*), que es lo que el público espera. La mujer de Licón sufrió años después las burlas del cómico Eupolis. Licón fue más tarde uno de los tres acusadores de Sócrates.

71. Cleómenes I, rey de Esparta, ayudó al partido aristocrático ateniense, dirigido por Iságoras. En el 508-507 fue sitiado en la Acrópolis, y expulsado por el partido de los almeónidas y sus seguidores, demócratas. El coro menciona sucesos antiguos haciéndose portavoz de Atenas.

285

CORIFEO. ¡Tan duramente asedié yo al hombre aquel, pasando la noche junto a las puertas<sup>72</sup> en formación de diecisiete en fondo<sup>73</sup> con los escudos! Y para éstas precisamente, enemigas de Eurípides<sup>74</sup> y de los dioses todos, ¿no he de servir yo con mi presencia de obstáculo de atrevimiento tan descomunal? ¡Que no siguiera estando entonces mi trofeo en la Tetrápolis!<sup>75</sup>.

SEMICORO 1.º

*Pues del camino*

*este trecho me falta,*

*la pendiente hacia la Acrópolis, adonde me apresuro.*

*Hala, arrastremos esto*

290

*sin ayuda de un mulo;*

*lo que es a mí, los dos maderos me tienen estruido el hombro.*

*Pero, sin embargo, hay que caminar, y hay que soplar el fuego*

*para que no se me apague sin darme cuenta al final del camino. (Soplan las brasas.)*

295

*¡Fu , ¡Fu!*

*¡Uy, uy, qué humareda!*

72. Los Propileos. «Pasar la noche» era una de las maneras de indicar «montar la guardia».

73. El destacamento de soldados formaba diecisiete filas. La expresión griega incluye la palabra escudos.

74. El poeta trágico Eurípides tenía fama de misógino por representar en escena las pasiones femeninas.

75. La Tetrápolis es la parte septentrional del Ática, en la que se encontraban cuatro ciudades, entre ellas Maratón, donde los atenienses derrotaron a los persas en el 490. Al trofeo erigido entonces se refiere el corifeo.

SEMICORO 2.º

*Es terrible, ¡soberano Heracles!<sup>76</sup>,*

*cómo el fuego se echa sobre mí desde el cuenco*

*y me muerde los ojos como una perra rabiosa.*

*Seguro que es de Lemnos el fuego*

300	<p><i>ese, de todas todas;</i>  <i>pues, si no, nunca me mordería así, a dentelladas, las legañas</i><sup>77</sup>.  <i>Date prisa, adelante, hacia la Acrópolis,</i>  <i>ayuda a la diosa.</i>  <i>¿Cuándo si no, Laques, la socorreremos mejor que ahora?</i></p>
305	<p><i>¡Fu, fu!</i>  <i>¡Uy, uy, qué humareda!</i></p>
310	<p>CORIFEEO. El fuego este se ha espabilado gracias a los dioses, y está muy vivo. ¿Qué tal si ponemos primero aquí los dos troncos, y entonces metemos la antorcha de sarmientos en el cuenco, la encendemos, y después nos abalanzamos contra la puerta como carneros? Y si al llamar nosotros las mujeres no aflojan las trancas hay que prender fuego a las puertas y acosarlas a ellas con el humo. Pues dejemos la carga. ¡Uy, qué humareda, puf, puf? ¿Cuál de los generales que están en Samos nos ayudaría a descargar el tronco?<sup>78</sup>. <i>(Dejan los troncos en el suelo.)</i> Éstos de aquí ya han dejado de hacerme polvo el espinazo. Cuenco, es tarea tuya espabilar las brasas para que colaboren conmigo y procuren que la antorcha quede encendida. <i>(Encienden las antorchas en las brasas del cuenco.)</i> Soberana Victoria<sup>79</sup>, ayúdanos a levantar un trofeo<sup>80</sup> a expensas de la osadía que ahora mismo han puesto de manifiesto las mujeres de la Acrópolis. <i>(Mientras tanto, con las antorchas prenden fuego a los troncos.)</i></p>
315	<p>76. Heracles o Hércules es uno de los personajes mitológicos a los que se atribuyen mayor número de hazañas, de esposas y de hijos. Su mención es frecuente en la comedia.  77. «Lemnos» y «legaña» empiezan en griego por <i>lem-</i> como si en castellano dijéramos «Leganés» y «legaña».  78. En aquellos años en que una plaza tras otra abandonaba el círculo ateniense, después del desastre de Siracusa, se mantenía la flota vigilante en Samos para intervenir en posibles conflictos.  79. Nice es la diosa de la Victoria (la Victoria latina), que se identifica en época clásica con Atenea. Al estar ante los Propíleos, el coro divisa el templo de Nice.  80. El trofeo es un monumento a la derrota del enemigo, realizado en madera, bronce o piedra.</p> <p style="text-align: center;"><i>(Entra el coro de mujeres con barreños de agua.)</i></p>
320	<p>LA CORIFEEO. Me parece que veo una densa nube de humo, mujeres, como si ardiera un fuego. Hay que darse muchísima prisa.</p>
325	<p>PRIMER SEMICORO DE MUJERES.  <i>Vuela, vuela, Nicodice,</i>  <i>antes de que se achicharren Calice</i>  <i>y Critila por el fuego que avivan</i>  <i>en derredor de ellas los malditos vientos</i>  <i>y los viejos funestos.</i>  <i>Pero una cosa temo: ¿no va a llegar mi ayuda demasiado tarde?</i></p>

330	<p><i>Pues ahora mismo, que todavía está oscuro, he llenado mi cántaro en la fuente con dificultad por el gentío, por el barullo y [por el ruido de los cuencos al chocarse, y después, empujada por las criadas y por las esclavas marcadas con hierro, a toda prisa lo he levantado para prestar ayuda llevando agua a mis vecinas, que se están achicharrando.</i></p>
335	<p>SEGUNDO SEMICORO DE MUJERES.  <i>Pues he oído que unos viejos de muchos humos van lentamente hacia la Acrópolis, llevando unos troncos de unos tres talentos de peso<sup>81</sup>, como para calentar un baño, y que dicen con terribles palabras amenazadoras que hay que asar con fuego a las puñeteras mujeres. ¡A éstas, oh diosa, que no las vea yo nunca achicharrarse, sino salvar de la guerra y de las locuras a Grecia y a mis conciudadanos! Justamente para esto, diosa de áureo penacho, defensora de la ciudad<sup>82</sup>, se han instalado en tu sede. Y a ti te llamo como aliada, Tritogenia, para que, si algún hombre las asedia con fuego, lleves agua a la par que nosotras.</i></p>
350	<p>LA CORIFEO. Deja... (<i>Divisa al coro de ancianos.</i>) ¡Uy!, ¿qué es eso? ¡Hijos de mala madre! Nunca unos hombres de bien y piadosos habrían hecho una cosa así.  EL CORIFEO. Esto que llega sí que no esperábamos verlo. ¡Menudo enjambre de mujeres está ahí fuera para echarles una mano!</p>
355	<p>LA CORIFEO. ¿Por qué os damos tanto miedo? ¿Es que os parecemos muchas? Pues aún no estáis viendo ni a la milésima<sup>83</sup> parte de nosotras.  EL CORIFEO. Fedrias, ¿vamos a dejarles decir disparates semejantes? ¿No sería mejor que alguien rompiera su cachiporra a fuerza de molerlas a palos?</p>
360	<p>81. Unos 75 kilogramos.  82. «La de áureo penacho, defensora de la ciudad» se aplica a la diosa Atenea, protectora de Atenas. También el epíteto «Tritogenia», que aparece un poco más abajo, corresponde a la misma divinidad.  83. Literalmente, «diezmilésima».</p> <p>LA CORIFEO. Vamos a poner también nosotras los cántaros en el suelo, para que, si alguien nos pone la mano encima, esto no nos estorbe.  EL CORIFEO. Por Zeus, si alguien les hubiera dado de palos en la mandíbula dos o tres veces, como a Búpalo<sup>84</sup>, ya no tendrían ni pizca de voz.</p>

LA CORIFEO. Aquí me tienes; ¡que alguien se atreva a darme! Yo me dejaré hacer bien quietecita<sup>85</sup>. Eso sí: desde luego ninguna otra perra te podrá ya nunca agarrar los cojones.

365 EL CORIFEO. Sino te callas te voy a arrancarla piel y la vejez<sup>86</sup> a golpes.  
LA CORIFEO. Acércate y toca con un solo dedo a Estratílida.  
EL CORIFEO. ¿Qué pasa si te hago cenizas con mis puños? ¿Qué cosa espantosa me vas a hacer?

LA CORIFEO. A mordiscos te voy a arrancarlos pulmones y los intestinos.  
370 EL CORIFEO. No hay poeta más sabio que Eurípides, pues ninguna criatura es tan desvergonzada como las mujeres<sup>87</sup>.

LA CORIFEO. Vamos nosotras a coger el cántaro de agua, Rodipa.  
EL CORIFEO. Tú, enemiga de los dioses, ¿por qué has venido aquí con agua?  
LA CORIFEO. Y tú, ¡sepulcro!, ¿por qué con fuego? ¿Para quemarte?

84. El poeta Hiponacte dirigía frecuentemente sus invectivas contra este personaje. Un verso en el que lo amenazaba circulaba por la Atenas de entonces.

85. Doble sentido, significado sexual pasivo.

86. La palabra *geras* significa «vejez» y «piel» o «cáscara».

87. Véase nota 73.

375 EL CORIFEO. Yo, para amontonar una pira y asediar con fuego a tus amigas.

LA CORIFEO. Yo, para apagar tu pira con esta agua.

EL CORIFEO. ¿Que tú vas a apagarme el fuego?

LA CORIFEO. Los hechos lo pondrán en seguida bien a las claras.

EL CORIFEO. No sé si asarte con la antorcha aquí mismo, según estoy.

LA CORIFEO. Si tienes por casualidad algo de jabón, te voy a suministrar un baño.

EL CORIFEO. ¿Un baño tú a mí, so guarra?

LA CORIFEO. Y nupcial, para colmo.

EL CORIFEO. ¿Has oído su descaro?

LA CORIFEO. Es que soy libre.

380 EL CORIFEO. Te voy a callar esas voces que estás dando.

LA CORIFEO. Ahora no estás en el tribunal<sup>88</sup>.

EL CORIFEO. (*A su antorcha.*) Quémale el pelo a ésta.

LA CORIFEO. (*A su cántaro de agua.*) A lo tuyo, Aqueloo<sup>89</sup>.

*(El coro de mujeres vacía sus cántaros en los ancianos.)*

EL CORIFEO. ¡Ay, pobre de mí!

LA CORIFEO. ¿No estaba caliente, verdad?

EL CORIFEO. ¿Qué es eso de caliente? ¿No te estarás quieta? ¿Qué haces?

385 LA CORIFEO. Te estoy regando para que reverdezcas.

EL CORIFEO. Pero si estoy temblando como una hoja seca.

88. Literalmente, «no eres heliasta». Los heliastas eran los jueces que formaban un tribunal popular, y se elegían entre los ciudadanos por sorteo.

89. Nombra un río muy conocido (el más largo de Grecia) para referirse al agua de los

cántaros. La personificación de este río Aqueloo recibía culto en Grecia.

LA CORIFEO. Muy bien: como tienes fuego podrás calentarte.

(Llega un COMISARIO<sup>90</sup>, acompañado de arqueros escitas<sup>91</sup>)

390 COMISARIO. ¿Es que se ha hecho patente la desvergüenza de las mujeres, su  
 darle al tambor, sus frecuentes «sabacios»<sup>92</sup> y ese duelo por Adonis sobre  
 los tejados que yo escuché una vez cuando estaba en la Asamblea<sup>93</sup>? Pro-  
 395 ponía el condenado Demóstrato hacer una expedición naval contra Sicilia,  
 y al tiempo su mujer, bailando, dice: «¡Ay, ay, Adonis!». Demóstrato  
 proponía reclutar hoplitas entre los zacintios<sup>94</sup>, y ella, la mujer, algo bebi-  
 da, dice encima del tejado: «Golpeaos el pecho por Adonis», y él insistía  
 una y otra vez, este maldito Colericiges<sup>95</sup>, odiado por los dioses.  
 Indecencias como éstas son típicas de ellas.

400 EL CORIFEO. Pues, ¿qué dirías si te enteraras además del descaro de éstas?  
 Aparte de su caradura en otras cosas, para colmo nos han dado un baño  
 con sus cántaros, hasta el punto de que podemos sacudirnos la ropa  
 como si nos hubiéramos orinado en ella.

90. Uno de los componentes del comité de los Diez que fue elegido en Atenas en el 413, después de la derrota de Sicilia.

91. Véase nota 51.

92. Sabacio era una divinidad frigia que en Grecia fue identificada con Dioniso. Se asociaba a ritos orgiásticos. Se refiere aquí al grito de las mujeres invocándolo.

93. Fiesta de mujeres era la que dedicaban a conmemorar la muerte de Adonis, símbolo de la vegetación anual. Parece que en el año 415, al tiempo que la Asamblea deliberaba sobre la expedición a Sicilia, se celebraba la fiesta en honor de Adonis.

94. Demóstrato existió en realidad. Los zacintios eran los habitantes de Zacinto, hoy Zante. Los hoplitas constituían la infantería pesada.

95. El poeta acuña la palabra *Kholozyges* a partir de *khólos*, «bilis», «cólera», y *Bouzíges*, epíteto de un héroe y de una noble familia ateniense, a la que pertenecía Demóstrato.

405 COMISARIO. Sí, por Posidón Salino, es verdad. Pues cuando nosotros  
 hacemos granujadas en unión de las mujeres y las iniciamos en el vicio,  
 en ellas surgen ideas de este tipo. Nosotros, en casa de los artesanos,  
 410 decimos cosas como éstas: «Joyero, el collar aquel que reparaste, al estar  
 bailando mi mujer por la noche, el pirindolo se le salió del agujero. Yo  
 415 tengo que ir en barco a Salamina; tú, si tienes tiempo, haz lo posible por  
 venir de noche y meterle en su sitio el pirindolo». Otro, a un zapatero joven  
 que tiene un cipote nada infantil, le dice así: «Zapatero, el dedito del pie de  
 420 mi mujer se lo aprieta la correa, porque es muy delicado, así que ven tú al  
 mediodía y hazla ceder, para que esté más a sus anchas». Este tipo de  
 cosas han dado lugar a esto de ahora, pues es el caso que yo, un  
 comisario, después de que he conseguido que haya remeros, ahora mismo  
 425 que tengo necesidad del dinero para ellos, me encuentro de puertas afuera  
 por culpa de las mujeres<sup>96</sup>. Pero no vale de nada quedarse aquí de brazos  
 cruzados. (A un arquero.) Trae las barras para que yo acabe con su desca-



430

ro. ¿Por qué te quedas con la boca abierta, imbécil? (A otro arquero.) Y tú, ¿a dónde miras, que no haces más que vigilar la taberna? ¿No vais a colocar las barras debajo de las puertas, por aquí, para apalancarlas y hacer que salten? Desde aquí yo también voy a echar una mano para apalancarlas.

(LISÍSTRATA sale de la Acrópolis, abriendo las puertas.)

96. Es decir, no tiene acceso al tesoro de la Acrópolis.

LISÍSTRATA. No apalanquéis nada. Ya salgo yo sin que me obligue nadie. ¿Qué falta hacen las barras? No son barras lo que se necesita, sino sentido común y mollera.

435

COMISARIO. ¿Conque sí, eh, guarra? ¿Dónde está el arquero? (Al arquero.) Deténla y átale las manos a la espalda.

LISÍSTRATA. Por Ártemis, como me ponga encima la punta de un dedo, me las pagará aunque sea un agente público.

COMISARIO. (Al arquero.) ¿Qué, te da miedo, tú? ¿No vas a agarrarla por la cintura -y tú (A otro arquero) con él- y acabaréis de atarla entre los dos?

(Sale CLEONICE de la Acrópolis.)

440

CLEONICE. (Al primer arquero.) Por Pándroso<sup>97</sup>, como la toques, aunque sólo sea con la mano, te vas a cagar encima, de los pisotones que te vamos a dar.

COMISARIO. Mira, «te vas a cagar encima». ¿Dónde hay otro arquero más? (A un tercer arquero.) Ata a ésta primero, porque encima es una bocazas. (Llega MÍRRINA.)

MÍRRINA. Por la Lucífera<sup>98</sup>, como le pongas encima la punta de un dedo, vas a pedir en seguida una ventosa<sup>99</sup>

97. Pándroso era hija de Cécrope y, como castigo a su curiosidad, Atenea hizo que se precipitara desde la Acrópolis. Su leyenda estaba unida a la ciudadela.

98. «Portadora de luz, de antorchas», epíteto de Hécate, diosa extranjera que penetra en Grecia y es asociada con Ártemis, y con Selene, la diosa lunar.

99. Para extraer sangre de la hinchazón que le producirán los golpes.

445

COMISARIO. ¿Qué sucede? ¿Dónde hay un arquero? (A un cuarto arquero.) Échale el guante a ésa. (A las mujeres.) Yo haré que terminen vuestras salidas, una por una.

LISÍSTRATA. Por la Táurica<sup>100</sup>, como te acerques a ella, te voy a hacer gritar a fuerza de arrancarte el pelo.

(Se va el arquero.)

450	COMISARIO. ¡Desgraciado de mí! Ha abandonado el campo el arquero. Pero nunca cederemos ante las mujeres. Avancemos contra ellas, en línea de combate, escitas, hasta llegar a las manos.
	LISÍSTRATA. Por las dos diosas, vais a saber que también entre nosotras hay cuatro batallones de mujeres preparadas para la lucha, completamente armadas, ahí dentro.
455	COMISARIO. Retorcedles los brazos a la espalda, escitas.
460	LISÍSTRATA. ( <i>Dirigiéndose a la ciudadela.</i> ) Mujeres aliadas, salid corriendo de dentro, vendedoras-del-mercado-del-grano-de-purés-y-hortalizas, hospederas-y-vendedoras-de-ajo-y-de-pan, ¿no vais a arrastrar, golpear, despedazar?, ¿no insultaréis y os descararéis? ( <i>Salen las mujeres al ataque desde la Acrópolis y los escitas huyen.</i> ) Parad ya, retiraos, no cojáis botín. ( <i>Las mujeres que acaban de aparecer vuelven a la ciudadela.</i> )
	COMISARIO. ¡Ay de mí!, qué mal ha ido la cosa para mis arqueros.
465	LISÍSTRATA. Pues anda, ¿qué te pensabas? ¿Es que tú creías que atacabas a unas esclavas, o es que piensas que las mujeres no tienen arrestos?
	COMISARIO. Sí, por Apolo, y muchísimos, siempre que haya cerca un tabernero.
	100. Literalmente, «Taurópolis», entendido como un sobrenombre referido a los toros y utilizado como epíteto de Ártemis.
470	EL CORIFEO. Muchas palabras gastadas en vano, comisario de esta tierra. ¿Por qué te enzarzas en discusiones con estas fieras? ¿No sabes con qué baño nos han obsequiado hace un momento, con la ropa encima, y para colmo sin jabón?
475	LA CORIFEO. Tío, es que no hay que poner la mano encima al prójimo como si tal cosa; si haces eso, forzosamente tendrás los ojos hinchados. Porque lo que yo quiero es estar quietecita, toda prudente como una jovencita, sin fastidiar a nadie de aquí y sin mover ni una paja, a menos que alguno me chupe la miel y me enfurezca, como a un avispero.
480	CORO DE ANCIANOS. <i>Zeus, ¿cómo podemos tratar a estos monstruos? Pues esto ya no se puede aguantar: tienes que estudiar conmigo lo que pasa aquí, con qué idea y para qué se han apoderado éstas de la Escarpada<sup>101</sup>, la Acrópolis, roca inmensa, infranqueable, sagrado recinto.</i>
485	EL CORIFEO. Haz preguntas, no te dejes engatusar, contradícelas todo lo que puedas: que sería una vergüenza dejar un asunto así sin dar que hablar, y pasarlo por alto.
	COMISARIO. Por Zeus, de lo primero que quiero enterarme es de esto: ¿con qué idea habéis cerrado nuestra ciudadela con las trancas?

	<p>LISÍSTRATA. Para poner a buen recaudo el dinero y para que no luchéis por él.  COMISARIO. ¿Es que luchamos por el dinero?</p>
490	<p>101. Epíteto que designa la Acrópolis.</p> <p>LISÍSTRATA. Sí, y también por él se originan todos los demás jaleos. Pues Pisandro<sup>102</sup> y los que andan detrás de los puestos públicos, para poder robar, armaban siempre algún alboroto. Así que éstos, que hagan lo que quieran en este asunto, que el dinero este ya no hay forma de que lo cojan.  COMISARIO. ¿Qué es lo que vas a hacer?</p>
495	<p>LISÍSTRATA. ¿Eso me preguntas? Lo vamos a administrar nosotras.  COMISARIO. ¿Que vosotras lo vais a administrar?  LISÍSTRATA. Y, ¿por qué te parece chocante? ¿No somos nosotras las que os administramos todo lo de la casa?  COMISARIO. Pero no es lo mismo.  LISÍSTRATA. ¿Cómo que no es lo mismo?  COMISARIO. La guerra hay que hacerla contando con ese dinero.  LISÍSTRATA. Pero lo primero de todo es que no hay que hacer la guerra.  COMISARIO. Pues, ¿de qué otra manera estaremos a salvo?  LISÍSTRATA. Nosotras os salvaremos.  COMISARIO. ¿Vosotras?  LISÍSTRATA. Sí, nosotras.  COMISARIO. ¡Asombroso!  LISÍSTRATA. Cuenta con que te salvarán, aunque no quieras.  COMISARIO. Lo que dices es tremendo.  LISÍSTRATA. Te enfadas, pero eso se hará de todos modos.  COMISARIO. Por Deméter, es injusto.  LISÍSTRATA. Hay que ponerte a salvo, amigo.  COMISARIO. ¿Aunque yo no lo pida?  LISÍSTRATA. Así, más todavía.</p>
500	<p>102. Pisandro era uno de los componentes del comité de los Diez. Véase nota 90.</p>
505	<p>COMISARIO. ¿Y de dónde os sale esa preocupación por la guerra y la paz?  LISÍSTRATA. Ahora lo explicaremos.  COMISARIO. Pues dilo pronto si no quieres lamentarte.  LISÍSTRATA. Escucha, e intenta tener quietas las manos.  COMISARIO. No puedo, que me es difícil aguantarlas por el enfado.  CLEONICE. Pues entonces te vas a lamentar mucho más.  COMISARIO. Que sea contra ti eso que graznas, vieja. (A LISÍSTRATA.) Tú, habla.  LISÍSTRATA. Eso voy a hacer. Nosotras, en las primeras fases de la guerra y durante un tiempo, aguantamos, por lo prudentes que somos, cualquier cosa que hicierais vosotros los hombres -la verdad es que no nos dejabais</p>

510	ni rechistar-, y eso que agradarnos, no nos agradabais. Pero nosotras estábamos bien informadas de lo vuestro, y, por ejemplo, muchas veces, estando en casa, nos enterábamos de una mala resolución vuestra sobre un asunto importante. Y después, sufriendo por dentro, os preguntábamos con una sonrisa: «¿Qué cláusula habéis decidido, hoy, en
515	la Asamblea, añadir en la estela en relación con la tregua?» «¿Y eso a ti, qué? -decía el marido de turno- ¿No te callarás?», y yo me callaba.
	CLEONICE. Pero yo no me callaba nunca.
	COMISARIO. Habrías llorado, si no te callabas.
	LISÍSTRATA. Yo, cierto que me callaba. Pero cada vez nos enterábamos de una decisión vuestra peor que la anterior. Y, luego, preguntábamos:
520	«Marido, ¿cómo es que actuáis de una manera tan disparatada?». Y él, echándome una mirada atravesada, me decía en seguida que si yo no me ponía a hilar, mi cabeza iba a gemir a gritos. «De la guerra se ocuparán los hombres» <sup>103</sup>
	COMISARIO. Bien dicho lo de aquél, por Zeus.
	103. Parte de un verso homérico, <i>Iliada</i> , VI, 492.
	LISÍSTRATA. ¿Cómo que bien, estúpido, si ni siquiera cuando vuestras decisiones eran malas nos estaba permitido sugeriros nada? Y cuando ya os oíamos a las claras por las calles: «¿Es que no queda ni un hombre en
525	este país?». «Desde luego que no, por Zeus», decía otro; después de esto acordamos ya sin más salvar a Grecia todas juntas, reuniéndonos las mujeres. Pues, ¿de qué hubiera valido esperar? Así es que si queréis atendernos ahora a nosotras que os hablamos cuerdamente, y callaros como antes nosotras, podríamos enderezaros.
	COMISARIO. ¿Vosotras a nosotros? Tremendo es lo que dices; no lo aguanto.
530	LISÍSTRATA. Cállate.
	COMISARIO. ¿Callarme yo porque tú lo digas, hija de perra, y eso que tú llevas un velo en la cabeza <sup>104</sup> ? Primero me muero.
535	LISÍSTRATA. Pues si eso te sirve de obstáculo, coge este velo mío, tenlo y pónitelo en la cabeza, y después cállate. ( <i>Le da el velo.</i> )
540	CLEONICE. También este canastillo. ( <i>Se lo entrega.</i> ) Luego ponte un ceñidor y dedícate a cardar, devorando habas, que «de la guerra se ocuparán las mujeres».
	LA CORIFEO. Apartaos de los cántaros, mujeres, para que también nosotras por nuestra parte ayudemos a nuestras amigas.
	<p>CORO DE MUJERES.</p> <p><i>Yo nunca me cansaría de bailar, ni la agotadora fatiga podrá apoderarse de mis rodillas. Dispuesta estoy a realizar cualquier cosa junto a éstas, por su valor, en ellas hay dotes naturales, gallardía, coraje, sabiduría, y valor</i></p>

*patriótico y prudente.*

104. El velo de las mujeres era indicio externo de su posición discreta en una sociedad de varones.

550 LA CORIFEO. Hala, tú, la más valiente de las abuelas y de las fructíferas ortigas hembras<sup>105</sup>, avanzad con bravura y no os ablandéis, que todavía ahora corréis con viento favorable.

LISÍSTRATA. Si Eros de dulce ánimo y Afrodita la Chipriota nos infunden a nosotras deseo en las entrañas y los muslos, y además hacen crecer en los varones una agradable turgencia y una persistente verga, creo yo que algún día nos van a llamar entre los griegos «Acabaguerras»<sup>106</sup>.

555 COMISARIO. ¿Por haber hecho qué?

LISÍSTRATA. En primerísimo lugar, si hacemos que dejen de estar con armas en el mercado y de hacer chifladuras.

CLEONICE. Sí, por Afrodita de Pafos<sup>107</sup>.

LISÍSTRATA. Pues ahora van y vienen, por el mercado de los cacharros y las verduras, con las armas, como Coribantes<sup>108</sup>.

COMISARIO. Sí, por Zeus; así tienen que hacer los hombres valerosos.

560 LISÍSTRATA. Pues sí que tiene gracia la cosa: un tío con un escudo que representa una Gorgona<sup>109</sup>, va y compra pescaditos.

105. Alusión al carácter agresivo de las mujeres del coro.

106. La palabra es *Lysimáchas*.

107. En Chipre. Véase el v 551.

108. Divinidades relacionadas con el culto orgiástico y confundidas frecuentemente con los Curetes, que agitando y golpeando sus armas evitaron, con el estruendo, que Crono oyera el llanto de Zeus niño y lo matara, como a los hijos anteriores.

109. La Gorgona era un ser alado monstruoso que aparece representado habitualmente en el escudo de Atenea.

CLEONICE. Sí, por Zeus, yo he visto a un capitán montado a caballo<sup>110</sup>, con larga melena, echar en el casco de bronce puré de lentejas que le vendía una vieja. Y otro, un tracio<sup>111</sup> que agitaba su escudo ligero y su jabalina, como Tereo, asustaba a la vendedora de higos secos y se tragaba los maduros<sup>112</sup>

565 COMISARIO. ¿Y cómo os las vais a arreglar vosotras para reconciliar y poner fin a tal cantidad de asuntos enmarañados en las ciudades griegas?

LISÍSTRATA. Muy simple.

COMISARIO. ¿Cómo? Explícamelo.

LISÍSTRATA. Igual que el hilo, cuando se nos ha enredado, lo cogemos así (*Muestra con gestos lo que está diciendo*), y con los husos por un lado y por otro, lo traemos a su sitio, así también desenmarañaremos esta guerra, si es que nos dejan hacer, poniendo las cosas en su sitio por medio de embajadas a un lado y a otro.

570 COMISARIO. ¿Así que con lanas, hilos y husos, os creéis que vais a poner fin a unos asuntos tan terribles? ¡Qué necias!

LISÍSTRATA. Sí, y también vosotros, si tuvieras una pizca de sentido común, según nuestras lanas gobernaríais todo.

COMISARIO. ¿Cómo? A ver.

575 LISÍSTRATA. Primero, a la ciudad como al vellón de lana, después de haberle quitado la mugre lavándola en un baño, habría que ponerla sobre un lecho, apalearla para que eche a los sinvergüenzas y sacarle los abrojos; y  
580 a esos que se reúnen y se aglomeran junto a los cargos públicos, separarlos con el cardado y arrancarles... las cabezas. Después habría que esponjar la buena voluntad común y echarla en un cestito, mezclando a todos, a los metecos, a los extranjeros que sean amigos nuestros, y a los que tengan deudas con el Estado: también a esos mezclarlos ahí<sup>113</sup>. ¡Por Zeus!, y las ciudades, todas las que son colonias de esta tierra, habría que tener una idea clara de que para nosotros son como los copos de lana que están cada uno por su lado; luego se cogen estos copos que forman cada una de ellas, se reúnen y se juntan en uno solo, y después se hace una  
585 gran bola y, con ella, se teje un vestido para la gente.

110. Jefe del escuadrón de caballería procedente de una tribu; las diez tribus eran las unidades administrativas en las que estaba distribuida el Ática.

111. El «tracio» es un mercenario. A continuación se menciona a Tereo, rey de Tracia, el personaje principal de una tragedia de Sófocles de la que tenemos datos indirectos.

112. Es igualmente posible que «maduros» se refiera a «aceitunas maduras».

113. Los metecos eran residentes en Atenas, pero no ciudadanos por ser extranjeros o hijos de extranjeros. Los que contraen deudas con el Estado y no las solventan se convierten en *átimoi*, «sin derechos». Los tres grupos señalados carecían por una razón u otra de la ciudadanía ateniense.

COMISARIO. ¿No es terrible que éstas arreglen el asunto dando palos y haciendo bolas, ellas que ni siquiera tomaron parte ninguna en la guerra?

590 LISÍSTRATA. Hijo de perra, nosotras la aguantamos más que por partida doble. Lo primero de todo, que damos a luz a nuestros hijos y los enviamos como hoplitas...<sup>114</sup>

COMISARIO. Calla, deja los malos recuerdos.

LISÍSTRATA. Además, cuando teníamos que disfrutar y sacarle partido a la juventud, dormimos solas por culpa de las campañas militares. Y aún lo nuestro pase, pero me dan pena las chicas que envejecen en sus habitaciones.

595 COMISARIO. ¿Es que los hombres no envejecen?

LISÍSTRATA. Por Zeus, no se parece nada. Pues cuando el hombre regresa, aunque esté lleno de canas, en seguida lo tienes casado con una jovencita. Pero el momento de la mujer es muy breve, y si no lo aprovecha, nadie quiere casarse con ella, y ahí se queda alimentando ilusiones.

114. La infantería pesada.

600 COMISARIO. Pero el que todavía puede ponerla tiesa...

LISÍSTRATA. Tú, ¿qué haces que no te mueves? Sitio hay, cómprate el ataúd.

Yo, la torta, ya la voy a amasar<sup>115</sup>. Toma esto y pónitelo de corona. *(Le da una cinta)*<sup>116</sup>

CLEONICE. Coge también éstas de mi parte. *(Le da unas vendas.)*

MÍRRINA. Toma también esta corona. *(Le echa un puñado de tierra.)*

605 LISÍSTRATA. ¿Qué te falta? ¿Qué echas de menos? Anda a la barca: Caronte te está llamando y tú no le dejas zarpar<sup>117</sup>

610 COMISARIO. ¿No es horrible que me pase esto a n[-? Por Zeus, que voy a ir tal cual a que vean los comisarios la facha que tengo. *(Se aleja.)*

LISÍSTRATA. ¿Es que nos vas a echar en cara que no te hemos preparado bien de cuerpo presente?<sup>118</sup>. Pues pasado mañana muy tempranito te van a llegar de nuestra parte las ofrendas del tercer día bien aderezadas.

*(Salen las tres mujeres.)*

CORO DE ANCIANOS.

615 *Ya no es cuestión de que se duerma todo aquel que es libre.*

*Hala, hombres, despojémonos de la capa, y manos a la obra. (Se quitan la capa.)*

115. La torta con miel se dedica a los muertos y a los dioses infernales.

116. Lisistrata le da probablemente una cinta para el pelo, es también un rasgo propio del culto a los muertos.

117. Caronte es el barquero que transporta las almas de los muertos hasta el Hades, cruzando los ríos infernales. 118. Se refiere a la preparación que se hacía al cadáver. Más adelante, menciona los sacrificios que se ofrecían en honor del muerto, dos días después del fallecimiento.

*Pues esto de aquí ya huele a muy importantes asuntos, me parece a mí, y sobre todo olfateo la tiranía de Hipias<sup>119</sup>.*

620 *Mucho temo que algunos laconios reunidos aquí en casa de Clútenes<sup>120</sup>, a las mujeres enemigas de los dioses inciten engañosamente a que se apoderen de nuestro dinero, y del salario del que yo vivía.*

625

EL CORIFEO. Pues es terrible que éstas ahora se pongan a reprender a los ciudadanos; que parloteen, ellas, unas mujeres, de los escudos de bronce, y que se dispongan a reconciliarnos a nosotros con los laconios, en los que se puede confiar tanto como en un lobo con la boca abierta. Esto lo han tramado, compañeros, con vistas a una tiranía. Pero lo que es a mí, no van a tiranizarme, porque estaré alerta y «llevaré mi espada» en lo sucesivo

630 «en una rama de mirto»<sup>121</sup>, pasearé por la plaza con mis armas cerca de Aristogitón, y me pondré en pie junto a él así<sup>122</sup> *(Adopta actitud de estatua, levantando el puño)*, que me está entrando gana de darle un puñetazo en la mandíbula a la odiada por los dioses, a la vieja esta.

635

*(Amenaza a LA CORIFEO.)*

119. Hipias ejerció una tiranía dura sobre Atenas a la muerte de su hermano. Hiparco fue el último de los tiranos.
120. Clístenes aparece en otras piezas tildado de homosexual. Se vincula aquí a los espartanos porque, entre éstos, era habitual la homosexualidad.
121. Fragmentos de una canción de banquete en honor de Harmodio y Aristogitón, que mataron al tirano Hiparco en 514 a. C. En recuerdo de los tiranicidas se erigió un grupo escultórico en el Ágora.
122. Se refiere a la estatua mencionada en la nota precedente.

## CORO DE MUJERES.

*Entonces, cuando entres en tu casa, la que te engendró no va a reconocerte.*

*Hala, ancianas amigas, pongamos esto primero en el suelo. (Se quitan los mantos.)*

*Pues nosotras, ciudadanos todos, vamos a decir*

*palabras provechosas para la ciudad;*

640 *bien está, pues ella me crió con lujo y esplendidez.*

*Al cumplir siete años fui arréforo<sup>123</sup>,*

*después molinera<sup>124</sup>, a los diez, para la Soberana.*

645 *Con vestido azafrañado osa fui en las fiestas de Braurón<sup>125</sup>*

*y canéforo<sup>126</sup> cuando hermosa doncella,*

*llevando un collar de higos secos.*

650 LA CORIFEO. ¿Está claro que es deber mío antiguo dar a la ciudad consejos provechosos? Pues si por naturaleza soy mujer, no estéis por eso en contra mía si contribuyo con algo mejor que las penurias presentes. Pues yo tengo parte en el banquete<sup>127</sup>, pues apporto hombres, pero vosotros, estúpidos viejos, no tenéis parte, porque no sólo la contribución llamada «de los abuelos», la de las Guerras Médicas, la gastasteis sin aportar a cambio la parte que os tocaba, sino que para colmo corremos el peligro de que deis al traste con todo. ¿Te queda algo que gruñir? Si me chinchas, con este coturno sin curtir *(Señala su calzado.)* te voy a dar en la mandíbula.

655

123. Se elegían cuatro niñas de siete años, de familias destacadas, que empezaban a tejer el manto de Atenea que se ofrendaba a la diosa en su fiesta; en la procesión llevaban los símbolos de la diosa.

124. Sumisión consistía en moler el trigo con el que se hacía una torta para el culto de Atenea.

125. Se trata de la fiesta dedicada a Ártemis que se celebraba cada cuatro años en Braurón, lugar del Ática. Parece que tanto la diosa, como las jóvenes que formaban parte en su culto, se denominaban «osas».

126. En la fiesta de Atenea unas muchachas escogidas llevaban en cestas los objetos dedicados al sacrificio cultural.

127. Se trata de una comida en la que se paga a escote (*éranos*); sobre este símil, Lisístrata habla de su aportación a la ciudad al entregarle a sus hijos. En la misma frase se menciona el *éranos* («escote») de las Guerras Médicas, refiriéndose al impuesto extraordinario que en caso de guerra se recogía en Atenas.



CORO DE ANCIANOS.

- 660 *¿No es esto caradura,  
y mucha? Y aún me parece  
que la cosa va a más.  
Todo aquel que tenga los huevos en su sitio tiene que impedir esto.  
Quitémonos la túnica del hombro<sup>128</sup>, que, de entrada, el hombre  
tiene que oler a hombre, y no le van las envolturas.  
665 Hala, pies descalzos, los que a  
Lipsidrio<sup>129</sup> marchamos cuando aún éramos alguien:  
670 ahora, sí, ahora tenemos que volver a la juventud a echar alas  
por todo el cuerpo y a quitarnos de encima la vejez ésta.*

- 675 EL CORIFEO. Pues conque uno de nosotros le dé a éstas la menor ocasión de  
pillarlo, no habrá maña untuosa que dejen éstas de practicar, sino que  
llegarán a mandar construir naves e intentarán incluso hacer una batalla  
680 naval y navegar contra nosotros, como Artemisia<sup>130</sup> Y si les da por lo  
ecuestre, doy de baja al cuerpo de caballería; pues la mujer es la cosa más  
adecuada para montar y subirse encima, y no hay forma de que se caiga  
cuando va al galope: mira si no a las Amazonas<sup>131</sup>, las que Micón pintó a  
caballo, luchando contra los hombres. Haría falta que las agarráramos a  
todas ellas y las sujetáramos por el cuello en un cepo perforado.

128. Túnica suspendida del hombro izquierdo.

129. En Lipsidrio, lugar del Ática, se defendió un grupo de demócratas acosado por el tirano Hippias.

130. Reina de Halicarnaso, mencionada por Heródoto, que luchó en Salamina.

131. Las Amazonas eran, dentro de la mitología, mujeres guerreras. Fueron derrotadas por Teseo, rey de Atenas. La lucha fue representada tanto en la pintura como en la escultura.

CORO DE MUJERES.

- 685 *Por las dos diosas, si me calien-  
to voy a soltar la cerda  
que llevo dentro, y voy a conseguir  
que hoy pidas ayuda a tus compañeros, cuando yo te trasquile.  
¡Hala!, también nosotras, mujeres, quitémonos de encima  
[la ropa a toda prisa (Se descubren),  
que huelva a mujeres que muerden con toda furia.  
690 Ahora, que alguno se me acerque, que ya nunca  
ha de comer ajos ni habas negras.  
695 Con sólo que me insultes, con lo enfadada que estoy,  
como el escarabajo voy a hacer de partera del águila preñada<sup>132</sup>*

132. Alusión a una fábula popular en la que el águila se lleva a la cría de escarabajo, y éste, para vengarse, intenta romper sus huevos, consiguiéndolo, aunque el águila los deposita en manos de Zeus.

700  705  710  715  720  725	<p>LA CORIFEO. Yo no tengo por qué preocuparme de vosotros, mientras existan Lampito y mi amiga Ismenia, una chica tebana de buena gente. Pues no te será posible, aunque lo mandes por decreto siete veces, bastardo, tú que te has ganado el odio de todos y hasta de tus vecinos. Así, ayer mismo, que celebraba yo una fiesta a Hécate<sup>133</sup>, invité, de la gente de por allí, a la compañera de mis hijas, una chica buena y agradable, una anguila de Beocia<sup>134</sup>, pero ellos se negaron a enviarla por culpa de tus decretos. Y no hay manera de que acabéis con esos decretos hasta que alguien os agarre por una pierna y os desnude tirándoos de cabeza. (<i>Entra LISÍSTRATA, que viene de la Acrópolis.</i>) «Soberana de este asunto y de estos designios, ¿por qué con semblante sombrío has salido del recinto?»<sup>135</sup></p> <p>LISÍSTRATA-La actuación de mujeres mezquinas, y el caletre mujeril, me hacen dar vueltas arriba y abajo toda desanimada.</p> <p>LA CORIFEO. ¿Qué dices, qué dices?</p> <p>LISÍSTRATA. La verdad, la verdad.</p> <p>LA CORIFEO. ¿Qué hay de malo? Cuéntalo a tus amigas.</p> <p>LISÍSTRATA. Empachoso es decirlo, y callarlo, penoso<sup>136</sup>.</p> <p>LA CORIFEO. No me ocultes la desgracia que nos pasa.</p> <p>LISÍSTRATA. En dos palabras: queremos joder.</p> <p>LA CORIFEO. ¡Ay, Zeus!</p> <p>LISÍSTRATA. ¿Por qué llamas a Zeus? Las cosas están así. Yo no soy ya capaz de mantenerlas apartadas de los hombres: se escapan. A una la pillé muy temprano agrandando la abertura por donde está la gruta de Pan<sup>137</sup>; a otra, mientras se deslizaba serpenteando ayudada por una garrucha; a otra, cuando se pasaba al enemigo; a una que planeaba ya bajar volando encima de un gorrión hasta la casa de Orsíloco<sup>138</sup>, la arrastré ayer por los pelos. Ponen todas las excusas posibles con tal de marcharse a su casa. Aquí viene una de ellas. (<i>Entra una mujer.</i>) Oye, tú, ¿a dónde vas tan corriendo?</p> <p>133. Diosa del hogar. 134. Véase nota 7. 135. El escoliasta señala que estas palabras pertenecen a una tragedia de Eurípides, <i>Télefo</i>. 136. Otro pasaje eurípideo. 137. En la parte norte de la Acrópolis. 138. Parece tratarse de un meteco que regentaba un burdel.</p> <p>MUJER PRIMERA. Quiero ir a casa, que en casa tengo unas lanas de Mileto<sup>139</sup> que me las están haciendo polvo las polillas.</p> <p>LISÍSTRATA. ¿Qué polillas? ¿Es que no vas a volverte?</p> <p>MUJER PRIMERA. Pero si vendré en seguida, por las dos diosas, en cuanto extienda<sup>140</sup> encima de la cama ...<sup>141</sup></p> <p>LISÍSTRATA. Nada de extender ni de salir a ningún sitio.</p> <p>MUJER PRIMERA. ¿Tengo que dejar que se eche a perder la lana?</p> <p>LISÍSTRATA. Si hace falta, sí. (<i>Entra otra mujer.</i>)</p>
730	

735	MUJER SEGUNDA. ¡Desgraciada de mí, desgraciada!, ¡el lino <sup>142</sup> que he dejado en casa sin pelar! <sup>143</sup>
	LISÍSTRATA. Aquí sale otra en busca del lino sin pelar. ¡Anda, vuelve aquí!
	MUJER SEGUNDA. Por la Lucífera <sup>144</sup> , yo sólo voy a pelarlo y vuelvo en seguida.
740	LISÍSTRATA. No, no lo peles, que si empiezas con eso, otra mujer querrá hacer lo mismo. <i>(Entra una tercera mujer.)</i>
	MUJER TERCERA. Soberana Ilitía <sup>145</sup> , contén el parto hasta que yo llegue a un lugar que no sea prohibido <sup>146</sup> .
	LISÍSTRATA. ¿Qué bobadas dices?
	MUJER TERCERA. Estoy a punto de dar a luz.
745	LISÍSTRATA. ¡Pero si ayer ni siquiera estabas embarazada!
	<p>139. Lana de gran calidad.  140. Para eliminar las polillas se colocaba la lana extendida.  141. Doble sentido.  142. Se trata de la planta <i>Malva silvestris</i>, empleada como fibra textil.  143. Todo el texto presenta doble sentido.  144. Véase nota 97.  145. Es la diosa del parto.  146. En los lugares sagrados (aquí, la Acrópolis) no se podían realizar actos que contaminaran, como dar a luz.</p>
	MUJER TERCERA. Pues hoy sí. Déjame ir a casa, Lisístrata, a buscar a la comadrona.
	LISÍSTRATA. ¿Qué historia es ésa? ¿Qué es eso duro que tienes ahí? <i>(Le palpa el vientre.)</i>
	MUJER TERCERA. Un chavalillo.
750	LISÍSTRATA. De eso nada, por Afrodita, más bien una cosa hueca de bronce me parece a mí que tiene. Voy a enterarme. <i>(La registra.)</i> Majadera, ¡conque tienes aquí el casco sagrado <sup>147</sup> y decías que estabas embarazada!
	MUJER TERCERA. Y lo estoy, ¡por Zeus!
	LISÍSTRATA. Pues, ¿por qué llevabas el casco?
755	MUJER TERCERA. Para que si me pillaba el parto todavía en la Acrópolis pudiera dar a luz metiéndome en él, como las palomas <sup>148</sup> .
	LISÍSTRATA. ¿Qué dices? Son excusas: la cosa está clara. ¿No irás a esperar aquí la ceremonia ... <sup>149</sup> del casco?
	MUJER TERCERA. Es que en la Acrópolis no puedo ni echarme a dormir desde que el otro día vi a la Serpiente Guardián <sup>150</sup> <i>(Entra una cuarta mujer.)</i>
760	MUJER CUARTA. Pues yo, pobre de mí, por culpa de las lechuzas es por lo que me muero de tanto insomnio, que ululan sin parar.
765	LISÍSTRATA. ¡Dichosas mujeres! Basta ya de disparates. Os despepitáis por los hombres, seguro. <i>(Se dirige a otra de ellas.)</i> Pero, ¿crees que ellos no se despepitan por nosotras? Terribles, bien lo sé, son las noches que pasan ellos. Resistid, valientes, y soportadlo un poco de tiempo más, pues según un oráculo vamos a vencer si no reñimos. El oráculo está aquí. <i>(Muestra</i>

*un rollo.)*

147. De Atenea.

148. Como si fuera un nido.

149. Alusión a la ceremonia que se celebraba pocos días después del nacimiento de un niño.

150. Serpiente legendaria que guardaba la Acrópolis.

770	<p>MUJER TERCERA. Léenos lo que dice.          LISÍSTRATA. Pues callaos. «Cuando los pájaros<sup>151</sup> se acurruquen en un solo lugar huyendo de las abubillas, y se abstengan del fallo, se producirá el cese de sus desgracias, y lo que está encima lo pondrá debajo Zeus, de resonante voz...»</p>
775	<p>MUJER TERCERA. ¿Que nos tumbaremos nosotras encima?          LISÍSTRATA. «... pero si se separan<sup>152</sup> y se elevan volando con sus alas fuera del sagrado templo los pájaros, no habrá ya ave alguna que resulte ser más pelanduscona».</p>
780	<p>MUJER TERCERA. A las claras es el oráculo, por Zeus. ¡Dioses todos!          LISÍSTRATA. No tenemos que renunciar por mucho que soportemos. Vamos adentro: que sería bochornoso el caso, queridas, si traicionamos al oráculo. <i>(Se van LISÍSTRATA y las mujeres.)</i></p>
785	<p>CORO DE ANCIANOS.  <i>Una historia quiero contaros,          que escuché un día cuando era niño.          Érase una vez un muchacho, Melanio<sup>153</sup>, que          rehuyendo el matrimonio se llegó a un lugar desierto, y por los montes habitaba.</i></p>
790	<p><i>Cazaba liebres          con redes que trenzaba,          y nunca más regresó a su casa, por esa aversión.</i></p>
795	<p><i>Hasta tal punto aborrecía aquél a las mujeres, y nosotros,          ni pizca menos que Melanio, pues somos juiciosos.</i></p>
	<p>151. Literalmente, «golondrinas», con el doble sentido de «sexo de la mujer», que he tratado de mantener con «pájaro».</p>
	<p>152. Significa también, «si se abren de piernas».</p>
	<p>153. Héroe arcadio, famoso cazador.</p>
800	<p>EL CORIFEO.  <i>Vieja, quiero darte un beso...</i>          LA CORIFEO.  <i>Así no te van a hacer falta cebollas<sup>154</sup>.</i>          EL CORIFEO.  <i>...y levantar así (Levanta la pierna) y pegarte una patada.</i></p> <p>LA CORIFEO.  <i>Maleza espesa la que llevas.</i></p>

EL CORIFEO.

*También Mirónides<sup>155</sup> era  
velludo por ahí, un culinegro<sup>156</sup>  
para lanzarse sobre los enemigos,  
lo mismo que Formión<sup>157</sup>*

CORO DE MUJERES.

805

*También yo quiero contaros a mi vez  
una historia, frente a la de Melanio.*

810

*Érase una vez un tal Timón<sup>158</sup>, errabundo,  
con inexpugnables pinchos bien cercado su rostro,  
de las Erinias<sup>159</sup> áspero brote.*

815

*Pues este Timón,  
por odio, lejos partió,  
tras mucho maldecir a los hombres perversos.*

820

*Hasta ese punto odiaba aquél, en vez de a nosotras, a los perversos  
hombres, pero para las mujeres era muy cariñoso.*

154. Para llorar.

155. Fue embajador y estratega victorioso, en el segundo cuarto del siglo v a. C.

156. Llega a ser sinónimo de valiente.

157. Actuó en la primera fase de la Guerra del Peloponeso, en una campaña naval fructífera para Atenas.

158. Se refiere jocosamente a Timón como si se tratara de un personaje antiguo o legendario; era contemporáneo de la pieza. Se exagera a continuación el aspecto de su barba.

159. Las Erinias o Furias son divinidades vengadoras de los crímenes, y su aspecto producía terror.

LA CORIFEO.

*¿Quieres que te pegue en la quijada?*

EL CORIFEO.

*No, no, ¡qué miedo!*

LA CORIFEO.

*Entonces, ¿te doy con la pierna?*

EL CORIFEO.

*Se te va a ver el «portahombres».*

825

LA CORIFEO.

*Pues no te lo vas a encontrar,  
vieja como soy, pe-  
ludo, sino repe-  
lado con un candil.*

*(Entra LISÍSTRATA desde la Acrópolis.)*

LISÍSTRATA. ¡Oooh, mujeres, venid aquí, a mi lado, rápido! *(Vienen MÍRRINA y otras mujeres desde la ciudadela.)*

830	<p>MÍRRINA. ¿Qué hay? Dime, ¿por qué esas voces?  LISÍSTRATA. Un hombre, un hombre veo que se acerca trastornado, poseído por los éxtasis de Afrodita. ¡Soberana que guardas Chipre, Citera y Pafosi<sup>160</sup> Sigue por ese camino tan tieso<sup>161</sup> que llevas.</p>
835	<p>MÍRRINA. ¿Y dónde está, sea quien sea?  LISÍSTRATA. Junto al templo de la Verdeante<sup>162</sup></p>
<p>160. Afrodita.  161. Doble sentido, para referirse también a la erección del hombre que llega.  162. Uno de los epítetos de Deméter, diosa de la tierra cultivada. Su templo estaba junto a la Acrópolis en el lado sur.</p>	
840	<p>MÍRRINA. Ah, sí, por Zeus, ahí está, y, ¿quién puede ser?  LISÍSTRATA. Fijaos: ¿Lo conoce alguna de vosotras?  MÍRRINA. Sí, por Zeus, yo; ¡es mi marido, Cinesias!  LISÍSTRATA. Lo que tienes que hacer ya es ponerlo en el asador, darle vueltas, engatusarlo con el quiero y no quiero, y decirle que sí a todo menos a lo que conoce la copa<sup>163</sup>.  MÍRRINA. Descuida, yo lo haré.  LISÍSTRATA. Pues yo me quedo aquí contigo para ayudarte a engatusarlo y ponerlo a punto de caramelo. <i>(A las demás mujeres.)</i> Ahora, marchaos. <i>(Salen; entra CINESIAS con un criado que trae un niño.)</i></p>
845	<p>CINESIAS. ¡Ay de mí, desdichado, qué convulsiones me dan, y qué rigidez, como si me torturaran en la rueda!  LISÍSTRATA. ¿Quién está ahí, que ha rebasado los puestos de guardia?  CINESIAS. Yo.  LISÍSTRATA. ¿Un hombre?  CINESIAS. Un hombre, desde luego.  LISÍSTRATA. ¡Largo de ahí!  CINESIAS. ¿Y quién eres tú que me echas?  LISÍSTRATA. Un centinela de día.</p>
850	<p>CINESIAS. Por los dioses, entonces, llámame a Mírrina.  LISÍSTRATA. ¡Anda, que yo te llame a Mírrina!, ¿y quién eres tú?  CINESIAS. El marido de ella, Cinesias de Leónidas<sup>164</sup>.  LISÍSTRATA. Hola, querido. Tu nombre no está entre nosotras falta de prestigio ni deja de ser conocido, pues tu mujer siempre te tiene en la boca. Si coge un huevo o una manzana, dice: «Ojalá fuera para Cinesias».</p>
855	<p>CINESIAS. ¡Oh, dioses!</p>
<p>163. El juramento.  164. Nombre de un demo del Ática.</p>	
860	<p>LISÍSTRATA. Sí, por Afrodita, y si se tercia hablar de maridos, tu mujer en seguida dice que al lado de Cinesias todo lo demás son pamplinas.  CINESIAS. Pues ve y llámala.  LISÍSTRATA. Bueno, y ¿qué me vas a dar?</p>

	CINESIAS. Yo, esto ( <i>Señala su miembro</i> ), por Zeus, si quieres. Esto es lo que tengo, y lo que tengo te lo doy.
865	LISÍSTRATA. Pues hala, voy a bajar a llamártela. ( <i>Se va.</i> ) CINESIAS. A toda prisa. Pues ninguna ilusión tengo por la vida, desde el momento en que ella se marchó de casa; sufro al entrar en ella, que todo me parece desierto. La comida, ningún gusto me da comerla. Es que estoy empalmado. ( <i>MÍRRINA se deja ver desde la ciudadela.</i> )
870	MÍRRINA. ( <i>A LISÍSTRATA.</i> ) Yo le quiero, le quiero, pero él no deja que yo le quiera. Así que tú no me llames a su lado. CINESIAS. Mirrinita, encanto, ¿por qué haces eso? Baja aquí. MÍRRINA. No, por Zeus, yo ahí no.
875	CINESIAS. ¿Llamándote yo no vas a bajar, Mirrina? MÍRRINA. Es que me dices que salga sin que te haga ninguna falta. CINESIAS. ¿Ninguna falta a mí? Destrozado es lo que estoy. MÍRRINA. Me marchó.
880	CINESIAS. No, no, escucha por lo menos al niño. ( <i>Al niño.</i> ) Tú, ¿no llamas a mamaíta? NIÑO. Mamaíta, mamaíta, mamaíta. CINESIAS. ( <i>A MÍRRINA.</i> ) Tú, ¿qué sientes? ¿Ni siquiera vas a tener lástima del niño que lleva sin lavar ni mamar seis días? MÍRRINA. Sí me da lástima, que tiene un padre bien descuidado. CINESIAS. Dichosa mujer, baja, por el niño.
885	MÍRRINA. ¡Lo que es ser madre! Tengo que bajar, ¿qué voy a hacer? ( <i>Entra MÍRRINA.</i> ) CINESIAS. ( <i>Para sí.</i> ) La encuentro mucho más joven y de mirada más tierna. Sus enfados hacia mí y sus humos, eso mismo es lo que me tiene destrozado de deseo.
890	MÍRRINA. ( <i>Al niño.</i> ) Encanto, criaturita de un mal padre, ea, que te bese, encanto de mamaíta. CINESIAS. Majadera, ¿por qué te portas así y haces caso a las otras mujeres? Me haces sufrir a mí y lo pasas mal tú también. ( <i>Se acerca a ella.</i> )
895	MÍRRINA. No me arrimes la mano. CINESIAS. Las cosas de casa, tuyas y mías, las echas a perder. MÍRRINA. Me importan un rábano. CINESIAS. ¿Te importa un rábano la trama que está traída y llevada por las gallinas?
900	MÍRRINA. A mí sí, por Zeus. CINESIAS. ¡Los ritos de Afrodita no los cultivas hace tanto tiempo! ¿No vas a venirte? MÍRRINA. Por Zeus, no, a menos que hagáis las paces y pongáis fin a la guerra. CINESIA. Vale, si eso te parece bien, hasta eso haremos. MÍRRINA. Vale, si eso os parece bien, también yo regresaré allí. Pero ahora he jurado que no. CINESIAS. Pues acuéstate conmigo: ¡el tiempo que hace ya!

905	<p>MÍRRINA. Ni hablar. Sin embargo, no te diré que no te quiero.  CINESIAS. ¿Que me quieres? Entonces ¿por qué no estás ya acostada, Mirrinita?  MÍRRINA. ¡Fantoche!, ¿delante del niño?  CINESIAS. ¡Por Zeus! <i>(Al criado.)</i> Manes, llévate a éste a casa. <i>(Se va el criado con el niño.)</i> Hala, ya se te ha marchado el niño. Y tú, ¿es que no te acuestas?</p>
910	<p>MÍRRINA. Y, ¿dónde se podría hacer eso, desdicha de hombre?  CINESIAS. ¿Que dónde? La gruta de Pan es buen sitio.  MÍRRINA. Y, ¿cómo me las arreglaré para volver luego pura a la Acrópolis?  CINESIAS. Estupendamente, antes te lavas en la Clepsidra<sup>165</sup></p>
915	<p>MÍRRINA. Y entonces, ¿voy a faltar a lo que he jurado, desdicha de hombre?  CINESIAS. Que recaiga en mí. No estés preocupada por el juramento.  MÍRRINA. Hala, pues voy a traer una cama para nosotros dos.  CINESIAS. De eso nada. Nos basta con el suelo.  MÍRRINA. No, por Apolo, aunque seas así, no te haré acostarte en el suelo. <i>(Sale MÍRRINA.)</i></p>
920	<p>CINESIAS. Desde luego mi mujer me quiere, está clarísimo. <i>(Regresa MÍRRINA con la cama.)</i>  MÍRRINA. Aquí está, échate, acaba ya, que yo me voy desnudando. Pero, la cosa esta, la esterilla, hay que traerla.  CINESIAS. ¿Qué rayo de esterilla? Para mí no.  MÍRRINA. Sí, por Ártemis, que encima del jergón da vergüenza.  CINESIAS. Déjame que te bese.  MÍRRINA. Espera. <i>(Sale MÍRRINA.)</i></p>
925	<p>CINESIAS. ¡Ay, ay, ay! Vuelve a toda prisa. <i>(Vuelve con una esterilla.)</i>  MÍRRINA. Aquí está la esterilla. Échate, que ya me desnudo. Pero, la cosa esa, la almohada, no tienes.  CINESIAS. No me hace ninguna falta.  MÍRRINA. Por Zeus, a mí sí. <i>(Sale MÍRRINA.)</i>  CINESIAS. ¿Pero es que el cipote este es Heracles convidado a un banquete?<sup>166</sup> <i>(Vuelve MÍRRINA.)</i></p>
	<p>165. La fuente Clepsidrayla gruta de Pan están al pie de la Acrópolis. Se trata de la misma cuestión ritual que la mencionada en la nota 146.</p>
	<p>166. Heracles aparecía con frecuencia como un personaje tragón que se enfadaba con los criados si no se apresuraban a servirle.</p>
930	<p>MÍRRINA. Levántate, alza. <i>(Le pone la almohada.)</i> Ya tengo todo.  CINESIAS. Todo, seguro. Ven aquí, tesoro.  MÍRRINA. El sujetador me lo suelto ya. Y recuerda: no vayas a engañarme en lo de hacer las paces.  CINESIAS. ¡Que me muera, por Zeus!  MÍRRINA. ¡Pero si no tienes manta!</p>
935	<p>CINESIAS. Por Zeus, ni la necesito; joder es lo que quiero.  MÍRRINA. Descuida, eso lo harás, que vengo en seguida. <i>(Sale.)</i></p>



	<p>CINESIAS. La tía esta me va hacer polvo por culpa de las mantas. (Entra MÍRRINA.)</p> <p>MÍRRINA. Ponte erguido.</p> <p>CINESIAS. Bien erguida está ésta. (Señala el miembro.)</p> <p>MÍRRINA. ¿Quieres que te eche perfume?</p> <p>CINESIAS. No, por Apolo, a mí no.</p> <p>MÍRRINA. Sí, por Afrodita, quieras o no. <i>(Sale.)</i></p> <p>940 CINESIAS. ¡Ojalá se le derrame el perfume, Zeus soberano! <i>(Entra MÍRRINA.)</i></p> <p>MÍRRINA. Extiende la mano, coge y úntate.</p> <p>CINESIAS. <i>(Untándose.)</i> No es agradable el perfume este, por Apolo, sino que es retardador y no huele a boda.</p> <p>945 MÍRRINA. ¡Qué boba! Si he traído el perfume de Rodas<sup>167</sup></p> <p>CINESIAS. Es bueno, déjalo en paz; ¡dichosa mujer!</p> <p>MÍRRINA. De guasa estás. <i>(Sale.)</i></p> <p>CINESIAS. ¡Que reviente de mala manera el primero que consiguió un perfume! <i>(Vuelve MÍRRINA.)</i></p> <p>MÍRRINA. Coge este frasco.</p> <p>CINESIAS. ¡Que tengo otro! Venga, calamidad, échate y no me traigas nada más.</p> <p>167. La isla se había separado de Atenas poco antes y por ello el perfume de Rodas no resulta agradable.</p> <p>950 MÍRRINA. Eso voy a hacer, por Ártemis. Ya estoy descalza, por lo menos. Pero, vida mía, tienes que votar que se haga la paz.</p> <p>CINESIAS. Lo tendré en cuenta. <i>(MÍRRINA se va.)</i> Me ha matado, me ha hecho trizas mi mujer, y encima de todo lo demás, se marcha y me deja</p> <p>955 así, descapullado. ¡Ay!, ¿qué hago?<sup>168</sup>. ¿A quién joderé, rechazado por la más guapa de todas? ¿Cómo cuidaré a esta cría? <i>(Señala el miembro.)</i> ¿Dónde está el Perrozorro?<sup>169</sup> Alquilame la nodriza.</p> <p>960 EL CORIFEO. En terrible desgracia, desdichado, tienes el alma afligida por haber sido engañado. También yo te compadezco. Ay, ay, pues, ¿qué riñón</p> <p>965 podría aún resistir, qué alma, qué pelotas, qué ijada, qué culo, estar así de tieso y sin joder, por la mañana?</p> <p>CINESIAS. ¡Ay, Zeus, qué terribles espasmos!</p> <p>970 EL CORIFEO. La verdad es que eso te lo ha hecho la muy guarra y la muy hija de perra.</p> <p>CINESIAS. No, por Zeus, adorable y muy dulce.</p> <p>975 EL CORIFEO. ¿Cómo que dulce? ¡Maldita y bien maldita, oh Zeus! Ojalá que tú<sup>170</sup> a ella, como a los montones de paja, con una gran tempestad y torbellino, dándole vuelcos y revuelcos, te la llevaras lejos y luego la soltaras, y ella cayera de nuevo a tierra, y ¡plaf!, se montara en el cipote descapullado. <i>(Llegan un HERALDO lacedemonio y un PRITANIS<sup>171</sup> ateniense. El lacedemonio, con un gran falo en erección que destaca bajo la capa.)</i></p>
--	---

168. Desde aquí hasta el final de la escena, todo el diálogo es parodia de tragedia.  
 169. Sobrenombre del dueño de un burdel.  
 170. Se dirige a Zeus.  
 171. Cada una de las diez tribus en que se dividía el Ática ejercía durante una décima parte del año la pritanía, formada por cincuenta pritanes que presidían la Asamblea y el Consejo.

980 HERALDO. ¿Donde ehtá er Conceho de Ansianoh de Atenah o loh prítaneh?  
 Quiero desí una notisia<sup>172</sup>.

PRÍTANIS. ¿Quién eres? ¿Un ser humano o Conísalo?<sup>173</sup>

HERALDO<sup>174</sup>. Shiquiyo, como erardo vengo de Ehparta, ¡pol loh doh diozeh!, para tratá de la pá.

985 PRÍTANIS. ¿Y te vienes con una lanza debajo del brazo?

HERALDO<sup>175</sup>. No, por Seuh, yo no.

PRÍTANIS. ¿Para dónde te vuelves? ¿Y porqué te echas por delante la clámide? ¿Es que tienes un bulto en la ingle por culpa del viaje?

HERALDO<sup>176</sup>. Ehtá pirado er tío éhte, po Cáhto.

990 PRÍTANIS. (*Le aparta la clámide.*) La tienes tiesa, desgraciado.

HERALDO<sup>177</sup>. No, por Seuh, yo no. No digah shaladurah.

PRÍTANIS. Pues ¿qué tienes ahí?

HERALDO<sup>178</sup>. Una ehsítala<sup>179</sup> laconia.

PRÍTANIS. (*Se descubre.*) Eso, si ésta es otra escítala laconia. Pero en fin, háblame con franqueza, como a quien está en el ajo. ¿Cómo andan vuestros asuntos en Lacedemonia?

995 HERALDO<sup>180</sup>. Tieza ehtá toda Lasedemonia, y todoh loh aliadoh ettán emparmadoh. Noh jasen farta lob cuencoh<sup>181</sup>

172. «¿Dónde está el Consejo de Ancianos de Atenas o los pritanes? Quiero decir una noticia.»

173. Nombre de una divinidad de carácter obsceno.

174. «Joven, como heraldo vengo de Esparta, ¡por los dos dioses!, para tratar de la paz.»

175. «No, por Zeus, yo no.»

176. «Está loco el tío este, por Cástor.»

177. «No, por Zeus, yo no. No desbarres.»

178. Una escítala laconia.

179. Se trata de un bastón sobre el que se enrollaba una banda de cuero, en ella se escribía transversalmente un mensaje, si se desenrollaba el cuero el texto resultaba ilegible. El receptor tenía un bastón de igual diámetro.

180. «Tiesa está toda Lacedemonia y todos los aliados están empalmados. Nos hacen falta los cuencos.»

181. Las mujeres.

1000 PRÍTANIS. ¿De quién os ha caído esa desgracia? ¿De Pan?<sup>182</sup>  
 HERALDO<sup>183</sup>. No, la primera fue Lampito, creo yo, y dehpueh lah demáh muhereh de Ehparta, todah a una, como zi tomaran la zalida a lavé, a loh hombreh loh esharon fuera de zuh coñoh.

PRÍTANIS. ¿Y cómo andáis?

HERALDO<sup>184</sup>. Heshoh porvo, que vamoh pol la ciudá encorvadoh, como zi

1005	yeváramoh una lámpara. Pueh lah muhereh no noh deban ni ziquiera total les er mirto ahta que todoh, en común, agamoh lah paseh en Gresia.
1010	PRÍTANIS. El asunto este es una conspiración de todas las mujeres, ahora lo veo. Rápido, di que envíen aquí embajadores con plenos poderes para tratar de la paz. Y yo le diré al Consejo que elija a otros embajadores de aquí, enseñándoles el cipote este.
1015	HERALDO <sup>185</sup> . Voy volando, que lo que diseñ ehtá muy requetebién. <i>(Salen los dos personajes en distintas direcciones.)</i>
1015	EL CORIFEO. No hay fiera más mala de combatir que la mujer, ni siquiera el fuego, ni hay pantera alguna tan sinvergüenza.
1020	<p>182. Pan es un dios lascivo.</p> <p>183. «No; la primera fue Lampito, creo yo, y después las demás mujeres de Esparta, todas a una, como si tomaran la salida a la vez, a los hombres los echaron fuera de sus coños.»</p> <p>184. «Hechos polvo, que vamos por la ciudad encorvados, como si lleváramos una lámpara. Pues las mujeres no nos dejan siquiera tocarles el mirto hasta que todos, de común acuerdo, hagamos las paces en Grecia.»</p> <p>185. «Voy volando, que dices lo mejor, de todas todas.»</p>
1020	<p>LA CORIFEO. ¿Y sabiéndolo luchas contra mí, hijo de perra, cuando te es posible tenerme como amiga fiel?</p> <p>EL CORIFEO. Cuenta que yo, de odiar a las mujeres, no voy a parar nunca.</p> <p>LA CORIFEO. Bueno, cuando tú quieras. Pero lo que es ahora no voy a consentir que estés así, desnudo. Que mira que estás para caerse de risa. Voy a colocarte el tirante del hombro acercándome a ti. <i>(Las mujeres le colocan a los hombres la túnica en su sitio.)</i></p>
1025	<p>EL CORIFEO. Por Zeus, habéis hecho una cosa que no está mal; yo me lo quité entonces furioso de rabia.</p> <p>LA CORIFEO. Al fin pareces un hombre, y no estás ridículo. Y si no me hubieras molestado, yo hasta habría cogido ese animal que tienes en el ojo y te lo habría sacado; así, aún lo tienes.</p>
1030	<p>EL CORIFEO. Eso era entonces lo que me estaba haciendo polvo. Aquí tienes un anillo; hurga, y después de quitármelo, me lo enseñas, que hace tiempo que me está mordiendo el ojo<sup>186</sup>, por Zeus.</p> <p>LA CORIFEO. Eso voy a hacer, aunque eres un gruñón. <i>(Trata de quitarle el mosquito.)</i> Digno de verse, qué grande, el mosquito que tienes metido. <i>(Lo saca y se lo enseña.)</i> ¿Lo ves? ¿No es éste un mosquito de Tricorito?<sup>187</sup>.</p>
1035	<p>EL CORIFEO. Por Zeus, ¡qué bien me has hecho!, pues hace rato que me estaba perforando un pozo, hasta el punto de que, cuando me lo has quitado, me sale un montón de lágrimas.</p> <p>LA CORIFEO. Te las voy a secar -y eso que eres la mar de malo- y te daré un beso.</p>
1035	<p>186. Se trata de un mosquito.</p> <p>187. Demo del Ática; el nombre es algo así como «tricúspide» (en realidad, con tres penachos) y puede ser esa alusión jocosa el efecto buscado.</p>

1040	<p>EL CORIFEO. No me beses.          LA CORIFEO. Quieras o no.          EL CORIFEO. Ojalá os muráis, que sois camelistas de nacimiento, y es correcto y no está nada mal dicho aquello de «ni con ellas, las muy malditas, ni sin ellas, las muy malditas»<sup>188</sup>. Pero ahora mismo voy a hacer las paces contigo y en lo sucesivo ya no te voy a hacer ninguna burrada ni me la hagas tú a mí. Hala, todos juntos demos comienzo al canto.</p>
1045	<p>CORO CONJUNTO. (Al público.)  <i>No estamos dispuestos,          de ningún ciudadano, señores y caballeros,          a hablar mal ni lo más mínimo,          sino, por el contrario, todo lo bueno a decir y          hacer; pues bastantes desgracias hay ya.</i></p>
1050	<p><i>Que nos lo haga saber cualquier hombre o mujer,          si es que alguno necesita dineri-          llo pillar, unas minas, dos o tres</i><sup>189</sup>  <i>Que dentro está</i><sup>190</sup>  <i>y bolsas tenemos.</i></p>
1055	<p><i>Y si algún día la paz llega,          el que ahora mismo un prés-          tamo de nosotros reciba,          si coge, no restituya.</i></p>
1060	<p><i>Vamos a homenaje          ar a unos huéspedes caristios</i><sup>191</sup>, hom-          bres de bien.</p>
1065	<p><i>Hay un poco depuré; y un cochinillo que tenía, lo          sacrificué también, así que gustaréis de lo tierno y exquisito.          Venid hoy a mi casa; temprano tenéis          que hacerlo, bien lavados vos          otros y los niños; luego ya en          trad dentro          y no preguntéis a nadie,          sino andad todo derecho          como en vuestra casa,          con brío, que...</i></p>
1070	<p><i>la puerta estará cerrada.</i></p>
	<p>188. Como el castellano «ni contigo ni sin ti ...». Tal vez es un <i>verso de Arqurloco</i> parodiado.          189. Una mina equivale a 100 dracmas o 600 óbolos.          190. El tesoro de la Acrópolis.          191. De Caristo, ciudad de Eubea aliada de Atenas, cuyos habitantes se tenían por vividores.</p>
1075	<p>EL CORIFEO. (<i>Entran los embajadores lacedemonios.</i>) Aquí llegan de Esparta estos embajadores, arrastrando sus barbas<sup>192</sup>, y como con unas jaulas entre los muslos<sup>193</sup>. (<i>A los lacedemonios.</i>) Laconios, lo primero, hola, y ahora, contadnos en qué situación venís.</p>

1080	<p>LACONIO<sup>194</sup> ¿Qué farta jase que oh digamoh mushah palabrah? Pueh bien ze puede vé en qué situación emoh venido. <i>(Separa la jaula.)</i></p> <p>EL CORIFEO. ¡Ahí va!, mucho tendón le ha salido a la desgracia esta de mala manera, y la inflamación parece de cuidado.</p> <p>LACONIO.<sup>195</sup> Ni contal-lo ze puede. ¿Qué va uno a desí? Que arguien venga y aga la pá con nozotroh de cuarquíe manera que quiera. <i>(Entra EL PRÍTANIS con otros atenienses.)</i></p>
	<p>192. Los atenienses llevaban la barba muy recortada, y los espartanos, larga.</p> <p>193. Los espartanos disimulan su erección con unas jaulas de mimbre que parecen corrales de guardar animales.</p> <p>194. «¿Qué falta hace que os digamos muchas palabras? Pues bien se puede ver en qué situación hemos venido.»</p> <p>195. «Ni contarle se puede. ¿Qué va uno a decir? Que alguien venga y haga la paz con nosotros de cualquier manera que quiera.»</p>
1085	<p>EL CORIFEO. Aquí veo también a estos paisanos que, como los luchadores, vienen separándose la capa del vientre<sup>196</sup>. Pues sí que parece deportiva la cosa esta, la enfermedad.</p>
1090	<p>PRITANIS. ¿Quién puede decir dónde está Lisístrata? Pues nosotros los hombres estamos así tal cual. <i>(Descubriéndose.)</i></p> <p>EL CORIFEO. También esta enfermedad está al unísono con la otra. ¿Es que os ataca la tiesura por la mañana?</p>
1095	<p>PRÍTANIS. ¡Por Zeus!, por pasarnos eso estamos hechos polvo, así es que si alguien no hace en seguida la paz con nosotros, no habrá manera de que no jodamos a Clístenes<sup>197</sup></p> <p>EL CORIFEO. Si tenéis sentido común, agarrad bien la capa, para que no os vea alguno de los mutiladores de Hermes<sup>198</sup></p>
1100	<p>PRÍTANIS. Sí, por Zeus, bien dicho.</p> <p>LACONIO<sup>199</sup>. Zí, pol loh doh diozeh, der todo. Ea, vamos a ponen-nos la túnica por ensima.</p> <p>PRÍTANIS. Salud, lacedemonios. Nos ha pasado algo terrible.</p> <p>LACONIO<sup>200</sup>. <i>(A un compañero.)</i> Queridízimo, terrible también lo que noh a pazado a nozotroh zi noh yegan a abé vihto loh hombreh éhtoh mahturbádonoh.</p>
	<p>PRÍTANIS. Ea, laconios, hay que decir cosa por cosa. ¿Para qué habéis venido aquí?</p>
	<p>196. Los atletas iban desnudos para evitar el estorbo de la ropa. 197. Véase nota 120.</p> <p>198. Una noche del año 415 fueron mutilados los hermes, pilares antropomórficos, con un falo bien patente, que estaban a las puertas de las casas en Atenas para darles protección.</p> <p>199. «Sí, por los dos dioses, del todo. Hale, vamos a ponernos la túnica por encima.»</p> <p>200. «Queridísimo, terrible también lo que nos ha pasado a nosotros, si nos llegan a haber visto los hombres estos masturbándonos.»</p>
	<p>LACONIO<sup>201</sup>. Como embahadoreh para la pá.</p> <p>PRÍTANIS. Bien hablado, desde luego; también nosotros para lo mismo. ¿Por</p>

	<p>qué no llamamos entonces a Lisístrata que es la única que podría reconciliarnos?</p>
1105	<p>LACONIO<sup>202</sup>. Zí, pol loh doh diozeh, y zi queréih, tambié a Lizíhtrato<sup>203</sup>. (<i>Entra LISÍSTRATA.</i>)</p>
	<p>PRÍTANIS. No hace falta, al parecer, que la llamemos, pues ella por su cuenta, al oírnos, viene ya.</p>
1110	<p>EL CORIFEO. Hola, la mujer más valiente de todas. Ahora te toca a ti aparecer inflexible y suave, buena y mala, orgullosa y humilde, llena de mañas, que los principales de los griegos, cautivados por tu hechizo, se han rendido ante ti, y todos juntos han confiado a tu arbitrio todos sus litigios.</p>
1115	<p>LISÍSTRATA. No es difícil la cosa, si se les coge llenos de deseo<sup>204</sup> y sin que intenten nada unos contra otros. Pronto lo sabré. ¿Dónde está Conciliación? (<i>Aparece CONCILIACIÓN personificada en una chica desnuda.</i>) Coge y trae primero a los laconios, no con mano arisca e insolente, ni a lo bruto como hacían nuestros hombres, sino como suelen hacerlo las mujeres, muy amistosamente. Al que no te dé la mano, tráetelo del cipote. (<i>CONCILIACIÓN trae a los laconios.</i>) Ahora ve y trae a estos atenienses; por donde te dejen, cógelos y tráemelos. (<i>Trae a los atenienses.</i>) Laconios, colocaos junto a mí, y vosotros (<i>a los atenienses</i>) a este lado, y escuchad mis palabras: «Mujer soy, pero tengo inteligencia»<sup>205</sup>.</p>
1120	<p>201. «Como embajadores para la paz.»  202. «Sí, por los dos dioses, y si queréis, también a Lisístrato.»  203. Se alude a la homosexualidad espartana, mencionando al tiempo a un individuo ateniense, conocido homosexual.  204. Ambiguo: sexual y de paz.  205. Cita de <i>Melanipa la Sabia</i> de Eurípides. Los versos siguientes parecen ser también de cuño trágico.</p>
1125	<p>«Por mí misma no discurro mal, y de mi padre y mis antepasados las palabras muchas tras haber oído, no estoy mal instruida.» Teniéndoos cogidos quiero reñiros a la vez y con razón a vosotros, que con una misma agua sagrada rociáis los altares, como gentes de la misma familia, en Olimpia, en las Termópilas, en Pitón<sup>206</sup> -¡cuántos otros podría decir si creyera oportuno alargarme!-. Y, sin embargo, cuando está presente el enemigo con su ejército bárbaro, dais muerte a los griegos y destruíis sus ciudades. «El primer tema aquí lo he concluido»<sup>207</sup>.</p>
1130	<p>PRÍTANIS. Y yo estoy que reviento descapullado.</p>
1135	<p>LISÍSTRATA. Ahora, laconios, a vosotros me dirijo: ¿no sabéis que en una ocasión vino aquí Periclidás<sup>208</sup> el Laconio y como suplicante se sentó en los altares, pálido<sup>209</sup> en su vestido rojo púrpura, para pedir a los atenienses un ejército? Por aquel entonces, Mesenia se echaba sobre vosotros y al mismo tiempo la divinidad, sacudiéndoos con terremotos.</p>
1140	<p>Marchó Cimón<sup>210</sup> con cuatro mil hoplitas y salvó a Lacedemonia entera. Y después de lo que os han hecho los atenienses, ¿devastáis el país del que habéis recibido favores?</p>
1145	

206. En los juegos Olímpicos y Píticos, y en las asambleas de la confederación religiosa o anficionia délfica, las Termópilas.  
 207. Del *Erecteo* de Eurípides.  
 208. Nombre laconio de un individuo desconocido. Tucídides menciona a un «hijo de Periclidas» que firmó una tregua con los atenienses en el 423.  
 209. De miedo.  
 210. En el 464 sufrió Esparta un violento terremoto de graves consecuencias. Aprovechando la ocasión, la población de Mesenia, sojuzgada por los espartanos desde tiempo atrás, se sublevó. Esparta pidió ayuda a Atenas, que envió a Cimón en el 462; no obstante, su ejército fue mal acogido por los espartanos y tuvo que regresar. La historia aparece falseada en el texto.

PRÍTANIS. Son injustos éstos, por Zeus, Lisístrata.

LACONIO<sup>211</sup>. Zomoh inhuhtoh, pero (*mirando a CONCILIACIÓN*) ¡qué culo, qué maraviya!, no ze puede ni desí.

1150 LISÍSTRATA. ¿Y crees que yo os voy a dejar sin reproche a vosotros los atenienses? ¿No sabéis que los laconios, por su parte, cuando vosotros usabais zamorra, vinieron con sus armas y mataron a muchos tesalios y a muchos partidarios y aliados de Hippias?, y siendo los únicos aliados vuestros en aquel día, os liberaron, y cubrieron de nuevo a vuestra gente con la rica capa en lugar de la zamorra<sup>212</sup>.

1155 LACONIO<sup>213</sup>. (*Refiriéndose a LISÍSTRATA.*) Muhé máh noble no e vihto nunca.  
 PRITANIS. (*Mirando a CONCILIACIÓN.*) Y yo nunca un coño más hermoso.

1160 LISÍSTRATA. Y habiendo por medio tantas y buenas acciones, ¿por qué seguís luchando y no acabáis ya con esa hostilidad? ¿Por qué no os reconciliáis? A ver, ¿qué os lo impide?

LACONIO<sup>214</sup>. Nozotroh zí quemoh, zi arguien quiere devorvernoh ehta redondé<sup>215</sup>. (*Mira el trasero de CONCILIACIÓN.*)

LISÍSTRATA. ¿Cuál, amigo?

LACONIO<sup>216</sup>. Piloh<sup>217</sup>, que jase tiempo que la pedimoh y la tentamoh. (*Hace ademán de tocar a CONCILIACIÓN.*)

211. «Somos injustos, pero ¡qué culo indecible, qué maravilla!»

212. Los espartanos intervinieron en Atenas para acabar con la tiranía de Hippias en el 510. La zamorra (*katonáke*) era prenda usada por los esclavos.

213. «Mujer más noble no he visto nunca.»

214. «Nosotros sí *queremos*, si alguien quiere devolvernos esta redondez.»

215. *Égkyklon*, objeto redondo; se refiere al mismo tiempo a un vestido de mujer (cf. v 133), al trasero de Conciliación y a una plaza fuerte.

216. «Pilos, que hace tiempo que la pedimos y la tentamos.»

217. Véase nota 32.

1165 PRÍTANIS. No, por Posidón, eso no lo conseguiréis.

LISÍSTRATA. Cedédsela a ellos, buen hombre.

PRÍTANIS. Y después, ¿a quién vamos a menear?<sup>218</sup>

1170 LISÍSTRATA. Reclamad otra plaza a cambio de ésa.

PRÍTANIS. ¡Eso sí!, entregadnos lo primero de todo Equinunte, el golfo Maliaco que está detrás, y las piernas de Mégara<sup>219</sup>

<p>1175</p> <p>1180</p>	<p>LACONIO<sup>220</sup>. No, pol loh doh diozeh, tanto no, amigo.          LISÍSTRATA. Dejadlo, no os peléis por un par de piernas.          PRÍTANIS. Yo lo que quiero es desnudarme ya y labrar el campo<sup>221</sup>          LACONIO<sup>222</sup>. Y yo acarrear ehtiércol pol la mañana temprano, pol loh doh diozeh.          LISÍSTRATA. Cuando os reconciliéis, podréis hacer esas cosas. Pero si os apetece hacer eso, pensároslo e ir a pedir consejo a los aliados.          PRÍTANIS. ¿A qué aliados, amigos? La tenemos tiesa. ¿No les va a apetecer a los aliados todos, lo mismo que a nosotros, follar?          LACONIO<sup>223</sup>. Pol lo menoh, a loh nuehtroh zí, pol loh doh diozeh.</p>
	<p>218. El verbo empleado, <i>kinein</i>, significa «mover», «agitar», y es a la vez equivalente del coloquial «follar».          219. Los tres son nombres geográficos y aluden a la vez al cuerpo de Conciliación. Equinunte y el golfo Maliaco están en Tesalia, el nombre del primero se relaciona con uno de los vocablos que se refieren en la mujer al sexo, al tiempo <i>que kólpos</i> es «seno» y «golfo». Mégara estaba unida con su puerto por unos muros, que son llamados «skéle», al igual que las piernas.          220. «No, por los dos dioses, tanto no, amigo.»          221. Con la guerra, los atenienses habían tenido que abandonar las faenas agrícolas. En cuanto a trabajar desnudo, Hesíodo en <i>Trabajos y Días</i>, 391-392, aconseja: «siembra desnudo, ara desnudo y siega desnudo». Por otro lado, «labrar el campo» tiene también sentido sexual.          222. «Y yo, acarrear estiércol por la mañana temprano, por los dos dioses.»          223. «Por lo menos a los nuestros sí, por los dos dioses.»</p>
<p>1185</p>	<p>PRÍTANIS. Pues a los Caristios<sup>224</sup> también, por Zeus.          LISÍSTRATA. Bien dicho. Ahora atended a purificaros para que las mujeres os convidemos en la Acrópolis con lo que teníamos en nuestras cestas. Allí os daréis juramentos y fidelidad mutua. Y después cada uno de vosotros cogerá a su mujer y se irá.          PRÍTANIS. Hala, vamos de prisa.          LACONIO<sup>225</sup>. Yévanoh adonde tú quierah.          PRÍTANIS. Sí, por Zeus, llévanos a toda prisa.</p>
	<p>(LISÍSTRATA sale hacia la Acrópolis con los laconios y los atenienses.)</p>
<p>1190</p>	<p>CORO CONJUNTO<sup>226</sup>.  <i>Colchas bordadas,          ricos chales de lana, finas túnicas y          joyas, eso poseo;          no tengo inconveniente en permitiros a todos que os llevéis para vuestros hijos, y para cuando vuestra hija sea canéforo<sup>227</sup>.</i></p>
<p>1195</p>	<p><i>A todos vosotros os exhorto a que ahora toméis de lo mío ahí dentro;          nada está tan bien sellado que no se puedan arrancar los precintos</i></p>



1200	<p><i>y llevarse lo que haya dentro. Pero aunque miréis no vais a ver nada, a no ser que alguno tenga mejor vista que yo.</i></p> <p>224. Véase nota 191. 225. «Llévanos adonde tú quieras.» 226. Hay diversidad de opiniones sobre la personalidad de los cantores. Se piensa que cante solamente el coro de ancianos o el coro de mujeres. 227. Véase nota 126.</p>
1205	<p><i>Y si uno de vosotros no tiene comida y ha de alimentara los criados y a un montón de chiquillos, puede coger de mi casa harina, que es finita, pero mi hogaza de un quénice<sup>8</sup> tiene un aspecto muy robusto. De los pobres, el que quiera que venga</i></p>
1210	<p><i>a mi casa con sacos y talegos, que recibirá grano: mi esclavo Manes<sup>229</sup> se lo echará. Pero os advierto, que no os acerquéis a mi puerta, y que tengáis</i></p>
1215	<p><i>cuidado con el perro.</i></p> <p><i>(Se oye la voz del PRÍTANIS desde dentro de la Acrópolis.)</i></p>
1220	<p>PRITANIS. Abre la puerta, tú. <i>(Se abre la puerta y llega EL PRÍTANIS con otros atenienses.)</i> Tenías <i>(a las mujeres del CORO)</i> que haberte echado a un lado. ¿Qué hacéis ahí, paradas? ¿No querréis que os queme yo con la antorcha, verdad? <i>(Al público.)</i> Es una grosería. No lo haré. Pero si hace falta llegar a eso, lo soportaré por daros ese gusto.</p> <p>UN ATENIENSE. También nosotros lo soportamos contigo.</p> <p>PRÍTANIS. <i>(Al Copo de mujeres.)</i> ¿Os marcháis de una vez? Vais a llorar largo y tendido por vuestra cabellera. <i>(Las amenaza con la antorcha y se alejan de los Propíleos.) (Al CORO de ancianos.)</i> ¿Os marcháis de una vez para que los laconios salgan de ahí dentro tranquilamente, después del convite? <i>(Los ancianos se sitúan a un lado.)</i></p> <p>228. Medida de capacidad para sólidos, de poco más de un litro. 229. Nombre casi genérico de esclavo frigio.</p>
1225	<p>UN ATENIENSE. Nunca vi banquete igual. ¡Qué simpáticos los laconios! Y nosotros, en cuanto empinamos el codo, somos muy ocurrentes.</p>
1230	<p>PRÍTANIS. Claro, como que sin beber no estamos en buena forma. Si llego a convencer con mis palabras a los atenienses, como embajadores iremos</p>

1235  1240	<p>siempre a todas partes borrachos. Pues ahora, cada vez que vamos a Lacedemonia, sobrios, en seguida buscamos cómo alborotar, de manera que lo que nos dicen no lo escuchamos, pero lo que no dicen, eso lo suponemos, y sobre las mismas cosas no contamos lo mismo. Pero en este momento nos agradaba todo, tanto que si alguien cantara el «Telamón» cuando había que cantar el «Clitágora»<sup>230</sup>, lo daríamos por bueno incluso jurando en falso. <i>(Se aproximan algunos ancianos del CORO.)</i> Anda, éstos vienen otra vez al mismo sitio. ¿No os iréis con viento fresco, bribones? <i>(Se sitúan a un lado.)</i></p>
1245	<p>ATENIENSE. Sí, por Zeus, que ya van saliendo de dentro. <i>(Aparecen los atenienses y los espartanos; y, más atrás, LISÍSTRATA y las restantes mujeres.)</i></p> <p>LACONIO<sup>231</sup>. <i>(Aun flautista.)</i> Queridísimo, cohe la flauta para que yo baile la dipodia<sup>232</sup> y entone una cansión muy presiosa para loh atenienses y para nozotroh al mihmo tiempo.</p> <p>PRÍTANIS. Sí, cohe los tubos, por los dioses, que me encanta veros bailar.</p> <p>230. Dos canciones de banquete, una con un nombre masculino y la otra con un nombre femenino. 231. «Queridísimo, cohe la flauta para que yo baile la dipodia y entone una bonita canción para los atenienses y para nosotros al mismo tiempo.» 232. Danza lacedemonia.</p>
1250	<p>LACONIO<sup>233</sup>. <i>Mnémozine<sup>234</sup>, impureza asia ahté chavá a tu Muza, la que conose nuehtrah andansah y lah de loh atenienses, cuando eyoh en Artemizio<sup>235</sup> atacaban, zemehanteh a loh diozeh, loh barcoh, y vensían a loh Medoh. A nozotroh, por nuehtro lado, Leónidah<sup>236</sup></i></p>
1255	<p><i>noh conducía como a habalíeh que afilan zuh cormiyoh, me parese a mí, y abundante en nuehtrah mehiyah la ehpuma floresía, y abundante ar mihmo tiempo ze dehlisaba pol lah piernah.</i></p> <p>233. «Mnemósine, impulsa hacia este joven a tu Musa, la que conoce nuestras andanzas y las de los atenienses, cuando ellos en Artemisio atacaban, semejantes a los dioses, los barcos, y vencían a los Medos. A nosotros, por nuestra parte, Leónidas nos conducía como a jabalíes que afilan sus colmillos, diría yo, y abundante en nuestras mejillas la espuma florecía y abundante al mismo tiempo se deslizaba por las piernas. Que no eran inferiores en número</p>

a las arenas los guerreros persas.  
 Agreste cazadora, ven aquí, divinal doncella,  
 por nuestro acuerdo de paz,  
 para que nos mantengas unidos largo tiempo.  
 Que ahora y para siempre la amistad sea fecunda  
 gracias a nuestro pacto, y que dejemos  
 de ser astutos zorros.  
 Oh, ven aquí, ven,  
 doncella cazadora.»

234. Personificación de la memoria y madre de las nueve Musas. En laconio *Mnamóna*.

235. Frente al cabo Artemisio tuvieron lugar dos encuentros entre persas y atenienses, antes de la victoria de Salamina.

236. Leónidas, rey de Esparta, resistió valientemente el ataque persa en el desfiladero de las Termópilas.

1260 *Que no eran inferioreh en número  
 a lah arenah, loh guerreroh persah.  
 Agrehte casadora<sup>237</sup>, vé aquí, diviná donseya,  
 por nuestro acuerdo de pá,  
 1265 para que noh mantengah unidoh un porrón de tiempo.  
 Que aora y para ziempre la amihtá zea fecunda  
 1270 grasiah a nuehtro pacto, y que dehemoh  
 de zé ahtutoh sorroh.  
 Oh, vé aquí, vé, donseya casadora.*

1275 LISÍSTRATA. Hala, como todo lo demás ha salido muy bien, llevaos, laconios, con vosotros a éstas (*Señala a las mujeres espartanas*), y vosotros, a éstas de aquí (*Señala a las mujeres atenienses*). Que el marido esté junto a su mujer, y la mujer junto a su marido, y, después de bailar en honor de los dioses por estos sucesos felices, que tengamos cuidado en lo sucesivo de no volver a cometer errores nunca más.

1280 CORO CONJUNTO.  
*Da impulso al coro, conduce aquí a las Gracias<sup>238</sup>,  
 invoca a Ártemis,  
 y a su hermano gemelo, maestro de coros, el amable  
 Sanador, y al Nisio,  
 1285 el que entre las ménades extiende su mirada ardiente,  
 y a Zeus que con su fuego brilla, y a  
 su soberana esposa bienaventurada.  
 Y después a las divinidades que tomaremos  
 como testigos de imborrable memoria  
 de esta tranquilidad deliciosa,*

237. Ártemis.

238. Los dioses nombrados en la canción son: las Gracias; Ártemis y su hermano Apolo, con el sobrenombre de Sanador por su poder sobre la enfermedad; Dioniso, llamado aquí Nisio por haber habitado el monte Nisa de niño, siendo cuidado por las Ninfas; Zeus y su

esposa Hera; por último, Cipris o Afrodita.

1290	<p><i>que consiguió la diosa Cipris. Alalai, ie, peán<sup>239</sup>. Saltad a lo alto, iai, como en una victoria, iai. Euoi, euoi, euai, euai.</i></p>
1295	<p>PRÍTANIS. Laconio, enseñanos tú un canto nuevo. LACONIO<sup>240</sup>. <i>Deha el amable Taiheto<sup>241</sup></i></p> <p>239. Canto de triunfo después de una victoria, dirigido a Apolo. 240. «Abandonando el amable Taigeto ven, Musa Laconia, ven, para dar gloria al dios de Amidas, renombrado entre nosotros, y a la soberana, de bronceo templo, y a los valientes Tindáridas, que juegan a orillas del Eurotas. Ea, da un paso hacia adelante, oh, ea, salta con ligereza, para que cantemos a Esparta, la que se cuida de los coros de los dioses y del taconeo de los pies, cuando las muchachas, como potrillas, a orillas del Eurotas saltan con sus pies una y otra vez, en apresurado ritmo y sus cabelleras se agitan como las de las Bacantes que danzan blandiendo el tirso. Y la hija de Leda los guía, doncella casta, de hermosa apariencia, que dirige los coros. Hala, avanza, ciñete con una cinta el cabello con ayuda de tu mano, y con los pies salta como un ciervo, marcando al mismo tiempo el compás que ayuda a la danza, y a la muy guerrera, la poderosísima diosa de bronceo templo, dirige tu canto.» 241. Taigeto, Amidas y Eurotas son, respectivamente, un monte, una ciudad y un río de Laconia. En Amidas tenía Apolo un templo. La diosa del templo de bronce es Atenea, y los Tindáridas son los Dioscuros, Castor y Pólux. La hija de Leda es Ártemis.</p>
1300	<p><i>y vé, Muza laconia, vé, para dá gloria ar dió de Amiclah, que eh muy famozo, y a la zoberana de bronsíneo templo y a loh valienteh Tindáridah,</i></p>
1305	<p><i>que huegan pol lah oriyah der Eurotah. Ea, da un pazo asia delante, oh, ea, zarza lihera, para que cantemoh a Ehparta, la que ze cuida de loh coroh de loh diozeh</i></p>

1310	<i>y der taconeo de loh pieh, cuando lah mushashah, como haquitas, a oriyah del Eurotah zartan con zuh pieh una vé y otra, con un ritmo muy aprezurado, y zuh cabeyerah ze menean como lah de lah Bacanteh que dansan blandiendo el tirzo. Y la iha de Leda loh guía, donseya</i>
1315	<i>cahta, muy presiosa, que dirihe loh coroh.</i>
1320	<i>Ale, avansa, síñete con una sinta er cabeyo, con ayuda de tu mano, y con loh pieh zarta como un siervo, marcando al mihmo tiempo el compáh que ayuda a la dansa, y a la muy guerrera, la poderozízima dioza de bronsíneo templo, dirihe tu canto.</i>  <i>(Salen todos.)</i>

**LIBRO** dot .com

# LOS ARCANIENSES

---

## ARISTOFANES



Digitalizado por **LIBRO** dot .com  
<http://www.librodot.com>

# PERSONAJES

DICEÓPOLIS, ciudadano de Atenas.

UN UJIER.

ANFITEO, semidiós.

UN EMBAJADOR.

PSEUDOTARBAS, enviado del Gran Rey.

TEORO, diputado en la Corte del Rey de Tracia.

LA HIJA de Diceópolis.

EL ESCLAVO de Eurípides.

EURÍPIDES.

LÁMACO, general.

UN MEGARENSE.

Dos MUCHACHAS, hijas del megarense.

UN SICOFANTE (o delator). UN TEBANO.

NICARCOS.

UN ESCLAVO de Lámaco.

UN LABRADOR.

UN PARANINFO.

DOS MENSAJEROS. PERSONAJES MUDOS.

Los CARBONEROS ACARNIENSES, que forman el Coro.

## *Plaza pública de Atenas.*

DICEÓPOLIS.-¡Cuántas veces me he quemado la sangre! Raras, rarísimas han sido, en cambio, mis alegrías; no más de cuatro. Mis amarguras fueron innumerables, como las arenas de las playas. Porque, en verdad, ¿que placer experimente que fuese lo que se llama un regocijo? ¡Ah, si! Ahora recuerdo una cosa que me llenó el alma de júbilo. Fue en el teatro, cuando Cleón no tuvo más remedio que vomitar sus cinco talentos. ¡Qué gusto! Adoro a los Caballeros por tan bonita operación<sup>1</sup>.

Fue un excelente negocio para Grecia. Pero otro día experimente una decepción trágica cuando esperaba, con la boca abierta, escuchar el anuncio de una tragedia de Esquilo y oí en cambio, estas palabras: "Teognis<sup>2</sup> puedes hacer que aparezca tu coro". Daos cuenta del golpe que recibí en el pecho. Tuve, sin embargo, un segundo placer cuando, en cierta ocasión, y después de Mosco, apareció Daxiteo en escena para cantar una canción beocia. Y aquel mismo año pensé morir, con los ojos convulsos, sólo de ver presentarse a Queris para tocar el himno ortiano. Pero nunca, desde que me está permitido venir a los baños<sup>3</sup> me ha picado tanto el polvo en los ojos como hoy en que el Pnyx se encuentra vacío pese a la convocatoria matinal de una asamblea plenaria: los ciudadanos están charlando en el Ágora y por todos lados tratan de evitar el contacto con la cuerda teñida de rojo<sup>4</sup>. Ni siquiera están allí todavía los Pritáneos<sup>5</sup>. Llegarán con retraso y entonces tendrán que disputarse a codazos los primeros puestos, tomándolos por asalto. Lo que menos les importa es como hacer la paz. ¡Pobre, pobre patria mía! Yo soy el primero en llegar a la Asamblea; tomo asiento y, como estoy tan solo, suspiro, bostezo, me desperezo, suelto pedos, me aburro, me depilo, cuento hasta mil; y sueño con los campos, enamorado de la paz; detesto la ciudad y pienso en aquellas gentes de mi pueblo

---

<sup>1</sup> Alude aquí Aristófanes a cierta escena de Los Babilonios donde el año anterior había representado a los Caballeros obligando a Cleón a devolver cinco talentos que había recibido de las ciudades aliadas.

<sup>2</sup> Poeta trágico muy mediocre.

<sup>3</sup> Es decir, desde la pubertad. Antes de esa edad no se permitía la entrada en los baños públicos.

<sup>4</sup> Se utilizaba una cuerda teñida de rojo para enlazar a los ciudadanos en el Agora y empujarlos hacia el Pnyx, donde tenían lugar las asambleas.

<sup>5</sup> Magistrados que convocaban y presidían las Asambleas.



que nunca supieron lo que es decir: "compra carbón, vinagre, aceite", que hasta ignoraban el verbo "comprar", y que para todo se bastaban a sí mismos sin tener que romperse la cabeza con tantos golpes de "compra, compra, compra". Esta vez vengo, pues firmemente decidido a gritar, a interrumpir, a invectivar a todo orador que nos hable de otra cosa que no sea la paz. Pero, justamente, ya llegan los Pritáneos; son las doce. Y ¿no os dije? Es exactamente como os lo dije: todo el mundo se precipita para atrapar los primeros bancos.

EL UJIER.-Pasad, pasad adelante para que estéis dentro del recinto consagrado.

ANFITEO.-¿Ha hablado ya alguien?

EL UJIER.-¿Quién pide la palabra?

ANFITEO.-Yo.

EL UJIER.-¿Tu nombre?

ANFITEO.-Anfiteo.<sup>6</sup>

EL UJIER.-Tú no eres un hombre.

ANFITEO.-No; soy un inmortal. Anfiteo, mi antepasado, era hijo de Deméter y de Triptólemo, padre de Celeo. Celeo se caso con Fenareta, mi abuela, que dio a luz a Licino, mi padre. Soy inmortal y los dioses me han encargado que vaya a tratar solo con los lacedemonios. Pero aunque soy inmortal, señores hombres, me encuentro sin recursos; los Pritáneos no me dan nada.

EL UJIER.-¡Guardias! (Unos arqueros tratan de expulsar a Anfiteo.)

ANFITEO.-Triptolemo y Celeo ¿vais a abandonarme?

DICEÓPOLIS.-Señores Pritáneos, perjudicáis el interés de la asamblea expulsando a ese hombre que desea concertar una paz conveniente y hacer que colguéis los escudos.

EL UJIER.-Siéntate y a callar.

DICEÓPOLIS.-No, por Apolo; no callaré hasta que propongais que se trate de la paz.

EL UJIER.-(Anunciando).-Los embajadores cerca de la Corte del Rey.

DICEÓPOLIS.-¿Qué Rey? Ya estoy harto de vuestros delegados, de sus pavadas y de todas sus ridiculeces.

EL UJIER.-Silencio.

DICEÓPOLIS.-(Viendo entrar a los embajadores vestidos a uso persa).-¡Por

---

<sup>6</sup> Es decir, semidiós.

Ecbatanal ¡Vaya trajecitos!

EL JEFE DE LA EMBAJADA.-Bajo el arcontado de Eutímenes nos delegásteis a la Corte del Gran Rey con una indemnización de dos dracmas diarios...

DICEÓPOLIS.-¡Caramba! ¡Nada menos que dos dracmas!

EL EMBAJADOR.-Y podemos decir cuanto hemos tenido que padecer durante la travesía de las llanuras del Caistro, bajo los toldos de los carruajes donde íbamos tendidos, sin fuerza de resistencia, como muertos.

DICEÓPOLIS.-¿Y yo, entonces? ¿Habrá que creer que yo gozaba plenamente de la vida cuando me veía tirado en el fango de las trincheras?

EL EMBAJADOR.-Adonde quiera que llegábamos nos obligaban a beber vino puro o azucarado en copas de oro y de cristal.

DICEÓPOLIS.-¡Oh, ciudad de Cranao!<sup>7</sup> ¿No comprendes que tus embajadores se burlan de tí?

EL EMBAJADOR.- Pues para los bárbaros solo se es hombre cuando se come y se bebe mucho.

DICEÓPOLIS.-Aquí, entre nosotros, solo se tiene por hombres a los libertinos y a los invertidos.

EL EMBAJADOR.-A los tres años de nuestra marcha, llegamos a la Corte del Gran Rey. Pero éste se había ido con todo su ejército para evacuar sus necesidades, lo que le retuvo ocho meses en los Montes de Oro.

DICEÓPOLIS.-¿Y cuanto tiempo necesito para cerrar el año? ¿Todo un plenilunio?

EL EMBAJADOR.-Luego, regresó a sus alcázares y nos recibió. Mandaba que nos sirviesen bueyes enteros asados al horno.

DICEÓPOLIS.-¡Esta sí que es gorda! ¿Quién ha visto nunca asar bueyes enteros al horno?

EL EMBAJADOR.-Y, ¡palabra de honor! también nos sirvieron un ave tres veces más grande que Cleónimo<sup>8</sup>. Es el ave engañosa.

DICEÓPOLIS.-Ahora me explico porqué nos engañabas tú al cobrar tus dos dracmas.

---

<sup>7</sup> Atenas, que a Cranao tuvo por uno de sus reyes.

<sup>8</sup> Cleónimo era un demagogo a quien Aristófanes atacaba mucho por su cobardía y sus vicios.

EL EMBAJADOR.-Y ahora, hénos aquí; nos hemos traído con nosotros a Pseudartabas, el Ojo del Rey.

DICEÓPOLIS.-¡Ojalá que un cuervo le arranque ese ojo a picotazos y tu ojo de embajador además!

EL UJIER.-(anunciando).-El Ojo del Rey.<sup>9</sup>

DICEÓPOLIS.-(Viendo entrar al Ojo del Rey, escoltado por dos eunucos) ¡Hay Heracles! ¡Ay, Señor! ¡Socorrednos! ¡Por los dioses, amigo, que ese ojo tuyo es como un ojo de remo. ¿Buscas una buena ensenada tras de doblar el cabo?

EL EMBAJADOR.-Vamos, Pseudartabas; ten a bien explicar lo que el Rey te ha encargado que comuniqués a los atenienses.

PSEUDARTABAS. I artaman exarxas apiaona satra.

EL EMBAJADOR.-(A Diceópolis).-¿Entiendes lo que dice?

DICEÓPOLIS.--Ni palabra ¡por Apolo!

EL EMBAJADOR.-Pues dice que el Rey os envía oro. Articula bien, Pseudartabas, la palabra "oro", con voz más fuerte y más clara.

PSEUDARTABAS.-Lo que es "el oro" no lo veréis ni en pintura, cochinos jonios.

DICEÓPOLIS.-Ahora sí que está más claro que el agua. EL EMBAJADOR.-¿Pero qué está diciendo? DICEÓPOLIS.-Dice que los jonios son unos marranos; y

unos imbéciles si esperan que los bárbaros les den oro.

EL EMBAJADOR.-Al contrario; lo que dice es que nos dará el oro a montones.

DICEÓPOLIS.-¡Conque a montones! Lo que tú eres es un charlatán de marca mayor. Retírate. Voy a interrogarlo yo solo. (A Pseudartabas) Anda, dame `explicaciones claras en presencia de este testigo si no quieres que te tiña con púrpura de Sardes<sup>10</sup>. ¿Va a enviarnos oro el Gran Rey? ¿No, verdad? Por lo tanto es que nuestros embajadores nos tenían archiengañados. (Pseudartabas y los eunucos que le acompañan hacen signos afirmativos). Pero, ¡oye! ¡Si nos están diciendo que sí al estilo griego! Estoy seguro de que son de aquí mismo. Uno de los dos eunucos, éste, sé quienes; es Clistenes<sup>11</sup> el hijo de Silvitio. ¡Vaya, vaya con el culo de mona, impúdico y truhán! ¿Cómo con esas barbas quieres pasar por eunuco, mico desvergonzado? Y ese otro ¿quién es? ¿No será Estratón?

<sup>9</sup> Como si se dijera el Brazo derecho del Rey, que a tal equivalía ese título entre los persas.

<sup>10</sup> Es decir, «que te apalee hasta dejarte bañado en sangre.»

<sup>11</sup> Personaje de costumbres afeminadas. Estratón era su amigo inseparable.

EL UJIER.-Silencio, siéntate. El consejo invita al Ojo del Rey a pasar al Pritáneo.<sup>12</sup>

DICEÓPOLIS.-¡Es para ahorcarse! Pero sería yo un imbécil si me quedase aquí aburriéndome. ¿Seguirá abriéndose esa puerta para recibir a semejantes individuos? Me voy a trabajar en algo muy grande y muy hermoso. ¿Dónde estás, Anfiteo?

ANFITEO.-Aquí estoy.

DICEÓPOLIS.-Toma estos ocho dracmas y ve a concluir por mi cuenta personal un tratado de paz con Lacedemonia, para mí, mi mujer y mis chicos. ¡Qué sigan éstos enviando embajadas y perdiendo el tiempo!

EL UJIER.-Que pase Teoro, nuestro diputado en la Corte de Sitalces<sup>13</sup>.

TEORO.-Héme aquí.

DICEÓPOLIS.-Otro charlatán que nos traen.

TEORO.-No hubiéramos permanecido tanto tiempo en Tracia...

DICEÓPOLIS.-Claro que no; si no hubieras percibido gruesas sumas.

TEORO.-... Si toda la Tracia no hubiera quedado cubierta de nieve y si los ríos...

DICEÓPOLIS. -Justo al mismo tiempo en que Teognis concurría aquí para la tragedia.

TEORO.-Mientras tanto, yo vaciaba copas en compañía de Sitalces. Se mostraba muy filoateniense; era un verdadero amor. Llegaba hasta escribir por las paredes: estoy encaprichado con los atenienses. Su hijo, al que le hemos dado el título de ciudadano de Atenas, tenía unas ganas locas de comer salchichas en la fiesta de las Apaturias. Suplicaba a su padre que partiese en socorro de su patria. El padre juró, levantando la copa, que vendría en nuestro auxilio con un ejército tal que los atenienses exclamarían: "Es una nube de saltamontes en marcha!".

DICEÓPOLIS.-Que me aspen si creo una sola palabra de lo que cuentas, menos lo de los saltamontes.

TEORO.-Y ahora, nos envía al pueblo más belicoso de la Tracia.

DICEÓPOLIS.-Eso ya va estando más claro.

EL UJIER.-Haced pasar a los tracios que nos trae Teoro.

---

<sup>12</sup> En el Pritáneo se daba hospitalidad gratuita a los embajadores.

<sup>13</sup> Teoro era un protegido de Cleón; Sitalces, cuyo hijo Sadoco había recibido el título de ciudadano de Atenas, había concertado un tratado de alianza con los atenienses en 432.

DICEOPOLIS.-¿Qué cataclismo es ese?

TEORO.-Es el ejército de los odomantas<sup>14</sup>.

DICEÓPOLIS.-¿Los odomantas? ¿Qué significa eso? (designando el falo de que van provistos) ¿Quién les ha rebanado el miembro a los odomantas?

TEORO.- Si se les da un sueldo de dos dracmas asolarán a toda la Beocia<sup>15</sup>.

DICEÓPOLIS.-¿Dos dracmas a estos... mutilados? ¿Qué podrían decir entonces los tranitas, salvadores de la ciudad? Pero... ¡atiza! Estoy perdido: los odomantas me despojan de mis ajos... ¿queréis dejar en paz mis ajos?<sup>16</sup>

TEORO.-¡Desdichado! Guárdate de acercarte ahora a unos hombres que han comido ajos<sup>17</sup>.

DICEÓPOLIS.-¿Podéis consentir, señores Pritáneos, que se me trate así, en el suelo de la patria, y por unos bárbaros?

Pues bien, me opongo a que la Asamblea delibere sobre el sueldo a conceder a los tracios; y os advierto que acaba de producirse un presagio; he sentido caer una gota<sup>18</sup>.

EL UJIER.-Que se retiren los tracios: se les convoca para pasado mañana. Los Pritáneos levantan la sesión.

DICEÓPOLIS.- (Que se ha quedado solo) ¡Maldita sea! He perdido mi buena ensalada de ajos! Pero aquí está Anfiteo que vuelve de Lacedemonia. ¡Salud, Anfiteo!

ANFITEO.-Espera para saludarme a que pueda parar de correr... huyo de los acarnienses, que me persiguen.

DICEÓPOLIS.-Pues ¿qué pasa?

ANFITEO.-Venía apresuradamente con tu tratado de paz, y, al adivinarlo, esos viejos, esos acarnienses de Acarnia, du. ros como el roble, intratables, feroces, veteranos de Maratón, se han puesto a gritar a coro: ¡Miserable! Has concertado la paz cuando están taladas nuestras viñas", y al mismo tiempo recogían piedras en sus mantos. Yo eché a correr y ellos me persiguen hasta aquí, vociferando.

---

<sup>14</sup> Pueblo de la Tracia que, por practicar la circuncisión, se le creía judío.

<sup>15</sup> Entonces en guerra con los atenienses.

<sup>16</sup> Era el frugal desayuno que Diceópolis se había traído a la Asamblea.

<sup>17</sup> Se suponía que los ajos enconaban la furia de los combatientes. A los gallos se les obligaba a comerlos antes de lanzarlos a la pelea.

<sup>18</sup> La Asamblea se disolvía cuando se manifestaba algún augurio desfavorable a los acarnienses.

DICEÓPOLIS.-Déjalos que chillen. ¿Me traes el tratado?

ANFITEO.-¡Claro está que lo traigo! Y que es de tres clases, a elegir. Este es para una tregua de cinco años. Toma y huélelo.

DICEÓPOLIS.-¡Puf!

ANFITEO.-¿Qué ocurre?

DICEÓPOLIS.-Que no me gusta. Huele a brea y a construcciones navales.

ANFITEO.-Toma, pues, este otro y Pruébalo: es de diez años.

DICEÓPOLIS.-Este huele a embajadas enviadas a las ciudades, con un relente de aliados que se disputan entre sí.

ANFITEO.-Pues bien, aquí tienes una tregua de treinta años continental y marítima.

DICEÓPOLIS.-¡Oh Dionysos! Este desprende un perfume de ambrosía y de néctar. Es la felicidad de no tenerle miedo a las órdenes de procurarse víveres para tres días. Me sopla en la boca: "Ve donde te plazca". Acepto esta tregua, me la sirvo, la bebo hasta la última gota, deseándoles mucho placer. Yo, ya estoy libre de la guerra y de sus males; me voy a celebrar las dionisiacas rústicas.

ANFITEO.-Y yo me escapo de los acarnienses.

Otra plaza de Atenas, con un altar a Dionysos.

EL CORIFEO.-*(Que dirige el coro de los carboneros de Acarnia)*.-Por aquí; seguidme todos; persigámosle, interroguemos a todo el que pase. Es de gran interés para la ciudad que detengamos a ese individuo. ¿Puede alguien decirme en qué dirección ha huido el mensajero que lleva el tratado?

EL CORO.-Ha huido; ha desaparecido; ya no se le ve. ¡Qué desgracia verse cargado de años! En mi juventud cuando rivalizaba en velocidad con Failos llevando un saco de carbón a costas no se me hubiera escapado tan fácilmente ese porta-treguas; y toda su agilidad no le hubiera permitido escabullirse.

EL CORIFEO.-Pero ha aprovechado para desaparecer de que la edad ha endurecido mis rodillas, entorpecido las piernas del viejo Lacrátides. Persigámosle no obstante. Pese a nuestra edad, no hay que dejarle jactarse de haber escapado a los acarnienses.

EL CORO.-Ese individuo, ¡oh, Zeus, oh dioses!, ha querido hacer la paz con sus enemigos contra los cuales mi furor belicoso crece más y más porque han arrasado mis

campos. Los acosaré sin descanso hasta clavarme en ellos cual una flecha aguda, cruel, penetrante, a fin de que nunca más se les ocurra patear mis viñedos.

EL CORIFEO.-Vamos, busquemos al individuo-,busquemos del lado de Balene<sup>19</sup>. Persigámosle de lugar en lugar hasta que lo hayamos cogido; nunca me cansaré de apedrearle.

DICEÓPOLIS.-(Dentro). Silencio, silencio.

EL CORIFEO.-Silencio, todos. ¿No habéis oído, amigos? Nos piden que guardemos silencio. Es el hombre que buscamos. Venid todos a este lado. Creo que el bribón va a salir para ofrecer un sacrificio.

DICEÓPOLIS.-(Saliendo con su mujer, su hija y dos esclavos) Silencio, silencio... Avanza un poco, canéfora Xantias, ¿quieres sostener el falo bien derecho? Deja el canastillo, hija mía, y empecemos.

LA HIJA.-Madre, dame la cuchara para echar crema sobre la torta.

DICEÓPOLIS.-Ahora, todo está a punto. ¡Oh, Dionysos, patrón mío, dignate concederme tu gracia para esta procesión que yo conduzco y este sacrificio que te ofrecemos yo y mi familia. Permite que celebre con felicidad estas dionisiacas campestres y que la tregua de treinta años me traiga la prosperidad devolviéndome a la vida civil. Vamos, hija mía, procura llevar graciosamente el canastillo y con aire modesto. ¡Dichoso el que se case contigo y te haga unos gatitos que, como tú, exhalen sus maulliditos matinales! Avanza y ten cuidado con la gente, no vayan a robarte, sin que te des cuenta, tus alhajitas de oro. Xantias, cuida con tu camarada, de llevar el falo bien derecho detrás de la canéfora. Yo os seguiré cantando el himno fálico. Tú, esposa mía, quédate en la terraza para mirarme. ¡Adelante, en marcha!

¡Oh Falo<sup>20</sup>, compañero de Dionysos, libertino y noctámbulo, que corres en pos de las mujeres casadas, aunque también te gustan las jóvenes muchachas, yo te saludo al fin, ahora que después de cinco años de ausencia vuelvo con alegre corazón a mi pueblo, gracias a la paz que he concertado por mi propia cuenta y que me libra de las preocupaciones de los combates y de los Lámacos<sup>21</sup>. ¡Cuánto más agradable es, mi

---

<sup>19</sup> Juego de palabras. Palene era un pueblo del Atica y al cambiarle la P por una B el poeta alude al griego balein que significa lanzar proyectiles.

<sup>20</sup> El dios de la generación; se le adoraba bajo el emblema del miembro viril.

<sup>21</sup> Lámaco era un general ateniense, contemporáneo de Nicias y de Alcibíades.

querido Faló, sorprender a Trata, la linda esclava de Estrimodoro, robando troncos en el Feleo, agarrarla por el talle, levantarla, tumbarla por tierra y quitarle la flor!

¡Faló, mi querido Faló, si tú quieres bebamos juntos y trastornado aún por el vino de la víspera, beberás mañana la copa de la paz y yo colgaré mi escudo junto a la chimenea!

EL CORIFEO.-*(Viendo a Diceópolis)*.-Ese es, ese mismo. Tirad, tirad. Apedreemos todos a ese infame. ¿Por qué no tiráis? ¿Por qué no tiráis?

DICEÓPOLIS.-*(Protegiéndose con su olla)*.-¡Por Hércules! ¿Qué es esto? Me váis a romper la olla<sup>22</sup>.

EL CORO.-Tu cabeza, traidor, es lo que vamos a romper a pedradas.

DICEÓPOLIS.-¿Qué motivo hay, venerables ancianos de Arcania?

EL CORO.-¿Y lo preguntas, bribón desvergonzado, traidor a tu patria? ¿Y aún te atreves a mirarme a la cara después de haber pactado una paz separada con el enemigo?

DICEÓPOLIS.-Ignoráis por qué he hecho ese tratado. Escuchadme y lo sabréis.

EL CORO.-¡Escucharte! Vas a morir. Te destrozaremos a pedradas.

DICEÓPOLIS.-Esperad al menos mis razones. Un instante, amigos míos.

EL CORO.-Ni yo me calmaré, ni tú hablarás otra palabra. Porque te detesto aún más que ¡a Cleón, a quien pienso desollar para hacer con su piel sandalias a los Caballeros<sup>23</sup>. Amigo de los lacedemonios, no pienses que yo escuche tus largos discursos. Vas a llevar tu merecido.

DICEÓPOLIS.-Mis buenos amigos, dejad en paz a los lacedemonios y oid las razones que he tenido para pactar esta tregua.

EL CORO.-¿Qué razones puede haber para pactar con esos hombres sin fe, sin religión, sin juramento?

DICEÓPOLIS.-Es que también creo que los lacedemonios, a quienes tanto aborrecemos, no son la causa de todos nuestros males.

EL CORO.-¿Que no son la causa de todos nuestros males, grandísimo bribón? ¿Y te atreves a decirlo delante de nosotros? ¿Y aún pretenderás que te perdone?

DICEÓPOLIS.-No de todos, no de todos. Yo mismo podría demostraros que ellos han sido víctimas de más de una injusticia.

<sup>22</sup> En las dionisíacas campestres se llevaba una olla llena de legumbres.

<sup>23</sup> Cleón había sido curtidor. Los Caballeros eran sus más acérrimos enemigos.



EL CORO.-Sólo faltaba que te atrevieses a defender delante de nosotros a nuestros enemigos; tus palabras me irritan y exasperan.

DICEÓPOLIS.-Si lo que digo no es justo, y si el pueblo no lo reconoce por tal, me comprometo a hablar con la cabeza sobre un tajo.

EL CORO.-Ea, compañeros, ¿por qué no le apedreamos? ¿Por qué no le cardamos como a la lana que va a teñirse de púrpura?

DICEÓPOLIS.-¿Qué negro tizón enciende de nuevo vuestra ira? ¿No me escucharéis? ¿No me escucharéis, ilustres ciudadanos de Acarnia?

EL CORIFEEO.-No te escucharemos.

DICEÓPOLIS.-¿Y me trataréis tan indignamente?

EL CORIFEEO.-¡Que me muera si te escucho!

DICEÓPOLIS.-Por favor, escuchadme acarnienses.

EL CORIFEEO.-Sabe que vas a morir ahora.

DICEÓPOLIS.-Puesto que lo queréis, también yo os enseñaré los dientes; también yo mataré a vuestros más queridos amigos; porque tengo rehenes vuestros y los degollaré sin piedad.

EL CORIFEEO.-Decidme, conciudadanos, ¿qué amenaza contra los acarnienses envuelven sus palabras? ¿Tendrá acaso encerrado a alguno de nuestros hijos? ¿Cómo se muestra tan atrevido.

DICEÓPOLIS.- (Que vuelve con un saco de carbón y un cuchillo) Tirad, tirad si queréis; yo destrozaré a éste; así sabré pronto el cariño que le tenéis al carbón.

EL CORIFEEO.-¡Estamos perdidos! Ese saco es mi conciudadano. No realices, ¡ah!, no realices tu amenaza.

DICEÓPOLIS.-Lo mataré; gritad cuanto queráis; no os escucharé.

EL CORO.-¿Será posible que mates a ese pobre y fiel compañero, a ese buen amigo de los carboneros?

DICEÓPOLIS.-¿Atendíais vosotros hace un instante a lo que yo os decía?

EL CORO.-Dí, pues, lo que quieras de esos lacedemonios que te son tan queridos. Jamás abandonaré a ese buen pequeño saco.

DICEÓPOLIS.-Dejad primero las piedras.

EL CORO.-Ya están en el suelo; deja tú también la espada.

DICEÓPOLIS.-Sí; pero cuidado con esconder piedras en los mantos.

EL CORO.-Las hemos tirado todas. Mira como nos sacudimos, pero no pongas pretexto, deja la espada; ya ves cómo sacudo mi manto al pasar de un lado a otro.

. DICEÓPOLIS.-Debíais de gritar todos a porfía. Si continuáis un poco más, hubierais visto perecer los carbones del Parneto<sup>24</sup> por la imprudencia de sus conciudadanos. A fe que este saco ha tenido un miedo terrible, pues me ha manchado de negro, como el calamar al verse perseguido. Ya ves cuán dañoso es ese vuestro carácter intratable, que os arrastra en seguida a dar golpes y gritos y no os deja escuchar las equitativas proposiciones que sobre los lacedemonios pensaba haceros con la cabeza sobre un tajo; y cuenta que estimo la vida como el que más.

EL CORO.-¿Por qué no traes, hombre audaz, tu decantado tajo y dices sobre él esas cosas de tanta importancia? Tengo vivos deseos de saber lo que piensas. Pero ya que tú mismo te has comprometido, venga el tajo y habla en seguida.

DICEÓPOLIS.-*(Volviendo con un tajo)* Está bien, mirad. Este es el tajo; el orador, éste, es decir, yo, así, pequeñito. No me cubriré con un escudo; pero diré de los lacedemonios lo que me parezca conveniente. Y no es que no tenga qué temer: conozco perfectamente el flaco de los campesinos, y sé que, con tal que un charlatán colme de elogios justos e injustos a ellos y a su ciudad, ya no caben en sí de gozo, ni ven que les está vendiendo. También conozco el carácter de los viejos: sólo piensan en fulminar sentencias condenatorias. Y sé por experiencia propia lo que me hizo sufrir Cleón por mi comedia del año pasado<sup>25</sup> haciéndome comparecer ante el Senado, calumniándome, acumulándome supuestos crímenes, tratando de confundirme con sus ultrajes y declamaciones y poniéndome en riesgo de morir, manchado por sus infames calumnias. Pero antes de mi discurso, permitidme que me vista los andrajos de un hombre miserable, a fin de inspirar vuestra piedad.

EL COMO.-¿Qué engaños estas fraguas . ¿A qué tales dilaciones? Por mí, si

---

<sup>24</sup> Monte del Atica, en el demo de Acarnia.

<sup>25</sup> Alusión a Los Babilonios. Cleón que era muy mal tratado en esta comedia, acusó a Aristófanes de haber injuriado en ella a los principales magistrados de Atenas.

quieres, ya puedes pedir a Hierónimo<sup>26</sup> el casco tenebroso y erizado de Plutón y emplear después todas las astucias de Sísifo; pero el negocio no admite demora.

DICEÓPOLIS.-Ya es hora, de adoptar una resolución enérgica; no tengo más remedio que dirigirme a Eurípides. (mando ala puerta de Eurípides.) ¡Esclavo! ¡Esclavo!

EL ESCLAVO DE EURÍPIDES.-¿Quién Va?

DICEÓPOLIS. ¡Está en casa Eurípides?

EL ESCLAVO.-Está y no está, ¿lo entiendes?

DICEÓPOLIS.-¿Cómo puede estar y no estar al mismo tiempo?

EL ESCLAVO.-Muy fácilmente, abuelo. Su espíritu, que anda por fuera recogiendo Versitos, no está en casa; pero él está en casa, con las piernas en alto y componiendo una tragedia<sup>27</sup>.

DICEÓPOLIS.-¡Oh bienaventurado Eurípides! ¡Qué felicidad tener un criado que responda con tanta discreción! Dile que quiero Verle.

EL ESCLAVO.-Imposible.

DICEÓPOLIS.-Sin embargo... yo no puedo marcharme. Llamaré a su puerta. ¡Eurípides, mi pequeño Eurípides) Escúchame, si alguna Vez has escuchado a alguien. Soy yo, Diceópolis el de Cólides que deseo Verte.

EURÍPIDES.-No tengo tiempo.

DICEÓPOLIS.-Haz que te traigan aquí en la máquina de las mutaciones rápidas<sup>28</sup>.

EURÍPIDES.-Es imposible.

DICEÓPOLIS.-Prueba, a Ver.

EURÍPIDES.-Sea, haré que me lleven en la máquina porque no tengo tiempo de bajar.

DICEÓPOLIS.-¡Eurípides!

EURÍPIDES.-¿Por qué gritas así?

DICEÓPOLIS.-¡Ah, compones tus tragedias con laS piernas en alto, pudiéndolas hacer en tierra, como es debido!

Ya no me asombra que sean cojos tus personajes<sup>29</sup> ¿Qué miserables andrajos guardas

---

<sup>26</sup> Poeta trágico, que escogía para sus dramas los asuntos más terribles, sin saber sacar partido de ellos; el éxito de sus piezas lo fiaba mucho en las extrañas máscaras que daba 'a sus personajes.

<sup>27</sup> Crítica de las sutilezas que abundan en las tragedias de Eurípides.

<sup>28</sup> Sátira de los procedimientos escénicos empleados por el gran trágico.

ahí? Ya no me extraña que tus héroes sean mendigos<sup>30</sup>. De rodillas te lo pido, Eurípides: dame los harapos de algún drama antiguo. Tengo que pronunciar ante el Coro un largo discurso, y si lo declamo mal, me va en ello la vida.

EURÍPIDES.-¿Qué andrajos te daré? ¿Los que llevaba Eneo<sup>31</sup>, anciano infeliz, al presentarse a la lucha?

DICEÓPOLIS.-Los de Eneo, no; dame los de algún personaje aún más desgraciado.

EURÍPIDES.-¿LoS del ciego Fénix?<sup>32</sup>

DICEÓPOLIS.-Los de Fénix, no; aún hay otros más miserables que Fénix.

EURÍPIDES.-¿Qué andrajos serán los que pide este hombre? ¿Quiéres los del mendigo Filóctetes?<sup>33</sup>

DICEÓPOLIS. No, no; los de otro héroe muchísimo más miserable.

EURÍPIDES.-¿Quieres aquel manto sucio que sacó el cojo

Belerofonte?<sup>34</sup>

DICEÓPOLIS.-No quiero el de Belerofonte, sino el de aquel que era cojo, mendigo, charlatán y maldiciente, todo a la vez.

EURÍPIDES.-Ya sé quién dices: Telefo de Misia<sup>35</sup>.

DICEÓPOLIS.-Eso es, Telefo; por favor, préstame su vestido.

EURÍPIDES.-Esclavo, dale los harapos de Telefo; están encima de los de Tiestes y entre los de Ino. Tómalos.

DICEÓPOLIS.-¡Oh, Zeus, que todo lo ves con perspicaz mirada, permíteme cubrirme hoy con el vestido de la miseria! Eurípides, ya que me has concedido este favor, no me niegues los accesorios correspondiente§ a estos jirones. Aho- ra además el gorrillo

---

<sup>29</sup> Alusión a varios personajes de las tragedias de Eurípides que eran cojos, como Telefo, Filoctetes, Belerofonte.

<sup>30</sup> Eurípides se complacía en presentar a sus héroes cubiertos de harapos y en la última miseria para producir efecto.

<sup>31</sup> Héroe de una tragedia perdida. Después de la muerte de Tideo mientras Diómedes hacía una expedición contra los Tebanos, Eneo, ya anciano, fue destronado por los hijos de Agrio y reducido a andar errante en la mayor miseria.

<sup>32</sup> Protagonista de otro drama de Eurípides, también perdido.

<sup>33</sup> Eurípides lo presentó mendigando en la isla de Lemnos, donde le abandonaron los griegos a causa de la fetidez de su herida.

<sup>34</sup> Belerofonte quedó cojo a consecuencia de una caída del caballo Pegaso, sobre el cual tenía la pretensión de subir al cielo.

<sup>35</sup> El rey Telefo que llegó hasta mendigar el sustento.

porque hoy "es preciso mostrar indigencia y ser quien soy sin tener la apariencia"<sup>36</sup>. Pero serlo no ¡ehl que los oyentes sí sepan quien soy, pero que éstos (por el Coro) se estén ahí hechos unos bobos para que les meta gato por liebre, que yo burle al Coro estúpido con mi palabrería.

EURÍPIDES.-Te lo daré; a tu sutil ingenio nada puede negarse.

DICEÓPOLIS.-La bendición de los inmortales descienda sobre tí y tu Telefo. ¡Magnífico! Me siento henchido de bellas frases. Pero necesito también un bastón de mendigo.

EURÍPIDES.-Toma y "retírate de estos pórticos de piedra".

DICEÓPOLIS.-¿Ves, alma mía, cómo me despide, cuando aún me faltan tantas cosas para completar mi atavío? No hay que desistir; pidamos, supliquemos, porfiemos. Eurípides, dame un farolillo de mimbres ya medio quemado<sup>37</sup>.

EURÍPIDES.-Pero, desdichado, ¿para qué lo quieres?

DICEÓPOLIS.-Para nada; pero quiero tenerlo.

EURÍPIDES.-Eres excesivamente fastidioso. Aléjate de estos lares.

DICEÓPOLIS.-!Ah!, los dioses te bendigan, como ya bendijeron a tu madre.

EURÍPIDES.-¡Ea, vete;

DICEÓPOLIS.-Aún no; dame también una jarrita desportillada.

EURÍPIDES.-Toma y revienta de una vez; estás perturbando mi casa.

DICEÓPOLIS.-No sabes, por Zeus, todo el mal que me causas. Ea, dulcísimo Eurípides, otra cosa tan sólo: dame un cántaro con un tapón de esponja.

EURÍPIDES.-Hombre, te me llevas una tragedia entera.

Toma y lárgate.

DICEÓPOLIS.-Me marchó; mas ¿qué hago? Aún me falta una cosa, sin la cual estoy perdido. Oye dulcísimo Eurípides; si me das lo que te voy a pedir, me marchó para no volver.

EURÍPIDES.-¡Me asesinas! Toma, ahí las tienes. Mis tragedias quedan reducidas a

---

<sup>36</sup> Las frases entre comillas parodian frases de Eurípides.

<sup>37</sup> Los faroles se llevaban en cestitas de mimbres para preservarlos del viento. volver; por favor, unas hojitas de verdura bien mustias para la cesta.

nada.

DICEÓPOLIS.-Basta, me retiro; soy demasiado importuno, "sin mirar que me hago odioso a los reyes". ¡Infeliz de mí, aún he olvidado lo principal! Dulcísimo, queridísimo Eurípides, permita Zeus que muera desastrosamente, si te pido otra cosa fuera de esta sola, de esta sola: dame un poco de aquel perifollo que vende tu madre<sup>38</sup>.

EURÍPIDES.-Ese hombre me insulta. Cierra la puerta.

DICEÓPOLIS.-No tengo más remedio que presentarme sin el perifollo. (A sí mismo) ¿Sabes la lucha que vas a emprender atreviéndote a hablar en favor de los lacedemonios? Adelante, corazón mío; he aquí la línea enemiga. ¿Te detienes? ¿No estás empapado en el espíritu de Eurípides? ¡Valor! adelante, corazón angustiado; presenta sin miedo tu cabeza y dí cuanto, según tú, es la verdad. Atrévete, anda, acércate. Mi desnudo me regocija.

EL CORO.-¿Qué hará? ¿Qué dirá? Sólo un hombre impudente y de férreo corazón se atrevería a exponer su cabeza contra toda la ciudad y a ponerse en contradicción con ella. Ya se presenta ese hombre intrépido. Ea, habla, pues tal es tu deseo.

DICEÓPOLIS.-No os ofendáis, señores espectadores, de que siendo un mendigo, me atreva a hablar de política en una comedia, pues también la comedia conoce lo que es justo. Yo os diré palabras amargas, pero verdaderas. No me acusará hoy Cleón de que hablo mal de la ciudad en presencia de los extranjeros; estamos solos; las fiestas se celebran en el Leneo; no hay extranjeros, ni han venido de las ciudades los pagadores de tributos, ni los aliados; estamos solos y limpios de toda paja, porque yo llamo paja de la ciudad a los metecos.

Yo aborrezco, como el que más, a los lacedemonios; ojalá el mismo Poseidón, dios del Ténaro, reduzca a escombros su ciudad, pues también talaron mis viñas. Sin embargo, y esto lo digo porque sois amigos míos los que escucháis, ¿a qué creerles la causa de todos nuestros males? Algunos conciudadanos nuestros, no digo toda la República, notadlo bien, no digo toda la República, sino algunos hombres perdidos, falsos, sin honra ni pudor, y extraños a la ciudad, acusaron de contrabando a los megarenses. En cuanto veían un melón, o un lebratillo, o un cochinillo de leche, o un ajo, o un grano de sal, decían que eran de Megara, y los arrebataban y vendían inmediatamente. Todo esto no tenía grande importancia, ni trascendencia fuera de la ciudad; pero algunos mozuelos que

---

<sup>38</sup> La madre de Eurípides había sido verdulera.

se habían embriagado jugando al cótabo, fueron a Megara y robaron a la cortesana Simeta; los megarenses, irritados, se apoderaron en revancha de dos hetairas amigas de Aspasia,<sup>39</sup> y por esto, por tres meretrices, la guerra se encendió en todos los pueblos griegos. Por esto Pericles el Olímpico tronó y relampagueó, conturbó toda la Hélade con sus discursos e hizo a robar una ley, como dice la canción se prohibía a los megarenses permanecer en el territorio del Atica, en el mercado, en el mar y en el continente. Pronto éstos, al verse acosados por el hambre, rogaron a los lacedemonios que interpusieran su influencia para que revocásemos el decreto motivado por las cortesanas. Nosotros desatendimos sus repetidas súplicas. Empezaba ya a oírse el entrechocar de los escudos. Alguno dirá: no convenía, ¿qué es pues, lo que convenía?. Si contra un lacedemonio se hubiera presentado la acusación de haber ido embarcado a Serifos<sup>40</sup> y robado allí un perrillo, ¿hubiérais permanecido tranquilos en vuestras moradas? Creo que no; enseguida hubiérais puesto en línea vuestras trescientas naves y nos hubieran ensordecido el rumor de los soldados, las voces de los electores de trierarcas<sup>41</sup> y los gritos de los

que venían a cobrar su paga; se hubieran dorado las estatuas de Palas<sup>42</sup>; la multitud hubiera invadido los pórticos donde se distribuye el trigo, y la ciudad se hubiera llenado de odres, de correas para remos, de ristras de ajos, de aceitunas, de ristras de cebollas, de coronas, de sardinas, de tañedoras de flautas y de contusiones; el arsenal también se hubiera visto atestado de maderas para remos y atronado por el ruido de las clavijas, que se ajustan y por el de los remos sujetos a las clavijas por los gritos de los marineros y por los silbidos de las flautas y pitos, que los animan al trabajo. "Sé que hubiérais hecho esto"; pero ¿no pensamos en Telefo? "Nos falta el sentido común?"<sup>43</sup>

EL PRIMER SEMICORO.-¡Perdulario, infame, mendigo harapiento) ¿Cómo te atreves a decirnos eso y a echarnos en cara que hemos sido unos sicofantes?

EL SEGUNDO SEMICORO.-Tiene razón. Por Poseidón, cuanto ha dicho es la pura verdad.

---

<sup>39</sup> Célebre cortesana, amiga y consejera de Sócrates, amante y más tarde esposa de Pericles.

<sup>40</sup> Isla pequeña, próxima a la costa de Tracia, perteneciente al grupo de las Cícladas. Estaba bajo la dependencia de Atenas.

<sup>41</sup> El nombramiento de trierarca traía consigo cuantiosos gastos, pues estaba obligado el electo a mantener por su cuenta la tripulación de una galera y a tenerla siempre en disposición de darse a la vela en servicio del Estado.

<sup>42</sup> Las galeras atenienses llevaban en la proa una imagen dorada de Palas Atenea, que se restauraba a cada nueva expedición.

EL PRIMER SEMICORO.-Y aunque sea verdad, no tenía porqué decirlo. Le costará caro su atrevimiento.

EL SEGUNDO SEMICORO.-¡Eh, tú!, ¿adónde vas? Detente. Si tocas a ese hombre, tendrás que habértelas conmigo.

EL PRIMER SEMICORO.-¡ Oh, Lámaco de fulminante mirada, socórrenos; presentate, amigo Lámaco, ciudadano de mi tribu; preséntate y atérralos con tu terrible penacho y tu reluciente escudo con la Gorgona! Generales y capitanes: acudid todos en mi auxilio. Me tienen agarrado por medio del Cuerpo.

LÁMACO.- (Saliendo de su casa en traje de campaña) ¿Qué significan esos gritos de guerra? ¿Adónde es menester prestar mi auxilio y armar alborotos? ¿Quién me obliga a sacar de su caja mi terrible Gorgona?<sup>44</sup>.

DICEÓPOLIS.-¡ Oh, Lámaco, héroe sin rival en penachos y batallones)

CORO.-¡ Oh, Lámaco; este hombre no cesa, horas y horas, de ultrajar a toda la ciudad.

LÁMACO.-¿Tú, vil mendigo, te atreves a tanto?

DICEÓPOLIS.-Heroico Lámaco, perdona que un mendigo, por empeñarse en hablar, haya dicho algunas necesidades.

LÁMACO.-¿Qué has dicho contra nosotros? Habla. DICEÓPOLIS.-Ya no lo recuerdo; tu armadura me acoquina; por piedad aparta de mi vista ese espantajo de tu escudo.

LÁMACO.-Sea.

DICEÓPOLIS.-Déjalo ahora cara al suelo.

LÁMACO. Ya está.

DICEÓPOLIS.-Dame ahora una pluma de tu casco.

LÁMACO.-Toma la pluma.

DICEÓPOLIS.- (Introduciéndose la pluma en la boca como para provocarse vómitos).-Sostenme ahora la cabeza para que vomite; tu penacho me da náuseas.

LÁMACO.-¿Qué intentas? ¿Quiéres provocar el vómito con esa pluma?

DICEÓPOLIS.-¡Ah!, ¿es una pluma? Y dime, ¿de qué pájaro? ¿Acaso es una pluma

---

<sup>43</sup> Parodia de Eurípides.

<sup>44</sup> Era bastante frecuente esculpir en los escudos una cabeza de Gorgona.



del pájaro Fanfarrón?<sup>45</sup>.

LÁMACO.-¡Me las vas a pagar)

DICEÓPOLIS.-De ningún modo, Lámaco; esto no se decide por la fuerza; ya que tanta fuerza tienes, ¿por qué no me circuncidas? Armas no te faltan.

LÁMACO.-¿Así te insolentas con todo un general, vil mendigo?

DICEÓPOLIS.-¿Yo, un mendigo?

LÁMACO.-Pues ¿quién eres?

DICEÓPOLIS.-¿Quién soy? Un buen ciudadano, exento de ambición, y, desde que hay guerra, un soldado voluntario; mientras que tú, desde que hay guerra, eres un soldado mercenario.

LÁMACO.-Fuí elegido por los votos de...

DICEÓPOLIS.-Tres petates. Eso es lo que me ha indignado y movido a pactar esta tregua, no menos que el ver en las filas a hombres encanecidos, mientras otros jóvenes como tú, escurriendo el bulto, se iban con embajadas, unos a Tracia, ganándose tres dracmas, como los Tisamenes, los Fenipos y los Hipárquidas, todos a cual peores; otros, con Cáres, a la Caonia, como los Géres y Teodoros, y los Dio• meos, tan pagados de sí mismos; otros a Camarina, Gela y Catágela<sup>46</sup>.

LÁMACO.-Fueron elegidos por el sufragio popular.

DICEÓPOLIS.-Entonces, ¿por qué todas las recompensas son para vosotros y para éstos (señalando el Coro) ninguna?

Di, Marílates, tú que tienes la cabeza encanecida por la edad, ¿has ido alguna vez de embajada? Dice que no, y sin embargo, es prudente y laborioso. Y vosotros, Dracilo, Eufórides y Prínides ¿conocéis a Ecbatana o la Caonia? Tampoco. Sin embargo, las han visitado el hijo de Cesira y Lámaco, de quienes, por no poder pagar su escote ni sus deudas, decían hace poco sus amigos: "¡Agua va!", como los que al anochecer vierten por las ventanas el líquido con que se han lavado los pies.

LÁMACO.-¡Pueblo insolente! ¿Habrás que tolerar tales insultos?

DICEÓPOLIS.-No; si Lámaco no cobrase sueldo.

LÁMACO.-Pues yo haré siempre la guerra a todos los peloponesios, los hostilizaré

---

<sup>45</sup> Nombre de pájaro, inventado por Aristófanes para aludir el carácter de Lámaco.

cuanto pueda, y les perseguiré con todas mis fuerzas terrestres y marítimas.

DICEÓPOLIS.-Pues yo les declaro a todos los peloponesios, megarenses y beocios, que pueden acudir a comprar y vender en mi mercado; sólo exceptúo a Lámaco. (Queda solo el Coro).

EL CORIFEO.-Este hombre ha ganado su proceso. El pueblo, convencido, cambia de sentimientos acerca de la tregua. Quitémonos los mantos y vamos a los anapestos.

Desde que nuestro poeta dirige los coros cómicos nunca se ha presentado a hacer su propio panegírico; pero hoy, que ante los atenienses, tan precipitados en sus decisiones, sus enemigos le acusan falsamente de que se burla de la República e insulta al pueblo, preciso le es justificarse con sus volubles conciudadanos. El poeta pretende haberos hecho mucho bien, impidiendo que os dejéis sorprender por las palabras de los extranjeros y que os embauquen los aduladores y seáis unos chorlitos. Antes, los diputados de las ciudades, cuando os querían engañar, empezaban por llamaros: "Coronados de violetas", y al oír la palabra coronas, era de ver cómo no cabíais ya en vuestros asientos. Si otro adulándoos, decía: "La espléndida Atenas", conseguía al punto cuanto deseaba, por haberos untado los labios con el elogio, como si fuéseis anchoas. Desengañándoos, pues, os ha prestado el poeta eminentes servicios y ha difundido por las ciudades aliadas el régimen democrático. Por eso los pagadores de tributos de esas mismas ciudades acudirán deseosos de conocer al excelente poeta que no ha temido decir la verdad a los atenienses. La fama de su atrevimiento ha llegado tan lejos, que el Gran Rey, interrogando a la embajada de los lacedemonios, preguntó primero cuál era la armada más poderosa, y, después, cuáles eran los más atacados por nuestro vate, y les aseguró que sería más feliz y conseguiría señaladísimas victorias la República que siguiese sus consejos. Por eso los lacedemonios os brindan con la paz y reclaman a Egína<sup>47</sup>; no porque den gran importancia a aquella isla, sino por despojar de sus bienes al poeta; pero vosotros no le abandonéis; en sus comedias brillará siempre la justicia, y abogará siempre por vuestra felicidad, no con adulaciones ni vanas promesas, fraudes, bajezas ni intrigas, sino dándoos buenos consejos y proponiéndoos lo que sea mejor.

Después de esto, ya puede Cleón urdir y maquinan contra mí cuanto se le antoje. La

---

<sup>46</sup> Camarina y Gela, ciudades de Sicilia. Catágela, nombre imaginario, que significa cosa ridícula.

<sup>47</sup> Isla dependiente de Atenas. De este pasaje han deducido algunos que Aristófanes tenía propiedades en Egina.

honradez y la justicia estarán de mi lado, y nunca la República verá en mí. como en él, un cobarde e inmundo invertido.

EL PRIMER SEMICORO.-¡Ven, infatigable Musa acarniense, brillante y devoradora como el fuego! Semejante a la chispa que, sostenida por un suave viento, salta de los tizones de encina mientras unos asan sobre ellos sabrosos pececillos y otros preparan la salmuera fresca de Tasos o amasan la blanca harina.

¡Ven, Musa, impetuosa, intencionada y agreste, y presta inspiración a tu conciudadano!

EL JEFE DEL PRIMER SEMICORO.-Nosotros, decrepitos ancianos, acusamos a la ciudad. Vemos desamparada nuestra vejez, sin que se nos alimente en recompensa digna de los méritos que contrajimos en las batallas navales; en cambio, sufrimos mil vejámenes; nos enredáis en litigiosas contiendas y luego permitís que sirvamos de juguete a oradores jovenzuelos; ya nada somos: mudos e inservibles, como flautas rajadas, un bastón es nuestro único apoyo, o nuestro Poseidón, por decirlo así. En pío ante el Tribunal, balbuciendo algunas palabras inconexas, sólo vemos de la justicia la bruma que la rodea, mientras el abogado contrario, deseando captarse las simpatías de la juventud, lanza sobre el demandado un diluvio de palabras precisas y seguras, y luego de haberlo rendido le interroga, le dirige preguntas insidiosas y le turba, le aflige y despedaza, como le sucedió al anciano Titón.

El pobre calla; se retira castigado con una pena pecuniaria; llora y solloza, y dice a sus amigos: "El dinero con que pensaba comprar mi ataúd, tengo que darlo para pagar esta multa."

EL SEGUNDO SEMICORO.-¡Es justo arruinar de ese modo a un anciano, a un hombre encanecido, que sobrellevó con sus comañeros tantas fatigas, que vertió por la República sudores ardientes, varoniles y copiosos, y que en Maratón peleó como un héroe? Nosotros, que de jóvenes perseguimos en Maratón a los enemigos, somos ahora perseguidos por hombres malvados y que al fin tendrán su merecido. ¿Qué responderá a esto Marpsias?<sup>48</sup> ¿Es justo que un hombre encorvado por la edad, como Tucídides,<sup>49</sup> cual

---

<sup>48</sup> Orador sumamente verboso y siempre pronto a disputar.

<sup>49</sup> Uno de los adversarios políticos de Pericles. Acusado de traición, no pudo pronunciar una sola palabra, a pesar de ser un orador distinguido, y fue condenado, según unos, al ostracismo por diez años y, según otros,

si se hubiera perdido en los desiertos de Escitia, sucumba en sus litigios con Cefisodemo, abogado locuaz? Os aseguro que sentí la más viva compasión y hasta lloré, viendo maltratado por un arquero a ese anciano, a Tucídides digo, que, por Deméter, cuando estaba en la plenitud de sus fuerzas, no hubiera tolerado fácilmente que se le atravesara nadie, ni aún la misma Deméter, pues primero hubiera derribado a diez Evatlos<sup>50</sup>, y luego aterrado con sus gritos a los tres mil arqueros, y matado con sus flechas a toda la parentela de ese mercenario. Mas ya que no queréis dejar descansar a los viejos, decretad, el menos, la división de las causas: que el viejo desdentado litigue contra los viejos; y un charlatán invertido como el hijo de Clínias<sup>51</sup> contra los jóvenes. Es necesario, no lo niego, perseguir a los malvados; pero en todos los procesos sea el anciano quien condene al anciano, y el joven al joven.

Un mercado organizado por Diceópolis

DICEÓPOLIS.- (Saliendo y marcando los límites de un recuadro con ayuda de una cuerda).- Estos son los límites de mi mercado. Todos los peloponesios, megarenses y beocios

pueden concurrir a él, con la condición de que me vendan a mí sus mercancías y no a Lámaco. Nombro agoránomos de mi mercado, elegidos a suerte, estos tres zurriagos del Lepreo. Que no entre aquí ningún delator ni ningún habitante de Fásos<sup>52</sup>. Voy a traer la columna sobre la cual está escrito el tratado, para colocarla a la vista de todos.

(Entra un megarense con dos muchachas.)

EL MEGARENSE.- ¡Mercado de Atenas, grato a los megarenses, salud! Juro por Zeus, protector de la amistad, que deseaba verte como el hijo a su madre. Hijas desdichadas de un padre infortunado, mirad si encontráis alguna torta. Escuchadme, por favor, y hagan eco mis palabras en vuestro famélico vientre. ¿Qué preferís? ¿Ser vendidas o morir de hambre?

---

a destierro perpetuo y confiscación de bienes

<sup>50</sup> Orador de mala reputación.

<sup>51</sup> Alcibíades.

<sup>52</sup> Es decir, todo delator, porque fasos, en griego, tiene la misma raíz que sicofante o delator. Fasos es el

LAS MUCHACHAS.-¡Ser vendidas! ¡Ser vendidas!

EL MEGARENSE.-También me parece lo mejor. Pero ¿habrá algún necio que os compre siendo una carga manifiesta? Aunque se me ocurre un ardid digno de Megara. Os voy a disfrazar de cerditos y diré que os traigo al mercado. Poneos estas pezuñas y procurad parecer de buena casta, pues si volvéis a casa ya sabéis, por tonante Zeus, que sufriréis los horrores del hambre. Ea, colocaos estos hocicos

de cerdo y meteos en este serón. Procurad gruñir bien, gritando como los cerdos que van a ser sacrificados a Deméter.

Yo voy a llamar a Diceópolis. ¡Diceópolis! ¿Quiéres comprar cerditos?

DICEÓPOLIS.-¿Qué es esto? ¡Un megarense!

EL MEGARENSE.-Venimos al mercado.

DICEÓPOLIS.-¿Cómo lo pasáis por allá?

EL MEGARENSE.-Sentados siempre junto al fuego y muertos de hambre.

DICEÓPOLIS.-Por Zeus, que debe ser muy agradable, teniendo al lado una flautista. ¿Y qué más hacéis los megarenses?

EL MEGARENSE.-Hacemos lo que podemos. Cuando yo salí para venir al mercado, nuestras autoridades dictaban las medidas adecuadas para que la ciudad se arruine lo antes posible.

DICEÓPOLIS.-Es el mejor sistema para resolver vuestras dificultades de una vez para siempre.

EL MEGARENSE.-Así es.

DICEÓPOLIS.-¿Qué más ocurre en Megara? ¿Qué precio tiene el trigo?

EL MEGARENSE.-Alcanza tanta estimación y precio como los dioses.

DICEÓPOLIS.-¿Traes sal?

EL MEGARENSE.-¿Cómo, si os habéis apoderado de todas nuestras salinas.

DICEÓPOLIS.-¿Y ajos?<sup>53</sup>

EL MEGARENSE.-¿Qué ajos? Si siempre que invadís nuestras tierras arrancáis todas las plantas como si fuéseis ratones de campo.

---

nombre de una ciudad y de un río de Escitia.

<sup>53</sup> El ajo constituía la base de la alimentación de los campesinos y del pueblo bajo.

DICEÓPOLIS.-¿Qué traes, pues?

EL MEGARENSE.-Traigo estos cerditos, para los sacrificios<sup>54</sup>.

DICESPOLIS.-¡Ah, muy bien! ¿A verlos?

EL MEGARENSE.-¡ Mira éste qué hermoso! Tómalo a peso si quieres. ¡Qué gordo y hermoso es este!

DICEÓPOLIS.-Y éste ¿qué es?

EL MEGARENSE.-¿No le ves? Otro gorrino.

DICEÓPOLIS.-¿Qué dices ahí? ¿De dónde?

EL MEGARENSE.-No es un hermoso cerdito?

DICEÓPOLIS.-A mí no me lo parece.

EL MEGARENSE.-¿Que no? ¡Tu incredulidad es asombrosa! ¡Decir que no es un cerdito! Apostemos si quieres, un celemín de sal mezclada con tomillo a que esto es lo que los griegos llaman un cerdito.

DICEÓPOLIS.-Si; un cerdito de los que pertenecen a la especie humana.

EL MEGARENSE.-Si, por Diócles<sup>55</sup>, puesto que me pertenecen ¿A quién crees tú que pertenecen? ¿Quieres oír como gruñen?

DICEÓPOLIS. Bueno; no hay inconveniente.

EL MEGARENSE.-Gruñe pronto, cochinito. ¿A qué te callas, desdichado? Te volveré a casa, por Hermes.

UNA MUCHACHA.-Crrr... Crrr...

EL MEGARENSE.-¿ES o no un cerdito?

DICEÓPOLIS.-Ahora lo parece; pero bien alimentado estará mejor.

EL MEGARENSE.-Dentro de cinco años, te lo aseguro será como su madre.

DICEÓPOLIS.-Pero tal como está no sirve para el sacrificio.

EL MEGARENSE.-¿Y por qué?

DICEÓPOLIS.-Porque no tiene cola<sup>56</sup>.

EL MEGARENSE.-Aún es muy joven; cuando crezca tendrá una cola grande, gorda y colorada. Pero si es para criarlo aquí tienes al otro, que es muy hermoso.

<sup>54</sup> Cada iniciado ofrecía a Deméter el sacrificio de un cerdo.

<sup>55</sup> Diales era el héroe nacional de Megara

<sup>56</sup> Sólo se sacrificaban víctimas perfectas.

DICEÓPOLIS.-Se parecen como hermanos o, mejor dicho, como hermanas.

EL MEGARENSE.-Las dos son hijas del mismo padre y de la misma madre. Cuando se engorde y se cubra de pelos será la mejor víctima que pueda ofrecerse a Afrodita.

DICEÓPOLIS.-A Afrodita no se le sacrifican cerditos.

EL MEGARENSE.-Que no se le sacrifican cerditos o cerditas a Afrodita? Precisamente es la única diosa a quien le agradan. La carne de estos animales es riquísima, sobre todo cuando se la clava en el asador.

DICEÓPOLIS.-¿Ya no necesitan mamar de la madre?

EL MEGARENSE.-Ni del padre, por Poseidón.

DICEÓPOLIS.-¿Qué come ésta de preferencia?

EL MEGARENSE.-Lo que le des. Puedes preguntárselo a ella misma.

DICEÓPOLIS.-¡Gorriñ! ¡Gorriñ!

LAS MUCHACHAS.-Crrr... Crrr...

DICEÓPOLIS.-¿Os gustarán los garbanzos?

LAS MUCHACHAS.-Crrr... Crrr...

DICEÓPOLIS. ¿Y los higos? ¿Te gustan los higos de Fibalis?

LA PRIMERA MUCHACHA.-Crrr... Crrr...

DICEÓPOLIS.-¿Y tú, también comerás higos?

LA SEGUNDA MUCHACHA.-Crrr... Crrr...

DICEÓPOLIS.-¡Cómo ha gruñido por los higos! Traedle algunos y vamos a ver si los come. ¡Sopla! ¡Con qué afán los devoran, Heracles venerado! Parece que son de Tracia<sup>57</sup>. Pero es imposible que se hayan comido todos los higos.

EL MEGARENSE.-Todos, menos uno que he cogido yo.

DICEÓPOLIS.-A fe mía que es una bonita pareja. ¿Por cuánto me la vendes?

EL MEGARENSE.-Este, por una ristra de ajos, y el otro, si te gusta, por un quénice<sup>58</sup> de sal.

DICEÓPOLIS.-Trato hecho. Espérame aquí.

EL MEGARENSE.-¡ La cosa marcha! Hermes, protector del comercio: concédeme que pueda vender lo mismo a mi mujer y a mi madre!<sup>59</sup>

<sup>57</sup> Ciudad imaginaria cuyo nombre se deriva de tragar o devorar.

<sup>58</sup> Medida de capacidad equivalente a un litro ocho centilitros

<sup>59</sup> Esta súplica indica el extremo a que había llegado en Megara la miseria

UN SICOFANTE.-¡ Buen hombre! ¿De dónde eres?

EL MEGARENSE.-Soy un megarense, vendedor de cerdos. EL SICOFANTE.-Pues yo denuncio como enemigos a tus lechoncillos y a tí.

EL MEGARENSE.-¡Vaya! ¡Aquí tenemos otra vez a la fuente de todos nuestros males!

EL SICOFANTE.-Te arrepentirás de haber venido. Deja pronto ese serón.

EL MEGARENSE.-(Gritando) ¡Diceópolis! ¡Diceópolis!! Que me denuncia un no sé quien...

DICEÓPOLIS.-¿Quién te denuncia# Agorámonos, ¿por qué no arrojáis del mercado a los delatores? - ¿Cómo quieres

alumbrarnos sin linterna?<sup>60</sup>.

EL SICOFANTE.-¿No tengo el derecho de denunciar a los traidores?

DICEÓPOLIS.-Pero será a costa de tu pellejo, si no te largas a otro sitio con tus delaciones.

EL MEGARENSE.-¡Qué peste para Atenas!

DICEÓPOLIS.-Tranquilízate megarense; aquí tienes el precio de tus lechoncillos; toma los ajos y la sal. Adiós y buena suerte.

EL MEGARENSE.-Ya no es costumbre tener buena suerte entre nosotros.

DICEÓPOLIS.-Cierto, he dicho una tontería. ¡Que la culpa recaiga sobre mí!

EL MEGARENSE.-Id, lechoncillos míos, y, a ver si lejos de vuestro padre, hay quien os dé de comer tortas con sal.

CORO.-Este hombre (por Diceópolis) es muy feliz. ¿No has oído cuán provechosa le ha sido su determinación? Se gana la vida sentado tranquilamente en su mercado, y si se presenta Cresias o algún otro delator, les tratará como merecen. Nadie te engañará en la compra de comestibles; Prépis no restregará contra tí sus posaderas de invertido; Cleónimo no te dará empujones; cruzarás por entre la multitud vestido de fiesta sin temor de que te salga al encuentro el pleitista Hipérbolo, ni de que, al pasear por el mercado, se te acerque Cratino, pelado a la manera de los libertinos, o aquel canallesco Artemon, en cuyas axilas se esconden chivos apestados. Tampoco se burlarán de tí en el Agora ni el

---

<sup>60</sup> La voz griega significa alumbrar y delatar.



granuja Pauson ni Lisítrato<sup>61</sup>, oprobio de los colarginenses; ése, que impregnado de todos los vicios, como el paño en la púrpura que le tiñe, padece hambre y frío más de treinta días al mes.

UN TEBANO.-(Que entra seguido de un criado.)-¡Por Heracles! ¡Cómo me duele el hombro! - Isménico, descarga con cuidado el poleo; y vosotros, flautistas tebanos, soplad con vuestras flautas de hueso por el agujero mayor de esa piel de perro<sup>62</sup>.

DICEÓPOLIS.-¡Callad, malditos! ¿Si habrán echado raíces en mi puerta semejantes moscones? ¿De dónde vendrán esos discordantes flautistas, dignos discípulos de Quéris?

EL TEBANO.-Por lolao<sup>63</sup>, ¡con qué placer les vería irse al infierno! Desde Tebas vienen soplando detrás de mí, y me han arrancado todas las flores del poleo. Extranjero, ¿quieres comprarme aves o saltamontes?

DICEÓPOLIS.-Salud, pequeño beocio, devorador de canecillos. ¿Qué traes?

EL TEBANO.-Cuanto de bueno hay en Beocia: orégano, poleo, esterillas, mechas para lámparas, ánades, grajos, francolines, pollas de agua, reyezuelos, mergos...

DICEÓPOLIS.-De modo que entras en el mercado como el huracán que abate las aves contra el suelo.

EL TEBANO.-También traigo gansos, liebres, zorras, topos, erizos, gatos, píctidas, nutrias, anguilas del Cópais...<sup>64</sup>

DICEÓPOLIS.-¡Oh, qué deliciosísimo bocado acabas de nombrar! Si traes anguilas, déjame que las salude.

EL TEBANO.-Sal, tú, la mayor de las cincuenta vírgenes Copaidas, a regocijar con tu presencia a este extranjero<sup>65</sup>.

DICEÓPOLIS.-¡Querida mía, por tanto tiempo deseada, al fin has venido a satisfacer

---

<sup>61</sup> Parásito, natural del demo de Colárges; su pobreza y descaro eran extraordinarios.

<sup>62</sup> Las flautas a que alude el tebano eran parecidas a las gaitas.

<sup>63</sup> Héroe tebano, compañero de Heracles.

<sup>64</sup> Lago de Beocia, cuyas anguilas eran muy grandes y apreciadas.

<sup>65</sup> Alusión a las cincuenta Nereidas.

los deseos de los coros cómicos y los del mismo Moricos!<sup>66</sup> Esclavos, traedme el fuego y el aventador. Mirad, muchachos, esta hermosa anguila, que al fin viene a visitarnos después de seis años de espera. Saludadla, hijos míos. Llevadla adentro. Como te guisen con acelgas ni aún la muerte podrá separarme de tí.

EL TEBANO.-¿Y cuánto me vas a pagar por ella?

DICEÓPOLIS.-Esta me la darás por derechos de entrada. ¿Quieres vender alguna otra cosa?

EL TEBANO.-Claro que sí; quiero venderlo todo.

DICEÓPOLIS.-Vamos a ver: ¿cuánto pides? ¿O prefieres cambiar por otras tus mercancías.?

EL TEBANO.-Conforme, me llevaré a Atenas lo que no hay en Beocia.

DICEÓPOLIS.-Entonces querrás anchoas del Falero y cacharros.

EL TEBANO.-¿Anchoas y cacharros? De sobra los tenemos. Sólo quiero llevarme cosas que no hay allí y aquí se encuentran en abundancia.

DICEÓPOLIS.-Ahora comprendo; llévate un delator bien empaquetado, como si fuese una vasija.

EL TEBANO.-¡Por los Dioscuros! Ese sí que sería un negocio redondo: cargar con un mico lleno de malicias.

DICEÓPOLIS.-Muy oportunamente llega Nicarco a delatar a alguno.

EL TEBANO.-Muy chiquito de talla es ese.

DICEÓPOLIS.-Si; pero todo veneno.

NICARCO.-¿De quién son estas mercancías?

EL TEBANO.-Mías; y juro por Zeus que las traigo de Beocia.

NICARCO.-Pues bien, yo las denuncio como mercancías procedentes del enemigo.

EL TEBANO.-¿Qué furia te mueve a declarar la guerra a las aves?

NICARCO.-Y también te denunciaré a tí.

EL TEBANO.-Pero, ¿qué daño te he hecho yo?

NICARCO.-Te lo diré en atención al público: traes mechadas del país enemigo.

EL TEBANO.-¿Eres por tanto, un denunciador de mechadas?

NICARCO.-Una sola puede prenderle fuego al arsenal marítimo.

---

<sup>66</sup> Poeta trágico y gastrónomo reputado.

EL TEBANO.-¡Una mecha incendiar el arsenal! ¿Cómo?

NICARCO.-Cualquier beocio enciende una mecha, la ata a un insecto alado y, aprovechando un momento en que el Bóreas sopla con violencia, la lanza sobre la flota por medio de un tubo; si el fuego prende en cualquier navío, es seguro que se abrasará en seguida toda la flota.

DICEÓPOLIS.-¡Pero qué sinvergüenza! ¿De modo que para reducir a cenizas la escuadra bastan una mecha y un insecto? (Le da varios golpes).

NICARCO.-¡Sedme testigos! (Favor)

DICEÓPOLIS.-Tápale la boca; dame bálago y mimbres para envolverle y poderme llevar como una vasija sin que se rompa en el camino.

EL CORIFEO.-Buen hombre, ata bien tan delicada mercancía, no se te quiebre en el camino.

DICEÓPOLIS.-Eso a mi cargo queda, aunque deja oír un crujido como si se hubiera rajado en el horno. ¡Crujido odioso a los inmortales!

EL CORO.-¿Qué hará con él?

DICEÓPOLIS.-Me servirá para todo: de recipiente de los males, de mortero para majar pleitos, de linterna para espiar a los recaudadores y de barreño donde se enturbien todas las cosas.

EL CORIFEO.-Pero ¿quién se atreverá a usar un vaso cuyos crujidos resuenan incesantemente en la casa?

DICEÓPOLIS.-Es sólido, amigo mío, y no se quebrará fácilmente si se le cuelga de los pies, cabeza abajo.

EL CORIFEO.- (Al tebano).-En suma, es un buen negocio para tí.

EL TEBANO.- (Poniéndose a recoger toda su mercancía). Si; pero me llevo todas mis cosas.

EL CORIFEO.-Muy bien, noble extranjero, llévate tus cosas y echa al sicofante encima para llevártelo adonde te plazca.

DICEÓPOLIS.-Trabajo me ha costado empaquetar a ese granuja. Ea, amigo, toma tu vasija y llévatela.

EL TEBANO.-Ismánico, cárgatela sobre los hombros.

DICEÓPOLIS.-Procura llevarla con cuidado. Aunque no llevas nada bueno, sin

embargo, es fácil que salgas ganancioso con tu carga; serás feliz por gracia de los delatores. (Vase el Tebano).

UN CRIADO.-(Enviado por Lámaco).-¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.-¿Quién va? ¿Qué me quieres?

EL CRIADO.-Lámaco te suplica que le des, mediante este dracma, algunos tordos para celebrar la fiesta de las copas, y que por otros tres le vendas una anguila del Cópais.

DICEÓPOLIS.-¿Quién es ese Lámaco que desea la anguila?

EL CRIADO.-Pues bien, Lámaco el terrible, el invencible, el que lleva una Gorgona en el escudo y sobre cuyo casco se agita un triple penacho de plumas.

DICEÓPOLIS.-Pues a ese Lámaco no le venderé nada, aunque me dé su escudo; en vez de comer pescado que se entretenga en agitar sus penachos. Si se alborota, llamaré a los agoránomos. Y, ahora, me voy y me llevo la mercancía.

"...al rumor de las alas vivas de los mirlos y de los tordos."

EL PRIMER SEMICORO.-¿No veis, ciudadanos, la extremada prudencia y discreción de ese hombre, que, después de haber pactado sus treguas, puede comprar cuantas cosas suelen traer los mercaderes, útiles unas a la casa y gratísimas otras al paladar?

Todos los bienes penetran por sí mismos en su morada. Nunca admitiré en mi casa al belicoso Polemo<sup>67</sup>; jamás cantará en mi mesa el himno de Armodio, porque es un ser cuya embriaguez es temible. Arrojándose sobre nuestros bienes, descargó sobre nosotros todos los males, la ruina, la destrucción y la muerte; en vano le decíamos amablemente: "bebe, acompáñanos en la mesa, acepta esta copa de amistad", porque entonces atizaba con más violencia el incendio de nuestros rodrigones y derramaba el vino de nuestras copas.

EL SEGUNDO SEMICORO.-Abundante mesa es la de Diceópolis; orgulloso de su suerte, arroja en los umbrales de su casa esas plumas, indicio de su regalada vida.

¡Oh, Paz, compañera de la bella Afrodita y de sus amigas las Gracias! ¿Cómo he podido desconocer tanto tiempo tu sin par belleza?

¡Ojalá me despose contigo un Amor coronado de rosas como el que está allí

---

<sup>67</sup> Polemo, personificación de la guerra.

pintado!<sup>68</sup>. ¿Me crees acaso demasiado viejo? Pues si me enlazo a tí podré, aunque anciano, hacer tres cosas en obsequio tuyo: plantarte ante todo una larga hilera de jóvenes vides; y luego, al lado, tiernos retoños de higuera y, finalmente, a pesar de mis años, un vigoroso sarmiento, todo ello rodeado de un campo de olivos, con cuyo aceite podamos mutuamente ungimos en las Neomenias.

UN HERALDO.-Se hace saber: que conforme a la costumbre patria, vais a beber en vuestras copas al son de las trompetas; el que primero haya apurado su vaso recibirá en premio el odre de Ctesifon<sup>69</sup>.

DICEÓPOLIS.-Muchachos, mujeres, ¿no habéis oído? ¿Qué hacéis? ¿No habéis oído el pregón? Coced las viandas, asadlas; retirad pronto las liebres de los asadores; tejed las coronas; dadme asadorcillos para los tordos.

CORO.-Celebro tu suerte, amigo mío, y más que todo, esa tu discreción admirable, por la cual gozas de tan delicioso banquete.

DICEÓPOLIS.-Pero ¿qué diréis cuando veáis cómo se asan mis tordos?

EL PRIMER SEMICORO.-También creo que tienes razón en eso.

DICEÓPOLIS.- (A un criado).-Atiza el fuego.

EL PRIMER SEMICORO.-¿Veís cómo dispone su comida, y qué cocinero es, tan hábil y experimentado?

UN LABRADOR.- (Que entra miserablemente vestido). ¡Desgraciado de mí!

DICEÓPOLIS.- ¡Por Heracles! Y éste ¿quién es?

EL LABRADOR.-Un desdichado.

DICEÓPOLIS.-Pues sigue tu camino.

EL LABRADOR.- ¡Ah, excelente hombre! Ya que las treguas se han pactado sólo para tí, cédeme un poco de tu tratado de paz, aunque no sea más que por cinco años.

DICEÓPOLIS.-¿Cuál es la desgracia que te aflige?

EL LABRADOR.-Estoy arruinado; he perdido una yunta de bueyes.

DICEÓPOLIS.-¿Y Cómo?

EL LABRADOR.-Me la quitaron los beocios en la toma de Fijé<sup>70</sup>.

<sup>68</sup> Alusión quizás a un Amor coronado de rosas y radiante de hermosura que Zeuxis había pintado en el templo de Afrodita, en Atenas.

<sup>69</sup> Epigrama contra Ctesifón, que era muy grueso y panzudo.

<sup>70</sup> Aldea del Atica.

DICEÓPOLIS.-¡ Oh, triple infortunio! ¿Y aún vas vestido de blanco?

EL LABRADOR.-Esos bueyes, ¡oh, poderoso Zeus, me tenían en la más deliciosa abundancia?

DICEÓPOLIS.-¿Y qué necesitas ahora?

EL LABRADOR.-Tengo los ojos enfermos de tanto llorar. Si algún interés te merece Dérceles de Filé frótame pronto los ojos con el bálsamo de la paz.

DICEÓPOLIS.-Pero, desdichado, yo no soy médico público<sup>71</sup>

EL LABRADOR.-Hazlo, por piedad, para ver si puedo recobrar mis bueyes.

DICEÓPOLIS.-Me es imposible; vete con tus lágrimas a los discípulos de Pítalo<sup>72</sup>.

EL LABRADOR.-Ponme siquiera una gota de paz en esta cañita.

DICEÓPOLIS.-Ni la más pequeña gota. Vete a gemir a otra parte.

EL LABRADOR.-)Desdichado de mí, que me he quedado sin mi pareja de bueyes de labranza!

EL SEGUNDO SEMICORO.-Este hombre ha conseguido con su tregua muchas ventajas, de las cuales, al parecer, no quiere hacer partícipe a nadie.

DICEÓPOLIS.-)A un criado).-Echa miel en las salchichas y pon a freír los calamares.

EL SEGUNDO SEMICORO.-¿Oís cómo levanta el tono?

DICEÓPOLIS.-Asadme esas anguilas.

EL SEGUNDO SEMICORO.-Nos vas a matar de hambre, a nosotros y a todos los vecinos con tus voces y con el olorcito.

DICEÓPOLIS.-¡Que esté bien dorado ese asadito!

UN PARANINFO. <sup>73</sup>(entrando).- ¡Dicéopolis!

DICEÓPOLIS.-¿Quién me llama?

EL PARANINFO.-Un recién casado te envía esta parte de su convite de boda.

DICEÓPOLIS.-Quienquiera que sea, es muy amable.

EL PARANINFO.-Te suplica que, en cambio, le echés en este vaso de alabastro una copita de paz para que pueda eximirse de hacer la guerra y quedarse en casa disfrutando

---

<sup>71</sup> Alusión a los médicos que en Atenas estaban encargados de prestar gratuitamente sus servicios a los pobres.

<sup>72</sup> Alusión a los médicos de Atenas.

<sup>73</sup> Nombre del que acompañaba al recién casado cuando se dirigía a su casa con su esposa.

de los placeres del amor.

DICEÓPOLIS.-Llévate, llévate tus viandas y nada me des, pues no le cedería una gota por mil dracmas. (Designando a una mujer que acompaña al paraninfo)

EL PARANINFO.-Es la doncella de honor. Quiere hablarte a ti solo, de parte de la novia.

DICEÓPOLIS.- (A la doncella de honor) Vamos, ¿qué tienes que decirme?... (La mujer le cuchichea al oído) ¡Qué pretensión tan extravagante! La novia quiere obtener de mí que pueda guardar con ella el miembro de su hombre. ¡Qué le voy a hacer! Traedme el tratado. Haré una excepción por ella puesto que es una mujer y no es responsable de la guerra. Acerca el frasco, hija mía. ¿Sabes la manera de emplearlo? Dile a la desposada que cuando se haga la leva de los soldados, unte con esto el miembro de su marido. (Al criado que le ha traído el tratado.) Llévate el tratado. Traed el cacillo para que llene de vino las copas.

EL CORO.-Ahí se acerca uno con el entrecejo fruncido, como si nos fuera a anunciar alguna desgracia.

EL MENSAJERO.- (Llamando a la puerta de Lámaco). ¡Aquí las fatigas, aquí las batallas con todos los Lámaco!

LÁMACO.-¿Quién llama a esta puerta con adornos guerreros?

EL MENSAJERO.-El Estado Mayor te ordena que, reuniendo a toda prisa tus batallones y penachos, partas hoy mismo, a pesar de la nieve, a custodiar la frontera. Se ha sabido que los beocios piensan invadir nuestro territorio, con ocasión de estarse celebrando la fiesta de las Copas y de las Ollas.

DICEÓPOLIS.-¡Ah los generales! ¡Si su calidad estuviera en razón de su cantidad!

LÁMACO.-Sea como sea, me resulta muy penoso no poder celebrar la fiesta.

DICEÓPOLIS.-¡ Compadecemos a esas pobres tropas que deben librar esos combates lamáquicos!

LÁMACO.-¡Por vida de ..! ¿Te atreves a burlarte de mí? DICEÓPOLIS.-¿Quieres batirte contra un Gerión de cuádruple penacho?<sup>74</sup>.

LÁMACO.-¡Vaya noticia la que me ha traído el mensajero!

DICEÓPOLIS.-¡Oh! ¡Oh! ¿Qué tendrá que decirme a mí este otro que llega

---

<sup>74</sup> Gerión era un gigante de tres cuerpos.

corriendo?

EL OTRO MENSAJERO.-¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.-¿Qué me quiere

EL OTRO MENSAJERO.-Corre al festín y lleva una cesta y una copa, pues te invita el sacerdote de Dionysos; pero apresúrate, los convidados te esperan. Ya está todo preparado: los triclinios, los cojines, los tapetes, las coronas, los perfumes y los postres; hay allí mujeres y galletas, pasteles, tortas de sésamo, rosquillas y hermosas bailarinas, delicias de Harmodio;<sup>75</sup> pero corre, no pierdas tiempo.

LÁMACO.-¡Maldito sea mi sino!

DICEÓPOLIS.-¿Cómo se te ocurrió pavonearte con la gran Gorgona de tu escudo? Cerrad la puerta y que pongan mis vituallas en el cesto.

LÁMACO.-¡ Esclavo! Tráeme mi saco de viaje.

DICEÓPOLIS.-¡Esclavo! Tráeme la cesta.

LÁMACO.-Trae sal mezclada con tomillo y cebollas. DICEÓPOLIS.-Y a mí, peces; me cansan las cebollas.

LÁMACO.-Tráeme tocino rancio envuelto en una hoja de higuera.

DICEÓPOLIS.-Coge también una hoja de higuera pero envuelve con ella aquel picadillo tan sabroso.

LÁMACO.-Tráeme las dos plumas de mi casco.

DICEÓPOLIS.-A mí los pichones y los tordos.

LÁMACO.-¡ Qué hermosa y qué blanca es esta pluma de avestruz!

DICEÓPOLIS.-¡Qué hermosa y qué dorada está la carne de este pichón!

LÁMACO.-¿Acabarás, buen hombre, de burlarte?

DICEÓPOLIS.-¿Acabarás tú, buen hombre, de mirar de reojo mis tordos?

LÁMACO.-*(A su criado)* Tráeme el estuche que contiene mi triple cimera.

DICEÓPOLIS.-Tráeme ese pastel de liebre.

LÁMACO.-¡Cómo han devorado las polillas mis penachos!

DICEÓPOLIS.-¡Cómo voy a devorar pastel de liebre antes del banquete!

LÁMACO.-¿Acabarás, buen hombre, de dirigirme la palabra?

DICEÓPOLIS.-¿Yo? Yo no te hablo; disputo hace rato con mi criado *(Dirigiéndose*

---

<sup>75</sup> Es decir, del banquete.



a su criado) ¿Quieres apostar, y Lámaco decidirá la cuestión, si los saltamontes son mejores

que los tordos?

LÁMACO.-Estás muy insolente.

DICEÓPOLIS.-Dice que son más sabrosos los saltamontes.

LÁMACO.-Esclavo, descuelga la lanza y tráemela.

DICEÓPOLIS.-Esclavo, descuelga las morcillas y tráemelas.

LÁMACO.- (Tirando de un extremo de la vaina mientras que el criado tira del otro).

DICEÓPOLIS.- (Imitando el juego con una morcilla) Ten tú también firme y no la sueltes.

LÁMACO.-Saca las abrazaderas de mi escudo.

DICEÓPOLIS.-Saca del horno los panecillos, que son las abrazaderas de mi estómago.

LÁMACO.-Tráeme el disco del escudo con la cabeza de Gorgona.

DICEÓPOLIS.-Tráeme el disco de aquel pastel con queso.

LÁMACO.-La verdad es que tienen poca gracia esas burlas.

DICEÓPOLIS.-La verdad es que resultan deliciosos estos manjares.

LÁMACO.-Echa aceite en el escudo para frotarlo. Veo en él la imagen de un viejo que será acusado de cobardía.

DICEÓPOLIS.-Echa miel al pastel. Veo en él la imagen de un viejo que hace rabiarse al penachudo Lámaco.

LÁMACO.-Muchacho, tráeme mi coraza de campaña.

DICEÓPOLIS.-Muchacho, tráeme la copa; es mi coraza contra la sed.

LÁMACO.-Con esto, podré responder a los golpes.

DICEÓPOLIS.-Con esto podré responder a las copas.

LÁMACO.-Sujeta esas correas a mi escudo.

DICEÓPOLIS.-Sujeta los platos en la cesta.

LÁMACO.-Cogeré el saco de viaje y lo llevaré yo mismo.

DICEÓPOLIS.-Yo cogeré este manto y me marcharé.

LÁMACO.-Toma el escudo y anda. ¡Caracoles! ¡Está nevando! Mal tiempo para la fanfarria.

DICEÓPOLIS.-Recoge las viandas. Tengo que cenar. (Salen ambos).

EL CORIFEO.-Idos los dos y buena suerte en vuestras

expediciones. ¡Qué caminos tan diversos seguís! Aquél beberá, coronado de flores; tú harás centinela medio helado; aquél dormirá con una hermosa muchacha que le friccione el sistema.

EL CORO.-¡Qué Zeus confunda al hijo de Psácas, a Antímaco, poetastro infeliz, que, siendo corega<sup>76</sup> en las fiestas Leneas, me mandó a casa sin cenar! ¡Ojalá le vea yo algún día ávido de comerse un calamar, y cuando esté ya frito, chirriando en la sartén, servido en la mesa aderezado con sal, en el momento de llevarlo a la boca, un perro se lo arrebate y escape con él!

Además de ese mal, le deseo otra aventura nocturna: que al volver febril a su casa, después de la equitación, se tropiece con Orestes borracho, y éste, enfurecido, le rompa la cabeza, y que pensando tirarle una piedra, coja en la oscuridad un excremento reciente y, al lanzarlo con ímpetu como si fuera un guijarro, yerre el golpe y le pegue a Cratino!<sup>77</sup>.

UN CRIADO DE LÁMACO.-¡Esclavos de Lámaco, pronto, pronto, calentad agua en un pucherillo! Preparad trapos, unguento, lana virgen y vendas para atarle el tobillo. Al saltar una zanja se ha herido con una estaca, se ha dislocado un pie y se ha roto la cabeza contra una peña; la Gorgona saltó del escudo, y al ver el héroe su formidable penacho caído entre las piedras, declamó estos versos terribles:

Brillante objeto, ya no volverán a verte mis ojos, El sol se extingue para mí; ya no seré quien fuí..

Dicho esto, cae en una zanja, se levanta, se arroja sobre los fugitivos, y le dan una lanzada.

LÁMACO.-¡Ay, ay, ay! ¡Qué agudos dolores; ¡Qué frío; Me muero, triste de mí, herido por una lanza enemiga. Pero aún será más terrible mi desgracia si Diceópolis, al verme en tal estado, se burla de mi infortunio.

DICEÓPOLIS.- (Con una mujer de cada brazo) ¡Ay, ay, ay! ¡Qué firmes al tacto vuestros senos! Verdaderas manzanas. Dadme un beso, tesoros; un beso dulce y voluptuoso. Pues yo he sido el que he bebido la primera copa.

<sup>76</sup> El Corega tenía a su cargo ordenar por su cuenta los gastos teatrales y parece que este Antímaco trató mezquinamente a los artistas.

<sup>77</sup> Orestes y Cratino, dos personajes de la época, muy conocidos.

LÁMACO.-¡Oh, suerte funesta! ¡Oh, dolorosas heridas!

DICEÓPOLIS.-Hola, salud, caballero Lámaco.

LÁMACO.-¡ Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.- (A una de las mujeres) ¿Por qué me besas?

LÁMACO.-¡Ay, como sufro!

DICEÓPOLIS.- (A la otra mujer) ¿Por qué me mordisqueas?

LÁMACO.-¡ Infortunado! ¡Qué duro escote pagué en el combate!

DICEÓPOLIS.-Pues qué, ¿se paga escote en la fiesta de las copas?

LÁMACO.-¡Oh, Pean! ¡Pean!<sup>78</sup>.

DICEÓPOLIS.-¿Pero es que hoy se celebran las fiestas de

Apolo?

LÁMACO.-¡Levantadme, levantadme esta pierna! Tirad

de ella hacia vosotros, amigos.

DICEÓPOLIS.-Y vosotras dos cogedme el miembro por en medio y tirad hacia vosotras, amiguitas.

LÁMACO.-La herida de la cabeza me da vértigos y voy a desvanecerme.

DICEÓPOLIS.-Yo quiero irme a la cama; lo tengo bien en forma y voy a beneficiarme de estas amistades.

LÁMACO.-Llevadme a casa de Pítalo y ponedme en sus expertas manos.

DICEÓPOLIS.-Y a mí llevadme ante los jueces. ¿Dónde está el rey? Dadme el odre señalado como premio.

LÁMACO.-La terrible lanzada me ha llegado al hueso.

DICEÓPOLIS.- (Mostrando la copa que acaba de vaciar) Mirad esta copa vacía. ¡Victoria! ¡Victoria!

EL CORO.-¡ Victoria! buen hombre, pues así lo deseas, clamemos ¡Victoria!

DICEÓPOLIS.-Y la he vaciado de un trago aunque estaba llena de vino puro.

EL CORO.-¡ Victoria, valiente héroe! Recoge tu odre y ven.

DICEÓPOLIS.-Seguidme cantando: ¡Victoria! ¡Viva el glorioso vencedor!

EL CORO.-¡Victoria! ¡Viva el glorioso vencedor! y que vivan el odre y el bebedor.

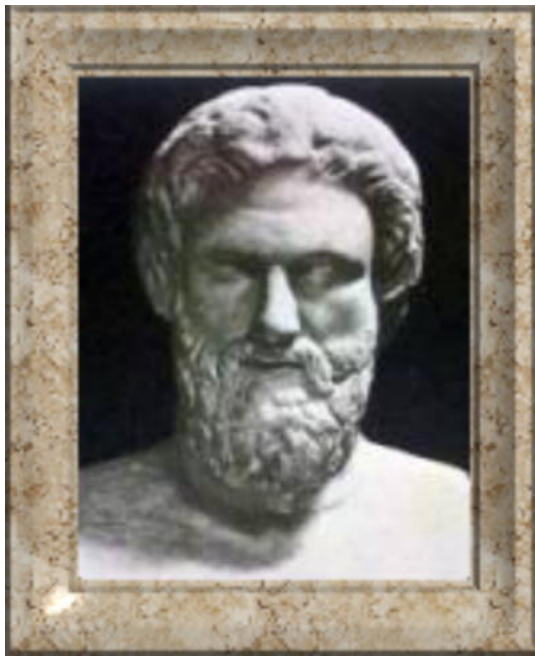
---

<sup>78</sup> Otro sobrenombre de Apolo, honrado como dios de la medicina.

# LOS CABALLEROS

---

## ARISTÓFANES



## PERSONAJES:

PRIMER SERVIDOR, personificando a Demóstenes.

SEGUNDO SERVIDOR, personificando a Nicias.

UN CHORICERO, llamado Agorácrito.

EL PAFLAGONIO, personificando a Cleón.

DEMOS, personificando al Pueblo Ateniense.

Los CABALLEROS, que componen el Coro.

*(La escena representa un rincón del Mercado, junto a la casa de Demos).*

PRIMER SERVIDOR.- (Llevando la máscara del general Demóstenes) ¡Qué calamidad ¡Qué los dioses confundan a ese Paflagonio<sup>1</sup> y a sus malditos consejos! Desde que, en n vi hora, se introdujo en esta casa<sup>2</sup>, no cesa de apalear a los criados.

SEGUNDO SERVIDOR.- (Llevando la máscara del general Nicias).- Así perezca él y toda la ralea de ese puerco calumniador.

PRIMER SERVIDOR.- ¿Cómo te va, pobre amigo mío?

SEGUNDO SERVIDOR.- Mal, lo mismo que a ti.

PRIMER SERVIDOR. Pues ven acá: mezclemos nuestros gemidos, imitando los gemebundos cantos de Olimpo<sup>3</sup>.

Los DOS SERVIDORES.- Mumu, mumu, mumu, mumu...

PRIMER SERVIDOR.- ¿De qué sirve gemir? ¿No sería mejor buscar otro medio de aliviar nuestra suerte, y dejarnos de llantos?

SEGUNDO SERVIDOR.- ¿Pero qué medio?

PRIMER SERVIDOR.- Dilo tú.

SEGUNDO SERVIDOR.- No; habla tú; es un honor que te corresponde.

PRIMER SERVIDOR.- No; por Apolo, has de ser tú el que propongas. No vaciles. Después te diré lo que pienso.

SEGUNDO SERVIDOR.- NO me atrevo. ¿Cómo lo haría para decirlo con la sutileza de Eurípides? "Ojalá me dijese lo que debo decirte".

PRIMER SERVIDOR.- ¡Quita, quita, no me llenes de verdolagas<sup>4</sup>. Más vale que inventes un canto de libertad. SEGUNDO SERVIDOR.- Di, pues, de un soplo: Vamos.

PRIMER SERVIDOR.- Sea; ya digo vamos. SEGUNDO SERVIDOR.- Añade nos vamos.

PRIMER SERVIDOR.- NOS.

SEGUNDO SERVIDOR.- Perfectamente. Ahora, repite cada vez más aprisa vamos nos...

PRIMER SERVIDOR.- Vamos nos, vamos nos, vamos nos, nos vamos...

SEGUNDO SERVIDOR.- ¡Eh! ¿No es delicioso? ¡Estupendo! ¿verdad?

<sup>1</sup> Cleón, Aristófanes le llama Paflagonio, no porque fuese de Paflagonia, sino para indicar su pronunciación tartajosa.

<sup>2</sup> Es decir, desde que se mezcló en la administración de la República.

<sup>3</sup> Músico, cuyas melodías con acompañamiento de flauta, expresaban el dolor.

<sup>4</sup> Alusión al oficio de la madre de Eurípides.

PRIMER SERVIDOR.-Sin duda; pero temo que esto no presagie nada bueno para mi piel.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Y por qué?

PRIMER SERVIDOR. Porque de las prisas vienen las caídas.

SEGUNDO SERVIDOR.-En el actual estado de cosas, creo que lo mejor será acercarnos a la estatua de un dios para invocar su favor.

PRIMER SERVIDOR.-¿La estatua de un dios? ¡Déjate de bromas? ¿Tú crees realmente en los dioses?

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Yo? ¡Naturalmente!

PRIMER SERVIDOR.-¿Y en qué te fundas?

SEGUNDO SERVIDOR.-En que me detestan. ¿No crees que es un argumento suficiente?

PRIMER SERVIDOR.-Me has convencido: hay que pensar en otra cosa. ¿Quieres que someta la cuestión al público?

SEGUNDO SERVIDOR.-No estará mal; pero antes pidamos a los espectadores que con la expresión de su fisonomía manifiesten si les son gratos nuestros argumentos y palabras.

PRIMER SERVIDOR.-Empiezo, pues. Tenemos un amo selvático, devorador de habas, irascible, pesado y algo sordo; se llama Demos. Es originario de Pnyx. El mes último compró un esclavo, un zurrador paflagonio, lo más intrigante y calumniador que puede imaginarse. El tal Paflagonio, conociendo el carácter del viejo, empezó, como perro zalamero, a hacerle la rosca, a adularle, a acariciarle y a sujetarle con sus correillas,<sup>5</sup> diciéndole: "¿Dueño mío!, véte al baño, que ya es bastante trabajo el sentenciar un pleito; toma un bocadillo, echa un trago, come, cobra los tres óbolos<sup>6</sup>. ¿Quieres que te sirva la comida?" Y arrebatando después lo que cada uno de nosotros había dispuesto para sí, se lo ofrecía generosamente al viejo. Últimamente, yo le había preparado en Pilos<sup>7</sup> un pastel lacedemonio; pues bien, no sé de qué manera se las arregló ese bribón; pero el caso es que me lo escamoteó y se lo ofreció al amo como cosa suya. Nos aparta cuidadosamente del anciano Demos y no nos permite servirle. Armado de su mosquero de correas, se

<sup>5</sup> Cleón era hijo de un curtidor y había ejercido el oficio de su padre.

<sup>6</sup> Salario que percibían los jurados.

<sup>7</sup> Alusión a la victoria de Pilos, que se atribuyó a Cleón, aunque quien lo había hecho todo era Demóstenes

coloca junto a su señor, cuando cena, y espanta a los oradores y pronuncia oráculos, y le ha llenado al viejo la cabeza de profecías. Cuando le ve ya decrepito, pone manos a la obra. Acusa y calumnia a todos los de la casa y nos muelen a golpes. El mismo Paflagonio corre alrededor de los criados, les pide, les acosa, les arranca regalos, diciéndoles: "¿Veis cómo por mi causa le sacuden a Hilas? ¡Si no hacéis lo que quiero, moriréis hoy mismo!" Y nosotros le damos cuanto nos pide, pues, si no, pateados por el viejo, nos aflojaríamos el vientre ocho veces más. Tratemos, pues, cuanto antes, amigo mío, del camino que debemos seguir, y donde poner nuestra esperanza.

SEGUNDO SERVIDOR.-Nuestro mejor recurso será el "vámonos" 'de antes.

PRIMER SERVIDOR.-Pero si nada puede hacerse sin que lo vea ese maldito Paflagonio: pone los ojos en todo. Tiene un pie en Pilos y el otro en la Asamblea. Esta gran separación de sus piernas hace que sus nalgas caigan sobre Caonia mientras sus dos manos están pidiendo en Etolia y su imaginación robando en Clopidia.

SEGUNDO SERVIDOR.-En estas condiciones, no nos queda más que morir.

PRIMER SERVIDOR.-Entonces arréglatelas para que muramos con la mayor gallardía posible.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Y cómo morir con gallardía? Lo mejor sería beber sangre de toro. La muerte de Temístocles es la más envidiable.<sup>8</sup>

PRIMER SERVIDOR.-Nada de sangre; mejor será que echemos un trago de vino en honor del Buen Genio. Probablemente, esto nos dará alguna buena idea.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Ah! ¡Vino! Luego se trata de beber. Pero, ¿qué buena idea puede ocurrírsele a un hombre ebrio?

PRIMER SERVIDOR.-¡Pues claro que sí! Eres un grifo de palabras. ¿Te atreves a acusar al vino de que turba la razón? ¿Acaso hay nada de más eficaces resultados? Escucha: los hombres, cuando beben, son ricos, afortunados en sus negocios; ganan los pleitos y son felices y útiles a sus amigos. Ea, tráeme pronto una copa de vino para que riegue mi espíritu y te dé alguna idea ingeniosa.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Ay de mí! ¿Qué vamos a sacar con beber?

PRIMER SERVIDOR.-Muchas ventajas; pero trae la copa; voy a recostarme aquí. Si

---

<sup>8</sup> Según una tradición, Temístocles había muerto envenenado, bebiendo sangre de toro.



llego a alegrarme, ya verás como inundo estos contornos de conceptos, sentencias y argumentos.

SEGUNDO SERVIDOR.- (Trae uncí jarra de vino y una copa). Ha habido suerte. Nadie me ha visto robar el vino de casa.

PRIMER SERVIDOR.- ¿Qué hace el Paflagonio?

SEGUNDO SERVIDOR.- Harto de vino y panes denunciados, el muy bribón ronca tendido sobre sus cueros.

PRIMER SERVIDOR.- Entonces échame vino con mano pródiga, como si fuera para una libación.

SEGUNDO SERVIDOR.- Toma; y bebe en honor del Buen Genio.

PRIMER SERVIDOR.- Hagamos, pues, una libación con el vino del Genio de Pramnio, Oh, mi querido Genio; esta idea no es mía, tú eres quien me la inspira.

SEGUNDO SERVIDOR.- Dime, por favor, lo que sea.

PRIMER SERVIDOR.- Entra en la casa mientras duerme, escamotéale los oráculos al Paflagonio y tráemelos.

SEGUNDO SERVIDOR.- Lo haré, aunque mucho me temo que esa idea te la haya inspirado un Genio Malo.

PRIMER SERVIDOR.- Anda, En tanto, llenaré yo mismo la copa. Tal vez este riego haga germinar en mi cerebro alguna buena idea.

SEGUNDO SERVIDOR.- (Volviendo con los oráculos) ¡Con qué furia ronca y se desahoga el Paflagonio! Así es que le he sustraído sin dificultad aquel sagrado oráculo que guarda con tantas precauciones.

PRIMER SERVIDOR.- ¡Tu destreza no tiene rival! Dámelo para que lo lea. En tanto, échame vino a toda prisa.- Veamos lo que dice. ¡Oh, que precioso hallazgo! Dame, dame pronto la copa.

SEGUNDO SERVIDOR.- Toma. ¿Qué dice el oráculo?

PRIMER SERVIDOR.- Lléname otra.

SEGUNDO SERVIDOR.- ¡Cómo! ¿El oráculo dice: "Lléname otra"?

PRIMER SERVIDOR.- ¡Oh, Bacis!<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Invocación a un antiguo y famoso adivino griego, natural de Beocia.

SEGUNDO SERVIDOR.-Pero ¿qué es ello?

PRIMER SERVIDOR.-Dame pronto la copa.

SEGUNDO SERVIDOR.-Por lo visto, ese Bacis usaba y abusaba de la copa.

PRIMER SERVIDOR.-¡Maldito Paflagonio! Por eso guardabas hace tanto tiempo este oráculo, por miedo a lo que le concierne.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Cómo?

PRIMER SERVIDOR.-La profecía anuncia cómo ha de perecer.

SEGUNDO SERVIDOR.-Pero ¿cómo?

PRIMER SERVIDOR.-¿Cómo? El oráculo dice expresamente que primero habrá un vendedor de estopas que tomará en mano el gobierno de la ciudad.

SEGUNDO SERVIDOR.-Comprendido lo del vendedor. ¿Y después? Te escucho.

PRIMER SERVIDOR.-SU sucesor será un tratante en carneros.

SEGUNDO SERVIDOR.-Ya van dos comerciantes. ¿Qué ocurrirá con el segundo?

PRIMER SERVIDOR.-Mandaré hasta que aparezca otro individuo aun más repugnante. Caerá entonces, reemplazándole un Paflagonio, comerciante en cueros, ladrón, alborotador y de voz ensordecedora como la del torrente Cicloro.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Está escrito, pues, que un tratante en cueros derribará a un tratante en carneros?

PRIMER SERVIDOR.-Absolutamente.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡ Infeliz de mí! ¿Dónde podremos encontrar otro comerciante?

PRIMER SERVIDOR.-Aún hay otro, que ejerce un oficio maravilloso.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Quién? Por favor, ¿quién es? PRIMER SERVIDOR.-¿Lo digo?

SEGUNDO SERVIDOR.-Si, por Zeus.

PRIMER SERVIDOR.-¡Un choricero! será quien le derribe.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Un choricero! ¡Nobilísimo oficio, por Poseidón! Pero ¿dónde hallaremos a ese hombre?

PRIMER SERVIDOR.-Busquémosle. Pero héle ahí que viene al mercado como por una gracia celeste. ¡Oh choricero, bendito del cielo! ¡Acércate, amigo mío! Te nos

apareces como el salvador de la ciudad.

EL CHORICERO.-(Que llega con su mercancía).-¿Qué ocurre? ¿Por qué me llamáis?

PRIMER SERVIDOR.-Ven aquí a enterarte de toda la extensión de tu felicidad y de la magnificencia de tu suerte.

SEGUNDO SERVIDOR.-Descárgalo de su mercancía y ponle al corriente del Oráculo. Yo, me vuelvo a casa para vigilar al Paflagonio.

PRIMER SERVIDOR.-Vamos, deja tus mercancías, y adora después a la tierra y a los dioses.

EL CHORICERO.-Ya está ¿qué sucede?

PRIMER SERVIDOR.-¡ Mortal bienaventurado! ¡Mortal opulento que hoy no eres nada y mañana lo serás todo! ¡Oh tú, que has venido al mundo para felicidad de los atenienses!

EL CHORICERO.-¿Por qué, buen hombre, te burlas de mí y no me dejas lavar estas tripas ni vender estos chorizos?

PRIMER SERVIDOR.-¿Qué tripas? ¡Insensato! Mira allí. ¿Ves esas filas de ciudadanos?<sup>10</sup>

EL CHORICERO.-Las veo.

PRIMER SERVIDOR.-Estás destinado a ser el soberano absoluto de todos esos súbditos. Serás el jefe del mercado, y de los puertos y de la Asamblea; pisotearás al Senado; destituirás a los generales, les cargarás de cadenas, los reducirás a prisión y establecerás tu mancebía en el Pritáneo.

EL CHORICERO.-¿Yo?

PRIMER SERVIDOR.-Si, tú; y aun no lo ves todo. Súbete sobre ese tablero y mira todas las islas de alrededor.

EL CHORICERO.-Las veo.

PRIMER SERVIDOR.-Bueno; mira ahora los puertos y los barcos mercantes.

EL CHORICERO.-En efecto.

PRIMER SERVIDOR.-¿Puede haber fortuna mayor? Dirige ahora el ojo derecho hacia Caria y el Otro hacia Cartago.

---

<sup>10</sup> Señalando a los espectadores.

EL CHORICERO.-¿De modo que mi fortuna será quedarme bizco?

PRIMER SERVIDOR.-No; tú podrás traficar con todo eso. Porque llegarás a ser, como el oráculo lo dice, un gran personaje.

EL CHORICERO.-¿Quieres decirme, cómo yo, que soy un choricero, puedo llegar a lo que se llama un personaje?

PRIMER SERVIDOR.-Por eso mismo llegarás a serlo; porque eres un canalla audaz, salido de la hez del pueblo.

EL CHORICERO.-No me creo digno de alcanzar un poder semejante.

PRIMER SERVIDOR.-¿Cómo es eso? ¿De qué te crees indigno? Albergarás todavía algún buen sentimiento. ¿Pertenece a una clase honrada?

EL CHORICERO.-No, por los dioses; pertenezco a la canalla.

PRIMER SERVIDOR.-Entonces, oh mortal afortunado, estás ricamente dotado para la política.

EL CHORICERO.-Pero, buen amigo, yo no he recibido la menor instrucción; sólo sé leer, y eso mal.

PRIMER SERVIDOR.-Precisamente único que te perjudica es saber leer, aunque sea mal. Para gobernar al pueblo no hacen falta hombres provistos de buena cultura y de buena educación. Se necesitan ignorantes que, además, sean unos granujas. No desprecies lo que los dioses te prometen en sus predicciones.

EL CHORICERO.-Veamos; ¿cómo se expresa ese oráculo?

PRIMER SERVIDOR.-Se expresa muy bien, por los dioses, y con alegorías sabiamente enigmáticas. Pero cuando el águila pelambra, de ganchudas uñas, por la cabeza sujete al estúpido dragón bebedor de sangre, entonces la salmuera con ajos de los Paflagonios perecerá, y el Númeron concederá a los tripicalleros, insigne gloria; a no ser que prefieran seguir vendiendo embutidos"<sup>11</sup>

EL CHORICERO.-¿Qué tiene eso que ver conmigo? Explícamelo.

PRIMER SERVIDOR.-El águila pelambra es nuestro Paflagonio.

EL CHORICERO.-¿Y qué significa lo de "ganchudas uñas"?

PRIMER SERVIDOR.-Eso quiere decir que con sus manos todo lo arrebató y se lo

---

<sup>11</sup> Parodia del estilo ampuloso e intrincado de los oráculos.

lleva.

EL CHORICERO.-¿Y lo del dragón?

PRIMER SERVIDOR.-Eso está clarísimo. El dragón es largo y el chorizo también. Y el chorizo y el dragón se llenan de sangre. Así es que el dragón, dice el oráculo, podrá vencer al águila pelambreira si no se deja engañar por palabras.

EL CHORICERO.-Me gusta ese oráculo; lo que no veo es cómo podré yo ser capaz de gobernar al pueblo.

PRIMER SERVIDOR.-Muy fácilmente. Haz lo mismo que ahora: embrolla y revuelve los negocios como acostumbras a hacer con los despojos, y hazte agradable al pueblo.

Bastará para ello hacerle una pequeña cocina de palabras. Tus cualidades son las únicas para ser un demagogo a pedir de boca: voz terrible; natural; perverso; impudencia de plazuela; en fin, cuanto se necesita para actuar en política. El oráculo de Delfos confirma esas predicciones. Ea, ponte una corona, bebe en honor del dios de los brutos y trata de hacerle frente al Paflagonio.

EL CHORICERO.-¿Y quién me ayudará? Los ricos le temen y el pobre pueblo tiembla en su presencia.

PRIMER SERVIDOR.-Si, pero hay mil honrados Caballeros que le detestan y que te defenderán; en tu auxilio vendrán todos los ciudadanos buenos y probos, todos los espectadores sensatos y yo con ellos, y hasta los mismos dioses. No temas; ni siquiera verás su rostro, pues ningún artista se ha atrevido a esculpir su máscara. Se le reconocerá muy bien sin embargo puesto que el público está compuesto de gente inteligente.

SEGUNDO SERVIDOR.- (Desde dentro) Ahí tenéis al Paflagonio que sale.

EL PAFIAGONIO.- (Saliendo) No quedará impune, lo juro por mis grandes dioses, la conspiración que estáis tramando contra Demos desde no sé cuanto tiempo. ¿Qué hace aquí esta copa de Calcis? No cabe duda de que tratábais de sublevar a los calcidenses. Pereceréis, moriréis sin remedio, pareja de malvados.

PRIMER SERVIDOR.- (Al choricero) ¡No vayas a huir! Quédate, ilustre choricero. No abandones la empresa. Acudid, caballeros; llegó la hora. Simón, Panecio, colocaos en y el ala derecha. (Al Choricero) Ya se acercan. Persiste tú también y dale cara de nuevo. El polvo que levantan indica que el choque es inminente; resístele, acométele, hazle que,

huya.

EL CORIFEO.-Hiere, hiere a ese canalla enemigo de los caballeros, recaudador sin conciencia, abismo de perversidad, mina de latrocinios y canalla y cien veces canalla; y siempre canalla, nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada día. Pero sacúdele, síguele, zarandéale, expulsa a ese bribón; maldícele como nosotros y persíguele gritando. Cuidado no se te escabulla; mira que sabe los caminos por donde Eucrates se escondió bajo un montón de salvado.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh, venerables jueces de la Cofradía de los Tres Obolos, a quienes yo alimento con mis justas e injustas denuncias, socorredme; estos hombres se han conjurado para derrotarme.

EL CORIFEO.-Y nos sobra razón, porque tú te apoderas de los bienes de todos y los consumes antes de que sean distribuidos; y después tanteas y oprimes a los que han de dar las cuentas, como se tantea un higo para ver si está verde o maduro; y cuando ves alguno de carácter débil y pacífico, le haces venir del Quersoneso, le agarras por la cintura, le echas los brazos al cuello, le metes la zancadilla y, después de arrojarlo al suelo, te lo tragas de un solo bocado. Tú siempre estás acechando a los ciudadanos sencillos y mansos como ovejas, honrados y enemigos de pleitos.

EL PAFLAGONIO.-¿Todos contra mí? Y sin embargo, caballeros, mientras que, por vuestra causa soy apaleado, yo iba a proponerle al Senado que se construya en la ciudad un monumento conmemorativo de vuestro valor.

EL CORIFEO.-¡Charlatán, farsante! Mira cómo se arrastre a nuestro alrededor y trata de engañarnos como si fuéramos unos viejos dengosos.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh, ciudad! ¡Oh, Demos! ¿Qué fieras son esas que me dan patadas en el vientre?

EL CORIFEO.-Ved como escandaliza el hombre que no cesa de perturbar la ciudad.

EL CHORICERO.-Si así piensa acoquinarnos, voy a hincharle a puñetazos. Y si trata de eludirlos bajándose, apelaré a los puntapiés.

EL PAFLAGONIO.-Sólo con chillarles así, no tardaré en ponerles en fuga.

EL CORIFEO.-Si tus gritos son mayores, te llevarás el galardón; pero si su impudicia aventaja a la tuya, ganaremos nosotros.

EL PAFLAGONIO.-Yo denuncio a ese hombre, y sostengo que exporta para la flota

peloponesia extractos de carne.

EL CHORICERO.-Y yo, acuso a éste de correr al Pritáneo con las tripas vacías y salir, también corriendo, con las tripas llenas.

PRIMER SERVIDOR.-Y, además, saca de allí cosas prohibidas: carne, pan y pescado, cosa que nunca consiguió ni el mismo Pericles.

EL PAFLAGONIO.-No esperaréis mucho para morir, vosotros dos.

EL CHORICERO.-Chillaré tres veces más que tú.

EL PAFLAGONIO.-Mis alaridos ahogarán los tuyos.

EL CHORICERO.-Y los míos a los tuyos.

EL PAFLAGONIO.-Cuando seas general, te calumniaré.

EL CHORICERO. Y yo te deslomaré como a un perro.

EL PAFLAGONIO.-Te enredaré con mis mentiras.

EL CHORICERO. Yo te cortaré el camino.

EL PAFLAGONIO.-¡Atrévete a mirarme cara a cara; pero sin bajar los Ojos!

EL CHORICERO.-También yo me he criado en el arroyo.

EL PAFLAGONIO.-Si resuellas, te hago trizas.

EL CHORICERO.-Si hablas, te chafó como a una m...

EL PAFLAGONIO.-Yo confieso que soy un ladrón; y tú no.

EL CHORICERO.-Sí, por Hermes, dios del comercio.

EL PAFLAGONIO.-Y yo niego, aunque me cojan con las manos en la masa.

EL CHORICERO.-No sabes más que imitar a los otros.

EL PAFLAGONIO.-Voy a denunciarte a los Pritáneos, por detención de tripas sagradas que no han pagado el diezmo.

EL CORO.-¡Infame, bribón, charlatán; todo el país está lleno de tu audacia, lo mismo que toda la asamblea, las oficinas de recaudación, los procesos, los tribunales! ¡Removedor de fango, tú has enturbiado la limpieza de toda la ciudad y ensordecido a Atenas con tus estentóreos clamores: tú desde lo alto del poder acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes!

EL PAFLAGONIO.-Ya veo donde se ha adobado esta conspiración.

EL CHORICERO.-Si tú no supieses adobar pieles, yo no sabría hacer embutidos; tú que vendías a los labradores la piel de un buey enfermo, curtida de suerte que parecía más

grueso, y apenas la habían llevado un día, se estiraba dos palmos.

PRIMER SERVIDOR.-A mí me jugó la misma partida. ¡Cuánto se burlaron mis compañeros y vecinos! Antes de llegar a Pergaso<sup>12</sup> ya nadaba en mis zapatos.

EL CORO.-¿Puedes negar que desde el principio ejerciste audacia consejera única de los oradores? Pones tu confianza en ella para exprimir a los ricos extranjeros, aprovechándote de tu alta situación, por eso el hijo de Hipodamo<sup>13</sup> llora ante este espectáculo; pero ha aparecido, ¡cuánto me alegro!, otro hombre más bribón que tú, que te arrojará del puesto, y, a lo que parece, te vencerá en audacia, intrigas y maquinaciones. (Al Choricero) Tú que te has criado aquí<sup>14</sup>, de donde salen los hombres que valen algo, demuéstranos cuán inútil es una educación honrada.

EL CHORICERO. Pues bien, vais a saber quién es ese ciudadano.

EL PAFLAGONIO.-¿No me dejarás hablar?

EL CHORICERO.-No, por cierto, pues soy tan granuja como tú.

PRIMER SERVIDOR.-Si eso no le convence, dile que tus padres también fueron unos granujas.

EL PAFLAGONIO.-¿Me dejarás hablar al fin?

EL CHORICERO.-No.

EL PAFLAGONIO.-Si.

EL CHORICERO.-No, por Poseidón. Y además, me voy a luchar hacia la izquierda para tener la palabra el primero.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh, voy a estallar! ¡Estoy que exploto!

EL CHORICERO.-LO que es seguro es que no te dejaré...

PRIMER SERVIDOR.-Déjale, déjale que explote de una vez.

EL PAFLAGONIO.-¿Qué es lo que te da la audacia de querer disputar contra mí?

EL CHORICERO.-Es que conozco el arte de hablar, como el de hacer morcillas.

EL PAFLAGONIO.-¡Hablar! Será bueno, si se te presenta algún asunto, ver cómo lo haces picadillo y lo embutes sin dificultad. ¿A que sé lo que te ha pasado? Lo mismo que a otros muchos. Sin duda has ganado un pleito contra algún infeliz extranjero domiciliado

<sup>12</sup> Demo de Atenas.

<sup>13</sup> Hipodamo de Mileto, arquitecto celebre que contribuyó mucho al embellecimiento de Atenas. Su hijo Arqueptólemo, afiliado a la aristocracia, enemigo de Cleón y partidario de la paz, fue acusado de traición y condenado a muerte.



a fuerza de soñar con tu defensa toda la noche, de hablar a solas en las calles, de beber agua y ensayarte cien veces con gran molestia de tus amigos, y sin más te crees ya un elocuente orador. ¡Qué estupidez!

PRIMER SERVIDOR.-¿Y tú, qué licor has bebido para hacer callar con tu charlatanería a toda la ciudad?

EL PAFLAGONIO.-Y crees haberme encontrado un rival, a mí, que después de comer una tajada de atún asado y de beber una copa de buen vino, soy capaz de hacerles un corte de mangas a todos los generales de Pilos.

EL CHORICERO.-¿Y yo qué? Yo, que después de tragarme todos los callos de un buey y el vientre de un cerdo, y de beberme encima la salsa, sin siquiera enjugarme, soy capaz de insultar a todos los oradores y de volver turulato al mismo Nicias.

PRIMER SERVIDOR.-Lo que dices me gusta bastante en general; sólo me desagrada que pienses beberte toda la salsa, sin dejar nada a los otros.

EL PAFLAGONIO.-No será comiendo lobarros como pondrás en fuga a los milesios.

EL CHORICERO.-Lo que sí podré hacer es recobrar las minas devorando lomo de buey.

EL PAFLAGONIO.-Yo me arrojo sobre el Senado y lo derribo a viva fuerza.

EL CHORICERO.-Y si yo te sacudo el trasero te lo pongo como una morcilla.

EL PAFLAGONIO.-Si yo te cojo por la piel de las nalgas te saco por ahí la cabeza.

PRIMER SERVIDOR.-Si se la sacas por ahí, por Poseidón que aún quedarás tú peor.

EL PAFLAGONIO.-¿Te meteré en el cepo de madera!

EL CHORICERO.-¿Desconfía, cobarde!

EL PAFLAGONIO.-Haré sillas con tu piel.

EL CHORICERO.-Te desollaré para hacer con la tuya un zurrón de salteador.

EL PAFLAGONIO.-Te clavaré en el suelo para descuartizarte.

EL CHORICERO.-Te haré picadillo.

EL PAFLAGONIO.-Te arrancaré las pestañas.

EL CHORICERO.-Te rajaré el buche.

PRIMER SERVIDOR.-Metámosle, por Zeus, un palo en la cabeza, como hacen los

---

<sup>14</sup> Es decir, en el mercado, escuela de desvergüenza y malas artes.

cocineros; arranquémosle la lengua y, mirando a placer por el agujero del ano, veamos si tiene lamparones.<sup>15</sup>

EL CORO.-Hay, pues, cosas más ardientes que el fuego, y en la ciudad, palabras más desvergonzadas que la desvergüenza misma. Empújale, derríbale, no hagas las cosas a medias; en cuanto consigas que flaquee en el primer encuentro, verás que es un cobarde. Nosotros le conocemos bien.

PRIMER SERVIDOR.-Siempre lo ha sido, y, sin embargo, ha pasado por valiente, sin más que con darse maña para recoger la cosecha ajena. Ahora deja que se sequen en las prisiones las espigas de Pylos y pretende venderlas.<sup>16</sup>

EL PAFLAGONIO.-No os temo mientras exista el Senado y que Demos continúe siendo un estúpido.

EL CORO.-Su desvergüenza es inaudita. ¡Ni siquiera se le muda el color! Si no te aborrezco, permita Zeus que sirva a Cratino de colchón<sup>17</sup> y que tenga que aprender a cantar toda una tragedia de Morsimo.<sup>18</sup>

¡Y tú, que como la abeja que vaga de flor en flor andas pidiendo regalos a todos en todas partes, ojalá los devuelvas con la misma facilidad que los adquieres! Entonces podremos cantar: "Brinda, brinda a la buena fortuna"<sup>19</sup>. Entonces hasta el hijo de Julio, ese viejo acaparador de trigo, le cantará alegremente a Pean y a Dionysos.

EL PAFLAGONIO.-No, no; os aseguro que no me ganaréis en desvergüenza; de otra suerte, permita el cielo que no asista a los sacrificios de Zeus, protector del mercado.

EL CHORICERO.-Y yo juro por los infinitos puñetazos que por mil tunantadas diversas me han sacudido desde la niñez, y por mis cien cuchilladas, que espero vencerte en esta contienda, o si no, me será inútil esta corpulencia adquirida a fuerza de comer migajones destinados a limpiarse la grasa de los dedos<sup>20</sup>.

EL PAFLAGONIO.-¡Migajones, como un perro! ¿Y tú, miserable, que te has alimentado como un perro, quieres reñir con un cinocéfalo?<sup>21</sup>

EL CHORICERO.-También yo cometía mis fraudes cuando chico. Engañaba a los

<sup>15</sup> Operaciones que se practicaban con los cerdos para certificarse de su buen estado.

<sup>16</sup> Alusión a la victoria de Nos, conseguida en realidad por Demóstenes y cuya gloria se apropió Cleón.

<sup>17</sup> Celebre poeta cómico. Su afición al vino, le hizo contraer una incontinencia de orina.

<sup>18</sup> Trágico detestable.

<sup>19</sup> Así empezaba una canción de Simónides

<sup>20</sup> En vez de servilletas se usaban rebanadas de pan para limpiarse los dedos.

cocineros diciéndoles: "Mirad, muchachos, ¿no véis?, ya viene la primavera, la golondrina". Ellos miraban, y mientras tanto yo les atrapaba las mejores tajadas.

PRIMER SERVIDOR.-¡Astucia admirable! ¡Inteligencia precoz! Como los aficionados a comer ortigas, hacías tu cosecha antes de volver las golondrinas.

EL CHORICERO.-La mayor parte de las veces no me veían; pero si alguno lo notaba, escondía la carne entre las nalgas y juraba -por todos los dioses que nada tenía. Por lo cual un orador que me vio no pudo impedirse de exclamar, riendo: "Apostaría cualquier cosa a que ese muchacho llegará a gobernar la República".

PRIMER SERVIDOR.-Y acertó en su pronóstico. Claro está que se fundaba en que mientras escondías el hurto entre las nalgas lo agravabas con un perjurio.

EL PAFLAGONIO.-Yo reprimiré tu audacia o más bien, la de los dos. Voy a precipitarme sobre ti con la violencia del huracán y revolveré los mares y la tierra.

EL CHORICERO.-Pero yo formaré con mis chorizos una balsa, y, encomendándome sobre ella a las olas propicias, te desearé todo el mal posible.

PRIMER SERVIDOR.-Y yo vigilaré en la sentina, por si acaso se produce una vía de agua.

EL PAFLAGONIO.-No, por Deméter; no has de disfrutar impunemente de los talentos que has robado a Atenas.

PRIMER SERVIDOR.-Cuidado, amaina un poco las velas; empieza a soplar un viento de calumnias y delaciones.

EL CHORICERO.-Y a mí me consta que has sacado diez talentos de Potidea<sup>22</sup>

EL PAFLAGONIO.-¿Quién? ¡Yo! ¿Quieres uno por callar?

PRIMER SERVIDOR.-Ya lo tomaría él. Con gusto lo tomaría. (Al Choricero) Larga la amarra; el viento cede.

EL PAFLAGONIO.-Tendrás cuatro procesos, a cien talentos cada uno.<sup>23</sup>

EL CHORICERO.-Y tú tendrás veinte por deserción, y más de mil por robo.

EL PAFLAGONIO. Yo digo que tú descienes de los que profanaron el asilo sagrado de Atenea.

---

<sup>21</sup> Especie de mono.

<sup>22</sup> Ciudad tributaria de Atenas.

<sup>23</sup> El acusador debía fijar la multa a que había de ser condenado el reo, caso de probarse el delito.

EL CHORICERO.-Y yo, que tu abuelo fue uno de los satélites...

EL PAFLAGONIO.-¿De los satélites de quién? Di.

EL CHORICERO.-De Birsina, esposa de Hípías.<sup>24</sup>

EL PAFLAGONIO.-Eres un impostor.

EL CHORICERO.-Y tú un bandido.

PRIMER SERVIDOR.-[Al Choricero] ¡Dale duro!

EL PAFLAGONIO.-¡Ay, ay! Los conjurados me muelen á palos.

PRIMER SERVIDOR. Dale, dale duro; azotale el vientre con manojos de intestinos; castígale sin piedad.

EL CORIFEO.-¡Oh, admirable corpulencia! ¡Oh, esforzado corazón, salvador de la República y de los ciudadanos] ¡Con qué hábil oratoria has sabido vencerle! ¡Ojalá pudiéramos alabarte como deseamos.

EL PAFLAGONIO.-No se me ocultaba, por Démeter, está fábrica de intrigas; bien sabía yo que aquí se encolaban todas.

EL CORIFEO.-¿Y tú no le dirás algún término de constructor de carretas?

EL CHORICERO.-Tampoco se me oculta lo que está fraguando en Argos. Finge que trata de conciliarnos su alianza, y celebra en tanto conferencias secretas con los lacedemonios. Sé para qué atiza este fuego: para forjar las cadenas de los cautivos.

PRIMER SERVIDOR.-¡Bravo, bravo! Forja tú mientras él encola.

EL CHORICERO.-Tienes quien te ayude en la obra; mas nunca, aunque me des todo el oro y plata del mundo y me envíes á todos mis amigos para que me calle, nunca conseguirás que yo oculte la verdad a los atenienses.

EL PAFLAGONIO.-Iré al punto al Senado y delataré vuestra conjura, vuestras reuniones nocturnas contra la República, vuestra convivencia con los medos y el Gran Rey y ese negocio con los de Beocia que tratáis de que cuaje.

EL CHORICERO.-Pues ¿qué precio tiene el queso de Beocia?

EL PAFLAGONIO.-¡Por Heracles que he de desollarte vivo! (Sale).

PRIMER SERVIDOR.-Ea, demuéstranos ahora ingenio y

valor; tú que, como acabas de confesarlo, escondías en otro tiempo la carne entre las

<sup>24</sup> La mujer de Hípías, tirano de Atenas se llamaba Mirrina; pero Aristófanes le da el nombre de Birsina, empleando el radical de una palabra que significa cuero y aludiendo con ello al primer oficio de Cleón.

nalgas. Corre al Senado sin perder un instante, pues ése va a calumniarnos a todos, vociferando como acostumbra.

EL CHORICERO.-Voy allá, pero antes permitidme que deje aquí estas tripas y cuchillos. Es cuestión de un momento.

PRIMER SERVIDOR.-Lleva esa enjundia para untarte el cuello y poder escurrirte si la calumnia te agarra.

EL CHORICERO.-Buen consejo digno de un maestro de gimnasia.

PRIMER SERVIDOR. Toma y cómete también esos ajos.

EL CHORICERO.-¿Para qué?

PRIMER SERVIDOR.-Para que al combatir tengas más fuerza, amigo mío. Pero anda pronto.

EL CHORICERO.-Ya voy.

PRIMER SERVIDOR.-Procura morderle y derribarlo; arráncale la cresta y no vuelvas sin haberte comido su papada.

EL CORIFEO.-Adiós y buena suerte. Trata de vencer, como deseamos. Que el Zeus del Agora te guarde y puedas volver aquí cubierto con los laureles de la victoria. (A los espectadores) En cuanto a vosotros, tened la amabilidad de escuchar nuestros anapestos, puesto que poseéis una competencia personal en todos los géneros de poesía.

Si alguno de vuestros antiguos poetas cómicos nos hubiera pedido que recitáramos sus versos en el teatro, le hubiera sido difícil conseguirlo; pero el autor de esta comedia es digno de que lo hagamos en su obsequio. Ya porque odia a los mismos que nosotros aborrecemos, ya porque, desafiando intrépido al huracán y las tempestades, no le atemoriza decir lo que es justo. Como muchos se le han acercado admirándose de que desde hace tiempo, no haya solicitado un Coro, y preguntándole la causa de ello, el poeta nos manda que os manifestemos el motivo. No ha sido sin razón, dice, el haber tardado tanto, sino por conocer que el arte de hacer comedias es el más difícil de todos, hasta el punto de que de los muchos que lo solicitan, pocos logran dominarlo. Sabe, además, desde hace tiempo cuán inconstante es vuestro carácter, y con qué facilidad abandonáis, apenas envejecen, a los poetas antiguos. No ignora, en primer lugar, la suerte que cupo a Mágnes cuando le empezaron a blanquear los cabellos. Aunque había conseguido

muchas victorias en los certámenes cómicos; aunque recorrió dos los tonos y presentó en escena citaristas, aves, lidios y cínifes; aunque pintó el rostro del color de las ranas, no pudo sostenerse, sino que en la edad madura y no en la juventud le abandonásteis, porque con los años había perdido aquel ingenio que os hacía reír. También se acuerda de Cratino, que en sus buenos tiempos en el apogeo de su gloria, corría impetuosamente por los años, y desarraigando plátanos y encinas, los arrastraba con sus adversario entonces no se podía cantar en los Banquetes otra cosa que Doro, la de las sandalias de higuera<sup>25</sup> y autores de himnos elegantes;<sup>26</sup> ¡tan floreciente estaba! Pero ahora, cuando le veis chochar, no os compadecéis de él; desde que a su lira se le caen las clavijas, se le saltan las cuerdas y se le pierden las armonías, el pobre anciano vaga lo mismo que Connas, ceñida la frente de una seca corona y muerto de sed, él que por sus primeros triunfos merecía beber en el Pritáneo, y en vez de delirar en la escena, presenciar perfumado el espectáculo, sentado junto a la estatua de Dionysos. ¿Y Crátes, cuántos insultos y ultrajes vuestros no sufrió, a pesar de que os alimentaba, a tan poca costa, masticando en su boca delicada los más ingeniosos pensamientos? Y sin embargo, éste fue el único que se sostuvo, ya cayéndose, ya levantándose.

Temeroso de esto nuestro autor, se ha contenido, repitiéndose a menudo: "Es preciso ser remero antes de ser piloto, y guardar la proa y observar los vientos antes de dirigir por sí mismo la nave". En gracia de esta modestia, que le ha librado de decirnos necesidades, tributadle un aplauso que iguale al estruendo de las olas; honradle en estas fiestas Leneas con jubilosas aclamaciones, para que, satisfecho de su triunfo, se retire con la frente radiante de alegría.

EL PRIMER SEMICORO.-Poseidón ecuestre, que te complaces oyendo al relincho de tus corceles y el resonar de sus ferrados cascos; potente numen a quien agrada ver las trirremes mercenarias hender rápidas los mares con azulada proa, y a los jóvenes, enardecidos por esa pasión que les arruina, dirigir sus carros en el reñido certamen, asiste a este Coro, deidad de áureo tridente, rey de los delfines, adorado en Sunio y en Geresta, hijo de Uranos, protector de Formión<sup>27</sup>, y ahora para Atenas, el más propicio de los dioses.

---

<sup>25</sup> Principio de un canto de Cratino, que era una sátira contra la venalidad y la delación.

<sup>26</sup> Principio de otro canto de Cratino.

<sup>27</sup> General ateniense, jefe de la escuadra y famoso por sus recientes victorias navales.

Queremos elogiar a nuestros padres, héroes dignos de su patria y de los honores del pueblo, que, vencedores siempre y en todas partes en combates terrestres y marítimos, cubrieron de gloria a la República; que nunca al encontrarlos enemigos se ocuparon en contarlos, pues su corazón estaba siempre dispuesto al ataque. Si alguno llegaba a caerse por casualidad en la batalla, limpiábase el polvo, y negando su caída, volvía a la carga con más ardor. Jamás los generales de entonces hubieran pedido a Cleéneto que se les alimentase a costa del Estado; pero ahora, si no tienen esta prerrogativa y la de asiento distinguido, se niegan a combatir. Nosotros deseamos pelear valientemente y sin sueldo por la patria y nuestros dioses; nada pedimos en pago, sino que cuando se haga la paz y cesen las fatigas de la guerra nos permitáis llevar largo el cabello y cuidar nuestro cutis.

EL SEGUNDO SEMICORO.-Venerada Atenea, diosa tutelar de Atenas que reinas sobre la tierra más religiosa y fecunda en poetas y guerreros, ven y trae contigo a la victoria, nuestra compañera en los ejércitos y batallas, es fiel amiga del Coro, que combate a nuestro lado contra nuestros enemigos. Preséntate ahora; hoy más que nunca, sea como quiera, es preciso que nos otorgues el triunfo. Queremos también publicar lo bueno que sabemos de nuestros caballos; dignos son de alabanza. Muchas veces nos ayudaron en las excursiones y combates; mas nunca nos admiraron tanto con lo que en tierra hicieron como cuando se lanzaron intrépidamente a las naves con toda su carga de vasos de campaña, ajos y cebollas; y apoderándose de los remos, como si fueran hombres, gritaban: “¡Hippapai!”<sup>28</sup> ¿Quién remarará con más brío? ¿Qué hacemos? ¿No remarás tú, oh Sánfora” También bajaron a Corinto; los más jóvenes se hicieron allí un lecho con sus cascos e iban en busca de cobertores, y en vez de forraje de la Media, comían los cangrejos que se descuidaban en salir a la playa, y aun los buscaban en lo profundo del mar. Por eso Teoro dijo que un cangrejo había hablado así: "Terrible es, oh Poseidón, no poder, ni en el fondo del abismo ni en la tierra, ni en el mar, escapar de los Caballeros".

EL CORIFEO.- (Al Choricero que acaba de regresar) ¡Oh, el más querido y valeroso de los hombres! ¡Qué inquietud nos diste durante tu ausencia! Pero ahora que te vemos volver sano y salvo, cuéntanos en qué quedó la cuestión.

EL CHORICERO.-¿Qué he de deciros, sino que he conseguido la victoria en el Senado?

---

<sup>28</sup> Grito de los marineros.

EL CORO.-¡Ahora es ocasión de prorrumpir todos en exclamaciones de júbilo! Tú, que hablas tan bien, pero que superas a las palabras con las obras, cuéntanoslo todo circunstanciadamente; con gusto emprenderíamos un largo viaje sólo por oírte. Por tanto, hombre excelente, habla sin miedo; todos nos alegramos de tu triunfo.

EL CHORICERO.-Pues escuchad, que la cosa merece la pena. En cuanto salió de aquí, le seguí pisándole los talones; apenas entró en el Senado, empezó con su voz estentórea a tronar contra los Caballeros, acumulándoles calumnias portentosas, acusándoles de conspiradores y amontonando palabras sobre palabras, que empezaban a ser creídas. El Senado le escuchaba, y tan fácilmente dio crédito a aquellas falsedades, que crecían prodigiosamente como la mala hierba, que ya lanzaba miradas severas y fruncía el entrecejo. Pero yo, cuando comprendí que sus palabras producían efecto y que conseguía engañar a su auditorio exclamé: "Oh, dioses protectores de la lujuria y del fraude, de las chocarrerías y desvergüenzas!<sup>29</sup> Y tú, plaza pública, en donde se educó mi niñez, dadme audacia, lengua expedita e impudente voz." Cuando pensaba en ésto, un invertido soltó un pedo a mí derecha, y yo me prosterné en actitud de adoración; después, empujando la barrera con la espalda, grité abriendo una boca enorme: "Senadores: soy portador de buenas noticias y quiero ser el primero en anunciároslas: desde que estalló la guerra, nunca han estado más baratas las anchoas." Al punto la serenidad brilló en todos los semblantes, y en seguida me ofrecieron una corona por la fausta nueva. Yo en cambio les enseñé en pocas palabras un secretó para comprar muchas anchoas por un óbolo; que era el recoger todos los platos a los fabricantes. Todos aplaudieron y me miraban con la boca abierta. Advirtiéndolo el Paflagonio, que conoce muy bien el modo de engatusar al Senado, dijo: "Ciudadanos: propongo, ya que tan buenas nuevas acaban de anunciarnos, que para celebrarlas inmolemos cien bueyes a Atenea." Y el Senado se puso otra vez de su parte; yo, viéndome entonces humillado y vencido, le cogí la vuelta, proponiendo que se sacrificasen hasta doscientos, y además mil cabras a Artemis<sup>30</sup>, sí al día siguiente se vendían las sardinas a un óbolo el ciento; con esto el Senado se inclinó de nuevo a mí favor, y el Paflagonio, aturdido, empezó a decir necedades; los arqueros y Pritáneos le sacaron fuera y se formaron grupos en que se trataba de las anchoas. El les

---

<sup>29</sup> Todas estas divinidades que invoca el Choricero son inventadas por Aristófanes.



suplicaba que esperasen un momento: "Escuchad, exclamaba, lo que va a decir el enviado de Lacedemonia; viene a tratar de la paz." Entonces gritaron todos a una: "¿Ahora de la paz? ¡Estúpido! ¿Después de enterarte de lo baratas que tenemos las anchoas? No necesitamos paz, siga la guerra." Y mandaron a los Pritáneos que levantasen la sesión. En seguida saltaron las verjas por todas partes. Yo me escapé y corrí a comprar cuanto cilantro y puerros había en el mercado, y los distribuí luego gratis a todos los que lo necesitaban para sazonar las anchoas. Ellos no hallaban palabras con que elogiarme y me colmaban de caricias, hasta el punto de que por un solo óbolo de cilantro me he hecho dueño del Senado.

EL CORO.-Has conseguido cuanto te proponías como hombre favorecido por la fortuna. Aquel bribón ha tropezado con otro que le da quince y raya en tunantadas, astucia y zalamerías. Procura terminar el combate con igual fe• licidad; ya sabes hace tiempo que somos tus benévolos auxiliares.

EL CHORICERO.-Ahí viene justamente el Paflagonio turbando y arremolinando las olas delante de sí, como sí tratara de tragarme. ¡Dioses! ¡Qué audacia!

EL PAFLAGONIO.-¡Entrando) ¡Que me muera sí no te hago añicos, por pocas de mis antiguas mentiras que me resten!

EL CHORICERO.-Me gusta oír tus amenazas y reírme de tus humos; de miedo que me das, bailo y grito: ¡quíquíquí!

EL PAFLAGONIO.-¡Por Deméter, perezca yo hoy mismo sí no te devoro!

EL CHORICERO.-¿Sí no me devoras? Así me muera sí no te sorbo de un solo trago y reviento después de haberte sorbido!

EL PAFLAGONIO.-Te mataré, lo juro por el asiento de honor que gané con la victoria de Pylos.

EL CHORICERO.-Ya salió el asiento de honor. ¡Bah!,  
pronto pienso verte relegado a los últimos bancos del teatro.

EL PAFLAGONIO.-¡Juro por cuanto hay que jurar, me terte en el cepo!

EL CHORICERO.-Pero ¡qué furioso estás! Vamos, ¿qué te daré de comer? ¿Qué es lo que más te gusta? ¿Una bolsa?

EL PAFLAGONIO.-Te voy a arrancar las tripas con las uñas.

---

<sup>30</sup> Artemisa. Hermana de Apolo. En los cielos se la conocía como Febea y en los infiernos como Hécate.

EL CHORICERO.-Ya te cortaré yo esas uñitas con que atrapas los víveres del Pritáneo.

EL PAFLAGONIO.-Te arrastraré ante el pueblo para que me haga justicia.

EL CHORICERO.-También yo te arrastraré y te haré muchos más cargos.

EL PAFLAGONIO.-¡Miserable! A ti no te cree, y yo me burlo de él cuando quiero.

EL CHORICERO.-¡Qué seguro estás de dominar al pueblo!

EL PAFLAGONIO.-Es que sé con qué cebo se le coge.

EL CHORICERO.-Y obras con él como las nodrizas, pues a pretexto de masticar antes la comida, te tragas tres veces más de lo que le das.

EL PAFLAGONIO.-¡Por Zeus; con mi destreza yo puedo ensanchar o estrechar el pueblo a mi gusto!

EL CHORICERO.-¡Vaya un ardid! Es cosa que hasta mi trasero sabe hacerla.

EL PAFLAGONIO.-Pobre hombre; no pienses que me has de jugar otra pasada como la del Senado; esta vez nos presentaremos ante la Asamblea.

EL CHORICERO.-No veo inconveniente. A tus órdenes. ¡Anda! Nada nos retiene.

EL PAFLAGONIO.-¡Llamando a la puerta de Demos). ¡Demos, ven aquí!

EL CHORICERO.-¡Vamos, sal pronto, por Zeus, querido padrecito Demos!

EL PAFLAGONIO.-Ven aquí para ver de qué modo tan odioso me tratan.

DEMOS.-¡Apareciendo) ¿Quiénes son estos alborotados?  
res? ¡Fuera pronto de esta puerta! Me habéis tirado el ramo de olivo<sup>31</sup> ¿Quién te maltrata, Paflagonio?

EL PAFLAGONIO.-Este y esos jóvenes que me apalean por tu causa.

DEMOS.-Pero ¿por qué razón?

EL PAFLAGONIO.-Porque te quiero, ¡oh Demos! y estoy enamorado de ti.

DEMOS.-¡Al Choricero) Y tú ¿quién eres?

EL CHORICERO.-Yo soy su rival; te amo ya hace tiempo, y con otros muchos buenos y honrados ciudadanos sólo anhelo serte útil. Pero este nos lo impide, pues tú te pareces a esos jóvenes rodeados de amantes; no quieres a los buenos y honrados, y te

---

<sup>31</sup> Era una costumbre piadosa el colgar ramas de árboles a las puertas de la casa.

entregas a los vendedores de lámparas<sup>32</sup> y a los zapateros, guarnicioneros y curtidores.

EL PAFLAGONIO.-Hace bien, porque yo sirvo a Demos.

EL CHORICERO.-¿En qué? Dime.

EL PAFLAGONIO.-¿En qué? Yo fui a Pilos, reemplacé a los generales cuando lo abandonaban y me traje a los prisioneros lacedemonios.

EL CHORICERO.-También yo, estando de paseo, robé de una tienda la olla con la comida que otro había puesto a cocer.

EL PAFLAGONIO.-Querido Demos, convoca cuanto antes a la Asamblea para que sepas quién de los dos te quiere más y decidas quién merece tus favores.

EL CHORICERO.-Bueno, bueno, decide entre los dos, con tal de que no sea en el Pnix<sup>33</sup>.

DEMOS.-No puedo sentarme en otro sitio; vamos, pues; es preciso que sea en el Pnix.

EL CHORICERO.-¡ Maldita suerte! ¡Estoy perdido! Porque este viejo, que en su casa es el más discreto de los hombres, en cuanto se sienta en esos bancos de piedra se está con la boca abierta, como el que al colgar higos se le quedan los cabos en la mano.

EL PRIMER SEMICORO.-Ahora es necesario que despliegues todas las velas y desamarres todos los cables; ármate de valor y de astucia y de capciosos discursos para vencerle.

El enemigo es flexible y hábil en presentar toda clase de obstáculos. Procura, pues, arrojarte sobre él con todas tus fuerzas.

EL CORIFEO.-Pon mucho cuidado y antes de que él te ataque levanta los pesos que has de arrojarle y adelanta tu nave.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh poderosa Atenea, protectora de la ciudad! Si después de Lisicles, Cinna y Salabacca soy yo el que más amo al pueblo ateniense, concédeme que, como hasta ahora, sea, por no hacer nada, alimentado a costa del Estado. Mas si te aborrezco y no combato por tí, aunque me vea aislado, que muera y me sierren vivo y corten en correas mi pellejo.

EL CHORICERO.-¡Y yo, Demos, si no es cierto que te amo y estimo, permita Zeus

---

<sup>32</sup> Alusión a Hipérbolo.

<sup>33</sup> Lugar donde se reunía la Asamblea popular.

que sea cocido y hecho menudísimas tajadas! Si no crees mis palabras, consiento en ser rallado sobre este tablero, mezclado con queso para hacer un almodrote y arrastrado con un gancho al Cerámico<sup>34</sup>.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh Demos! ¿Cómo puede haber un ciudadano que te ame más que yo? Desde que soy tu consejero he enriquecido tu tesoro atormentando a éstos, apurando a aquéllos y pidiendo a otros, sin atender a ningún particular con tal de serte grato.

EL CHORICERO.-Todo eso, ¡oh Demos! nada tiene de extraordinario; yo haré lo mismo, pues robaré panes a otros para servírtelos. No creas que ése te ama y procura tu bien en consideración a tu persona, sino por calentarse a tu fuego. De otra suerte, ¿cómo no ve que tú, que en defensa de esta tierra desenvainaste en Maratón la espada contra los medos y alcanzaste de ellos aquella insigne victoria tantas y tantas veces ponderada, te sientas siempre sobre esas duras piedras? Nunca se le ha ocurrido, como a mi, ofrecerte un cojín, como éste que te traigo cosido con mis propias manos. Ea, levántate y siéntate sobre él cómodamente; así no estarán mortificados esos miembros que tanto trabajaron en Salamina.

DEMOS.-¿Quién eres, amigo mío? ¿Eres acaso de la raza de Harmodio? Tu obsequio es, en verdad muy popular y delicado.

EL PAFLAGONIO.-Eso es muy poco para que ya te muestres benévolo con él.

EL CHORICERO.-A fe que tú le has engañado con mucho menos cebo.

EL PAFLAGONIO.-Apuesto la cabeza a que no ha habido nunca uno que combata más que yo por ti, ¡oh Demos!, ni que más te ame.

EL CHORICERO.-!Cómo puedes amarle, cuando le ves hace siete años vivir en cuevas y miserables chozas y, lejos de compadecerte de él, le exprimes después de haberle secuestrado? Y cuando Arqueptólemo vino a proponernos la paz, la rechazaste y arrojaste de la ciudad a puntapiés a los embajadores encargados de pactar las treguas.

EL PAFLAGONIO.-Es para garantizarle la hegemonía sobre todos los griegos. Porque en los oráculos se dice que si tiene paciencia llegará a cobrar en la Arcadia cinco óbolos por administrar justicia. Así es que yo lo alimentaré y cuidaré y, suceda lo que suceda, siempre te pagaré los tres óbolos.

EL CHORICERO.-No te afanas porque éste mande en Arcadia, sino por robar más y

---

<sup>34</sup> Demo de Atenas, en que eran sepultados los guerreros muertos en el combate

obtener muchos regalos de las ciudades tributarias; quieres que entre el remolino de la guerra Demos no vea tus canallerías, y que la necesidad, la miseria y el aliciente del estipendio le obligue a considerarte como su única esperanza. Pero si alguna vez logra volver al campo, vivir en paz y reponer sus fuerzas con el trigo nuevo y las sabrosas olivas, conocerá los bienes de que le priva tu estipendio; entonces, irritado y feroz, te acusará ante los tribunales. Tú lo sabes y por eso le engañas con esperanzas quiméricas.

EL PAFLAGONIO.-¿No es intolerable que digas eso de mi y me calumnies ante los atenienses y ante Demos, cuando, ¡lo juro por Deméter! he prestado a la República más servicios que Temístocles?

EL CHORICERO.-¡Oh, ciudadanos de Argos! ¿Escuchas lo que dice? ¿Tú igual a Temístocles? Nuestra ciudad estaba ya henchida de riquezas, y él añadió tantas que se desbordaron como el agua de un vaso lleno hasta la boca; a los manjares de su espléndida mesa él añadió el Pire<sup>35</sup>, y sin quitarnos los antiguos peces, nos procuró otros nuevos. ¡Tú igual a Temístocles, cuando no has hecho más que empequeñecer la ciudad, dividirla con murallas e inventar oráculos! El, sin embargo, fue condenado al destierro, y tú te regalas el cuerpo a nuestra costa.

EL PAFLAGONIO.-¿No es insufrible, ¡oh Demos!, tener que oír estos dicerios sólo porque te amo?

DEMOS.- (Al Paflagonio) Cállate ya, y basta de injurias; ya es excesivo el tiempo que llevo ciego ante tus secretos ardides.

EL CHORICERO.-Es un truhán de la peor especie, pequeño Demos mío. Ha cometido mil iniquidades mientras te ha tenido sorbido el seso. Se ha hecho pagar a peso de oro la impunidad de los concusionarios y metiendo el brazo hasta el codo en las cajas del Estado ha robado cuanto ha podido.

EL PAFLAGONIO.-¡No te has de regocijar! Yo probare que tú has robado treinta mil dracmas.

EL CHORICERO.-¿Por que te revuelves? ¿Por qué te alborotas siendo el hombre peor que existe para el pueblo ateniense? También yo probare, por Demeter, que recibiste de Mitilene más de cuarenta minas.

EL SEGUNDO SEMICORO.-Te felicito por tu elocuencia, ¡oh mortal que apareces

---

<sup>35</sup> Puerto de Atenas.

como el mejor servidor de la humanidad! Si así continuas, serás el más grande de los griegos. Tú solo gobernarás la ciudad; armado del simbólico tridente, mandarás a los aliados y reunirás inmensas riquezas trastornando y confundiéndolo todo.

EL CORIFEO.-Pero no sueltes a ese hombre, ya que se ha dejado coger; fácil te será vencerle con semejantes pulmones.

EL PAFLAGONIO.-Todavía no, amigos, ¡por Poseidón!; aún no han llegado las cosas a ese extremo: me queda todavía por decir una hazaña tan ilustre que puedo tapar con ella la boca a todos mis adversarios, mientras se conserve un resto de los escudos cogidos en Pilos.<sup>36</sup>

EL CHORICERO.-Párate en los escudos; ya me has dado un asidero.<sup>37</sup> Pues por precaución no debías, ya que tanto amas a Demos, permitir que, fueran suspendidos en el templo con sus abrazaderas. Pero lo que hay aquí, ¡oh Demos! es una maquinación para que no puedas castigarle, si alguna vez lo intenta. ¿Ves esa turba de jóvenes curtidores que le escolta, acompañada por esa otra de vendedores de miel y de quesos? Pues todos conspiran al mismo fin. Por tanto, si te encolerizas y le amenazas con el ostracismo, se apoderarán una noche de esos escudos y correrán a apropiarse de nuestros graneros.

DEMOS.-¡ Infeliz de mí! ¿Pero aún tienen las abrazaderas? ¡Infame, cuánto tiempo me has tenido engañado!

EL PAFLAGONIO.-Demos. amigo mío; no pienses que has de encontrar un amigo mejor que yo: yo solo he sofocado todas las conspiraciones; en cuanto existe la menor conspiración, yo te la denuncio a gritos.

EL CHORICERO.-Haces lo que los pescadores de anguilas. Si el lago está tranquilo, no cogen nada; pero cuando revuelven el cieno de arriba abajo. hallan buena pesca. Tú también pescas cuando revuelves la ciudad. Pero dime una sola cosa: tú que vendes tantos cueros y te jactas de amar tanto a Demos ¿le has dado nunca una suela para sus zapatos?

DEMOS.-¡No, por Apolo!

EL CHORICERO.-Y bien, ¿vas conociendo a ese hombre? Yo, en cambio, te he comprado este par de zapatos y te los doy para que los gastes.

DEMOS.-Ningún hombre, que yo sepa, ha sido mejor que tú para Demos; ni más

<sup>36</sup> Los escudos cogidos al enemigo se colgaban en los templos como en acción de gracias, pero tomando la precaución de quitarles las correas o abrazaderas, para evitar el que pudieran utilizarse en alguna sedición.

<sup>37</sup> Juego de palabras que designa también la abrazadera o asa del escudo.

celoso por el bien de la ciudad y de los dedos de mis pies.

EL PAFLAGONIO.-¿No es doloroso que des tanta importancia a un par de zapatos y te olvides de todo lo que he hecho en tu favor? Yo reprimí la prostitución masculina privando a Gritto de sus derechos cívicos.

EL CHORICERO.-¿Y no te fue algo violento, por así decirlo, inspeccionar los traseros y reprimir ese genero de prostitución? Aunque sólo lo hiciste por miedo de que se convirtiesen en oradores. En tanto, ves a este pobre anciano sin túnica, en el rigor del invierno, y no has sido capaz de darle una con dos mangas como ésta que yo le regalo.

DEMOS.-He aquí una idea que nunca se le ocurrió a Temístocles. No cabe duda de que las fortificaciones del Pireo son una gran cosa, pero a mí me parece mejor la ocurrencia de darme esta túnica.

EL PAFLAGONIO.-¡Ay de mí! ¡Con que zalamerías me suplantas!

EL CHORICERO.-No hago más que emplear tus procedimientos; hago como el bebedor que siente la necesidad apremiante de salir: coger las sandalias de su vecino.<sup>38</sup>

EL PAFLAGONIO.-Pues a zalamero no me has de ganar. Voy a cubrirte con este manto. (Al Choricero) Y, ahora, rabia.

DEMOS.-¡Puf! ¡Quita allá! Apesta a cuero.

EL CHORICERO.-Por eso te ha puesto el manto, con objeto de asfixiarte. También antes lo intentó: ¿te acuerdas de aquella corteza de benjuí que vendía tan barata?

DEMOS.-Sí que me acuerdo.

EL CHORICERO.-Procuró que se vendiese tan barata para que la compraseis y comiéseis, y después en el tribunal os matéseis los jueces unos a otros con vuestras ventosidades.

DEMOS.-¡Por Poseidón, que ya le oí decir lo mismo a un basurero!

EL CHORICERO.-¿No fueron esas ventosidades las que os produjeron tantas inflamaciones?

DENLOS.-Fue, en verdad, una treta inmundá.

EL PAFLAGONIO.-¡Canalla! ¡Con que chocarrerías intentas desconcertarme!

EL CHORICERO.-La diosa me mandó que te sobrepujase en charlatanería.

---

<sup>38</sup> Los antiguos se descalzaban para recostarse en los triclinios, sobre los cuales comían.

EL PAFLAGONIO.-Pues no me vencerás. Yo prometo, ¡oh Demos! darte un buen plato: tu salario de juez sin trabajar nada.

EL CHORICERO.-Y yo te doy esta cajita con unguento para que te cures las úlceras de las piernas.

EL PAFLAGONIO.-Yo te rejuveneceré, quitándote los cabellos blancos.

EL CHORICERO.- (A Demos) Toma esta cola de liebre para enjugarte los ojillos.

EL PAFLAGONIO.-Cuando te suenes, Demos mío, límpiate los dedos en mi cabeza.

EL CHORICERO.-No; en la mía.

EL PAFLAGONIO.-En la mía. Me voy para que te nombren Trierarca y que te veas obligado a equipar una nave a tu costa; ya procurare darte la más vieja, y de ese modo no tendrán fin tus gastos y reparaciones. Las velas han de ser podridas.

EL CHORICERO.-Estás que hierves, buen hombre. Para, para, que te desbordas; apartemos esos tizonos y tomemos un cucharón para retirar la espuma de tus amenazas.

EL PAFLAGONIO. Ya me las pagarás todas juntas; voy a hundirte a contribuciones, y hacer que te inscriban en el padrón de los ricos.

EL CHORICERO.-Yo no gastaré el tiempo en amenazas; sólo te deseo que cuando la sartén esté llena de calamares chirriantes' al fuego y tú disponiéndote a hablar por los milesios para ganar un talento si consigues que su proposición sea aprobada, al tratar de engullirte a toda prisa la fritada, antes de acudir a la Asamblea, se presente cualquier importuno, y tú, por no perder el talento, te ahogues al tragar el almuerzo.

EL CORIFEO.-¡Muy bien, por Zeus, Apolo y Deméter!

DEMOS.-A mí también me parece fuera de duda que es un buen ciudadano, y de esos que en estos tiempos no se venden por un óbolo. Tú, Paflagonio, que tanto alardeas de quererme, me has irritado, y, por tanto, devuélveme mi anillo<sup>39</sup>; pues desde este momento dejas de ser mi intendente.

EL PAFLAGONIO.-Tómalo. Sin embargo, bueno es que sepas que si me quitas el gobierno de tu casa, mi sucesor será peor que yo.

DEMOS.-No es posible que éste sea mi anillo, me parece, si no me engaña la vista, que el sello es diferente.

EL CHORICERO.-Dadme que yo lo vea. ¿Que representaba tu sello?

---

<sup>39</sup> El anillo era el signo de mando.



DENLOS.-Un trozo de grasa de buey cocida en una hoja de higuera.

EL CHORICERO.-Pues no es eso lo que veo.

DEMOS.-¿No es la hoja de higuera? Pues, ¿qué tiene?

EL CHORICERO.-Un cuervo marino,<sup>40</sup> con el pico abierto, arengando desde una piedra.<sup>41</sup>

DEMOS.-¡Desdichado de mi!

EL CHORICERO.-¿Qué te ocurre?

DEMOS.-Tíralo lejos; no es el mío, es el de Cleónimo.<sup>42</sup> Toma este y tú serás mi intendente.

EL PAFLAGONIO.-No hagas nada, dueño mío, antes de conocer mis oráculos.

EL CHORICERO.-También has de conocer los míos.

EL PAFLAGONIO.-Si le crees, tendrás que prestarte a sus rapiñas.

EL CHORICERO.-Si le crees, tendrás que prestarte a sus infamias.

EL PAFLAGONIO.-Mis oráculos dicen que reinarás en todo el mundo coronado de rosas.

EL CHORICERO.-Los míos, que vestido con una túnica de púrpura bordada a aguja, y ceñida la frente con una corona, perseguirás en un carro de oro a Esmicites<sup>43</sup> y a su dueño.

DEMOS.-Ve y trae los oráculos para que el Paflagonio los oiga.

EL CHORICERO.-De acuerdo.

DEMOS.- (Al Paflagonio) Trae tú también los tuyos. EL PAFLAGONIO.-Como quieras.

EL CHORICERO.-Como quieras. Por Zeus, ¿y por qué no? (Sale).

EL CORO.-Felicísimo será este día para la generación presente y para las generaciones venideras, si Cleón puede desaparecer; aunque he oído en el bazar de los pleitos sostener a ciertos carcamales que, si este hombre no hubiera alcanzado tanto

---

<sup>40</sup> Ave voraz, símbolo de la codicia de Cleón.

<sup>41</sup> La tribuna desde la cual hablaban los oradores.

<sup>42</sup> Personaje famoso por su rapacidad.

<sup>43</sup> Rey de Tracia, aliado de los Persas.

poder, no faltarían en la ciudad dos utilísimos enseres: el mortero y la espumadera.<sup>44</sup>

Admiro también su grosera educación; los muchachos que con él asistían a la escuela, dicen que nunca pudo templar su lira más que al modo dórico, sin querer aprender ningún otro; por lo cual, irritado el maestro de música, le despidió diciendo: "Ese mozuelo es incapaz de aprender otros tonos que aquellos cuyo nombre signifique regalar<sup>45</sup>.

EL PAFLAGONIO.- (Que le trae un grueso paquete de oráculos a Demos) Aquí tienes, mira: aún no los traigo todos.

EL CHORICERO.- (Que trae otro paquete aún mayor, depositándolo en el suelo) ¡Ah, no puedo resistir más! Y aún no los traigo todos.

DEMOS.-¿Qué es eso?

EL PAFLAGONIO.-Profecías. DEMOS.-¿Todo eso?

EL PAFLAGONIO.-¿Te admiras? Pues aún tengo, por Zeus, un arca llena.

EL CHORICERO.-Y yo un piso de mi casa y otras dos dependencias.

DEMOS.-Veamos de quien son esos oráculos.

EL PAFLAGONIO.-Los míos son de Bácsis.

DEMOS.- (Al Choricero) ¿Y los tuyos?

EL CHORICERO.-De Glánis, el hermano mayor de Bácsis.

DEMOS.-¿A qué se refieren?

EL PAFLAGONIO.-Se refieren a Atenas, a Pilos, a ti, a mi, a toda clase de cosas.

EL CHORICERO.-Pues los míos hablan de Atenas, de Lacedemonia, de caballas frescas, de los que venden en la plaza mal el grano, de ti, de mi. ¡Muérdete el rabo, Paflagonio!

DEMOS.-Leédmelos, leédmelos, y sobre todo aquel que tanto me agrada porque vaticina que seré un águila cerniéndome en las nubes.

EL PAFLAGONIO.-Escucha, pues, con atención: Erecteida, sigue la ruta profética.

Que del templo de Apolo por el trípode délfico te dicta: vela por el sagrado can de agudos colmillos Que, ladrando siempre para ti con fuertes ladridos; Te traerá riquezas: vela por que no expire puesto que cien odiosos grajos croan por su pérdida.

<sup>44</sup> Quiere decir que Cleón desempeñaba el mismo papel en la administración del Estado que el mortero y la espumadera en la cocina aplastando a sus enemigos y revolviendolo todo.

<sup>45</sup> Juego de palabras en que se alude a los regalos que Cleón admitía.

DEMOS.-Por Deméter, no he entendido una palabra de toda esa jeringonza. ¿Qué tiene que ver Erecteo con los perros y los grajos?

EL PAFLAGONIO.-Apolo te recomienda bien claro que me conserves; yo soy el león que te defiende.

DEMOS.-¿Cómo te has convertido en león sin yo saberlo?

EL CHORICERO.-Te oculta de intento una parte esencial del vaticinio: el fatídico Lóxias<sup>46</sup> ordena, en efecto, que lo guardes, pero ha de ser encerrado en los muros de madera y férreas torres.

DEMOS.-¡Cómo! ¿El dios dice eso?

EL CHORICERO.-Te manda sujetarlo en un cepo de cinco agujeros.

DEMOS.-He aquí un oráculo que parece entrar en vías de realización.

EL PAFLAGONIO.-No lo escuches: los celos hacen croar a las cornejas. Ama siempre al azor; no olvides que te ha traído maniatados a los cuervos de Lacedemonia.

EL CHORICERO.-Ese peligro lo afrontó el Paflagonio en un momento de embriaguez: ¿y lo tendrás por una hazaña insigne, atolondrado Cecrópida? Una mujer llevará fácilmente un fardo si le ayuda a cargárselo un hombre; pero no combatirá en la guerra, porque si combatiera se le aflojaría el vientre.

EL PAFLAGONIO.-Pero fíjate bien en lo que dice de Pilos; escucha: Pilos está delante de Pilos. . ."

DEMOS.-¿Qué significa lo de delante de Pilos?

EL CHORICERO.-Lo que hay que entender es pyelos, o sea bañera. Y quiere decir que se llevará todas las bañeras de los baños.

DEMOS.-¿De modo que a partir de hoy ya no podré bañarme?

EL CHORICERO.-Así es, puesto que robará todas las bañeras. Pero he aquí un oráculo que también se refiere a cosas acuáticas. Te ruego que le prestes toda tu atención.

DEMOS.-Ya atiendo; pero antes dime cómo me he de arreglar para pagar el sueldo a los marineros.

EL CHORICERO.-Egeida, cuidado con el maligno perrozorro.

Dientes fríos y pies vivos, falaz y astuto.

¿Sabes lo que significa?

---

<sup>46</sup> Sobrenombre de Apolo, cuando profetizaba.

DEMOS.-Que ese perro-zorro es Filostrato.<sup>47</sup>

EL CHORICERO.-Pues no es eso: lo que significa es que Apolo te prohíbe que le des a ese individuo las naves que te pide en todo momento para ir a percibir los tributos.

DEMOS.-Pero ¿en qué se parece una trirreme y el perrozorro?

EL CHORICERO.-¿En qué se parece? La trirreme y el perro son muy veloces.

DEMOS.-Y ¿por qué al perro se añade el zorro?

EL CHORICERO.-Porque el zorro se asemeja a los soldé, dos en que roba las uvas de las viñas.

DEMOS.-Sea; pero ¿dónde encontrar el sueldo para esos raposillos?

EL CHORICERO.-Yo lo proporcionaré en el término de tres días. Pero escucha, por favor, este otro oráculo en que el hijo de Leto te previene contra los engaños de La Hueca.

DEMOS.-¿La Hueca? ¿Qué significa eso?

EL CHORICERO.-El oráculo, que sabe lo que dice, da a entender con ello la mano de ese individuo cuando la redondea y dice: lléname el hueco de esta mano.

EL PAFLAGONIO.-Es una interpretación falsa. Con esa palabra, Apolo quiere designar en realidad la mano de Diópito.<sup>48</sup> Pero aún tengo para ti otro oráculo que alude a las alas e indica que tú serás un águila y que reinarás en toda la tierra.

EL CHORICERO.-Yo tengo otro: profetizando que administrarás justicia en la tierra, en el mar Eritreo y en Ecbatana, y comerás manjares deliciosos.

EL PAFLAGONIO.-Yo he tenido un sueño en el que me ha parecido ver a la misma diosa derramando sobre Demos la salud y la riqueza.

EL CHORICERO.-Y yo, otro, por Zeus, y en el que me ha parecido ver a la misma Diosa descender de la Acrópolis con una lechuza sobre la cabeza; y derramar de un ancho vaso sobre tus cabellos, la ambrosía ¡oh Demos!, y sobre la de éste (por el Paflagonio) vinagre con sal.

DEMOS.-¡Oh! ¡Oh! Nadie aventaja a Glanis en sabiduría. (Al Choricero) Me encomiendo a ti para que seas el báculo de mi vejez y me eduques como a un niño.

EL PAFLAGONIO.-Aún no; por favor, espera un instante; yo te daré todos los días

<sup>47</sup> Proxenetes muy conocido.

<sup>48</sup> Orador fogoso y adivino, acusado de ladrón.

cebada para tu subsistencia.

DEMOS.-No quiero oír hablar de cebada; ya son muchas las veces que me habéis engañado; tú y Teófano.

EL CHORICERO.-Yo te daré la harina preparada y a punto.

EL PAFLAGONIO.-Yo, bollitos muy bien cocidos y peces asados; no tendrás más que comerlos.

DEMOS.-Apresuráos a cumplir lo que prometéis. Entregaré la dirección del Pnix al que me trate mejor.

EL PAFLAGONIO.- (Entrando en casa de Demos) Yo seré el primero.

EL CHORICERO.- (Echando a correr) ¡Ca!, el primero seré yo.

EL CORO.- ¡Oh, Demos! Tu poder es muy grande; todos los hombres te temen como a un tirano; pero eres inconstante y te agrada ser adulado y engañado; en cuanto habla un orador te quedas con la boca abierta, y pierdes hasta el sentido común.

DEMOS.-No habrá un átomo de sentido común bajo vuestros cabellos si creéis que obro sin juicio; me hago el loco porque me conviene. A mí me gusta estar bebiendo todo el día, alimentar a un granuja que me gobierne y cuando ya está bien repleto, le reviento.

EL CORO.-Discretamente obras, si, según aseguras, haces las cosas con esa intención; si los engordas en el Pnix como públicas víctimas, y luego, cuando hay falta de provisiones, eliges el más gordo, lo matas y te lo comes.

DEMOS.-Considerad, pues, si veré claros los manejos de esos que se tienen por muy listos y creen engañarme. Yo los observo cuando roban, y finjo no ver nada; después les obligo a vomitar todo cuanto me han robado, echando por su garganta, a guisa de anzuelo, una acusación pública.

EL PAFLAGONIO.- (Al Choricero) ¡Afuera, en hora mala! ¡Lárgate de aquí! ¡Quítate de entre mis piernas!

EL CHORICERO.-¿Y por qué no te vas tú, desvergonzado?

EL PAFLAGONIO.- ¡Oh, Demos! Hace ya tres siglos que estoy aquí con el solo deseo de servirte.

EL CHORICERO.-Y yo hace diez siglos, doce siglos, mil siglos, infinidad de siglos.

DEMOS.-Y yo hace treinta mil siglos, infinidad de siglos que devoro mi paciencia y que me dais tanto asco el uno como el otro.

EL CHORICERO.-¿Sabes lo que debes de hacer?

DEMOS.-Dímelo y así sabré.

EL CHORICERO.-Haz que hagamos carreras los dos; una competencia con igualdad de probabilidades, para ver quien es capaz de servirte mejor.

DEMOS.-Acepto la combinación. Poneos en línea.

EL PAFLAGONIO.-Ya estamos.

DEMOS.-Corred.

EL CHORICERO.- (Al Paflagonio) No me adelantarás.

DEMOS.-Estos dos adoradores van a darme un día bien divertido; sería tonto quejarse.

EL PAFLAGONIO.-¿Ves? Yo soy el primero que te traigo una silla.

EL CHORICERO.-Si; pero no una mesa; como ves, he madrugado.

EL PAFLAGONIO.-Mira, aquí tienes este bollito hecho con aquella harina de cebada que traje de Pilos.

EL CHORICERO.-Y yo estos panecillos que la misma Deméter ha amasado con su mano de marfil.

DEMOS.-¿Qué dedos tan largos tienes, venerada Atenea!

EL PAFLAGONIO.-Toma este puré de guisantes, cuyo hermoso color y buen gusto abre el apetito; lo ha preparado la misma Palas, heroína de Pilos.

EL CHORICERO.- (Ofreciendo una olla) Querido Demos, no hay duda que la diosa te protege; ahora suspende sobre ti esta olla colmada de rico caldo.

DEMOS.-¿Crees tú que hubiera podido vivir tanto tiempo en esta ciudad si la diosa no hubiese tenido realmente la olla suspendida sobre nosotros?

EL PAFLAGONIO.-Este plato de peces te lo regala la diosa, terror de los ejércitos.

EL CHORICERO.-Pero la Hija del Omnipotente también te envía esta carne en salsa y este delicioso plato de callos.

DEMOS.-Bueno es que se acuerde del peplo que la regalo.

EL PAFLAGONIO.-La diosa temible por la Gorgona de su casco te manda comer esta torta especial para que puedas alargar más fácilmente los remos.

EL CHORICERO.-Toma también esto.

DEMOS.-¿Y qué haré con estas tripas?

EL CHORICERO.-La diosa te las envía a propósito para que puedas componer las tripas de las naves; no pierdes de vista nuestra escuadra. Bebe también este vaso con dos partes de vino y tres de agua.

DEMOS.-¿Delicioso, por Zeus! Este vino soporta perfectamente sus tres partes de agua.

EL CHORICERO.-La misma Tritonia<sup>49</sup> ha hecho la mezcla.

EL PAFLAGONIO.-Acepta ahora de mi este trozo de succulenta tarta.

EL CHORICERO.-Pero yo te ruego que aceptes esta otra toda entera.

EL PAFLAGONIO.-Pero tú no tienes liebre que ofrecerle, y yo sí.

EL CHORICERO.-¡Caramba! ¿Dónde podía procurarme una liebre? Ingenio mío, es preciso que inventes una buena jugarreta.

EL PAFLAGONIO.-¿Estás viendo, desgraciado?

EL CHORICERO.-¡Bah! Pero ¡calla! Ahí vienen unos delegados que me traen varios sacos de dinero.

EL PAFLAGONIO.-¿Dónde, dónde? (Deja su plato para ir a ver)

EL CHORICERO.-¿Qué puede importarte? ¿Qué interés puedes tú tener? (Se apodera del plato) Querido Demos: repara en este guisadito de liebre que te traigo.

EL PAFLAGONIO.-¡ Maldición! Me has robado. Eso es una estafa.

EL CHORICERO.-Por Poseidón, que lo mismo hiciste tú con los cautivos de Pilos.

DEMOS.-¿Quieres decirme, por favor, cómo se te ha ocurrido la idea de este robo?

EL CHORICERO.-La idea es de Atenea; el robo mío. Yo soy el que ha corrido el riesgo.

EL PAFLAGONIO.-Pero soy yo el que ha guisado el plato.

DEMOS.-Todo lo que tú quieras; pero yo no puedo agradecersele más que al que me lo sirve.

EL PAFLAGONIO.-¡Perra suerte! Mi descarado ha encontrado quien lo aventaje.

EL CHORICERO.-¿A qué esperas para decidir. ¡Oh Demos! ¿quién de los dos te ha servido mejor, a ti y a tu vientre?

DEMOS.-¿En qué prueba me apoyaría para demostrarles a los espectadores que soy un juez imparcial?

---

<sup>49</sup> Otro sobrenombre de Atenea.

EL CHORICERO.-Voy a decírtelo. Anda, registra disimuladamente mi cesta y la del Paflagonio; mira lo que contienen, y después podrás juzgar con acierto.

DEMOS.-(Cogiendo la cesta del Choricero) Vamos a ver lo que hay dentro.

EL CHORICERO.-Ya ves, padrecito mío, que está vacía. Como que te lo he dado todo.

DEMOS.-En verdad puede decirse que es una cesta que piensa en Demos.

EL CHORICERO.-Acércate ahora a la del Paflagonio. ¿La ves?

DEMOS.-¿Cáspita y qué repleta está! Se guardó la torta más grande. A mí sólo me dio un trocito.

EL CHORICERO.-Siempre hizo lo mismo contigo; te daba un trocito de lo que cogía y él se guardaba la mejor parte.

DEMOS.-¡Ah, infame! ¿Así me robabas y así me engañabas mientras que yo te colmaba de regalos y de coronas?

EL PAFLAGONIO.-Pero yo cometía esos robos en interés del Estado.

DEMOS.-Quítate al instante esa corona para que se la ciña tu rival.

EL CHORICERO.-Quítatela pronto, bergante.

EL PAFLAGONIO.-De ninguna manera; poseo un oráculo de Delfos que designa al único hombre que puede suplantarme.

EL CHORICERO.-Si; y que incluso me designa a mi de manera suficientemente clara.

EL PAFLAGONIO.-Examinaré antes si las palabras del oráculo pueden referirse a ti; dime en primer lugar, ¿a qué escuela acudiste de niño?

EL CHORICERO.-Me educaron a puñetazos en las cocinas.

EL PAFLAGONIO.-¿Qué dices? ¡Ah, este oráculo me mata!... Prosigamos... ¿Qué aprendiste con el maestro de gimnasia?

EL CHORICERO.-A robar, a negar el robo y a mirar a los testigos cara a cara.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh Febo! ¡Oh Apolo, dios de Licia! ¿qué vas a hacer de mí?  
(Al Choricero) Y de adulto, ¿a qué te has dedicado?

EL CHORICERO.-A vender embutidos y a darme buena vicia.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh desdicha! Estoy perdido; una tenue esperanza me sustenta. Dime esto no más: ¿vendías los chorizos en tu tienda, en el Mercado o en las puertas de la



ciudad?

EL CHORICERO.-En las puertas, donde se venden los salazones.

EL PAFLAGONIO.-¡Se acabó! La predicción se ha cumplido. Arrastrad hasta su casa a este infeliz. Adiós, corona mía. Bien a mi pesar, te abandono; te dejo en las manos de un nuevo amo, no tan ladrón como yo, cierto, pero sí más afortunado.

EL CHORICERO. Zeus, dios de los griegos; es a ti a quien corresponde el honor de mi victoria.

PRIMER SERVIDOR.-Salud, ilustre triunfador; acuérdate de que yo te he hecho hombre. Bien poco te pido en recompensa: nómbrame escribano de actuaciones, como lo es ahora Fanos.

DEMOS.- (Al Choricero) Sea; pero al menos dime tu nombre.

EL CHORICERO.-Agorácrito, porque me crié en el ágora en medio de las disputas.

DEMOS.-Me pongo, pues, en manos de Agorácrito y le abandono a ese Paflagonio.

EL CHORICERO.-Y yo, querido Demos, prometo cuidarte con tal solicitud que tendrás que reconocer que nunca has visto un hombre más adicto a la ciudad de los papanatas.

EL CORO.- (A los espectadores) ¿Hay nada más hermoso que empezar y concluir nuestros cantos celebrando al conductor de rápidos corceles, en vez de herir con ultrajes gratuitos a los Lisítrato o a los Teomantis, privado hasta de hogar? Este, ¡oh mi querido Apolo!, siempre hambriento y bañado en lágrimas, no cesa de acariciar tu carcaj en el sagrado templo de Delfos para no perecer de inanición.

Nada hay más odioso en la sátira que se ejerce contra los malvados. Para quien sabe razonar, esta sátira constituye un homenaje a la virtud. Si el personaje a quien es preciso decirle un buen número de duras verdades fuese solamente conocido, no necesitaría recordar el nombre de un amigo. No hay quien no conozca a Arignoto<sup>50</sup>. Basta para ello saber distinguir lo blanco de lo negro y reconocer la música ortiana. Pues bien; este Arignoto tiene un hermano cuya conducta no se parece en nada a la de su hermano; es Arifrades, un depravado, pero un depravado por principio de conducta. No se limita a ser un depravado, a ser un sujeto de la peor especie, cosa que no habría retenido mi atención; ha dado en el vicio con un nuevo hallazgo. Mancilla su lengua en innobles placeres,

---

<sup>50</sup> Músico muy estimado por los atenienses.

entregándose a lamer parajes inmundos y manchándose las barbas al restregarlas por ciertos recovecos. Aparte de esto, compone canciones del género de Polimnesto y frecuenta a Oinicos. A quien no experimente un asco invencible por semejante sujeto, jamás le invitaremos a beber con nosotros en la misma copa.

En el curso de mis meditaciones nocturnas, ¡cuántas veces me he preguntado donde podría saciar Cleónimo su voracidad! Dicen que un día, en que se estaba hinchando a placer en cierta mansión distinguida, nadie podía arrancarle de junto a las vituallas. Sus huéspedes le suplicaban, sin embargo, que lo dejara ya: "Vamos, señor, le decían, abrazados a vuestras rodillas os pedimos que salgáis y dejéis en paz nuestra mesa".

También se cuenta que cierto día las trirremes se reunieron en asamblea deliberante. Una de ellas (era la más vieja) tomó la palabra: "¿Sabéis por acaso, mis jóvenes colegas, lo que ocurre en la ciudad? Dicen que se pide un centenar de nosotras a fin de aparejar hacia Cartago; la petición viene de un mal ciudadano llamado Hipérbolos el Vinagre". Esto les parece odioso e inadmisibles, y una de ellas que jamás había tenido aún contacto con hombres, tomó la palabra en estos términos: "Dios protector dice, me niego a dejarme gobernar por ese hombre; mejor prefiero envejecer aquí mi vida de carcoma".

Tampoco me gobernaré a mi, Nanfante, hija de Nauson, tan cierto, por los dioses, que soy de madera de pino. Si los atenienses adoptan ese proyecto, opino que nos vayamos a encontrar un refugio en el templo de Teseo o en el de las Sagradas Diosas. Al menos que, bajo nuestro pabellón, no se burle nadie de la ciudad. ¡Que se vayan, si quiere, a navegar a los infiernos botando al agua las cajas en que vendía sus linternas.

EL CHORICERO.- (Saliendo de la casa) Guardad silencio, plegad los labios y absteneos de citar testigos; ciérrense las puertas de los tribunales, delicias de esta ciudad, y retumbe en todo el teatro un jubiloso himno que celebre nuestras nuevas prosperidades.

EL CORIFEO.- ¡Oh, tú, luz de la Sagrada Atenas, protector de nuestras islas, ¿qué fausta nueva nos anuncias? ¿Qué dicha es esa que llenará nuestras plazas con el humo de los sacrificios?

EL CHORICERO.- He modificado la condición de Demos, convirtiéndole de patán en señor.

EL CORIFEO.- Y ahora, ¿dónde está? ¡Oh inventor de cambio tan prodigioso!

EL CHORICERO.- Habita en la antigua Atenas, coronado de violetas.

EL CORIFEO.-¿Cuándo le veremos? ¿Qué vestido tiene? ¿Cómo es ahora?

EL CHORICERO.-Es lo que era antes, cuando tenía por comensales a Milcíades y Arístides. Vais a verle, pues ya resuenan las puertas de los Propileos. Regocijaos; saludad con ruidosas aclamaciones a la admirable y celebrada Atenas; miradla qué bella parece, recobrado su antiguo esplendor, y habitada por el ilustre Demos.

Cambio de decoración. Aparecen los Propileos.

EL CORIFEO.-¡Oh brillante Atenas, coronada de violetas! muéstranos al monarca de esta tierra y de la Grecia entera.

EL CHORICERO.-Vedle con los cabellos adornados de cigarras, con su espléndido traje primitivo, oliendo a mirra y a paz, en vez de apestar a marisco.

EL CORIFEO.-Salud, rey de los Griegos; contigo nos congratulamos; sobre ti ha derramado la Fortuna dones dignos de esta ciudad y de los trofeos de Maraton.

DEMOS.-(Que acaba de entrar, dirigiéndose al Choricero) ¡Oh queridísimo amigo! Acércate Agorácrito. ¡Cuánto bien me ha traído tu preparado culinario!

EL CHORICERO.-¿Yo? Pero, buen hombre, aún no sabes lo que eras antes y lo que hacías; de otra suerte me creerías un dios.

DEMOS.-Pues ¿qué hice antes? Dime, ¿cómo era?

EL CHORICERO.-Ante todo, cuando un orador, en la Asamblea, se dirigía a ti en estos términos: "¡Oh, Demos! yo soy tu amigo, yo te amo de veras, yo soy el único que velo por tus intereses", al punto te levantabas del asiento y te pavoneabas arrogante.

DEMOS.-¿Yo?

EL CHORICERO.-Y después de engañarte, se marchaba.

DEMOS.-¿Qué dices? ¿Eso hicieron conmigo, sin que yo lo advirtiera?

EL CHORICERO.-No es extraño; tus orejas se extendían unas veces y otras se plegaban como un quitasol.

DEMOS.-¿A tal extremo de chochez y de imbecilidad había yo llegado?

EL CHORICERO.-Además, si dos oradores trataban, uno de equipar las naves, y el otro de pagar a los jueces su salario, siempre se retiraba vencedor el que hablo de sueldo, y derrotado el que propuso armar la escuadra. Pero ¿qué haces? ¿Por qué bajas la vista? ¿No puedes estarte quieto?

DEMOS.-Me avergüenzo de mis pasadas culpas.

EL CHORICERO.-Pero no te aflijas; no es tuya la culpa, sino de los que te engañaron. Ahora contéstame: si algún charlatán de abogado te dice: "Jueces, no tendréis pan si no condenáis a este acusado", ¿qué le harás?

DEMOS.-Lo levantaré en alto y lo arrojare al Báratro,<sup>51</sup> colgándole del cuello a Hipérbolo.

EL CHORICERO.-Perfectamente: veo que en esto andas acertado y discreto. Pero, y los otros asuntos de la ciudad, ¿cómo los arreglarás?

DEMOS.-En cuanto lleguen al puerto los remeros de los navíos de guerra les pagaré integro su sueldo.

EL CHORICERO.-Muy amable para la multitud de pequeños traseros usados en el frote.

DEMOS.-Después mandaré que ningún ciudadano inscrito en la lista de los hoplitas<sup>52</sup> pueda pasar por recomendación a otro orden; cada cual estará en la lista donde se le apuntó al principio.

EL CHORICERO.-Eso va derecho contra el escudo de Cleónimo.

DEMOS.-Ningún mozalbate, frívolo y necio, podrá hablar en la Asamblea.

EL CHORICERO.-¿Y dónde perorarán Clístenes y Estratón?

DEMOS.-Me refiero a esos jovenzuelos que frecuentan las perfumerías y donde charlan así: "¡Qué docto es Feax!<sup>53</sup> ¡Cuán acertada ha sido su educación! Se apodera del ánimo de sus oyentes y los conduce a su fin; es sentencioso, sabio y muy diestro en mover las pasiones y en dominar un tumulto".

EL CHORICERO.-¿No dejarás, pues, que te sigan engañando esos charlatanes?

DEMOS.-No, por cierto; a todos les obligaré a irse de caza, en vez de hacer decretos.

EL CHORICERO.-Con esta condición, toma esta silla y este robusto muchacho para que la lleve; si te agrada, puedes sentarte sobre él.<sup>54</sup>

DEMOS.-¡Qué felicidad recobrar mi antiguo estado!

EL CHORICERO.-Eso lo podrás decir cuando te entregue las treguas por treinta

<sup>51</sup> Precipicio donde eran arrojados los criminales.

<sup>52</sup> Genero de tropas de la infantería ateniense.

<sup>53</sup> Orador disertado considerado como pederasta.

<sup>54</sup> Casi todas estas palabras y las de las contestaciones siguientes tienen un doble sentido obsceno.

años. ¡Hola, Treguas<sup>55</sup>, presentáos pronto!

DEMOS.-¡Por Zeus! ¡Qué hermosas son! Dime, por los dioses, ¿puede tratarse con ellas? ¿Dónde las encontraste?

EL CHORICERO.-El Paflagonio las tenía escondidas para que tú no las encontrases. Yo te las doy; vete al campo y llévatelas.

DEMOS.-¿Qué castigo vas a imponer a ese Paflagonio por su mala conducta?

EL CHORICERO.-Uno pequeño. No le impondré más que el de que ejerza mi antiguo oficio: vender chorizos en las puertas y picar carnes de perros y burros. Cuando se embriague, que riña con las prostitutas; y no beba más agua que la de las bañeras.

DEMOS.-Muy bien pensado; solo merece eso, pasarse el tiempo peleándose con las hetarias y los mozos de los balnearios. En recompensa te convido a venir al Pritáneo para que ocupes el puesto de ese bribón. Ponte la túnica verde y sígueme. En cuanto a ese individuo, que se lo lleven a donde ha de ejercer su oficio, para que sirva de espectáculo a los extranjeros a quienes tanto maltrataba.

---

<sup>55</sup> Aristófanes personifica aquí a las Treguas.

PLUTO

---

ARISTOFANES

*<http://www.librodot.com>*

## PERSONAJES:

CARIÓN, esclavo de Cremilo.

CREMILO.

EL Dios PLUTO.

CORO DE CAMPESINOS.

BLEPSIDEMO, amigo de Cremilo.

LA POBREZA.

LA MUJER DE CREMILO.

UN HOMBRE DE BIEN.

UN SICOFANTE.

UNA VIEJA.

UN JOVEN.

EL Dios HERMES.

UN SACERDOTE DE ZEUS.

*La escena representa una plaza pública, al fondo de la cual se alza la casa de Cremilo. Éste entra seguido de Carión y ambos siguen a Pluto, ciego.*

CARIÓN.-¡Ah, qué penoso es, oh Zeus y grandes dioses, ser esclavo de un amo que anda mal de la cabeza! Si el esclavo da los mejores consejos y al amo se le antoja no seguirlos, no por eso deja de participar de su desgracia. Porque la fortuna no nos permite disponer de este cuerpo, que es nuestro y muy nuestro, y se lo da al que lo ha comprado. ¡Así anda el mundo! Tengo que dirigir a Apolo, al dios cuya pitonisa profetiza desde el áureo trípode, una justa acusación: que siendo médico y hábil adivino, según se asegura, haya dejado salir de su templo a mi amo atacado de locura, obstinado en seguir a un ciego y empeñado en oponerse al buen sentido, según el cual quien tiene buenos ojos debe guiar al que carece de ellos; pero a mi amo no hay modo de hacérselo comprender; y se va detrás del ciego, y por añadidura me obliga a ir a mí también, sin responder a mis preguntas. No, mi amo, yo no puedo callar si no me dices por qué seguimos a ese hombre; te atormentaré, ya que gracias a mi corona<sup>1</sup> no puedes castigarme.

CREMILO.-Pero si continúas fastidiándome. te quitaré la corona y aún te escocerá más.

CARIÓN.-¡Tonterías! No pienso dejarte en paz hasta que me digas quién es ese hombre. Ten presente que te lo pregunto por tu propio interés.

CREMILO.-Pues bien; no te lo ocultaré. Reconozco que eres el más leal de todos mis domésticos y el más hábil... para robarme. Piadoso y justo, yo hacía malos negocios y era pobre.

CARIÓN.-Lo sé muy bien.

CREMILO.-En tanto que otros, sacrílegos, oradores, sicofantes y malvados, se enriquecían a manos llenas.

CARIÓN.-¡Ya lo creo!

CREMILO.-En vista de ello, me fui a consultar al oráculo, no por mí, cuya existencia ya tiene casi agotadas las flechas de su carcaj, sino por mi único hijo, y para preguntar si convendría que, cambiando de conducta, se hiciese canalla, injusto y malvado,

---

<sup>1</sup> Los que volvían, como Carión, de consultar el oráculo de Apolo, en Delfos, traían una corona de laurel, que les daba una especie de inviolabilidad.



puesto que éste parece ser el camino de la fortuna.

CARIÓN.-¿Y qué oráculo ha extraído Foibos de entre sus coronas?

CREMILO.-El dios me ha dicho claramente esto: que siguiera al primer hombre que encontrase al salir del templo y que no me separase de él hasta llevarlo a mi casa.

CARIÓN.-¿Y quién fue el primero que encontraste?

CREMILO.-Ese.

CARIÓN.-¿Pero no comprendes que el espíritu del oráculo te ordena educar a tu hijo a la usanza del país?

CREMILO.-¿Qué te hace suponerlo?

CARIÓN.-Está claro, hasta para un ciego, que hoy día lo más provechoso es huir de proceder con rectitud y honradez.

CREMILO.-El espíritu del oráculo no puede ser ese, sino otro más noble y elevado. Si ese hombre nos revelase quién es y por qué ha venido, quizá pudiéramos comprender el sentido misterioso del oráculo.

CARIÓN.-*(A Pluto.)* ¡Vamos, tú! Empieza por decirnos quién eres, u obraré en consecuencia. Hay que hablar pronto.

PLUTO.-¿Nada de exabruptos! Eso es lo que te digo.

CARIÓN.-¿Comprendes tú quién dice ser?

CREMILO.-Déjame hacer a mí, porque tú le interpelas de un modo torpe y grosero. *(Volviéndose hacia Pluto.)* Amigo mío, si te agrada la conversación de los hombres honrados, respóndeme.

PLUTO.-¿Nada de lágrimas; Esto es lo que te digo.

CARIÓN.-¿Vaya hombre y vaya augurio!

CREMILO.-*(A Pluto.)* ¡Por Deméter, no te reirás!

CARIÓN.-Si no respondes como es debido, vas a pasarlo mal.

PLUTO.-Mis buenos amigos, dejadme en paz los dos.

CREMILO.-De ningún modo.

CARIÓN.-Mi sistema es el mejor, querido amo. Voy a darle una muerte vil a ese estafermo. Lo llevaré al borde de un abismo y lo abandonaré allí para que se precipite y se rompa la cabeza.

CREMILO.-Llévatelo cuanto antes.

PLUTO.-¡No, no!

CREMILO.-¿Hablarás al fin?

PLUTO.-Pero cuando os diga quién soy, sé muy bien que me importunaréis y que no me dejaréis marchar.

CREMILO.-Sí, por los dioses, te irás en cuanto quieras.

PLUTO.-Empezad por soltarme.

CREMILO.-Ya estás suelto.

PLUTO.-Escuchad, puesto que estoy en la precisión de deciros cosas que había resuelto mantener ocultas: yo soy Pluto<sup>2</sup>.

CREMILO.-¡Grandísimo tunante! ¿Conque eres Pluto y lo callabas?

CARIÓN.-¡Tú, Pluto, en un estado tan miserable! CREMILO.-¡ Oh, Apolo! ¡ Oh, dioses! ¡Oh, espíritus! ¡Oh,

Zeus! ¿Qué dices? ¿En verdad que eres tú?

PLUTO.-Sí.

CREMILO.-¿El mismo en persona?

PLUTO.-El mismo.

CREMILO.-¿Y de dónde sales tan sucio?

PLUTO.-Vengo de casa de Patroclo<sup>3</sup>, que no se ha lavado desde el momento exacto de nacer.

CREMILO.-Y la ceguera que padeces, ¿de dónde procede, di?

PLUTO.-Me la produjo Zeus, por odio a los hombres. Cuando yo era joven, le había amenazado con no tratarme más que con gentes justas, sabias y honradas; y me dejó ciego para que no las reconociese entre las demás: ¡tanto detesta a los hombres virtuosos!

CREMILO.-Pues la verdad es que sólo los hombres justos y virtuosos le reverencian.

PLUTO.-Estoy de acuerdo contigo.

CREMILO.-Pero dime: si recobrases la vista, ¿te apartarías de los malos?

PLUTO.-Seguramente.

CREMILO.-¿Y sólo te tratarías con los justos?

PLUTO.-Cierto; ¡hace tanto tiempo que no los he visto!

CREMILO.-No tiene nada de particular; yo tengo buenos ojos y tampoco los veo.

---

<sup>2</sup> Esto es, el Dios de las riquezas.

<sup>3</sup> Ateniense muy rico, pero tan miserable, que la frase «más avaro que Patroclo» se hizo proverbial. Para evitar gastos imitaba a los lacedemonios, comiendo muy frugalmente, dejándose crecer barba y cabellos y absteniéndose de bañarse.

PLUTO.-Ahora dejadme; ya sabéis cuanto a mí se refiere.

CREMILO.-No, por Zeus; ahora te retendremos con mayor motivo.

PLUTO.-¿No os decía yo que no dejaríais de importunarme?

CREMILO.-Vamos, te lo suplico; déjate convencer y no me abandones. Por mucho que busques no encontrarás un hombre de costumbres más honestas que yo. No, por Zeus, no hay otro como yo.

PLUTO.-Es lo que dicen todos; pero en cuanto me poseen y se hacen ricos, su perversidad no tiene límites.

CREMILO.-Así es; aunque no todos los hombres' son malos.

PLUTO.-Sí, por Zeus, todos sin excepción.

CARIÓN.-Eso te va a costar caro.

CREMILO.-Por lo menos debes saber las ventajas que conseguirás estando con nosotros; préstame atención. Yo espero, con ayuda de los dioses, curarte la ceguera y devolverte la vista.

PLUTO.-No hagas nada; no quiero recobrarla.

CARIÓN.-Este hombre ha nacido para ser un desgraciado.

PLUTO.-Sé muy bien que en cuanto Zeus se enterase me pulverizaría.

CREMILO.-¿No lo hace ya, dejándote ir a tientas y expuesto a mil peligros?

PLUTO.-Lo ignoro; pero le tengo un miedo pánico.

CREMILO.-¿De veras? ¡Oh, el más cobarde de todos los dioses! ¿Crees que todo el imperio de Zeus y sus rayos valdrían ni un trióbolo si recobrases la vista, aunque sólo fuese por un momento?

PLUTO.-¡Oh, no digas eso, desdichado!

CREMILO.-Tranquilízate; voy a demostrarte que eres mucho más poderoso que Zeus.

PLUTO.-¿Yo?

CREMILO.-Sí, por el cielo. Ante todo, ¿quién le da a Zeus su poder sobre los demás dioses.

CARIÓN.-Las riquezas, porque tiene muchísimas.

CREMILO.-¿Y quién le suministra esas riquezas?

CARIÓN.-Este (*por Pluto*).

CREMILO.-Y el mismo Zeus, ¿a quién debe los sacrificios que se le ofrecen? ¿No es gracias a Pluto?

CARIÓN.-Sí, por Zeus; y se le reza abiertamente para enriquecerse.

CREMILO.-Por tanto, si es Pluto la causa de esos sacrificios, ¿no puede también darles fin si a él se le antoja?

PLUTO.-¿Cómo?

CREMILO.-Ningún hombre podría en adelante ofrecer en sacrificio ni un buey, ni una torta, ni nada absolutamente contra tu voluntad.

PLUTO.-¿Pero cómo?

CREMILO.-Porque nadie podría comprar nada si tú no le dabas el dinero; por consiguiente, en tu mano está destruir el poder de Zeus el día que te plazca?

PLUTO.-¿Qué dices? ¿Que le ofrecen los sacrificios gracias a mí?

CREMILO.-Y lo repito; cuanto hay de brillante, de grandioso y de bello entre los hombres, se te debe a ti, pues todo depende de la riqueza.

CARIÓN.-Yo, por ejemplo, soy esclavo por un poco de dinero; de haberlo tenido, sería libre.

CREMILO.-¿Y no sabes lo que se cuenta de las cortesanas de Corinto?<sup>4</sup> Cuando se les acerca un pobre, ni siquiera le miran; pero como sea un rico, le presentan inmediatamente el trasero.

CARIÓN.-Lo mismo hacen los muchachos; el interés por el dinero, y no el amor, es lo que les guía.

CREMILO.-No los honrados, sino los que se prostituyen a cualquiera; los primeros no piden dinero.

CREMILO.-Uno, un buen caballo; otros, perros de caza.

CARIÓN.-Les da vergüenza exigir dinero, y truecan el nombre de su infamia.

CREMILO.-A ti se debe el nacimiento de todas las artes y de las invenciones más ingeniosas de los hombres. Por ti, y sólo por ti, uno corta cueros sentado en su taller; otro forja el bronce; otro trabaja la madera; otro refina el oro que de ti ha recibido; otro roba en las calles; otro horada paredes; otro es batanero; otro lava pieles; otro las curte; otro vende cebollas; otro sorprendido en adulterio, sufre, por ti también, la depilación.

PLUTO.-¡Triste de mí! ¡Cuánto tiempo estuve sin saberlo!

CARIÓN.-¿No es él quien ensorbebece al gran rey?<sup>5</sup> ¿No es él quien convoca a la

---

<sup>4</sup> Las cortesanas de Corinto eran célebres por su belleza y por lo caros que vendían sus favores.

<sup>5</sup> Llamábase así al de Persia, dueño de inmensos tesoros.

Asamblea a los ciudadanos?<sup>6</sup> ¿No es él quien equipa los trirremes?<sup>7</sup> ¿No es él quien hará desesperar a Pánfilo<sup>8</sup>, y con Pánfilo<sup>9</sup> al comerciante de agujas? ¿No es él quien da tantos humos a Agirrio?<sup>10</sup> ¿No es él quien incita a Filepsio<sup>11</sup> a recitar sus fábulas? ¿No es él quien envía auxiliares al Egipto? ¿No es por él por quien Lais<sup>12</sup> ama a Filónides?<sup>13</sup> ¿No es él por quien la torre de Timoteo... ?<sup>14</sup>

CREMILO (*a Carión*).-Que ojalá te aplaste. (*A Pluto*.) En una palabra, por ti se hace todo. Tú eres la causa de todos nuestros males y de todos nuestros bienes; tenlo entendido.

CARIÓN.-En la guerra, la victoria se inclina siempre del lado donde tú pesas.

PLUTO.-¿Cómo es posible que yo sólo pueda hacer tantas cosas?

CREMILO.-Y muchas más, ¡por Zeus! Así es que nadie se cansa de ti. Todas las demás cosas llegan a saciar, el amor ...

CARIÓN.-El pan.

CREMILO.-La música.

CARIÓN.-Las golosinas.

CREMILO.-Los honores.

CARIÓN.-Los pasteles.

CREMILO.-La virtud.

CARIÓN.-Los higos.

CREMILO.-La ambición.

CARIÓN.-Las lentejas.

CREMILO.-Pero de ti nunca se ha saciado nadie. Si se tienen trece talentos, se desea con mayor afán reunir dieciséis. ¿Se consiguen los dieciséis?, pues se apetecen cuarenta, y se dice que no hay con qué vivir.

PLUTO.-Me parece muy bien todo lo que decís; sólo me inquieta una cosa.

CREMILO.-¿Cuál?

PLUTO.-Me pregunto cómo conseguiré hacerme dueño de ese poder que me atribuí.

---

<sup>6</sup> Para cobrar el trióbolo.

<sup>7</sup> Este encargo se daba a los ciudadanos más ricos, nombrándoles trierarcas. La república sólo les proporcionaba el armazón de la nave.

<sup>8</sup> Usurero famoso que habiendo defraudado al erario público fue desterrado, confiscándosele sus bienes.

<sup>9</sup> Parásito de Pánfilo o cómplice de sus concusiones.

<sup>10</sup> Rico insolente.

<sup>11</sup> Se ganaba la vida refiriendo cuentos en las calles.

<sup>12</sup> Celebre cortesana siciliana establecida en Corinto.

<sup>13</sup> Rico imbécil.

CREMILO.-¡Sí, por Zeus! ¡Con qué razón dice todo el mundo que nada hay tan cobarde como Pluto!

PLUTO.-Nada de eso. El que me ha calumniado habrá sido un salteador que, habiendo entrado en mi casa sin poder llevarse nada por encontrarlo todo cerrado, llamó cobardía a mi previsión.

CREMILO.-No te apenes por eso; si estás dispuesto a secundar mi empresa, te devolveré una vista más penetrante que la de Linceo.<sup>15</sup>

PLUTO.-¿Cómo podrás hacer eso siendo un simple mortal?

CREMILO.-Tengo buenas esperanzas por lo que me dijo el mismo Foibos agitando el laurel pítico.

PLUTO.-¿También está él en el secreto?

CREMILO.-Seguro que sí.

PLUTO.-¡Lleva cuidado!

CREMILO.-Nada temas, querido Pluto; y ten bien presente, que estoy resuelto a conseguir mi propósito, aunque arriesgue la muerte.

CARIÓN.-Y, si quieres, yo también.

CREMILO.-Además nos ayudarán en nuestra empresa todos los hombres de bien que carecen hasta de un bocado de pan.

PLUTO.-¿Malos auxiliares son esos!

CREMILO.-No lo serán cuando se hagan ricos. (*A Carión.*) Corre a todo correr...

CARIÓN.-¿Adónde, dí?

CREMILO.-Llama a nuestros compañeros los campesinos. Estoy seguro de que los hallarás en el campo, entregados a su penosa faena. Diles que vengan a participar con nosotros de los dones de Pluto.

CARIÓN.-Voy; pero que alguien se encargue de llevar a casa este tasajo de carne<sup>16</sup>.

CREMILO.-Yo me encargo de eso; corre. Y tú, Pluto, el más poderoso de los dioses, entra conmigo en mi morada. Esta es la casa que hoy has de colmar de riquezas bien o mal adquiridas.

PLUTO.-Pongo por testigos a los dioses de que nunca he entrado a gusto en ninguna

---

<sup>14</sup> Ostentoso edificio construido por Timoteo, hijo de Conon.

<sup>15</sup> Veía a través de los cuerpos opacos y distinguía hasta lo que pasaba en los infiernos. Fue uno de los argonautas.

<sup>16</sup> Parte de la víctima que Cremilo había sacrificado a Apolo. Era costumbre obsequiar con ella a los parientes y amigos.

casa extraña, porque jamás me ha sucedido nada bueno en ninguna de ellas. Si por casualidad me alojo en la habitación de un avaro, en seguida me mete debajo de tierra, y cuando algún honrado amigo le viene a pedir prestado algún dinero, dice que jamás me ha visto. Si, al contrario, es la de un pródigo insensato, me entrega al punto a los juegos de azar y a las cortesanas, y en pocos momentos me veo en la puerta de la calle completamente desnudo.

CREMILO.-Es que nunca has tropezado con un hombre moderado como yo lo soy en todas mis acciones. A mí me gusta como a nadie la economía, aunque también gasto cuando es necesario. Pero entremos pues quiero que veas a mi mujer y a mi único hijo, lo que más amo después de tí.

PLUTO.-Te creo.

CREMILO.-¿Por qué no había de decirte la verdad? (*Entran en la casa de Cremilo.*)

CARIÓN.-(*Que llega con el Coro de Campesinos y dirigiéndose a éstos.*) Amigos y paisanos, laboriosos campesinos que tantas veces habéis comido ajos con mi señor, venid, apresuráos, corred, no hay que perder un instante, acudid en nuestro auxilio.

EL CORIFEO.-¿No ves que ya nos apresuramos cuanto les es posible a unos hombres debilitados por la edad? ¿Crees tú que debo de correr antes de haberme dicho por qué nos llama tu amo?

CARIÓN.-¿No te lo he dicho ya hace rato? Sin duda te has vuelto sordo. Mi amo quiere, anunciaros que, en adelante, nadaréis todos en la abundancia y os veréis libres de la vida ruda y miserable que ahora lleváis.

EL CORIFEO.-¿Pero de qué se trata? ¿De dónde procede eso que nos dices?

CARIÓN.-Ha llegado aquí con un viejo sucio, encorvado, miserable, calvo, lleno de arrugas, sin dientes, y, por Zeus, creo que hasta circunciso<sup>17</sup>.

EL CORIFEO.-¡Oh tú, que nos traes una noticia de oro, como dices! Explícate un poco, porque nos has dado claramente a entender que ese hombre llega con un montón de oro.

CARIÓN.-Con un montón de achaques seniles, querrás decir.

EL CORIFEO. ¿Crees que si nos engañas te vas a ir indemne, teniendo yo un garrote en la mano?

CARIÓN.-¿Por tan desvergonzado me tenéis que me juzgáis incapaz de hablaros seriamente?

EL CORIFEO.-¿Qué descarado es el bellaco! ya tus piernas están gritando: ¡iu! ¡iu! y reclaman los cepos y las cuñas.

CARIÓN.-Puesto que la letra que te ha tocado en suerte te designa para juzgar al... ataúd; por qué no vas? Caronte te dará el pasaporte.

EL CORIFEO.-¿No reventarás? ¡Qué malintencionado y fastidioso empeño en burlarnos y en no acabar de decimos para qué nos llama tu amo! Habla, ya ves que, aunque rendidos de fatiga y escasos de tiempo, hemos acudido a toda prisa, pasando a través de innumerables ajos.

CARIÓN.-No os lo ocultaré más tiempo: mi amo, buena gente, ha venido con Pluto, que va a enriquecernos.

EL CORIFEO.-¿De veras? ¿Es bien de veras que nos haremos todos ricos?

CARIÓN.-Sí, por los dioses; y también seréis Midas si os salín orejas de asno.

EL CORIFEO.-¡Ah qué alegría! ¡Qué placer! Voy a bailar de gusto, si es verdad lo que dices.

CARIÓN.-Yo también; trettanelo<sup>18</sup>, quiero dirigiros, imitando al Cíclope y golpeando el suelo con los pies. Ea, gritad, hijos míos; dad balidos melodiosos, como las ovejas o las cabras de penetrante olor, y seguidme como chivos enardecidos por la lujuria.

EL CORIFEO.-Y nosotros también; trettanelo, queremos, cuando balando encontremos al Cíclope, es decir, a tí mismo, lleno de basura, con una alforja atestada de verdolagas cubiertas de rocío, apacentando borracho tus ovejas, y dormido en el primer lugar donde el sueño te rinda, coger un inmenso y encendido tizón y dejarte ciego.

CARIÓN.-Y yo he de imitar en todo a la hechicera Circe, cuyos mágicos brebajes hicieron en Corinto que los compañeros de Filónides se atracasen como cerdos de excrementos por ella preparados. Vosotros, gruñendo de alegría, seguid a vuestra madre, pequeños... marranos.

EL CORIFEO.-Y nosotros, imitando en nuestro júbilo al hijo de Laertes<sup>19</sup>, nos apoderaremos de Circe<sup>20</sup>, la de los mágicos brebajes y mal olientes pomadas, y te colgaremos de donde más te duela; te untaremos las narices de estiércol como a un

---

<sup>17</sup> Los griegos despreciaban a los pueblos que practicaban la circuncisión.

<sup>18</sup> Voz onomatopéyica para imitar el sonido de la lira.

<sup>19</sup> Ulises.

<sup>20</sup> Es decir, de Carión.



chivo, y al relamerte, cual otro Arístilo<sup>21</sup>, los entreabiertos labios, exclamarás: «Seguid a vuestra madre, pequeños marranos.»

CARIÒN.-¡Ea, basta de bromas! Cambiad de táctica. Yo voy a entrar en casa y a coger, a escondidas de mi amo, un poco de pan y carne; en cuanto lo coma volveré al trabajo. (*Danza del Coro.*)

CREMILO.-(*Saliendo de su casa.*) El deciros salud, conciudadanos míos, es una fórmula vieja y muy gastada; prefiero, pues, abrazaros cordialmente por la prontitud y buena voluntad con que habéis acudido. Procurad ayudarme con igual eficacia en todo lo demás, y lograremos entre todos salvar al dios.

EL CORIFEO.-Pierde cuidado. Verás brillar en mis ojos la mirada de Ares. Sería absurdo, en efecto, que los que por tres óbolos nos estrujamos diariamente en la Asamblea nos dejáramos arrebatar a Pluto en persona.

CREMILO.-Pero veo a Blepsidemo que se acerca. Su andar precipitado me demuestra que ya sabe algo de lo que ocurre.

BLEPSIDEMO.-(*Que entra muy presuroso.*) ¿Qué sucede? ¿Cómo y cuándo se ha enriquecido Cremilo tan de súbito? No puedo creerlo y, sin embargo, por Heracles, la gente de las barberías no habla de otra cosa que de su repentina fortuna. Pero aún me admira más el que, a pesar de su próspera fortuna mande llamar a los amigos; esto es apartarse de todos los usos y costumbres.

CREMILO.-Por los dioses, todo lo diré sin ocultar nada. Sí, Blepsidemo, mi situación actual es mejor que la de ayer, quiero que participes de mi suerte, puesto que eres un buen amigo.

BLEPSIDEMO.-¿De veras que te has vuelto rico, como dicen?

CREMILO.-Dí, más bien, que lo seré muy pronto; porque he de aclararte que el asunto aún presenta ciertas dificultades.

BLEPSIDEMO.-¿Cuáles?

CREMILO.-Por ejemplo...

BLEPSIDEMO.-Dí pronto lo que quieras decir.

CREMILO.-Si logramos nuestro objeto será la fortuna para siempre; pero si fracasamos, la ruina será total.

BLEPSIDEMO.-Me parece que te has metido en un mal negocio; la cosa me da mala espina. Enriquecerse súbitamente y andarse después con temores, demuestra que no

---

<sup>21</sup> Conocido pederasta.

has obrado bien.

CREMILO.-¿Cómo que no he Obrado bien?

BLEPSIDEMO.-Quizás hayas robado plata u oro allá en el templo del dios y ahora te arrepientes.

CREMILO.-¡Oh, Apolo protector! ¡No, por Zeus, yo no!

BLEPSIDEMO.-Déjate de rodeos, amigo mío; está claro como la luz.

CREMILO.-¿Cómo puedes sospechar de mí semejante cosa?

BLEPSIDEMO.-¡Bah! No hay un solo hombre íntegramente honrado. Todos se dejan seducir por el brillo del dinero.

CREMILO.-¡Pues no por Deméter! ¿Estás perdiendo el juicio?

BLEPSIDEMO.-¿Cómo se ha despojado de sus inveteradas costumbres!

CREMILO.-Pero, amigo mío, tú estás loco.

BLEPSIDEMO.-Su semblante, agitado e intranquilo, de muestra que ha perpetrado alguna mala acción.

CREMILO.-Ya sé por qué croas así; te imaginas que he robado algo para que te dé una parte.

BLEPSIDEMO.-¿Una parte? ¿Y de qué?

CREMILO.-Pero no hay tal, en absoluto; el asunto es muy diferente.

BLEPSIDEMO.-¿Se tratará de un atraco en lugar de un robo?

CREMILO.-Decididamente estás atacado de demencia.

BLEPSIDEMO.-Entonces, ¿no has despojado a nadie?

CREMILO.-Cierto que no.

BLEPSIDEMO.-¡Oh, Heracles! ¿Cómo penetrar tanto misterio? Está visto que no quieres confesar la verdad.

CREMILO.-¿Y cómo empiezas por acusarme sin haberte enterado de la cuestión?

BLEPSIDEMO.-Amigo mío, antes de que el asunto se divulgue, yo lo arreglaré a poca costa, tapándoles la boca a los oradores con algún dinerillo.

CREMILO.-Tienes toda la traza, querido amigo, de querer gastar tres minas en el negocio y presentarme una cuenta de doce.

BLEPSIDEMO.-Se me figura ver a alguien sentado al pie del tribunal con su mujer y sus hijos y el ramo de olivo de los suplicantes en la mano, enteramente parecido a los

Heráclidas de Pánfilo<sup>22</sup>.

CREMILO.-No, desgraciado; a partir de ahora sólo enriqueceré a los hombres justos y modestos.

BLEPSIDEMO.-¿Qué dices? ¿Tanto has robado?

CREMILO.-¡Oh, me abrumas con tus injurias!

BLEPSIDEMO.-Tú mismo corres a tu pérdida, por lo que veo.

CREMILO.-En absoluto, imbécil, puesto que a quien tengo en mi casa es a Pluto.

BLEPSIDEMO.-¿Tú, a Pluto? ¿Pero cuál?

CREMILO.-El mismo dios.

BLEPSIDEMO.-¿Y dónde está?

CREMILO.-Ahí dentro.

BLEPSIDEMO.-¿Dónde?

CREMILO.-En mi casa.

BLEPSIDEMO.-¿En tu casa?

CREMILO.-Perfectamente.

BLEPSIDEMO.-¡Vete a los cuervos! ¿Pluto en tu casa?

CREMILO.-Sí, por los dioses.

BLEPSIDEMO.-Pero ¿es verdad?

CREMILO.-Sí.

BLEPSTDEMO.-¿Por Hestia?

CREMILO.-Sí, y por Poseidón.

BLEPSIDEMO.-¿Por el dios del mar, quieres decir?

CREMILO.-Y si existe otro, por ese otro.

BLEPSIDEMO.-¿Y no lo invitas a casa de tus buenos amigos?

CREMILO.-Aún no estamos en ese caso.

BLEPSIDEMO.-¿Que aún no es el momento de participar?

CREMILO.-No, por Zeus, porque antes será preciso...

BLEPSIDEMO.-¿Qué?

CREMILO.-Que entre los dos le devolvamos la vista.

BLEPSIDEMO.-¿La vista? ¿A quién? Explícate.

CREMILO.-A Pluto; y tal como la tenía antes, por el medio que sea.

BLEPSIDEMO.-¿Pero está ciego de veras?

---

<sup>22</sup> Célebre pintor, maestro de Apeles.

CREMILO.-Sí, por el cielo.

BLEPSIDEMO.-Ahora me explico que jamás haya venido a mi casa.

CREMILO.-Ahora ya irá, si les place a los dioses.

BLEPSIDEMO.-¿No nos convendría llamar a algún médico?

CREMILO.-¿Qué médico hay ahora en nuestra ciudad? Donde no hay recompensa no hay talento<sup>23</sup>.

BLEPSIDEMO.-Veamos... (*Mirando los dos hacia el anfiteatro.*)

CREMILO.-No hay ninguno.

BLEPSIDEMO.-Eso mismo creo.

CREMILO.-¡No, por Zeus!; lo mejor será, como ya lo tenía yo pensado, llevarle a acostar al templo de Asclepios<sup>24</sup>.

BLEPSIDEMO.-Así, sí, por los dioses; ese será, sin duda, el remedio más eficaz. Cuanto antes, mejor. CREMILO.-Pues voy enseguida.

BLEPSIDEMO.-Apúrate.

CREMILO.-Eso es lo que hago.

(Entra la Pobreza.)

LA POBREZA.-¡Oh, vosotros que osáis cometer una acción tan insensata, sacrílega e impía! ¿Qué intentáis, débiles y temerosos mortales? ¿Adónde huís? Deteneos.

BLEPSIDEMO.-¡Oh, Heracles!

LA POBREZA.-Yo os daré vuestro merecido, perversos. Osáis llevar a cabo un proyecto intolerable, un proyecto como nunca lo han intentado los hombres ni los dioses; estáis los dos bien perdidos.

CREMILO.-¿Y tú, quién eres? Muy pálida te veo...

BLEPSIDEMO.-Es quizá una Erinnia de tragedia<sup>25</sup>; hay en su mirada algo trágico y feroz.

CREMILO.-Aunque sin antorchas.

BLEPSIDEMO.-Pues cuidado con ella.

LA POBREZA.-¿Quién pensáis que soy?

CREMILO.-Una posadera o una vendedora ambulante.

De otro modo no te hubieras lanzado con tan destempladas voces sobre nosotros, que

---

<sup>23</sup> Los médicos estaban mal pagados en Atenas, y los que valían algo se iban a ejercer a otros países.

<sup>24</sup> Numerosos enfermos eran llevados al templo de Asclepios, donde pasaban la noche, suponiendo que el dios les visitaba en la oscuridad y les ponía en estado de recobrar la salud.

<sup>25</sup> Como las que habían aparecido en Las Euménides, de Esquilo, llenando de terror a los espectadores.

en nada te hemos ofendido.

LA POBREZA.-¿De veras? ¿Os parece pequeña ofensa intentar expulsarme de todo el país?

CREMILO.-Aún te quedaría el Báratro<sup>26</sup>. Pero tendrías que habernos dicho inmediatamente quién eres.

LA POBREZA.-Soy la que os castigará hoy mismo por haber pretendido expulsarme de aquí.

BLEPSIDEMO.-¡Si será una tabernera vecina mía que siempre me engaña en la medida!

LA POBREZA.-Yo soy la Pobreza, que vivo con vosotros hace muchos años.

BLEPSIDEMO.-¡ Soberano Apolo! ¡Dioses inmortales! ¿Adónde escapar?

CREMILO.-¿Adónde vas, cobard? Quieto y quédate aquí a mi lado.

BLEPSIDEMMO.-Por nada del mundo.

CREMILO.-¿Que no te quedas? ¿Y dos hombres hemos de huir de una sola mujer?

BLEPSIDEMO.-¿Pero no has oído que es la Pobreza, desgraciado? No hay en parte alguna animal más funesto.

CREMILO.-Quédate, por favor, quédate.

BLEPSIDEMO.-No y no, por Zeus.

CREMILO.-Pero, hombre, comprende que cometeremos el más vil de los crímenes si dejamos solo al dios y huimos por temor a ésta y sin luchar paso a paso.

BLEPSIDEMO.-¿Con qué armas y con qué potencias?

¿Hay coraza o escudo que no haya llevado a empeñar esa maldita?

CREMILO.-Tranquilízate porque el dios se bastará por sí solo a lograr la victoria sobre los manejos de esta mujer.

LA POBREZA.-¿Aún os atrevéis a murmurar, miserables, después de haberos sorprendido a punto de cometer esas iniquidades?

CREMILO.-Y tú, criatura de desgracia, ¿por qué vienes a injuriarnos sin que te hayamos causado el menor daño?

LA POBREZA.-¿Creeis, pues, por los dioses, que no me perjudicáis tratando de devolverle la vista a Pluto?

CREMILO.-¿Qué daño podemos causarte con ello? Lo que intentamos es procurarles el bienestar a todos los hombres.

LA POBREZA.-¿Y qué bienestar podríais encontrar vosotros?

CREMILO.-Por de pronto expulsarte de la Hélade.

LA POBREZA.-¿Expulsarme? ¿Podierais hacer un mal mayor a los hombres?

CREMILO.-¿Un mal mayor? Sí, olvidarnos de hacer lo que te decimos.

LA POBREZA.-Pues bien; consiento en explicaros las razones que sobre el particular me asisten; os demostraré que soy la causa única de todos vuestros bienes y el único sostén de vuestra vida; si no consigo probároslo, podréis hacer lo que os plazca.

CREMILO.-¿Cómo te atreves a hablar así, maldita?

LA POBREZA.-Deja que me explique. Pienso probarte muy fácilmente que te equivocas totalmente cuando tratas de enriquecer a los hombres justos.

CREMILO.-¿Para cuando se guardarán las vergas y los garrotes?

LA POBREZA.-No chilles Pi te indignes antes de escucharme?

CREMILO.-¿Quién puede callar al decir semejantes desatinos?

LA POBREZA.-Todo el que esté en su sano juicio.

CREMILO.-¿Qué canción podré requerir contra tí en el acta de acusación si pierdes el proceso?

LA POBREZA.-La que tú quieras.

CREMILO.-Está bien.

LA POBREZA.-En cambio, vosotros, si sois los vencidos, quedaréis sujetos a las mismas condiciones.

BLEPSIDEMO.-¿Crees que bastarán veinte muertes?

CREMILO.-Para ella, sí; para nosotros bastará con dos.

LA POBREZA.-Vuestra perdición es inevitable porque no podréis oponerme ningún argumento válido.

EL CORIFEO.-¡Vamos! Ya va siendo hora de que déis algún razonamiento hábil que os haga ganar la partida contra esta mujer, en vuestros discursos contradictorios; y no andéis descuidados.

CREMILO.-Es para mi claro y justo que todos los hombres de bien deben vivir prósperamente y que los impíos y malvados sufran la suerte contraria. Anhelando ver cumplido nuestro propósito, hemos hallado, por fin, un bello, generoso y utilísimo modo de realizarlo. En efecto, si Pluto recobra la vista y deja de caminar a tientas, se dirigirá a las personas honradas para no abandonarlas nunca, huyendo siempre de los

---

<sup>26</sup> Ya se ha dicho que era el precipicio al que eran arrojados los criminales.

impíos y malvados. Ahora bien, ¿qué se conseguirá con esto? Se conseguirá que todos los hombres sean buenos, ricos y piadosos. ¿Creéis que pueda encontrar se nada mejor?

BLEPSIDEMO.-Nada; aquí estoy yo para atestiguarlo; no se lo preguntes a ésta.

CREMILO.-Estando arreglada de esta suerte la humana vida, ¿quién no creerá que todo es locura, o más bien frenesí? Los más de los hombres, que son los perversos, nadan en las riquezas injustamente acumuladas, mientras muchos otros de intachable honradez arrastran una vida llena de privaciones y miserias, sin tener en todo el decurso de su existencia más compañera que tú. Por tanto, si Pluto recobra la vista y abandona este camino, ¿quién duda que podrá seguir otro infinitamente mejor para los hombres?

LA POBREZA.-¡Oh, ancianos! Veo que os dejáis alucinar como nadie en el mundo y deliráis y extravagáis al unísono con pasmosa unanimidad. Pero yo os aseguro que, si vuestros deseos se realizan, ningún provecho sacaréis. Porque si Pluto recobra la vista y distribuye sus favores con equidad, nadie querrá dedicarse a las artes ni a las ciencias. Y una vez suprimidas estas dos condiciones de existencia ¿habrá quien quiera forjar el hierro, construir naves, coser vestidos, hacer ruedas, cortar cueros, fabricar ladrillos, lavar; curtir, arar los campos, cosechar los dones de Deméter, pudiendo todos vivir en la holganza y desdeñar el trabajo?

CREMILO.-¡Necesades! Todos esos oficios los realizarán los esclavos.

LA POBREZA.-¿Y cómo tendrás esclavos? ¿Dónde irás entonces a buscar esos esclavos?

CREMILO.-Los compraremos con dinero, es evidente.

LA POBREZA.-¿Y quiénes serán los que los vendan si todos tienen dinero?

CREMILO.-Cualquier comerciante codicioso a su vuelta de Tesalia, país de insaciables mercaderes de esclavos.

LA POBREZA.-Es que, según tu propio sistema, no habrá ningún mercader de esclavos. ¿Qué hombre arriesgará su vida en semejante tráfico? Por consiguiente, viéndote obligado a cavar la tierra y a otros trabajos igualmente rudos, llevarás una vida mucho más penosa.

CREMILO.-¡Que esas predicciones recaigan sobre tu cabeza!

LA POBREZA.-No podrás dormir sobre una cama, porque no las habrá; ni sobre tapices, porque ¿quién querrá tejerlos si le sobra el dinero? Cuando te cases con una

hermosa joven, no tendrás ni esencias para perfumarla, ni trajes ricos en colores y bordados con que vestirla. ¿De qué servirá, pues, la riqueza, careciendo de todas estas cosas? Por el contrario, gracias a mí, tenéis a mano cuanto os hace falta. Yo soy una adusta señora que con el temor de la indigencia y del hambre obligo al obrero a ganarse la vida.

CREMILO.-Qué cosa buena puedes darnos tú, como no sean quemaduras en los baños<sup>27</sup>, y turbas de chiquillos y viejecitas hambrientas, y nubes infinitas de pulgas y piojos, que pululando sobre nuestra cabeza, nos despiertan gritando: «Tendrás hambre, pero levántate.» Y además, por vestidos unos jirones; por lecho, un jergón de junco plagado de chinches, enemigas del sueño; por colcha, una estera podrida; por almohada, una piedra grande; por pan, raíces de malvas; por pasteles, hojas de rábanos secos; por escabel, la tapa de una tinaja rota; por artesa, las costillas de una cuba, y aún rajada. ¿No quedan perfectamente enumerados los bienes que proporcionas a los hombres?

LA POBREZA.-Lo que acabas de describir no es mi vida, sino la de los mendigos.

CREMILO.-¿No se dice, según creo, que la pobreza y la mendicidad son hermanas carnales?

LA POBREZA.-Para vosotros, que tenéis por iguales a Dionisio y Trasíbulo<sup>28</sup>; pero mi vida no es ni será nunca así. La vida del mendigo que acabas de pintar consiste en vivir sin poseer nada; la del pobre, en vivir con economía, en trabajar, en no tener nada superfluo ni carecer de lo necesario.

CREMILO.-¿Bienaventurada vida, por Deméter, esa de que nos hablas! ¡Economizar y trabajar sin descanso para no dejar a nuestra muerte ni con qué pagar el entierro!

LA POBREZA.-Te ríes y te burlas en lugar de hablar formalmente, sin comprender que yo perfecciono el espíritu y el cuerpo de los hombres mucho más que Pluto. Con él son gotosos, ventrudos, pesados, insolentemente adiposos; conmigo, delgados, esbeltos como avispas, terror de sus enemigos.

CREMILO.-¿Es quizá a fuerza de hambre como les das esa esbeltez?

LA POBREZA.-Pero os hablaré también de la templanza, y os demostraré que la honestidad vive conmigo, mientras que con Pluto vive la insolencia.

---

<sup>27</sup> En el invierno se permitía a los pobres entrar a los baños para calentarse. A veces se acercaban tanto al hornillo que se quemaban.

<sup>28</sup> Es decir, las cosas más opuestas. Dionisio era tirano de Siracusa, y Trasíbulo, libertador de Atenas.



CREMILO.-Debe ser, pues, muy honesto hurtar y horadar paredes.

BLEPSIDEMO.-Sí, por Zeus, porque esas cosas se hacen a escondidas. ¡Qué mayor honestidad!

LA POBREZA.-Fíjate en lo que ocurre con los oradores; mientras son pobres, son justos con la ciudad y el pueblo; pero en cuanto se enriquecen a costa del Estado, se vuelven injustos, venden a la multitud y conspiran contra el Gobierno democrático.

CREMILO.-Aunque de naturaleza maldiciente, lo que ahora dices es cierto; pero no te ensoberbezcas por eso, que te has de arrepentir del temerario arrojito con que pretendes persuadirnos de que la pobreza es mejor que la riqueza.

LA POBREZA.-Como no puedes refutar mis argumentos te alborotas y dices necesidades.

CREMILO.-¿Por qué, pues, huye de tí todo el mundo?

LA POBREZA.-Porque mejoro sus costumbres. Más claramente vemos lo mismo en los muchachos: huyen de sus padres que sólo anhelan su dicha. ¡Tan difícil es distinguir lo que es justo!

CREMILO.-Dirás también que Zeus no sabe distinguir lo que es bueno, porque tiene riquezas.

BLEPSIDEMO.-Y es a ésta a la que nos envía.

LA POBREZA.-¿Qué telarañas tenéis en los ojos, carcamales del siglo de Cronos! Zeus también es pobre, y voy a probároslo. Si fuese rico, ¿cómo en los juegos Olímpicos por él establecidos, al reunir cada cinco años a toda la Hélade había de contentarse con dar a los vencedores una sencilla corona de olivo? Si fuese rico se las daría de oro.

CREMILO.-Lo que prueba es la grande estimación en que tiene las riquezas. Por economía, por evitar gastos, regala a los vencedores coronas de ningún valor, y se guarda las riquezas.

LA POBREZA.-Mil veces más vergonzosa que la pobreza es esa avaricia sórdida e insaciable que le supones.

CREMILO.-¡Que Zeus te confunda, después de coronarte con esa corona de olivo silvestre!

LA POBREZA.-¡Atreverse a discutirme que todos vuestros bienes no son obra de la pobreza!

CREMILO.-Preguntemos a Hécate qué es mejor: ser rico o indigente. Por orden suya,

todos los que viven con desahogo ofrecen mensualmente una comida, y los pobres se la arrebatan antes de haberla servido. Así, vete al infierno y cierra la boca, porque no me convencerás, aunque me hayas convencido.

LA POBREZA.-«¿Oís lo que dice, habitantes de Argos?»<sup>29</sup>.

CREMILO.-Invoca a Pauson, tu comensal<sup>30</sup>.

LA POBREZA.-¿Qué va a ocurrirme, desgraciada de mí?

CREMILO.-Vete cuanto antes a los cuervos, y lo más lejos posible de nosotros.

LA POBREZA.-¿A qué punto de la tierra me iré?

CREMILO.-A la horca; pero rápida y pronto.

LA POBREZA.-Algún día me llamaréis.

CREMILO.-Entonces volverás; ahora márchate. Prefiero ser rico, aunque te estés gimiendo largamente y golpeándote la cabeza.

BLEPSIDEMO.-Sí, por Zeus, lo que yo quiero es ser rico, comer espléndidamente con mi mujer y mis hijos, salir del baño limpio y reluciente, y reirme en las barbas de los trabajadores y de la Pobreza.

*(Vase la pobreza.)*

CREMILO.-Por fin se fue esa condenada. Tú y yo conduzcamos pronto al dios al templo de Asclepios para que se acueste en él.

BLEPSIDEMO.-Sin perder un instante, no venga algún otro a impedimos hacer todo lo necesario.

CREMILO.-¡Eh! Carión, trae las colchas y conduce a Pluto como el ritual prescribe; no se te olvide nada de lo que hay preparado<sup>31</sup>. *(Danza del Coro.)*

C.ARIÓN.-¡Oh ancianos que en las fiestas de Teseo habéis comido con frecuencia la sopa, reducidos a un mísero yantar, cuán grande es ahora vuestra felicidad y el de todas las gentes honradas!

EL CORIFEO.-¿Que ocurre amigo? Pareces portador de una noticia agradable.

CARIÓN.-Mi amo está en el colmo de la fortuna y Pluto todavía más, pues de ciego que era ha recobrado ahora la mirada viva y brillante, gracias a los buenos cuidados de Asclepios.

EL CORIFEO.-¡ Oh gratísima nueva! ¡Oh colmo de ventura!

---

<sup>29</sup> Versos del Telejo, de Eurípides.

<sup>30</sup> Pintor cuya miseria se había hecho proverbial.

<sup>31</sup> Se refiere a los manjares para obsequiar al dios a su regreso del templo.

CARIÓN.-Hay que regocijarse, lo queráis o no lo queráis!

EL CORIFEO.-Gritaré muy altas las alabanzas al padre de buenos hijos, a Asclepios, la gran luminaria de los mortales.

LA MUJER DE CREMILO.-(*Saliendo de su casa.*) ¿Qué significan esos gritos? ¿Hay alguna buena noticia? Te esperaba ahí dentro, llena de impaciencia.

CARIÓN.-Pronto, pronto, trae vino, señora mía; también tú beberás; ya sabemos que te gusta. Te traigo todos los bienes en montón.

LA MUJER.-¿Dónde están?

CARIÓN.-En mis palabras, y pronto lo has de ver.

LA MUJER.-Acaba de decir lo que quieres decirme.

CARIÓN.-Escucha, pues; te expondré todos los hechos de los pies a la cabeza.

LA MUJER.-¿A la cabeza?<sup>32</sup> No, cuidado con ella.

CARIÓN.-¿Luego no aceptas las buenas cosas que acaban de ocurrir?

LA MUJER.-Lo que no quiero son más enredos.

CARIÓN.-En cuanto llegamos al templo del dios con ese ser, entonces tan miserable y ahora dichoso y feliz como ninguno, nuestro primer cuidado fue llevarle a una fuente de agua salada, donde le bañamos.

LA MUJER.-¡Vaya una felicidad, por Zeus! ¡Chapuzar a un anciano dentro del agua salada y fría!

CARIÓN.-Luego volvimos al santuario de Asclepios y colocamos sobre el altar tortas y otras ofrendas, entregamos harina de flor a la devoradora llama de Hefesto, acostamos a Pluto con las solemnidades de costumbre y después cada cual se arregló un lecho de hojas.

LA MUJER.-¿Había más gente implorando al dios?

CARIÓN.-Un tal Neóclides<sup>33</sup>, ciego, pero que en robar aventaja a los de mejor vista, y otros muchos atacados de toda clase de enfermedades. Después el sacerdote apagó las lámparas y nos mandó dormir, encargándonos el silencio aunque oyésemos cualquier ruido. Todos nos acostamos tranquilamente. Pero yo no podía conciliar el sueño: un caldero de gachas, colocado a la cabecera de una vieja, me tentaba el apetito, y deseaba darle un asalto. En esto, levantando los ojos, veo que el sacerdote despojaba

---

<sup>32</sup> Juego de palabras, alusivo a una especie de maldición.

<sup>33</sup> Orador concusionario y delator.

de tortas e higos secos la sagrada mesa. Después giró una visita de inspección a todos los altares, y cuantos panes habían quedado en ellos se los guardó santamente en un saquito. Convencido de lo religioso de la ceremonia, depuse ya todo escrúpulo y avancé hacia el caldero.

LA MUJER.-¡Oh, el más audaz de los hombres! ¿No temías al dios?

CARIÓN.-Sí; temía que con sus coronas llegase a la olla antes que yo; su sacerdote me había abierto los ojos. La viejecita, al oír un ruido, extendía ya la mano para apartar la olla; entonces yo, imitando a la serpiente Parcas<sup>34</sup>, dí un silbido y la mordí. La vieja retiró vivamente la mano, se acurrucó en su lecho, se tapó con la colcha y lanzó de miedo un flato más pestilente que el de una comadreja. Entonces yo me atraqué de gachas y volví repleto a mi cama.

LA MUJER.-Y el dios, ¿no se acercaba a vosotros?

CARIÓN.-Aún no. Luego hice otra de las mías: al acercarse el mismo Asclepios solté una estrepitosa descarga, pues tenía el vientre lleno de gases.

LA MUJER.-Supongo que te tomaría inmediatamente en horror.

CIRIÓN.-No; Laso<sup>35</sup>, que le seguía, fue la que se ruborizó un poco mientras que Panacea<sup>36</sup> se apartaba tapándose las narices, porque, la verdad, yo no huelo a incienso.

LA MUJER.-¿Y el dios?

CARIÓN.-Por Zeus, no hizo el menor caso.

LA MUJER.-Quieres decir que el dios es un patán...

CARIÓN.-No, por Zeus; le creo sencillamente un merdófago.

LA MUJER.-¡Ah, miserable!

CARIÓN.-Después me tapé en la cama lleno de temor; el dios hizo su visita, examinando con orden e interés a todos los enfermos, y luego un esclavo le trajo un matraz de piedra, con su mano correspondiente, y una cajita.

LA MUJER.-¿De piedra?

CARIÓN.-No, por Zeus, la caja, no.

LA MUJER.-¿Y cómo podías verlo, maldito bribón, si acabas de decirme que estabas tapado en la cama?

CARIÓN.-Por los agujeros del manto, que no son pocos, por Zeus. Lo primero que

---

<sup>34</sup> Serpiente no venenosa, consagrada a Asclepios. Había muchas en el templo de este dios.

<sup>35</sup> Hija de Asclepios, diosa de la curación.

<sup>36</sup> Otra hija de Asclepios.

preparó fué un ungüento para Neóclides; puso en el matraz tres cabezas de ajos de Tenos<sup>37</sup> y las majó mezclándolas con goma y cebollas albarranas; humedeció la masa con vinagre de Esfeto<sup>38</sup> y se la aplicó al paciente sobre los ojos, habiéndole vuelto antes los párpados para que fuese el dolor más vivo. Neóclides grita, aúlla, salta del techo y quiere huir; pero el dios le dice sonriendo: «Quédate ahí con tu ungüento; así no podrás presentarte en la Asamblea y hacerla cómplice de tus perjurios.»

LA MUJER.-¡Cómo ama a nuestra ciudad y qué discreto es ese dios!

CARIÓN.-Después se sentó junto al lecho de Pluto: le tocó primero la cabeza; luego le limpió los párpados con un lienzo muy fino; Panacea le cubrió el cráneo y toda la cara con un velo de púrpura; por último Asclepios silbó, y dos inmensas serpientes se lanzaron del fondo del santuario.

LA MUJER.-¡ Soberanos dioses!

CARIÓN.-Deslizáronse bajo el velo de púrpura, y, a lo que me pareció, le lamieron los párpados, y en menos tiempo que el que tu necesitas para beberte diez cótilas de vino, Pluto, señora mía, se levantó con vista ya. Loco de júbilo, palmoteé y desperté a mí dueño: el dios y las serpientes se escondieron al punto en el interior del santuario. Pero los que tenían sus lechos junto al de Pluto le abrazaron con indescriptible cariño, y estuvieron despiertos toda la noche hasta que amaneció. Yo daba al dios las gracias más expresivas por haber sanado tan pronto a Pluto y aumentado la ceguera de Neóclides.

LA MUJER.-¡Qué poder el tuyo, oh Dueño y Señor! Pero dime, ¿dónde está Pluto?

CARIÓN.-Ya viene. Pero le rodeaba una inmensa multitud. Los hombres de bien, reducidos hasta ahora a una existencia mezquina, le abrazaban y le saludaban en la efusión del más completo regocijo; los antes ricos y poseedores de una gran fortuna mal adquirida, fruncían el ceño y dejaban traslucir su temor en la inquietud de sus miradas. Los primeros le seguían ceñidos de guirnaldas, risueños y decidores, y la tierra resonaba bajo el acompasado andar de los ancianos. Ea, ordenad el baile, saltad, formad los coros, pues ya nunca volveréis a oír, al entrar en vuestra casa, la terrible frase de que «no hay harina en el saco.»

LA MUJER.-¡Sí, por Hécate! Y en albricias de tu buena nueva voy a ponerte una corona de pastelillos.

<sup>37</sup> Una de las Cícladas. Probablemente sus ajos serían muy cáusticos.

<sup>38</sup> Demo del Atica. El vinagre que en él se fabricaba era sumamente fuerte.

CARIÓN.-No tardes, porque ya se acercan a la puerta.

LA MUJER.-Voy adentro a disponer las ofrendas de costumbre para celebrar la entrada de esos ojos recientemente adquiridos para la luz.

CARIÓN.-Y yo también me voy para salirles al encuentro.

*(Danza del Coro. Llega Pluto.)*

PLUTO.-Ante todo, saludo y adoro al Sol; después del ilustre Sol, a la venerable Palas y a todo el país de Cecrops que me recibe. Me avergüenzo de mis infortunios y de haber ignorado con qué clase de hombres habitaba, de haber rechazado a los que eran dignos de mí frecuentación, sin duda alguna. ¡Ay, triste! ¡Cuán errados eran mis caminos! Pero cambiaré de conducta y demostraré a todos los hombres que al entregarme a los perversos lo hice contra mí voluntad.

CREMILO.-¡Idos a los cuervos! ¡Qué fastidiosos son todos esos amigos que le asedian a uno en cuanto mejora de fortuna! ¡Cómo me codean y me martirizan las piernas a fuerza de querer demostrarme su cariño! ¿Quién ha dejado de saludarme? ¡Qué muchedumbre de ancianos me rodeó en la plaza!

LA MUJER DE CREMILO.-*(A Cremilo y luego a Pluto.)* ¡Salud al más querido de los hombres! ¡Salud también a vosotros! ¡Oh Pluto, permíteme, como es costumbre, ofrecerte estos presentes de bienvenida!

PLUTO.-No. Esta es la primera casa que visito después de mí curación, y de ella nada debo llevarme; al contrario, debo traerles mis propios presentes.

LA MUJER.-¿No aceptarás, pues, mis ofrendas de bienvenida?

PLUTO.-Los aceptaré dentro, junto al hogar, como es costumbre. Así evitaremos además una escena ridícula. No está bien que el poeta haga reír a los espectadores arrojándoles golosinas e higos secos.

LA MUJER.-Tienes razón. Mira, ya se había levantado Dexínico para atrapar los higos en el aire.

*(Entran en la casa. Danza del Coro.)*

CARIÓN.-¡Qué agradable es, ¡oh amigos, la felicidad, sobre todo cuanto nada cuesta! ¡Un montón de bienes se nos ha metido de súbito en nuestra casa, sin que hayamos tenido necesidad de cometer ninguna injusticia! ¡Así es como resulta agradable volverse rico! La artesa está llena de blanca harina, y las tinajas de rojo y perfumado

vino; el oro y la plata, ¡parece increíble!, no caben en los cofres; la cisterna se halla atestada de aceite; los frascos, de perfumes, y el frutero, de higos. Las vinagreras, las escudillas y las ollas son todas de bronce; de plata, las viejas fuentes en que antes servíamos el pescado medio podrido; en fin, hasta la linterna se ha hecho de marfil, repentinamente. Los esclavos jugamos a pares o nones con monedas de oro, y, ¡oh refinamientos de sensualidad! usamos para limpiamos tallos de ajo, en vez de guijarros. En este instante, mi amo, con su correspondiente corona, está sacrificando un cerdo, un carnero y un chivo; el humo me ha obligado a salir; no podía parar dentro de casa. ¡Tanto me picaban los ojos!

*(Llega un hombre de bien, seguido de un muchacho.)*

EL HOMBRE DE BIEN.-Sígueme, niño; vamos en busca del dios.

CREMILO.-¡Hola! ¿Quién va?

EL HOMBRE DE BIEN.-Un hombre, hace poco infeliz y ahora afortunado.

CREMILO.-Tú eres, a lo que me parece, un hombre de bien.

EL HOMBRE DE BIEN.-Precisamente.

CREMILO.-¿Y qué necesitas?

EL HOMBRE.-Dar las gracias al dios por sus inmensos beneficios. Habiendo heredado de mi padre una fortuna bastante regular, me dediqué a aliviar las necesidades de mis amigos, creyendo que esto es lo mejor que puede hacerse en la vida.

CREMILO.-¿Y te arruinaste muy pronto, si no me equivoco?

EL HOMBRE.-Por completo, puedes decirlo.

CREMILO.-¿Y quedaste en la miseria?

EL HOMBRE.-En la miseria más completa. Yo pensaba que los amigos necesitados a quienes había socorrido continuarían amigos míos en la adversidad pero, ¡ay!, se apartaban de mí y fingían no verme.

CREMILO.-Y hasta se burlarían solapadamente de tí; estoy seguro.

EL HOMBRE.-Así era. La indigencia de mi ajuar es lo que me perdió.

CREMILO.-Pero ya no es así.

EL HOMBRE.-Justamente, lo que me hace venir es para dar las gracias al dios.

CREMILO.-¿Y qué significa, en nombre del dios, ese manto agujereado que lleva el

muchacho que te sigue? Cuenta.

EL HOMBRE.-Lo traigo con intención de dedicárselo al dios.

CREMILO.-¿Era acaso el que llevabas cuando te iniciaste en los grandes misterios?<sup>39</sup>.

EL HOMBRE.-No; pero he tiritado con él durante trece años.

CREMILO.-¿Y esos zapatos?

EL HOMBRE.-También sufrieron conmigo los rigores del invierno.

CREMILO.-¿Los traes para consagrárselos igualmente al dios?

EL HOMBRE.-Sí, por Zeus.

CREMILO.-¡Pues vaya ofrendas que vienes a consagrarle! (*Entra un sicofante o delator*) con un testigo.

EL SICOFANTE.-¡Infeliz de mí! ¡Estoy arruinado, perdido! ¡Oh, suerte tres y cuatro y cinco y doce y diezmil veces infortunada! ¡Ay! ¡Me agobian desdichas sin número!

CREMILO.-¡Oh Apolo preservador! ¡Oh dioses tutelares! ¿Qué desgracia le habrá sucedido a ese hombre?

EL SICOFANTE.-¿No es insoportable lo que me sucede? ¡Todo lo he perdido! Ese dios me ha despojado de todos mis bienes. ¡Oh, ya volverá a quedarse ciego, si hay justicia en el mundo!

EL HOMBRE.-Empiezo a comprender; es sin duda un hombre arruinado y fuera de lo corriente.

CREMILO.-Tienes razón; pero su ruina es justa.

EL SICOFANTE.-¿Dónde está, dónde, el dios que había prometido enriquecernos a todos en cuanto recobrase la vista? Lo que ha hecho ha sido arruinar a algunos.

CREMILO.-¿A quién ha maltratado de ese modo?

EL SICOFANTE.-A mí mismo.

CREMILO.-¿Eras, por tanto, un malhechor, un ladrón?

EL SICOFANTE.-No, por Zeus. Dí más bien que soís vosotros los truhanes, los que de seguro os habéis quedado con mi dinero.

CARIÓN.-¡Qué insolente sicofante, oh Deméter, se ha introducido aquí! Debe estar muerto de hambre.

EL SICOFANTE.-¿No te apresurarás tú, a irte a la plaza pública para que te sometan

---

<sup>39</sup> Acostumbrábase consagrar a los dioses, después de haberlos usado, los vestidos que se llevaban al ser iniciados en los misterios de Eleusis. Muchos no los ofrecían hasta que no podían gastarlos ya, de puro viejos.



al tormento de la rueda y confieses tus crímenes?

CARIÓN.-Ten cuidado con lo que dices: van a llover palos.

EL HOMBRE.-Sí, por Zeus Salvador. ¡Bien meritorio es a los ojos de todos los helenos ese dios que extermina a los miserables sicofantes!

EL SICOFANTE.-¡Oh rabia! ¿También tú te burlas? ¡Tú eres, sin duda, cómplice de su robo! Y si no, contesta: ¿de dónde has sacado ese vestido nuevo? Ayer te ví hecho un andrajo.

EL HOMBRE.-No te temo, gracias a este anillo que le compré a Eudemo<sup>40</sup> por un dracma.

CREMILO.-No hay anillo que valga contra la mordedura de un sicofante.

EL SICOFANTE.-¿Puede haber mayor ultraje? Os burláis, pero aún no habéis dicho lo que hacéis aquí. Nada bueno, seguramente.

CREMILO.-No, por Zeus, al menos para tí, tenlo presente.

EL SICOFANTE.-Váis a comer a mis expensas, por Zeus.

CREMILO.-¡Impostor! ¡Ojalá revientes tú y tu testigo sin haberos desayunado!

EL SICOFANTE.-¿Podéis negarlo, bribones? (*En actitud de olfatear.*) Hasta aquí llega el olor de los peces y de los asados. ¡Hu! ¡Hu! ¡Hu! ¡Hu!

CREMILO.-¿Hueles algo canalla?

EL HOMBRE.-Es el frío, sin duda. ¡Como lleva tan raído el manto!

EL SICOFANTE.-¿Puede tolerarse, oh Zeus, oh dioses, que me ultrajen así estos individuos? ¡Cómo me aflige verme tan maltratado, yo un hombre honrado y todo abnegación por la patria!

CREMILO.-¿Tú, un hombre honrado y un patriota?

EL SICOFANTE.-Como ninguno.

CREMILO.-¡Pues bien! Responde a mis preguntas.

EL SICOFANTE.-¿Cuáles?

CREMILO.-¿Eres labrador?

EL SICOFANTE.-¿Por tan loco me tienes?

CREMILO.-¿Comerciante?

EL SICOFANTE.-Paso por tal, cuando me conviene<sup>41</sup>.

---

<sup>40</sup> Hechicero que vendía anillos mágicos, especie de amuletos que creía preservaban de la mordedura de animales venenosos.

<sup>41</sup> Cuando le convenía para librarse de ciertas obligaciones, de que los comerciantes estaban exentos. En estas exenciones era la más importante la del servicio militar.

CREMILO.-Por último, ¿has aprendido algún oficio?

EL SICOFANTE.-¡Oh no, por Zeus!

CREMILO.-¿Pues de qué vivías, si no hacías nada?

EL SICOFANTE.-Yo vigilo los asuntos de la ciudad y los de todos los particulares.

CREMILO.-¿Tú? ¿Y por qué?

EL SICOFANTE.-Porque quiero.

CREMILO.-¿Cómo has de ser un hombre honrado, grandísimo ladrón, si te haces odioso a todo el mundo por meterte en lo que no te importa?

EL SICOFANTE.-¿No ha de importarme, imbécil, el servir a mi patria en la medida de todos mis medios?

CREMILO.-Pues qué, ¿el ser intrigante es servir a la patria?

EL SICOFANTE.-Sí, y el mantener las leyes establecidas y no permitir que nadie las vulnere.

CREMILO.-¿No tiene para eso la República sus tribunales?

EL SICOFANTE.-¿Y quién acusa?

CREMILO.-El que quiere<sup>42</sup>.

EL SICOFANTE.-Pues bien, ése soy yo; de suerte que es a mí a quien incumbe velar por los asuntos públicos.

CREMILO.-Sí, por Zeus; ¡buen defensor les ha salido! ¿Y no preferirías, vivir tranquilamente y sin hacer nada?

EL SICOFANTE.-No ocuparse de nada es vivir como un borrego.

CREMILO.-¿No quisieras aprender otras especialidades?

EL SICOFANTE.-No, aún cuando me des a Pluto en persona y al silfio de Bato<sup>43</sup>.

CREMILO.-Quítate el vestido.

CARIÓN.-¡Eh, hombre! A tí te dicen.

CREMILO.-¡Y pronto! Descálzate.

CARIÓN.-Todo eso va contigo.

EL SICOFANTE.-A ver quien se atreve a acercárseme...

CARIÓN.-Yo me acerco.

EL SICOFANTE.-¡Pobre de mí, que me desnudan en pleno día;

---

<sup>42</sup> El derecho de acusar era público en asuntos de interés general.

<sup>43</sup> Quiere decir: «la cosa más preciosa». El silfio era sumamente apreciado y se pagaba a peso de oro. Bato fue el fundador de Cirene, que comerciaba mucho en silfio.

CARIÓN.-Consecuencias de meterse en negocios ajenos para comer a costa del prójimo.

EL SICOFANTE.- (A su testigo.) ¿Ves lo que me hacen? Te tomo por testigo.

CARIÓN.-Tu testigo ha tomado la fuga.

EL SICOFANTE.- ¡Ay! ¡Estoy solo y cogido!

CARIÓN.-¿Ahora gritas?

EL SICOFANTE.- ¡Sí! ¡Ay de mí, ay de mí!

CARIÓN.- (*Al hombre de bien.*) Alárgame ese manto harapiento y se lo pondré a este delator.

EL HOMBRE.-No, no; está hace tiempo consagrado a Pluto.

CARIÓN.-¿Dónde podrá estar mejor que sobre los hombros de este infame bandido?

A Pluto es necesario dedicar. le vestidos mejores.

EL HOMBRE.-Y ¿qué hacemos con los zapatos?

CARIÓN.-Voy a clavárselos en la frente, como si fuese un acebuche sagrado<sup>44</sup>

EL SICOFANTE.-Me marcho, porque comprendo que podéis más que yo; pero como encuentre un auxiliar, siquiera sea tan débil como una tabla de higuera, me he de vengar de ese dios tan poderoso que, por su sola autoridad, sin consultar previamente a los ciudadanos ni a la Asamblea echa por tierra la democracia.

EL HOMBRE. Ahora que vas cubierto con mi armadura, corre a los baños, y para calentarte apodérate del primer puesto, que yo durante tanto tiempo he ocupado.

CREMILO.-Pero el bañero, agarrándole por donde más le duela le pondrá bonitamente en la calle; pues a la primera ojeada comprenderá que es un bribón. Entremos nosotros para que adores al dios.

*(Danza del Coro.)*

UNA VIEJA.-Buenos ancianos, ¿he llegado a la casa don. de habita el nuevo dios, o he equivocado el camino?

EL CORIFEO.-Estás a su puerta, hermosa niña, sabes preguntar con mucha gentileza.

LA VIEJA.-Voy a llamar, pues, a alguno de la casa.

CREMILO.-No es necesario; aquí me tienes; ¿qué es lo que te trae? Habla.

LA VIEJA.-Soy víctima, amigo mío, de la acción más inicua e infame desde que ese

dios ha empezado a verme; mi existencia es insoportable.

CREMILO.-¿Cómo? ¿Serás acaso un sicofante entre las mujeres?

LA VIEJA.-No, por Zeus, no.

CREMILO.-¿Te habrá correspondido mala letra en el sorteo para beber?

LA VIEJA.-No te rías así de una infeliz que muere devorada por una pasión.

CREMILO.-Vamos, acaba de decir cuál es esa pasión que te devora.

LA VIEJA.-Escucha: yo amaba a un joven pobre; ¡pero tan hermoso, tan bien formado, tan bueno! Todo cuanto le pedía me lo daba con la mayor solicitud y cariño; yo, a mi vez, no le negaba nada.

CREMILO.-¿Y qué solía pedirte?

LA VIEJA.-Poca cosa; era conmigo de lo más tímido. Unas veces, veinte dracmas para comprarse un traje; otras, ocho para unos zapatos; otras veces me decía que regalase túnicas a sus hermanas y un vestidillo a su madre; otras, necesitaba cuatro medimnas de trigo.

CREMILO.-No es mucho, en verdad; su discreción es admirable.

LA VIEJA. -Y aun eso, según solía decirme, no me lo pedía por vil interés, sino por pura amistad. Por ejemplo, un vestido regalado por mí era para él un constante recuerdo.

CREMILO.-Ese hombre te quería extraordinariamente.

LA VIEJA.-Pero ahora no es así. ¡Cómo ha cambiado el pérfido! Hoy le había enviado un pastel con otras golosinas que ves en este plato, indicándole que a la noche yo iría a verle.

CREMILO.-¿Y qué ha hecho?

LA VIEJA.-Me ha devuelto mis regalos, y además este otro pastel, con la condición de que no pusiese los pies en su casa, añadiendo este insulto:

*«Eran en otro tiempo los milesios varones esforzados...»*

CREMILO.-Pues no es tan malo el muchacho; ahora que es rico no le gustan las lentejas; antes la necesidad le obligaba a comer de todo.

LA VIEJA.-Por las dos diosas te lo juro: antes estaba continuamente a la puerta de mi casa.

---

<sup>44</sup> Era costumbre colgar las ofrendas de los árboles que había en los lucus o bosques sagrados.

CREMILO.-¿Para acompañar tu entierro?

LA VIEJA.-No, por Zeus, sino por el placer de escuchar mi voz.

CREMILO.-Ya sería por ver si le dabas algo.

LA VIEJA.-Cuando estaba triste me llamaba con ternura «gatito mío, palomita mía.»

CREMILO.-Y después te pediría dinero para unos zapatos.

LA VIEJA.-Un día que iba yo en mi carro a la celebración de los grandes misterios, porque me miró por casualidad no sé quien, lo tomó tan a pecho, que me estuvo pegando todo el día. ¡Tan celoso era el pobre!

CREMILO.-Sin duda deseaba comer solo.

LA VIEJA.-Solía decirme que mis manos eran hermosísimas.

CREMILO.-Sí; cuando le alargaban veinte dracmas.

LA VIEJA.-Que mi cutis exhalaba un olor suavisimo.

CREMILO.-Cuando le servías vino de Tasos.

LA VIEJA.-Alababa la brillantez de mis ojos.

CREMILO.-No era torpe el muchacho. ¡Y bien que sabía explotar a una impúdica vieja!

LA VIEJA.-Creo, por lo tanto, querido mío, que Pluto obra muy mal al conducirse así, después de haber prometido su constante ayuda a las víctimas de cualquiera injusticia.

CREMILO.-¿Qué quieres que haga? Dilo y cumpliré tu deseo.

LA VIEJA.-ES muy justo, por Zeus, obligar al que de mí ha recibido tantos favores que él me los haga a su vez; de otro modo, no es digno de disfrutar del más pequeño bien.

CREMILO.-¿No te manifestaba su gratitud todas las noches?

LA VIEJA.-Sí; pero me prometía, además, no abandonarme, mientras viviera.

CREMILO.-Muy bien; creerá que ya no existes.

LA VIEJA.-¡Ay, queridísimo, estoy consumida por la pena!

CREMILO.-Más aún: creo que has entrado ya en putrefacción.

LA VIEJA.-Podría pasar por un anillo<sup>45</sup>.

CREMILO.-Con tal que ese anillo fuese el aro de una criba.

LA VIEJA.-(*Viendo llegar a un joven.*) ¿Pero qué veo? Ahí viene el joven de quien me estaba quejando; tiene traza de dirigirse a una orgía.

CREMILO.-Creo que sí, pues lleva una corona y una antorcha.

EL JOVEN.-¡Salud!

LA VIEJA.-¿Qué dice?

EL JOVEN.-Mi vieja amiga, ¡qué pronto has encanecido! ¡Es asombroso!

LA VIEJA.-¡Triste de mí! ¡Cuántos insultos he de soportarle!

CREMILO.-Sin duda, hace mucho tiempo que no te ha visto.

LA VIEJA.-¿Mucho tiempo? Ayer mismo estuvo conmigo.

CREMILO.-Por lo visto, le ocurre lo contrario que a otros muchos; el vino le aclara la vista.

LA VIEJA.-No; siempre es un desvergonzado.

EL JOVEN.-¡Oh, Poseidón, rey de los mares! ¡Oh, vetustas divinidades, cuántas arrugas tiene en la cara!

LA VIEJA.-¡Eh!, ¡eh!, aparta de mí la antorcha.

CREMILO.-Tiene razón; si le salta una sola chispa, arderá como una rama de olivo seco.

EL JOVEN.-¿Quieres jugar un momento conmigo?

LA VIEJA.-¿En dónde, pérfido?

EL JOVEN.-Aquí mismo, con nueces.

LA VIEJA.-¿A qué juego?

EL JOVEN.-A adivinar... cuantos dientes conservas.

CREMILO.-Yo adivinaré también; le quedan tres o cuatro.

EL JOVEN.-Has perdido: no tiene más que una muela.

LA VIEJA.-¡Oh, el más infame de los hombres! ¿Has perdido el juicio para comportarte así conmigo y sacarme los trapos sucios delante de tanta gente.

EL JOVEN.-Es que creo que no te vendrá mal una buena jabonadura.

CREMILO.-Te equivocas; ahora está perfectamente pintada, y si la lavases se le quitaría el albayalde y aparecerían las arrugas en todo su esplendor.

LA VIEJA.-Para ser tan viejo, me pareces muy liviano.

EL JOVEN.-¡Ah, te hace carantoñas y te enlaza por la cintura, creyendo que nadie la ve.

LA VIEJA.-¡No, por Afrodita! ¡No a mí, infame!

CREMILO.-No, por Hécate, no por cierto. ¡Que la diosa me libre de semejante desatino! Pero, mi joven amigo, yo no puedo consentir que aborrezcas a esta

---

<sup>45</sup> Tan delgada se supone.

muchacha.

EL JOVEN.-¡Pero si yo la idolatro!

CREMILO.-Sin embargo, ella te acusa...

EL JOVEN.-¿De qué me acusa?

CREMILO.-De que eres un insolente y de que le has dicho: «Eran en otro tiempo los milesios Varones esforzados...»

EL JOVEN.-Bueno, bueno: no quiero disputártela.

CREMILO.-¿Por qué?

EL JOVEN.-Por supuesto a tu edad; a otro nunca se lo hubiera consentido. Vete en paz con tu «uchacha».

CREMILO.-Ya entiendo, ya entiendo. Lo que te pasa es que ya no tienes gusto en tener comercio con ella.

LA VIEJA.-¿Y quién lo consentirá?

EL JOVEN.-Yo no puedo tener relaciones con una vieja extenuada por trece mil años de amoríos.

CREMILO.-Sin embargo, puesto que no desdeñaste beber el vino, justo es que bebas también las heces.

EL JOVEN.-Pero éstas, tan viejas, ya están putrefactas.

CREMILO.-Pásatelas por la manga para purificarlas.

EL JOVEN.-Será mejor que entremos ahí; yo te sigo para ofrecer al dios estas coronas.

LA VIEJA.-Yo entraré, también, porque tengo que decirle una cosa.

EL JOVEN.-Entonces, no entro yo.

CREMILO.-Tranquilízate; no te violará.

EL JOVEN.-Tienes razón; ya hace tiempo la manejo como quiero.

LA VIEJA.-Entra tú, yo te sigo.

CREMILO.-¡Soberano Zeus; y cómo se le pega al mozo la viejita, fuerte como una lapa!

*(Entran todos.)*

CARIÓN.-¿Quién llama? ¿Quién es? No distingo nada; sin duda la puerta ha rechinado sin que nadie la toque.

HERMES.-¿Hola!, Carión; aguarda; soy yo, Hermes.

CARIÓN.-¿Eras tú el que tan estrepitosamente golpeaba la puerta?

HERMES.-No; pero me disponía a llamar cuando has abierto. Ea, corre y advierte a tu amo que, sin perder instante, se me presente con su mujer, sus hijos sus, criados, su perro, tú y su marrano.

CARIÓN.-¿Pues qué ocurre?

HERMES.-Que Zeus, gran bribón, quiere aderezaros a todos en la misma cazuela y arrojaros al Báratro.

CARIÓN.-¡Cuidado con la lengua, pregonero de desgracias! ¿Y por qué piensa tratarnos de ese modo?

HERMES.-Porque habéis cometido el crimen más horrendo. ¿Desde que Pluto ha recobrado la vista nadie nos ofrece a los dioses incienso, ni laureles, ni tortas, ni víctimas, ni nada, en fin.

CARIÓN.-Ni se os ofrecerán nunca, por lo mal que cuidabais de nosotros.

HERMES.-De los otros dioses poco me importa; pero yo me siento desfallecer y morir.

CARIÓN.-Eres un sabio.

HERMES.-Antes, desde el amanecer ya me ofrecían en los figones toda clase de deliciosos manjares: sopa en vino, miel, higos secos, y en fin, cuanto es digno de mi paladar, pero ahora, muerto de inanición, me paso el día tumbado y con los pies en el aire.

CARIÓN.-Y te está muy bien empleado; ¿por qué dejabas que multasen a los que te trataban tan generosamente?<sup>46</sup>

HERMES.-¡Ay, triste de mí! ¡Ay, torta querida que me amasaban el cuatro de cada mes!<sup>47</sup>

CARIÓN.-«Tu amor está ausente; inútilmente le llamas.»

HERMES.-¡Ay sabrosa pierna que yo devoraba!

CARIÓN.-Pues bien; salta sobre un pie en ese odre para distraerte.

HERMES.-¡Ay, tripas calentitas que yo saboreaba!

CARIÓN.-Las tuyas están atormentadas, Sin duda, por un cólico.

---

<sup>46</sup> Se imponían frecuentes multas a los taberneros por falta en la medida o por mala calidad del vino.

<sup>47</sup> Esto es, el día consagrado a Hermes.



HERMES.-¡Ay, deliciosa copa, de porciones iguales!<sup>48</sup>

CARIÓN.-(*Soltando una ventosidad ruidosa.*) Bébete eso y lárgate volando.

HERMES.-¿Querrás hacerme un favor, amigo mío?

CARIÓN.-Si puedo, con mucho gusto.

HERMES.-¿No podrías darme un pan bien cocido y una buena tajada de las víctimas que estáis sacrificando en casa?

CARIÓN.-No dejan sacarlo.

HERMES.-Ya sabes que cuando le robabas alguna cosa a tu amo, yo siempre procuraba que no se enterase.

CARIÓN.-Sí; a condición de partir los provechos, gran ladrón, porque casi siempre recibías una exquisita torta.

HERMES.-Que te comías tú solo.

CARIÓN.-¿Acaso participabas tú de los palos que me daban, cuando yo era sorprendido?

HERMES.-Olvida los pasados males, ya que has tomado a File<sup>49</sup>. En nombre de los dioses, recibidme en vuestra casa.

CARIÓN.-¿Y dejarás a los dioses por vivir con nosotros?

HERMES.-Vuestra vida es mucho mejor.

CARIÓN.-¿Cómo? ¿Crees honrosa semejante deserción?

HERMES.-«La Patria es todo lugar donde se vive bien».

CARIÓN.-¿Y en qué podrías sernos útil si te quedaras aquí?

HERMES.-Podría ser vuestro portero<sup>50</sup>.

CARIÓN.-¿Portero? No nos hace ninguna falta la chismografía porteril.

HERMES.-Entonces, comerciante.

CARIÓN.-Si somos ricos, ¿para qué hemos de mantener un Hermes dedicado a la reventa?

HERMES.-Pues, agente de intrigas.

CARIÓN.-¿Intrigas? Nada de eso. Sencillez de costumbres es lo que hace falta.

HERMES.-Guía.

---

<sup>48</sup> Es decir, de agua y vino, mitad por mitad.

<sup>49</sup> Cuando los atenienses, mandados por Trasíbulo, se apoderaron de File, fortaleza que estaba en la frontera del Atica, juraron no acordarse del mal y proclamar una amnistía general.

<sup>50</sup> Hermes va mencionando los diferentes cargos que se le atribuían.

CARIÓN.-El dios ve perfectamente, y ya no los necesita.

HERMES.-Pues bien; seré presidente de los juegos. ¿Qué dirás ahora? Pluto debe instituir certámenes escénicos y gímnicos<sup>51</sup>.

CARIÓN.-¡ Qué bueno es tener muchos apodos; Así ha encontrado el medio de ganarse la vida. Así me explico que todos los jueces se afanen por ser inscritos en varios tribunales<sup>52</sup>.

HERMES.-¿De modo que me admitiréis para ese empleo?

CARIÓN.-Sí; y vete al pozo a lavar estas entrañas de las víctimas para que prácticamente nos demuestres que puedes servir para algo.

UN SACERDOTE DE ZEUS.-¿Quién podrá decirme con exactitud dónde está Cremilo?

CREMILO.-(*Saliendo de su casa.*) ¿Qué ocurre, buen hombre?

EL SACERDOTE.-Nada bueno. Desde que Pluto ha recobrado la vista me muerdo de hambre; yo, todo un Sacerdote de Zeus Salvador, no tengo qué comer.

CREMILO.-¿Y cuál es la causa de ello, en nombre de los dioses?

EL SACERDOTE.-Nadie se considera obligado a ofrecer el menor sacrificio.

CREMILO.-¿Por qué?

EL SACERDOTE.-Porque todos son ricos. Antes, cuando nada tenían, el mercader que regresaba sano a su casa y el reo que conseguía la absolució, nunca dejaban de ofrecer alguna víctima. Cuando alguna ofrecía un sacrificio favorable, era de rigor que el sacerdote asistiese al festín; pero ahora nadie sacrifica, nadie entra en el templo, como no sea para mancillarlo con sus excrementos.

CREMILO.-¿No tomas también tu parte de esas ofrendas?

EL SACERDOTE.-De modo que espontáneamente me he despedido de Zeus Salvador para quedarme aquí.

CREMILO.-Ten confianza; con la ayuda del dios todo irá bien pues Zeus Salvador se encuentra aquí, donde también ha venido espontáneamente.

EL SACERDOTE.-¡Oh, qué buena noticia!

CREMILO.-Aguarda un poco; vamos a colocar a Pluto en el lugar que antes ocupaba, como guardián perpetuo del tesoro de Atenea. ¡Eh!, vengan las antorchas encendidas.

---

<sup>51</sup> A semejanza de como lo hacían los ciudadanos ricos.

<sup>52</sup> Fraude muy generalizado para cobrar salario doble o triple.

*(Volviéndose al sacerdote.)* Tú las llevarás delante del dios.

EL SACERDOTE.-Todo está muy bien dispuesto.

CREMILO.-Llamad a Pluto, y que salga.

LA VIEJA.-Y yo, ¿qué debo hacer?

CREMILO.-Ponte sobre la cabeza esas ollas<sup>53</sup> consagradas al dios y llévalas con majestad y decoro; precisamente tienes un vestido de colores muy apropiados.

LA VIEJA.-¿Y en qué queda el asunto que me ha traído aquí?

CREMILO.-Todo se arreglará. El joven irá a tu casa esta noche.

LA VIEJA.-Si me respondes, por Zeus, de que vendrá, llevaré las ollas.

CREMILO.-Sucede con estas ollas lo contrario que en las demás. Ordinariamente la tez arrugada se forma encima; pero esta vez caen debajo.

EL CORIFEO.-Tampoco nosotros debemos permanecer aquí por más tiempo; lo mejor será que nos retiremos y nos vayamos cantando en pos de la procesión.

---

<sup>53</sup> Era costumbre ofrecer ollas de legumbres cocidas en inauguración de la estatua de una divinidad.